

CRÓNICAS DEL CONFINAMIENTO



Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga

CRÓNICAS DEL CONFINAMIENTO

Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga

*/FUNDACIÓN***CB**

© De los textos: Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga, 2020

© De las imágenes: los autores, 2020

© De esta edición: Fundación CB, 2020

C/ Pablo Sorozábal, s/n. 06006 Badajoz

Teléfono (+34) 924 17 16 18

contacto@fundacioncb.es - www.fundacioncb.es

Depósito legal: BA-84I-2020

I.S.B.N.: 978-84-09-26867-2

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño y maquetación: linea4.eu

Impresión: Indugrafic Digital

Impreso en España – Printed in Spain

A nuestra casa, Fundación CB, llegan con frecuencia todo tipo de propuestas de edición de libros que se relacionan con las más diversas temáticas y estilos.

Sobre la base de esa frecuencia editorial, teniendo muy presente los tiempos convulsos que estamos padeciendo, estábamos echando en falta algún ejemplo de eso que se ha dado en llamar en el lenguaje coloquial “diarios de confinamiento”.

Y aquí, entre sus manos, tienen el primer ejemplo de un “diario de confinamiento”. En esta ocasión de la mano y la pluma de Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga; un personaje singular y sin par de nuestra querida ciudad de Badajoz.

Felipe Albarrán, como lo conocen sus amigos, es un hombre despierto e inquieto que no renuncia a implicarse con todo aquello que le rodea o es un bien para la comunidad a la que pertenece. Su profesión, sus creencias o aficiones completan un abanico vital que bien lleva a nuestro personaje a necesitar ampliar diariamente ese bien tanpreciado que es el tiempo.

Para Fundación CB, la de “la gente”, era una oportunidad y un honor poder recoger las crónicas diarias de esta aciaga época que hemos vivido de un personaje tan singular como Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga.

Disfruten de su lectura.

Fundación CB

Índice

Día 1º. Domingo, 15 de marzo del 2020.....	11
Día 2º. Lunes, 16 de marzo del 2020.....	16
Día 3º. Martes, 17 de marzo del 2020.....	21
Día 4º. Miércoles, 18 de marzo del 2020.....	26
Día 5º. Jueves, 19 de marzo del 2020.....	30
Día 6º. Viernes, 20 de marzo del 2020.....	35
Día 7º. Sábado, 21 de marzo del 2020.....	40
Día 8º. Domingo, 22 de marzo del 2020.....	45
Día 9º. Lunes, 23 de marzo del 2020.....	49
Día 10º. Martes, 24 de marzo del 2020.....	53
Día 11º. Miércoles, 25 de marzo del 2020.....	58
Día 12º. Jueves, 26 de marzo del 2020.....	63
Día 13º. Viernes, 27 de marzo del 2020.....	67
Día 14º. Sábado, 28 de marzo del 2020.....	72
Día 15º. Domingo, 29 de marzo del 2020.....	78
Día 16º. Lunes, 30 de marzo del 2020.....	83
Día 17º. Martes, 31 de marzo del 2020.....	88
Día 18º. Miércoles, 1 de abril del 2020.....	93
Día 19º. Jueves, 2 de abril del 2020.....	99
Día 20º. Viernes, 3 de abril del 2020.....	104
Día 21º. Sábado, 4 de abril del 2020.....	109
Día 22º. Domingo, 5 de abril del 2020.....	115
Día 23º. Lunes, 6 de abril del 2020.....	121
Día 24º. Martes, 7 de abril del 2020.....	127
Día 25º. Miércoles, 8 de abril del 2020.....	136
Día 26º. Jueves, 9 de abril del 2020.....	145
Día 27º. Viernes, 10 de abril del 2020.....	158
Día 28º. Sábado, 11 de abril del 2020.....	169
Día 29º. Domingo, 12 de abril del 2020.....	178
Día 30º. Lunes, 13 de abril del 2020.....	185
Día 31º. Martes, 14 de abril del 2020.....	190
Día 32º. Miércoles, 15 de abril del 2020.....	196
Día 33º. Jueves, 16 de abril del 2020.....	201
Día 34º. Viernes, 17 de abril del 2020.....	208
Día 35º. Sábado, 18 de abril del 2020.....	213
Día 36º. Domingo, 19 de abril del 2020.....	220

Día 37º. Lunes, 20 de abril del 2020	228
Día 38º. Martes, 21 de abril del 2020	235
Día 39º. Miércoles, 22 de abril del 2020	243
Día 40º. Jueves, 23 de abril del 2020	249
Día 41º. Viernes, 24 de abril del 2020	257
Día 42º. Sábado, 25 de abril del 2020	267
Día 43º. Domingo, 26 de abril del 2020	275
Día 44º. Lunes, 27 de abril del 2020	284
Día 45º. Martes, 28 de abril del 2020	291
Día 46º. Miércoles, 29 de abril del 2020	300
Día 47º. Jueves, 30 de abril del 2020	308
Día 48º. Viernes, 1 de mayo del 2020	316
Día 49º. Sábado, 2 de mayo del 2020	324
Día 50º. Domingo, 3 de mayo del 2020	333
Día 51º. Lunes, 4 de mayo del 2020	342
Día 52º. Martes, 5 de mayo del 2020	350
Día 53º. Miércoles, 6 de mayo del 2020	358
Día 54º. Jueves, 7 de mayo del 2020	365
Día 55º. Viernes, 8 de mayo del 2020	372
Día 56º. Sábado, 9 de mayo del 2020	380
Día 57º. Domingo, 10 de mayo del 2020	388
Día 58º. Lunes, 11 de mayo del 2020	397
Día 59º. Martes, 12 de mayo del 2020	405
Día 60º. Miércoles, 13 de mayo del 2020	411
Día 61º. Jueves, 14 de mayo del 2020	420
Día 62º. Viernes, 15 de mayo del 2020	426
Día 63º. Sábado, 16 de mayo del 2020	434
Día 64º. Domingo, 17 de mayo del 2020	442
Día 65º. Lunes, 18 de mayo del 2020	450
Día 66º. Martes, 19 de mayo del 2020	457
Día 67º. Miércoles, 20 de mayo del 2020	463
Día 68º. Jueves, 21 de mayo del 2020	469
Día 69º. Viernes, 22 de mayo del 2020	476
Día 70º. Sábado, 23 de mayo del 2020	483
Día 71º. Domingo, 24 de mayo del 2020	490
Día 72º. Lunes, 25 de mayo del 2020	501
Día 73º. Martes, 26 de mayo del 2020	507
Día 74º. Miércoles, 27 de mayo del 2020	515
Día 75º. Jueves, 28 de mayo del 2020	522

Día 76°. Viernes, 29 de mayo del 2020	530
Día 77°. Sábado, 30 de mayo del 2020	538
Día 78°. Domingo, 31 de mayo del 2020	546
Día 79°. Lunes, 1 de junio del 2020	553
Día 80°. Martes, 2 de junio del 2020	560
Día 81°. Miércoles, 3 de junio del 2020	567
Día 82°. Jueves, 4 de junio del 2020	574
Día 83°. Viernes, 5 de junio del 2020	579
Día 84°. Sábado, 6 de junio del 2020.....	587
Día 85°. Domingo, 7 de junio del 2020.....	594
Día 86°. Lunes, 8 de junio del 2020	602
Día 87°. Martes, 9 de junio del 2020	608
Día 88°. Miércoles, 10 de junio del 2020	616
Día 89°. Jueves, 11 de junio del 2020	621
Día 90°. Viernes, 12 de junio del 2020.....	629
Día 91°. Sábado, 13 de junio del 2020.....	635
Día 92°. Domingo, 14 de junio del 2020.....	643
Día 93°. Lunes, 15 de junio del 2020.....	650
Día 94°. Martes, 16 de junio del 2020	655
Día 95°. Miércoles, 17 de junio del 2020	664
Día 96°. Jueves, 18 de junio del 2020	670
Día 97°. Viernes, 19 de junio del 2020.....	678
Día 98°. Sábado, 20 de junio del 2020.....	685
Día 99°. Domingo, 21 de junio del 2020.....	694
CRÓNICA DEL AGRADECIMIENTO. Centésimo día.....	704
CRÓNICA DEL NACIMIENTO. En el día en que Dios dispuso que fuera	710

Día 1º

Domingo, 15 de marzo del 2020

Hoy no he visto amanecer...



...como todos los días. Lo hago en mi paseo matutino hasta la rotonda de entrada a Las Vaguadas. Salgo de casa a las siete de la mañana o poco después. Aunque los sábados y los domingos lo haga más tarde, hoy no lo he hecho. Las rutinas son buenas. Bueno, son buenas cuando son... ¡buenas!, que hay rutinas que mejor no tenerlas. Son buenas cuando las dominas, no cuando ellas te dominan a ti. Las de diario, las del paseo, son casi siempre las mismas. Salgo de casa, conecto el reloj “astronómico” que llevo que me controla los pasos que doy, la distancia que ando, las pulsaciones del corazón, las calorías que dice que quemo, que no me lo creo, etc... Ah, y te enseña un croquis del trayecto que has hecho. Creo que ya hemos perdido la intimidad, Vete a saber si estos datos no los ven los americanos, que son los que ven todo en esta vida, según dicen. Claro, que también habrá que tener cuidado con los rusos, que, históricamente, han sido peores, aunque sólo sea por eso del hocino que tenían hace algunos años pintado en la bandera de entonces... Y no dejemos a los chinos,

que también se las saben todas. Bueno, todas no, que ahora la han liado gorda. ¿Y los judíos, no sabrán también los pasos que doy? Todo ello “mes resbala”. Me da igual que me vean o que no me vean, porque yo sigo con mi tarea.

Antes de seguir diré que escribo en letra grande para que se me lea bien en las pantallas de los móviles. Es por ello que estas crónicas pueden tener más páginas de las debidas. Lo siento. Y que haré una crónica diaria durante el encierro obligado a que nos someten las circunstancias. Si alguien no quiere leerlas, tiene dos caminos: o borrar el mensaje tan pronto le llegue o decirme que lo borre de la lista. No me enfado, lo prometo.

Sigo con las rutinas. Además del reloj conecto el móvil a la diadema “manos-libres”, que bien puedo usarla sin auriculares o con ellos. Para el paseo uso los auriculares. Tengo en el móvil una reserva de música que puede dar idea de mi forma de ser: religiosa, de órgano; coplas marianas, dedicadas a la Virgen; coros de gregoriano popular; Raphael; María Dolores Pradera; Café Quijano; música militar, en sus diversas versiones: marchas, himnos cantados, toques de ordenanza, cancionero militar, plegarias, marchas legionarias, diversas versiones del himno nacional, unas con letra, otras sin ella; cante flamenco; zarzuela; música clásica, p.e., conciertos de Año Nuevo de Viena, misas de diversos autores, etc., etc.. Me concentro en mis cosas “mascando” la música. Cuando pongo la militar, procuro ir marcando el paso. Llego antes ese día. Los sábados pongo siempre coplas marianas, y lo dedico a María, Madre de todos los hombres. ¿Debo decir también de las mujeres? Pues no lo digo, que yo estudié gramática y dialéctica en otros tiempos. Me niego a seguir las corrientes modernistas que quieren desbaratar la limpieza y el esplendor que siempre han sido santo y seña del lenguaje, fielmente custodiado por la Real Academia Española de la Lengua. Ahí quedó. Los domingos toca, normalmente, flamenco: Paco Toronjo y compañeros mártires.

Sé las matrículas de algunos coches con los que me cruzo a diario, y por la zona del encuentro puedo deducir si voy tarde o va él. Sé de dónde y cuándo sale el General, mi amigo Javier; o mi también amigo Rafael, Coronel; u otro amigo, Jesús, el Delegado. ¿Delegado de...? No lo digo, voy a ser discreto. Hay veces que me pico con algún que otro compañero de ruta, y llevo el turbo al máximo para no ver superado el ego de haber ganado la partida. No viene mal, quemo ese día más calorías.

Pero hoy no ha podido ser. Las circunstancias mandan, y el Gobierno más. Y no digamos el miedo. No comprendo el problema de salir a andar, a solas, por campo abierto, la verdad. Pero no se trata de comprender, sino de acatar y se acabó. Le pregunté a primera hora de la mañana a una autoridad – que se me pegue la lengua al paladar si desvelo la identidad- la posibilidad de salir al paseo. Ha dicho el Presidente del Desgobierno de España que se puede salir a pasear al perro. No viene en el Decreto tal escapatoria. Pensé que salir a pasear no sería malo. Siempre me puedo hacer pasar por medio majara y tratar de hacer creer a los agentes del orden que llevo un perro imaginario. Lo cierto es que no tengo perro. Ni ningún perro me tiene a mí. Lástima. Ahora me voy a hacer amigo de ellos. No sé, incluso, si ofrecerme por diez euros a pasear perros. Eso sí, veinte si tienen pulgas, si tengo que recogerles la m... o si me lamen los “cotubillos”.

Aunque yo tengo otro “perro” que pasear. Hace años estuvo a punto de dar un último ladrido, pero no fue así gracias a mi buen amigo, el doctor Manuel Doblado. Si no ando a diario, se me pone a rabiar, por lo que tengo que cansarlo, cosa que hago todos los días, como he dicho, a primera hora. Después, el tiempo ya no es mío. La citada autoridad me dio una estrategia, pero he preferido no poner a nadie en compromiso, empezando por mí. Así que he vuelto a la bicicleta estática, que hacía tiempo no usaba. No usaba para lo suyo, que me viene bien para colgar del manillar la percha con los pantalones del día. He hecho treinta y cinco minutos de ejercicio. A los veinticuatro minutos y treinta y siete segundos me di cuenta de que ya no sentía el trasero, y no sabía si era mío o del coronavirus ese de la peste que ahora nos invade. Decidí llegar a algo más de media hora. Lo hice oyendo coplas marianas. Oyendo no, rezando con ellas. Llevo a María Auxiliadora de los Cristianos en la mente desde hace unos días, pero, especialmente, en todo momento, desde el viernes por la noche. El silencio de la calle, en la plaza de la Constitución, sobrecogía. Me dio miedo. La llevo colgada del pecho, pero ahora no se me va Su imagen de la Basílica de Turín, preciosa donde las haya, un solo segundo de la cabeza. O la de mi Colegio Salesiano de Badajoz. Y con la imagen mi súplica por la ayuda que nuestra Madre siempre brinda a sus hijos.

Tras la bicicleta, la ducha. Hoy no tenía que hacer comida, pues la hice anoche: lentejas con judías verdes, calabaza, puerro, yerbabuena, tomate tri-

turado, carne de morcillo, un cuarto de gallina, mano de vaca, sal y jengibre. Lo de las lentejas es porque creí que tenía garbanzos en la despensa, pero eran lentejas. Los garbanzos los tengo en otra casa, ¿verdad Daniel? Ha salido muy bueno todo. Me queda para mañana. Quizá también para el martes... Como tenía que darle a mi sobrino Pepe una cosa, hemos burlado la norma quedando a comprar, a la misma hora, en una tienda de alimentación. Misión cumplida. De paso, compré cuatro peros. Peras no, que las tengo aborrecidas. Estoy seguro que vamos a engordar estos días. Ya habrá tiempo de quitarse de encima el lastre innecesario.

He vuelto a casa. Hemos comido. Me meto con los crucigramas un rato en el sillón, y me dejo acunarme en los brazos de Morfeo. Poco tiempo, el preciso. Durante la ducha pensaba en todo lo que se puede hacer en el confinamiento: poner orden en casa, buscar eso que llevas buscando qué se yo el tiempo pero que no encuentras, leer lo que se te había atascado, o empezar a escribir las memorias. Estoy seguro de que acabará el confinamiento y nada de eso habremos hecho más de uno. Bueno está. Con tal de que lo pasemos hay que darse por satisfechos.

Mañana saldré. En cierto modo soy un privilegiado: mi centro de trabajo no se cierra. Los Administradores de Fincas somos “gabinete de crisis”. Seguirán las averías de los ascensores; las goteras inoportunas; las puertas de garaje que dejan de funcionar; los “plomos” de la luz comunitaria que saltan; las antenas que se mueven y se “desconfigura” la recepción de señal; el portero automático que no se oye, cuando el que no oye es el vecino que se queja; la vecinita del quinto que protesta porque la del sexto le destiñe las bragas con el “casaco” nuevo que se ha comprado, o el estudiante del tercero que cita a los amigos a escondidas a pasar como mejor puedan la crisis de la peste. Y ahí estamos nosotros. Ayer ya, a las tres de la tarde, tuve una actuación. Y digo que soy un privilegiado porque puedo ir andando a mi trabajo y volver de él. Trataré de dar un rodeo, ya me las apañaré. Y os contaré mi experiencia. Si alguno queréis algo al paso... El riesgo por la cara colorada son treinta euros. Y la multa por vuestra cuenta.

Decía al principio que hoy no he visto amanecer. Pero... ¡lo he sentido! Y es más importante sentirlo que vivirlo. Mira la foto del principio, la hice el jueves pasado, 12 de marzo. Y cuando la mires bien trata de sentir el ama-

necer en tu alma, en tu corazón... Vive el amanecer en el sentimiento de superar todo esto. Entonces lo podremos ver y sentir. Por mucho que lo veas, si no lo sientes, de nada te sirve la luz del sol. Esa luz que Dios ha puesto en nuestro camino para saber por dónde guiar nuestros pasos. Esa luz que me ha iluminado para quedarme en casa y no salir, más que a lo autorizado y a lo preciso. Esa luz que está al final del túnel que tenemos que pasar. Esa luz que verán los sanitarios, los miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, los miembros del Ejército... Para todos ellos brindo esa luz.

Esa luz que tenían que haber contemplado antes, para que se les iluminaran las ideas, quienes han creído que, ellos mismos, eran la luz de todos, cuando no tienen más que oscuridad en sus molleras. Pues, ¡vaya luz!

Día 2º
Lunes, 16 de marzo del 2020

Hoy me he levantado...



... ¡con ánimo florecido!

Durante todo el día de ayer, día primero, tuve tiempo de interiorizar la duración de esta situación. No soy pesimista, pero tengo claro que me he fortalecido interiormente como para aguantar más tiempo del que, en principio, nos han recetado. Mejor salir antes de lo pensado a ver la luz que no que cuando creas que ya llegas al final del túnel te des cuenta, porque te obliguen, que la claridad de su final tardarás en verla.

La foto la hice hace ya una serie de días, en mi paseo matutino. Siempre viene bien guardarla. Y siempre viene bien mirarla. ¡Mírala! La yema de la

flor, el capullo, ha esperado todo un ciclo anual para restallar con sus bellos pétalos blancos. Piensa lo mismo, y deja que tu ánimo se abra todos los días a la luz del objetivo perseguido. Si la flor hubiera desfallecido, ni tú podrías ver esta foto ni yo hubiera podido contemplar tal belleza de la naturaleza; si tú desfalleces, no podrás contemplar cómo tu espíritu, tu fuerza, tú ánimo, todo tu ser puede disfrutar de la riqueza del alma y del sentimiento con la que Dios ha dotado a todos los hombres para superar situaciones insospechadas. Mira, pues, la flor de nuevo, huele su aroma, cierra los ojos, toma aire y, al expulsarlo, díte: ¡“mañana, más”!

Terminé ayer el día bien, aunque reconozco que me sigue sobrecogiendo el silencio de la calle. Es tal que se oye. Por mí que paren la fuente, por favor. En tal situación, molesta. Viene como a ser el silencio “que se oye” en la Plaza de la Maestranza de Sevilla cuando se dispone el diestro a despachar al siniestro. Silencio que se rumia, que se mastica, que se atraganta en el gárgate sin pasar hasta que se contempla el momento cumbre de la obra esperada. Ese silencio que me traía de vuelta a Badajoz muchas veces desde la ciudad novia del Guadalquivir. Era el único tesoro de algunas tardes, eso sí, junto al aroma de las flores de azahar. ¡Menudo botín! Pues sí, ese silencio, ahora, reconozco que me supera.

Por eso salí a las ocho de la tarde a la terraza, con Nines, a aplaudir al aire. No quedará en balde. Sé que “el gorrión de coronarias” llevará el aplauso en el pico, junto a la legión de gorriones que ha “acuartelado”, a cuantos están haciendo el esfuerzo para que todo esto pase; sanitarios, vigilantes del orden... Reconozco que, Nines no se dio cuenta, me emocioné en el aplauso y dejé caer alguna furtiva lágrima mejilla abajo. No me importa decirlo. El pescuezo se me hizo estrecho para dejar pasar el nudo que se me había formado en el momento, viendo en los balcones y terrazas a gente entregada a la ovación del alma, que hablaba con las manos.

El resto de la tarde, desde el envío de la crónica del primer día, pasó. Noticias, crucigramas... Ayer no tuve ganas de leer *Se hace tarde y anochece*, del Cardenal Sarah. Hoy lo retomo. Ayer era día de adaptación, no de concentración, la que exige el libro de Su Eminencia. Cenamos, vimos algo de una película y nos encaminamos al catre a la hora habitual. La película siguió su curso, supongo.

Pienso seguir manteniendo los mismos horarios. Cuando escribo las líneas de este párrafo son las seis y diez de la mañana de hoy. Estoy en la cuarentena de media hora entre la toma del Eutirox y la del desayuno. No tardé anoche en dormirme, aunque me costó algo más que otros días, pero pienso ahora que me pasa todos los domingos. Alargué las jaculatorias nocturnas. En tiempos de tempestad, no es mal puerto la oración. ¿Lo repito? Creo que no hace falta.

He salido de casa a las nueve y cuarto de la mañana. Miré el reloj. Es norma hacerlo cuando hay circunstancias anormales. Poco después de las nueve y veinte entraba en el edificio del despacho. Las calles vacías, como un domingo desapacible. Por delante de mí dos mujeres. Van deprisa, cada una en su trayectoria. Andan rápidas, con el paso que se lleva cuando a uno le van a cerrar el banco o se llega tarde a misa. No sé cuándo se lleva el caminar más veloz, si ante el temor de quedarte sin sacar dinero para comprar el pan o si ante la posibilidad de llegar después de la consagración del Pan Vivo y Verdadero...

Entré en el edificio del despacho empujando la puerta con el pie. No soy hipocondríaco, pero en estas pocas horas nos han vuelto medio majaras a todos. No se puede tocar un pomo, nada de encender la luz con los dedos, el ascensor hay que pulsarlo con las llaves o el mechero, ¿verdad, Eduardo?... Me pregunto a dónde vamos a llegar. Una cosa es la prevención y otra la obsesión.

La mañana ha estado tranquila, aunque no han faltado llamadas para diversas cuestiones. Hay quien ha ido a por unas llaves que hacían falta. Eso sí, he tenido que bajar al portal a dárselas. Otro nos ha contado una milonga de no sé qué cancelación de alcoba en un hostel de vete a saber qué pueblo. Quería que le mandáramos un fax. No lo he mandado a donde no quiero decir por respeto a la situación, que no a él. Con la que está cayendo, venir con estas cosas. No se iba. Tiré por la calle del medio: entré en tromba a decirle a mi compañero del despacho, Manuel, buen chico, que había que terminar una cosa. Se terminó el fax. Una obra hay que paralizarla, pues, es verdad, los albañiles no pueden trabajar a distancia. Quizá todo esto venga bien para saber qué es lo imprescindible y qué lo que puede esperar. Hacemos un aviso para enviar a todas las comunidades. Avisamos y decimos lo que ya sabe la gente, pero hay que hacerlo. A las doce de la mañana he oído las campanas de

la Catedral. Son las “Campanas de Santa María”, que ruega por nosotros ante la Providencia.

Vuelvo a casa a comer. Lo mismo que ayer. Se me da mal calcular cantidades sólo para dos. Sale guiso para un regimiento como el Saboya, casi. Para mañana también queda. Aquí no se tira nada. Las noticias abruman, aunque ya son tan conocidas que las oyes como el que oye llover. Recogemos la cocina y me siento un rato en el sillón. Concedo cinco minutos al descanso. Hoy no he hecho bicicleta. Romper la rutina tiene eso, que abandonas algunas normas nuevas que te impones. Tengo las piernas “desinquietas”, lo que me impide conciliar los cinco minutos de descanso. Y la “patata” algo desacompañada. Me levanto y me voy al despacho.

Salgo a la caza y captura de alcohol, pero no el espirituoso. No me ha dado por ello... aún. Llego al despacho. Manuel no ha ido esta tarde, se ha quedado en su casa, conectado con el despacho por control remoto. Desde mañana, por las tardes, yo haré lo mismo. Por las mañanas hay que ir. Surgen cosas. Al poco de llegar, y guiado por un impulso que ahora no puedo explicar, saqué de un sobre las estampas de la Virgen de Fátima que Don Juan Carlos Domínguez Arciniega me trajo del Santuario hace no mucho. Las he extendido en la mesa del despacho como si fuera la particular capilla de un torero. He besado todas las estampas. La imagen de la Virgen no transmite nada malo, sólo paz y alegría, sosiego, calma y serenidad al alma. Al terminar las gestiones de esta tarde las he recogido.

He dado un rodeo hasta el Corte Inglés. Tenía que comprar sal para el friegaplatos. Nadie en la calle, da miedo. ¿O quizá pena? Las dos cosas. No me he resistido y he comprado unos langostinos, mayonesa ligera y una botella de oloroso Río Viejo. Voy a brindar, aunque no bebo, que bien lo sabe Dios, digo que voy a brindar por todos los que tenemos que pasar esto, cada uno en su papel. Si te sientes entre ellos, por ti va el brindis. También unas almendras y unos pistachos, que he leído que los frutos secos vienen bien para el sistema neurológico y la tranquilidad anímica. Si no es verdad, ya no hay remedio. Y me he permitido unos bomboncitos de Kinder. Hay que endulzar algún momento.

Hoy me he mentalizado de que esto va a ser largo. Mejor hacerlo e irte preparando, que no que llegue el día en que creas que vas a salir del confina-

miento y te digan que se ha perdido la llave del candado. Seamos realistas. Si es cierto cuando dicen, si es verdad que las previsiones de contagio se arreglan con quince días de encierro, se podía haber empezado antes. Ya no hay remedio.

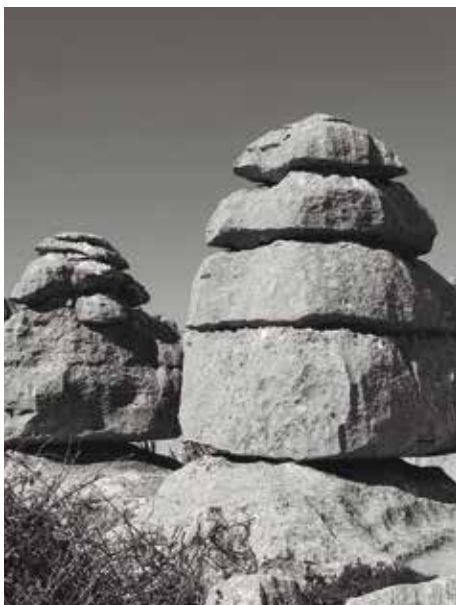
Una conclusión sí he sacado hoy, consecuencia de las normas que nos dan. No vuelvo a dejar mi teléfono a nadie, que vete saber cómo tiene las orejas el prestatario; ni dejo el bolígrafo herencia de mi amigo Jerónimo, que vete a saber dónde se ha hurgado con los dedos el escribiente; ni las llaves del coche, que tienen tendencia a ir a la boca cuando las manos están ocupadas; ni, por supuesto, el paraguas, que vete a saber qué se pega por el sudor de la palma en el cayado de la sombrilla... Ni cuente nadie conmigo para compartir raciones salvo que sea de pinchar exactamente el trozo que se come... bueno, ni eso; ni, por supuesto, comparto postres (esto por principio vital). A partir de ahora, que cada cual se las apañe con lo suyo. Voy a poner coto al virus. Al tiempo.

He mirado la estampa de la Virgen de Guadalupe que tengo, entre otras, en la mesa del ordenador de casa. En la mirada, mis oraciones, mis súplicas, mis peticiones... Entre las intenciones, estás tú y los tuyos. Y cuantos desconocidos se debaten entre la vida y la muerte, y quienes se empeñan en sacarlos a flote... Javier Castaño me ha enviado un precioso video en el que un grupo de gente, en un aeropuerto, canta la Jota a la Virgen del Pilar. He tragado como he podido la saliva al verlo. Gracias, Javier.

Gracias a ti también.

Día 3º
Martes, 17 de marzo del 2020

Hola, ¿qué tal?, ¿cómo llevas “la cosa”?
¿Ves bien la foto? Ahora te explico.



Lo que si debes ver mejor que estos días anteriores es la letra, porque mi amigo Paco Copete, sacerdote, párroco de Valdelacalzada, uno de esos sacerdotes a los que conocí en los primeros cursos del Seminario Mayor, al poco de ser nombrado yo Jefe de Protocolo por mi querido, y siempre recordado, Don Santiago García Aracil (+), o sea, de esos a los que yo llamo “mis curas”, digo que Paco me pidió ayer que aumentara algo el tamaño de la letra. Eso no cuesta trabajo, así que he aumentado un poco el cuerpo de la misma. Seguro que más de uno lo agradece. El único problema, si es que lo es, es que en lugar de seis o siete páginas, la crónica tendrá alguna más. Conste, eso sí, que no

me he planteado una extensión concreta en mis crónicas, por lo que un día la inspiración puede acabar antes que otro, o después que el anterior. Pero poco cuesta, más en tiempos de tribulaciones, dar gusto a quien pide algo tan sencillo, si con eso lo hago feliz. Así que, ya sabes, querido lector, pide por esa boca lo que quieras, que si está en mi pluma, en mis manos, en mi mente, en mi corazón o en mi ilusión, aquí lo tendrás.

Vuelvo a la fotografía que ilustra el inicio. ¿La ves bien? Examínala. No te preocupe perder el tiempo, que ahora lo tenemos de sobra, Paco Copete dixit, para fijar la imagen de hoy en la cabeza. A algunos os puede parecer fea; a otros seca; a otros insulsa; a otros, en cambio, atractiva; puede que haya alguien que la analice desde la vertiente litológica; o quien sea experto en equilibrios y trate de buscar el punto exacto por el que se sostiene; o quien, por mucho que registre, no sea capaz de ver la grandiosidad de lo que representa. El caso es que cuando yo la hice estuve varios minutos observando el conjunto de las piedras, embelesado con ellas. El retrato es de estos carnavales pasados, y la hice en el Torcal de Antequera. A esta bella ciudad malacitana nos encaramamos Nines y yo huyendo de la marabunta carnalera y fachosa en que se convirtió Badajoz, doquiera que fueras, no hace apenas un mes. Y no hablemos de la cochambre que queda en las calles. Fue un acierto. Ya os contaré más cosas, a buen seguro. Pero ahora, vamos a lo que vamos.

Soy pesado, no lo dudo, pero... ¿has visto la foto? ¿Te has quedado viéndola en silencio, observando sus detalles? Como estoy seguro de que ya lo has hecho, ahora te explico por qué la traigo a colación. Viene al pelo para la situación que estamos viviendo. Son las seis y veinte de la mañana del día de hoy y he debido levantarme con cierta carga filosófica. Vete a saber. Luego sigo, ahora voy a desayunar, que ya ha pasado la media hora de espera entre la píldora para el hipotiroidismo y el desayuno. A quien madruga, Dios le ayuda. Por si acaso, mientras lo hago, tú puedes ir contemplando de nuevo la fotografía, que vuelvo a insertarla, aunque ahora reducida.



Seguro que te ha dado tiempo ya de meterte en el paisaje retratado. A mí me ha dado para hacer media hora de bicicleta estática y dedicar el tiempo justo y necesario, ni más ni menos, a mis abluciones y mis cosas propias de la higiene, de esa de la que tantos huyen despavoridos, que hay más guarros de lo que parece, que te lo digo yo. No sé cómo hay gente que aún no le ha cogido el gusto a la sensación de libertad y frescura que te proporciona la ducha diaria con una pastilla de jabón. Voy a ello. A las rocas, no al jabón.

En el Torcal me quedé mirando las piedras. Me sugirieron la fortaleza que a todos nos ha dado Dios para superar las vicisitudes de la vida. Fíjate, siguen erguidas, unidas a la roca madre tan sólo por un punto de contacto. Llevan labradas en sus figuras el paso del tiempo, que ha ido socavando poco a poco, a lo largo de su existencia, parte de la materia de la que están compuestas. Pero nada, ni el aire, hecho viento, ni el agua, ni el sol, han podido tumbar las peñas. Esa fortaleza, esa resistencia, también la ha puesto Dios a nuestro servicio, que para eso nos ha dotado de la inteligencia suficiente para saber cómo hacer frente a las contrariedades. Podemos resistir, podemos aguantar lo que se nos venga encima. Siempre permaneceremos en pie si mantenemos la fe en

nosotros mismos, que, al fin y al cabo, no deja de ser la fe en nuestro Creador, que nos da la fuerza para mantenernos firmes en estas situaciones. No vale, pues, amargarse por no salir, o por no poder pasear con un amigo, porque podemos enfrentarnos a las inclemencias del tiempo que nos ha tocado vivir, hechas éstas confinamientos imperados. Mira la roca: ¡no se cae! ¿Por qué, entonces, te sientes tambalear al poco de comenzar esta extraña etapa? Te diré que creo fervientemente que la firmeza en estos primeros días marcará la posibilidad de aguantar bien los que vengan, que no serán pocos. ¿O es que crees que Dios va a dotar a la piedra, ser inerte, de mejores cualidades de aguante que al ser hecho a Su imagen y semejanza? No me cabe duda de que todos tendremos momentos de desasosiego, de flaqueza, de sentirnos caer al vacío emocional. ¡Lucha contra ello! ¡Puedes hacerlo! ¡Cree en ti! Sólo así verán quienes te rodean tu imagen como la de la roca erguida a pesar de las inclemencias del tiempo. Y sólo así podrás, con tu firmeza, ayudar a que este trago lo pasen quienes te rodean. La responsabilidad del aguante corresponde a cada uno. Creo que estoy mentalmente preparado para ello. Sólo me inquieta, lo confieso, alguna incidencia de alguna comunidad, de algún edificio, que no podamos Manuel, mi eficaz y fiel compañero de despacho, y yo atender debidamente, y no por nuestra causa. Mira la roca, no la olvides. Cuando te sientas desfallecer, vuelve a mirarla. No se cae... ¿Por qué te vas a caer tú?

Me fui al despacho poco antes de las nueve y media. Alguna gente en la calle, supongo que a lo mismo. Toda la mañana en el despacho. Ha estado tranquila. A media mañana llega al despacho Sara, la limpiadora. Su abuela me dio clase de francés. Bueno, a mí y a mucha gente de Badajoz. Era Madame Brun. La escena ha sido esperpéntica. Le hemos dicho que no vaya a limpiar estos días, que podemos aguantar, que nosotros ensuciamos poco, y que si ensuciamos nos aguantamos. Pero no queremos que corra riesgos, la verdad. Ha ido a por unas fotocopias. Manuel en su mesa; yo, apoyado en una estantería, a cierta distancia, más de la mínima; ella, bajo el marco de la puerta de entrada al despacho. No se atrevía a entrar más. Manuel no la veía, sólo la oía. Así gran parte de la conversación. Lo creo exagerado, la verdad. Nos han metido el miedo en el cuerpo. ¿Quieren hacernos débiles? Cuidado, que después irán por más cosas. Doblegada la entereza y la confianza es fácil sacar cualquier cosa a la gente. Ojo al canto. Y al cante. Nos enseña Sara el Sanytol

que lleva en el bolso. Va con los guantes puestos. No creo que valgan de nada, lo siento. Si los llevas siempre sustituyen a la piel de la mano. O sea, como si no llevaras nada. Al rato de conversa Manuel le pide que entre algo más, que al menos le vea la cara. La cosa cambia. Viéndonos nos reímos. Escuchándonos, sin vernos, nos conturbamos. Dios proveerá. Como rezaba el escudo de Mons. García Aracil, *Spes mea in Deo*. Él hizo la roca, él nos ha hecho también a nosotros. ¡No nos dejará caer!

Poco antes de las dos salí camino de una tienda con cuyos responsables mi mujer tuvo un descaliento hace un tiempo. Dudaron de ella. No volvió a entrar, y eso que era de las habituales de casi todos los días. Pero hoy he agachado la cabeza, pues allí he comprado el Sanytol ese, máspreciado que el Callaghan de 30 años... Y guantes de un solo uso y abuso, para el despacho y para casa. Nos vuelven majaras, que lo digo yo. Seguí a casa. Menos gente que por la mañana.

Hemos vuelto a las lentejas que hice el domingo y también comimos ayer. Son recetas de subsistencia. Ya se han terminado. Y eso que he “tripitado”, que si no me veo con el guiso hasta el domingo. He visto al Presidente del Desgobierno en la televisión. Lo he notado desencajado, sin rumbo, diciendo cosas que ni van ni vienen, como si fuéramos niños aconsejados y acomplejados en catequesis de Primera Comunión en el primer día de curso. Eso sí, ha dejado la puerta abierta a darnos guantazos por todas partes, empezando por el bolsillo. Habrá que prepararse para pagar impuestos. Al tiempo.

La tarde la he pasado en casa. Manuel también, aunque conectados al ordenador del despacho, para atender lo que se nos venga encima. Ha sido tranquila, lo que me ha permitido casi acabar unas actas que tenía pendientes.

Tras la merendilla (un pero, que no una pera), y al no tener que ir a comprar nada, he dedicado un rato largo al libro del Cardenal Sarah. Me gusta. Después dedicaré un rato a los crucigramas, bichearé en internet qué se cuece en las redes y veré “el parte” de la Primera cadena, que es el que veo siempre, gobierne quien des gobierne y viceversa. Sólo me falta volver al “Diario hablado de Radio Nacional” Entonces no había que decir “de España”, porque era lo único que había. Cenaremos y, a las once, como tarde, “bajo palio”.

Gracias, de nuevo, por leerme.

Día 4º
Miércoles, 18 de marzo del 2020

Hola a todos.

Quizá te sorprenda hoy la fotografía...



Quiero empezar por decir que no voy a renegar de mis sentimientos, de mis creencias, de mi forma de ver y pensar. No voy a desechar las enseñanzas de mis mayores, ni las aprendidas de aquel hombre bueno, “maestro niños”, que era D. José Quintana Gómez (+), allá en la Escuela Aneja, en los ya lejanos años de enseñanza primaria. Ni, por supuesto, de las aprendidas e interiorizadas en los años felices del bachillerato en el Colegio Salesiano de Badajoz. No, no las voy a dejar de lado, pues esas enseñanzas se convirtieron en principios asumidos que los tengo por mi mayor tesoro. Puede que a alguno de los que leáis estas líneas no os guste tanto tinte espiritual. Bien, lo entiendo. Lo tienes fácil: pasa la página.

Otra cosa: mi buen amigo Fernando Valbuena me dice que la letra es la misma que los primeros días. Debe de estar quedándose medio burriciego, porque la aumenté un cuerpo, que no se trata de poner aquí las letras como las de la línea de arriba de las pantallas de los oculistas, que, dicho sea de paso, sólo te enseñan las de las filas bajas, las que no hay quien las lea. Así, ¿quién no sale con gafas? Mira, Fernando, entra en “ajustes” de tu teléfono, selecciona “giro automático” en “pantalla” y así podrás leer la crónica con más facilidad. Si no sabes hacerlo, y estás en Salamanca, tira el móvil al Tormes, porque entonces te sirve de poco. Hazme caso.

Llevamos cuatro días de encierro, para algunos algo atenuado con la necesidad de tener que ir a trabajar. Pero no es fácil. Vas por la calle sintiéndote extraño, con miedo a que te miren de forma rara. Ya he dicho que en mi trabajo surgen cosas a diario que no se pueden solventar a distancia. De todos modos, sólo estamos allí Manuel y yo. Igual que el resto del año. Y nos distanciamos, cada uno en su despacho. No hay riesgo.

¿Has contemplado la foto? ¿Te la pongo aquí otra vez? No creo que haga falta, porque a buen seguro te ha impactado. No la traigo a colación por ser Cuaresma, ni por tratar de aburrirte con una charla propia de este tiempo, ya que no podemos ir a templo alguno a escucharla. No. La he puesto expresamente por lo que te voy a contar. Digo que llevamos cuatro días, los primeros cuatro días de este encierro que puede que dure varias veces cuatro. Depende del coronavirus este de las muelas, que no de Corinna la del virus ni del virus de la Corona, que, por desgracia, todo está afectado de una forma u otra en estos días.

A pesar de llevar pocos días sé que hay personas que no lo llevan bien. Se han planteado muchas cosas desde el principio y se han dado cuenta, en los primeros días, que no se puede ser ambicioso en los planes para sobrellevar un día tras otro con facilidad. Creen que llevan ya una eternidad. ¿Eternidad? ¿He dicho eternidad? Mira la cruz, por favor. Mírala bien. Vuelve a mirarla. La fotografía es de la Catedral de Badajoz, hecha el sábado día 14 de marzo, después de la misa de ocho de la tarde que ofició el Canónigo D. Andrés Fernández Llera, cura bueno y cercano. No soy experto en teología ni en exégesis, pero D. Andrés es un hombre que llega, con su palabra sencilla, a los que lo oímos. Mejor dicho, a los que lo escuchamos. Igual se pone rojo al leer esto, pero es que es así y no de otra manera.

De paso diré que fui con pena a esa misa, pues sabía, ya antes de llegar al templo, que era la última presencial en algún tiempo. Fue una misa especial, vivida con singular sentimiento, seguida con especial devoción. También procuré que se viera, de forma ostensible, que se cumplían las normas de desinfección de las manos del celebrante y las mías, como acólito. Fuimos nueve personas. Tras la celebración volverían las tinieblas cuaresmales hasta el día en que llegue la Resurrección, el triunfo de la vida sobre la enfermedad.

¿Has visto la foto? Piensa en ella, por favor. No sé si voy a entrar en barrizales teológicos con lo que voy a decir, pero voy a ser osado, que los cobardes no ganan la batalla. ¿Crees que podemos quejarnos por llevar unos días amargados, y los que nos queden, cuando hay Quien lleva clavado en la Cruz casi dos mil años? ¿Qué no es así? Mira, por favor, y contesta si no es verdad que clavamos a Jesús en la Cruz todos y cada uno de nosotros todos los días. Y aunque tiene cara de dolor, ¿quizá cara de amor?, nunca se le ha oído una queja ni una protesta. Ha aceptado el sacrificio por todas y cada de las creaturas del Padre sin intentar zafarse del sufrimiento. Y nosotros, tú, yo, ¿nos quejamos por tener que prescindir de lo prescindible, que es mucho de cuanto nos rodea, durante cuatro días de nuestra vida mal contados? ¿O nos quejamos de querer hacer inminentes las cosas que no lo son o pueden esperar? ¿Tenemos derecho a ello? Mira, perdona que te diga que volvemos a clavar a Jesús en la Cruz cuando renegamos de lo que tenemos que hacer, en bien de toda la Humanidad, que no estamos solos en este mundo. Y clavamos de nuevo a Jesús en la Cruz cuando no sabemos soportar a quien tenemos al lado tantas horas en estos días, o cuando sientes flaquear tus fuerzas sin pensar en si las de Él flaquearon o no, cuando lo mataron para salvarnos. Y vuelve a estar clavado cuando muere alguien, de forma inocente, por esta peste que nos asola, que más parece una plaga de Egipto que otra cosa, aunque algunos digan ahora que eso de las langostas era una figura retórica... Sí, sí, lo del coronavirus este de las muelas también es retórico... Y volvemos a clavarlo cuando el sistema no puede hacer nada por salvar a ancianos desvalidos porque no hay recursos humanos y materiales, o no se quiere que haya, para atender a todos y hay que empezar a “optimizar” tales recursos, como ya hacen en Italia y se va a empezar a hacer aquí. Al tiempo.

Sin embargo, ¿qué será eso?, cuando vas ante la Cruz a pedirle algo sales de nuevo a la calle con el ánimo reconfortado. El dolor de Jesús en la Cruz transmite dulzura, sosiego, calma, serenidad... ¿Por qué, entonces, no tratamos de convertir la amargura de lo que creemos que nos espera en dulzura de ánimo para el tiempo que nos queda? Porque, eso sí, ganaremos la batalla. Si Él resucitó glorioso y victorioso, nosotros también saldremos adelante. Tengamos Fe en ello. Sólo así podremos aliviar el sufrimiento de Quien lleva más de dos mil años clavado en la Cruz, Su Cruz, tu cruz, mi cruz, nuestra cruz, la de todos y cada uno de los que luchan por salvar las vidas y mantener el orden en estos tiempos convulsos y raros que nos toca vivir ahora. Acabo la plática. Perdona si me he despachado, pero lo he hecho a gusto. Bueno, con el gusto que se puede tener estos días.

Por lo demás, más de lo mismo. Gestiones en el despacho, un visita necesaria a un edificio y vuelta a casa. Hoy no ha habido lentejas. Hoy lechuga iceberg y hamburguesa de Angus, que es un tipo de buey. Bueno, eso dice el estuche, que vete a saber de qué será. Antes de llegar casa pasé por el Corte Inglés. Poca gente. Hay miedo. Antes de entrar en el supermercado me desinfectan las manos con una espuma. Bueno está. Si vale de algo... porque, digo yo, para que eso sirva tendrían que estar desinfectados todos los botes, paquetes, bolsas, etc., que haya en las estanterías. Si no, ¿de qué sirve? Me da que se dan muchos palos de ciego en todo esto. Ojalá me equivoque. De algo si me he dado cuenta, pero de eso hablaré otro día. No lo adelanto. La tarde en casa, eso sí conectado al despacho. Volveré luego al libro del Cardenal Sarah. Y a los crucigramas. Y empezaré con los ejercicios de italiano que nos ha mandado Chiara, la profesora de este año. Hay tiempo para todo. Y para todos. Y saldré a la terraza, a ver la calle. Algo es algo. No me quejo. Me siento privilegiado, la verdad sea dicha. Doy gracias.

A las nueve de la noche habla el Rey. Hay que oírlo. A ver qué dice. Con todos los respetos, creo que sale tarde. También ha hablado Don Celso, nuestro Arzobispo, en un mensaje a la feligresía y clerecía de la Archidiócesis. Lo esperaba. Gracias, Don Celso.

Día 5º
Jueves, 19 de marzo del 2020

Hoy va de flores...



Si estuviéramos en el mes de mayo podría decir que va de flores a porfía, o de flores a María, que Madre nuestra es..., y que cierto es que se las merece en cualquier momento, pero, aunque nunca está de más ofrecer una flor a Nuestra Madre, la cosa, hoy, va por otros derroteros.

Antes de seguir, vaya por delante mi felicitación especial a los Pepes, Pepas, Josés y Josefas. Al final os voy a ofrecer un regalito. También, de forma sincera, una felicitación a cuantos forman parte del equipo del Seminario Diocesano, sean del equipo directivo o cualquiera de sus seminaristas, futuros sacerdotes, en el día de San José, día del Seminario. Y, también, felicitar-nos entre cuantos formamos parte de la Iglesia, cada uno en su faceta, pues

San José, otrora festivo en España entera, es el Patrono de la Iglesia Universal. Un afectuoso recuerdo a mi Pastor, Don Celso, un enamorado de San José, que no descansó hasta ver uno colocado, en un azulejo, en el zaguán de Palacio, ¿verdad, Don Celso? Por cierto, le he pedido que comparezca más veces, de cuando en cuando, en grabaciones que puedan llegar a los fieles diocesanos.

En este quinto día he reparado en la fotografía que hice a una flor en el patio del Palacio Episcopal. Creo que Sor Josephine tiene la culpa de que allí esté. Sor atiende a Don Celso. Le mando un abrazo respetuoso, que nunca sabe uno si a las monjas se les puede abrazar o no. La hice, la foto, el día 11 de marzo, es decir, hace ocho días. Supongo que aún estará bella, a no ser que el virus también le haya afectado. Esto del virus es como el toreo de Curro Romero. ¿Que no? Mirad. Cuando el Maestro, el Faraón, abría su capote a la verónica para dejar marcada la cara del toro en el mismo, o cuando mecía templada la muleta seguida por el mugido del bruto de turno, restallaban los capullos de las flores de azahar de toda Sevilla. Y el aroma se extendía por doquier, se impregnaba hasta en la fe de bautismo de los privilegiados que había visto la faena. Vamos, como el virus. En suma, se había destapado el tarro de las esencias, como alguien ha destapado el del coronavirus. Y volvías camino de Badajoz, incluida parada en Aracena, en José Vicente, y seguías llenando los pulmones del aroma de la flor del naranjo. Cuando se anunciaba de nuevo a Romero en el coso maestrante no olvidaba San Fernando desenroscar el tarrito, por si acaso se le ocurría destaparlo a un mago del toreo.

Pues, de tarro a tarro. Ya me gustaría saber a mí quién se ha dejado abierto el tarro del coronavirus y ha dejado que se escape el individuo llenando el mundo entero de tragedia por doquier. ¡Qué diferencia de frascos!

Y, volviendo a los aromas, ¿te has dado cuenta de que la flor huele? Es una clivia, bella donde las haya. Es posible que no aprecies su olor, pero huele, que te lo digo yo. ¿Has reparado, alguna vez, en cuánto encierra una flor? Seguro que, en la situación en que estamos, te gustaría tenerla en la mano y acercar las narices para disfrutar de su fragancia. Seguro que te gustaría tenerla en la mano y contemplarla, y, posiblemente contarías los pétalos, los estambres y los pistilos. Seguro que, si pudieras, le harías una fotografía para guardarla de recuerdo. ¿Sabes una cosa? La foto ya la tienes. ¿Sabes otra cosa? La flor,

también. Cierra los ojos, olvídate de la incomodidad del encierro y piensa que tienes la flor en la mano. Seguro que ya lo sientes. Seguro que ya la tienes.

Pues, ahora, con la mente, el arma más poderosa del hombre, con el corazón y con el alma regala la flor. ¿Regalar? ¿A quién? “Si no tengo a nadie a mano, o sí, sólo a mi mujer...” Pues empieza por ahí. Piensa, siente, imagina, que regalas la flor a tu mujer, o a tu marido, depende de quien seas..., que comparte contigo la cercanía... O dale la flor a tu madre, o a tus hijos, o nietos, a los que no puedes ver pero que sabes cerca y que imaginas, a cada cual, en su encierro... O sube al vecino de arriba y dale la flor... O pon la flor a los pies de la foto del ser querido que ya no está pero que sigue estando, porque los queridos de verdad no se van nunca, siempre están ahí... O deposítala a los pies de esa pequeña figura de María que siempre tenemos en casa, o la colocas en la esquina superior del cuadro de Ella, que es donde yo pongo la ramita de olivo del Domingo de Ramos... O coge la flor y prénsala entre los tomos de la enciclopedia, para tenerla de recuerdo el día de mañana, y puedas decir que una simple flor te ayudó a pasar un mal trago... O, fíjate, piensa en dársela a ese amigo que hace tiempo que no ves y del que te has acordado estos días pensando en cómo estará... O, también, sácala a la terraza de tu casa y ponla en el pico de un gorrión que la llevará a quienes, en el sanatorio, tratan de sacar a los contagiados adelante... O, qué detalle, cuando salgas a la calle, a la compra, dala a uno de los miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, o del Ejército, que se exponen para que nosotros cumplamos con la obligación de no hacerlo... O créete dándola a unas de esas monjitas que cuidan de los ancianos desvalidos y que luchan como pueden para que el vertido del tarro maldito no afecte a sus viejitos queridos... O, sencillamente, cierra los ojos admirándola y abandónate un rato en el vacío mental, que a veces viene bien no pensar en nada, ni en nadie...

Y, ahora, abre los ojos, por favor, y verás que toda la estancia en la que estás está completamente florecida, porque sólo hay que querer ver las cosas para disfrutar de ellas. Te verás en medio de un campo de flores, a cual más bella. ¿Ves qué fácil es buscar lo bello dentro de lo oscuro, de lo tenebroso? Seguro que, entre la inquietud que provoca la situación que vivimos, te has sentido más relajado por un momento. Y, aunque no lo creas, también se habrá sentido así la persona a la que hayas querido dar la flor.

¿Te has dado cuenta lo feliz que se puede ser con algo tan sencillo como una fotografía y algo de imaginación? ¿Te has dado cuenta de que, por muchas cosas que tengas, lo más nimio y absurdo es lo que más feliz te hace? ¿Te has dado cuenta de que la felicidad, la verdadera, no la impostada, no cuesta dinero? El whatsapp, por ahora, no vale nada. ¿Te has dado cuenta de que merece la pena tener tiempo para entregarse a imaginar? Yo, sí. Y por eso, querido lector, quiero compartirlo contigo. ¡Qué cosas tiene Felipe!, podrías decir. Cuando esta mañana hacía bicicleta, a las seis y media de la mañana, pensaba en esto, y fue un momento relajante, feliz. Por eso he querido compartirlo contigo.

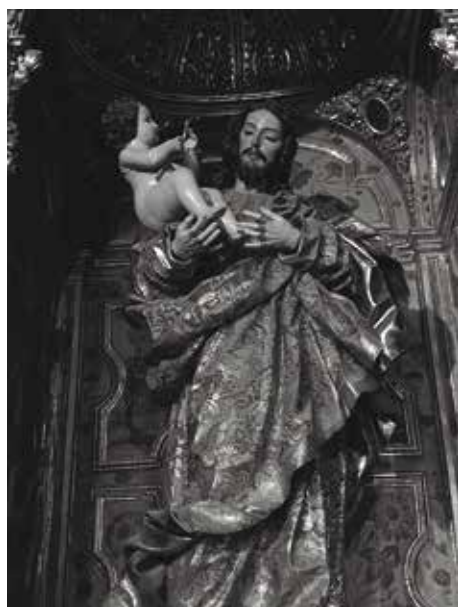
Por lo demás, poca novedad. Fui al despacho. Siempre hay cosas. Y la telemática no suple todo. Recibimos un mensaje de María Rosa, la presidenta de una comunidad, que nos emocionó a Manuel y a mí. Nos daba las gracias por estar ahí, para seguir atendiendo lo que surgiera. Es la primera vez que alguien lo hace. No lo vamos a olvidar.

Tuve que ir a la farmacia; de ahí me acerqué al Corte Inglés. Compré algo para hoy y pescado para mañana. Me da que al Decreto del Desgobierno sólo le falta suprimir la abstinencia de los viernes de Cuaresma. He comprado alguna cosa más, que reservo para mejor ocasión. En la calle Hernán Cortés una máquina lavadora, de esas que se cargan el suelo de los soportales de la calle Mayor y luego hemos de reparar las comunidades, limpiaba los acerados con algún desinfectante. ¿Para tanto es la cosa? Si es así, esto es peor de lo que parece. Vaya con el dichoso tarro vírico. O no se sabe a qué nos enfrentamos.

Volví al despacho; a las dos a casa. Casi nadie. Nadie conocido. La última persona conocida con quien me crucé fue anteayer. Era María Cerqueira. Venía de su turno en el Obispado. Nos saludamos de lejos. Sabe de sobra que no me gusta que me toquen. No ahora, sino nunca. Al llegar a casa echo de menos los langostinos para el plato de la comida de hoy. Los dejé olvidados en la nevera del despacho. Le pido a Manuel que salga el encuentro, camino ya de su casa, y me traiga las viandas. Eso hicimos. Casi me lanza la bolsa como quien lanza un balón de rugby. Hay que fastidiarse con la historia. ¿O la histeria? Pico los langostinos con garbanzos con espinacas, judías verdes y alcachofas. Dos huevos duros. Aceite, tomate triturado y unos polvitos de jengibre. De rechupete.

La tarde se complica al principio con una incidencia urgente en un edificio. Lo resolvemos gracias a la mejor ayuda de Marcos, de Fontanería Badajoz, siempre presto. Gestiones sobre la suspensión de una obra en un edificio y poco más. Pasada la hora de atención al despacho, desconecto. Voy a dedicar tiempo a la lectura, al italiano, a estar con mi mujer...

Pero, lo había prometido, para cuantos celebráis hoy vuestro santo, o el patronazgo del Seminario, y para Don Celso, os envío mi regalo:



Este San José es de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, de Antequera. La hice el pasado 22 de febrero. Como no se puede salir a la calle, es mi mejor regalo.

Bueno, también tienes otro: ¡la flor! Ponla a los pies de San José, o colócala en su mano como cayado. Así el regalo será más completo.

Día 6º

Viernes, 20 de marzo del 2020

Hoy, nos vamos de copas...



...aunque no lo creas.

Supongo que no será malo alegrarse la tarde, digo yo, o el día, si tomo el momento en que esto escribo, ocho menos veinticinco de la tarde, como compendio de aquél, y, de alguna forma, resumen de lo vivido. Y supongo que a pesar de estar en Cuaresma no será malo tener alguna licencia, aunque respetando la abstinencia. Claro, que abstinencia sobrada tenemos con poner a prueba la resistencia a que nos han obligado.

A las seis me puse en pie. Quiero seguir manteniendo los mismos horarios como si no pasara nada, pues creo, y así lo he leído, aunque no sé si será

cierto o no, que una de las mejores pautas para vivir esta etapa es manteniendo las mismas costumbres de todos los días. De todos los días en que no pasa nada, claro. O sea, de los días normales, aunque, vivido hasta ahora lo vivido no sé si, de verdad, antes de la reclusión mayor a que nos han condenado, no sé, digo, si antes vivíamos en lo normal o en lo paranormal.

Me bajé la prensa a la que estoy suscrito en Kiosko y Mas, con lo que leo los diarios a los que estoy abonado como si fuera en papel, pero con dos ventajas: una, que me pone a salvo de las reprimendas conyugales: la de manchar las paredes y puertas con la tinta fresca con que al parecer llegan a casa; y dos, no menos importante: la facilidad de leerlo me encuentre donde me encuentre y sin necesidad de dejar a nadie encargado de que me recoja el periódico del felpudo de la puerta si me voy de viaje. Lo primero que hago al bichear los periódicos, que son el HOY, el ABC de Madrid y el de Sevilla y La Razón, nada de otros panfletos ni libretos de propaganda tendenciosa o prensa de color de rosa, o sea, lo de siempre, lo que leía mi padre y leía mi abuelo, digo que lo primero que hago es leer las esquelas. Ahora es una pena, no porque haya más, sino porque no las ponen como siempre, o ponen menos. Lógico. Y me apena leer en algunas que las honras fúnebres se celebrarán a puerta cerrada, como el Consejo de Ministros. La Razón, que no trae esquelas, la leo porque me gusta Alfonso Ussía. ¿He dicho Consejo de Ministros? Uy, uy,uy, creo que me la estoy jugando... Pero, es que es así. Lo único que se ha hecho hasta ahora, y mal hecho, para callar a quienes lo van a pasar mal, muy mal, cuando todo esto pase, si lo pasamos, es dar dinero a diestro y siniestro. Veremos si no más a siniestro que a diestro. Vamos, que el reparto del otro día del Presidente del Desgobierno era un “suministro” de millones por cualquier parte. Pero, ojo, mucho de ello ficticio, porque va a salir de los mismos bolsillos a los que se va a dar. A veces me pregunto si los españoles somos tontos, o nos toman por tales.

¡Claro que hay que ayudar a quien se va a resentir económicamente con esta etapa de silencio en las calles! Yo soy el primero que, si pudiera, lo haría, pero no soy Amancio Ortega, para quien quiero que vaya mi máximo reconocimiento y aprecio, aunque no lo conozca. No hace falta. Es de la familia ya. Pero la solución a esto, y no vale de nada volver a recalcarlo, tenía que haber venido mucho antes. También confieso, y lo digo en serio, que no me hubiera

gustado verme en la piel de los gobernantes que se han tenido que tragar este marrón, aunque, como dice mi sobrino Ignacio, quien se presente a las elecciones para el cargo de Presidente debe estar preparado para ello, con todo lo que significa. Y si no, que coja un zacho y a cavar, con todos los respetos a quien lo hace. En fin, Dios proveerá.

Vuelvo a la mañana. Desayuné, me tomé la colección de grageas que tomo por la mañana e hice media hora de bicicleta. Confieso que lo peor que llevo es no poder salir a mi paseo mañanero, a ver amanecer, aunque ahora trate de vivirlo y de sentirlo en lugar de contemplarlo. Fui al despacho. Hay trabajos que la telemática no solventa. Manuel y yo seguimos al pie del cañón. ¡Gracias, Manu! No podemos fallarles a nuestros administrados, y contamos con un equipo de proveedores serios que, a buen seguro, harán cuanto esté en su mano en esta sequía de alegría para solventar cuanto sea posible. Lo demás, que espere.

Del despacho a casa. Y en casa la tarde pasa. Me he acercado a El Corte Inglés, que es como mi segunda casa, a comprar la cena de esta noche y algo para preparar la comida de mañana. A gusto de Nines, mi mujer, que poco trabajo cuesta hacer feliz a la gente, aunque sea por el gusto y regusto de comer a pedir de boca.

Y ha sido en el supermercado donde me ha asaltado la duda de si el microbio este de la peste no será como las pulgas. Como las malas pulgas, aunque no las conozco buenas. La gente se mira como sospechando del que viene de frente o del que te sale por la derecha por la calle del chocolate. O del que te roza, sin querer, al doblar la esquina de la calle de los alimentos dietéticos. ¡Para dietas estamos ahora! Y en la fila de la caja, distanciados como si te fueran a pegar la lepra, o te fueran a robar la cartera. Metro y pico, cuando no más. Es verdad que hay que tomar precauciones, pero si no abres la boca, no toses, no tocas, no hablas, mantienes los labios prietos y el gesto hosco con el que te mira, ¿también hay riesgo? ¿Es que el bichito salta de cuerpo en cuerpo como las pulgas? No sé, no sé... Que si te tienes que quitar los zapatos antes de entrar en casa, que si te tienes que empelotar en el rellano de la escalera, que si la lavadora a una temperatura que la ropa no aguanta, que si cuando estornudes lo hagas en el codo del chaleco, lo que me parece una porquería como la copa de un roble de grande... En fin, habrá que hacer lo que nos digan.

Puede que te hayas preguntado ya a qué viene la foto de hoy. Son dos copas de amontillado y un cuenquito de aceitunas. No se despacharon con ellas, no. Es en La Frasquita, en Antequera (¡anda que no me va a dar juego a mí haber pasado los carnavales en Antequera!), el 22 de febrero, a la hora del aperitivo, y antes de continuar la visita a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, de la que ayer te envié el San José, y después de ver la de San Juan de Dios.

He dicho que hoy es viernes, y que pienso seguir manteniendo mis costumbres. A mi manera, claro. Y los viernes, tras la semana de trabajo, estresada, pues nuestro trabajo, el de los Administradores de Fincas es estresante, que hay que tratar de dar gusto a todos, o hacer creer que se lo das en algunas ocasiones, me gusta tomarme un aperitivo con Nines y alguna que otra compañía: amigos, sobrinos... Hoy también me lo voy a tomar. Pasaré de los aperitivos de carne, que me dan igual. ¿Has visto la foto, te acuerdas de ella? Son dos copas, como te he dicho. Bueno, pues una de ellas es para ti, querido lector. La otra es mía. No bebo alcohol desde hace muchos años. Sólo alguna concesión extra de higos a brevas. Y una de esas ocasiones va a ser hoy. Verás, ponte en situación y toma la copa. Yo he cogido la mía, y vamos a brindar.

Y voy a brindar, contigo, Nines, porque es con quien brindo, y a quien brindo, todos los momentos desde hace casi treinta y dos años, y dos más de noviazgo. Y lo voy a hacer contigo, mamá, porque te debo la vida, lo que no es poco. Y también voy a brindar contigo, te llames como te llames, seas lo que seas y seas como seas. Y lo voy a hacer para agradecer a Dios haberte conocido, y haberte tenido por amigo, por confidente, por pariente, por administrado y por allegado, por comadre y por compadre, por sobrino, por hermano, por cuñado, por maestro, por ayuda, por compañero y por entero, de italiano o de lo que venga a mano; y lo voy a hacer contigo por sentirme uno más de la tropa militar a la que perteneces, o de los cuerpos de seguridad, o de las filas de sanidad. Y voy a brindar para recuperar, en ese momento, por corto que sea, todo el tiempo que, por una causa u otra, hemos dejado de disfrutar a lo largo de tantos años desde que nos conocemos. Y voy a brindar para que veas que la relación profesional no es incompatible con la fructífera relación personal. Y voy a brindar por los momentos que hemos disfrutado juntos, por esos en que hemos reído, cantado, sufrido o llorado. Y voy a brindar por los

silencios comprensivos en la pena y en el duelo, que dicen más que cualquier palabra de consuelo. Y voy a brindar por los minutos que, por imbéciles, nos dejamos escapar sin darnos cuenta de que el tiempo no vuelve más. Y voy a brindar por todo lo que he aprendido de ti, porque a veces estamos tan ciegos que no queremos ver la enciclopedia vital que tenemos delante de nuestros ojos. Y voy a brindar por todo lo que quieras, sin excepción. Y voy a.... ¡no, no!, perdón... no voy a brindar... ¡Vamos a brindar!

¿Ves, como hoy, viernes, también he salido de copas? Estoy seguro que tú también sientes haberlo hecho. Mejor así. Pues eso. Ah!, cuidado con tomarte una aceituna más de las que te correspondan, que con la comida no se juega, ¿verdad, Jesús Marcos?

Día 7º
Sábado, 21 de marzo del 2020

¡Hoy va de estrechura...



...padre cura!

Hoy, por ser sábado, me he permitido la licencia de levantarme algo más tarde de lo normal. Pero como el hombre es animal de costumbres, a las siete y media estaba en pie. Dediqué tiempo a la lectura de la prensa y a conocer la evolución de la peste que nos asola. Llegado el momento, en familia, o sea los dos, Nines y yo, que no somos más, al menos físicamente, que si lo digo y pienso con el alma tengo la casa llena de gente, entre los cuales estás tú, que

esta es tu casa, digo que llegado el momento desayunamos. Si estoy en casa, siempre lo mismo. Si estoy en un Parador de Turismo, también: churros con huevos fritos. ¿Que no los has probado así? Hazlo. Me lo enseñó mi abuela Augusta, la madre de mi padre. Bueno, en casa es otra cosa, pero no me voy a perder por las ramas de la comanda del desayuno.

Tras ello me subí a la bicicleta estática. Hoy no he conectado el reloj “sabio” que tengo, ese que dije que controlan los americanos, como poco, porque ayer me llevé la sorpresa de que, como la bici no se mueve de sitio, no marca la distancia recorrida, y como el cálculo de las calorías debe ser un algoritmo o parecido, vete a saber, relacionado con los kilómetros rodados y con la ubicación del chisme, que sigue siendo la misma, pues no dejo de ver las ventanas de los pisos del edificio de enfrente que dan al patio de manzana, que no es patio particular, como el de la canción, pues resulta que, como digo, no sé cuánto quemo, por lo que he decidido no ponérmelo, y avisarme del tiempo que me he establecido como meta, treinta minutos, con la alarma del teléfono.

Decía al principio que hoy iba de estrechura. No sé si reconoces el sitio que se ve en la fotografía de hoy. Estoy seguro que más de uno de mis lectores ha parado en el lugar donde se encuentra. La foto es una celda. Una celda especial. Una celda con un significado más importante de lo que parece. No es una celda cualquiera. No es una celda normal, de cualquier convento para el uso de cualquiera de sus monjes. No. Y estoy seguro de que has parado más de una vez a comer en el lugar donde se encuentra la celda. Y has comido, has pagado, ¡cómo no!, si no te han invitado, y te has marchado sin bajar a la celda e imbuirte del ambiente de la misma, que no es baladí. Voy a ir poco a poco.

La fotografía la hice el día 21 de diciembre del año pasado, día en que Nines y yo quedamos con nuestro buen amigo Don José Luis León Solís, sacerdote de la Prelatura del Opus Dei, en el Parador Nacional de Turismo de Oropesa (Toledo). Ahí partimos distancias, él desde Madrid, nosotros desde Badajoz. Nines y yo conocemos la celda desde hace ya mucho tiempo. En la fotografía la celda parece más ancha de lo que es, merced a las técnicas ópticas de los teléfonos móviles de hoy día. La anchura de la celda no es de más de dos metros, si es que llega a ellos. La altura es algo menos agobiante. No es larga, sólo lo que ves. Al fondo, una estrecha ventana, única conexión de la estancia con el mundanal ruido.

Para bajar, una escalera angosta y claustrofóbica en la que tienes que ir permanentemente encorvado, so riesgo de quedarte la tapa de los sesos pegada en el techo. Sé de alguien que al bajar, o subir, se ha quedado medio atascado en la escalinata, lo que ha teñido de mayor sacrificio el sentido de bajar a la celda.

Bueno, querido lector, desvelo el secreto hasta ahora guardado. En esa celda pasaba largas temporadas, la última poco antes de morir, San Pedro de Alcántara, uno de los santos más importantes del santoral, con permiso de otros. De hecho, en la Basílica de San Pedro, en la nave principal, hay una estatua del santo franciscano natural de nuestra tierra (Alcántara, Cáceres). Y no todos están ahí.

¿Y por qué hoy traigo esto a colación? Porque esta mañana, cuando estaba cadenciosamente pedaleando sin avanzar un solo palmo de terreno me he dado cuenta de que nos estamos quejando del confinamiento en nuestras casas sin reparar en que hubo alguien, y sigue habiendo hoy día, que ha sido capaz de vivir y dormir (¿te has fijado en la cama de tabla de su celda?) en un espacio mucho más angosto que el que, muchos de nosotros, tenemos a nuestra disposición. A la hora de la verdad, no sabemos valorar las comodidades de las que disponemos hoy día. Sé que hay familias que tienen que vivir en reducidos salones, cuando no compartir varios de sus miembros diminutas alcobas. No sé si me equivoco al pensar que ellos lo llevan mejor que los que disponemos de más espacio, quizá porque saben valorarlo. Sus estrechuras son, por su forma de valorar las cosas, a lo que la vida les ha obligado, anchuras; y las anchuras de muchos de nosotros, por no saber valorar lo que tenemos, estrechuras, en las que nos creemos encerrados sin valorar y agradecer a Dios lo que tenemos.

Nunca le había sacado tanto partido a la terraza de mi casa. Da a la calle Enrique Segura Otaño, esquina a Plaza de la Constitución. Hemos salido Nines y yo a la terraza al oír algunas coplas de la gente que no ha encontrado otra forma de airearse que alumbrarse con la linterna del móvil con el que vive en el edificio de enfrente. Seguramente ni se conocen. Seguramente no se saludarán nunca cuando se crucen, porque no saben quiénes son. Pero, ahora, se sienten cerca unos de otros, nos sentimos, y formamos una gran familia.

Ha sonado la copla “Viva España”, y Nines y yo hemos bailado. Nunca le saqué tanto partido a mi terraza, nunca me sentí tan a gusto en ella, nunca he amortizado tanto lo que me costó el piso por tener ese espacio al aire. Bueno, me costó y me sigue costando, que yo pagaré hipoteca hasta el día en que ajuste cuentas con San Pedro, el de las llaves, no el de la celda. Nunca un baile ha estado más acompasado y tan bien bailado. Por un momento he fijado la mirada en las paredes de la terraza. No las veía. Porque estábamos rodeados de mucha gente, tú entre ellos. Haciendo corro al baile estaban cuantos queremos, cuantos sentimos, cuantos añoramos, cuantos, en suma, sois parte de nuestra vida. Y dos azulejos, testigos protectores de estas horas de extraña tribulación alegrada por el baile más disfrutado de todos los tiempos de mi vida: la Virgen del Carmen y San José. Y tú has bailado conmigo. O con Nines, que eso de hombre con hombre no está bonito. O no estaba. Otra cosa son las parejas de mujeres que, en los pueblos, alegran la velada. Eso sí, guardando las distancias, dadas las cosas.

Seguro que mañana, cuando me monte en la bici, sin reloj espía, tendré la impresión de estar recorriendo el camino mañanero que ahora no puedo recorrer. Pero eso será mañana.

Acabo con la celda. Voy a contar otro secreto. El viernes 28 de febrero, camino de Toledo, a donde acudí para acompañar hasta al entonces Obispo de Coria-Cáceres, Mons. Francisco Cerro Chaves, en su toma de posesión como Arzobispo de Toledo y Primado de España, volví a la celda. Esta vez con otros dos buenos sacerdotes y amigos, Enrique Merchán Ceballos y Carlos Torres Muñoz. Allí celebraron misa. Una de las intenciones, y entonces no se había formado la de San Quintín, fue por la plaga del coronavirus de las narices, que ya empezaba a asolar Italia y dejaba sus primeras víctimas en España. Allí pedimos por quienes lo estaban pasando mal. Y para que Dios, por intercesión de San Pedro de Alcántara, nos protegiese a todos, a ti, que lees esto, también. Os dejo una foto de la misa. A los puristas diré que no había casulla en el Parador. La intención y la validez es la misma.



Así que, ya sabes, si te agobias en casa, sal a la terraza, baila con quien tengas al lado, o solo, o sola, al ritmo de lo que te pase por la cabeza. Y si no tienes terraza, hazlo donde puedas. ¡Baila!, aunque seas obispo o cura, monja o coja. Y si te sientes preso entre tus paredes, vuelve a mirar la celda. Al fin y al cabo, lo ancho o estrecho es un sentimiento que se percibe más en el corazón que en la vista. No es una percepción física. Que te lo digo yo.

Antes de irme, un abrazo a un amigo, Carlos, que no es el cura que he nombrado; es otro Carlos, que está en la incertidumbre. Y un mejor deseo a Javier, sacerdote, y, por supuesto, a Don José María, Obispo de Ávila, afectados ambos, que van mejor. Rezamos por vosotros.

Ellos, como otros, sí que están pasando por... ¡estrechuras!

Día 8º
Domingo, 22 de marzo del 2020

Hoy pensaba ir por otros derroteros...



...pero la actualidad me ha hecho cambiar.

Hemos pasado ya una semana y un día, desde el momento en que tuvo cada cual que aceptar recluirse en su guarida. Es verdad que más de uno, quizá por precavidos, nos dimos cuenta enseguida que donde decían digo querían decir diego, y viceversa, y nos planteamos que la “pena” pasaba de prisión menor a reclusión mayor, dicho en términos judiciales. Hay, por desgracia, a pesar de haber salido a la palestra el Presidente del Desgobierno, en cuya piel, honradamente, no me gustaría verme en estos momentos, para anunciar la firme decisión de prolongar el arresto, digo que hay quienes pensaban que era

cosa de una quincena, y que, después, todo iba a ser “lairo lairo”, con palmas y zapateado a modo de andaluz tablado. Nada de eso.

Y puede que a algunos de los que soñaban con desempolvar el traje de faralaes para irse al real de la Feria de Sevilla, se le hayan apagado los farolillos del traje como a Curro, el día que decidió irse “de esto”, se le apagaron los resplandores de los alamares. Y donde algunos veían luz a final del túnel, ahora ven oscuridad y tinieblas. Mala cosa.

Hoy, la verdad, no pensaba ir por estos derroteros, a los que luego volveré, pues quería dedicar, de alguna forma, mi crónica a mi sobrino Jaimito, que habrá de esperar a mañana, o a pasado, o a..., que días para ello vamos a tener más que longaniza en un cuarto de matanzas, al menos como el cuarto de matanzas de El Novillero. ¿Te acuerdas, mamá? Todas “las alambres” del techo llenas de colgaduras de chacina, goteando en su curación, esperando el momento en que se tocara fajina y le llegara el turno a la rueda de salchichón de turno. O de morcilla. O de chorizo. Bueno, de chorizo, ahora estamos despachados. Y la morcilla que tenemos encima también es buena.

Sí hay una cosa que quiero comentar, porque me lo pide el cuerpo. Soy el primero, ya lo he hecho, en agradecer a los sujetos activos que luchan contra todo esto en primera persona la labor que hacen. Hoy mismo he leído en la prensa, y en muchos mensajes de whatsapp de la multitud que recibo, palabras de agradecimiento a una serie de colectivos que luchan para que todo, salud lo primero, se conserve como es debido, y para que el orden y los suministros, que no “sus ministros”, estén al día. Y he leído una lista de oficios que creo coja, al menos de un colectivo más. Así, figuran sanitarios, de cualquier rango; militares, de todas las escalas; policías, de todos los cuerpos y grados; guardias civiles, lo mismo digo; personal de limpieza de las calles y edificios sensibles, camioneros, basureros, empleados de tiendas de alimentación, etc., etc... Añado yo, por mi cuenta, a los eclesiásticos, en cualquiera de sus ministerios, católicos por supuesto, que de los demás que se encarguen otros, que nos mantienen viva la llama del discernimiento entre la luz buscada y la tiniebla soportada.

Pero falta un colectivo, y tengo que nombrarlo, aunque algunos puedan pensar que hago propaganda del oficio que, junto al salario de mi mujer, nos ayuda a comer, a vivir, a vestir, a disfrutar, a compartir...

Somos los Administradores de Fincas. Estamos ahí, al pie del cañón, para poder atender las incidencias que siguen surgiendo en los edificios, que no entienden de plagas ni de pandemias. Y así, estamos de guardia permanente, somos “gabinete de crisis” para poder dar servicio a nuestros administrados, pues los ascensores se paran cuando les viene en ganas; las goteras aparecen cuando menos te lo esperas; la fase del alumbrado salta cuando hace más falta; el portal no cierra cuando la noche se traga a la tierra... Y ahí estamos, al menos Manuel y yo, y sé que otros muchos compañeros. No todo se puede hacer “por telematía”, que las llaves hay que recogerlas en el despacho, que a veces hay que enviar alguna información urgente y la gran mayoría de los administrados no han entrado aún en el tema de la técnica telefónica o informática... En fin, que al despacho hay que ir. Permitidme, pues, que saque esta lanza en favor de mi profesión, que es la única por la que ingreso algo, que hay quien piensa que del Arzobispado, por mi servicio a la Iglesia, me pasan nómina. Al contrario, no he pasado un solo céntimo de euro, al día de hoy, por gestión alguna. Mañana no lo sé.

Regreso al tema de hoy. ¿Has visto la foto del principio? Vuelve a fijarte en ella. La hice el 14 de febrero pasado, en mi paseo mañanero. Y creo que viene al pelo. Pasaba todas las mañanas por el mismo sitio, en mi ronda hacia Las Vaguadas y vuelta. Nunca había reparado, al ir ensimismado en la música que, por los auriculares, voy escuchando. Nunca reparé en el árbol, no sé si porque andaba metido en tinieblas, si porque iba más presto a ver las matrículas de los coches para saludar a algunos conocidos, ¿verdad, Jesús?, o porque no alcanzaba a ver que después de la oscuridad estaba la luz. Hasta que un día, y confieso que nunca me había fijado, me di cuenta, al mirar con la cabeza alta, en lugar de ir mirando al suelo para no tropezar o pisar alguna mierda de perro, que otro nombre no tienen, digo que me di cuenta de la parte iluminada del árbol. Paré e hice la foto. Incluso, con un cierto mensaje de esperanza y ánimo, lo envié a algunos destinatarios, entre los cuales puede que te encontraras tú. Y entonces supe que tras la oscuridad viene la claridad; que todo túnel tiene una salida, por largo que sea el trayecto; que tras la tiniebla viene la luz... Y ahí es donde quiero ir a parar hoy. No vale apesadumbrarse al saber que nos alargan el arresto. No vale mirarse el ombligo, cuando, si alzas la cabeza, verás más de lo que crees. No vale encerrarse en lo

negro cuando estamos buscando lo blanco. No vale ser la parte oscura del árbol cuando hay una que está iluminada. No vale, pues, llorar cuando puedes sonreír. No vale decir “no aguanto más” cuanto no te has puesto a calibrar tu poder de resistencia, y te darás cuenta de que puedes más de lo que crees. No vale tirar la toalla cuando puedes limpiarte con ella las lágrimas de emoción al darte cuenta de que sí puedes. No vale cerrar los ojos desesperado cuando puedes mantenerlos abiertos esperanzado. No vale decir que no cuando no has intentado darte cuenta de que puedes decir que sí. No vale llorar cuando sabes que otros tienen situaciones de mayor penar. Desde que vi el árbol iluminado te aseguro que todos los días, bueno, cuando podía salir a andar, un trecho antes de llegar a él se me abrían los ojos para disfrutar de la luz que lo iluminaba. Y mi alma se alegraba y el sentimiento gozaba. ¿Serías capaz de buscar la parte iluminada del árbol que tengas cerca? Si no lo hay, ¡píntalo!

Por lo demás, un día como el de ayer. Le he hecho un regalo a Nines: una “libra” de chocolate, para que se coma una “jícara” de vez en cuando. Negro, como le gusta. A mí no, pues me amarga como un pepino. Lo prefiero con leche. Dicen que el chocolate alegra el sentimiento, no sé por qué cosa de la serotonina y el triptófano. Eso se me escapa, no es lo mío. Pero, por si es verdad, lo como. Está bueno.

He visto la misa desde la capilla de la sede de la Conferencia Episcopal Española. No me ha gustado que no se hayan guardado ciertas distancias entre el celebrante y el acólito. Pero, digo yo, ¿ni en estas circunstancias puede un obispo leer el Misal colocado en un atril, como sí se ha hecho en la Catedral de Badajoz hoy? ¿Y no puede el celebrante de Madrid darse con el potingue de desinfección en las manos de forma ostensible antes de dar la Comunión? ¡Que se ha visto en toda España! Bien por Don Celso en la Catedral de Badajoz, cuya celebración también he seguido. Se han guardado las distancias. Me han gustado sus palabras. Así se hace.

Bueno, por hoy ya está, que voy a salir a los cacerolazos. Algo es algo.

Día 9º
Lunes, 23 de marzo del 2020

Hola a todos.

Hoy he salido de casa y...

394.000

...me gustaría no haber vuelto aún.

La verdad es que he salido. Y ha merecido la pena. Os lo digo yo. Ya veréis, ya.

Fui al despacho esta mañana. Como siempre, alguna llamada que era preciso atender. Y se atendió. Manuel me dijo ayer que él se quedaba en casa, trabajando a distancia. Perfecto. Hay cosas que se pueden hacer, otras no. Y es preciso estar al tanto, que esto no para. Con “esto” me refiero a la vida, que la muerte ya parará. Al menos, digo yo, la que nos acecha ahora a la vuelta de cualquier esquina. Bueno, siempre ha sido así, que nunca se sabe ni el día ni la hora. Pero la de ahora mete miedo. Mi tío Carlos lo tiene. Me llama para hacerse a la idea de que ha ampliado las paredes de su casa. Hablo con él, lo tranquilizo, le digo que no se arriesgue, dada su edad, que, como presume de ella diré que son 18 años más que la mía. Quiere llegar a los 100. Eso ya... Dios dirá, aunque, como siempre se ha dicho, ¿quiénes somos nosotros para poner límites a los designios de la Providencia? Nosotros no, pero el puñetero virus se la está jugando. ¿Quién me dice a mí que esto no ha surgido por un mal uso de la inteligencia, don de Dios, por parte del hombre? Vaya Vd. a saber.

Antes de salir de casa recibí la llamada de D. Francisco Maya, Vicario Episcopal de la Ciudad de Badajoz y uno de los responsables de Cáritas Diocesana. Le gusta que le llamen Paco. Que lo haga otro. No aprendí yo eso en

los Salesianos ni en casa de mis padres. Es verdad que a algunos curas los tuteo, lo que me cuesta un suplicio, pero es que casi, por edad, pueden ser hijos míos; o la relación de amistad es tal que, sumado a ser menores que yo, se me hace extraño llamarles de Vd. Pero, por norma general, a los clérigos, de Vd.

Me pedía ayuda para contactar con los directores de dos centros comerciales para solicitarles su colaboración para dotar de ropa adecuada a los acogidos en el pabellón deportivo municipal Las Palmeras, de Badajoz, donde han sido acogidos por Cáritas Diocesana los sin techo que andan sueltos por Badajoz y pueblos de la provincia. Cuando digo “*suelos*” quiero decir sin oficio ni beneficio, o sin hijo ni cobijo. Ya el sábado contactamos con otro centro, que nombro mucho en mis crónicas, para pedir ayuda. Sin problema. Pida Vd. por esa boca. Concedido. La humanidad no es cosa sólo de los hombres de a pie, sino que también forma parte del ideario de algunas empresas. Me dan igual los motivos por los que lo hacen: lo hacen y punto, que es lo importante. Y yo lo agradezco.

Dediqué parte de la mañana a tratar de contactar con los directores de otros dos centros comerciales. Uno, dispuesto, me dio las pautas para acceder a la ayuda. La transmití a D. Francisco. A Paco para otros. Del otro centro con los que contacté esta mañana prefiero no hablar. No seré yo quien ponga los pies en sus terrenos como no sea que vaya algo bebido. Y como no lo hago, me extraña vuelva por allí. Me dio la mañana la respuesta del director. Allá él con su conciencia. Y yo con la mía.

Hechas estas gestiones me llama Miguel Luna, de El Corte Inglés. El pedido para entregar en Las Palmeras está listo. Pero no pueden llevarlo, cosa que entiendo, porque tienen los medios destinados a los envíos de supermercado a las casas de los clientes que optan por ese sistema de compra. Lo entendí y le dije a Miguel que no se preocupara: iba yo. Tengo miedo, es verdad, a que el patógeno de marras se me instale dentro. No lo oculto. Pero me niego rotundamente a vivir en el miedo. Porque vivir en el miedo es no querer darte cuenta de que hay resquicios en tu vida por donde entra la luz y el aire. Yo prefiero buscarlo, antes de que el temor me impida pensar en que se le puede plantar cara al miedo, sin salirse de la prudencia.

Hablé con D. Francisco Maya, Paco para los que así prefieran. Le expliqué el asunto y le dije que yo iba a llevar el pedido. Acabé en el despacho, le

mandé un mensaje a Manuel y me vine a casa a por el coche. De paso, le dejé a la persona encargada de la conserjería de uno de los edificios que administramos el certificado válido para que las fuerzas del orden le dejen moverse desde su casa al trabajo y viceversa. Deberían llevar, los certificados, pintado el trayecto a seguir, así no hay trampas, digo yo. No demos ideas, que ya hay muchas pululando.

Llegado a casa cogí el coche. Debía recoger en El Faro, que los que sois de Badajoz sabéis el lugar en que se encuentra, en Hipercor, la donación de El Corte Inglés. Voy a hacer propaganda, no me importa, porque quiero decir quien sí, aunque calle el quien no. Llené el coche de bolsas con el material solicitado y donado. Gracias, Miguel, a quien corresponda. A todos los que formáis el equipo de esa casa.

Camino de El Faro me sentía orgulloso. Iba en silencio, contagiado del existente en las calles. Silencio que sobrecoge, silencio que, como dije el otro día, se oye... Silencio que dice más que muchas palabras de las que decimos a diario. Silencio, sólo silencio... A medio Puente Real me fijo en el cuentakilómetros del *"coche de casa"*, que era como se le decía en casa de mis abuelos al coche. Recuerdo a mi abuela María Pepa decirle a Ramonina de Juan, por ejemplo: *"Ramonina, te recojo con el coche de casa"*. Y allá que iban las dos a comprar café, mantequilla, toallas y demás zaragallas a Elvas. Bueno, las dos y Manolo el chófer.

Bueno, pues me fijo en el cuentakilómetros del coche. Marcaba 394.000 kilómetros. Exactos, en el momento en que miré. ¿Te suena ahora el inicio del comentario de hoy? No voy a olvidar nunca esa cifra, ni el lugar por donde iba, ni el motivo del viaje. No iba a Elvas, a comprar café, ni mantequilla. No. Iba a por toallas, a por ropa interior, a por chanclas para la ducha, a por cubiertos de un solo uso. No llevaba a nadie en el coche. Nadie con quien compartir uno de los momentos más felices de toda esta época en que estamos viviendo... o muriendo, porque hay quien se muere. Nadie que me ayudara a tragar el duro momento de saber que estaba donde estaba porque alguien lo necesitaba. Tragué saliva, pasé el nudo de la garganta como pude, como lo estoy pasando ahora al recordar el periplo de hoy. Dejé correr una lágrima, o dos, sino fueron tres...

Llegué a Hipercor. La persona de contacto estaba avisada. Metí las bolsas en el coche. Nunca tuvo ese coche mejor uso. Ni cuando he montado al Arzo-

bispo. No quise ocupar el asiento del copiloto, el de Nines, porque es suyo. Parecía el coche el de un “*marroquino*” volviendo de vacaciones, o yendo. Di las gracias, firmé el recibí y seguí la ruta. Una voluntaria de Cáritas, Ana Belén, me esperaba. Allí había varios alojados. ¿Marginados? No lo sé, porque, a la hora de la verdad no sé si los marginados somos nosotros, los que no estamos allí, los que no nos queremos dar cuenta de que, por el motivo que sea, hay quien no tiene lo que a nosotros nos sobra.

Hubiera estado todo el día dando portes, acarreando bolsas, paquetes... Hasta que el coche hubiera marcado otros 394.000... Don Celso me da las gracias... ¿De qué? ¿De que me hayan dado la oportunidad de sentirme útil? Sé que para esto no hace falta una pandemia, pero ha tenido que cernirse sobre el mundo para que muchos nos demos cuenta de ello. No es lo mismo dar un donativo en un cesto, en el que no ves la cara de la persona a la que va a parar, que ver el rostro de los que vas a ayudar. No, no es lo mismo.

Volví a casa. Más silencio en el camino. No abría la boca en ningún momento. Y eso que yo soy de los que hablo a solas a la primera de cambio. Pero hoy, opté por el silencio. Creo que era la mejor forma de decirme las cosas. A veces, es verdad, el silencio es la mejor palabra. ¿No lo crees? Pues, piénsalo.

Hoy he salido de casa y... ¡me gustaría no haber podido volver aún!

Día 10º
Martes, 24 de marzo del 2020

Hoy quiero dedicar mi crónica...



...a mi sobrino Jaime.

Y lo voy a hacer con el permiso de cuantos me leéis, y, por supuesto, con el de su padre, a quien le he pedido autorización para insertar la fotografía en la que estoy brindando con él.

Aunque, la verdad, lo que me pide el cuerpo es dedicar la crónica de hoy a Don Antonio García-Moreno, sacerdote de este presbiterio de Mérida-Badajoz, que ha fallecido ayer en Pamplona, y cuyo entierro, por las causas que todos conocemos, ha debido ser en la intimidad. Le tenía afecto a Don Antonio. Descubro que fue mi confesor durante mucho tiempo. Ya estará gozando de Dios, que es a lo que todos aspiramos... en su momento, no antes de tiempo. Y no dejo de tener en la cabeza a un buen ganadero de bravo, Borja Domecq, que ha sido traspasado por el cuerno del maligno, hecho virus. Fue un

hombre cercano y afectuoso. Educado y cabal. Y con ellos no se me van de la cabeza cuantos han sido víctimas de esta plaga que nos asola, y de la que sólo sabremos si nos hemos libramos cuando haya pasado, si es que no ha venido a instalarse entre nosotros por los siglos de los siglos... Vete a saber.

Parecería una contradicción dedicar una crónica a quien tiene toda una vida por delante cuando empiezo por nombrar a los que ya han “terminado”. Nunca olvidaré la pregunta de mi abuela María Pepa, en la madrugada del 5 de agosto de 1977, a Don Antonio Sánchez, ilustre cardiólogo y flamencólogo que ejerció en Badajoz, refiriéndose a mi abuelo Felipe, que yacía en el catre de la alcoba: “Antonio, ¿terminó?”. Y el bueno del galeno asintió con la cabeza. Nada más que decir. Resignación cristiana y gracias a Dios por la vida de mi abuelo.

Pero sí, no está de más empezar con la fotografía en blanco y negro. Le he quitado el color a propio intento. Eso sí lo sé hacer, pero hay cosas de la técnica que se me resisten. Son testigos de ello mis compañeros de clase de italiano, en la clase virtual, o como se diga, que hemos tenido hoy con Chiara, la gentil y amable, a la par de valiosa, “professoressa”... Hasta que he conseguido engancharme a la clase en el televisor del ordenador he soltado por esta boca lo que no se puede poner en los escritos. El próximo día será de otra forma. Las broncas gordas con mi mujer han venido siempre a cuenta de los aparatos tecnológicos: el vídeo, el bluray, el netflix... Con lo dócil que es un libro en papel...

Vuelvo a la dedicatoria, pero antes de ello, y por hacer alusión a los mensajes que he recibido de muchos de vosotros, diré que lo que yo hice ayer no es nada extraordinario. No. Y no es que lo haya hecho más veces, o lo vaya a hacer de forma habitual, pues no tengo tiempo para ello en condiciones normales. Pero sí me he dado cuenta de que es preciso hacerlo en alguna ocasión, aunque sólo sea una, para darte cuenta y valorar, en su justa medida, y digo lo de justa más por justicia que por exacta, a quienes dan su tiempo y su empeño en atender situaciones sobre las que muchos volvemos la cabeza de vez en cuando, pues es más cómodo mirar para otro lado. Y es bello hacerlo, lo de hacerlo, no lo de volver la cabeza, y puede que repetirlo también lo sea. Dios proveerá. Mi sobrina Iciar, en Cáceres, se dedica, según he sabido por el HOY, a llevar medicinas a los viejecitos que no pueden salir de casa, o no se atreven,

que el miedo guarda la viña. ¿Qué será eso de que, cuando se es consciente de que, por razones de edad, se te va acercando el momento obligatorio de rendir cuentas te resistes como puedas a que te llegue? Está claro, a este mundo venimos sin que nos pregunten, pero no nos queremos ir aunque nos echen. Se conoce que no se está mal del todo. Y que verdad es esa, aunque algunos lo estén menos mal que otros.

Bueno, voy a la foto. La hice el 14 de febrero, después de la Confirmación de mi sobrina y ahijada Marta, hermana de Jaimito, el de la foto, que no el del chiste. En la celebración posterior, al final, Jaime y yo brindamos. Él con algún bebible para niños; yo, con cava, que no estaba malo. Bueno, a mí nunca me parece nada malo. O casi nunca. Tengo buena boca. Llevo estos días acordándome de esa foto, de ese momento. Fue un momento feliz, sin saber, a ciencia cierta, la que se nos avecinaba.

Y aunque la cosa pinta ahora en blanco y negro llegará el día en que vuelva el color a la fotografía. Tu generación, Jaime, tendrá una vida distinta a la nuestra, será de otra forma, y no lo digo por cuestiones tecnológicas, que en eso vais a salir perdiendo, porque vais a olvidar que una relación humana es más valiosa que la más sofisticada de las tecnologías. El día de mañana, que no mañana, vuestra generación recordará, como no lo han olvidado los niños de la pre y posguerra, las privaciones a que os visteis sometidos durante vete a saber cuánto tiempo, que yo tengo muy claro que esto no es cosa de tres días con pasado mañana, no. Esto va a cambiar, como muchos lo han asumido ya, la vida de la generación a la que yo pertenezco. Al tiempo. Nada será lo mismo. Miraremos a los demás como si fueran pestosos, como si por tocarte te condenaran. Como si, por mirarte, te sancionaran. Como si, por vivir, los demás te molestaran. Mucho tienen que cambiar las cosas para que así no sea. Habrá prevenciones durante mucho tiempo. Lo iremos viendo.

Y los momentos, Jaime, que hoy vivimos en blanco y negro, en los que tendrás que aguantarte sin ir a jugar con tus amigos al parque o a la plaza, o ir al colegio y poner, en clase, los vasos con los vasos y las botellas con las botellas, o jugar en el recreo en el patio de las Josefinas, donde yo eché mis dientes de colegial, te enseñarán que hay veces, sin saber por qué, en las que no queda más remedio que amoldarse a las circunstancias de cada momento.

Tus abuelos lo hicieron. Tus padres lo están viviendo ahora, aunque de otra forma. Vivimos tiempos en blanco y negro, en los que no se sabe si mañana, al día siguiente de escribir o de leer esto, serás parte de lo blanco o de lo negro. La cosa no es fácil. Habéis nacido en unos momentos en que la alegría invadía todos los sectores de la vida. Eso sí, cada uno como podía, que la alegría, muchas veces, está mal repartida. ¿Quién iba a pensar, cuando hace cuatro días, partíamos el pavo en Navidad, que poco después se cerniría sobre nosotros la guadaña? Ojalá todos nosotros salgamos bien, Dios lo quiera.

Pero, querido Jaime, al mal tiempo buena cara. Y vuestra generación podréis llevar a la realidad las conclusiones que todos vamos a sacar de estos días. No me gustaría que todo lo que estamos pasando no tuviera sus consecuencias positivas para la época en que te tocará, como a nosotros ahora, palpar la realidad de lo que es vivir, que no sólo es trabajar. Quiero pensar que toda esta situación traerá luz para el devenir de vuestra hoy joven generación. Quiero pensar en que sabréis humanizar algo más la vida de lo que nosotros, mi generación, hemos hecho en los últimos años. Quiero pensar que sabréis poner todo el adelanto de los tiempos al servicio del hombre, y no al hombre al servicio de los medios, como hemos hecho en los últimos decenios. Quiero pensar que podréis seguir brindando entre los de vuestra generación y pensar que la vida no es sólo técnica, sino también entrega, afecto, ilusión, cercanía y emoción. Quiero pensar que, cuando choques mañana tu copa con otra, te parará a pensar que mereció pasar por lo que estamos pasando si con ello sois más humanos que los de mi generación. Ahora sólo somos números en cuentas corrientes... sólo somos mensajes... sólo somos whatsapp... sólo somos redes frías sin darnos cuenta de que una pantalla no tiene el valor y el calor de la persona en vivo... sólo somos correos electrónicos... sólo “somos” ¡sin ser nada!, a la hora de la verdad.

Y por eso, Jaime, brindo contigo, y brindo en color, a pesar de esta época de claros-oscuros que vivimos, porque brindo con ilusión, con entrega, con emoción y con amor. Brindo por ti, por tu generación, por la mía, por la de mis mayores, por la de quienes ya no están... Brindo en color, Jaime, porque siempre he dicho que no podemos conformarnos con ver las cosas, el futuro, en blanco y negro. Ponle color a la foto, el del futuro, que la vida depende mucho del color que nosotros queramos ponerle.

Y brindo por mi abuela María Pepa, que estaba un día viendo una corrida de Paco Camino en un televisor en blanco y negro, y se le “fusibilizó” (Paco Martínez Soria dixit) el aparato, y llamó a Bonifacio y le hizo traer una televisión en color, y así terminó de ver la corrida.

Pues así la quiero yo ver también. Y la quiero ver, querido Jaime, contigo. Te prometo que, levantado el arresto, brindamos.

Te quiero, Jaimito.

Día 11º
Miércoles, 25 de marzo del 2020

Hoy me he dedicado...



...a recordar.

Y vaya por delante mi sincero recuerdo a un sacerdote de nuestra Archidiócesis, párroco de Santa Eulalia, en Las Vaguadas, de Badajoz, pues su padre ha fallecido en el día de hoy. Poco después de las siete de la mañana recibí un mensaje de Don Juan Carlos Domínguez Arciniega, que ponía en mi conocimiento que el padre de D. David Martínez había fallecido en Llerena, si bien no del coronavirus este que nos asola. Cené con D. David el 4 de enero, en casa de unas amigas comunes, las hermanas Toni y María Isabel García Cuevas, que no sé si les gustará las nombre o no, pero ya no tiene re-

medio. Vaya, pues, por delante, mi oración por el padre de D. David y por sus familiares.

Pero no voy por estos recuerdos, no. Ni la flor de la fotografía para muertos, que no me gustan las flores para los finados. Las flores para los vivos. Para los muertos, oraciones. En el cementerio de Penáguila (Alicante), donde yacen con sus padres los restos mortales de quien fuera Arzobispo de Mérida-Badajoz, Excmo. y Rvdmo. Mons. Santiago García Aracil, que Dios tenga en su Gloria, y que allí están por deseo expreso suyo, aclaremos las cosas por si alguien aún no se ha enterado, digo que en el citado cementerio, encima de la reja que da entrada al camposanto, hay una placa que dice: *“Una lágrima por el muerto se evapora; una flor sobre su tumba se marchita; una oración la recoge Dios”* (Año 1897). ¡Y qué verdad es! Por eso, y lo digo ya, aunque a algunos no les guste leer estas cosas, y menos a las horas a las que recibe esta crónica, que decían mi suegro y mi padre que por las noches de esto no se habla, digo que no quiero flores el día en que me toque “rendir cuentas al Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio”. Ni una. El importe, por favor, gastadlo en obras de caridad. Pero volvamos al mundo de los vivos. Y al recuerdo, como he dicho antes.

Esta mañana fui al despacho. Entre Manuel, desde su casa, que la juventud entiende más de las conexiones a distancia que los que peinamos canas, y yo, desde el despacho, hemos hecho lo que había que hacer, que no es otra cosa que atender lo que surge. Y no dejan de surgir cosas. O llamadas con preguntas acerca del uso o abuso de zonas comunes en edificios y comunidades. O gestiones para intentar colaborar en las necesidades de los lugares donde se atiende a necesitados.

Camino de la oficina se me hizo ver una flor. Y una flor que yo cogí. Una flor que me llevé al despacho. En cierto momento, entre llamada y llamada, y cuanto ya tenía todo resuelto, me recosté algo en el sillón de mi despacho. Sus pétalos, blancos, me tentaban a ir arrancando uno por uno, como cuando se cogía una margarita y sufría el maltrato humano para que te dijera, sí o no, si querías a la niña de la que creías haberte enamorado. O si te quería ella. Fuese lo que fuese, las margaritas, en ese tipo de acertijos, han sido muy mentirosas, pues el resultado del sí o del no siempre era contrario a lo que querías que te dijera. Mentía la margarita o... ¿te mentías tú? Vete a saber. Después de tanto tiempo...

Cerré los ojos un rato, como queriendo huir del acoso y derribo a que nos tiene sometido el dichoso virus. Nos acosa, es verdad, y trata de derribarnos, es verdad. Pero no lo conseguirá. También es verdad. En toda batalla hay un número de muertos, es inevitable. Pero cuando todo esto acabe los resucitaremos y volverán a vivir en todos y cada uno de nosotros. Y lo harán con el reconocimiento de quienes, sin saber por qué, fuimos o fueron elegidos para perpetuar la memoria de quienes sucumbieron a las astas del virus que, en el sorteo de esta corrida de toros que es la vida, le tocó en suerte.

En el sueño, breve, al que me entregué, me vi sentado en medio de un prado, en el que sólo había una flor, la que cogí. Movidamente no sé por qué fuerza interior empecé a quitarle pétalos a la flor, no buscando el amor de una mujer, que lo tengo, sino buscando, con cada pétalo, recordar lo bello de la vida. Porque, ¿para qué recordar lo malo siendo tan bello lo bueno?

Y así recordaba mi época de niño, en la que disfrutabas con cualquier cosa, porque lo que valía era la imaginación que le echabas a las cosas, sin necesidad de aparatos que ahora, a los niños, les dirigen los pasos robándoles la personalidad de su desarrollo humano e intelectual.

Y recordaba la fidelidad de la gente que trabajaba para mi familia, en el campo, en casa, gente sencilla, que toda su riqueza y generosidad era hacer feliz a los que tenían alrededor, y que, si era preciso, sabían defender a quienes les daban de comer aunque se quedaran ellos sin hacerlo. ¡Qué contraste ahora, salvando honrosas excepciones, en los que se muerde la mano de quien te da el alimento!

Y recordaba que la amistad entre las personas no era interesada, porque se entregaba una persona a otra, y no como ahora, que eres amigo de otro si le entregas lo que tienes, o lo que al otro le interesa, o al revés, pero no se entregan ninguno de los dos. También hay hoy día honrosas excepciones.

Y recordaba el respeto debido a los maestros, a quienes te enseñaban las pautas para hacerte un hombre, no como ahora, que, salvando honrosas excepciones, se cree el pupilo que es el maestro quien le debe respeto a él, a veces a fuerza de la violencia de los propios padres.

Y recordaba que se disfrutaba con lo que había, y, si no había más, también se disfrutaba, no como ahora, que, salvo honrosas excepciones, se quiere que haya y haya y haya, que todo parece poco, para disfrutar sin disfrutar, porque nunca nos parece bastante y suficiente lo que hay.

Y recordaba que los muchachos éramos educados, y les dejábamos la acera a las damas, a los religiosos, del clero secular o regular, a los mayores en edad, dignidad y gobierno, no como ahora, que, salvo honrosas excepciones, hay jóvenes para quienes los mayores ya son deshecho de la sociedad y ni los miran a la cara, perdiéndose la oportunidad de ver en ellos a sus propios padres suplicando consideración por el simple hecho de haberles dado la vida.

Y recordaba, entre lo bello, que la felicidad, entonces, era gratis, de balde, que no tenía precio, salvo el de saber y querer disfrutarla, pues era un valioso tesoro. Ahora, salvo honrosas excepciones, la felicidad la tienes que pagar, tras suplicarla, a quien se cree en el derecho de repartirla a los demás.

Y recordaba... cuando me desperté. Volví a ver la flor. Me había quedado sin pétalos para seguir recordando. Hubiera arrancado muchos más recordando, a nivel personal, tantas cosas que, vete a saber por qué, se me vienen a la cabeza en estos días de tribulación. Pero la flor, a pesar del sueño, tenía todos sus pétalos, quizá porque, a pesar de lo soñado, no es tan mala la vida como la imaginamos, y merece la pena vivirla.

Y hubiera recordado cuantos momentos de mi vida me hicieron feliz y son base de la felicidad que siento en estos momentos, porque me niego a ser infeliz. Eso lo dejo para quienes no sepan sacar provecho de las cosas que Dios nos ha puesto a nuestro alcance. Es verdad que no hay felicidad completa, pero a veces el empujón para tenerla lo tenemos que trabajar. Es verdad que mi felicidad no es la de quien esto lee, a buen seguro, porque la felicidad no es comparable. Ni la del lector la mía. Se es feliz y punto, cada uno a su manera, cada uno con las circunstancias que Dios, supremo hacedor, ha puesto a nuestro alcance.

Terminé en el despacho. Volví a casa. Paré en un semáforo de la Plaza de Minayo. ¿Para qué parar, si no había coche alguno? Mejor respetar las normas. Mientras esperaba cerré los ojos. Al abrirlos, una enorme cantidad de flores había abierto sus capullos delante de mis ojos. Son flores para recordar, son flores para echar la vista atrás y para ir reviviendo los momentos de felicidad. Son flores para que...



...¡cojas tú la tuya!

Verás lo poco que cuesta abandonarte a la felicidad. Y si poco cuesta echar la vista atrás, menos mirar al frente, porque, te lo digo yo, la felicidad hay que buscarla. Y, a pesar de tanta oscuridad, también se encuentra. Aunque sea en lo más mínimo.

Terminando la crónica recibo un mensaje de un amigo, de los buenos: Antonio Barrena. Su madre ha muerto esta mañana. Ha muerto porque le tocaba morir, que no nos queremos dar cuenta de nos morimos cuando nos toca. Cuando nos toca la mano de Dios y dice “vente conmigo”, y allá que nos lleva.

Coja, D. David, y tú, Antonio, una flor cada uno, cierren los ojos y vayan deshojando la margarita dando gracias a Dios por los momentos de felicidad que con su padre, uno, y su madre, el otro, han disfrutado. Aunque no lo crean, serán felices en ese tiempo. A los dos un abrazo.

A los demás, también.

Día 12º
Jueves, 26 de marzo del 2020

Hoy me he comido...



...un polvorón.

Así, por la cara, sin miramientos ni remordimientos. Sin ser Navidad ni cercana festividad. Aunque me da que el polvorón nos lo estamos comiendo todos, que no es fácil, por mucha disposición que tengamos, y apliquemos cada cual las técnicas que consideremos oportunas para aumentar la resiliencia, o mantenerla en niveles aptos para pasar la crisis. No, no es fácil pasarlo. Tanto que es como si nos hubiéramos comido un polvorón a secas y se nos hubiera atragantado en la garganta.

Ya me pasó a mí una cosa parecida, y como hay que poner algo de humor a esta situación, os lo cuento. Andaba yo vigilado en Navidad por mi mujer, que fiscalizaba cuanto comía fuera de hora o fuera de norma. Ante ello, aplicaba las técnicas más sibilinas por mi parte para tratar de huir de la vigilancia a la que me veía sometido, sólo comparable a la de la oposición política en alguna

isla del Caribe. No pongo el nombre, que no sabe uno bien con quien se la juega en los tiempos que corren en este país llamado España, mi España, la tuya y la de quien no quiere que sea suya. Bien, pues me las había agenciado para meterme algunos polvorones en el bolsillo del abrigo, y nada más salir de casa, antes incluso de llamar al ascensor, empeloté uno de ellos y me lo metí, entero, a pecho descubierto, en la boca. Dulcito, pastosito, con su almendrita, su sesamito... ¡qué rico! Llega el ascensor al bajo y en esto que están esperando a cogerlo un matrimonio que vive en el tercero de mi edificio. Se abre la puerta y me empiezan a preguntarme cómo me encontraba y demás amabilidades en un momento de encuentro, que hubiera preferido fuera de desencuentro. Yo con el polvorón medio atascado en el pescuezo; los otros arreciando con las preguntas; yo sin un trago de caldo alguno que echarme al gaznate, que hasta miraba para ver si veía los cubos de la limpiadora a mano; los otros empezando a preocuparse por mi estado; yo con sonidos guturales tratando de decirles que estaba bien (bueno, lo que se dice bien... vamos a dejarlo); los otros preguntando que si me pasaba algo; yo queriendo que me pasara el dichoso dulce de Estepa, para más señas; los otros dando por imposible el diálogo; yo acordándome de su parentela, de la mía y de la de medio mundo que se hubiera puesto a tiro... Los otros se fueron en el otro ascensor. Yo salí del mío, alcancé la calle, tragué el emplasto y respiré como pude. Al menos respiré.

Pues sí, la situación actual es lo más parecido que recuerdo al trago del polvorón de marras. Aunque al final, salvo a los que se le atragante en la gola, podremos respirar. Y lo haremos de tal forma que valoraremos más y más, si cabe, lo que supone aspirar el aire fresco de cada mañana. Ahora abrimos las ventanas... bueno, los que las abrimos, que hay gente para las que eso del oreo de las casas no va con ellos... digo que abrimos las ventanas y sólo reparamos en el silencio de las calles y plazas, pero no en el aire que respiramos. Por silencio, incluso, han apagado la fuente de la Plaza de la Constitución, no sea que al virus se le ocurra bañarse y esperar a los que celebren la victoria de su equipo al final de cada liga. Aunque, la verdad, se me está ocurriendo proponer a los vecinos de los edificios colindantes a la plaza celebrar una barbacoa cuando esto se arregle. Con polvorones incluidos.

Cuando voy al despacho, que llevas la impresión de ser un medio delincuente que no se somete a norma, echo de menos el bullicio de la ciudad.

Incluso echo de menos a los niños, de los que siempre he dicho que están bien siempre que no molesten y alegren el paisaje. Ahora, aunque molesten. Bueno, lo preciso, no más, no empecemos a coger confianza para cuando esto se termine. Y con esos pensamientos no me doy cuenta de si respiro o no, pues llevo por la calle un polvorón en la garganta como el del trago del ascensor. Y me emociono, tanto que no reparé en que desde un vehículo me llamó la atención un alto cargo policial. Era el Jefe Superior. Cumplía con su misión, como muchos de sus hombres, valiosos y entregados todos, que están en el ajo para que nadie se arriesgue más de la cuenta ni arriesgue a los demás. Hizo bien. Él a lo suyo, yo a lo mío, tras el saludo y advertencia cariñosa de turno.

Da pena ver las calles vacías, los pasillos de los edificios sin nadie... El portero del edificio donde tengo el despacho me pega cada susto que se me sale el alma por las orejas. No esperas a nadie y, de pronto, cuando estás saliendo del baño, acabando de medio componerte, ¡zas! Nublado por el momento te echas mano a la cartera, y olvidas lo demás, sea lo que sea, cuando lo único que nos está robando esta situación es la tranquilidad de saberte a salvo de que te toque a ti en lugar de al vecino, a quien tampoco quiero que le toque. Pero, claro, si tiene que caer alguno... pues no sé qué decir. Dios quiera que no sea ninguno. Ninguno más, Señor, que ya han caído muchos.

Sin embargo, el polvorón de hoy me ha ayudado a tragarlo la generosidad de una institución ejemplar, siempre presta a las necesidades de los demás: el Ejército. Y lo quiero encarnar en cuantos forman la Brigada Extremadura XI, con su General, Francisco Javier Romero Marí, a la cabeza. Buena gente. Me siento uno de ellos. Me siento, no. ¡Soy! Siempre han dado muestras de estar con la sociedad en la que les ha tocado vivir, sea cual sea la época histórica. Ahí han estado. Ahí están. Ahí estarán. A las necesidades del más abandonado. Cáritas bien lo sabe, pues también está dando la talla. Y estarán ellos, la Tropa, con mayúsculas, aunque algún iluminado piense que no tienen función hoy día. ¡Quién sabe si no la tendrán más de lo que se piensan tales lumbreras! ¡Viva el Ejército! Y quien no quiera responder, que guarde respetuoso silencio.

Como respetuoso será el responso que rezaré por mi amigo Manuel Fialho, de una familia portuguesa de reputados restauradores... de cocina. Nun-

ca he sabido por qué a los cocineros, que es como se les he dicho siempre, de un tiempo a esta parte se les llama restauradores. Restauradores son lo que arreglan esculturas, objetos de arte, etc... Como no sea por el hecho de restaurarte el alma con las delicias gastronómicas que salen de sus cocinas... Estaba malo, cierto es, y no ha debido resistir. Iré por Évora, su tierra, a homenajearlo como es debido, cuando me dejen.

La pena de los entierros de estas fechas es que no puedes ayudar a la familia a pasar el trago. Este sí que es buen polvorón, la verdad. A solas, sin nadie que te quiera que te apoye, que te consuele. Al muerto lumbre y a la urna. Y... ¡el siguiente! ¿Es que no se puede permitir que aflore la humanidad de las personas ni en momentos como éste, aunque sea guardando las distancias? Pero, al menos, que veas en el cementerio, o en la iglesia, a lo lejos, a quienes te quieren. Una esquela, publicada en el ABC de Sevilla hace pocas fechas, decía, en su ángulo superior derecho: *“Dios dirá cuándo podremos hacerte una misa. Con lo que te gustaba a ti una misa, Lolita”*. Eso lo refleja todo.

Y polvorón, también, el que nos tragamos a diario oyendo las comparecencias de inútiles que han obviado las más reputadas indicaciones de profesionales de la salud, de aquí y de fuera, para permitir algunas cosas que pesarán sobre sus cabezas como a mí me pesaba el polvorón del ascensor, que por poco me quita el aire. No quiero verme en la piel de ellos. Me da que no les llega el aire a los pulmones.

Nadie sabemos el tiempo que esto durará todavía. Ayer recibí un mensaje de audio por whatsapp. Le decía una señora a otra: *“Niña, he ido a Mercadona y he comprado polvorones... por si acaso”*. La gente ingenia y le pone humor a las cosas. Aunque no esté el horno para risas, que no lo está. Pero, por si acaso, en la foto de hoy tienes tu polvorón. Es de aceite, para que pase mejor. Y engorda menos. Está bueno, que te lo digo yo. Además, te ayudará a pasar el trago que estamos viviendo. No lo guardes para Navidad. La vela que va delante es la que alumbrá.

Día 13º

Viernes, 27 de marzo del 2020

Hoy me he comido... bueno, mejor lo digo luego.

Porque hoy, queridos lectores, lo importante no es lo que he comido o no; lo principal, hoy, es relatar los sentimientos que esta tarde he sentido. Porque, aunque sin estar, he estado. ¿Dónde? De eso hablo luego.

Antes debo decir que inicié el día haciendo cuarenta y cinco minutos de bicicleta estática. No es fácil aguantar ese tiempo viendo en todo momento la misma pared, la misma estantería, los mismos libros. No, no lo es, pero es cuestión de hacerlo, de proponérselo. Suelo pedalear, antes andaba, al ritmo de música diversa, como ya he dicho en alguna de las crónicas. Pero hoy, por aquello de cambiar de aires, me he ido a Ronda (Málaga), y he entretenido la etapa ciclista al tiempo que “asistía” al relevo de mando del Tercio Alejandro Farnesio, IV de la Legión. El vídeo es del año 2016, y tomaba el mando el Coronel Ramón Armada, hoy General. Me emociona ver desfilar a la Legión, como me emociona ver a cualquiera de los cuerpos y armas de nuestro Ejército. Terminado el acto, puse pie en el suelo de la habitación donde hago bicicleta y volví a casa. ¿Ves qué fácil es salir? Basta con creerte parte de lo que ves y así piensas que te has escapado del confinamiento.

Algo parecido hace mi hermano de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, Antonio Calvo Rubio, de Santander, que me envía todos los días fotos de desayunos y homenajes diversos en los mejores restaurantes de esa tan querida tierra cántabra. Y, con los platos, te relata el lugar al que se cree que ha ido. Quien no se consuela es porque no quiere.

Pero hoy he estado en otro sitio, ya verás. No obstante, antes diré que, como las cosas no paran, estuve en el despacho solventando cuestiones que era preciso hacer, y preparando unos juegos de llaves que el lunes habré de dar a una empresa de tratamientos y desinfección. ¿Cómo doy las llaves por vía telemática? Llegará un día en que a los edificios se entre, ya se hace, con un código que marques con el teléfono, pero, de momento, hoy, no es fácil. Ya lo iremos viendo.

A la vuelta compré en El Corte Inglés comida y ciertas cuestiones de primera necesidad, respetando, por supuesto, la abstinencia cuaresmal, aunque creo que con la abstinencia de salir a pasear deberíamos estar medio exentos de la alimentaria. Me parece que me he ganado un bofetón a distancia de mi amigo Carlos, el Padre Torres. Al tiempo. Ya os lo diré.

Llegado a casa a la hora de comer me preparo para guardar las normas de reclusión a lo largo del fin de semana. No hay problema. Es cuestión de estar convencido de ello, aunque hay quien todavía no se lo ha planteado estar. En conversación con mi Arzobispo, Don Celso, se queja de la duración del confinamiento. Y no sólo él. Nines también lo hace. El Pastor me dice que soy un tunante con eso de ir al despacho. Cuando le pregunto cómo doy una llave, se hace el silencio al otro lado del aparato, que es como mi abuelo Felipe preguntaba al teléfono cuando llamaba a alguien... “Oiga, ¿quién está al aparato?”... “¿Don Felipe Vargas?... Al aparato”... Y no había que andar explicando qué clase de cacharro se trataba. Y al hilo del poco convencimiento que hay de la duración de este lío, me da que, en lugar de mascarillas y guantes, en las boticas empezarán pronto a vender ansiolíticos y demás hierbas para dormir. Ya veremos. Espero no tener que recurrir a ellos.

Hube de prepararme para salir de viaje esta tarde, No hacía falta equipaje, pues volvería a dormir a casa. Bueno, me dio tiempo a volver a merendar. Por cierto, tengo asumido de que la duración de la condena es directamente proporcional al aumento de peso. Habrá que alargar los paseos una vez nos lo permitan. Y rebajar el plato. O sea, aplicar aquello de “menos plato y más zapato”.

Al destino de esta tarde ya he ido en tres ocasiones. Hoy ha sido la cuarta. Espero haya, al menos, una quinta. La primera fue con Nines, en el año 2008. La segunda, fue en 2013, con motivo de un hecho histórico, y me fui solo pirindolo, en viaje de ida y vuelta al día siguiente. La tercera, con Don Celso, diciembre del 2016, a despedir a un Prelado. En todas esas ocasiones he estado donde he estado hoy. En todas esas ocasiones, sin embargo, no he sentido la mismo que he sentido hoy. De cada una de ellas tengo un especial recuerdo. O tenemos, Nines y yo, de la del 2008. Pero hoy ha sido especial.

En la de hoy no he estado sólo, sino que estaba acompañado de, y yo acompañando a, mucha más gente, a multitud de personas. Casi diría que al

mundo entero, porque el mundo entero estaba hoy en ese lugar. Y cabíamos todos, sin molestarnos ni empujarnos, cada uno su sitio. Y todo estábamos convocados por lo mismo, por un sentimiento idéntico, por un deseo de suplicar la ayuda del Altísimo. No sé por qué pero me huelo que hasta los más incrédulos han puesto sus esperanzas en lo que a todos nos ha reunido hoy en ese lugar. Aunque sólo sea por creer en ese aserto marinero que está escrito en un azulejo en los acantilados de Eriçeira: “*En tiempos de tempestad, cualquier puerto vale*”. Pues eso, muchos, que vuelven la cabeza y la mirada a cuanto significa el Poder y la Voluntad de Dios, la Misericordia y el Amor Divinos, hoy se han refugiado en este lugar donde hemos estado, aunque sólo sea por creerlo puerto seguro. Mejor así. Porque lo es. Aunque sea por eso, doy gracias por su presencia, porque también han estado.

Y he estado acompañado de muchos, de todos vosotros, que no nombro porque sería una lista interminable, y de otros muchos queridos que no leen estas líneas. Y de todos aquellos a los que les reenviéis mis crónicas. Os he visto a todos allí, y no sabéis la alegría que me ha dado. Porque, aunque el lugar pareciera vacío, no lo estaba. Y aunque pareciera pequeño para cuantos estábamos, no lo era. Ha sido como el milagro de los panes y los peces: hemos cabido todos.

En la visita del 2008, Nines y yo tuvimos al Papa Benedicto XVI a menos de diez metros. En la del 2013, lo tuve más cerca aún. ¡Qué acierto tuve al decidir ir a su última Audiencia General! En la de 2016, no puede tener mejor guía; acompañé a Don Celso al funeral por Monseñor Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei.

En la de hoy, además de a Su Santidad Francisco, hemos tenido a Dios, por medio de Su Hijo crucificado y de su Madre, también la nuestra, entre nosotros. Entre todos nosotros. Y se ha venido con nosotros a nuestras casas. Ha entrado en ellas, y se quedará con nosotros. Abajo hay una foto. No es mía. La he copiado “de los medios”. Pero es de todos. Puedes buscarte y te encontrarás. Mírala bien. Estoy seguro que te ves, y te ves con tu marido, o tu mujer; y tus hijos; y tus nietos, o tus sobrinos, presentes y venideros, ¿verdad Julia?; y con tus compañeros de trabajo; y con tus jefes, que en ese momento abandonaron el cargo para ser uno más como los demás; y verás al vecino de barrio con quien no te saludas, pero allí te has sentido abrazado por él; y verás

al vecino del quinto, o del segundo, sí, sí, el que te cae “gordo” y da la matraca en todas las juntas de propietarios, pero que hoy te ha dado la mano y te has sentido orgulloso de ser su vecino; y verás a esa persona con la que no te hablas, porque los humanos somos así, pero a la que deseas que no le pase nada en su vida y todo le vaya bien, y rezas por ella; y ves al tendero de la esquina; y al barman de la cafetería donde desayunas; y al mendigo al que le vuelves la cara; y al policía que te puso una multa y te acordaste de toda su parentela; y al compadre de verano que te come a besos en la playa y cuando se cruza en tu ciudad contigo no te dice ni mu; y a quien te debe dinero y no te lo ha pagado, pero que con verlo allí la deuda le has perdonado... bueno, esto ya es otra cosa, no sea que nos aprovechemos de estar allí.

Y verás, junto al Papa, una corte de personas que lo acompañan. Pero hoy no ha llamado a los Príncipes de la Iglesia, no. Hay ha llamado, a su lado, para que le ayuden a levantar la Custodia que aloja a Jesús Sacramentado, con la que dar la Bendición Urbi et Orbi, “a la Ciudad y al Mundo”, a quienes, de verdad, nos la dan todos los días de alguna forma: a los sanitarios, en sus diversos estamentos; a las fuerzas y cuerpos de seguridad; a los militares; a los que, como el Papa ha dicho, reponen las tiendas; a los que nos venden las viandas; a los que rezan por nosotros a iglesia vacía y cámara enchufada para que nos llegue su oración; a los que hacen, en suma, que hayamos podido estar ahí, en ese lugar, y que luchan a diario, cada uno en su papel, para que este sueño sea eso, un sueño, y deje de ser una triste realidad para ser un sueño de verdad, que los sueños nunca son mentira.

Y estaban, rodeando a Jesús Sacramentado, cuantos han sucumbido a la pandemia y cuantos, ¡qué pena!, no han podido llorarlos como nos gusta llorar a los muertos, que no es lo mismo llorarlos pudiendo despedirte de ellos que no hacerlo. Para ellos han ido, a sus corazones, en un intento de consuelo, los rayos de luz que emanaban de la Custodia.



Mira la foto. La Plaza de San Pedro no está vacía. Es un efecto óptico, que te lo digo yo. Mira bien. Búscate. Te encontrarás. Y ahí, nos hemos abrazado.



Ya he vuelto a casa. Y tú a la tuya. ¿Ves qué fácil es salir de casa? Tanto como volver.

Eso sí, antes de ir allí, esta mañana, me he comido... un polvorón. No vaya a ser que la cosa se alargue.

Día 14º
Sábado, 28 de marzo del 2020

Hoy es sábado...



...y voy a hacer lo mismo que todos los sábados. O puede que no. Ya veremos.

Para empezar, me subí de nuevo a la bicicleta esta mañana. Hoy he enfilado a Toledo, pues tenía pendiente de ver la misa de despedida de Monseñor Braulio Rodríguez Plaza como Arzobispo de Toledo y Primado de España. Fue el 22 de febrero, una semana antes de la toma de posesión del nuevo, Mons. Francisco Cerro Chaves, el último día del segundo mes de este bisiesto año. Ahora me pregunto si no debería haberse suspendido tal celebración a juzgar por la rebujina de personas que allí se concentró, “alientándose” (sí, sí,

de aliento) unos a otros en los pescuezos cuando se quiso saludar al nuevo Primado. Si me llaman a mí, les organizo eso en menos que canta un gallo. Bueno, sigo. Pues gracias a la moviola llamada Youtube he podido asistir a esa misa de despedida de un Pastor por el que he sentido siempre verdadera consideración. Enterró, allá por 1988, siendo Obispo de Osma-Soria, a una hermana de mi abuelo materno, tía Javiera, Madre Javiera de Jesús, carmelita descalza, fundadora, junto a otros dos Madres, Mercedes y Pilar, del Carmelo de San José, en El Burgo de Osma, localidad donde además del aire fresco teresiano se puede aspirar el incomparable aroma de las matanzas didácticas a cargo del restaurante Virrey Palafox. No diréis que, además de reflexiones, humor y confesiones, no doy pistas del buen yantar. Todavía no he olvidado las palabras del entonces Obispo de Osma-Soria en las exequias de mi tía abuela.

Se me quedó en la mente una frase de la prédica de Don Braulio en su despedida: “Renacer en la ilusión”. Tanto que la llevo repitiendo en mi interior desde que me bajé de la bicicleta al acabar la homilía, después de tres cuartos de hora de comenzar el pedaleo y la celebración. Renacer en la ilusión...

Por muy sábado que sea, tras el ejercicio me dediqué a mis abluciones, y me vestí como si fuera un día normal. Hasta con los zapatos de salir a la calle. Una de las armas que tengo para darle normalidad a lo que nos tenemos que acostumbrar a hacer normal, por muy anormal que sea la situación, es hacer lo mismo que en un día normal. No soy yo de andar en babuchas y “ropa cómoda” en casa. Me visto como Dios manda y así pienso que el día será como los de siempre. Todo es poner la mente al servicio de la realidad de las cosas. Y no me va mal.

Dediqué parte de la mañana a contestar mensajes, que recibo muchos. Confieso que hay una porción de ellos que borro directamente, que estoy hasta al gorro de cuestiones políticas, cuando aquí, la única política válida que hay ahora es la de salir de este fregado en que estamos metidos, entre unos y otros, que después ya habrá tiempo, con los cauces que la ley ofrece, de ajustar cuentas. Y digo la ley, sea la que se aplica en los órganos judiciales o la que se dirime en las urnas electorales. Muchos reclaman la primera pero olvidan que son jueces en la segunda. Allá cada cual con lo que hacen. Otros muchos mensajes merecen la pena leerlos. Otros, bastantes, son contestacio-

nes a mis crónicas. A éstos respondo a todos. Antes o después, con palabras o signos convencionales de esos que han sustituido la riqueza de la escritura por signos que más parecen de egipciaca cultura.

Me senté en el salón y me entregué a la lectura del Cardenal Sarah, al que tenía abandonado estos últimos días. Hay que leerlo despacio, meditando, rumiando algunas de sus sentencias. No es que esté de acuerdo en todo, la verdad sea dicha, pero me está sirviendo de puerta al conocimiento y discernimiento de muchas cosas. Y puede que en lo que no esté de acuerdo sea porque no sepa yo del tema del que se trata como para poder definirme. Lo reconozco. Mi generación se quedó en la preparación de la Primera Comunión. Es posible.

Me llamó D. Francisco Maya. Había que hacer una gestión para el lugar de acogida de los sin techo. Esta vez no tuve que ir. Bastó el teléfono para enviar un mensaje, una llamada y un correo electrónico. A veces, la mesa de mi ordenador, en casa o en el despacho, parece la de Alfonso XIII tratando de paliar las necesidades de mucha gente en la I Guerra Mundial. Se hace lo que se puede. En teniendo boca para pedir es suficiente.

Comimos. Comimos bien, con la boca cerrada, que no es cosa de mascar a mandíbula abierta por mucha confianza que tengas con tu más cercano. Pues hay gente que lo hace. Qué le vamos a hacer. Al terminar la comida llamamos a unos amigos. Son Gloria y Jesús Ferrer, dueños del bar La Bomba. Queríamos saber qué tal les iba, y si estaban animados. Hablamos con Gloria. Se alegró de que llamáramos. Noté ilusión en sus palabras, fe en que esto pasará y volveremos a renacer de entre las cenizas de esta época que será inolvidable. Decía Antonio Burgos, en ABC de Sevilla de hace no muchas fechas, que el encierro obligado por el instinto de supervivencia de la Guerra Civil del 36 no era peor que este confinamiento de ahora. No sé qué pensarán otras personas que lo vivieron. Comparaciones aparte, todo lo que recorte la libertad de las personas no es bueno. Y peor si se vive sin ilusión de superarlo.

Llevo bien estos días. No puedo quejarme. He ordenado la mesa del ordenador de casa, que falta hacía. Si te das cuenta, cuando las ordenas, la gran mayoría de las cosas las puedes tirar. Guardamos cosas que no sirven para nada. No sirven ni para recuerdo de algún hecho señalado de tu vida. No sirven ni para que sientas el deseo de renacer en la ilusión.

Mientras escribo esto recibo el mensaje de un amigo, postrado en el catre porque se ha roto un brazo. El derecho. Encima es de derechas. De costumbres de derechas, quiero decir, con lo que el izquierdo lo tiene medio de adorno. Como yo he pasado ya dos o tres veces por eso sé de qué hablo. Me pide que dé celeridad a la crónica, que la precisa ya. Todo se andará, le contesto. Me alegra que, tras catorce días enclaustrados pueda servir de ayuda o entretenimiento, por poco que sea.

Sigo pensando en la frase de Don Braulio: *“Renacer en la ilusión”*... Da igual el contexto en que lo dijera, porque puede venir bien en estos momentos. Y me la voy a grabar en la mente. Será directriz en estos días que siguen, en los que, según parece, se va a endurecer el confinamiento. Porque, sea así o no, no podemos perder la ilusión. La ilusión por ver el sol en la calle cuando esto acabe, que digo yo que acabará; la ilusión por volver a abrazar, aunque sea sin mucho besuqueo ni palmoteo a la espalda, al amigo, al familiar, al pariente; ilusión por volver a salir a respirar en el paseo, y dar gracias a Dios por lo más nimio; ilusión por volver a recuperar el ritmo de lo cotidiano, y valorar lo que hasta ahora pasaba desapercibido; ilusión por volver a ver salir el sol y darte cuenta de que es fuente de luz que ilumina el alma; ilusión por sentirte dueño de tu propio tiempo, que ahora parece que lo manejan... ilusión, ilusión con emoción, que es canto del corazón.

Y mantener la ilusión de disfrutar de lo más sencillo, que nos complicamos la vida a veces dejando de lado lo bello de lo fácil para cegarnos en lo difícil. Ilusión, y ahora lo digo, por comerme unos calamares fritos, que es el plato que más me gusta de las bodas y banquetes y que, por ser casi ordinario, ya lo han quitado del menú. Hubo una boda, ¿verdad, Lola?, en que los pedí y me los pusieron. Me los querían quitar los demás. Calamares como los que nos comimos Nines, Elena (con Julia), Pepe y yo en el Bar Lladolid, de Valladolid, cuando fuimos al concierto que God Save the Queen, y que los retrato aquí para que veas que lo sencillo puede ser, muchas veces, lo más atractivo... Coge uno... O dos...



Ilusión, renacer en la ilusión... ¿Has visto la fotografía del principio? ¿La recuerdas? La hice el año pasado, concretamente el día 16 de marzo del 2019, cuando entonces empezaba a apuntar la primavera de ese año. La hice camino de Las Vaguadas, en mi paseo matutino. Era sábado, por eso esa luz, pues voy algo más tarde que los días de trabajo, que cuando voy a diario no se ven ni los dedos de la mano. ¿Has visto la flor? ¿Te has dado cuenta de que crece orgullosa ante la hierba que aún no ha florecido? Su orgullo es la ilusión de volver a salir de la tierra año tras año. Y la ilusión es lo que la hace crecer buscando el sol, la luz... Si una planta puede, ¿no vas poder tú?

Confieso mi preocupación porque el endurecimiento que se anuncia me impida atender a mis administrados. Muchos lo entenderán, pero otros, vete a saber... Lo demás, estoy dispuesto a aguantarlo. Siempre supe que esto sería largo, porque en este país siempre nos han tratado de engañar. Cuando se decía, hace ya muchos años, que no subían el café, o el azúcar, o el pan... al día siguiente se decretaba la subida; cuando se hablaba bien de tal o cual ministro del Gobierno, al día siguiente recibía al motorista de negro; cuando se dice que nos van a encerrar quince días, vete pensando que serán tres veces más. Así, si nos sueltan antes saldrás con más alegría.

Hay que aguantar. No vale desfallecer. Es duro, sí. No lo niego. Hay que empezar a vivir en uno mismo, que no quiere decir para uno mismo, y nos olvidemos de los demás. Hoy, en El Corte Inglés, daba pena ver la caja con

destino al Banco de Alimentos casi vacía, mientras se enfilaban carros llenos hasta los bordes. Es posible que hasta ahora hayamos vivido mucho en los demás, y hemos perdido la ocasión de reconocer nuestra propia riqueza. Búscala, explótala, enamórate de ella. Podrás aguantar. Mira la foto otra vez, la de la flor del principio. Contágate de su ilusión. Así podrás, como dijo Don Braulio en su adiós... ¡renacer en la ilusión!

Dije al inicio que iba a hacer lo mismo que todos los sábados. No ha sido así, pues ha sido mejor. He vuelto a cargar las pilas de ilusión. Creo que hacía muchos, pero que muchos sábados, que no lo hacía. Y eso que no me faltaba.

Gloria, Jesús, con ilusión... ¡nos veremos en La Bomba! Un abrazo.

Día 15°

Domingo, 29 de marzo del 2020

Hoy es domingo...



...por todo el día, aunque nos hayan robado una hora, como nos hacen cada año. Lo que pasa es que, en este 2020, casi no lo hemos notado. Lo único bueno de este robo de hoy es que, al menos, hay una hora menos para morir. Dentro de seis meses nos la devuelven, y, entonces, tendremos una hora más para... ¡vivir!

Tengo que empezar por admitir una regañina de ayer. Mejor dicho, dos. Vienen de mi amiga Pilar Verdasco Giralt, que fue compañera mía en las aulas de la Escuela de Peritos Agrícolas, en el último tercio de los años setenta del siglo pasado. Hicimos muy buena amistad, que hoy perdura. Llevaba siempre el pelo recogido en cola, con unas cintas preciosas. Incluso recuerdo que le regalaba algunas de colores que, raro era, no tuviera. Las compraba en Manolo, el de los botones de la calle Meléndez Valdés. Me despachaba Amador. Y eran como de terciopelo. La otra bronca viene de Emilio Cruz Villalón, hoy,

además de otras cosas, Presidente de la Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País. Su madre, ya mayor, Mercedes Villalón y Villalón-Daoiz, descendiente, no sé si por línea directa o indirecta, del defensor del Parque Monteleón, es como hermana de mi madre, y sin el como, aunque la sangre común sea de generaciones algo alejadas. Pero cuando lo que de verdad cuenta en esta vida es la cercanía del afecto, la de sangre se hace más próxima. Por eso digo lo de hermana. Y por ello, Emilio, y él bien lo sabe, además de pariente lejano, es primo cercano. ¿Entendido?

Desveladas las identidades de quienes me han abroncado diré que han hecho bien. Anoche, al recibir la crónica, no tardaron en contestarme afeándome mi poca cultura botánica, pues debía haber dicho que la flor de la foto era la flor del atramuz, chocho o salaíto, siendo su nombre propio en la taxonomía vegetal el de *Lupinus angustifolia*. Espero que ahora reconozcan la valía de haber usado el término taxonomía. Por lo menos eso, digo yo. Y, es verdad, tienen razón, pero no fue la Botánica mi punto fuerte en la carrera, a pesar de que guardo como oro en paño el herbario que nos obligó a hacer el entonces profesor de la asignatura, D. Pedro Gómez Hernández, ya fallecido hace algunos años. Entonces los profesores eran don o doña. Ahora... ¿Te acuerdas, Pilar, de aquellas giras académicas por las cunetas de la carretera del valle de Táliga, en tierras de Los Morines, La Cristina, El Freixo., o en las traseras del edificio de Extensión Agraria?

Y, sí Emilio, tienes razón. Era la flor del chocho. Pero es que para chocho, y que cada cual le aplique el significado que quiera, el que nos ha montado el “coronachocho” de las muelas, entre él y entre quienes, por tener un chocho mental de narices, han comandado la lucha contra esta guerra, que vete a saber si es biológica, natural o provocada, o si está dentro de la estadística que dice que cada cierto tiempo nos asola una peste que acaba con muchos de los que poblamos la bola del mundo, porque nuestra falta de inteligencia y visión de futuro ha hecho que no sepamos aprovechar lo que, por la mano de Dios, se nos ha puesto al alcance, para que, con esa inteligencia que debe estar al servicio del desarrollo humano y ético de todas las personas, y no sólo de una parte del mundo, sepamos perseguir el bien común. Y no, no ha sido así. Así que admito la bronca. Otro día hablaré de algunos otros comentarios recibidos, referentes a cualquiera de las otras crónicas. Ahora, voy al domingo.

Tras el periplo en bicicleta, durante el que he aprovechado para oír una meditación remitida por un sacerdote amigo, Don José Luis León, me fui a la Capilla de la Sucesión Apostólica, de la Conferencia Episcopal Española, pues me interesaba la hora de esa misa. Hoy han guardado las distancias, sí. Y no había más que una persona en los bancos. Lo único que no me ha hecho gracia, pues se ha visto, a pesar de estar de espalda a la cámara en la mesa de las credenciales, es que el diácono haya bebido el agua del cáliz para purificarlo después de haber sumido el sanguis el Obispo Auxiliar de Madrid, Monseñor Cobo. Hay que guardar las formas, así damos ejemplo. No obstante haber seguido esta misa, mientras preparaba la comida tuve puesto el directo de la celebrada por Don Celso en la Catedral de Badajoz. Bien, todo bien, no se puede decir otra cosa.

Me puse, como digo, a preparar la comida. Hoy, de primero, ensalada de lechuga, y, de segundo pollo al horno. Pollo de estos que saben a cadaverina, pero que son tan blanditos que le gustan mucho a Nines. A mí me gusta más el pollo de campo, el de toda la vida, el que tiene la carne del muslo melosa y gustosa. Lo asé sólo, en su jugo, pero preparé una salsa dorando un par de dientes de ajo y media vara de puerro, finamente cortada, añadiendo perejil y tomillo. Una vez dorado lo vierto en un cuenco donde he exprimido el zumo de un limón. Aliño de sal y la dejo atemperar hasta la hora de comer. De rechupete, que lo digo yo. No ha sobrado ni pollo ni salsa.

Mientras la hacía pensaba en la quincena de encierro que llevamos. Ahora empieza la parte filosófica, después del preámbulo. Vamos, que hasta hora habéis leído el NO&DO y ahora empieza el telefilm. Y sí, meditaba en la queja de muchos acerca del confinamiento y la prolongación del mismo, que ya se sabía. O se intuía. Es verdad que he recibido un mensaje hoy, que me ha remitido mi amiga Polola, la ejemplar empresaria de tiendas femeninas, y vecina de mis padres muchos años, mensaje en el que venía a recordar los días que los mineros chilenos pasaron aislados en la mina, o el caso de los niños de no sé qué país de Asia en una gruta, o los jugadores de rugby de Uruguay a no sé qué altura en las montañas. Bien. Pero para consolarse nadie lo hace en piel ajena, y mucho menos en casos que no tenemos cerca.

Sin embargo si es conveniente fijarse, antes de quejarse, en otros confinamientos que me han venido a la cabeza y que son mucho peores que los que,

la mayor parte de los españoles, estamos viviendo. ¿No caes en ellos? Pues, con tu permiso, te los voy a recordar, y dime si no son peores esos confinamientos que los que estamos observando nosotros.

¿No es peor confinamiento el de quien lleva en el paro, sin trabajo, qué se yo el tiempo, habiendo agotado las prestaciones, viviendo de la caridad familiar en lo que se puede, y sin visos de ver una salida airosa a su situación, sin poderles llevar comida a sus hijos, aunque sea una barra de pan del día, sin poderles regalar nada en Reyes, sin poderles invitar a un refresco el día del cumpleaños de cualquiera de ellos, sin poderles comprar una simple pelota para que lleven debajo del brazo al colegio y se sientan los reyes del mundo?

¿No es peor confinamiento el de quien, por causas sobrevenidas, que pueden tener relación con la anteriormente citada situación, vea que no puede pagar la hipoteca y la entidad financiera le pudo quitar la casa y verse con sus hijos, y sin cobijos, en la calle, sin oficio ni beneficio y sin más apoyo falso que el de unas voces que piden justicia cuando son causantes de muchas injusticias?

¿No es peor confinamiento el de quien ha sido diagnosticado de una enfermedad, rara o conocida, y ve que el tratamiento no le ayuda a mejorar sintiendo la guadaña de la parca afeitando los pelos del pescuezo, o la de un allegado, y sabiendo que el tiempo corre en contra, porque, el tiempo, como la mar, no espera por ningún hombre, según el acertado dicho marinero? ¿No es peor confinamiento el de quien tiene a un familiar que no es dueño de sus propios actos por razones de salud mental y vive amargado y angustiado el resto de sus días, pensando en que será de su hijo, de su hermano, de su nieto... el día que falte? ¿No es peor confinamiento el de quien se siente atrapado por las garras del juego, que son llama cercana de fuego, o de la bebida, o de la droga, sin ver salida, porque ellos no son capaces de encontrarla por sí mismos al sentir vergüenza de pedirla a los demás, o tiene un familiar o amigo que no se deja ayudar?

¿No es peor confinamiento el de quienes han tenido que ser acogidos, por ejemplo, en el complejo Las Palmeras, de Badajoz, gestionado por Cáritas a petición del Gobierno regional, donde gracias a unos y otros se sienten medio seguros, o inseguros, vete a saber, de la plaga vírica que nos ha tocado en suerte o en mala suerte, viendo como se les ha privado de la “libertad” que

vivían hasta ahora a su manera? ¿No es peor confinamiento el de quien vive con dignidad, si es que eso es dignidad, la violencia familiar, provenga del género que provenga, y tenga el apellido que se le quiera dar, que ya está bien de culpar siempre a una parte y olvidar que puede provenir de los dos sexos, digan lo que digan, y arriesgándome a que me tachen de vete a saber qué?

¿No es peor confinamiento el de un pobre de espíritu, que se siente agobiado y apesadumbrado en su interior, sin tener motivo para ello y sin encontrar el consuelo necesario? ¿No es peor confinamiento el de quien siente que vive en soledad, que no es lo mismo que vivir solo, aunque esté rodeado de gente en su vida diaria, porque no tiene la suerte, como tú y como yo, de saber darse a los demás y dejar que los demás se le den?

Bueno, pues si no te ves reflejado en ninguna de las preguntas, eres un privilegiado que no vive confinamiento alguno. Vives de una forma distinta a como vivías hasta hace quince días, y debes dar gracias a Dios por ello.

Ayer, no diré con quién, y si lo hago que se me pegue la lengua al paladar, me carteaba por whatsapp con un clérigo que me dijo que esto del encierro era peor que los cuarenta días en el desierto... Me sorprendió, la verdad. ¡Cuarenta, o cuarenta veces cuarenta, son los días que muchos de los reflejados en las preguntas anteriores llevan en el desierto! Eso es confinamiento. Lo demás son cuentos de pan y pimienta. Y siento decirlo así.

¿No lo crees? ¿Has estado en Tierra Santa? Pues vuelve a mirar la fotografía del inicio de la crónica. Es del desierto, de ese en el que llevan confinados mucho tiempo, y lo que les queda, muchos de los que al leer las preguntas, si las leen, levantarán el dedo y dirán, como en otros tiempos añorados, ¡presente! Yo estuve allí en agosto del 2017. Sobrecoge. De verdad, ¿eres de los que te sientes confinado?

Día 16º
Lunes, 30 de marzo del 2020

Hoy es lunes...



... y lo digo para que nadie pierda la cuenta del día en el que estamos.

Estoy harto de “los picos”... Que si el pico del contagio, que si el pico de la enfermedad, que si el pico de fallecimientos, que si el pico de... ¡que vayan con el pico donde no quiero decir, porque mi madre me reñiría! Sí, sí, a ese sitio que estás pensando, querido lector, pueden irse la caterva de malandrines, y dicho sea en el mejor sentido de la palabra para no herir en demasía, que justifican “el éxito” de todo esto en unos números. Ya no somos nadie, no tenemos nombre, no tenemos apellidos... por no tener no tenemos ni derecho a que nos velen como es debido. No conviene morirse en estas fechas. ¿Éxito

dicen que es superar el pico? Aquí lo único que hay es el “*exitus letalis*” del primero que se ponga al alcance del virus. Bueno, del primero, del segundo, del tercero... del pon aquí el ordinal que te parezca, que nunca se acabaría de escribir al paso que vamos.

Recalcan los mejorados, nos dicen las altas que han dado, sin saber si las mismas serán de nuevo bajas en poco tiempo... Es verdad que hoy me he alegrado, y me ha alegrado el día, hablar con uno dado de alta: Javier Aguas, sacerdote. Lo he encontrado con voz fuerte y la ilusión renovada. ¿Veis?, lo que dije el otro día: “renacer en la ilusión”. Si no fuera por esa renovación entraban ganas de irse fuera del mundo, al espacio.

No he acabado de escribir el párrafo anterior cuando he recibido un mensaje de mi amigo Arturo Gómez Angoña, Brigada de la Guardia Civil. Hemos vivido mucho juntos, yo en el palco de Barcarrota y él en el callejón. Eso da para muchos folios, que voy a resumir en dos palabras, mejor dicho, cuatro: afecto y amistad desinteresada. Un abrazo, amigo. Me envía el vídeo del traslado del féretro del Teniente Coronel Gayoso, del Benemérito Instituto de la Guardia Civil, Jefe de los GAR. Se ha emocionado al verlo. Yo también. Y me pregunto, o le pregunto a cualquiera de los que nos han llevado a esto: ¿también forma parte del pico?

En este caso, el único pico que interesa, o los dos, o los que tenga, que no he reparado en contarlos, son los de su tricornio, y los de muchos, si no todos, de los que forman la Guardia Civil. Son únicos, excepciones aparte, que las hay en todos los cuerpos y estamentos. A mí me gustan hasta cuando me ponen una multa, porque cumplen con su deber, y yo con el mío de aguantarme. La última vez que me la pusieron fue en 2013, a mi regreso de Zamora con Nines y mi sobrino Jesús Marcos Merino. Porque venía yo entretenido en la conversación con Nines, que Jesús habla poco, pero da compañía. Y mucha, que lo digo yo. Daba gusto el trato del agente. No me hubiera importado que me hubiese puesto más de una sanción.

¿Pico? ¿Qué pico? Aquí el único pico que cuenta ya, y es una pena, es el pico y pala de los sepultureros, que no dan abasto... O el pico de la aguja de sedar si no hay esperanzas de que en la UCI salgas victorioso... O el pico de sufrimiento de los galenos y auxiliares que ven cómo no pueden hacer nada para ver hecho realidad el principio de la Medicina de salvar la vida a toda

costa... O el pico de congoja y sufrimiento de quienes se van a casa dejando en el sanatorio (que es sitio de sanar y no de terminar) a su ser más querido, sin poder saber de él... O el pico de incertidumbre de quienes siguen al pie del cañón para mantenernos en la esperanza y en la ilusión, sin saber si les afectará o no la infección... Aquí quiero enviar un abrazo a mi amigo Antonio González Montero, que bien sabe de lo que hablo con esto de los picos...

Pero, ¡oh!, lo que cuenta es el pico de la curva, para decirnos que estemos tranquilos, que ya ha pasado todo. Que ha pasado... ¿qué? Nos toman por tontos, pero no nos engañan. A mí no. Ya lo han hecho bastante con quienes los han encumbrado al lugar donde algunos se encuentran, aunque puede que algunos afectos al papanatismo sigan erre que erre. Bien sabe Dios que no deseo a ningún gobernante esta situación, no. Es más, me dan pena, así de claro lo digo: pena.

Tengo el firme convencimiento de que nos han estado engañando como a imbéciles. Y que hemos caído en la trampa. Y tengo la firme convicción de que no nos dicen todo lo que saben. Espero estar equivocado, y que lo del pico de... sea cierto. Y me gustaría tenerme que callar la lengua, pero no puedo. Y no puedo ni quiero porque esta mañana he visto, cuando iba a ejercer mi actividad esencial de estar al tanto de mis comunidades y administrados cómo una señora mayor iba cargada de bolsas hasta más no poder, con lágrimas de dolor en los ojos, en los soportales de la calle Mayor. Bueno, es Juan Carlos I, pero hoy es la calle del Mayor Dolor... Le pregunté si necesitaba ayuda y me dijo que no, que podía sola. ¡Mentira! Me lo dijo para no exponerme. No querría que yo formara parte del pico, del -lo siento mamá- puto pico. Yo seguí calle del Obispo arriba, ella enfiló Martín Cansado... Hube de beber al llegar al despacho. No digo para qué. La buena mujer no podía con las bolsas, ni con las coplas, ni con el pico de la angustia vital que se le notaba en la cara.

Tengo amigos que forman parte del pico, no sé si del que sube o del que baja. Sólo espero que formen parte también del pico de la recuperación, de la esperanza por salir de este atolladero. Ahora dicen -¿será verdad?- que todo esto viene de antes de las fechas que nos han dado como primeras. ¿Por qué lo callaron? Ya darán respuestas ya. Hoy me decía un servidor del Estado, buena gente, cuyo nombre prefiero no desvelar, que *“Jamás pensábamos que íbamos a tener que vivir esta situación por la que estamos pasando”*. Ni él, ni ellos, ni

nadie. Y sé que es de los que hace cuanto puede para aliviar las congojas de los demás. Me lo decía esta tarde, sin ir más lejos, cuando le he trasladado otra de “*las cartas de Alfonso XIII*”, pidiendo ayuda para una familia verdaderamente necesitada. Ojalá que el pico de la ayuda, del socorro, del auxilio, de la entrega desinteresada, sea el único que siga subiendo. Y lo hará gracias, en nuestra tierra, y hoy los nombro, a Cáritas, a la Policía Nacional, a la Guardia Civil, a la Brigada Extremadura XI, a la Policía Local, al 112, a Protección Civil, a Cruz Roja, al Presbiterio Diocesano –que las almas también requieren consuelo–, al personal de los estamentos de la Delegación del Gobierno, del Ayuntamiento de Badajoz y de la Junta de Extremadura que ayudan a llevar esto adelante como puedan, y a cuantas otras entidades me he quedado en el tintero.

Odiaré la palabra pico en los días que me queden de vida. Al menos si va a aparejado a la expresión “*el pico de la curva*”. Aquí no hay pico que valga mientras la gente no recupere la ilusión por volver a vivir como antes, con las precauciones que sean precisas. Aquí no hay pico que valga mientras haya una persona que tenga miedo a ser contagiado sin saber cómo intentar remediarlo. Sé que esto ha venido para quedarse, estoy firmemente convencido. Como otras enfermedades. Y nadie debe dejar de exprimir al máximo su tiempo de vida, de alegría, por pensar en que puede o no contraer alguna u otra enfermedad. No, nadie deja de vivir por pensar que, cuando Dios diga, puede morir.

Yo quiero otro pico, y hoy me acuerdo de dos. O de tres. El primero está en la foto del principio, que no representa ningún invento del siglo XX, no. Es el escudo de los Reyes Católicos, quizá una de las épocas más gloriosas, si no la que más, de la Historia de España. No es de quien hoy no se puede nombrar, pero yo lo hago, porque forma parte de la historia por mí vivida: Francisco Franco. Ese escudo no es invención suya, como dice hoy la corriente absolutista del papanatismo radical y bolchevique. Ese escudo, ese águila, recoge bajo sus alas a todos los pueblos y gentes de España. Como los recoge el Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles, que con los brazos abiertos acoge a cuantos formamos parte del pico, sean de vivos, de medio vivos o de muertos, que seguirán siendo vivos en todos nosotros. Ese es el pico que me vale, el pico bajo el cual nos sentimos amparados toda la gente de

bien. Y de mal también, a ver si se reconducen. De otro pico, mejor no hablar.

Y, para terminar por hoy, quiero enviarle a un amigo que se recupera del “*coronapico*” un regalo, y le prometo que, cuando esto pase, o cuando nos acostumbremos a vivir con ello, nos comeremos un platito, no muchos, que son caros, pero que, cogidos por el pico de la uña -¡otro pico!- saben a gloria. Estos, querido Juancho, van por ti. Un abrazo, y sal del pico, que nos esperan otros.



La foto, para los curiosos, la hice en Puente Viesgo, Santander, en el restaurante El Marqués, el 18 de agosto del 2016. ¿Gustas? Cógelos por... ¡el pico!

Día 17º
Martes, 31 de marzo del 2020

Hoy es martes...



...otro martes más desde que empezó esta historia. El tercer martes ya. Y todavía queda algún que otro martes.

Con respecto a la crónica de ayer he recibido varios comentarios de seguidores que también están cansados del pico, el de las famosas curvas ya comentadas. Y hay quien dice que, para que algunos se enteren de lo que es un pico, les daría el instrumento propio de picapedrero a más de uno y los tendría haciendo vías del AVE el resto de sus días. Bueno está.

Otro pregunta acerca de la foto del Águila de San Juan, que no es lo mismo que la añorada cafetería El Águila, al inicio de San Juan, en Bada-

joz. Pues bien, esa foto la hice, concretamente, el 26 de diciembre del 2007, en el Salón del Trono del Alcázar de Segovia. Cuesta poco solventar las curiosidades.

Hoy llego tarde a la rotativa. El día no se ha prestado, dicho sea de paso, al tiempo libre. Es más, no he podido asistir, a distancia, a mi clase de italiano. Envié un mensaje a mi profesora y a mis compañeros, que en las circunstancias que corren, en cuanto dejan de ver a o de saber de uno un día ya piensan que no te has escapado del sorteo. Y digo sorteo porque es la forma en que vas por la calle camino del despacho: sorteando a quien viene de frente, aunque la anchura de la calle, o del acerado, da para que desfile la Legión y la Acorazada Brunete al mismo tiempo; o sortear, con susto en el cuerpo, a quien se te aparece por la esquina de la calle que cruzas...

Y no sé por qué, pero me da que ese sorteo, esa forma huidiza de cruzarte con quien venga de frente va a ser más normal de lo que parece cuando esto vuelva a la normalidad. Si es que vuelve...

Pero, ¿qué normalidad? Miro por la calle las tiendas cerradas, paso por cafeterías donde sigues oyendo el rumor lejano del camarero de turno: *“una de calamares”*... *“tapa de champi plancha”*... *“media de bacalao dorado”*... Y cuando miro y creo que oigo, que ni ganas tengo de ver ni ánimo para escuchar, se me aprieta el alma pensando cuándo se volverá al ritmo de la vida anterior. Si es que nos dejan, porque hay quien, aprovechando la fuerza que le da la situación, me da que se va a hacer dueño del cotarro y está dispuesto a tirar a más de uno al barro. Ya se están notando las luchas de poder en el Desgobierno de la Nación, así, con mayúsculas, lo de Nación, como me enseñaron en Formación del Espíritu Nacional o, después, Educación Cívico Social y Política. Fueron mis profesores D. Eduardo Galindo Morales (+), D. Emilio González Barroso y D. Alberto González Rodríguez, el Cronista de Badajoz. Se llamaban así estas asinaturas, yo no tengo la culpa, y, ¿sabes una cosa?, digan lo que digan –los demás, como Raphael– no nos enseñaban cosas malas, ni nos aleccionaban para impedir que otros pensaran distinto, ni a mirar con malas artes a quien tenía más que tú... Nos enseñaban a querer a la tierra que nos vio nacer... Nos inculcaban el respeto por los signos patrios... Nos educaban en el respeto a los mayores, verdadero tesoro de nuestra vida, y de la de todos... Nos instruían en la consideración a lo que significaban

ciertas personas, como los eclesiásticos, a los que se besaba el anillo si eran Obispos, o se hacía el ademán si no lo eran... Te hacían ver, y que aprendieras, las normas de educación, para dejar paso a las personas mayores, sitio a los impedidos, ser deferentes con las damas, que no las del tablero... En fin, te educaban, como dicen, ahora, en valores, pero no en valores minusvalorados o tergiversados, no. Valores de los que siempre abren puertas. Valores de esos que dice mi sobrino Ignacio Gridilla: “*Tío Felipe, salud y valores, que lo demás se puede robar*”. Y qué verdad es. Y en el patio del colegio éramos todos iguales, que para eso estaba el babi, para igualar a todos por el mismo rasero, como la muerte.

Pues sí, parece que ya se están haciendo fuertes en la mesa del Consejo de Suministros –suministro de prebendas para ellos y ellas en forma de test del virus, y a los demás que les den...- quienes van a intentar quedar España como no la va a dejar el coronavirus. Y los que alardeaban del “no es no” ya se preguntan por qué, en su día, dijeron sí a quienes deberían haber dicho que no.

Javier Castaño notó en la crónica de ayer que me había saltado la bicicleta. Es verdad, Javier, ayer se complicó la mañana. Pero hoy me he subido tres cuartos de hora, y después he “*pasilleado*” durante quince minutos más. O sea, misión cumplida. Hoy me he entretenido viendo la apertura de la Puerta Santa de San Pedro con motivo del Jubileo del año 2000. O sea, me he ido más de veinte años atrás. Prefiero hacerlo, pues parece que vivo en aquel entonces y se me hace más llevadero lo que vivimos ahora al imaginar que faltan cuatro lustros para llegar al día de hoy. Quien no se consuela, la verdad, es porque no quiere. También Luisa, una amiga de Madrid que conocimos en el viaje a Tierra Santa, me envía un cariñoso mensaje en el que me dice que se emocionó con la foto de anteayer, la del desierto de Israel.

Ayer cometí el error, por las prisas, de no nombrar a una entidad que también está haciendo lo suyo en todo esto. Lo suyo y de lo nuestro, que aquí estamos todos unidos. Es el Ejército del Aire. No ya con los puentes aéreos que han organizado para traer material sanitario de China, o de donde sea, sino para paliar en parte el sufrimiento de los más desfavorecidos. La Base Aérea de Talavera la Real, el Ala 23, con su Coronel Jefe a la cabeza, Francisco Javier Vidal Fernández, otro buen amigo que me ha deparado el trato con las Armas desde mi puesto de servicio a la Iglesia local, digo que van a aportar

mantas para que los que duermen ahora bajo techo en Las Palmeras puedan soportar el frío nocturno. Ya tienen taquillas para sus prendas, las pocas que sean, que son el todo para ellos, taquillas que ha llevado la Brigada Extremadura XI, y ahora las mantas. Gracias, Javier. Y gracias a las Damas de la Virgen de Loreto, que se han puesto a hacer mascarillas y han donado toallas desechables y capas de plástico a Cáritas, a través del Ayuntamiento de Talavera.

No sé, la verdad, y Don Celso, mi muy querido Arzobispo, ya puede ir viendo la forma, cómo vamos a agradecer desde el Arzobispado y las instituciones que de él dependen, cuanto unos y otros están haciendo en respuesta a las llamadas de auxilio, que no han sido pocas. Ahora mismo, mientras estoy en la crónica, acabo de resolver un problema gracias a la mejor forma de ser, humana, sensible, de Paco Zarzo. Gracias, amigo.

Y Gloria, de La Bomba, me reclama la crónica ya. ¡Que estoy en ello, mujer! El día ha sido horrible. Varias incidencias en comunidades me han tenido todo el día enfrascado en dar solución a las mismas. ¡Como para no ser actividad esencial la de un Administrador de Fincas! Otra cosa es que podamos llegar a resolver todas en el plazo y en la forma en que nos gustaría. Ya veremos. Pero cuando un grupo de presión revienta, cuando otro hace aguas, que es distinto de impulsar el agua, cuando se hunden unas placas del tejado y entra el agua y lo que no es el agua en el piso que hay debajo, cuando... poned lo que queráis, que el día ha dado para ello y más. No es menos cierto que me ha servido para tener la cabeza evadida del problema que nos toca a todos, aunque a unos más que a otros, que en esto del virus pasa como con la ley: todos somos iguales ante ella, pero unos más iguales que otros. No quiero caldearme hoy, ni enturbiar el alma, ni el pensamiento, ni el corazón, ni parte alguna de mi cuerpo. Ha sido un día de trabajo duro, de resolver ayudas varias, de apaciguar ánimos, que se calientan cuando pasan las cosas en los momentos más inoportunos. Y, es que es así, es cuando pasan.

Entre los dos párrafos anteriores he ido a cenar. Hay que respetar el horario familiar, que eso de comer a solas no es bonito ni bueno. Al menos, a mí, no me gusta. Mientras masco las espinacas rehogadas con pasas y piñones llama mi cuñada Belén... *¡Que qué pasa con la crónica!...* Otra... Acabo de comer *“el verde”*, como se decía en el campo. ¿Te acuerdas, Rodrigo?... *“Sacramento, ¿qué hay para cenar?... ¡Verde!”*. Me gusta mucho el verde, alguno más

que otro. Pero hay uno que me encanta: el VERDE. O sea, “Viva El Rey De España”. Pues que... ¡Viva! Termino con el yogurt desnatado sabor cocktail de frutas, o sea, macedonia, y salgo disparado al ordenador. Voy a terminar. Mientras calentaba las espinacas, nos tomamos, Nines y yo, a la salud de todos vosotros, y de muchos más, una copa de Alfonso. De forma especial para Elena González Soto, la mujer nuestro sobrino Pepe Marcos Merino, que hoy es su cumpleaños, y lo ha celebrado con Julia en sus entrañas. ¡Felicidades, Elena! El brindis va, especialmente, por quienes me hubiera gustado no tener que brindar. Imaginad por qué. Así que, va por ellos. Y, de forma concreta, por Gabriel, de Mérida. Él sabrá por qué. Mi amigo, el Padre Torres, se lo dirá.

Hoy no da el día para más. Tengo sueño, ha sido un día largo, tenso en algunas cosas. En poco tiempo, tras el “*paripeo*” de rigor, estaré bajo palio. No es mala cosa.

Día 18º

Miércoles, 1 de abril del 2020

Hoy es miércoles...



...1º de Abril del... 2020.

No me he equivocado de día... ni de año. No. Son los datos ciertos del día de hoy. Ayer, y bien que lo siento, firmé la crónica con fecha errónea, y puse la misma del día anterior, aunque la referencia al santoral la tomé del ABC de Madrid del día de ayer, no de anteayer. La culpa fueron las prisas por sacar la edición del día de esta humilde crónica en tiempo hábil antes de que los lectores se entregaran al descanso... no al eterno, que puede esperar, y debe. Se dio cuenta del error Alfonso Ambel Albarrán, primo segundo mío, y a quien un día le dije que me gustaría continuara en nuestra generación la relación tan hermosa, por afecto y consideración, que hubo entre su padre y el mío. De momento, así es. También se dieron cuenta Javier Castaño Jabato, Arturo Gómez Angoña y Julio Valiente Nieves. De los dos primeros ya he hablado; del tercero diré que lo conocí siendo compañero de Nines, y que forjamos

entre él y su familia y nosotros una amistad perdurable y leal. Sus hijos, Julio y Juan Pablo, me han gastado alguna que otra cuando eran muchachos, que, como la diferencia de edad se mantiene, para mí lo siguen siendo. Mi abuela María Pepa, que murió con 92 años, cuando veía una esquela de una señora de 80 años o más, siempre decía “*Mira, Carmela, se ha muerto esta niña, la pobre, no sabía que estuviera mala*”. ¡Chúpate esa, condesa!

Y otro que se hubiera dado cuenta del error de la fecha es mi padre, Don Vicente, que Dios tiene en su Gloria, y que leía las cosas dos veces: la primera para ver los errores, la segunda para enterarse de lo que decía el escrito, fuese un panfleto reaccionario o fuese un prospecto de una caja de medicina, de esos que una vez desdoblados no hay forma humana de volver a ponerlos como vienen de la botica, por muchas vueltas que les des.

Y no, hoy no me he equivocado de fecha. Es 1° de abril. He tenido un sueño, cierto es. En lo más profundo del letargo se me apareció un ángel que decía, ojo al cante, con trompeta larga en la boca y aleteando alrededor de mi almohada lo siguiente: “*En el día de hoy, cautivo y destartado el genoma del virus rojo –pues jugaron con él en China-, encontrada la vacuna, han alcanzado los médicos ejemplares sus últimos objetivos medicinales. La pandemia ha terminado. En cualquier lugar del mundo, 1° de abril del 2020*”. Oído el soplo celeste me tiré de la cama, en pijama, que no había tiempo que perder para celebrar el evento. Antes me asomé a la terraza de casa. La fuente de la plaza volvía a lanzar agua por los caños, hasta una altura que sólo Dios podía ver, pues superaba lo imaginable. No se veía el suelo de la gente que había. Unos bailaban, otros se abrazaban, otros lloraban, quien más y quien menos contemplaba el espectáculo como una estatua de sal, por incrédulos; a las tropas la gente vitoreaba, a los médicos ensalzaban... hasta a los curas besaban (bueno, los besan hoy, y sin sueño, y más de la cuenta). Banderas se enarbolaban en balcones y terrazas que a la calle y plaza daban. Hay músicos que tocaban una marcha que sonaba al son del paso marcado guiando a quien desfilaba. Los muertos se levantaban, los heridos se curaban y, como yo me esperaba, que en la terraza miraba, a Dios la gente alababa, a María se rezaba y su manto protector a todos nos arropaba.

En esas estaba cuando tembló el reloj brujo que tengo que, Susana riéte, controlan los americanos, que controlan todo menos el virus, que tienen en-

tre manos el ver si lo consiguen. Marcaba las seis y media. Otros día lo pongo a las seis, que a quien madruga Dios le ayuda, aunque hay días que es a Dios a quien se le olvida levantarse pronto. Se acostaría tarde, que puede ser. Tomé entonces conciencia de la realidad. Me di cuenta que lo vivido, porque lo viví, era un sueño, que podía haberse hecho realidad, pero no fue así. Me puse en pie, en silencio, para no despertar a Nines. Me tomé el Eutirox y mientras espero el tiempo de cuarentena entre la toma y el momento en que coma me he puesto a corregir el entuerto de la fecha de la crónica de ayer. Y a plasmar el sueño, del que sólo yo soy dueño.

Hoy hice bicicleta también, he aguantado una hora, con todos sus minutos y segundos. Cada cierto tiempo me ponía de pie, como si estuviese subiendo a los Lagos de Enol y la Ercina, en plan Domingo Perurena, que el trasero se te queda que no sabes si es tuyo o del vecino. Acabé de ver la ceremonia que comencé ayer. Me he puesto a punto, el ejercicio es bueno. No lo olvides.

Pero, ¡oh!, mi alegría duró poco. Me conecto a las redes, no a las de pescar salud, sino a las de ver los números en alud. Más números, más curvas, más estimaciones, más.... ¡No, no voy a decir más picos! Nos siguen tomando por tontos, por idiotas, ¿verdad, José Manuel, amigo y administrado? Nos quieren consolar diciendo que la curva se suaviza, según parece, la de infectados... ¡Vamos, hombre! Nos creen idiotas, y no se dan cuenta que los únicos infectados de estulticia son los que tratan de convencernos. Leo que un grupo de periodistas han firmado un escrito pidiendo no se censuren las preguntas de la prensa en las comparecencias del comité de información, que, dicho sea de paso, tendrá que cerrar por falta de género, pues van cayendo como chinches. No son invulnerables, no. Espero yo que a mí no me censuren. Los periodistas tengo claro que no van a conseguir nada. Yo, no lo sé, aunque nunca he tenido miedo. El único miedo que tengo es que el propio miedo me impida vencer al miedo.

Leo otra noticia: han vuelto parte de los militares españoles desplazados a Irak. Mejor así. Y dentro de poco volverán los demás. No sé si quedará alguno allí, aunque alguien deberá cuidar de las instalaciones, digo yo. Dios los guarde. No hace muchos días recibí un mensaje de mi amigo Alejandro Espíritu y Fontes, Capellán Castrense, que tiene a su cuidado las almas, que no las armas, que eso es cosa del armero, de los militares de Badajoz y Mérida. Y

de la Guardia Civil. Es Capellán de Mérito de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, a la que no puedo dejar de referirme en mis crónicas, como me obliga el ser Caballero de Iure Sanguinis de la misma. Me pedía el Pater que rezara por el contingente, para que el regreso, no sé si permanente o temporal, se desarrollase sin incidencias negativas. Empecé a cumplir con el mandato de mi Pater, Capellán de la Delegación de Extremadura de la Constantiniana. Sigo en ello, hasta que se complete el regreso de cuantos han de volver, y seguiré haciéndolo por los que allí queden. Son gente especial estos Capellanes Castrenses. Ya escribí un día sobre ellos. Cuentan con todo mi aprecio, que no es fácil modelar las almas cuando se está en tensión, como se suele estar en esas misiones. O en los ambientes tranquilos en tiempo de paz en los cuarteles, que entre hijos de muchos vecinos vete a saber qué hay, ¿verdad, José Fernández Macías? Es Capellán de la Base Aérea, y sé que se emplea a fondo con su personal y con las Damas de Loreto. A los dos, Alejandro y Pepe, con afecto, un afectuoso abrazo. Ya he contado en algún foro que, en un momento concreto de mi estancia en el CIR 9 busqué el amparo del Pater y lo encontré. A los dos, al Pater y el amparo.

Me pedía el cuerpo poner en el hueco de la foto de inicio otra distinta, pero no lo he hecho, no sea que a alguno no le guste verla de sopetón y le dé un sopitipando. La hubiera puesto como documento histórico, no con ningún otro significado. Ese otro, si se quiere, que se lo dé cada cual, pero me molesta que se quiera ignorar el realismo de una Historia y cambiarlo por el surrealismo de una histeria, máxime cuando se había superado en España, mínimas excepciones aparte, lo que la Historia supuso, que no fue ni más ni menos que lo que otros muchos episodios de la Historia de España marcaron en la gente de entonces, pero que por haber caído sobre ellos el velo de los tiempos no generan desencuentro. Pero, ahora, en estos últimos lustros, hay quienes se han empeñado, no sé con qué oficio ni beneficio, en revolver la pacífica convivencia que, ganada a pulso por el respeto de unos a otros, y de unos y otros, se respiraba entre los españoles. Parece como si alguno quisiera que *“volvieran las oscuras golondrinas...”* y no se dan cuenta que, como el verso final de Bécquer, *“así... no los querrán”*.

Hoy ha sido día de satisfacciones: Juancho Zafra está mejor, que he hablado con él por videollamada... Las mantas donadas por el Ala 23, la Base

Aérea de Talavera la Real, ya han llegado al polideportivo Las Palmeras... Maribel Guijarro, compañera de italiano, se alegra de un nuevo día y me envía ánimos, y yo a ella... También lo hacen muchos otros, lo que agradezco, ya irán saliendo unos y otros por estas líneas... Los grupos de presión que se me habían estropeado ya funcionan, gracias a mi buen amigo y mejor colaborador Marcos Romero, de Fontanería Badajoz, empresa que me saca de muchos apuros merced al buen hacer de toda su gente, desde el primero al último, y que sean ellos quienes se pongan en fila en el orden que quieran... Otro grupo, mañana, lo verá quien lo montó, que también hace aguas... El tejado que se hundió está medio reparándose de forma urgente aunque sea de forma provisional...

Me he sentido descansado todo el día, pues no en vano gracias a mi querido compañero Manuel Montis Goyena, desde su casa, a distancia, pero en presencia, porque noto como si estuviese en su mesa, se resuelve cuanto llega al despacho. Antes de llegar a casa pasé por la de Pepe y Elena, y Julia, pero no subí, que no se puede. Por la norma y por sus normas. Bajó Pepe y me dio unas torrijas que Elena había hecho ayer, por su cumpleaños y por las fechas en que estamos. Me ha dado cuatro. Todo un festín. Me he comido dos de postre a mediodía. Las otras dos no tardarán en caer, si lo han hecho ya cuando leas estas líneas. Por eso he puesto la foto, para que las degustes si te apetece. No sé qué saldrá del confinamiento, no sé si la relaciones de matrimonio –hoy *quieren* que se diga “de pareja”, como si fuéramos ovejas y sus pellejas- mejorarán o empeorarán; no sé si, como dice Nines, el encierro trastornará a más de uno; no sé si alguien se arrepentirá de no haberse comido a sus niños cuando eran chicos y estaban apetecibles... Lo único que sí sé es que acabaremos todos más gordos. ¿He dicho sordos? Pues eso.

Hay cosas que no comprendo bien. He ido al supermercado, que tenía que comprar unas viandas y productos de limpieza. Todo de primera necesidad. He visto cómo un guarda de seguridad, tras ser llamado por una cajera, le ha formado un tiberio a un matrimonio por ir juntos a la compra, y ha echado a ella a la calle, argumentando normas de seguridad. Pero, digo yo, ¿qué seguridad en un matrimonio que se acuesta junto, aunque sea en dos camas juntas, comen juntos en una camilla de ochenta o noventa centímetros de diámetro, usan el mismo baño y tiran de la misma cadenilla, vete a saber con

qué manos, manipulan el mismo mando del televisor... Bien está en que haya normas, que las habrá por una larga temporada, y algunas debieran perdurar, pero me pregunto si no llevamos a ciertos extremos algunos cuidados. Lo mismo que el progreso tiene unos riesgos, y todos los asumimos, sin reparar en ellos, la vida en común también los tiene, y habrá que asumirlos, digo yo.

Bueno, por si esto es largo, Nines me encargó cerveza. Y yo, ni corto ni perezoso, le he traído la justa, la que creo que le va a hacer falta, que yo no la bebo. Si quieres una, cógela (tío Carlos, por favor, no arañes el teléfono como con los percebes)...



¡A tu salud! Bueno, a la salud de muchos, que aquí hay “birra” (¿verdad, Padre Torres?) para rato. O para un rato. Todo depende.

Día 19º
Jueves, 2 de abril del 2020

Hoy es jueves...



...de lo no cabe duda, pues si ayer fue miércoles y mañana viernes... tú me dirás.

Ya hay quien me dice que se entera del día de la semana en que está cuando lee mis crónicas, porque ha decidido perder la cuenta de los días. Con eso, dice, no se desespera. No sé si será buen recurso, pero cada cual busca sus maneras de sobrellevar esto como puede. Nines, entre otras muchas cosas que hace, y yo le agradezco, como no puede ser de otra forma, pues yo “wáteres no friego”, ¿verdad, Eduardo?, es preguntarse que cómo nos ha sobrevenido esto. Y claro, no hay quien le responda, porque a veces es mejor no encontrar res-

puesta a algunas preguntas. O sea, que lo mejor es no hacerse las preguntas.

También hay quien me dice, y no sólo uno, que edite después las crónicas en un librito, tal como hice con El Gorrión de Coronarias, en el que reuní las reflexiones de la convalecencia motivada por la intervención cardíaca del 10 de diciembre del 2014, fecha en que Santa Eulalia y la Virgen de Loreto guiaron las manos de Manuel Doblado y su magnífico equipo, con Javier El-duayen, para salir airoso del trance en que, por esa manía que tengo de ser original, los metí a ellos. Hay quien dice que las cosas, conmigo, no pueden ser normales. ¿Tendrá razón? He traído al inicio la foto de la portada del libro. Es un gorrión, sobre una partitura en forma de corazón. La partitura es la de "*Gloria in excelsis Deo*". Ojalá cada afectado tenga su gorrión vigilante... Ojalá cada gorrión pueda gorjear ese canto de alabanza en acción de gracias...

Pues puede que sí, que si encuentro ayuda, económica, por supuesto, que no ando sobrado, la verdad sea dicha, ni tampoco faltado, que hay que ser justos, me lo plantearé. No sé si podré acceder a algunas de las ayudas que el Desgobierno de la Nación va a dar para callar a la gente. Y estoy seguro de que a más de uno lo callan, que, a la hora de la verdad, todos tenemos precio. Desde luego, conmigo que no cuentan, como Felipe que me llamo. Ahora bien, de seguir en estas circunstancias me temo que un librito no va a ser bastante, sino que precisaré editar algo así como el Espasa, aunque sea con algunos volúmenes menos. Ya iremos viendo, y sobre todo viviendo, que es más importante vivir que ver, porque, digo yo, si no vives, ¿para qué quieres ver? Y si vives sin ver, aunque sea sólo con el alma y el corazón, ¿qué clase de vida es esa?

Os animo a todos, con todas mis fuerzas, a seguir viendo y viviendo, vi- viendo con fe y esperanza lo que nos haya de deparar esta situación, y viendo con la vista y con el alma que al final de esta etapa, marcada ya en nuestras vi- das, podremos disfrutar de una existencia en la que ojalá pongamos en prác- tica cuanto se dice de que saldremos todos marcados para bien, que no para mal. Porque, si no es para bien, ¿merece la pena haber pasado todo esto? Es verdad que nunca sabemos ni el día ni la hora, querido lector, por lo que me declaro firme confeso de disfrutar al máximo cada momento, cada segundo, como si supiera que fuera el último, porque dejar para mañana lo que pue- des disfrutar hoy, o para luego lo que puedes hacer ahora, aunque sea en las

circunstancias y condiciones que vivimos, me parece perder el tiempo de forma miserable y execrable, que el tiempo que vivimos no deja de ser sagrado, porque no lo hemos comprado, ni robado, ni nos ha sido regalado, sino que es Dios mismo quien nos lo ha dado y por lo que, con humildad, debe ser bendito y alabado. Dios y el tiempo.

He dormido bien. Bueno, nunca duermo mal, salvo muy contadísimas ocasiones. El sueño no lo negocio. Procuro dejar los problemas y preocupaciones en la alfombra de los pies, esa donde dejo las alpargatas de dormir y en la que mi mujer no me deja pisar con los zapatos de la calle, que, digan lo que digan, pase lo que pase, una vez puestos al vestirme no me los quito hasta que me voy a acostar, no sea que haya que salir corriendo por cualquier causa, y no me gustaría verme en la calle con las babuchas. ¡Manías!

Las torrijas han caído en el desayuno, las que quedaban. Al menos dulcifican algo la amargura de seguir leyendo números de muertos y enrevesados entuertos. Y ahora, la bicicleta. Ya diré cuál ha sido hoy la compañía del ejercicio. Antes de ello, nombrar a mi amigo Manuel Hidalgo Morón, de Coín, que me envía cada mañana una foto con una taza distinta. Así mata, dice, el aburrimiento. Cada cual tiene su norma para mantener el alma en forma. Y si el alma lo está, la mente también lo estará. Y sé que Manolo, está en plena forma. Y hablando de torrijas y demás exquisiteces, echo de menos las galletas de mi amiga y compañera de italiano Marianna Riera, que es una cocinera de dulzainas como pocas he conocido, tanto como buena gente. Os animo a que las probéis. Cuando esto pase, os doy el contacto. A ella, ahora, aunque sea en papel, lo que le doy es un abrazo, compartido con Juanma Galván, su marido, también compañero de las clases de italiano.

Vuelvo a la bicicleta. En la hora en que he estado pedaleando he visto el “*Gaudium magnum*” de la elección del Papa Francisco como cabeza visible de la Iglesia. Así refresco la memoria, además de haberla visto entera por primera vez, pues cuando se emitió en directo recuerdo que estaba en una junta de propietarios, en uno de los salones de la parroquia de San Juan de Ribera. Tras ello, el traslado del Cristo de la Buena Muerte, el Cristo de Mena, el de los Legionarios, de la Semana Santa del 2016. Así me voy entrenando para la próxima, aunque habrá que vivirla de otra forma. Por cierto, al hilo del papado, diré que hoy se cumple el decimoquinto aniversario de la muerte de Juan

Pablo II, hoy santo. Tengo sobre mi capillita torera su bendición con motivo de nuestro matrimonio.

Ayer me preguntaba una persona que si no me aburría en la bicicleta estática. Mi respuesta fue tajante: “yo no me he aburrido en la vida”. Y es verdad, no sé qué es eso de aburrirse, ni cuando no sé qué hacer. Porque, si no tengo qué hacer, tengo en qué pensar; y, si no, en qué soñar; y, si no, qué cantar; y, si no, que nunca viene mal, qué callar. Pero, jamás de los jamases, me he aburrido.

Voy a volver hoy al Cristo de Mena. Me he fijado en una cosa, que me ha llamado la atención: la corona de espinas. Esa corona es la misma que llevan sobre sus cabezas muchas personas hoy. Muchos nazarenos van a desfilar esta Semana Santa por las calles de toda España, y de muchos rincones del Planeta; muchos crucificados veremos en los días del Triduo Sacro; muchas cruces poblarán el Gólgota acompañando a Jesús hecho Hombre, asumiendo el papel, los que lo acompañarán, del Buen Ladrón, y estarán con Él en el Paraíso; muchas Marías, llorando al pie de la Cruz, se arrodillarán ante sus seres queridos; muchos Cirineos ayudarán a portar la Cruz en miles de camas hospitalarias y de residencias medicalizadas o no... Es posible que haya algunos Poncios que se laven las manos, prefiero pensar que los menos. Y muchos Centuriones que, al mirar el rostro de dolor de mucha gente, pueda decir... “*verdaderamente este es el Hijo de Dios*”, porque Él, el Hijo, de la misma naturaleza del Padre, se reflejará en todos y cada uno de los rostros de los marcados, que son muchos más que los fallecidos y contagiados que miran con esperanza su curación. También lo son quienes han perdido, de momento o en un momento, sus puestos de trabajos, o han visto cercenadas sus ilusiones lícitas de progresar hacia una vida digna, por qué no mejor que la que llevaban si ello no es a costa de perjudicar a la del vecino...

Mañana es “viernes de Dolores”. Al menos lo fue siempre, que yo sepa, pero ya he oído a algún teólogo decir que no es así. No sé si también habrán cambiado esa fecha, en esa manía que hay dentro de la Iglesia de cambiar fechas de vez en cuando, que ya no saben algunos el día en que celebrar su santo. Y mañana, viernes de Dolores, lo será este año más que nunca. A todos nos corresponde tratar de aliviar las penas de este día.

Vino esta reflexión a cuenta de la bicicleta. Fui al despacho, que había que ir. De vuelta a casa compré algunas cosas que necesitaba. No soy de acumular

cosas en el congelador. Para mí es como el país de irás y no volverás. Ni me acuerdo de lo que meto, ni de cuando tengo que sacarlo, así que soy más de productos frescos, o del día... bueno, del día que los hicieron...

Me enganché a las seis a la clase virtual de italiano, viendo la tarde tranquila en el oficio. He llegado tarde, sin necesidad de moverme de casa. Por lo visto era a las cinco. Bueno, en estos días en los que el tiempo parece no correr qué más da que sea a las cinco que a las seis. Ya no nos veremos hasta después de Semana Santa, que hay vacaciones. ¿Vacaciones he dicho? Prefiero callar con esto de las vacaciones, no sea que me condene, que no conviene, por si los “americanos” me oyen, Susana.

Después me he metido en la cocina. En mi casa guiso yo. Razones de pura y sencilla supervivencia. Mi mujer, Nines, hace otras cosas que yo no hago. Y las hace muy bien, que conste. Pero la cocina es mía. Como esta mañana me regaló mi amigo Julio Valiente una bolsa de habas, con sus vainas, verdes, recién cogidas, las he guisado esta tarde. Las he preparado, y aquí viene la parte lúdica de la crónica, con sepia, jamón, ajo, puerro, tomate triturado, jengibre en polvo, perejil y unas ramitas de yerbabuena. Aceite de Monterrubio, de la cooperativa de mi amigo Felipe Domínguez Romero. Se llama Morubio, el aceite. Ah!, y un vaso de vino oloroso, Alfonso, que yo soy mucho de ese nombre regio. Tiene jamón, poco, la verdad, pero mi tío Carlos Albarrán, que me llama todas las tardes, lo cual no sabe bien cómo se lo agradezco y valoro, me dice que no se puede comer mañana ese plato, que es abstinencia. Bueno, con la abstinencia que llevamos no dejo el plato, no sea que se lo coma el gato. Además, el jamón es testimonial, casi. Y, puestos a mayores, con dejar los tacos de jamón en el borde del plato es bastante. De todos modos, entonaré el mea culpa. Espero que alguien me diga aquello de “ego te absolvo...”. Bromas aparte, estará bueno. Espero que el resultado merezca la pena de la ilusión que le he puesto. ¿Gustas?

Día 20º

Viernes, 3 de abril del 2020

Hoy es Viernes...



...de Dolores (siempre ha sido así).

Así que, por si acaso, lo celebren o no este día, vaya por delante mi felicitación a las Lolas, Lolitas, Lolis, Marilolis, Dolores o María Dolores. Así no quedo a nadie fuera.

Para mí, en esta época atípica, ha empezado hoy la Semana Santa. Pilar Verdasco me ha regalado una ramita de olivo, que me ha servido para sustituir la que tenía desde hace dos años. El pasado, y no sé por qué, me quedé sin ella. Así que ya la he colocado donde siempre la pongo, que es sujeta a un cuadro de motivo vegetal que hay a la entrada de casa. Siempre me ha gustado que la rama de olivo reciba al que llega a casa.

Pero no sólo ha sido ese el comienzo. La cosa empezó antes, a las once y media de la mañana. Ayer le comenté a Don Celso, el Arzobispo para los que sois de fuera, que debería visitar el complejo Las Palmeras, donde se ha

montado un centro de acogida provisional para los que viven en la calle, en los soportales de la ciudad, en los zaguanes de las oficinas bancarias sin uso actual o, sencillamente, donde pueden. Ya he dicho que todo eso se ha hecho gracias a una serie de entidades, a algunas de las cuales hay quien las considera trasnochadas y alejadas de la sociedad. No tienen ni idea. Esas entidades son la misma sociedad, en sus filas, sean de tropa o de mandos, en sus distintos grados, hay gente que representa a toda la sociedad y que, cualquier día, que de ello nadie está exento, pueden verse reflejados en cualquiera de los en Las Palmeras alojados. La vida da muchas vueltas. Y, por lo tanto, no seré quien se canse de agradecer lo que hacen, el ejemplo que dan y la abnegación de la que hacen gala.

Avisé a D. Francisco Maya, quien con Ana Correa, Secretaria General de Cáritas Diocesana, nos esperaban. También una pareja de la Policía Nacional se presentó, enviados por su Jefe Superior, José Manuel Merino, a quien avisé de la visita por si nos paraban en el trayecto. Gracias, José Manuel. Al llegar Don Celso saludó a los médicos que la Consejería de Sanidad ha destinado allí, quienes confirmaron que, gracias a Dios, ninguno de los alojados tiene síntomas de ser positivo, por ahora.

Tuvo el Pastor la oportunidad de conocer la infraestructura montada allí. Se dirigió a todos los alojados, a los que quisieron seguirlo, porque otros seguían en el catre, descansando del cansancio que supone tanto descansar, y rezó con ellos un Padrenuestro, tras lo cual les dio la Bendición. Fue emotivo ver cómo seguían la oración muchos de ellos. Lo grabé en vídeo, la pena es que en papel no puedo enviarlo.

Al finalizar el encuentro, uno de los alojados se acercó a Don Celso y le pidió un rosario. El Prelado no llevaba ninguno. Me quedé con el cante. Hubo un aparte entre el Obispo y los responsables de Cáritas, tiempo que aproveché para hacer un reportaje de fotografías para Cáritas y para el Delegado de Medios de Comunicación de la Archidiócesis. Una de las fotos es la del inicio de hoy. Pero también lo empleé, ese tiempo, en rebuscar en mi bolsillo el rosario que siempre llevo. Es de los de dedo, de los de anillo. Tiene una cruz y, en el reverso de la misma, la Virgen de Guadalupe, esa que la Brigada Extremadura XI ha adoptado por protectora en sus misiones en el extranjero. Tiene nueve bolitas, porque la décima se despegó hace tiempo, en una caída. O sea, es un

rosario algo más corto de lo normal. Estoy seguro que el noventa por ciento de la gente que reza el rosario, si un día los misterios se los hacen de nueve Avemarías, no se enteran. Y si van andando por la calle y dan un tropezón y se parten un brazo, menos todavía, ¿verdad, Don Carlos, Padre Torres? Llevo en el bolsillo un botecito de gel desinfectante, en el que tengo menos fe que en Alá, porque estoy convencido que el virus, si te tiene que coger, te coge, sea de frente, de costado, por delante o por detrás. Por la espalda quiero decir.

Bañé bien en gel el rosario, aunque no creo que nada malo llevara el mismo, al contrario. Cuando terminaron el cónclave Don Celso, Ana y D. Francisco, le dije a Ana que localizara a quien le había pedido al Obispo el rosario que yo le regalaba el mío. Y eso hice. Simplemente con apretarlo entre las manos le ayudará. A mí me ha ayudado el dárselo. La cara de agradecimiento de esa persona bien merece desprenderse de un rosario que llevaba conmigo muchos años. Concretamente desde un día de agosto del 2016, el 27, una vez que deposité el que antes llevaba en el ataúd de mi querida amiga Finita Hinojosa. Rosario que, a su vez, me había regalado D. Antonio Vera, capellán del Hospital Infanta Cristina, hoy como quiera llamarse, en mi convalecencia cardíaca, en diciembre del 2014. Al fin y al cabo, el que hoy he regalado será de las pocas posesiones que tenga el recipiendario; yo, sólo tengo que buscar en casa otro y meterlo en el bolsillo.

Dije que la Semana Santa había empezado hoy para mí. Me han regalado el ramito de olivo, de Almendral. Y he visto a “los santos” en sus pasos. Mientras rezaban el Padrenuestro con Don Celso, he visto reflejadas en los semblantes de los marginados el rostro de Jesús en su Entrada Triunfal en Jerusalén; o el de Nuestro Padre Jesús de la Humildad; o el del Cristo de la Espina; o el del Cristo de la Angustia; o el de Jesús en su Descendimiento de la Cruz; o el de Nuestro Padre Jesús del Amparo, o del Cristo de la Fe; o el de Nuestro Padre Jesús del Prendimiento; o el del Ecce Homo, o el de Jesús amarrado a la columna; o el del Santísimo Cristo de la Caridad en su Sentencia; o el del Cristo del Amor; o el del Cristo Yacente... También el rostro de Nuestra Señora de la Palma; o el Nuestra Señora del Mayor Dolor; o el de María Santísima de la Amargura; o el de María Santísima de la Misericordia; o el de la Virgen de la Esperanza; o la de los Dolores; o Nuestra Señora de la Piedad; o el de María Santísima de la Aurora; o Nuestra Señora de la Consolación; o el

de la Virgen de la Soledad, coronada o destocada; o el de Nuestra Señora de las Lágrimas... Ojalá pronto podamos ver el rostro de Jesús Resucitado, como signo de la victoria sobre el maligno hecho virus.

No sé si me quedo alguna imagen, pero si es así, también estaba allí. No han sido necesarios los nazarenos, ni los costaleros, que para eso estaban allí los alojados... No era necesario relucir medallas y varas, porque la medalla la lleva cada uno de ellos con su historia personal o familiar... No ha hecho falta representación de Autoridades, porque estaba el Pastor y se notaban las manos y el aliento de los que han ayudado a todo... No hacía falta música, porque esa la ponen la alegría y el sentimiento con que la gente de Cáritas trata a los desfavorecidos.... Bastaba con mirar al rostro de quienes, en el Padre-nuestro, encontraban un consuelo, que no es poco... Bastaba mirar cómo se santiguaban en la Bendición, como queriendo decir que ellos también llevan la Cruz auestas... Bastaba intuir la historia de cada uno de ellos para darse cuenta de que la Semana Santa tiene sus desfiles procesionales en la calle todo el año, sin necesidad de “levantás”, ni de “chicotás”, ni de “reviraos”, ni de palios ni varales, ni medallas ni timbales. Bastaba mirar para darse cuenta de que, allí, está la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo hecha realidad. Bastaba mirar para darse cuenta de las veces que nos hemos lavado las manos, o de las veces que hemos formado parte del Sanedrín... Hoy, en un rato, he vivido la Semana Santa resumida en hora y media.

Terminó la visita y volvimos a Palacio, donde dejé a Don Celso. Vuelvo a casa. Hoy no he ido al despacho, mi compañero Manuel se ha encargado de todo, que no abandonamos a nuestra gente. Las habas han salido de rechupete. Hice mi bicicleta esta mañana, una hora. Hoy he rescatado de la videoteca el desfile de la Fiesta Nacional del 2019. He querido verlo, no sea que este año no lo haya, cosa que no me extrañaría, o que fuese algo más reducido. Aunque es posible que, si se hace, y ahí lanzo una propuesta, desfilen quienes se las han visto cara a cara con la lucha contra la pandemia: médicos, enfermeros, practicantes, ayudantes, limpiadoras, personal de ambulancias... ¡qué sé yo!, y cuantos se han fajado en esta lucha sin cuartel en la que, si mantenemos la esperanza y la fe en el esfuerzo del hombre, con la ayuda de Dios, venceremos. Esos son los que deberían desfilar, arropados por las Fuerzas Armadas, la Guardia Civil, la Policía Nacional y la Local, con Protección Civil y Cruz Roja.

De camino a Palacio quiso Don Celso pasar por el Seminario a ver al Padre Torres, mi amigo Carlos, Canciller Secretario General de la Archidiócesis, que en fechas pasadas se rompió un brazo al ir rezando por la calle el rosario. Sin duda, una caída santa. Siempre he dicho que el rosario es cosa de camilla y brasero, o de templo en tiempo previo a la misa, pero no de distraerse andando por la calle o distraer al conductor del coche. Pasan estas cosas. Está ya más recuperado... del brazo. Del bolsillo no lo sé, porque le he ganado una apuesta. Y la va a pagar.

Una cosa para acabar. El Delegado Episcopal del Clero ha enviado una carta a los sacerdotes de la Diócesis dando indicaciones de dónde pueden ir los donativos que suelen entregar en la Misa Crismal o el Jueves Santo. Se necesita ayuda tanto para Cáritas, para atender a los acogidos en Las Palmeras, como en el comedor que regentan las Hijas de la Caridad, en la calle Martín Cansado. Si los sacerdotes van a hacer ese esfuerzo, ¿por qué nosotros, o algunos de nosotros no podemos hacerlo? Le he pedido permiso a D. Manuel Calvino para enviaros esa carta. Me lo ha concedido, siempre que lo haga a título particular. Así que, después del mensaje, os envío la carta. Haced lo que podáis.

Antes de despedirme, debo hacer una advertencia, que no es baladí, al menos para mí. Hoy no contestaré los mensajes que me entren después de las diez de la noche. Voy a ver con Nines *"Sonrisas y Lágrimas"*, quizá la película que más me gusta de todas las que he visto en mi vida. Bueno, también podría hablar de *"El puente sobre el río Kwai"*, *"Mejor Imposible"*, *"Franco, ese hombre"*, *"¿Dónde vas Alfonso XII?"*, *"Don erre que erre"*... Y así recordamos escenarios que vimos el verano pasado en Salzburgo. Y, por promesa a Nines, esta película es sagrada. Así que, mi contestación a vuestros comentarios a la crónica de hoy habrá de esperar a mañana, si Dios quiere.

Día 21º

Sábado, 4 de abril del 2020

Hoy es sábado...

... aunque no lo parezca, porque, para algunos, pocas diferencias hay ya entre un día y otro. Es lo que hay.



Ya huele a cera...

Anoche disfruté viendo, como dije, *Sonrisas y Lágrimas*, que bien podía ser el título de esta época, o el titular, como se dice ahora, de los tiempos que estamos viviendo. Cada cual sabrá si son más sonrisas que lágrimas y viceversa. Yo, y así lo vivo, tengo tiempo para las dos fases, y, sin duda, me agarro más a la risa que al llanto. Aunque sólo sea por reírme de mí mismo, que es

uno de los ejercicios más sanos que conozco. Y hoy lo he hecho, luego digo. Antes diré que me he levantado más tarde, en esa concesión que hacemos todos a la normalidad de los fines de semana. O casi todos. No he perdonado la bicicleta, llegando hoy a la hora y diez minutos seguidos, mientras, desde Roma, veía el traslado del cadáver del entonces Juan Pablo II desde la Sala Clementina hasta la Basílica de San Pedro. Y, después, el inicio del Cónclave en el que resultó elegido el Papa Francisco, hasta el “*extra omnes*”, momento en el que se acabó lo que se daba para quienes no eran Cardenales electores en aquel instante. Es bonito recordar estos momentos, máxime si no los has visto antes por alguna causa.

Tras ello, toca asearse. Yo lo he hecho siempre, no sólo en estas fechas. Y de arriba abajo, de adelante hacia atrás. Con jabón, esponja, champú... Viene esto al hilo de una de las intervenciones del señor Presidente del Gobierno diciendo que una de las cosas que se ha conseguido con esta crisis epidémica es que “*los niños se lavan las manos más que hace tres semanas*”. Si lo tengo a mano lo abofeteo. No podía imaginar, ahora ya sí, que a un responsable de la Nación se le ocurriera decir, para justificar el descaliento general, tamaña pamplina. O sea, que como los niños se lavan ahora más la manos que antes ya está todo arreglado, o casi. ¡Por favor! Supongo que antes los niños eran unos guarros, como sus padres, tutores o responsables de su educación. En mi casa, siempre, siempre, siempre, nos obligaban a lavarnos las manos antes de cualquiera de las comidas, cuando veníamos de jugar de la calle o en el campo, cuando enredabas con cualquier material, fuese el que fuese, que pudiera quedar restos en ellas. Bueno, las manos y más partes del cuerpo, cuando no todas.

Es verdad que hay mucho puerco suelto, sí señor. Es verdad que hay gente que huye del agua como gato escaldado que escapa de la fría. Es verdad que hay gente que se ducha una vez al mes, haga falta o no. Y va a seguir siendo así, porque el concepto de limpieza no le entra a nadie por consignas dictadas desde una sala de prensa sin prensa, donde se pregunta sin preguntar y donde se responde sin responder. ¡Con lo bien que sienta una ducha! Pues una ducha de criterio es lo que le tenía que caer encima al Presidente del des... Gobierno. De criterio lógico y sensato para no tomarnos, una vez más lo digo, por mentecatos. Dice también que lo que estamos descubriendo ahora, en

cuando formas sociales, “no lo sabíamos hace tres semanas”. ¡Manda huevos! (mamá, esto no lo digo yo, lo dijo Trillo, Presidente del Congreso de Diputados). Ahora sabemos que se puede hablar a un metro, y que no es preciso dar la mano ni “arrumacarse” demasiado dejando el moflete lleno de saliva para darse cuatro besos. Y dice que lo hemos tenido que descubrir ahora. Cuando lo estaba viendo en televisión creí que “echaban” por la tele una película de los Hermanos Marx. ¿Quién dice que eso no se sabía, Presidente? Mire (no digo lea, porque Vd. no va a leer estas líneas), eso se sabe desde que el mundo es mundo. Y se sabe que hay gente más distante en distancia, valga la redundancia, lo que no tiene que ser sinónimo de lejanía en el afecto; y que hay gente a la que los besos no le gustan, que yo conocí a una señora que le fui a dar un beso y reculó hasta tal punto que plasmé el ósculo en el pendiente que le colgaba de la oreja... Claro, nunca más. Y no babeo cuando beso, conste. Y que hay gente a la que no le gusta dar la mano. Y que, como yo, hay gente a la que no le gusta que la toquen más de lo preciso, y lo preciso es nada, salvo que te hayan de auxiliar para no caerte, que entonces no me importa que me agarren hasta por los pelos, o por donde haya de ser. Pero de esto no nos hemos enterado hasta ahora. ¡Ver para creer!

Regreso a mi día. Estaba en el aseo. Y dije antes que me quedo antes con la risa que con la lágrima. Cuando me estaba vistiendo en el baño, oyendo música de pasodobles, que hoy me ha dado por esa, magníficamente tocada por la Banda de Música de la Guardia Real, me propuse sacar partido al día, pues siempre hay que dar gracias a Dios por vivir. Y hacerlo de la forma más alegre posible. Nines en su cuarto de baño, yo en el mío (nosotros somos sumisos al poder constituido, Sr. Presidente, y guardamos las distancias, je, je..), a puerta cerrada, que no es cosa de andar luciéndose en pijama natural mientras te secas. Pues bien, cuando ya me había calzado los zapatos (hoy llevo aún los de estar en casa) y puestos los pantalones, me entraron ganas de acompañar el pasodoble *Primavera sevillana*, de Aurelio Fernández Cabrera, y que obtuvo, para los curiosos, el primer premio del Concurso Internacional de Composición de Música para la Fiesta de los Toros convocado por la Real Maestranza de Caballería de Sevilla para homenajear de alguna forma a la Exposición Universal de 1992. Así que, ni corto ni perezoso, me puse a bailar, a solas, la citada pieza. Bueno, no bailaba solo, no, la verdad sea dicha. Bailaba contigo, que me

lees, si eres mujer, soltera, casada o viuda, o en cualquier otro estado. Pero sólo si eres mujer, incluso si eres monja o religiosa, que da igual, pues si eres hombre conmigo no cuentes. Allá película los gustos de otros, pero conmigo no.

Y me entró la risa al verme bailar. Se me reía el alma. Me reía el corazón. Sonreía el sentimiento. ¿Qué mejor que la alegría para hacer frente a un nuevo día? No llevaba mal el compás. Al menos eso me parecía. Hasta me dio tiempo, antes de arrancar el baile, a perfumarme con Álvarez Gómez para que mi pareja, tú, mujer, sintiese el momento como si, al aire de Sevilla, a la sombra de un naranjo, al olor del azahar, viendo a Curro torear y a Pepe Luis “el cartucho” despachar... hasta a los Seises bailar... creyera que era soñar. Para mí no ha sido sueño, para mí la realidad.

No quiero volver a algunas de las “andanadas” del Presidente, sería amargarme el día. Ni quiero pensar en que justifican todo este lío en el número de muertos, que ayer han sido menos, y eso ya, según parece, es un triunfo. ¡Venga, hombre! Triunfo hubiera sido hacer las cosas bien desde el principio. Y triunfo será el que se saquen consecuencias positivas de todo esto, y no que se persiga a quien, en el uso del derecho, critique la forma de actuar de los poderes patrios. O sea, se pretende despenalizar los insultos a la Corona o al Rey, en base a la libertad de expresión, y no se puede decir, ¿verdad, Carlos Herrera?, con respeto y educación, eso sí, nada sobre el actuar de quienes han tenido la responsabilidad, no de la existencia del virus, ¡válgame Dios!, si no de su rápida propagación.

Triunfo será cuando podamos hacer vida normal, no digo que con las precauciones debidas, por supuesto, a pesar de saber que el coronavirus este ha venido para quedarse entre nosotros, y nos habremos de acostumbrar a torearlo como toreamos el de la gripe, o como nos acostumbramos a oír que el cáncer existe, aunque no nos queramos acostumbrar a que nos pueda tocar a cualquiera. De esto sabe mi primo Eduardo Molina Albarrán, que bien que lo está toreado. O cualquier otra enfermedad, a las que se combate con especificaciones concretas, sea farmacológicas o sociológicas. Ese será el triunfo, sin perder de vista que el simple hecho de vivir tiene el riesgo de tener que morir, aunque no nos guste y asumirlo nos asuste.

Hablando de otra cosa, mañana deberían comenzar los desfiles procesionales, que, como dije ayer, ayer los vi todos en uno. O sea, la Magna antes de

tiempo. Pero no se me va de la cabeza el hecho de que haya personas, maduras, con supuesta inteligencia, como el valor en el ejército, que siempre se ha supuesto de un hombre de armas, que no sean capaces de asumir que hay que quedarse sin ellos. Viene esto a cuento de la propuesta de algunos cofrades de Navalvillar de Pela (Badajoz) de sacar a pasear a los santos en una pick-up, que es como una furgoneta distinguida o, como diría mi abuela María Pepa, un “isocarro” dignificado. Menos mal que la cabeza de Monseñor Retana González, Obispo de Plasencia, diócesis a la que pertenece Pela, está en su sitio y ha dicho que nones. Si soy yo el obispo les cierro la cofradía por tamaña estupidez. Si no hay, no hay, y punto. O como las inteligentes cofrades que han salido en no sé qué pueblo de Jaén, creo que en Porcuna, vestidas de mantilla, negro y cirio en la mano enguantada, desfilando por el pueblo. ¡A la cárcel! Y no por transgredir la norma, no, sino por payasas. Pero, ¿es que no podemos asumir, de peor o mejor forma, allá cada cual, los mandatos de nuestros rectores? Parece ser que no.

Mi prima Rocío Albarrán Sánchez-Moraleda me dice que si procede poner las colgaduras este año en los balcones. Mi respuesta ha sido tajante: ¡más que nunca! Aunque lo mejor es vivirla interiormente, qué duda cabe, cosa que hay que hacer todo el año, no es menos cierto que este año hay que dar más la cara, que eso de querer “adelantar la Semana Santa” (Sánchez dixit) es como decirnos que no nos enteramos del día en que vivimos. ¿No será al revés?

Quien la va a pasar en sus propias carnes es el Padre Juanjo, Rector de la Basílica de la Milagrosa, en Madrid, nuestro guía en el viaje a Tierra Santa en agosto del 2017. Ha sido ingresado en la clínica del mismo nombre aquejado del virus que nos ocupa. Nos puso un mensaje María José Giersiepen, un encanto de persona, que hermanó con nosotros en el viaje citado. Hablé con ella y nos contó. El Padre Juanjo es de los Paules, por lo que al Padre Alfonso, párroco de Santo Domingo, aquí en Badajoz, le he pedido que lo tengan en cuenta.

Y es obligado por mi parte hacer una mención a un mensaje recibido de un sobrino segundo mío, Fernando Albarrán Madrigal. Con su permiso lo copio: “Buenas noches tío Felipe. Solo quería decirte que aunque no te haya dicho nada antes, leo cada día tu crónica como si fuese el BOE. Estoy pasando este dichoso confinamiento solo en mi casa de Madrid y las disfruto mucho, ya que además de servirme de entretenimiento y distracción de tanta mala noticia, me

hacer estar, aunque sea por unos minutos, en Badajoz”. Agradezco, bien lo sabe Dios, todas las respuestas a mis misivas, pero muy especial ha sido esta. Y así lo digo. Por lo que dice y por lo que para mí representa. Gracias, Fernando. Ánimo en esa soledad, que sé has adoptado por sentido de responsabilidad. Poco a poco, el que más y el que menos, iréis saliendo a colación. Pero antes de terminar, necesito enviar un abrazo muy fuerte a mi prima Conchita Albarrán Molina. Ella sabe por qué. Y Dios, también.

Mañana es Domingo de Ramos. La foto del inicio es un aperitivo de las de los próximos días. La hice el 16 de marzo del 2008, en Badajoz. Quien averigüe dónde, tendrá premio.

También, para terminar, os mando una fotografía, de mi archivo personal. Espero que os guste.

La hice el 19 de febrero del 2008 en la Hacienda Vista Hermosa, en la provincia de Córdoba. Es la finca propiedad de mi prima tercera Concha de Torres Vargas-Zúñiga. Visité la finca ese día, con su yerno, mi querido amigo Cristóbal Millán de Valenzuela. Coge del olivo la ramita que quieras, siéntate en al banco y ve pasar la procesión. Todo es quererlo hacer. Y si quieres, lo podrás. Por cierto, date prisa, porque en el banco ya estoy yo, no sea que te quedes sin sitio.



Día 22º
Domingo, 5 de abril del 2020

Hoy es Domingo de Ramos...



...un domingo especial, máxime este año.

*Costaleros de San Roque,
costaleros del Señor,
costaleros de la Virgen,
costaleros del Amor.*

(F.B.A.V-Z, 2006)

Y digo este año porque, además de Domingo de Ramos, es el día del santo de mi padre, Don Vicente Albarrán Ambel -porque él era Don Vicente, ganado a pulso-, de quien me acuerdo cada día más. Recibí la llamada de

mi tío Carlos Albarrán, como todos los años desde el 2013. No ha fallado nunca. Y, también, hoy es aniversario del fallecimiento de mi abuela María Pepa. Ya hace veintiocho años, y aún la veo sentada en su sillón con su sereno semblante, propio de una mujer cuya forma de vivir fue, siempre, aceptar la voluntad de Dios. Eso nos dijo a Nines y a mí cuando, el día de nuestra boda, después de la ceremonia religiosa, fuimos a verla a su casa a regalarle el ramo de novia. Y nos dijo, porque emocionada no pudo, o supo, decir otra frase, para agradecer el detalle: “la Voluntad de Dios sea”. La hice lema de mi vida desde entonces. Si hubiera sido Obispo, o me nombran, quién sabe, sería mi lema episcopal. Estoy seguro que Carlos Villalón Pla habrá vuelto a sonreír al leer el nombre de mi abuela materna. Y yo, querido Carlos, agradezco en su nombre la sonrisa, signo de sincero afecto. Y mi madre, a buen seguro, más todavía.

Si ayer decía que olía a cera, hoy más de uno estará echando de menos el peso que otros años llevaba encima de sus hombros. No es menos cierto que este año hay quienes lo llevan de otra forma, cada cual a su manera. Unos penando por no poder hacer más, otros llorando por lo que se ha hecho por algunos de los suyos sin haber dado resultado, otros por estar sanando en los catres de los sanatorios, otros por estar patrullando para que se cumpla la norma... Todos ellos son costaleros de esta Semana Santa que hoy empieza.

Pero, antes de seguir, dos cosas, de momento. Debo aclarar que ayer, al hablar del pasodoble *Primavera sevillana*, dije que se había compuesto para un concurso para honrar a la Exposición Iberoamericana de 1992, de Sevilla. Uno de esos sacerdotes a los que le seguí la estancia en el Seminario, David Bueno Franco, hoy párroco de Villagarcía de la Torre, Trasierra y Casas de Reina, y Vicario parroquial de Llerena, me corrige y me dice que la Iberoamericana fue en 1929. Tiene razón, pues debí haber dicho Exposición Universal de 1992, la Expo 92. Ya le dije ayer a David que hoy estaría conmigo en el... texto de la crónica.

Y otra cosa, esta vez por consejo de un buen amigo, que se llama Javier, que no tiene el pelo castaño, pero es un jabato es cuestiones de protocolo, pues ha luchado siempre por mantener la norma del saber estar y la dignificación de la misma. Me aconseja que no me meta tanto con el Presidente del Gobierno, pues cree que es momento de aunar fuerzas para salir de esto todos

juntos, y que ya habrá tiempo de ajustar cuentas, si procede y a quien proceda, y en los foros al efecto, pues dice que es algo que ha cogido desprevenido a todo el mundo, no sólo en España sino en cualquier otro país. Acepto la reconvención. Yo también creo que es hora de que todos los políticos remen juntos hasta el final, y que después allá cada cual si se lían a “remazos”, con los remos, o se parten la canoa en las cabezas, y sálvese quien pueda. A partir de ahora ya no me referiré al Presidente del Gobierno, querido amigo Javier. Pero cuando tenga que desahogarme con quien tengo enfrente, que lo haré con caballerosidad, como dice mi amigo Pepe León, el veterinario que conocí en mi primera corrida como Presidente de la Plaza de Toros de Barcarrota, digo que lo haré, pues tomo estas crónicas por conversaciones de camilla con gente querida y de confianza, diré sólo “los mandatarios”. Y ahí que entre quien quiera. No obstante, al menos en esta Semana Mayor, procuraré huir de esas sendas, que son días de otra cosa que la de cargar con la cruz a nadie, cuando debemos portarla entre todos. Te agradezco la llamada, querido Javier, que bien que sabes tus palabras han sido siempre sabias para mí. Perdona me haya referido a ti, pero... ¡nobleza obliga!

Después de mi paseo en bicicleta, hora y once minutos exactamente, durante el cual hice un ejercicio de masoquismo por ver un video infumable, que he querido guardar para la historia de la memoria, o para la memoria de la historia, y sólo digo esto, me fui a Roma, a San Pedro del Vaticano. Bueno, fui con Nines. Seguimos la Misa del Domingo de Ramos a través de la televisión. Con todos los respetos, me gustaría que el Papa no fuera tan soso, que son momentos en que tenemos que alegrarnos la vida entre unos y otros. Podía predicar con un semblante más alegre, máxime en un día como el Domingo de Ramos, que ya llegará el Viernes Santo. Sé que son malos momentos, y Su Santidad debe sentirlos como nadie, pero la esperanza se lleva a los demás mejor con una sonrisa. No creo que sea causa de proceso ante la Inquisición haber dicho esto. Ya sabemos que la Entrada Triunfal de Cristo en Jerusalén fue el preludio de su Pasión. Antes de seguir, diré que la foto de inicio es del Domingo de Ramos del año 2008, del paso de la Virgen de la Palma, en los preparativos para la primera “*levantá*”, y que la siguiente es del año 2006, cuando el paso del Cristo enfilaba la calle San Blas, con la Catedral de fondo.



Tengo especial afecto por esta Cofradía de la Entrada Triunfal de Cristo en Jerusalén, Santísimo Cristo de la Paz y Nuestra Señora de la Palma, pues yo dicté el Pregón de esta Hermandad en el año 2006. Como anécdota a ese día diré que, tras el pregón, nos invitaron a una cena en un restaurante de Badajoz. ¡Yo no he visto más langostinos en mi vida! Hay veces que me despierto soñando que aún estoy allí pelando bichos de esos. Estaban muy buenos, al menos no recuerdo que estuvieran malos, pero nunca había comido, ni he vuelto a comer, más langostinos de balde en mi vida. Ni pagados tampoco. No creo que pase. No sé si es que volcó algún camión en las cercanías del mesón, pero si no fue así algo parecido sí debió ocurrir. No sé si siguen invitando a los pregoneros, pero si te gustan los langostinos, buenos o malos, que da igual, y te proponen dar el pregón, di que sí. No te arrepentirás. Te lo digo yo. Y Nines. Y Don Antonio Muñoz Aldana también, que estuvo en la cena. ¿Te acuerdas, Antonio?

Dije que iba a ser una Semana Santa especial. No me cabe duda. A mi amigo y administrado José Manuel Rodríguez Salas también se lo parece. Me decía en un mensaje esta mañana que sería una Semana Santa a recordar,

pues, y eso es lo mejor, a pesar de no poder ir a los Santos Oficios, a la playa, a ver procesiones, nos hemos quedado en casa pero, y esto es lo importante, estamos bien. Ya vendrán otras Semanas Santas en las que haya tiempo para todo. En mi respuesta le comentaba que aunque no podamos haber hecho nada de eso, a pesar de no haber tenido la oportunidad de vivirla como otros años, nos tenemos unos a otros, extremo este que se ha evidenciado a juzgar por los mensajes a través de las redes. Y es verdad, porque aunque no veamos a los seres queridos, de sangre o afecto, los sentimos más cerca si cabe. En mi casa, os lo digo ya, no cabe un alma más, pues está repleta de gente con la que pasamos este tiempo de reclusión, que, a buen seguro, será el inicio de una renovada ilusión. ¿Os acordáis de lo que dije hace ya algunos días sobre las palabras de Don Braulio, emérito de Toledo, en su despedida? Y, si nos tenemos unos otros, y Dios está con nosotros, ¿qué más queremos?

El que no se consuela es porque no quiere... Me he colocado los cascos, no de cerveza sino de oír, y he estado escuchando marchas de Semana Santa. Cierro los ojos y me veo desfilando al son de la música de trompetas, tambores, pífanos y timbales. Cierro los ojos y siento el paso de los nazarenos rozándome los tobillos, que es como me gusta ver las procesiones. Cierro los ojos... y, al abrirlos, tengo a la Virgen encima, en su trono, adornada con cirios y macollas de claveles blancos...



*Claveles de mi Señora,
ofrendas de mi dolor,
sus pétalos ante Ella afloran,
ofreciéndole mi amor.*

(F.B.A.V-Z., 2006)



*Nazarenos de San Roque,
costaleros de valor,
pueblo entero de Badajoz,
oíd bien todos, porque....
¡Va a empezar la procesión!*

(F.B.A.V-Z., 2006)

La autoridad competente ya ha dicho que se alarga el encierro. Y no el de los sanfermines, precisamente. Y me da que habrá más. Ya lo veremos. O sufriremos, unos más que otros. De momento, Nines, hoy, nada más levantarse advirtió: “Hoy bajo yo la basura”... He bajado la cabeza y me he sonreído. Estoy por llevar los contenedores quinientos metros más allá de donde están. También la querrá bajar entonces, con más motivo. Bueno está.

Es Domingo de Ramos. Mañana será, si Dios quiere, que querrá, Lunes Santo.

Día 23º
Lunes, 6 de abril del 2020

Hoy es Lunes Santo...



...por todo el día.

Hoy sale a la calle, si no llueve, porque esta cofradía se lleva mal con el tiempo, la Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Humildad, Nuestro Padre Jesús del Prendimiento y María Santísima de los Dolores. Saca dos pasos en el desfile de esta tarde-noche: Nuestro Padre Jesús de la Humildad, vulgo la Oración en el Huerto, y María Santísima de los Dolores. El Prendimiento queda para la madrugada del Jueves Santo. Y me da que este año las nubes le van a jugar otra mala pasada, según la predicción meteorológica para el día hoy, virus aparte... La foto de inicio es un detalle del paso de Nuestro Padre Jesús de la Humildad. La hice el 10 de abril del 2006.

Pero, antes de seguir, quiero enviar un afectuoso saludo a mi buen amigo, también administrado, Diego Mota Mimbrero, que sirve a la Patria de dos maneras. Una, porque es Guardia Civil, Brigada, aunque ya anda retirado por edad; y otra, como miembro entregado de ayuda a los necesitados en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, la que rige D. Francisco Maya, Paco para algunos. Para mí, reitero lo ya dicho, con el afecto y consideración que me merece, plena de confianza, D. Francisco. Diego me lee a diario y me hace algún que otro comentario. Los acepto, de buen grado, como no puede ser de otra forma. Coincidimos en muchas cosas, es verdad. Discrepamos en otras. También lo es. Pero no es difícil buscar el consenso. No es difícil hacerlo cuando se persigue con nobleza y con lealtad. Y así es por ambas partes. Toma la misma cerveza que Nines, así que algún día habrá que compartirla. Bueno, cada uno la suya, que nunca he sido amante de compartir cuando de bebida o comida se trata, mucho menos postre, costumbre implantada desde hace ya tiempo en España. La primera vez que me vi en esas fue en Canarias, pues por el resto de la nación no se practicaba mucho. Allí se compartía el primer plato, y se pedía una ración para todos. Después, cada uno el suyo, salvo que alguien te ofreciera dividir la vianda. Conclusión: terminabas el almuerzo sin comer. Eso no trae cuenta, de forma ninguna. Cada cual sus platos, sus cubiertos, sus vasos, nada de meter, y menos a partir de ahora, los cubiertos chupeteados en el cuenco donde los demás tienen que coger. Vengo admitiendo compartir raciones si son cosas de pinchar directamente la pieza que has de comerte, pero nada de meter en otro tipo de platos los utensilios de cada cual. Ni hablar.

Me levanto animoso a diario, siempre ha sido así. Mi mujer me riñe y me dice que cómo tengo ganas de risas con la que está cayendo. ¿Qué voy a hacer, si no? ¿Flagelarme? Eso era de antes, no de ahora. Ya vendrá el día con lo que haya de ser, y, entonces, le plantaremos cara, o se la volveremos, depende de la circunstancia.

Subí al despacho. Hoy parece que estaban algunos esperando a que fuera lunes. Hay cosas que se resuelven; otras, la verdad sea dicha, dependen de la persona, y esas, siento decirlo, las más de las veces, tienen poca solución. La calle con poca gente, algunos de ellos con mascarilla. Yo no. La llevo guardada en un bolsillo por si, de verdad, en algún momento concreto, hace falta.

Por ejemplo, en Las Palmeras la llevé puesta todo el tiempo. Había que dar ejemplo a los allí alojados. Pero me niego, salvo que sea estrictamente necesario, a llevar bozales. Mi dentista siempre lo lleva, y no entiendo lo que me dice: “abre”, y yo cierro; “cierra”, y yo abro... La cola del cajero del BBVA de la esquina de Plaza de Minayo está animada. ¿Para qué querrá le gente el dinero si no hay forma de gastarlo? Al menos el suelto, que para pagar la compra está la tarjeta. Claro, que si son como yo, que me gusta llevar dinero hasta en el pijama... Quién sabe lo que puede hacer falta a media noche.

Llego al despacho. El ritual ya es el mismo. Meto la llave en la puerta del edificio y empujo con el zapato. Abro el buzón, ahora sin llave, pensando en el sitio por donde a nadie se le ocurra cogerlo, ¿verdad Manuel, compañero? Llamas al ascensor con la punta de la llave, abres la puerta como puedes y usas el mismo sistema para subir a la planta. Patada a la puerta del elevador y al pasillo. La llave del despacho, la mía, sólo la uso yo, por lo que no debe haber problema, vete a saber. Empujas la puerta con la cadera y cierras de un puntapié. Subo las persianas y abro las ventanas, que dicen que es bueno el oreo. Las galletas de este nombre también. Eso parece. Suelto el portafolio y las llaves encima de mi mesa. Me quito el gabán, o lo que lleve. Aprieto el bote de gel desinfectante, con un ungüento de color rosa. Es bonito. No sé si bueno, pero atractivo sí. Queda la mano suave, el bicho no lo sé. Lleno la botella de agua. Enciendo el ordenador. Me reviso el nudo de la corbata, que no es cosa de atender a nadie desaliñado, aunque sea por teléfono. Miro la foto de mi amigo Jerónimo Hernández Vargas (+), le doy los buenos días, me río con él, porque me sigo riendo con los muertos que para mí están vivos, y pongo manos a la obra. Llega la hora de la pastilla. Al buche, con el ten-tempié que toque. Hoy unas galletas de alforfón. Reparo que me quedaba un polvorón. Ya no me queda ninguno... hasta la próxima Navidad, que llegará, si Dios quiere, y querrá. Ya lo veréis.

Vuelvo a casa. Comemos. Hoy ensaladilla de fiesta y lomos de merluza congelados al vapor. La ensaladilla sobró de ayer domingo. Como dicen Elena y Pepe, cocina de aprovechamiento. Todo bueno. Descanso la vista y al ordenador, por si surge algo en el despacho. Llegado el momento, “me voy” a ver si sale la procesión.



*En el Huerto la Pasión,
en el paso la Humildad,
en la boca la Oración
y en la mano... ¡Caridad!*

(F.B.A.V-Z., 06/04/2020)

Mientras “voy de camino” a la calle San Juan, al tramo dedicado a Pepe Salas, otrora División Azul, voy oyendo por el móvil una marcha procesional: *Virgen de los Dolores*, de Sebastián Valero Jiménez. Su hijo, Luis Alberto Valero Aranda, otro de mis hermanos de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, de la que es Caballero de Mérito, me la envió hace algún tiempo, y viene hoy al pelo para acompañar la foto del paso de la Nuestra Señora de los Dolores. Digo foto porque no sale a la calle. Las nubes han roto esta tarde y han llorado sobre Badajoz. Han descargado con pena, con rabia, con sentimiento, han dejado el firmamento para llorar con la gente, porque las nubes, amigos, como la luna durmiente, tienen el alma llena de dolor y abatimiento.

Debo decir que Sebastián Valero compuso bastantes marchas, que se pueden buscar en internet. Luis Alberto me ha enviado una cuantas. Lo agradezco. Imagino a la banda de música marchando tras el paso de la Virgen subiendo calle López Prudencio arriba, antes de llegar a la esquina de la Donoso Cortés, donde empezarán las voces del capataz para enfilear la Plaza de España con aquello de “*la derecha adelante, la izquierda atrás*”. Y entonces, María Santísima de los Dolores enfilea la Plaza de España para entrar en la llamada Carrera Oficial. La fotografía es de la procesión del año 2017, del 10 de abril, para ser más exactos, y está hecha ya en la confluencia de la calle López Prudencio con la Plaza de España. Allí hice también la del paso de Nuestro Padre Señor de la Humildad.



*Camino va de la Plaza,
la Virgen de los Dolores,
que su pena es Esperanza
y sus lágrimas... ¡Amores!*

(F.B.A.V-Z., 06/04/2020)

Amores en la esperanza, o la esperanza de amores, de luces y de colores, es lo que todos deseamos al atardecer de aquel día que haya de ser el final de esta pesadilla, tan real como la vida misma.

Ayer, con cierto humor, porque a veces lo tiene, Don Celso, mi Arzobispo, me decía, al hilo de la prolongación del encierro, “*que ya estrenaremos el próximo año*”, por la costumbre de estrenar algo el Domingo de Ramos. Yo le diría que estrenemos todos los días. Demos gracias a Dios por estrenar cada día un nuevo año de nuestra vida, porque cada día marca, y así lo veo, el inicio de un año nuevo, que hay que afrontar viviendo con intensidad, sin pasarse, que los excesos son malos. ¿Quién me dice a mí que el año que empiezo hoy no es el último de los míos? ¿O te lo dice a ti? Nunca sabemos el día ni la hora. No hay que afligirse por estar el tiempo que haya que estar. Cuando así nos lo mandan por algo será. Hay normas que no gustan ni a quien las cumple ni a quien las impone. De eso no me cabe la menor duda. Distinto es si no se pudieron haber tomado antes otras que no nos llevaran a las que cumplimos. Yo tengo un recurso, que me ha ido bien hasta ahora, mañana no lo sé: vivo “el” día. Mañana, Dios dirá. Y así, viviendo día a día, van pasando y, se me apuras, cuenta no te vas dando.

Hoy, hace un rato, he tenido la enorme alegría de hablar con, y ver a, mi amigo Juancho Zafra. Ha superado la peor fase. Ya está en casa. Sólo le quedan quince días de arresto. ¿Y qué son quince días, o veinte, o treinta, comparados con la inmensidad de la vida si te quedas sin ella? Nada. Pues... ¡a aguantar! Y no se hable más.

Día 24º
Martes, 7 de abril del 2020

Hoy es Martes Santo...



...y en la tarde de este día, se abren las puertas del templo que hay frente a Capitanía.

Hoy, si el tiempo no lo impide, dos procesiones. Desde el Convento de las Descalzas, frente a Capitanía, la Pontificia Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Espina y María Santísima de la Amargura. Y desde el templo parroquial de San Fernando y Santa Isabel, en la barriada de la Estación, la Hermandad Sacramental del Santísimo Cristo de la Angustia y María Santísima de la Misericordia. Abreviando, las Descalzas y la Estación. Así era en mis tiempos de Camarero Mayor del Cristo de la Espina, cargo del que dimití en

el año 1993 por desavenencias con la Junta de Damas de la Hermandad y los hombres que colaboraban con ellas. Quien no estaba de acuerdo con todos ellos era yo. Tendrían razón. Dicen que la mayoría siempre lleva razón. Si es así, no hay más que hablar. En mi libro *El Gorrión de Coronarias* ya conté el motivo, no es cosa de alargar las crónicas volviendo sobre diatribas que ya pasaron, que con las recientes, las de ahora, tenemos bastante. Eso sí, me fui de frente y por derecho, diciéndole a cada cual, aunque fuesen damas, lo que tenía que decirle, sin callarme una palabra. Con algunos, por su actitud, fue la última. Con algunos y con algunas, dicho sea de paso.

Decía que si el tiempo no lo impide. Aunque me da que este año lo del tiempo es lo de menos, que lo que lo impide es el tiempo que tenemos que estar metidos en casa. Es distinto. Pero ello no me ha impedido a mí, al menos, mientras pedaleaba esta mañana, una hora y siete minutos, ver la Estación de Penitencia de la Hermandad de Los Gitanos, de Sevilla, de hace ya una buena porción de años. Con eso me entretuve. Con eso y con contar las ventanas del edificio de enfrente que dan al patio de mi casa, que no es particular, sino común de varios predios. Son sesenta y cinco ventanas y una puerta. Ni una más ni una menos. Las cuento todos los días. Soy mucho de contar. Es de familia. A mi padre le gustaba contar todo, y al rato de estar en un sitio ya había contado todo aquello que se repitiera y tuviera frente a sus ojos. Lo único que no le gustaba contar, lógico, eran los cipreses, sobre todo si estaban en fila. Imaginad por qué. Y, sin embargo, cosas de la vida, descansa justo debajo de uno de ellos. El segundo, empezando por la izquierda, mirando la tapia del cementerio viejo de frente. La tapia de la fachada principal, claro. Yo también los he contado.

Para mí, el Martes Santo tiene un significado especial. Se celebra la Misa Crismal. No voy a explicar qué es. Sólo diré que no me la he perdido nunca, desde que asenté en Badajoz después de volver de Santa Cruz de Tenerife, donde Nines estuvo destinada, y yo de paso. Nunca me la he perdido, pues, desde el año 1992. Y este año no era cosa de perderla. Es de las dos celebraciones que más me gustan de cuantas se celebran con la participación del Presbiterio Diocesano: la Misa Crismal y la convivencia de después de Reyes con el Pastor.

Como Jefe de Protocolo de la Archidiócesis, y no sólo por ello, me gusta estar cerca de los sacerdotes en ciertos momentos, y uno es la Misa Crismal.

No quiero que se vea mi función solamente como la de ordenar cómo y dónde ha de colocarse cada cual, en conjunción con el Prefecto de Ceremonias de la Catedral. Quiero que consideren uno más de ellos, sin el carácter que las sagradas órdenes imprimen. Los siento como parte de mi familia. Y por eso quiero unirme a ellos en tal especial momento, en que renuevan sus promesas. Este año lo harán en otro momento, pero quería testimoniar mi unión en el día de hoy. También por agradecimiento, pues mucho es lo que he recibido y recibo de los sacerdotes de esta diócesis. Y de sus Pastores. Hoy he tenido presentes, como todos los años, a quienes ya no están, y que de alguna forma han tenido un especial significado en mi vida, personal o familiar. Y así, perdón si me quedo a alguno, me he acordado de Monseñor García Aracil, Don Santiago, a quien le debo mucho más de lo que algunos piensan o puedan pensar; de Don Tobías Medina Cledón, que fue para mí un padre, y yo para él un hijo; de mi tío Joaquín Obando Carvajal, que un día me invitó a comer “mañana” y ese mañana siempre era mañana, y que me escuchó muchas veces en su despacho de la Candelaria, de Zafra, y yo le oí sus palabras reconfortantes; de quien fuera Rector del Seminario, Don Fernando Sánchez-Arjona y Halcón, que me quiso llevar al Seminario, pero no lo consiguió; de Don Manuel Asensio y Don Ramón Thamudo, que compartieron mesa con nosotros, muchas veces, después de celebrar misa en la Capilla de El Novillero; de Don Antonio García-Moreno, recientemente fallecido, con quien daba gusto confesarse; de Don Sebastián González González, con quien mantuve una lealtad, mutua, en grado sumo; de los Padres Salesianos Don Tomás Gutiérrez Cuadrado, Don Diego Reina y Don Ladislao Rubio Bravo, entre otros, que marcaron en el Colegio de Badajoz la educación de muchos de los que fuimos sus alumnos; o de Don Antonio Chorot Ortiz de la Tabla, que cuando le avisaba de que le había dejado unos dulces de Aracena, de la Confitería Rufino, en la nevera de Palacio tardaba poco en ir a buscarlos desde su casa, no fuese que se echaran a perder... o se los echara alguien al bolsillo, o al buche, que era lo que más temía; o de Don Juan Peralta de Sosa, buen amigo de mi padre, con quien siempre hablaba de cosechas... terrenales; o de Don Carlos Gutiérrez de la Maza y Bielba, cuyo nombre, por sabios consejos y por afecto, está unido a la historia de mi familia desde que aportó por Badajoz de la mano de Mons. Dr. Don Doroteo Fernández y Fernández, y, en especial,

a la de mi madre. Por cierto, Don Doroteo me confirmó, en el colegio, todos con babi, con el mismo padrino, y después a clase. Lo mismo que hoy. Claro, que tampoco nos preparaban tanto. Y sobre todo, con permiso de los demás, de mi amigo Jerónimo Hernández Vargas, de cuya ausencia Nines y yo aún no nos acostumbramos cuando lo pasamos bien. Y cuando lo pasamos mal, también. Estoy seguro de haberme quedado a muchos en la memoria, pero siempre estarán en mi corazón.

Como lo están todos los vivos, todos. No nombro a nadie, por lógicas razones de celos y recelos humanos. Tan sólo, como cabeza visible, a mi Pastor, Mons. Celso Morga Iruzubietta, que en lugar de quejarse de su cuarentena se queja de la mía. Bueno está. Por todo eso hoy me puse el traje de gala, el azul marino, y hasta me coloqué el pañuelo en el bolsillo, porque la Misa Crismal es, por decirlo taurinamente hablando, festejo mayor. Y por ello no he querido faltar. Y ello será la causa de que la crónica de hoy sea algo más larga, aunque el Padre Torres, nada más recibir el mensaje, me conteste poniendo el número de páginas entre signos de admiración. Y como no sé si es para bien o para mal, pues me da igual lo que diga.

La Misa Crismal no ha podido ser retransmitida en directo, por razones de la técnica, que es un arte que suele fallar cuando se la necesita. Estamos arreglados. Así que os mandaré también el enlace para verla. Da igual que la sigáis en diferido, el significado es el mismo. Me ha dado pena, enorme, ver la Catedral vacía. Pena, penita, pena, pena de mi corazón, al ver la nave tan llena de bancos sin población... Aunque, como bien ha dicho Don Celso, habéis estado todos presentes. Bueno, todos los que quisierais haber ido, que no es celebración de precepto. Volví al despacho. El agua de ayer ha hecho de las suyas.

¡Ya está La Espina en la calle! O debiera. Pero no va a ser. Hoy, hay quien dice, emulando al léxico sevillano, que ya está en la calle “*el Señor de Badajoz*”. ¡Nunca había oído yo tal denominación para el Cristo de la Espina! Es propia de la conquista que la cultura cofrade sevillana está haciendo de nuestra Semana Santa. En los ambientes de la cofradía en que me movía era “el Cristo”. Y ya está. No hacía falta más. Y, como no sale, os regalo una fotografía que hice este año en el besapié sin beso de este año.



*Es el Cristo de la Espina,
es Dios mismo con la Cruz...
Su imagen irradia Luz
en su lento caminar.
Te quiero, Señor, rezar
apoyado en esta esquina
cuando vienes de regreso,
camino ya del convento...
Que con este sentimiento
pueda vivir Tu Pasión
en todo mi corazón
con devoción y embeleso.*

(F.B.A.V-Z., 7 abril 2020)

¡Cuántas cruces se llevan hoy auestas, Señor, por muchos! ¡Cuántos comparten contigo la carga de ese madero! ¡Cuántos tienen llagado el hombro por aguantar, en silencio, con dignidad encomiable, cuanto la vida les ha

deparado! ¡Y cuántos hemos mirado para otro lado el verte pasar en alguno de tus hijos predilectos! Dicen que no ha salido el Cristo de la Espina este año... ¡Si sale todos los días!

Mientras pensaba estas líneas me llega la noticia del fallecimiento, en Lérida, donde vivía con una hermana, de Tomás Peña. ¡Qué recuerdo de aquellos años en los que formábamos parte de la Junta de Cofradías! Tomás fue un devoto fiel del Cristo de la Espina. Hoy, Tomás, le ayudas a llevar la Cruz. Te recordaré siempre. Dime si en el Cielo hay langostinos “a pala”, como los que nos pusieron en la cena de mi Pregón de San Roque. Porque si no los hay... habrá que llevárselos.

Y, tras el Cristo, la Virgen. La Virgen de la Amargura. De la Amargura... y ternura, con la que mira a sus hijos desde ese trono. La fotografía es de la Semana Santa del 2007. El año no es el mismo, la Virgen sí. La mirada no ha cambiado.



*Al ritmo de procesión,
al compás todo se mece...
¡Mírala!, que bien merece
por su amor y su ternura
y su rostro de Amargura
contemplarla en oración.*

(F.B.A.V-Z., 7 abril 2020)

¡Cuánta amargura, Señora! Mas qué mirada tan plena, tan reconfortante, tan llena, tan calmante...

También hoy debería haber salido la procesión de la Estación. Fue Don Diego Barrena (+) quien la puso en marcha, junto al incansable de Juan Manuel Trenado (+). Tampoco ha salido. Al salir el mismo día que el Cristo de la Espina, siempre ha quedado algo deslucida, salvo en su barrio. En mi opinión, había que retocar los desfiles procesionales de algunos días, máxime en cuanto al horario, y sobre todo si al día siguiente es laborable. Sé que es chocar con un muro, pues el mundo cofrade es inexpugnable. Bueno, eso se creen ellos. Pero es una pena ver las calles vacías a ciertas horas, sobre todo si pasa una cofradía “pobre” por detrás de una “rica”. La foto siguiente es del Cristo de la Angustia, del 2007. Está hecha en la noche, y que querido poner esta porque muchos, hoy, ante la pandemia que nos atenaza, se sienten clavados en una cruz en la inmensidad de la noche que les impide, por ahora, ver la luz...



Le sigue el paso de María Santísima de la Misericordia, implorando la de Su Hijo para todos aquellos que lo hemos clavado en la Cruz. La fotografía es del año 2008:



Pero, tras la oscuridad viene la luz. Tras las tinieblas de la noche el día. Tras el tormento de lo negro la serenidad de la claridad. Por ello quiero traer también a esta crónica la siguiente imagen, tomada en los preparativos de la Magna del 2017. Colocaron a la Madre a los pies de la Cruz del Hijo, como en el Gólgota. ¿Seremos capaces de acompañarla?



Sigue la epidemia, siguen muriendo, siguen los contagios, siguen las desilusiones. Pongamos a cuantos sufren y a cuantos luchan en las manos de María Santísima de la Misericordia. Se sentirán amparados, acogidos, consolados. Pongámonos nosotros también. ¿Qué mayor protección?

Cambio de tercio. Hace tiempo que no como una pierna de cordero. Me dice mi primo Fernando de Vargas-Zúñiga Mendoza que los ganaderos de ovino andan preocupados. He decidido ayudarlos. Mañana nos comemos una. La voy a ir preparando esta noche y mañana la termino. Ya os diré. Hoy no he querido entrar en otras cosas. Otro día, Dios dirá. Hoy, conformaros con lo escrito. Y lo escrito, escrito está.

Día 25°
Miércoles, 8 de abril del 2020

Hoy es Miércoles Santo...



... y al Amparo y la Esperanza, orando elevo mi canto!

Honradamente, no llevo mal el confinamiento, lo confieso. No sé otros, u otras, pero yo no me puedo quejar. Hacerlo sería faltar a la verdad. Nadie crea que por ir al despacho te sientes más a gusto o te crees que tienes venia para no sentirte como el resto de los demás. Pero una cosa es esa y otra el sentido y la forma en que afrontas las normas. Yo, me gusten o no, soy siempre resistente a las normas dictadas por el poder constituido. Tratar lo contrario es amargarse, que lo digo yo. Además, lo cuento, cuando voy al despacho llevas el miedo en el cuerpo a que te paren para tener que dar explicaciones, y que te

las entiendan, y que se quiera poner el encuestador en el papel de quien tiene una gotera encima de la cama, o una taza de w... que rezuma lo que cualquiera imagina, o un sifón de la terraza que en lugar de tragar escupe hacia arriba más agua que la del Ebro... Llevo en la cartera cuanta documentaciónn creo que me puede hacer falta, siguiendo los consejos de mi Colegio Profesional, y la prudencia personal que sólo te enseña la vida. Tanto es así que creo que sólo me falta llevar la fe de bautismo, el certificado de estar confirmado, el Libro de Familia o el título de Caballero de la Constantiniana...

Y que sepas, querido lector, que cuando llegas al despacho, y sientes que el edificio está medio abandonado, y tomas conciencia de estar más sólo que la una, a pesar de que estés alerta, no te libras del susto del portero, perdón, conserje, que se mueve por los pasillos como si en una escoba fuera subido: no hay forma de sentirlo. No me extraña que cualquier día, de la impresión de verlo sin sentirlo, al salir del baño, se me corte la digestión. Vete a saber. Y pasa que oyes ruidos por todas partes, y así estoy levantándome de la mesa constantemente para ver si alguien está intentando entrar en el despacho, que hoy cualquiera sabe lo que puede pasar con las calles dejadas de la mano de Dios. Hago todos los días, en serio, de seis a siete paseos indagatorios en el tiempo que estoy en el despacho. Y llego a la puerta y la empujo con el pie, por si las manos son precisas para entrar en fase de defensa paraguas en mano. En fin, Dios proveerá...

Durante la etapa de hoy, de hora y cinco minutos, sin levantarme, Daniel, sin levantarme, me entretuve en escuchar la Misa en B menor, BWV 232, de Johann Sebastian Bach, gracias a un enlace que me envió mi hermano constantiniano Luis Alberto Valero, de Córdoba, que me tiene surtido de música en esta temporada. Y se lo agradezco. Y Daniel, que lo he citado antes, es mi ahijado Daniel Gridilla Martínez-Manzano, que igual se me enfada por nombrarlo, pero ya no tiene remedio. Es mi compañero de andanzas dominicales por Elvas, subiendo al castillo; al cementerio, de donde al rato bajamos, conste; a los fuertes abaluartados; o bordeando la ciudad y llegando hasta el santuario del Cristo da Piedade. Ahora, entre las tesis de uno y las tisis de todos, tenemos los paseos abandonados. Dios quiera que pronto los recuperemos. Con su hermano Ignacio he ido andando al santuario citado en más de una ocasión, desde casa. Son veintidós kilómetros, y estoy dispuesto a repetirlo tan pronto nos autoricen. ¿Has oído, Ignacio?

En la vuelta a casa noté gente en la calle. Sería casualidad, pero me lo pareció. Digo más gente que otros días. Claro, que era la hora de vuelta a casa a comer de los que desarrollan servicios esenciales. En el regreso venía acordándome de Don Celso, que dice que se cambiaría por mí, pues dice que vaya cuarentena llevo. He oído que esto del encierro se terminará por fases, y que abrirán las puertas de los chiqueros poco a poco, como en las corridas, que si se suelta a la manada junta la liamos. Y dicen que a los mayores de no sé qué edad los quedaran en casa. Pensándolo me entró la risa. Vaya Vd., querido Don Celso, haciéndose un estiramiento de cara o algo parecido, y poniéndose el ungüento ese que se ponen las mujeres en los labios y los mofletes, y que hace que terminen pareciéndose más a Moncho el de Los Chipiritifláuticos que a la madre que las parió (se dice así, ¿no?), porque así es posible que Vd. pueda engañar a los vigilantes del orden, o de las payas, que no de las playas, que este año ya veremos si hay, cuando les diga que tiene edad conforme a la norma que le deje salir en la primera parte de la lidia. Si no, seguirá acordándose de mí. Ya veremos.

Antes de seguir, diré que la pierna de cordero estaba buenísima. He pensado en nuestros buenos amigos Juan Ignacio de la Cueva Spínola, mi Coronel, y en Mercedes, su mujer, mientras daba cuenta del anca del ovino. Es ganadero de pécoras y borregos, y se las está viendo apuradas como otros muchos colegas de este bello arte de la ganadería, viendo que no se mueve el mercado. Comerse una paridera entera de borregos puede subir el colesterol. Por eso os animo a que compréis y os los comáis. Yo iré alternando cada ciertos días, que también los de porcino no andan contentos. Y dicen que de los precios del vacuno ni se sabe. Por eso, permitidme, un abrazo a todos ellos. Sólo los que hemos vivido en el campo, y hemos comido del campo en alguna etapa de nuestra vida, sabemos la realidad y la congoja de lo que digo, y valoramos, ¡cómo no!, el arrojo de mantener explotaciones. Que sí, que hay veces que se gana, pero en una que se pierde se lleva por delante el rédito de muchos años de esfuerzo. Hay quien dice que lloran mucho. Ahora van a llorar más los que lo dicen. No podía dejar de decir lo que he dicho. Por eso, y reparte entre quien quieras, te mando un abrazo, Gregorio Moreno Fernández de Córdova, que me ha enviado un mensaje animando a consumir productos de España. ¡Ooole!

Hoy es Miércoles Santo.



Confieso que es la tarde en que más me molestaba alguna historia en el despacho. Porque, siempre, siempre, las incidencias más inverosímiles, las de más difícil ejecución, pero las más necesarias de resolver por cualquier causa; o aquellas en las que te entran ganas de enroscarle el cable del teléfono alrededor del pescuezo a quien llama, vienen a ocurrir en la tarde del Miércoles Santo, con el Triduo Sacro por delante; o la mañana del día de Nochebuena, o el viernes previo al Carnaval por la tarde. Son momentos en que se me pone la patata a punto de petar, como dice mi querido sobrino Javier Marcos Merino. Pero el Miércoles Santo más que los otros días. ¿Por qué? Porque me impide ir a coger sitio a la Plaza de San Andrés, que es como todo el mundo llamamos en Badajoz a la Plaza de Cervantes.

Hay que ir a coger sitio para ver salir al Descendimiento. O sea, a la Cofradía del Santísimo Cristo del Descendimiento, María Santísima de la Piedad y Nuestra Señora de la Esperanza. Allí hay que estar, con tiempo bastante,

antes incluso de haga aparición la Banda de Cornetas y Tambores del Santísimo Cristo de la Columna de Daimiel, que tiene algunos trompetistas con unos pulmones que podían repartir parte entre los agraviados por el virus, pues son capaces de hacer un solo sin respirar de varios minutos. O respiran por las orejas, que no lo sé. Y hay que estar para ver salir de frente a las más bellas tallas de nuestra Semana Santa, obras, las dos de D. Antonio Castillo Lastrucci, el afamado escultor sevillano. Y allí, esperando que suenen las notas de la Marcha Real, que marca la salida del templo, nos juntamos todos los años Pilar Verdasco, con su hermana Pura y su marido, Miguel Sedeño, y sus hijos, Juan, Fernando, Miguel, Pura... Y también Jesús Reynolds, y Alfonso Ambel, y Pepe Martín-Maestro, con Viti Alcón, su mujer, y su cuñado Cayetano Valero Castell con Esperanza, su mujer, hermana de Viti, que va a ver salir a su Virgen homónima.. Y Rosa Alcón. Y José Manuel González Lena... Y podía estar escribiendo nombres todo el día, por eso lo dejo ya.

Ver pasar al Descendimiento por algunas calles de Badajoz es sentirte protagonista del momento en que a Jesús lo bajaron de la Cruz...



*¿Hoy te bajan de la Cruz?...
Del madero te has bajado
día tras día, Señor,
para ser el Buen Pastor
del corazón agobiado
y ser su guía y su luz.*

(F.B.A.V-Z., 8 abril 2020)

Tras el Cristo, la Esperanza. Soy cofrade de cuatro hermandades, a saber: la Espina, San Roque, el Predimiento y Bótoa. Podría decir que la virgen más guapa es cualquiera de las de ellas, pero no, no puedo. La Virgen de la Esperanza es la talla más bonita de todas las de Badajoz. Al menos a mí me lo parece. O sea, que lo es. No se hable más. Quien quiera decir otra cosa, que escriba crónicas del confinamiento. ¿Verdad que lo es, Eduardo Soriano? A ver quién dice otra cosa. Y si no, ahí la tenéis:



*¿Qué te llamas Esperanza...?
Si yo te pido consuelo
y te suplico, Señora,
cada día, cada hora,
que me mires desde el Cielo...
¡Oye, Virgen, mi alabanza!*

(F.B.A.V-Z., 8 abril 2020)

Sería injusto no recordar aquí, querido Luis Albarrán Martín, a tu abuelo, Luis Martín Illescas (+), que fue el alma mater de la refundación de esta cofradía y quien, lo sé, costeó en gran parte lo que ello supuso, así como las imágenes. Vaya, pues, mi abrazo y consideración, que, como a él no se lo

puedo dar te lo doy a ti, querido Luis. Cofradía, dicho sea de paso, que magníficamente comanda hoy Juan Manuel Rosado Verdasco.

Pero hoy sale otra procesión en Badajoz. Es la Pontificia Hermandad y Cofradía de Penitencia del Dulce Nombre de Jesús, Nuestro Padre Jesús Nazareno del Amparo, Santísimo Cristo de la Fe, Nuestra Señora de la Piedad y María Santísima del Mayor Dolor. Vulgo, Santo Domingo, o el Cristo de la Fe. Es más corto. Pone en la calle cuatro pasos. Y no más, digo yo, porque no tienen o no los dejan, que no lo sé. Y eso hace, querido Padre Torres, que hoy vuelva a alargarme en la crónica. ¡Qué más da! Con el tiempo que tenemos ahora... de momento. Hace años, muchos ya, que sufrió un descalabro gordo cuando la lluvia hizo polvo el patrimonio de la hermandad. Tardó una porción de años, pero bastantes, en recuperarse.

Esta cofradía tiene como Hermano Mayor Honorario a la Guardia Civil, si no me equivoco. Por eso, hoy, quiero poner a los pies de las imágenes, en el desfile, al Guardia Civil Fernando Santiago Caminero, de Navalморal de la Mata, primer miembro del Benemérito Instituto en Extremadura fallecido a causa del coronavirus de las muelas, por no decir otra cosa, que me riñe mi madre. Espero que no haya más, que tiene narices que gente que se bate el cobre, sin mucho sobre –a fin de mes-, con truhanes y malhechores vengan a caer por un minúsculo y puñetero bicho. Estoy seguro que Nuestra Señora del Mayor Dolor, la de Santo Domingo, se lo habrá entregado a la Virgen del Pilar para que lo acurruque en sus brazos, como sólo una Madre sabe hacer con sus hijos queridos. ¡Viva la Guardia Civil!

Cuatro son los pasos que saca Santo Domingo: Jesús del Amparo, el Cristo de la Fe, la Virgen de la Piedad y María Santísima del Mayor Dolor. Os regalo algunas fotos de los pasos, por el orden citado:



*En estos días de Pasión,
Nazareno del Amparo,
Cristo por portas Amor,
quiero llevar tu dolor...
que mi falta yo reparo
para obtener tu Perdón.*

(F.B.A.V-Z., 8 abril 2020)



*Señor Jesús de la Fe...
En el madero colgado,
tu costado atravesado
por los tuyos humillado...
Ante ti, arrodillado,
te pido ser perdonado...
Señor Jesús de la Fe.*

(F.B.A.V-Z., 8 abril 2020)



*Señora de la Piedad,
en tus manos la Verdad,
en tu regazo Humildad,
en tu rostro, Caridad.*

(F.B.A.V-Z., 8 abril 2020)



*¿Tu corazón traspasado
por la pena y el Dolor?
¡Déjame, Madre de Amor,
que repare lo dañado!
¡Déjame, Madre de Amor,
que te haga yo el favor
de retirar lo clavado!*

(F.B.A.V-Z., 8 abril 2020)

Mañana es Jueves Santo.

Día 26°
Jueves, 9 de abril del 2020

Hoy es Jueves Santo...



...de esos jueves que lucían en el año más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el Jueves de la Ascensión... Por cierto, para curiosos, diré que nací el Jueves de la Ascensión del año... en que nací. Por eso, después de los nombres de Felipe Benicio y de Isidro me pusieron el de Ascensión.

Con el permiso de mis lectores, permitidme me dirija, hoy, como cosa excepcional, a Don Carlos Torres Muñoz, Secretario General Canciller de la Archidiócesis, Canónigo de la Catedral, párroco de Novelda y Director Espiritual del Seminario. Él se lo ha buscado.

Querido Padre Torres:

Como tiene Vd. la manía de contar las páginas antes de saber qué ponen, y llevarse las manos a la cabeza... bueno, las no, la, pues no sé si la escalabrada ya la puede subir o no como para hacer el saludo militar, le diré que hoy, Jueves Santo, en Badajoz, salen tres procesiones, por lo que me temo que la extensión de la crónica será algo mayor, aunque, como ya le he dicho, la letra es lo suficientemente grande como para que no se tarde en leer. Dicho esto, apreciado Padre, le diré que esto se va a alargar, que ya lo han dicho los padres de la Patria. Y que llegado el fin de la actual prórroga, el 26 de abril, lo más seguro es que lo alarguen hasta mediados de mayo. Pero, como ya he comentado, Padre, le recomiendo que piense en el día en que vive y se deje de más historias, que el tiempo que vale es el que se gasta y no el que queda por gastarse, ya que no sabemos si será nuestro o no. Es verdad que la gente empieza a cansarse, como se ha cansado el nazareno de la foto de inicio, y no encontró otra forma más digna de aguantar el cansancio que ponerse en cucullas, postura que, dicho sea de paso, cansa más que el estar de pié.

A las seis y media de la mañana de hoy estaba ya como los ojos como platos, aunque me quedé en el catre, dando más vueltas que el tren de los escobazos. Esta crisis no impide que algunos mantengamos algunos vicios, como, en mi caso, el de despertarme temprano. Ya sabe Vd., Padre Torres, el refrán ese que dice: *“El que tiene un vicio, si no se mea en la puerta se mea en el quicio”*. Pues eso me pasa a mí con el sueño. Y con más cosas. Esta hecatombe ha venido a trastocarme algunos horarios, la verdad. Unos cambios los llevo bien, pero otros me traen por la calle de la amargura. Comes más, pues... ya se sabe: ¡engordas! Yo era como un reloj, ya no. Sobre todo para algunas cosas. Tengo mis manías, mis horas. Es lo único que me cuesta trabajo de esto del confinamiento. Habrá que retomar la situación.

Continúo, Padre, pero antes debo decir que ayer omití decir que la Policía Nacional es Hermano Mayor Honorario, creo que ese es el título, de la Cofradía del Santísimo Cristo del Descendimiento, María Santísima de la Piedad y Nuestra Señora de la Esperanza. Si hice mención ayer a que la Guardia Civil lo era de la que sale de Santo Domingo me parece obligado, por justo y necesario, comentar lo mismo de la Policía Nacional con la que tiene sede en la

iglesia de San Andrés. También debo decir que son muchas las personas que me han contestado coincidiendo conmigo en mi apreciación sobre la belleza de la Virgen de la Esperanza, la de San Andrés, siendo la primera en hacerlo Elena González Soto, para Nines y para mí “Elena Pepe”, pues es la mujer de nuestro sobrino Pepe Marcos. Lo hacemos así para distinguirla de otras Elenas, tales como “Elena Julio” (la mujer de Julio Valiente) o “Elena Seis” (la Magistrada del Juzgado número 6). Y tras la opinión de Elena y la inmediata de Carmen Soriano Navarro vinieron algunas más. Sí es cierto que ninguna de cofrade de la Soledad, por cuestiones de celos, supongo, pero no tienen razón. Ninguna.

Hoy en la bicicleta, mi fiel y leal compañera además de mi mujer, hora y cuarto. No está mal. Venía algo cansado, pues me acosté tarde, ya que de madrugada fui a ver la salida de Nuestro Padre Jesús del Prendimiento, que sale del templo de la Concepción. Esta procesión organizada por la Cofradía de la Oración en el Huerto, pues forma parte de ella, es muy antigua, pero se recuperó, tras muchos años sin salir, en torno a mediados de los ochenta del pasado siglo. Fue Pepe Salas (+), abuelo de la Hermana Mayor actual, quien nos propuso a un grupo de fieles a la Semana Santa sacar adelante la procesión. Yo fui uno de ellos, y la verdad es que lo agradecí en aquel tiempo y lo agradezco ahora, lo que no impidió que llegado el momento, concretamente el año de mi primera intervención de arritmias, dejara el puesto libre a otro. El primer año no sumábamos, los nazarenos, el número suficiente para sacar a hombros el paso, por lo que nos tuvieron que ayudar algunos fieles asistentes. Después, año tras año, se fueron sumando gente. Yo llevé a mis cuñados. Uno de ellos, José María Merino, era el encargado de echar el incienso en el brasero que llevaba el paso, no para calentarse, sino para que adornara la composición de la escena con una columna de humo aromático. Y me da que con eso de echar el incienso se escaqueaba de soportar el peso, digo yo, que dos cosas a la vez no se pueden hacer. Ya no está tampoco en la lista de nazarenos. Como siempre pasa, y en esto de las cofradías más, llegan los nuevos para mandar a casa a los que hemos echado los dientes en la hermandad, y no por jubilación precisamente.

Bueno, voy a dejar este camino, que estamos en Jueves Santo. Pero, como le digo, fui a ver la procesión. Le dejo aquí unas fotos al efecto.



*¿Dónde vas, Jesús, prendido?
¿Dónde vas, Jesús, atado?
Al Calvario voy, dolido,
Que mi pueblo me ha entregado.*

*Tu pueblo... ¿te ha traicionado?
¿El pueblo por ti querido?
Nos hemos equivocado...
Yo me encuentro arrepentido.*

(F.B.A.V-Z., 9 abril 2020)



Por la tarde, a la caída, sale la procesión de la Patrona de Badajoz. Rectifico, copatrona, pues lo es junto a la Virgen de Bótoa, que de ello la gente se ha olvidado. Y si la Virgen de Bótoa ya no lo es será porque la han destituido, porque históricamente fue así. El desfile de hoy lo organiza la Pontificia y Real Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia, Santísimo Cristo de la Humillación “Ecce-Homo” y Nuestra Señora de la Soledad. Sus cofrades más adeptos le dicen “*la Señora*”. Para mí, con permiso de mi tío Enrique Ambel Pérez, devoto de la Soledad, la Señora era la madre del Rey Don Juan Carlos, la Condesa de Barcelona, Doña María de las Mercedes,

a la que tantas tardes contemplé en el Palco Real de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Sevilla, Coso del Baratillo, en el Arenal de Sevilla... y olé. La Soledad es la Soledad, o la Virgen, pero la Señora, para mí, era esa aficionada cabal, y partidaria de Curro Romero, que habría sido una estupenda Reina de España consorte. La Historia se cruzó en el camino y no pudo ser.

Lleva tres pasos la procesión de la Soledad: el Amarrado a la columna (Jesús de la Humildad y Paciencia), el Cristo de la Humillación (Ecce Homo) y Nuestra Señora de la Soledad. A continuación hay fotos de los tres. Una cosa, que no puedo callar. Hace unos años se ha llevado a cabo una restauración del Amarrado a la columna. No me gusta cómo ha quedado, lo veía antes más natural. Los defensores de la restauración dicen que así era como quedó Jesús una vez latigado. Eso dicen. ¿Estuvieron allí para aseverarlo? Yo no, pero me parece que como ha quedado ahora no es lo que he visto en muchas otras tallas similares. Lo siento, si alguien se molesta, pero es que hasta me desagrada ver la imagen tal como ha quedado. La foto que os presento es del año 2007. Ya ha llovido, hoy por ejemplo.



*¡Dame, Jesús, humildad,
para mirar a tu rostro...!
¡Mírame, por caridad,
que antes tu pies yo me postro!*

(F.B.A.V-Z., 9 abril 2020)

“Ecce Homo”... He ahí al hombre... Ahí lo tenéis... Crucificadlo... Soltad a Barrabás... Y miramos para otro lado. Y no queremos verlo. Y preferimos soltar a Barrabás antes que a Jesús. ¿Sabemos lo que hacemos? ¿O no queremos saberlo? No nos interesa, estamos más cómodos con Barrabás a nuestro lado que con Jesús de Nazaret. Molesta menos. Exige menos.... “Ecce Homo”... Atado, injuriado, escupido, maltratado... Y, curioso, al final nos ha salvado con su muerte. No nos salvó Barrabás. Jesús fue quien se inmoló por nosotros. ¿Nos hemos dado cuenta de ello? A veces sí... pero a veces no.



*No soy capaz de mirarte,
oh, mi Dios, ya condenado,
ni soy capaz de ayudarte
y redimir mi pecado.*

(F.B.A.V-Z., 9 abril 2020)

Cierra el desfile el paso de la Virgen de la Soledad.



*¡Oh, Soledad coronada,
que Badajoz, oh Señora,
a ti te reza y te adora
como Madre tan amada!*

(F.B.A.V-Z., 9 abril 2020)

Pero, querido Padre Torres, tal como le decía al principio, hoy el relato es más largo de lo que hubiera vuesa merced deseado, porque otro desfile la calle ya ha alcanzado.

Sí, en la tarde de Jueves Santo sale también la Hermandad y Cofradía de la Sagrada Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Santísimo Cristo de la Caridad en su Sentencia y María Santísima de la Aurora, Madre de la Iglesia, poniendo en la calle los pasos de la Sentencia y la Aurora. Es una cofradía reciente, saliendo a la calle por primera vez, con el Resucitado, en 1983. Nunca olvidaré aquella procesión. Ya diré por qué en la crónica del domingo. Pero la imagen de la Sentencia lo hace en 1992. Como pasa con otras cofradías, y en

otros días, la Soledad se lleva el fervor popular de ese día. Mi archivo no tiene muchas fotos de esta procesión, la verdad, por lo que las imágenes que dejo aquí plasmadas, Padre Torres, son las de las pocas que tengo.



*A Jesús han sentenciado
a cargar con un madero...
¿Por qué, Jesús, que te quiero,
a morir te han condenado?*

(F.B.A.V-Z., 9 abril 2020)

Y cierra el Jueves Santo la Virgen de la Aurora...



*Va la Virgen de la Aurora
en pos de su Hijo amado,
al que el pueblo ha condenado
y al que su Madre le llora.*

(F.B.A.V-Z., 9 abril 2020)

Pero antes de finalizar el relato del día, querido Padre, debo decirle que he ido a los oficios de Jueves Santo a la Catedral. Misa in Coena Domini. El año pasado la viví en Córdoba, en la Catedral Mezquita, a donde fuimos invitados por Don José Luis León Solís, sacerdote cordobés de la Prelatura del Opus Dei pero afincado ahora en Madrid, en contra de la voluntad de Nines y mía, que, como se ve, no sirve para nada en estos casos. Y no lo digo porque quien haya ocupado su sitio en Badajoz, Don Juan Carlos Domínguez Arciniega, no dé la talla, que la da, y bien dada, pero, además de él, podía haberse quedado aquí

Don José Luis. En fin, donde hay Prelado no manda presbítero. Y en Córdoba fuimos muy bien atendidos por Don Agustín Moreno, Canónigo del Cabildo cordobés. Y el año pasado fue la primera vez en muchos años, pero muchos, en que pude vivir los oficios de Jueves y Viernes Santo como Dios manda, porque hasta entonces, en Badajoz, durante la celebración de los mismos en nuestra Catedral me pasaba el tiempo mandando callar a los turistas, de la ciudad o de fuera, o mandando a la calle a los que al templo entraban como quien entra en una taberna. Y eso no permite vivir el Triduo Sacro como Dios manda.

Pues bien, este año, al igual que en la Misa Crismal del martes, la Catedral estaba vacía de cuerpos, que no de espíritus. Los de todos vosotros. Pero, y a nadie le quepa duda, prefiero estar durante toda la celebración como el guardia de la porra a ver las naves tan solas. Ha sido una sensación extraña. Sí lo es. Se han guardado las distancias entre los celebrantes y ayudantes (D. Pedro Fernández Amo y un servidor), se ha guardado la Liturgia, salvo el Lavatorio de los pies y el traslado del Santísimo al Monumento. ¡Qué pena! Pero como hay que consolarse, queridos todos, os voy regalar dos fotos, una de ellas primicia, porque nunca se ha reservado al Santísimo, después de esta Misa, en el Sagrario del Altar Mayor. Hoy lo vais a ver. He querido plasmar ese momento. Tomadlo por Monumento.





*¡Alabado sea Jesús Sacramentado!
¡Sea por siempre bendito y alabado!*

*Alabado sea Jesús en los enfermos...
Alabado sea Jesús en los difuntos...
Alabado sea Jesús en sus familias...
Alabado sea Jesús en los sanitarios...
Alabado sea Jesús en todo el personal que los ayuda, en
cualquiera de las facetas y empleos...
Alabado sea Jesús en las Fuerzas Armadas, Policía Nacio-
nal, Guardia Civil y Policía Local, Cruz Roja y Protección
Civil...
Alabado sea Jesús en Cáritas...
Alabado sea Jesús en los sacerdotes que llevan consuelo a
quien está necesitado...
Alabado sea Jesús en todos nosotros...*

¡Alabado sea Jesús Sacramentado!
¡Sea por siempre bendito y alabado!

Como verá, querido Padre Torres, esto ha sido lo que ha dado de sí el Jueves Santo. Espero que ahora comprenda el porqué de la extensión, y no sea como aquel amigo mío que, ante una botella de vino que nos regaló un amigo común, le cantó las excelencias del corcho del tapón y no del caldo. Si soy yo el bodeguero, con el corcho o sin él, cojo la botella y le doy un capón. Pues ya lo sabe.

Suyo afectísimo hijo, que besa su mano...

Día 27º
Viernes, 10 de abril del 2020

Hoy es Viernes Santo...



...y aunque parece que las nubes se ciernen sobre la Tierra, en verdad, no es así...

Debo empezar por corregir un error cofrade de ayer. La procesión de la Sentencia no salió por primera vez en 1992, sino en 2010. Ya Pepe Marcos Merino me hizo una advertencia, no segura, pero lo he corroborado con el M. I. Sr. Don Manuel Ruiz Durán, Canónigo Fabriquero de la Catedral y párroco de la de Santa María la Real, vulgo San Agustín. Gracias a los dos por solventar el entuerto. En 1992 lo que sucedió fue que la Cofradía adquirió la actual imagen de Cristo Resucitado. También me gustaría decir que la crónica de ayer no estaba dedicada solamente al Padre Torres, sino, como podéis comprender, a todos los que las leéis. El Padre Torres es uno más, cuando las lee. Pero mi alusión especial ayer a él era por el hecho de fijarse sólo en el tapón y no en el caldo. Y si lo ha probado, y le ha gustado, no me dice nada. Hay que

buscar también recursos para el humor, aunque sé que a muchos les va quedando poco. Nadie piense que soy el único que escribe, pues mi administrado y amigo José Manuel Rodríguez Salas me dice que un amigo suyo de Nueva York también lo hace y, casualidades de la vida, con el mismo título.

He querido comenzar la crónica de hoy con la fotografía del Gólgota. Es de la capilla de Santo Sepulcro, de Jerusalén, donde estuvo clavada en la roca la Cruz de Cristo. Es más, se puede meter la mano en el orificio, situado debajo del altar que se ve en la foto. Quiero hacer con ello un homenaje de sincero recuerdo a nuestros compañeros de aquel viaje, en agosto del 2017, y dedicar uno especial al Padre Juanjo, párroco de la Basílica de la Milagrosa, con cuyo grupo de fieles nos apuntamos Nines y yo. Nos hizo de cicerone sin igual el Padre Emérito Merino Abad, franciscano. Como dije, el Padre Juanjo ha sido contagiado y, aunque va mejor según mis noticias, anda aún en la convalecencia. No os voy a nombrar a todos, querido compañeros de la peregrinación, pero este momento de mirada al lugar santo va por todos vosotros.

A los que hayáis estado en Tierra Santa nada tengo que deciros. A los que no, haced un ejercicio de imaginación y meted la mano en el orificio en el que estuvo la Cruz, debajo del altar, como he dicho. Experimentaréis una sensación de difícil descripción con papel y lápiz, pues los sentimientos del alma todavía no tienen transcripción. Eso sí, tened cuidado al retiraros, pues más de uno se lleva un coscorrón en el altar que lo lleva a acordarse siempre del día en que metió allí la mano, aunque lo bueno sería recordar el momento por otro motivo más especial.

Comencé la mañana sin perdonar la bicicleta, hoy, querido Daniel, hora y media. Aproveché para ver un vídeo sobre la vida de clausura en el Monasterio de Santa Clara, en Carrión de los Condes. De alguna forma he conocido, como si estuviera dentro del cenobio, la vida de las religiosas. Es un confinamiento especial. Nada que ver con el nuestro. El nuestro tiene fecha de caducidad. El confinamiento o nosotros. El de las monjas de clausura es indefinido, para siempre. Sé lo que es porque una hermana de mi abuelo Felipe, Madre Javiera de Jesús, fundó el Carmelo de San José, en El Burgo de Osma. Creo que ya hice referencia a ello el día que hablé de la homilía de Don Braulio en su adiós de la sede primada. Y sé lo que es porque ví a una amiga nuestra, Hermana Carmen, en el mundo Carmen Martínez Pérez, para

nosotros Meca, dejar cuanto tenía en la tierra para entregarse por el resto de sus días a la vida contemplativa, que no quiere decir que se pasen el día contemplando las musarañas, como hacemos muchas veces los que estamos de rejas para afuera.

En la mañana de hoy, al levantarme, algo más tarde que otros días, leí una noticia, entre tantas, que no me sorprende lo más mínimo. Dice la misma que se ha notado un incremento de venta de alcohol en los supermercados. Lógico. De alcohol y de más cosas. Quien antes bebía en los bares ahora lo hace en casa. Nos han confinado, pero con las aficiones de algunos no han terminado. No es mi caso este, pero me imagino que muchos se pondrán alegres y contentos en casa, sino bruscos tras cierto número de chatos. Y habrá quien beba para olvidar porque no quiera recordar el drama que le supone tener que dejar de trabajar, cerrar el negocio, despedir a gente honrada cuyo salario era el sustento de su casa... Y si bebiendo me olvido, como dice la copla que entonaba Manolo Escobar, dejadme que beba más... Esta no deja de ser una cruz como otras de las muchas con las que algunos cargan en estos tiempos actuales. Ojalá que encuentren un cirineo que les ayude, no a apurar la botella, sino a dejar de hacerlo.

Hoy han sido tres las procesiones que han salido ya a la calle, y otra más lo hará esta noche, después de haber salido la edificación de la crónica de las rotativas. Vamos a por ellas. La primera de ellas, pues desde hace tres años sale a las doce en punto de la noche del Jueves Santo, o las cero horas del Viernes, es la Hermandad y Cofradía de la Santa Vera Cruz, Santísimo Cristo del Amor y Nuestra Señora de la Consolación. Tengo que confesar que la primera vez que he visto esta procesión fue hace tres años, pues hasta entonces la hora de salida era las dos de la madrugada del Viernes Santo, y, a esa hora, o estaba ya en la procesión de las sábanas blancas, que es como me gustan y han sido toda la vida, o viendo salir la del Cristo de la Paz. Ya digo que fue el año 2017 la primera vez en que la vi. Y también diré que tengo muy pocas fotografías, y malas, pues donde me puse no pararon, por lo que me salieron movidas. Saca dos pasos, el del Santísimo Cristo del Amor y el de Nuestra Señora de la Consolación. Perdonadme que no os ponga fotos de ellos, pero no son aptas para superar la aprobación exquisita de mis lectores. Conformaros con la que os pongo, de un detalle de uno de los nazarenos del cortejo.



*¿Qué sujetas en la mano?
Llevo una vela encendida
para alumbrarte, hermano,
el camino de la vida.*

*¡Alumbra la noche oscura,
ilumina mi sendero,
que en mitad de esta negrura
seguir a Cristo yo quiero!*

(F.B.A.V-Z., 10 abril 2020)

Pero, en Badajoz, la madrugada del Viernes Santo tiene un nombre especial: el Cristo de la Paz. Pertenece a la cofradía que ya desfiló el Domingo de Ramos. El nombre del paso, el suyo, es el de Jesús en su Exaltación a

la Santa Cruz. El Cristo de la Paz. Me hice hermano de la cofradía, que a ella me llevó Francisco Sánchez (+), nombre propio en la Semana Santa de Badajoz, en los años ochenta, no recuerdo bien en cuál de ellos. A Paco Sánchez no le podía decir que no. Y no se lo dije. Empecé a salir en la fila, pero al año siguiente de hacerlo me ofreció una cruz. Acepté. No me arrepentí. Los que sí lo hicieron, al menos de que yo aceptara, fueron mis compañeros de estación. Me explico. Cada cruz cargada por un penitente nazareno representa una Estación del Vía Crucis. En la XII hay tres cruces: la de Jesús y las de los dos ladrones, el bueno y el malo. Estas tres cruces van en paralelo. Yo llevaba la del medio, la de Jesús, que para eso era algo enchufado de Paco Sánchez, el Hermano Mayor. Y hete aquí que a mí me costaba, a partir de cierto momento del recorrido, mantener la compostura, pues me entraba sueño. Mi madre siempre ha dicho que “rezar, de día”. Y tiene razón. Rezar y penar, que la noche se ha hecho para dormir... o para los lobos. Bien, sigo. Para mantenerme despierto me giraba para ver el paso del Cristo, y, sin calcular el terreno que me separaba de los ladrones, con la parte larga de la cruz le pegaba a cada uno de ellos un porrazo de categoría, pues cuando uno me advertía del desaguizado me giraba de inmediato para el otro lado, con lo que el golpe estaba garantizado. No hizo falta que se quejaran: solicité yo a Paco que me cambiara de lugar, y representar otra estación. Eso sí, pedí la primera, o de las primeras, porque así marcaba terreno sobre las venideras en pos de mí y les garantizaba una estación de penitencia sin necesidad de tener que acudir a Urgencia. Verídico como lo lees. Llevé una cruz hasta el año 2005, último año. Fueron casi veinticinco haciéndolo. Desde entonces, veo la procesión al paso. Creo que más de uno de los penitentes que llevaban cruz, o van en fila, agradecieron mi baja. La integridad está asegurada desde entonces.

Esta procesión sobrecoge. No me he perdido la salida desde que dejé de salir salvo causa justificada. Unas veces iba, desde casa, andando; otras en taxi, y regresaba a pie. Pero las más de las veces me acollaraba con Miguel Sedeño y sus hijos. Buena gente. Merece la pena verla salir, y máxime la promesa de silencio que se hace antes del inicio de la procesión. No te lo cuento, trata de ir a verlo. De momento dejo alguna que otra foto.



*¡Perdona a tu pueblo, Señor,
del oprobio cometido,
y haz que vea, arrepentido,
que tu Cruz es el Amor!*

*¡Perdona a tu pueblo, Señor,
del daño que te ha causado,
porque fuiste maltratado...
mas no les tengas rencor!*

*¡Perdona a tu pueblo, Señor,
que hijos tuyos, tuyos son,
ábreles tu corazón
y perdónalos, Señor!*

(F-B-A-V-Z., 10 abril 2020)



No soy yo, no.

Y, en la tarde de Viernes Santo, el entierro, el Santo Entierro. Antes salía el Sábado Santo, pero en tiempos de Mons. Antonio Montero Moreno como Obispo de Badajoz se trasladó al Viernes, según, decían, por norma de la Iglesia, para dejar el Sábado Santo de meditación antes de la Resurrección. Tiene su lógica, pues había iglesias en Badajoz en las que la Vigilia Pascual, en la que se celebra la Resurrección, terminaba antes de que el cortejo del Santo

Entierro se acabara. Y eso que, siendo párroco de San Agustín el M.I. Sr. D. Francisco Santos Neila (+) y mi suegro, José Merino García (+), uno de los mandamases de la cofradía se hacía el recorrido en poco más de hora u hora y pico –ya estamos con los picos- , que entre ambos jaleaban al personal para que no se entretuviera. Y recuerdo que en esa procesión, siempre, hubo filas de hombres de paisano, adecuadamente vestidos para la ocasión. Yo iba con mi padre. Ya no van más que los nazarenos. Una pena. Todo se pierde.

La procesión del Santo Entierro la pone en la calle la Pontificia y Real Hermandad y Cofradía de Nuestro Señor Jesucristo Yacente, Nuestra Señora de las Lágrimas y Santiago Apóstol. A Santiago no lo sacan. Salen dos pasos, el de la urna con el cuerpo inerte de Jesús, y el de la Virgen de las Lágrimas, también una imagen preciosa, aunque me gustaba más antes de una reforma que se le hizo y que me callo lo que se cuenta de la misma. De la reforma, quiero decir. De esta cofradía es Hermano Honorario, no sé si Mayor o no, el Regimiento de Infantería Saboya, número 6, con sede en Bótoa, en la Base General Menacho, y encuadrado dentro de la Brigada Extremadura XI.



*¡Muerto va, que va el Señor,
muere, pues, mi corazón,
que para mí es Pasión
de amargura y de dolor!*

(F.B.A.V-Z., 10 abril 2020)

Y, ahora, la Virgen de las Lágrimas...



*Derramando vas, Señora,
tus lágrimas de dolor,
que son consuelo de amor
en penosa y triste hora.*

(F.B.A.V-Z., 10 abril 2020)

Ha sido un Viernes Santo extraño. En otras circunstancias, las calles, a partir de media mañana, estarían llenas de familias cumpliendo con la costumbre de visitar los Sagrarios, los Monumentos, como bien me decía mi compañera de italiano, y buena amiga, Maribel Guijarro, que sé que también acompaña al Cristo de la Paz en su caminar por las calles de Badajoz. Este año, y así debe ser, el Monumento tenemos que llevarlo en nuestro interior. Otra no nos queda. Hoy he ido a los Oficios en la Catedral. El Arzobispo, el Maestro de Ceremonias, el Vicario General, dos Canónigos y otro Sacerdote.

No hay más clero. Hoy, quiero decir. Las dos monjas que atienden a la Catedral y un servidor. Las naves, negras de oscuridad.

Decía al principio que las nubes caerían sobre nosotros por ser Viernes Santo. No. Adoremos la Cruz, sí, pero a sabiendas que tras la noche negra de la Muerte del Señor vendrá la claridad de la Resurrección. Y no es que debamos dejar de pensar en el significado de la muerte de Cristo, cual es que nosotros también moriremos, cuando Dios diga, sino que lo hagamos como paso imprescindible para ser partícipes de la Vida Eterna, gracias a la Resurrección. Pero eso llegará mañana por la noche. Hoy, de momento, adoremos a la Cruz. Os envío la de la Catedral, la que hemos adorado en nombre de todos los que hemos estado allí. Podemos hacedlo también ante esta que os mando. Y seguro que lo habéis hecho los que hayáis seguido la celebración por los medios audiovisuales al alcance de cada cual.



Y el beso de nuestro Pastor, es también el nuestro:



*Yo te beso, Santa Cruz,
por todo el Pueblo de Dios,
danos fe en ver la Luz...
Así te ruego, mi Dios.*

A Don Celso, mi Pastor.

(F.B.A.V-Z., 10 abril 2020)

Día 28º
Sábado, 11 de abril del 2020

Hoy es Sábado Santo...



...y esta noche, en la Tierra, se oye un canto...

Tal como hice ayer, voy a comenzar por aclarar una duda que tuve. Me escribe mi Coronel y amigo, Jefe del Regimiento de Infantería Saboya nº. 6, Rafael Dengra Tello, para decirme que el Coronel del Regimiento es Hermano Mayor Honorario de la Cofradía de Nuestro Padre Jesucristo Yacente, María Santísima de las Lágrimas y Santiago (Santo Entierro). Te agradezco, Rafael, la aclaración. Como te agradecí los mazapanes de Santo Tomé con que me obsequiaste hace unos meses. Hay cosas que no se olvidan.

Uno de los motivos por los que llegué ayer algo tarde a mi cita fue la procesión del Rosario de Nuestra Señora de la Soledad. Pero antes... antes pasé por el Santo Sepulcro, en Jerusalem. Quería ver el lugar donde José de Arimatea, junto a las Santas Mujeres, depositarían el cuerpo de Jesús. Supongo que antes, como era tradición, lo colocarían en la piedra que se ve en la

fotografía de inicio, en la que, según nos contó el Padre Emérito depositaban a los difuntos mientras los preparaban, paso previo a la colocación en la sepultura definitiva. Siempre me ha cautivado, y no sé porqué, la figura de José de Arimatea... Era “discípulo clandestino” de Jesús... O sea, como del CNI de aquellos tiempos... Y después, a Jesús, lo colocaron en la piedra que ves en la siguiente fotografía. Allí quedó hasta... que resucitó.



Muchos de los que hemos ido a Tierra Santa revivimos el viaje cada vez que escuchamos la Sagrada Escritura, reviviendo, que no recordando, que eso es otra cosa, reviviendo en cada lectura de los pasajes bíblicos la singular experiencia sentida en los lugares en los que se desarrolló la vida de Jesús. No vayas allí como turista, porque te equivocas. Y si vas, hazlo después de haberlo hecho como peregrino. Viajar a Tierra Santa queda huella en la mente y en el corazón. Lo digo yo. Y lo dicen muchos de los que han ido, y que me han comentado algo al respecto cuando leyeron la crónica de ayer. Un buen número de ellos lo han hecho. También ayer, y eso me retrasó algo, hube de dedicar un tiempo a tratar de solucionar una necesidad de una familia apurada, y para la que había que llamar a la puerta de la autoridad competente en ese caso. Y eso hice. Y se me abrió la puerta. ¡Qué bonito es el pedir si te responden con dar! ¡Qué bonito es conseguir si ayudas a solventar!

Anoche, como digo, salió la Soledad... en soledad. Es la procesión del Rosario. Había años, cuenta mi madre, que era tal la afluencia de gente que iba a acompañarla que llegaba la cabeza de regreso a la ermita cuando aún no había salido la cola. Ahora no es tanto, pero supongo que sucederá algo parecido el primer día en que vuelva a salir. Miro la foto y en el rostro de la Virgen veo a muchas madres, hijas, hermanas, abuelas, o a ellos, ¿por qué no?, que la tristeza no tiene sexo, con los ojos secos de llorar por quienes la plaga que nos asola les ha arrebatado. No se han podido despedir de ellos, como María no pudo despedirse de su Hijo. Tan sólo pudo acercarse a los pies de la Cruz. Pero al menos pudo llevar su cuerpo a la tumba, tocarlo, saber que era él. O la cara de quienes, cada uno en su puesto, se saben insuficientes humanamente, que no anímicamente, para devolver la sanación a los que tienen a su cargo. No ha desfilado la Virgen de la Soledad en su soledad nocturna de Viernes Santo, pero ha desfilado en el sentimiento de muchas personas de buena voluntad.



*Andando y con sentimiento
ya viene la Soledad,
dolorida y amargada,
con la cara demudada,
testigo de iniquidad.
Andando y con sufrimiento
Ya viene la Soledad...*

(F.B.A.V-Z., 11 abril 2020)



*¿A dónde vas, mi Señora?
¿A dónde vas, Soledad?
Voy camino de mi casa,
que la pena no me pasa...
¿A dónde vas, mi Señora?
¿A dónde vas, Soledad?
A llorar este dolor
por mi Hijo, por mi Amor
¿A dónde vas, mi Señora?
¿A dónde vas Soledad?
Hasta el sepulcro, a llevar
a quien nos ha de salvar...
¿A dónde vas, mi Señora?
¿A dónde vas, Soledad?*

(F.B.A.V-Z., 11 abril 2020)



Se acabaron las procesiones de penitencia. Los faroles de cola del paso de la Soledad son los últimos que se pueden contemplar en la noche de la Semana Santa. Los próximos serán en momentos de luz y de alegría, de fiesta, de algarrabía... La próxima procesión será de Gloria. El Domingo. A la espera quedamos.

Quién sí ha tenido su particular Viernes Santo ha sido el Arzobispo de Granada, Mons. Javier Martínez. En plenos oficios se presentó la Policía Nacional, creo, para pedir desalojaran el templo, la Catedral de Granada, unas veinte personas, fieles, que asistían a la celebración. No sé ahora mismo si pensar en que estuvo bien o no el desalojo, no lo sé. Y no lo sé porque no fui testigo de ello. Creo que hubo alguna confusión al respecto, por la interpretación de la norma por parte de la autoridad eclesiástica, según explicó el mismo Pastor. Aunque no está clara esa norma, a juzgar por la redacción del primer decreto sobre el estado de Alarma y las modificaciones del segundo. Pero, digo yo, si estaban a distancia hábil al efecto, si no había riesgo de contagio (el riesgo cero no existe), debido a la colocación de los asistentes, ¿no se podía haber pasado la mano? No dudo en que los agentes cumpliesen con su obligación, y les aplaudo por ser fieles a su compromiso con el cum-

plimiento de la ley, como no puede ser otra forma, pero, la verdad, me caben ciertas preguntas que debo realizarme y quiero plasmar. ¿Alguien denunció la entrada de esas personas? Si es así, ¿se ha convertido parte de la sociedad en una suerte de chivato? Una cosa es denunciar cuestiones que puedan causar alarma, y sé de lo que hablo, y otra muy distinta denunciar algo que no molesta a nadie. ¿O molestan las celebraciones litúrgicas a algunas personas? Quiero pensar que no, so riesgo de que alguien, y no voy a decir quién, me diga que soy un iluso. Pero, digo yo, porque lo vivo cuando voy a comprar, ¿se guardan las distancias en los supermercados por mucho guante y tapaboca que se ponga la gente, sea entre el personal o entre los clientes? No, no y no. Y sé lo que digo. Y, aunque moleste a algunos, también diré que no entiendo que se exijan las distancias y estamos viendo en las redes y en la televisión que en muchos de los mercedísimos homenajes a los sanitarios no se guardan las debidas entre los que homenajean ni entre los homenajeados. La televisión es testigo de ello, aunque no es menos cierto que se ve todo en un plano, por lo que puedes errar en la apreciación. Sí, pero es que también se sacan imágenes cenitales y se confirma lo que digo. Si en un templo hay quien se responsabiliza de la gente que puede entrar, y se coloca una persona en cada banco, y en zigzag, no debe haber problema. No sé cómo estarían en Granada, por lo que no debo extenderme más. Sí me pongo en el lugar de todos ellos.

En Badajoz, en la Catedral, no asistimos más que los que ayer dije: el Arzobispo; cinco o seis sacerdotes, bien distanciados; el Maestro de Cere-monias, a su aire; las monjas que asisten a la intendencia del templo, bien colocadas, y un servidor, en su sitio. Nadie más. Nadie. Bueno, los dos que manejan la cámara, José Julio Alegría y Jesús Jiménez. Y mira que hay bancos para que se pudieran guardar distancias. Nadie. Es verdad que debe ser difícil controlar quién puede asistir o no a una celebración, por lo que estoy más de acuerdo con la norma de aquí que con la de Granada, aunque a Don Celso no le guste ver las iglesias vacías. A mí tampoco. Pero, ¿cómo decirles a unos sí y a otros no? Es imposible. Injusto.

Como es injusto que se autoricen los desplazamientos de miembros de la comunidad islámica por el Ramadán a proveerse de lo preciso a establecimientos autorizados y no a los cristianos a sus templos a participar en las celebraciones. Eso no puede ser. No a unos y sí a otros. Nuestro Pan de Vida está en los

templos, en las catedrales, en los conventos... Si ahora sumimos el Cuerpo de Cristo en comunión espiritual todos los domingos, y en estas fechas de Pascua, que hagan ellos lo mismo con sus costumbres. ¿Es que hay miedo de decir que no a todos? ¿O es que no se quiere decir que sí a algunos? ¿Tanto molestamos? ¿No tendría algo que decir la máxima representación de la Conferencia Episcopal Española? Ahí quedó. Y bien que siento decir lo que digo.

Dejo por un rato la crónica. Voy a la Vigilia Pascual a la Catedral. Es a las ocho y media. A mí me gusta a las once de la noche, pero me da que han aprovechado esto de la pandemia para adelantar la hora. Total, se podía haber grabado y luego emitirla a la hora que corresponda. Me huelo que para el año que viene la quedan temprano, al tiempo. Ahora, cuando vuelva, os cuento.

He vuelto a las diez de la noche. Y os traigo una gran noticia: “Cristo ha resucitado. Aleluya”. Se hizo la luz sobre la tiniebla, y estoy seguro de que así será en breve en lo que vivimos. La brevedad del tiempo no la marcamos los hombres. Pero volverá. Seguro que volverá. He pasado por el Santo Sepulcro, porque soy como Santo Tomás, y no estaba el cuerpo de Jesús en la piedra en que lo depositaron. Y he visto esto:



La transcripción del texto es clara: “*Cristo ha resucitado*”. Deseo que resucite también en todos nosotros, en nuestras familias, en nuestros seres queridos. Deseo, por lo tanto... ¡*Feliz Pascua!* De la Vigilia Pascual os envío alguna foto. Son de la Bendición del fuego, el propio fuego, la Luz que nos alumbrará y la Bendición del Agua:



Debo decir, antes de decir adiós, que esta mañana puse pie en tierra a las siete y media. Desayuné mientras se cocía en la olla el cocido que he preparado. Ha salido muy bueno, la verdad. Tras ello, una hora y tres cuartos de bicicleta. Fijo. Esta mañana me entretuve con los frailes cistercienses de La Trapa. Ya no hacen chocolate. ¿Quién se queja del confinamiento? Pues sabed que los del Cister, los que siguen la regla de San Benito, entran en el mismo convento o monasterio del que no vuelven a salir ni vivos ni muertos. Una vez que se entra no se sale. Entran vivos, y se quedan muertos. Toda la vida entre las mismas paredes, que, por grande que sea el recinto, o el trabajo de la huerta, de allí no se sale. Nosotros vamos a estar dos, o tres, o cuatro meses... Y todavía hay quien se queja (me da que mañana alguno me toca el pelo)... Tengo que llegar a las dos horas de bicicleta, aunque tenga que recorrer todos los monasterios y conventos de España.

Hoy llego tarde. Lo siento. Ya mañana seré más acorde a los tiempos. Salvo imprevistos.

Día 29º
Domingo, 12 de abril del 2020

Hoy es Domingo de Resurrección...



...así que, aunque ya lo hice en la crónica de ayer, ¡Feliz Pascua de Resurrección!

Nadie piense que hice la foto en algún lugar lejano, ni en algún Museo de categoría de esos que están en los circuitos de los turistas. No. La foto es de un lugar sencillo, pues a veces dejamos de lado lo sencillo y no menos bello, por desconocido, cuando lo tenemos al lado, para ir a buscar lo mismo a otro lugar más lejano. Hombre, no dudo del valor artístico de ello, pero creo que es hora de valorar lo más cotidiano, lo más cercano. Sin embargo, el significado de lo apreciado es el mismo. Hoy, con esta fotografía de inicio, aparte de

felicitaros, quiero felicitar también a esas personas buenas, calladas, silenciosas, discretas, que ayudan y mantienen los templos de los pueblos pequeños, aquellos a los que, muchas veces, el párroco no puede ir más que los fines de semana, fiestas de guardar (que no de guardarse en casa, como ahora), domingos, disantos y entierros. La imagen del Resucitado, que no sé si habrá reconocido a la primera el Padre Torres, es de la parroquia de Novelda del Guadiana. La vi, me gustó, la retraté y... aquí os la dejé.

Empecé la mañana con mi paseo ciclista. Gracias a mi buen amigo -¡cuántos amigos tengo!, gracias a Dios- el General Romero Marí, querido Javier, he ido hasta el Monasterio de Buenafuente del Sistol. Es un remanso de paz, de silencio, de tranquilidad, material y espiritual, que es la mejor. Como me sobró tiempo, estuve viendo el video de la conferencia que dio en Valladolid el escritor José María Zavala, hablado de su conversión, que asegura debe al Padre Pío, el fraile de Pietrelcina (Italia). No me extraña. Yo he leído su libro sobre el monje y algo te queda. Terminado el ejercicio, me “acerqué” a Roma. Hoy le prometí a Nines que asistiríamos a misa en San Pedro, para después recibir la Bendición Urbi et Orbi de manos de Su Santidad. Ya anoche advertí a Don Celso que no estaría en la Catedral. No tengo don de ubicuidad, de momento. Me pregunto si no hubiera sido más adecuado, más sentido, más bonito, más significativo que la Bendición la hubiera impartido desde la logia central de la Basílica, desde ese balcón que tanto significa para el mundo católico. Quizá sus palabras se hubieran podido oír, gracias a la megafonía, en algunos lugares de Roma, cercamos a la Plaza de San Pedro. No sé, me hubiera gustado más. Para mí cuentan los signos, la puesta en escena. Es importante, aunque a algunos les pueda parecer baladí. Ya sé que por los medios ha llegado a todo el mundo, ya, pero me reitero en lo dicho.

Antes de seguir, me dice Diego Mota que lo de los musulmanes, de lo que hablé ayer, es un bulo. Puede serlo. Es más, si él me lo dice lo será. No lo dudo. Está bien informado. Pero me llegó la información de alguien que suele estarlo también, y que tiene un puesto de cierta responsabilidad, y que, por si le han metido un gol, no digo el nombre. Lo mencionaré otro día por algo cierto. Si no es verdad, retiro lo dicho. Y si lo es, lo escrito escrito está. Gracias, Diego, por aclararme las cosas, que corre hoy tanto bulo que ya no sabe uno a quien hacer caso. Ya iremos viendo.

Hoy ha salido la última procesión de las de Semana Santa, de las llamadas de Penitencia. Quedan las de Gloria, para más adelante, alguna dentro de pocos días, algo más de quince. No sé si la veremos desde casa o iremos al campo a comer bajo cualquier encina por las que pasa. La de hoy, conocida por el Resucitado, también el Encuentro, la pone en la calle la Hermandad y Cofradía de la Sagrada Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Santísimo Cristo de la Caridad en su Sentencia y María Santísima de la Aurora, Madre de la Iglesia. Ya el Jueves Santo sacó el paso de la Sentencia y la Virgen de la Aurora. Ella vuelve hoy a la calle.

Dije un día de estos del confinamiento, ya no recuerdo cuando, ¡madre mía!, que hablaría de la primera vez que se procesionó el Resucitado. Fue en 1983. Participamos en el cortejo representaciones de todas las cofradías que... quisieron. Nosotros, el Cristo de la Espina, fue una de las que asistió. El Camarero Mayor entonces era Ernesto Cerezo Morales (+), que por edad, ya que hacía honor al título, no estaba en condiciones de encabezar la representación de nazarenos, por lo que mi tía Luisita Romero (+), que era quien mandaba en la cofradía, me “ordenó” que llevara yo el mando del grupo de nazarenos que asistimos en representación de la Espina. Allá que fui. Nos citaron temprano, y estuvimos en el sitio acordado a la hora fijada. La procesión fue el domingo por la mañana, y nos garantizaron que a la hora de comer estaríamos en casa. Nada de eso. Con un calor sofocante bajo los capirotos decidí, ya pasadas las tres de la tarde, en plena calle Benegas, a la altura de lo que en su día fue la Audiencia Provincial, plantarme ante el mandamás de la procesión y le dije que nos retirábamos, que ya no aguantábamos más lucimientos ni entretenimientos, que siguieran ellos, que nosotros nos íbamos a comer. Y eso hice. Di orden a mi gente de replegarnos, o dislocarnos, en la primera esquina que encontráramos al paso, y que sin perder la formación acompañando al Pendón de la Cofradía, que es como el Estandarte de los Regimientos, fuéramos hasta la casa de la Cofradía, que era de la tía Luisita, donde, guardado el Pendón, despedimos el duelo. Fue la primera y última vez que salí en la procesión del Resucitado.

Con el tiempo empezó a salir en la noche del Sábado de Gloria al Domingo de Resurrección, y hacían el encuentro de los dos pasos delante de la puerta de la Catedral más o menos a la hora de la homilía de Don Antonio Montero Moreno, primero, o de Don Santiago García Aracil (+), por lo que no oías la prédica ni veías el evento del encuentro. No sé bien hasta qué año

salió de noche, pero ya desde hace unos cuantos lo hace de día. Mejor así. No tengo muchas fotos, más bien pocas, de esta procesión, pues por una cosa u otra no es de las que más he visto. Si salía por la noche, porque después de la Vigilia organizaba un pequeño tentempié para los celebrantes y agregados, y para algunos más, y algunas, que se colaban, dicho con todas las letras, y se ponían a dos carrilllos sin aportar, apenas, ni los palillos. Y si era por el día porque de irme a casa el momento no veía, que hay que descansar, eso si estaba en Badajoz y no en Sevilla.

Y digo en Sevilla porque estuve muchos años yendo a la corrida del Domingo de Resurrección en la Maestranza. Era la fecha oficial de comienzo de la temporada para ciertos matadores, ¿verdad, Curro Romero? Sí, sí, ya lo sé, que antes estaban las Fallas. Pero Sevilla es Sevilla, que es hablar de maravillas, de azahar y buganvillas, de romero y gitanillas... ¿Te acuerdas, Nines, te acuerdas, Ignacio Gridilla, del desayuno en José Vicente, en Aracena, y la comida en La Barbiana o donde se terciara? ¿Te acuerdas, Fernando Martínez Nosti, querido Nano, de las comidas en tu casa, y de la ida a la plaza en la vespa, temiendo yo dejar las rótulas en los espejos de los coches? ¡Qué tiempos aquellos! Gracias a Dios. Y a Curro. ¡Ooole!



*¡Y Cristo resucitó
entre sones y alegría...
Es día de algarabía
que del mal ya nos libró!*

(F.B.A.V-Z., 12 abril 2020)

La Virgen de la Aurora, María Santísima Madre de la Iglesia, es la última que desfila en la Semana Santa. Va vestida de alegría, vestida de blanco, que el luto ya lo dejó. Cuando la imagen entre en su iglesia habrá terminado la Semana Santa de este año aciago del 2020. Ojalá no se repita. Ojalá no tenga que escribir más crónicas que traten de revivir en el papel lo que gusta ver en la calle. Ojalá recordemos, dentro de muchos años, que hubo una vez que leerla en lugar de verla. Ojalá la ilusión de los cofrades y costaleros, músicos y alabarderos, se haga patente en la representación estética de la Pasión y Muerte de Jesucristo en las calles de cualquier rincón de España. Si nos dejan las circunstancias... del tiempo, claro.



*Es tu último paseo,
Señora del alma mía...
¿Quién a ti te precedía?
¡Es Jesús, en el que creo!*

(F.B.A.V-Z., 12 abril 2020)

Así que, los siguientes, queridos lectores, son los últimos faroles de cola de paso alguno que podréis contemplar esta Semana Santa. A pesar de las circunstancias, para mí ha sido un verdadero placer y orgullo, por qué no, transmitir mis sentimientos en algo tan especial que sólo si quieres entender el significado de esta puesta en escena habrás podido comprender qué representa para muchos la Semana Santa. Ciertamente es que hoy está algo desvirtuada por la teatrali-

dad, siento usar esta palabra, de algunas cuadrillas de costaleros, no todas, que toman los desfiles como una muestra de fuerza ante el pueblo que ha salido a la calle a ver pasar a su imagen querida, a lo que representa, a lo que para ellos significa. Lo importante del paso es “lo” de arriba, no “lo” de abajo. He visto llorar a mucha gente al paso de un Cristo o de una Virgen. Es difícil comprender por qué, pues para ello habría que meterse en el sentimiento del corazón de quien derrama las lágrimas. Y eso, al menos para mí, es difícil. No quiero con lo dicho que se minusvalore el papel de los costaleros, no, en absoluto, pero me enerva que se hagan algunas cosas para conseguir el favor popular, que no el fervor, que es bien distinto. Sí a la religiosidad popular, pero cuidado con la populista. No son lo mismo, no. Ya diserté sobre ello en la lección inaugural del curso de la Curia Diocesana en septiembre del 2015.



*Se acabó,
Semana Santa...
Se apagó,
La voz que canta...*

*Se desmontan los varales,
y se recogen los tronos,
los faroles y costales,
del nazareno los conos
y del Cristo los sayales...*

*Se acabó,
Semana Santa...
Se apagó
La voz que canta...*

*Mas ya se escucha lejano
el tañer del llamador...
¡Capataz, con firme mano,
haz, por el Cristo, el favor
de levantarlo ya, hermano!*

*¿Se acabó, Semana Santa?...
¡Que no, señores, que no!
La próxima Semana Santa...
¡en este acto empezó!*

(F.B.A.V-Z., 12 abril 2020)

No puedo terminar este relato de Semana Santa sin agradecer a una persona una singular atención que ha tenido conmigo. Es Sor Josephine, la religiosa que atiende a las necesidades domésticas de Don Celso. Su cocina parece un obrador. De vez en cuando, no me quejo de la frecuencia, la verdad, me regala una bandeja de pastas que hace ella misma. Están buenísimas. El Jueves Santo me regaló una porción de pastas, como diría mi padre... “*una buena porción de...*”. Hoy, Domingo de Resurrección, quedan pocas. Sería injusto por mi parte no tener este detalle para con la monja y olvidarla en este encierro. ¡Gracias, Sor Josephine! Recuerdos a Sor Virginia. Dios se lo pague. Y el fogón no se le apague.

Día 30º
Lunes, 13 de abril del 2020

Hoy es 13 de abril, lunes...



...de la Octava de Pascua. Llevo treinta días con la crónica y... ¡Dios dirá!

Tradicionalmente el Lunes de Pascua era, y es, un día festivo para los curas. Pongo festivo en minúscula porque no es que sea, o fuera, día de fiesta de guardar, no. Era, por decirlo como se decía antiguamente en el campo, día de quincena. Tras la Semana Santa, con el ajetreo que ello supone, los sacerdotes se tomaban este día de permiso, salvo que, eso sí, algún entierro aguase el plan previsto. Unos a ver a la familia; otros, a algunas de las romerías en los muchos pueblos de la provincia; otros, a quedarse en casa; algunos, de excursión con algún amigo o conocido. Pero, lo cierto, es que salvo las misas

de diario, que no son muchas, cada día menos en algunas iglesias, el Lunes de Pascua tocaba descanso. Por eso traigo al inicio de la crónica la fotografía que hice el pasado 16 de enero de la Catedral de Badajoz, primer templo de la Archidiócesis, cerrada, como corresponde a un día de descanso. Hoy está igual que el 16 de enero, por un descanso obligado, que espero no sea el descanso eterno. Por cierto, voy a volver a escribir que la Catedral es el Primer Templo de la Archidiócesis, por si alguno no se ha enterado aún, que yo creo que hay a quien se le ha olvidado. Y me parece muy bien que los curas descansen como los demás, que es cierto que en Semana Santa, entre oficios y adoraciones, vía crucis y procesiones, tienen la agenda completa. Son hombres como los demás, y siempre gusta tener un día de descanso cuando el ajetreo de los días previos ha sido notorio. Vaya para todos ellos, o casi todos, mi consideración de este hijo fiel de la Iglesia, lo que me enorgullezco en proclamar. A nadie molesto por hacerlo. Pues eso.

Me puse en pie a las siete de la mañana. Tras el desayuno la bicicleta. Hoy, gracias a un vídeo que me envió una compañera peregrina a Tierra Santa, Luisa Fernanda Jiménez Castellanos, de Madrid, me he acercado al Santo Sepulcro de Jerusalén. He recordado cuanto vimos, y he visto algo que no nos enseñaron. No recuerdo yo haber visto la Capilla de Santa Elena, a no ser que fuera ya aturrido por el sentido de lo que veía allí y no me diera cuenta de ello. Pero me da que no la vi, al menos yo. Terminado el viaje a tierras israelitas, y como no había acabado la etapa, me adentré en una película sobre el Padre Pío. Dura mucho, así que seguiré mañana con ella.

Cuando estaba saliendo camino del despacho, exactamente a las diez y media de la mañana, recibí un mensaje de mi buen amigo Fernando Valbuena Arbaiza, mi sucesor en el programa taurino *“Portagayola”*, de Onda Cero Badajoz, y en el palco de la Plaza de Toros de Barcarrota. No sé si en alguna otra cosa más lo será. El mensaje decía así: *“Cuando tengas el libro avisa a Sánchez, que ese hasta que tú termines no nos levanta el arresto!!!”* Tal cual lo mandó lo pongo. No quito ni pongo acento, ni comentario, ni corrijo lo que dijo. Pues, querido Fernando, hay un problema, y es que yo no pienso “soltar” hasta que se abran las puertas de los chiqueros. En el campo, en el trabajo agrícola, se “echa mano” y se “suelta”. O sea, se empieza y se acaba. Me he propuesto aguantar, y ya llevo treinta días. Y lo voy a hacer. Habrá días en que estaré más acertado y otros me-

nos, días en que gustaré más y otros menos, días en que no sabré de qué tratar, pero siempre con la mirada puesta en mantener el ánimo de quien esto escribe y el de quien lo lee, o viceversa, que sería lo educado. Claro, que primero ha de ser la escritura que la lectura. Por eso, a pesar de que en algún momento me dispare, que no digo que no, siempre lanzaré el mensaje de esperanza, paciencia y fe que me transmite José Manuel Rodríguez Salas, o Maribel Guijarro, que no cesa ningún día con su mensaje de ánimo. Os garantizo que ánimo no me falta, y espero que Dios me lo siga conservando.

Cuando salí esta mañana, camino del despacho, la Avenida de Europa era una feria, comparado con la semana pasada. En el cajero de lo que antes era Caja Extremadura, o lo que quede de ella, había diez o doce personas en cola. Se separan como si tuviesen miedo a que les puedan robar la clave de la tarjeta. Todos llevaban los bozales puestos. Todos caras de huraños, que no sé por qué lo que vivimos tiene que provocar mala cara. ¿No se ha dicho siempre que al mal tiempo buena cara? Se superan mejor las cosas, pero las tristezas y rostros melancólicos que se ven no ayudan ni a quien los pone ni a quien los ve. Me entró la risa, la verdad, al ver la estampa. Seguí el camino.

Poca gente en la Plaza de Minayo. Moreno Nieto, Don José, y poco más. Porque seguramente muchos badajocenses (en el Museo de la Catedral aprendí hace poco que pacenses son los de Beja, Portugal) creerán que la estatua erigida en la Plaza de Minayo, por estar delante del teatro López de Ayala, era éste, Don Adelardo López de Ayala y Herrera, quien fuera Presidente del Congreso de los Diputados. Hoy también hay Diputadas. Pues no, es Don José Moreno Nieto, que mira de frente a la calle que otrora llevó su nombre, hoy calle del Obispo San Juan de Ribera. Bueno, pues Moreno Nieto y un servidor.

En el cajero del BBVA catorce o quince personas. Un cura entre ellos. Habría aprovechado el día de quincena para poner en orden la cartilla. Ninguno la tiene sobrada, os lo digo yo, salvo que tenga “dinero viejo” por su casa. Puede que alguno sí, porque no haya gastado mucho, o nada. Pero garantizo que con lo que gana un sacerdote no se hace uno rico, ni medio rico tampoco. Mantenía el clérigo una medio discusión con otro hombre de edad. No quise meterme, que puede uno salir trasquilado. Creo que la diatriba iba a cuento del orden de la fila, que es algo así como el orden de lidia en el toreo, o de quien entraba antes en la oficina. El cura, vestido con su clergyman, o sea,

como Dios manda, no se amilanaba ante la réplica del contertulio, elevando la voz. Me hice el desentendido y seguí mi camino, por si se escapaba alguna. Tampoco vi necesario organizar una Cruzada para auxiliar al Pater, que como Caballero de la Constantiniana hice promesa de defender la Fe Católica, con todo lo que ello significase. No oí sirenas en toda la mañana, por lo que pienso que la disputa no llegaría a más. Mejor así.

No entraba en el despacho desde que salí de allí el miércoles pasado, a mediodía. Usé la misma técnica para entrar, ya contada. Todo en orden. Mantuve con Manuel una conversación en orden a tratar de resolver las diferentes cuestiones que hay. Y también para preparar las liquidaciones trimestrales de Hacienda, que la boca del Estado no para de tragar. Y no te olvides de pagar a tiempo, que la lías. O te la lían. Y más ahora, que necesitan dinero para dar cuanto han prometido. Por ahora, y según he leído, yo no tengo derecho a nada. No estoy entre los supuestos. No deja de ser una alegría, aunque no sé que podrá pasar con algunos colectivos que no nos veamos perjudicados ahora, pero sí a medio plazo, que nos veremos, y se haya terminado ya la piñata. Dios proveerá.

La tarde la he pasado en casa, conectado al ordenador, preparando cuestiones que podemos manejar a distancia. Mientras se pueda, perfecto, pero no todo se puede. Nuestro despacho, de Manuel y mío, es un negocio modesto, la verdad. Repasando la prensa he leído que ha muerto Landelino Lavilla Alsina. Fue Ministro de Justicia y Presidente del Congreso, y en ello estaba el día 23 de febrero. No quiero pensar qué se le pasaría por la cabeza cuando el cañón de una pistola le rozó la sien. No debe ser fácil momento, sino más bien memento... de difuntos. Gracias a Dios no fue a más. Pero el susto no se lo quitó nadie. Le tuve simpatías, como a algunos de los que formaron, en su día, la UCD. No he militado jamás en ningún partido político, ni creo que lo haga, pero sí he tenido admiración por algunos políticos, por sus personas, fuesen del partido que fuesen. Aquello de la UCD se deshizo, unos tiraron a la derecha, otros a la izquierda. Unos cuantos se salieron del camino, por no ir a un sitio o a otro. Pero la Historia de España debe reconocimiento a ese grupo de políticos, números unos de sus carreras, de sus escalafones y promociones –vamos, lo mismo que hoy en política, salvo honrosas excepciones-, que entregaron el sentimiento y el esfuerzo a conseguir “*una España recobrada que fuera, siempre, señora de sus destinos*”, y a los que la Historia, un día, deberá rendir memoria rigurosa. El

entrecomillado, que bien viene ahora, es de Don Juan de Borbón (+), Conde de Barcelona. Y esas palabras, para los curiosos, forman parte de discurso que pronunció ante los asistentes a la boda de su hija Pilar (+), Duquesa de Badajoz, recientemente fallecida, el 5 de mayo de 1967 en Estoril.

Está claro que el virus de la peste actual no entiende de clases, ni situaciones, ni fortunas, ni estudios, ni ideologías. Viene, te elige y te lleva de la mano, seas alto, bajo o enano, gordo o flaco. Así es, y no de otra manera.

Por cierto, voy a ir terminando. El sábado os mandé un mensaje solicitando ayuda para el Hospital de Santiago de Cuenca. Pues bien, debo decir que ya se han cubierto las plazas necesarias, por lo que os agradezco la difusión que sé se le dió a mi petición. He recibido hoy, por mediación de Fernando de Vargas-Zúñiga y Mendoza, Delegado en Extremadura de la Constantiniana y miembro del Real Consejo de OO.MM., una carta de Don Pedro de Borbón-Dos Sicilias, Presidente del Real Consejo de Órdenes Militares, de cuyo Patronato depende el Hospital, comunicando y agradeciendo el esfuerzo realizado. Estoy seguro de que alguna gestión de cualquiera de vosotros ha dado su fruto.

Me despido. El Padre Torres se haya aún convaleciente, del brazo, y alguna que otra molestia. Por eso le quiero mandar un regalo. Aquí lo lleva. Es un regalo... *“especial”*.



Día 31º
Martes, 14 de abril del 2020

Hoy es 14 de abril...



...y es un día que me hace poca, muy poca gracia...

Es posible que algún seguidor mío, con algo de picardía, que los tengo, pensara, al decir la fecha de hoy, que iba a poner otra bandera. No. Precisamente por ser la fecha que es, pongo la que pongo. Hoy es el aniversario de la proclamación de la II República. Hago hincapié en lo de II porque nada tuvo que ver con la primera. Al menos, en ésta, se respetaron los colores de la enseña nacional, por mucho que cambiaran el escudo y lo colocaran almenado en vez de coronado. No soy republicano, mi mujer sí. Y además, no se corta en decirlo. Parece que lo lleva a gala. Menos mal que recela, y mucho, de las

cantores actuales que entonan las conveniencias de tal sistema institucional, pues sus planteamientos son más serenos. Yo no lo soy. Yo soy monárquico, y a veces tenemos unas disputas enormes, porque ella, como buena mujer, y siento decirlo, echa mano del “chinchín” ese del que hacen gala las féminas para amargar la vida al que tienen al lado, que aguanta, pasillo adelante, la “machacazón” constante de quien quiere imponer sus planteamientos a costa del cansancio psicológico de quien lo aguanta. ¿Me he explicado bien? ¿O lo repito? El caso es que yo me pregunto, y algún buen amigo de Nines, como son Eduardo Soriano y Julio Valiente, de dónde habrá sacado mi mujer tales ideas, como no sea que procedan de algún malhadado profesor de alguna etapa de su vida. Y ya sabemos todos que, algunas veces, asumimos convencidos lo que no nos hemos puesto a pensar por qué nos ha convencido.

Yo soy monárquico, y si hay algún día en el año en que me gusta proclamarlo es hoy. Cuando decidimos casarnos en el mes de abril, lo primero que eché mano fue del calendario, no fuese a cometer el error de casarme el día de la República. No me lo hubiera perdonado más de una persona que yo me sé. Y lo proclamo hoy con más fuerza, si cabe, después de leer las manifestaciones de un político -bueno, tal como dije ayer, políticos eran los de hace algunas decenas de años-, que por el lugar que ahora ocupa, que es el Gobierno de España, que debe gobernar para todos los españoles, y que cada cual lea entre líneas lo que quiera, digo que por el lugar que ahora ocupa debería dejar de hacer declaraciones partidistas, que está bien que se hagan para ganar el favor popular antes de las elecciones, pero no ya después que, merced a contubernios de dudosa calaña, ocupa lugar en el banco de color monárquico del Congreso. El azul era el color del Guión del Rey Don Juan Carlos, y el que siempre ha dado fondo a la dorada Flor de Lys borbónica, para resaltar la misma.

En los momentos que vivimos, dedicar un solo minuto de tiempo tan preciado para enjuiciar si el Rey debe o no usar uniforme militar es como perderlo en atarte los zapatos cuando el tren se te echa encima. No sirve de nada, pues saldrá cada zapato por su lado. El Rey puede, y debe, usar el uniforme militar, porque es el Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. Por Él juré yo derramar mi sangre, hasta la última gota, si fuera preciso, al tiempo que besaba con unción la Bandera. Y como yo besé la Bandera y juré lo que juré, sin triquiñuela alguna de cruzar los dedos ni chorrada por el estilo, me sulfura leer

ciertas declaraciones que tratan de hacernos creer en la supuesta panacea de la convivencia nacional, esa convivencia pacífica, dicho sea de paso, que ha sido realidad en España durante muchos años, en los que no hemos tenido necesidad de que nadie venga a decirnos quién sí o quién no o cómo debe vestir y cómo no quien nos represente. ¿Me he explicado?

Y menos decir que “...*desea un país donde mandara el pueblo...*” Pero, vamos a ver, hombre de Dios, ¿quién manda en este país si no es el pueblo? ¿Cómo ha llegado el declarante a donde está si no es por el mandato del pueblo? ¿Quién se cree que forma el pueblo? ¿Su charanga? Por favor... El pueblo lo formamos todos los españoles, de buena o mala voluntad, guste o no. Todos. Y con el voto de todos –todos los que van a votar, ojo- es como se decide quién gobierna y quien no. Y en su día el pueblo votó la Constitución, gracias a la cual el declarante ha dicho lo que ha dicho con la libertad que lo ha dicho. Porque, que yo sepa, el Rey, el padre del actual, renunció a todas sus prerrogativas de poder cuando se aprobó la Constitución. El Rey reina, pero no gobierna –no sé si decir “por desgracia”-. Yo formo parte del pueblo, igual que cualquier otro compatriota. Y me siento parte del pueblo que, por aquello de las mayorías, o de las minorías mayoritarias, hemos llevado a los actuales mandamases a las poltronas que ocupan. Y digo hemos porque el voto es secreto. Y digo hemos porque yo sí fui a votar, y no hice como cierto sector de la sociedad, comodón por naturaleza, porque no se pronuncia por aquello del “¿para qué?, si van a salir los mismos”... Pues fíjate si han salido...

Y sí, el Rey puede, y debe, llevar el uniforme de una Institución, con mayúsculas, como es el Ejército, al que se quiere “*subordinar al poder civil*”. Pero, me pregunto, ¿a cuál, entonces, está subordinado? La Ministra de Defensa es una señora de la carrera judicial, o sea, civil. Y los anteriores Ministros de Defensa también lo fueron. ¿Qué se quiere decir, por parte del declarante, con lo del poder civil? Desde luego, hay veces que Dios le da vista a quien no quiere ver...

Soy monárquico. Soy del pueblo. No me importa que mi mujer sea republicana, porque no hace daño a nadie, y respeta a los demás. Tengo amigos en todas las milicias políticas, y los quiero como son. Y algún sobrino también. Soy firme defensor del papel del Ejército, pero no del papel mojado en el que

algún iluminado quiere escribir su historia, sino del papel real y de gloria y honor que ha escrito a lo largo de su larga existencia, y me importa un rábano como una trenza de pelo de grande que yo me sé que esté bajo el mandato del poder civil o del militar, porque el Ejército está siempre a disposición, y vaya si lo demuestran, de la sociedad, del pueblo, alto, bajo, llano o soberano, que los quiere y los aplaude, como a mí se me secan las manos de hacerlo, la lengua de vitorearlos y el sentimiento de tanto quererlos. Otros, que digan lo que quieran. ¿Me he explicado? Y mi color es el VERDE, porque es el de la esperanza de salir del entuerto en el que estamos, y, además, porque significa “Viva El Rey De España”. Creo que ahora me he explicado mejor.

Siento que la crónica de hoy haya sido una declaración de intenciones, pero era necesario. Es bueno que en estas situaciones nos desahogemos. Y yo lo he hecho, y me he quedado tan ancho y pancho que por mí puede durar la reclusión el tiempo que quieran. Sé que a mi tío Carlos Albarrán le doy un sofocón. Pues que se refresque, como a mí se me ha refrescado el alma al decir lo que he dicho. Y por eso la bandera del principio. Hice la fotografía el 16 de mayo del año 2018, en la playa de la Malvarrosa, en Valencia, a donde me desplazé para acompañar a Mons. Santiago García Aracil (+), entonces ya Arzobispo emérito, al acto de ingreso en la Real Academia de la Cultura Valenciana, que tuvo lugar esa tarde. Recuerdo una comida entrañable, también con su sucesor en la Sede de Mérida-Badajoz, Mons. Celso Morga Iruzubieta, Don Celso, y algunos más, pocos. En concreto estuvimos en aquella comida, además de los dichos, Irene García Aracil, Noelia Ávila Salcedo –de viajes Halcón-, Don Antonio Muñoz Aldana y Don Pedro Fernández Amo, estos dos últimos sacerdotes. Por eso les pongo el don. Invité yo. El día antes había cumplido 60 años. Comimos en La Pepica. Paella, y algunas cosas típicas. Todo muy bueno. Además, comí con un agradecimiento a Dios como pocas veces he hecho. Fui desde Badajoz con mi querido amigo Antonio Muñoz Aldana, párroco de la de San Juan de Ribera, pero, sobre todo, amigo de Don Santiago. Se empeñó en ir en su coche. Por las curvas de la carretera a Ciudad Real me veía a veces criando malvas rosas, en vez de comer en la Malvarrosa. Imaginad por qué. Llegamos porque Dios quiso. Por ello el agradecimiento.

Vuelvo a la realidad que nos ocupa. Ayer me dieron un bozal en la calle. Me los dio una chica que llevaba un atuendo de Protección Civil. Me dijo

que me lo pusiera, pero le pregunté si era obligatorio. No lo es. Pues no me lo pongo salvo que sea preciso. Puedo estar equivocado, pero esos tapabocas no sirven de mucho. Además, ojo al cante, y por eso no diré dónde me lo dieron: no lo cogió por la cincha que te debe rodear la oreja, no, sino que con todos sus dedos, por mucho guante que llevara, me lo entregó tocándolo por los dos lados, el interior y el exterior. Ya la liamos. Me callé, no dije nada, pero me dió la sensación de que la precaución del mandil bucal quedaba en nada al ser tocado por los dos lados. ¿O no es así?

En la bici, hoy, he seguido con la película del Padre Pío. Termino mañana. Fui al despacho. He llamado a un amigo, y te das cuenta, ¿verdad, José Manuel?, que más vale una llamada, aunque sea de tarde en tarde, que una ristra de mensajes. Lo he comprobado con más personas. La voz da sensación de cercanía, lo escrito de lejanía. Y eso que espero que mis palabras, querido lector, con las que no tienes por qué identificarte, sean una forma de tenerme cerca, como sentado a los pies de tu sillón contándote mis cuitas. De hecho, ayer recibí un mensaje, de mi compañero de italiano, Juan Antonio Velasco Campos, que me decía verse sorprendido de forma grata por mi facilidad para narrar de manera tan extensa mi visión del momento, de personas con las que me relaciono y a quienes me dirijo de forma sencilla y certera. Y añade que se sorprende porque cree muy difícil hacer crónicas extensas con las pocas referencias personales que la pandemia nos ha impuesto. Es casi copia exacta de su texto. Gracias, Juan Antonio.

Como comprenderéis, después de la arenga antes espetada, no puedo dejar de poner una fotografía para mí muy especial, de la que estoy muy orgulloso. Es del día en que me concedieron el Diploma Plus Ultra de la Brigada Extremadura XI. Fue el 8 de diciembre del 2018. Un acto precioso y emotivo. Nunca pensé que un humilde Soldado de España recibiera tal distinción. Y menos que, al girarme levemente para inclinar mi cabeza en señal de respeto, consideración y sumisión hacia el acotado de Autoridades Militares, éstas, las de la Guardia Civil y las de la Policía Nacional, me saludaran llevándose la mano a la gorra de plato, boina, tricornio o teresiana portuguesa. Ha sido, y será, uno de los momentos más inolvidables de mi vida. Después de dicho lo dicho, es lo que siente mi cuerpo. El mío, que no el del bicho.



Día 32°
Miércoles, 15 de abril del 2020

Hoy es... ...¡el primer día del segundo mes!



Cada cual puede tomarse las cosas como quiera, pero siempre hay trucos para falsear la verdad del tiempo. Y puede hacerse. Bueno, en esta vida se puede falsear todo: el tiempo, los datos... No en vano, nuestro amigo Eduardo Soriano Navarro le dijo una vez a Nines que *“el tiempo no existe”*. Así, sentando cátedra, como suele hacer en sus afirmaciones una de las personas más instruídas que yo he conocido. Y eso de que el tiempo no existe no deja de tener su cuota de veracidad. Vamos ver si llegamos a ello, y lo voy a hacer ofreciendo un recurso en el que, seguramente, muchos no habéis caído.

Llevamos ya un mes, y dependiendo de si los tomamos de treinta y uno o de treinta días, hoy puede ser el primero o el segundo día, según el caso, de un

nuevo mes. ¿Qué mes? Ahora eso no importa. Pensad en qué suponen treinta días, o treinta y uno, comparado con el tiempo que cada cual lleva viviendo. ¡Nada! No supone nada de nada. Si somos mayores porque hemos vivido muchos más días; si somos de mediana edad, porque lo que llevamos ya vivido es bastante más que el periodo antes dicho; si somos niños, porque todavía no tenemos un concepto del tiempo debidamente formado.

El ser humano tiene una capacidad para el olvido como ningún otro ser de la naturaleza... cuando quiere. No hay memoria más selectiva que la del hombre, que sabe apartar de su memoria temporal lo que no le conviene olvidar. No he tenido que estudiar tratado alguno de filosofía o neurología para darme cuenta de ello. Basta con hacer un repaso de mi vida, y tú de la tuya, y darte cuenta de que hay episodios que has apartado de tus recuerdos durante muchos años, sin necesidad de echar mano de ellos. Todos tenemos algún momento de nuestra existencia que hemos querido eliminar del archivo histórico de nuestras neuronas. Que nadie diga que no es así. Sobre todo, y esto es fundamental para ir a donde voy, si son páginas de nuestra historia escrita con garabatos, borrones y en papel con desgarrones. También hay algo cierto: lo bello no se olvida nunca. A veces sí.

Entonces, si damos esto por sentado, porque lo es, ¿no seremos capaces de hacer un esfuerzo y apartar lo que llevamos vivido en estos días, relativo a nuestra historia personal, que no sea feliz o positivo? Porque, a pesar de los pesares, de los decires, de los cantares, en este mes de confinamiento estoy seguro que cada uno hemos sacado al sol aspectos buenos, propios y ajenos, normalmente ante quien tienes enfrente. Y de ellos hemos observado lo mismo. Y si vives solo, mírate al espejo, que la propia compañía es enriquecedora en muchas ocasiones. Y proyecta en ese otro tú lo que harías con quien contigo estuviera. Y te darás cuenta de que, en este tiempo, has sacado algo bueno, máxime si lees estas líneas... porque ¡vives! Y albergo la esperanza de que todos los que tengo en mis listas de difusión las lean. O, al menos, las vean, que de ver a leer hay un trecho. Pues exactamente eso es lo que yo he hecho esta mañana al poner los pies en el suelo. He decidido empezar a vivir un nuevo mes, me da igual que sea de un día más o de uno menos, dejar de lado lo que no me ha gustado del mes ya pasado y olvidado y quedarme con lo bueno, que ha sido mucho, pero mucho, y empezar a vivir un nuevo periodo como

si hoy empezara el encierro. Así, no pienso en si llevamos ya tantos o cuantos días, sino en que, gracias a Dios, empiezo una nueva porción de ellos. Lo pasado, pasado está. Levántate del sillón, ve a la ventana más próxima, o a la terraza, si tienes, o al patio de tu casa si es particular, mira al cielo, piensa que muchos ya no lo pueden hacer, coge aire hasta el momento en que creas que vas a estallar, cierra los ojos, da gracias por el momento que vives y expúlsalo de un golpe. Abre los ojos, vuelve a mirar al cielo, y contempla las maravillas que la naturaleza, o sea, Dios, ha puesto a tu alcance, y vuelve al sillón, a la cocina o la terraza lavadero para hablar con la vecina. Es el momento de empezar un nuevo tiempo sin pensar en cuánto llevamos ya dentro de la anormalidad.

Es verdad que este tiempo que ha pasado desde el primer día puede haber quedado en nosotros alguna huella indeleble a causa de la marcha de algún ser querido. Seamos conscientes de que nadie es responsable de lo que está pasando. Es posible que hubieran sido menores las consecuencias de haberse actuado de otra forma –posible no, seguro-, pero nadie está en condiciones de decir que, por muchas precauciones se que hubiesen tomado a tiempo, el virus no nos hubiera atacado a alguno de nosotros. Nada puedo decir a quien haya perdido a alguien, porque no estoy en su lugar, y jamás podemos identificarnos con el sentimiento de otra persona, por mucho que lo acompañemos, porque no somos esa otra persona. Por eso, el pésame que más me gusta es el silencio de quien lo da, acompañado de alguna frase cariñosa, pero siempre he detestado el “*te acompaño en el sentimiento*”, porque el de un deudo no es el de quien lo quiere consolar.

Así, que, seas quien seas, felicítate, porque hoy, gracias a Dios, empiezas un nuevo mes, o ayer, que me da igual Juana o la prima de Juana. Y si lo empiezas es porque has superado el anterior. Olvida lo malo, arruga el papel de los desgarros; conserva lo bueno, enmárcalo en la galería de retratos de tu memoria. Cuando me levanto, al alba, lo primero que hago tras tomarme el Eutirox para el hipotiroidismo, es mirar a la calle, y hacer un repaso de las ventanas de enfrente. Suelen estar apagadas. Normal. Y pensando que tras cualquiera de las persianas, de los visillos de esas ventanas, donde los haya, siempre puede haber alguien que esté peor que yo. O, siendo optimista, yo esté mejor que algunos de los que pueden ver la mía. Doy gracias. Y... a vivir

el día, que mañana será otro. Quién te dice a ti que, tras la ventana de la fotografía de inicio, en San Vicente, Portugal, donde está el restaurante Pompilio -¡qué cocido portugués!- tomada el 2 de febrero del año 2007, no hay nadie que encaje en lo que he dicho... Cuando la hice, me entraron ganas de llamar. No lo hice, pero... ¡lo puedes hacer tú ahora! ¿Te atreves?

Y una ventana que voy a dejar de ver a diario, y bien que lo siento, es la de las clases virtuales, o como se diga, de italiano. Ha sido una decisión meditada, pero no me atrae nada de nada esto de seguir las clases a través de la pantalla del ordenador. No soy de la generación que nació teniendo por tetilla del biberón un bit, o un mega, o un giga. No, yo me quedé en el “*disco de A*”, que bien sabe mi amigo el Fiera, José Manuel Corrales Virel, lo que quiero decir, a pesar de que mi informático -¡qué poderoso me siento al decir “mi” informático!-, Abel Hernandez Flores, de Azulae, diga que soy un alumno aventajado. Lo dice porque nos queremos mucho. Conseguí una cámara de esas de espiar, de esas que si te descuidas y no desconectas del ordenador pueden mandar, vete a saber a qué sitio, el momento en que te cambias de ropa dejando, aunque sea por poco tiempo, los atributos al aire. La conecté y me enchufé a las clases, a las que nuestra “professoressa” Chiara se dedica con ilusión y esfuerzo. Lo valoro como ella bien no sabe. Pero ayer ya le dije que daba el curso por perdido, aunque Sole Lerma, hija del maestro Lerma, dice que (sic) “*aceptar la realidad como es no es dar perdido nada*”. Tiene razón. Esto de las clases a distancia no es para mí. Es como entrar en las casas de los demás a deshora, sin avisar, a traición, sin tiempo a ponerte de tiros largos, y eso no me gusta. Me gustan las clases en las aulas. Me gusta el contacto visual con el profesor, con el resto de compañeros. Además, a veces se congela la imagen y quien está hablando se queda con la boca abierta, medio tuerta, como si le hubiera dado un aire. Y, digan lo que digan, no se oyen bien las cosas. Claro, que en eso de la audición no debo hablar yo muy alto, no. Así que he decidido dejar de entrar en casa de Chiara, en la de Sole y Juan, o en la de Marianna y Juanma, o en la de Diana, o Anabel, o Patricia. Charo, Maribel y Sole Lerma no se conectan.

He decidido estudiar en papel en casa, pues me da que las clases presenciales de la Escuela de Idiomas ya no se restablecen. Y si me siento preparado para el examen me presento; y si no, pues no. Al fin y al cabo me interesaba el

italiano para dos cosas. La primera, poder pedir en Italia algo que yo sepa lo que es, y enterarme de lo que me cuenten, por ejemplo, en el Museo Nazionale del Risorgimento Italiano, en Turín, o de saber qué como en el Ristorante del Cambio, ¿verdad, Jesús Marcos Merino?; y, la segunda, saber qué se decían entre Don Celso y Sor Giuseppina (Sor Josephine). Para lo primero, creo que ya medio me entero, el otro medio me agunto. Y para lo segundo, me he dado cuenta de que lo que me interesa del diálogo entre el Pastor y la Sor son las pastas de ésta. Y para esto no hace falta hablar en extranjero.

Por lo demás, todo bien. En la bici terminé la película sobre el Padre Pío y dediqué el resto del tiempo a ver el Monasterio Franciscano de Santa Ana del Monte, en Jumilla, y la vida de los frailes allí recogidos. Hoy, una hora y media de bicicleta. Por la mañana al despacho. Por la tarde, confinado. Eso sí, me he trasladado, por teléfono, a Herdade de Fontalva, a Barbacena, Portugal, y he mantenido una larga conversación con nuestra amiga Nena del Valle López del Ayala. Su marido, José Luis Vasconcellos, estaba a lo suyo, o sea, a las tareas del campo. Mañana será un día especial. El preludio de hoy así lo indica. Ya os contaré. Pero eso será, si Dios quiere, mañana, porque...

...mañana será otro día. Vívelo como el segundo, que el “primero” ha sido hoy.

Día 33°
Jueves, 16 de abril del 2020

Hoy es...



...¡un día especial! ¡Muy especial!

Y todos tenemos marcados días especiales en nuestras vidas. Quien diga que no los tiene todavía no se ha dado cuenta de que vive, lo que no deja de ser de una pena, mayor que otra cualquiera, y, además, una pérdida de tiempo. Yo, os lo aseguro, no lo he perdido.

Tampoco quiero olvidar que hoy, día 16 de abril, es el cumpleaños de Su Santidad el Papa emérito Benedicto XVI. ¡Felicidades, Santidad!

Os explico la foto de inicio, pues no tiene desperdicio, como se puede comprender. Aunque, si eres medio avezado en comprender los signos y las fechas,

en calcular la diferencia de unas a otras, podrás medio intuir de qué se trata. La fotografía es el recuerdo que hicimos con motivo de nuestra Bodas de Plata. El diseño de la tarjeta es de nuestra sobrina Elena González Soto, la mujer de Pepe Marcos, que son los padres de Julia. Bueno, Julia está por llegar. En el dibujo se representan el Convento de Nuestra Señora de la Merced, vulgo las Descalzas, y la Catedral de Badajoz. Y dos fechas. Ya sabrás el por qué. Te lo adelanto. Nos casamos un día como hoy, pero de 1988. La culpa de ese recuerdo, mejor dicho, de la tarjeta, porque el recuerdo de la fecha lo llevamos Nines y yo grabado a nuestros corazones, digo que la culpa del dibujo la tienen dos sacerdotes: Juan Román Macías y Francisco José Andrades Ledo, párroco y vicario parroquial, respectivamente, de la de San José en Badajoz. Os cuento la génesis del tema.

Los habíamos invitado a comer a Elvas, concretamente a Ti Catrina, un restaurante donde se come muy bien pero donde, en aquella época, había un jefe de sala un poquito pesado, de esos que te sobetea los hombros para preguntarte cómo estás, y a los que no contestas que “*molesto por el roce*” por respeto a la compañía, o de los que cuando estás en plena conversa con el compañero de mesa te viene a preguntar cómo está el bacalao dorado, con lo que la plática te ha chafado. A pesar de ello era, supongo que lo sigue siendo, buena gente y muy obsequioso, quizá demasiado, aunque, eso sí, las cuentas no era ningún regalo precisamente. Sigo. Tras la comida, que recuerdo con verdadero agrado –en verdad, no hay comida que no recuerde con satisfacción–, al volver a Badajoz, veníamos hablando de los eventos del año 2013 que decidimos aplazar o no celebrar por la muerte de mi padre, que había fallecido en noviembre del año anterior, es decir, no hacía ni seis meses. En ese año, 2013, el 16 de abril, un día como hoy, cumplimos los veinticinco años de casados, o sea, las Bodas de Plata. Comentamos que, debido al luto, al menos al mío, no lo íbamos a celebrar. Hoy la gente se quita el luto como quien se sacude un “*petardo*” de los que sueltan algunas personas al hablar: con rapidez y molestia, como si el recuerdo al ser querido y marchado fuese molesto. Para mí no, y, lo digo de paso, me sigo acordando de mi padre cada día más. Bueno, “al asunto”, como diría Juani Solís, la madre de Don José Luis León.

No sé si fue Juan o Francisco José quien dijo, precisamente al pasar por delante del Hospital Infanta Cristina –por mí, que lo llamen ahora como quieran, que para mí seguirá siendo así–, hacia el cual miro siempre que paso,

exactamente a la ventana de la habitación 812, pues se convirtió en sagrario de bonhomía desde que mi padre, Don Vicente, exhaló allí su espíritu, digo que no sé quién de los dos dijo que las Bodas de Plata sólo se celebran una vez. Llevaba razón. Toda. Porque cada día de nuestras vidas se celebra sólo una vez, y por eso hay que, como dije ayer, aprovecharlo al máximo. No lo olvides: cada día sólo se vive una vez. Y añadió, o añadieron, en este caso ya los dos, que nos planteáramos, dada la importancia de la fecha, celebrar algo, para que en nuestra historia familiar no quedara esa fecha empañada por la tristeza de la memoria sino por la belleza de la gloria. Al fin y al cabo, digo yo, mi padre está en la Gloria. Porque, ¿ya habrá llegado, no?

Nos quedó el runruneo de la recomendación. Así que, lo pensamos y nos decidimos a celebrar el evento. Eso sí, teníamos pocas fechas por delante, porque recuerdo que la comida en Elvas fue el primer fin de semana de ese mismo mes, no sé si el sábado 6 o el domingo 7. Lo primero, acotar la lista de invitados. Optamos por ceñirnos a la familia y alguno más. Dada la premura la invitación la mandamos por whatsapp. No me gusta eso, nada. Hoy, muchas instituciones, envían las invitaciones a actos por ese medio, o por correo electrónico. Se pierde la parte personal de toda invitación, salvo que sea yo quien las envíe, que para eso me preocupo en personalizar una por una, si tengo tiempo. Pero hemos llegado a una época en que prima la brevedad ante la ceremoniosidad. No tuvimos más remedio que hacerlo así para que les llegara a todos con tiempo de contestar si iban o no, y, si lo hacían, pudieran prepararse debidamente. Casi todos contestaron. Alguno no. Claro, no fue. Incluso hubo una contestación que nos emocionó a Nines y a mí: la familia Martínez Nosti, de Sevilla, que de alguna forma también es nuestra familia, decidió venir al completo. Hasta Sofía, que tendría meses, estuvo presente.

Ajusté con el Hotel Zurbarán el homenaje. Mi buen amigo, David Chapela, entonces Jefe de Cocina, como siempre, se portó como sabe hacerlo con los amigos. El siguiente paso era arreglar la ceremonia religiosa. Fue en la Catedral en la Capilla Mayor. Presidió la Santa Misa Don Tobías Medina Cledón (+), que fue uno de los dos sacerdotes oficiantes de nuestra boda. El otro era mi tío Joaquín Obando Carvajal (+), que ya había fallecido el día de nuestras Bodas de Plata. Hay que decir que las celebramos el viernes 19 de abril, y no el 16, pues en el año 2013 tal día era martes, y no era cosa de celebrar tal evento en martes, con las

complicaciones que ello hubiera supuesto para los asistentes. Y eso que a mí me gusta celebrar las cosas en sus fechas. Ni antes ni después, pero es verdad que en ocasiones hay que adaptarse. Fue una ceremonia muy bonita y enriquecedora, recordando aún las palabras de Don Tobías. Cantó el Coro de la Catedral, magníficamente dirigido, como siempre, por su Director, Fernando Domínguez Cadenas. En el menú no hubo perdices, pero, es verdad, hemos seguido siendo felices, y Dios quiera que así lo seamos en el presente y en el futuro.

Hoy, día especial, me levanté temprano, como siempre, y no perdoné mi etapa ciclista. En el transcurso de la misma estuve viendo dos misas, por motivos distintos, he de reconocer. Una, la de Jueves Santo de la Catedral de Córdoba, porque reconozco que soy seguidor de las pláticas de Mons. Demetrio Fernández González, y escucho casi todas sus homilías. Me cautivó hace tiempo, en una prédica que le escuché. Y la segunda, la del Domingo de Resurrección de la Catedral de Badajoz. Ésta la vi como mi padre repasaba los escritos por primera vez. A buen entendedor con pocas palabras basta. No digo más, que luego todo se sabe. Sí he seguido la homilía de Don Celso, pues era la única que me faltaba del cuarteto de Jueves Santo a Domingo de Resurrección. Hubo un detalle que me llamó la atención, y que desconocía se fuese a realizar, aunque lo supe el mismo domingo por la tarde. Al final, antes de la Bendición Papal, Don Celso consagró la Archidiócesis a la Virgen de la Soledad. Quiero hacer notar dos cuestiones. Una, que la Diócesis ya estaba consagrada a la Virgen de los Remedios, según se desprende de la lectura del Libro de los Milagros. Ciertamente ignoro si se puede consagrar una diócesis a cuantas imágenes se quiera, pero me pregunto que si las imágenes, sean de la advocación que sean, representan a la Virgen que sólo es una, ¿no sirve la consagración a la Virgen de los Remedios? Me extrañó, la verdad. Y la segunda cuestión es que se podía haber puesto un cuadro o imagen de la Virgen de la Soledad Coronada, que era el Domingo de Gloria, y que, además, necesitamos una imagen más alegre que la del cuadro de la Soledad sin corona, despojada de todo, que emana una tristeza insuperable, y que no es lo que necesitamos ahora, que queremos que se nos infunda alegría. En fin, no sé, y el que no sabe es como el que no ve.

Hoy me he puesto de tiros largos. Me he puesto corbata y la austríaca que me compré el verano pasado en Viena. Así recordaba el viaje de novios a la capital de Austria. El día lo merecía. Salí al despacho, bajo la lluvia, lo que

es una bendición de Dios, aunque para mi trabajo y el de mi compañero es un sin vivir, sobre todo en edificios con cierta antigüedad. Así ha sido. Volví a casa y preparé el horno. Hoy, aperitivos buenos y dorada al horno, en su propio jugo, después chorreada, ya en el plato, con un poquito de aceite de Monterrubio, de ese que bien sabe cómo es mi amigo Don Felipe Domínguez Romero, párroco de la de San Francisco de Villanueva de la Serena. Y también Antonio González Montero. Lógicamente hemos brindado Nines y yo. Lo hacemos siempre con una botella, entera, de Moët & Chandon. No soy nada afecto a las Galias, ni a sus gentes, pues nos miran mal a los españoles, pero donde se ponga un buen champán que se quite lo demás. Lo digo si miedo ni rubor alguno. En el brindis os hemos dedicado un recuerdo a cuantos leéis estas crónicas, y lo voy a compartir con vosotros.



Los pelos son los propios del tiempo que llevamos confinados, y del aire y agua que me ha caído en la calle. Lo siento. Ah!, perdonad que sea en la cocina, pero es mi lugar de trabajo en casa. De trabajo culinario, claro. Y también

os he sentado a mi mesa, para que celebréis con nosotros este día tan especial. Daros por convidados.

Pero hoy, lo más importante, ha sido el regalo que nos ha hecho un sacerdote amigo. Me lo propuso ayer, y no dijimos que no. Don Juan Carlos Domínguez Arciniega, de la prelatura del Opus Dei, nos propuso celebrar Misa hoy, por nuestro trigésimo segundo aniversario de casados (no “*treintaidos avo*”, querido Cristóbal Millán). Ha sido una celebración preciosa, a solas el celebrante y nosotros dos. Bueno, miento, el celebrante, todos vosotros y Nines y yo, porque, yo al menos, os he tenido presentes a todos. En el memento de vivos he tenido presente a cuantos recibís estas crónicas; a mi familia, cercana o lejana; a mis amigos, íntimos o menos íntimos, y que cada cual se meta en el grupo que quiera; a mis administrados, colaboradores, a mi compañero Manuel, que puede estar lo mismo en el grupo de familia o amigos íntimos... También, en la Oración por la Iglesia, a mi Arzobispo, mi querido Don Celso; al emérito, Don Antonio Montero; y a todo el Presbiterio de la Archidiócesis, y a algunos de fuera, como Don José Luis León e Iñaki de Orduña, y Don Agustín Moreno, de Córdoba, fiel cicerone catedralicio el año pasado por estas mismas fechas. Y en el memento de difuntos, a los que siento vivos a mi lado: a mi padre, a mi suegro, a mis abuelos, a mi tía Pepa –RSCJ–, a los fieles de mis abuelos, María, Filomena, Manolo..., a mi querido amigo Jerónimo Hernández Vargas, sacerdote; a Don Tobías Medina; a mi tío Joaquín Obando; a Don Sebastián González, a Don Carlos Gutiérrez; a, de una forma especial, Mons. Santiago García Aracil; a mi amigo José Luis Arrobas, que fue uno de mis testigos; a Finita Hinojosa, buena persona donde las haya; a Aurelio Gridilla y a Carmen Martínez-Manzano, Poli para los íntimos, que fueron unos hermanos para mí; a Mariano Sánchez Rubio, que mucho me ayudó en mi trabajo; a José Luis Miralles, que forma parte de nuestra vida; y a cuantos amigos, allegados y administrados han jalonado mi vida de momentos a recordar.

Y en la Oración de los Fieles hemos pedido por quienes hoy luchan por la vida y para hacer más fácil la misma: personal sanitario, Fuerzas Armadas, Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, personal necesario para mantener los servicios diversos en funcionamiento, etc...

Hemos tenido el complejo de los viejos cristianos, que celebraban a escondidas. Eso hemos hecho nosotros. Al ir por la calle, Nines iba cincuenta

metros por delante de mí. Gracias, Don Juan Carlos. También a Don Emilio y a Don Manuel. Gracias por facilitar las cosas. Ha sido el mejor regalo de cuantos aniversarios hemos celebrado, a la altura, sin duda, de las Bodas de Plata. No diré el lugar de celebración, que me he comprometido a ello. Hemos guardado las distancias, las formas, las medidas de seguridad. Y hemos guardado, también, un recuerdo que, por mucho que vengan días grises, o de color blanco tomado, nunca olvidaremos. Sobre el altar, unas flores. Las he retratado. Os las regalo, y será una forma de compartir la celebración. Es como si Nines hubiera llevado, de nuevo, un ramo de novia, y, al final, lo hubiera tirado al aire. Y por esas cosas que suceden, aunque sólo tiró uno, cayó en las manos de cada uno de vosotros un ramo completo. Aquí lo tenéis.



No quise terminar el día sin llamar a otros tres testigos míos de la boda, muy queridos para nosotros: Amalia Alcántara, viuda de José Luis Arrobas; Fernando Gutiérrez Rubio y Mariluz Creus, y Diego Bigeriego, viudo de Finita Hinojosa. El día lo requería. Siento si la crónica, hoy, en este día tan especial para nosotros, ha discurrido por sentimientos muy personales. Ya no lo son tanto, pues también son vuestros. ¡Disfrutadlos!

Día 34º

Viernes, 17 de abril del 2020

Hoy es viernes, y...



...¡viene el fin de semana!

Antes de ir por donde quiero, o por donde me pide el cuerpo, que a veces no es lo mismo, tengo que, también en nombre de Nines, dar las gracias por las innumerables felicitaciones por el día especial de ayer que hemos recibido, y seguimos recibiendo, que hay quien lleva retraso en la lectura. Bueno está. Hay tiempo para ello. Han sido muchas, pero muchas, las muestras de cercanía, síntomas de cariño, que he contestado, pues, salvo que sean mensajes con vídeos absurdos, o de cansino contenido político repetido por las redes,

contesto a todos los mensajes, antes o después, con más o menos palabras, pero a todos. Si alguno se me ha pasado, bien que lo siento.

El día de ayer quedaría cojo si no compartiera con vosotros un regalo que nos hicieron. Fue esta estampa que os envío en la fotografía de inicio, y tiene una reliquia de San Juan Pablo II. La podéis ver en la casulla, en su brazo derecho. Así que, además de las flores del ramo de novia, tenéis, aunque sea por este medio, un recuerdo del día de ayer, de nuestro trigésimo segundo aniversario. ¿Quién te iba a decir a ti, querido lector, que ibas a tener este regalo en tus manos?

El día comenzó como todos. A las seis y media en pie, pastillas, desayuno (sin diamantes, que aunque esto es como una película no tiene ese título ni brillo) y bicicleta. He visto dos vídeos. Uno, acerca de la construcción de la Basílica de San Pedro, con detalles que desconocía. El otro, lo mismo pero de San Lorenzo de El Escorial, y lo mismo digo, aunque lo haya visto ya dos o tres veces. Así entretengo el tiempo de la bicicleta, hora y media, y me culturo sobre diversas cuestiones. También miro por la ventana de la habitación donde hago el ejercicio, pero puede que de eso hable otro día.

He ido al despacho. Son días de preparar las liquidaciones trimestrales de Hacienda, como ya comenté en fechas pasadas. ¡Qué asco le tengo al IVA! No lo sabéis bien. Se me pueden tostar habas en el cogote cada vez que relleno la declaración trimetral. Cierto es que la culpa no la tengo más que yo, porque debería organizar las cosas de otra forma, pero nunca lo hago. Antes de volver a casa he felicitado a mi compañera de pupitre en las clases de italiano. Charo Sánchez Palomo, a su marido, Javier, y a sus hijas, Pilar y Marina, pues hoy es su aniversario de boda, el de los padres, claro. Justo la mitad que Nines y yo. Ya por la tarde, aunque no sea escrupuloso en el relato cronológico, me llamó Amalia Alcántara, para felicitarnos por ayer. Hoy hubiera celebrado ella las Bodas de Oro. ¡Felicidades, Amalia! Camino de casa, al paso por el Paseo de San Francisco, oía el silencio. El silencio se oye, ya lo he dicho alguna vez. Pero, aunque se oiga, prefiero el bullicio de una vida plena, sin miedo a toparme con virus alguno, al que habrá que plantar cara, porque me da que esto ha venido para quedarse. Tengo esa sensación, sin basarla en conocimiento científico alguno. Hice una fotografía, pues quería tener, el día de mañana, constancia gráfica de la realidad de un momento de mi vida que bien me gustaría fuera soñado, pero que no lo es.

Sentados a la mesa, hoy hemos comido lasaña de carne, made in Corte Inglés, conste, que no se me da la cocina italiana, digo que sentados a la mesa se me ocurrió poner la cadena de televisión que oigo siempre, sea cual sea el Gobierno o signo político que lo defina. Me da igual. Mi abuelo veía la Primera, mi padre también, y yo no voy a ser menos. Ya me puede venir Rita la cantora con lo que quiera que no me salgo de mi hache cabache. Había un rueda de prensa, una comparecencia. No digo más. A distancia, desde sus casas, los periodistas hacían preguntas. Y una de ellos, que no recuerdo bien el medio, le inquirió a la señora que contestaba, o hacía como si contestara, de cierta altura, pelo medio afro, medio revuelto o despeinado, largo, con cierto deje andaluz, y con poco conocimiento del lenguaje, porque dice “*propocisión*” en vez de proposición, o “*improvización*” en vez de improvisación, digo que le inquirió sobre un tema que me llamó la atención. Concretamente sobre la colocación de un crespón negro sobre la Bandera de España que se encuentra detrás de los comparecientes. En verdad, dado mi interés sobre temas protocolarios, de los que Javier Castaño nos puede informar, presté atención a la respuesta, dejando incluso de mascar para que el ruido de las quijadas no interfiriera en lo que pretendía escuchar.

He revisado esta tarde la normativa sobre la Bandera que manejo, como Jefe de Protocolo de la Archidiócesis. Y, so riesgo de haberlo hecho de prisa y sin meticulosidad, no encuentro impedimento alguno para que se coloque un crespón negro en la Bandera de todos, también de los que han muerto, que bien sabemos que la Patria envuelve a sus hijos, aunque no lo parezca, en su más preciada representación, cual sudario de agradecimiento al hecho de ser español. No lo encuentro. Y tampoco la señora de pelos revueltos y deje sevillano, dicho sea con todos los respetos, que mi abuela María Pepa era de Sevilla y nunca perdió la gracia de ese acento con el que hablan hasta las flores de azahar del Paseo de Colón, o las buganvillas del Parque de María Luisa, digo que la buena señora no dijo nada al respecto, pues llevó la contestación por derroteros que nada tenían, que ver con lo cuestionado.

Y sentí pena, la verdad. Sentí que no se quisiera responder sobre lo que puede ser el mínimo homenaje a quienes van muriendo en soledad, sin ni siquiera poder ser despedidos por sus deudos más cercanos. Un crespón negro no ofende a nadie, y vale poco dinero. Un crespón negro es signo de respeto

y consideración a quienes no han tenido la suerte de poder salir airosos del embate con el bicho de las muelas. Un crespón negro es signo de grandeza y humanidad de la persona que manda ponerlo. Un crespón negro llevamos todos los españoles prendido en nuestro corazón. Un crespón negro cuelga de las llaves de San Pedro en las puertas de Cielo. Un crespón negro no tiene ideología ninguna, ni es patrimonio de ninguna bandería.

Vivimos en una época en la que, a cada momento, te asaltan en la calle para ponerte un lacito, de miles de colores, sin que los pidas, y además te pinchan con el alfiler con que te lo clavan. Y si dices que no pagas o no firmas, porque maldita la gracia que hace que venga un desconocido a horadarte la casaca y te ponga las manos encima, vete a saber antes metidas dónde, digo que si dices que no pagas o no firmas te miran mal, te tachan de insolidario y de ciudadano reaccionario. Los hay blancos, rosas, verdes, azules, morados –uy, uy, uy... con los morados-, amarillos, marrones, medio marrones, medio verdes, medio azules, grises y medio negros... Toda una gama de colores, cuando no combinados entre sí. Tengo a gala no haber lucido en mi vida lacito alguno, que son como crespones en miniatura. Yo uso, cuando se tercia, corbata negra. Y es la que voy a usar desde hoy hasta que nos dejen salir a la calle y se honre a nuestros muertos como es debido. Mañana mismo guardo todas mis corbatas, que tengo la manía de colgar en la manilla de la puerta del cuarto de plancha, donde está mi armario. Voy a guardarlas todas, y, desde mañana, porque la que llevo puesta hoy no me la quito hasta que me acueste, cuando me apetezca o me toque ponerme corbata, me la pongo negra. He dicho negra. Aunque a alguien le cueste ponérsela, aunque sea por respeto a muchos que le han permitido estar donde está. ¿Tanto cuesta ponerse una corbata negra?

La señora de los pelos revueltos y deje sevillano habló de no sé qué homenaje el día de mañana, cuando puede que no quede nadie en esta tierra para homenajear a nadie. Espero que no sea tan grave la cosa. Y habló de un futuro cuando lo que queremos es el presente. Y se fue por los cerros de Úbeda cuando tiene más cerca los cercos de Ifema, o de cualquiera de los centros sanitarios de Madrid, por poner de ejemplo la Capital de España. O sea, la Capital del Reino. Ya vendrán los homenajes en su momento, ya vendrán las ceremonias de esas que dan en llamar civiles, porque parece que hacerlo

bajo el signo de una cruz que nunca, en el devenir de los tiempos, ha hecho daño a nadie no es de recibo en los tiempos que vivimos. O bajo el signo de la religión de la que cada cual sea profeso. Espero que no haya distinguos en esto. Pues sí, que venga cuando quieran, que no sé cuándo será, la ceremonia civil que quieran, pero, por favor... ¡pongan el crespón negro! No estamos pidiendo una cruz, no, porque somos respetuosos con los que no vean en la Cruz la Salvación del Mundo. ¡Pongan el crespón!, aunque sea con alfiler, con ese pincho que nos horada el alma al que más y al que menos, aguijón que corroe el sentimiento del corazón. Yo mañana, aunque siga sin perder la alegría de vivir, la que quiero que impregne toda mi existencia, aunque sea en estos momentos, recojo mis corbatas y quedo fuera sólo la negra. Si se me mancha, tengo dos más.

Dije antes que camino de casa pasé por San Francisco. Hice una foto. Se oye el silencio. Pero veo vida. Veo verde. Verde es el color de la esperanza. De esa virtud a la que todos debemos agarrarnos para superar los gritos que desgarran el alma de más de uno. No es una foto triste, a pesar de que no haya nadie. ¿O sí? Sí, estamos en ella, porque en esa esperanza del color ver-

de nos sentimos unidos y animados. Os regalo la foto. Os regalo la esperanza. Gracias a ella mantendremos la fe y podremos llevar esto con paciencia, que es como se despide, a diario, José Manuel Rodríguez Salas en su mensaje de comentario a la crónica. Mi profesión me ha regalado la oportunidad de conocer a gente valiosa. Y eso merece la pena y compensa todos los sinsabores. Os regalo la foto. Disfrutad de ella. Y, también... ¡de la esperanza!



Día 35º
Sábado, 18 de abril del 2020

Hoy es sábado, y...



...¡prepárate para bailar!

No sé si eres observador o no. No sé si te fijas en las escenas de las películas cuando las ves o pasas viendo el telefilme como quien mira a las musarañas. No sé si te interesan los detalles tiernos de las películas o prefieres las escenas brutas donde el bueno siempre gana al malo, aunque no sepas quién es uno y quién otro... No sé si optas más por los momentos para recordar que por los momentos para olvidar, o te tiras toda la vida rumiando escenas que no quieres rememorar pero tampoco olvidar. No sé, la verdad, si ves a través de los cristales o tienes la vista tan corta que no quieres darte cuenta de la

transparencia del vidrio. No lo sé, porque quien lo sabe, o debe saber, eres tú. Yo sólo sé, si es que sé algo, lo que a mí me atrae.

No sé si reconoces la caseta de la fotografía. Es posible que no hayas estado dentro de ella. O sí. Yo sí, Nines también. Pero me juego medio bigote que la has visto, al menos, una vez en tu vida, o, si te gusta como a mí, bastantes más. Si tienes cierta memoria y has leído las anteriores crónicas, puedes medio intuir por dónde voy. La caseta no está en el lugar donde la viste en su día, porque todo lo que nos muestran en el cine no es más que ficción, aunque a veces sea más real que la vida misma. La trasladaron de sitio una vez que el Ayuntamiento de la ciudad donde se encuentra la compró terminado el fin, o el film, para el que estaba hecha.

La vida es música. Para unos suena con los instrumentos desafinados, para otros acompasados. Tengo la impresión de que todos nosotros somos músicos de una orquesta, y a cada cual nos ha tocado un instrumento. Da igual que lo sepamos tocar o no, porque nadie, cuando nace, elige el puesto de chelista, timbalero o trompetista. Pero de lo que no me cabe duda es de que o te acoplas al instrumento y afinas las notas, como yo tuve que afanarme con la corneta de la Banda de Música de la Compañía de Esquiadores Escaladores de Viella, allá por 1980, o te quedas fuera de la partitura, sin poder sentirte nota fusa, semifusa, corchea o semicorchea. Tú allá. Porque tengo el firme convencimiento de que la vida es una sucesión de partituras que forman el grandioso concierto de nuestra existencia. Fíjate -supongo que lo has hecho aunque sea por curiosidad- en la fotografía de inicio, en el templete de palilería blanca y cristal transparente. Ahí viste bailar a una pareja, y declararse a otra. Ahí viste bailar a la hija del Capitán von Trapp con el soldado-cartero, traidor a los principios de su amada, que seguramente eran los suyos antes de convenirle renegar de ellos. Y ahí viste declararse al mismo Capitán a María Kutschera, la antes aspirante a monja que se dio cuenta que el libreto de su vida no iba por lo gregoriano, sino por lo humano. Ahora, seguramente, has reconocido la imagen. Este templete estaba en el jardín de la mansión del Capitán, tal como nos lo muestran en *Sonrisas y Lágrimas*.

No sé por qué, pero hoy, cuando me he puesto con la crónica, me he ido directo a esa imagen. Y por eso la traigo. Toda música tiene su parte triste y su parte movida. Tiene el *lento* y el *allegro*. Y el *andantino* y el *vivace*. Vivimos

una temporada donde todos los días se nos agarra al alma la música triste y despiadadamente desgarradora de quienes no han pasado del *lento*. Y, al contrario, si vemos la imagen de alguien que ha superado la lucha vivimos el momento como nuestro, y nos sentimos como quien ha superado el combate y puede tocar, palillo en mano, los acordes alegres del timbal o del platillo. Es momento de acceder a ese templete y bailar. Sin miedo, bailar. Solo, en pareja o con la escoba. Declararse a la vida misma, y decirle que estamos enamorados de ella, que por mucho que vengan nubarrones cargados de tristeza y llantos queremos ser abanderados de la alegría y los cantos. Cuando el verano pasado, 2019, en Salzburgo, entramos en el templete comprendí que merece la pena enamorarse del momento en que vives. Que ya habrá tiempo para tirarle los tejos al minuto siguiente.

No sé donde leí una frase que decía: “*a la vida le basta una grieta para renacer*”. Y si te fijas en los inverosímiles lugares en los que florece una planta te das cuenta de que es así. ¡Busca la grieta! Arrima la oreja y oirás el son de la música vital que sale desde lo más recóndito. A veces las grietas las tenemos nosotros mismos encima. Mímalas, porque de esa grieta volverá a renacer tu propia vida. Por eso, si cuanto estamos viviendo es una grieta en nuestra existencia personal, familiar, laboral, haz lo posible para que de la misma fisura vuelva a emanar la alegría de sentirte arte y parte de la partitura vital tocada por la orquesta de la que formas parte, y de la que, a buen seguro, eres solista en la pieza más vitalista. Te aseguro que trato de acoplarme cada día al instrumento que me toca en suerte en cada momento. No entiendo de música más que para identificar en el pentagrama la clave de sol. Me basta. Es la que me interesa. La del sol, la de la luz, la de la claridad que nos permite ver en la oscuridad. Las demás notas irán surgiendo y entrelazándose por sí solas. Sí, la vida es una música que hay que bailar. Entra en el templete, cierra los ojos, aguza el oído y déjate acariciar por las suaves notas de un libreto que si tiene *lágrimas* también tiene *sonrisas*. Ya lo verás.

No ha sido un día malo, al contrario. Las notas acompañadas han sonado bien, casi como si se tratara del preludio de *La Revoltosa*. O de cualquier otra zarzuela, que suelen ser músicas alegres. Diana sonó hoy más tarde que otros días. El turuta de la compañía me regaló hasta las ocho. En la bicicleta, que hice una etapa más corta, una hora y cinco minutos, me adentré en los Tesoros

de Palacio, y me di un garbeo por las Descalzas Reales, por el Palacio de El Pardo y por el Monasterio de Yuste. ¡Hay que ver lo que se aprende cuando te das cuenta de que no sabes todo!, o que no sabes nada, que nos creemos muchas veces ser omnisapientes, más de las que deseables. Es una gozada hacer una visita, guiada por historiadores de los de verdad, que es como un pase privado. Nadie que pregunte tonterías; nadie que se las dé de sabihondo, que los hay a cascoporro, palabro usado por Daniel Gridilla; nadie que huela mal, que esa es otra, que ya deberían exigir un poco de limpieza en lugar de tanto registrarte los bolsillos; nadie que lleve un niño como si fuera una mochila y que se ponga a gritar en el momento cúlmen de la explicación del guía; nadie que se dedique a darle la teta al rorro en medio del grupo sin pudor para sí ni respeto para los demás alguno; nadie a quien le suene el teléfono en el instante en que te muestren la capilla del lugar y se debe estar como Dios manda –si alguien no sabe cómo manda Dios, que se lo pregunte-; nadie que atropelle al resto del grupo queriendo estar siempre al lado del cicerone, como si estar algo más alejado supusiera no enterarte, cuando el que hace eso no se enterará, ni se enterará, esté donde esté... Pues sí, una visita privada es de lo que yo he disfrutado esta mañana. Por mí, así, que vengan condenas domiciliarias. ¡Me falta tiempo!

En la bicicleta he vuelto a mirar por la ventana, como siempre, pero de eso hablaré otro día... Cuando acabé la etapa, me pidió Nines ayuda para pasar la aspiradora a las alfombras. En mi casa no se quitan en todo el año. Primero, me gustan. Segundo, no tenemos trastero. Tenemos cinco alfombras, para curiosos. Una, de casa de mis abuelos maternos; otra, regalo de una prima hermana de Nines, Ana Ingelmo, y su marido, Agustín, cuando nos casamos; la tercera, nos la trajimos de Val de San Lorenzo, en el verano del 2007, cuando estuvimos unos días en Astorga, en Casa de Tepa, un hotel con encanto propiedad del noble de dicho título, y con el que mantuve conversaciones interesantes; y las dos que faltan son de Arraiolos (Portugal). Se hace ejercicio con eso de pasar el “*aspirapolvere*” –verás, Chiara, que no dejo de hacer concesiones al italiano- para dejar impolutas las alfombras. Le dí un repaso a las tapicerías de sillas, tresillo del salón...

Acabé las tareas propias de mi sexo, que los hombres también tenemos que colaborar en las labores domésticas, y me metí en la cocina. Hoy he preparado un arroz con pollo. El arroz es integral, basmati, del Punjab, una re-

gión de India y Pakistán. Eso dice el paquete. Ahora, vete a saber si no lo han cultivado en las Vegas Bajas. ¡Chicas disputas me traía yo con Don Santiago García Aracil (+) a cuenta del arroz de Valencia y de Don Benito y comarca! Por respeto a la mitra dejaba que se saliera con la suya, pero, la verdad, no tenía razón. En mi casa me enseñaron que ante palabra de Pastor no vale porfía de fiel menor. Y os diré que llevaba muslos, alas e higaditos de pollo, zanahoria, perejil, ajo, cebolla, puerro, caldo de verdura y... el arroz. No ha salido malo del todo, aunque es posible que algo pasado. Entre pasado y sin pasar lo prefiero pasado, si tiene buen gusto, porque con el arroz duro da la sensación de estar comiendo pienso, como las bestias. Por cierto, el que hace un arroz de categoría, sea de lo que sea, es mi primo Fernando Albarrán Sanz-Calcedo. Tiene unas manos cocineras excepcionales. Hace otra cosa a las mil maravillas, pero me lo callo porque es el secreto de un grupo familiar que nos hace disfrutar de lo lindo, no sea que alguien quiera apuntarse, lo que es difícil, porque en el proceso de admisión hay bolas negras.

Nines necesitaba un plumero. Y si necesita un plumero es que hay que ir a por él. En estas circunstancias, la tranquilidad en casa es lo mejor. Así que fui a El Corte Inglés. Es de avestruz. Camino del comercio llamé a Felipe Bigeriego de Juan. Felipe y yo tenemos los mismos padrinos: mis abuelos maternos. Están bien, que es lo que hace falta. Estando allí recibí una llamada de su hermano gemelo Diego, del que hablé anteayer. Y, hablando de llamadas, mantuve una esta tarde con un abuen amigo y compañero de trabajo en mi época de Perito del Tabaco –así nos llamaban- en Navalmoral de la Mata: Antonio Calderón Noble, persona que hace honor a su segundo apellido. Hace años que no hablábamos. Hoy hemos retomado el tiempo perdido, aunque siempre presente nos hemos tenido, ¿verdad, Antonio? No está conforme con la situación. Nadie lo está.

Bueno, voy a ir terminando. Aunque mi querido amigo Francisco Javier Medrano Cuesta, *Chocolate* para los íntimos, me dice que las crónicas se le hacen cortas. Tampoco se trata de “*escribir más que el Tostado*”. Éste fue Don Alonso Fernández de Madrigal, Obispo de Ávila, y era prolijo en la escritura, lo que le valió ser referido en dicha expresión de la época en que vivió. Cuando estaba terminando me llegan sonos de dos sinfonías. Una es de cazos y cucharones. Confieso que el primer día lo hice. No volví a formar parte de

esa orquesta. Creo que no es la que se precisa ahora, la verdad. Eso pienso. Se politiza ahora cuando muchos escribieron la partitura de la abstención en las últimas elecciones. Esa fue la gran cacerolada: el silencio de quienes, muchos de ellos al menos, ahora protestan. Pues, toca aguantarse. El voto, más que un derecho, es un deber, y, tal como dijo Don Juan de Borbón (+), “... *cargamos con una serie de deberes y derechos, y estos últimos nunca pueden ser válidos en tanto en cuanto cumplamos escrupulosamente los primeros...*”. La otra sinfonía sale del televisor. Me he asomado. La música es de flauta, algo desafinada. La de una especie de “*flautista de Hamelín*” que lleva tras de sí a una corte de... sumisos a los que les deseo hagan suyo el “*sálvese quien pueda*”. Lógicamente, vista la orquesta, me salí de la sala.

Acabo con música, igual que empecé. Como dije, la vida es música. Estoy seguro que si miras al cielo, al techo de tu casa, o al del palacio en el que imagines estar, verás una linterna en lo más alto desde la que cae, en forma de serpentina silenciosa, la partitura de la sinfonía de la vida, de la alegría, de la esperanza y de la algarabía... ¿He dicho esperanza? Sí, lo he dicho. Porque, al fin y al cabo, la vida es de color VERDE, el color de la esperanza.



Las dos fotografías están hechas en el mes de agosto del año pasado, en Salzburgo, en el Palacio de Hellbrunn, que fue residencia del príncipe-arzobispo Markus Sittikus. Allí se encuentra hoy el templete de la música con el que comenzaba esta crónica.

Día 36°
Domingo, 19 de abril del 2020

Hoy es domingo, y...



...es el Domingo de la Divina Misericordia, que es la que nos hace falta.

Son las trece horas y cincuenta y siete minutos del este domingo. Me acabo de sentar delante del ordenador. He abierto una Coca Cola cero cero, o sea, sin cafeína y sin azúcar. También he puesto un cuenco con algunas almendras crudas junto a la mano izquierda, que a la derecha tengo el bebiblé. He dedicado un cierto tiempo a contestar mensajes que tenía pendientes. Algunos, por el contenido de los mismos, me sublevan, y trato de atemperarme, que no es cosa de perder la compostura a solas delante de la pantalla, que no tiene la

culpa. Quiero comenzar por dos correcciones. Una de ayer, del Padre Torres, que es nacido en Villanueva de la Serena, lo que lleva a gala. Cualquiera dice algo de su pueblo. Allí todo es bueno. Como para decir cosa en contra a sabiendas que me lee después de ver el número de páginas. Bien. Me dice que el arroz es de la Vegas Altas, y no Bajas. Es verdad, ayer confundí la estatura de las Vegas del Guadiana. Lo siento, Padre. Imploro humildemente su absolución. De lo que no me arrepiento, aunque corra el riesgo de que la penitencia que me imponga no pueda cumplirla en los años que me queden de vida, es aquello del “*arroz de Don Benito y su comarca*”. Así que ya puede Vd. despacharme de nuestro particular confesionario a guantazo limpio y sin perdón alguno, que no modifico ni letra ni renglón. La otra, pues siempre se aprende, la debo a Javier Castaño Jabato. Anteayer, aludido por lo de los crespones, me contestó diciéndome, cuestiones subjetivas o personales aparte, que a la banderas nunca se les pone crespón alguno con alfiler, sino un lazo negro en la parte superior del mástil, y siempre que sean en interior. En exterior, el modo de mostrar el luto es izarlas a media asta. Lo último lo sabía, lo del lazo también, pero no, la verdad, el que no se le pudiera colocar un crespón fijado con un alfiler. Siempre se aprende algo, que nos morimos creyendo saberlo todo, y de todo, y no nos damos cuenta de que vamos a la tumba con menos conocimientos de los que creemos. ¡Gracias, Javier, buen amigo... y maestro!

Cuando más tranquilo estaba he dado un repaso a la actualidad, a esa que nos quieren hacer ver entre unos y otros, pero que dudo sea la actualidad real y verdadera. Y, si lo es, me entra la curiosidad de saber si hay alguna otra actualidad más que debemos saber pero de la que, vaya Vd. a saber por qué, no tenemos conocimiento. Un hombre sin información es un hombre sin opinión. Lo mismo se dice del pueblo. Y así, sin información, es manipulable. Ignoro hasta dónde llega la veracidad de los que nos dicen. Prefiero no pensar en ello. Aunque debo decir que me escama, sobremanera, el actual sistema de preguntas sin respuestas y contestaciones a lo que no ha sido preguntado. Si antes las cuestiones se leían, vete a saber si ajustadas a lo que remitían los medios que las demandaban, que una vez hecha vete a protestar, cuando no hay posibilidad de ello, ahora cabe la posibilidad, y no sé si alguno lo habrá pensado –yo lo hice ayer mientras oía la sinfonía del “*flautista de Hamelín*”-, de que entre las diversas caras y medios a los que dicen que pertenecen los

periodistas que inquietan, que hay algunos que no he oído en mi vida, pueda haber alguno que sean montaje puro y duro, cosa que no me extrañaría. Es cosa de apuntar los medios a los que dicen que pertenecen y bichear después en las redes, so riesgo de llevarnos alguna sorpresa. Sí, admito y asumo que más de uno podáis creer que soy un mal pensado. Pero la técnica lleva a todo esto. Si hay bulos en los miles y miles de mensajes, o miles y miles de bulos entre los mensajes, que no es lo mismo, y que nos invaden los teléfonos, en los que caemos todos alguna vez, y digo todos sin excepción, por qué no se puede pensar que en las actuales ruedas de prensa de las comparecencias de los responsables de informar a la clientela pueda haber algún infiltrado intencionado entre los medios de comunicación reales, con preguntas y respuestas medio pactadas. ¿Que qué se consigue con ello? Muy sencillo. Por una parte decir lo que se quiere. Por otra, quitar sitio a un medio de comunicación que pueda plantear una cuestión incómoda, aunque tal extremo no sería problema, porque con no contestar, o hacerlo como se hace ahora por algunas personas, evita lo molesto de tener que dar respuesta veraz a lo inquirido.

He vuelto al refresco y a la almendras. Me vienen mejor que las noticias. Como me ha venido estupendamente las dos horas y diez minutos de bicicleta estática. Pero, vamos por partes, según el orden cronológico del día. Eran las ocho menos cuarto cuando decidí dejar el catre. Las primeras pastillas del día me las tomé una hora antes, cuando la necesidad de levantarme para algo esencial me apremió irremisiblemente. Tras desayunar, sin prisas, vistos el HOY y el ABC, ediciones de Madrid y Sevilla, al menos en cuanto a esquelas y necrológicas se refiere, me puse manos a la obra con el ejercicio físico. Hoy han sido dos horas y nueve minutos. No funciona el panel de control de la bicicleta estática que tengo, y como no soy capaz de abrir el aparato para cambiar la pila, por más esfuerzo que haga, no sé ni qué distancia recorro ni a qué velocidad voy. Ante ello, no tengo forma de saber si puedo competir con Don Juan Carlos Domínguez, quien me envía un mensaje y me dice que en una hora ha recorrido casi treinta y siete kilómetros. Creo que está bien. En la etapa, hoy, me he ido a Santo Domingo de Silos, a la abadía benedictina. Nines y yo estuvimos en ella en el año 2010, cuando pasamos una semana del mes de agosto en el Parador de Lerma. Desde allí corrimos todos aquellos alrededores, dando también un salto a Laredo (Cantabria –antes se decía San-

tander-), invitados por nuestro amigo Fernando Valbuena Arbaiza. Quiso el bueno de Valbuena enseñarnos Bilbao, y tuvimos la ocasión de hacer nuestra presentación en la Plaza de Toros de Vistalegre. Fue el 27 de agosto. Toros de Zaldueño, para Morante de la Puebla, El Juli y Manzanares. No fue mal cartel para nuestro debut en la plaza bilbaína. Bueno, vuelvo al asunto. Aunque ya conocía Santo Domingo de Silos, en lo que enseñan en las visitas turísticas, hoy me he adentrado en la vida monacal de los monjes de la regla de San Benito. Es una vida, en cierto modo, envidiable.

Acabado el periplo monástico, llegó la hora de ir a misa. Ayer recibí una amable invitación de Juan Francisco Álvarez Mulero y de Luis Miguel Martínez Santillán, Mayordomo y Secretario, respectivamente, de la Asociación de Nuestra Señora Santa María de los Remedios, de Fregenal de la Sierra, para seguir, por internet, la Función en honor de la Virgen citada con motivo del Domingo de Milagros. La solemne Eucaristía se celebró en el templo parroquial de Santa María de la Plaza, de la ciudad frexnense, y ha sido oficiada por el párroco de la localidad, Don Andrés Román García, asistido por un acólito y el sacristán. Presentes, en representación de todos, la Alcaldesa de Fregenal de la Sierra, Tina Rodríguez -se llama Agustina, pero creo que quiere que le digan Tina; con mayúscula, porque con minúscula es otra cosa-, y el Mayordomo de la Asociación, al que antes he hecho referencia. Me ha gustado seguirla. No puedo reprochar nada, creo que ha sido una celebración impecable. Hay cuestiones que entrarían en colisión con la liturgia actual, como bien ha explicado el párroco, pero que están permitidas o autorizadas, que son cosas distintas, y son, por tanto, de respetar. Además, si tienen la solera los tiempos, creo que no es malo que se mantengan. Viví la misma celebración, en persona, en el año 2017. Me gustó, me gustó. En el año 2018 no pude ir porque estaba convaleciente de la operación de prótesis de la rodilla derecha. Al año siguiente no me invitaron. Este año sí. Espero que el próximo también. Debo decir que durante la etapa ciclista veía las ventanas del edificio de enfrente, las que dan a ese patio que no es particular. Pero, de esto, hablaré otro día...

Terminada la misa dominical, tocó aseo. Al poco de terminar, me llamó José Vicente Sousa, gran amigo, de los buenos. Es el propietario del restaurante José Vicente, de Aracena (Huelva), al que os recomiendo vayáis una vez

se pueda. Os tratarán bien, pero si dices que vas de mi parte lo harán mejor si cabe. Debo decir que siempre tengo “*mi*” mesa reservada en esa casa. Nunca me han dicho que no, aunque haya llamado con poco tiempo de antelación en fecha complicada. Su camarero, José Manuel, un muchacho estupendo, siempre me dice lo mismo: “*aquí tiene su mesa, don Felipe*”. Así se puede ir a los sitios. Voy menos de lo que debiera, aunque sólo sea por corresponder a la amistad y afecto que nos profesamos. Volveré, José Vicente. Por cierto, hay platos estupendos. Hoy os voy a invitar a alguno. No en vano, de Fregenal a Aracena se tarda poco tiempo. Nos hubiera dado para ir a comer a José Vicente después de la Función. ¡Serviros!



Quiero decir que también me llamó Juanjo Jiménez de Peralta, mi fisio-terapeuta. Uno de los de Eurokines. Aquí la publicidad sale barata. Cerveza y calamares en su día y asunto resuelto. Buena gente, me temo que va a celebrar su primer aniversario de casado en casa, como sigan así las cosas. Es el 1 de junio. O abren el cerrojo de los toriles o te veo, Juanjo, festejando en casa.

Aunque, ¿sabes una cosa?, a la hora de la verdad, como en casa no se está en ningún sitio. Bueno, menos ahora, claro. En casa, hoy, arroz con pollo, del que sobró ayer. Aquí no se tira nada. Va contra nuestros principios. Así nos educaron a los dos. Pero creo que para mañana también hay. En esto de las cantidades siempre me despisto. Fuera de la olla todo me parece poco. Y, claro, termino añadiendo más. Me pasa igual en la pescadería, o en la carnicería. Allí las cosas, debe ser por magias de la iluminación, las piezas parecen más chicas de lo que después resulta que son cuando llegas a casa. O crecen por el camino, no lo sé. Aunque, a la hora de la verdad, mejor que sobre que no que falte. Soy consciente de que mucha gente no puede aplicarse este aserto. No tienen para que les sobre, porque, algunos, no tienen nada. Y, lógico, si les falta todo no les sobra nada. Por eso, en esta casa, no se tira nada. Si hemos llenado el ojo antes que la calabaza, toca aguantarse.

Tras bajar la basura, único contacto hoy con la realidad de la calle –es posible que una vez acabe la crónica salga a la terraza–, descansé algo en el sillón, mientras rellenaba un crucigrama, aunque para crucigrama el que tenemos encima, que da igual que pongas las letras en vertical o en horizontal, pues no hay forma de dar con la solución a lo que nos afecta. Ojalá se encuentre la definición correcta para que cuadren las letras de este pasatiempo de mal gusto al que hemos de plantar cara. Vuelvo al ordenador, el relato me llama, como la campaña aquella de *“Muchacho, la Marina te llama”*. La Marina es la Marina, y no tu vecina “la” Marina. Pues a mí me llaman las teclas de escritor y la pantalla del computador.

He visto esta tarde un video que me ha enviado un amigo. Las imágenes vienen a cuento de lo que hablé en fechas pasadas a cuenta de la libertad de los musulmanes en sus rezos. Es posible que yo no deba hablar, lo que asumo, pues he podido acudir a las celebraciones del Triduo Pascual. Lo he hecho en razón mi cargo en la Curia. No sé si entra en mis competencias o no, pero el caso es que he ido. Así que hablo por boca de otras personas que así me lo han referido, y con las que no tengo más remedio que estar de acuerdo. En el video se aprecia como un imán, o clérigo que sea de la religión dicha, en la calle, con un altavoz, y ante la presencia de fieles vela en mano, se dedica al rezo de vaya Vd. a saber qué, pues no entiendo una palabra, ni intención tengo, de los alaridos o gemidos que ulula el responsa-

ble de la ceremonia. Tengo por las demás religiones absoluto respeto, y pido a los seguidores de ellas el mismo que nosotros, los católicos, les tenemos. Allá cada cual con sus creencias. Nada tengo que objetar. Pero sí pido las mismas consideraciones a las autoridades para unos que para otros. Por las imágenes que se ven, a las que me remito, y ante agentes de la Policía Local del sitio que fuera, que las gentes hablan de que se trata de un pueblo tarraconense, parece que los asistentes al rezo estaban guardando las distancias de seguridad debidas. Y me pregunto, para lo que vuelvo a Granada, y no para cantar, si allí, en su Catedral, no se guardaban las distancias. Estoy seguro que sí, y con creces. O sea, que un rasero para unos y otro para otros. O si no, que los Padres Paules de Triana, en Sevilla, hablen de la interrupción de la misa que la familia, pues la comunidad es una familia, en su casa particular, no en zonas comunes de un condominio, sufrió, para que fueran a buscar a sus alcobas las documentos que acreditaran su morada en el sitio de marras. Nada de eso se ve pedir a los del rezo moro. Pues no, o a todos o a ningunos. Iba a decir que o todos moros o todos cristianos, pero no puedo, porque, en este caso, unos son unos y otros son otros. Y conste, para disipar dudas, que soy más partidario de la postura que la Iglesia Católica ha adoptado en España de cerrar templos a la feligresía descontrolada, en cuanto a asistentes a las celebraciones, que de otra cosa. Que el control, en España, se convierte en descontrol. Además, así nos damos cuenta del valor de la Eucaristía en vivo, que muchos, no digo que yo no sea uno de ellos, mea culpa, empezábamos a tomar la asistencia a la misma como algo ya rutinario sin caer en la cuenta del significado de la misma. O sea, como un cumplimiento, que bien puede ser cumplir mintiendo o cumpliendo para mentir. Yo me he dado cuenta de ello.

Lamento llegar hoy tarde. Cuando estaba en el fragor de la lucha con mi espíritu batallador, y hoy ha ganado éste, hube de ir al despacho a por las llaves de un edificio, donde una rotura de tubería ha afectado a dos pisos. Y, ya se sabe, las llaves, por teletrabajo, no las puedo enviar. Por cierto, como hoy iba de la Virgen de los Remedios, os dejo dos fotografías: una, de nuestro Arzobispo, Don Celso, firmando en el Libro de Honor, en presencia del Mayordomo. La otra, de los Jateros de Fregenal bailando ante la Virgen. Son, ambas, del 24 de abril del 2017. Mañana será otro día.



Día 37º
Lunes, 20 de abril del 2020

Hoy es lunes, y...



...quiero empezar recordando a un amigo.

Y quiero hacerlo porque hoy hace nueve años que murió. Murió para el mundo, pero pasó a la Vida Eterna, la ansiada por cuantos creemos en ella, y que es el destino o final del camino de cuantos peregrinamos por este mundo. Eso sí, puede esperar. Aquí no se está mal del todo, a pesar del encierro obligado. Ya lo dijo la película aquella que se titulaba *“El cielo puede esperar”*. Bueno, puede esperar, sí, pero cuando San Pedro te toca en el hombro y te enseña el manojito de llaves no hay espera posible. Ese amigo, de mi familia, fue Don Carlos Gutiérrez Bielba (+). Hay tiempo para todo, por lo que debo dedicarle algunos minutos a su recuerdo,

aunque lo tengo siempre presente en mi particular memento de difuntos del momento del rezo antes de entregarme al sueño nocturno. Fue párroco de San José, de Badajoz, durante muchos años, así como Canónigo de la Catedral de Badajoz, y miembro del Tribunal de la Archidiócesis. Había nacido en Bilbao, pero vivió muchos años en Badajoz, a donde llegó de la mano de quien fuera obispo coadjutor, y después residencial, Mons. Dr. Don Doroteo Fernández Fernández. Podría haber puesto una fotografía suya en el inicio, pero prefiero poner una de San José. Por aquello de la parroquia, por aquello de ser patrón del Seminario, por aquello de que a San José lo conoce todo el mundo y a Don Carlos no. Seguro que, conociéndolo, habrá agradecido que no ponga su foto en la crónica. La foto de San José la obtuve el 23 de febrero pasado en la iglesia de los Trinitarios, en Antequera (Málaga), en el viaje de Carnavales.

Porque es bello recordar a la gente querida. A los que no están ya entre nosotros, aunque sigan estando de alguna manera, y a los que estando no los vemos a menudo. Me he trazado una ruta por España para ir llamando, en estas circunstancias, provincia por provincia, a quien allí tengo y siento. Si cuando leas esto y no vives en Badajoz, donde también he llamado a gente, no te he llamado, no te preocupes, que ya te tocará el turno. Algunos pueden dar fe de ello. Como, por ejemplo, una tía mía que vive en La Coruña, viuda de un hermano de mi madre, José María Vargas-Zúñiga de la Calzada, Pepe para la familia, Pepín para algunos amigos. Ella es Chicha Martínez Pereiro, y la quiero poner aquí porque es una forma de agradecerle lo cariñosa que siempre ha sido con nosotros, con mi madre, con mi abuela. Y eso se agradece. Hoy ha tocado Galicia. Porque de La Coruña me fui a Orense, pero llamé a Madrid porque es donde le ha cogido el toque de queda. Es el General Dacoba, Francisco José Dacoba Cerviño, que fue General Jefe de la Brigada Extremadura XI, y con quien labré una buena amistad. Está bien, gracias a Dios, y su mujer, María Teresa, también. Le ha alegrado recibir mi llamada y a mí escuchar su voz. Seguiré el recorrido, es bueno.

Ayer, como dije, salí tarde de la rotativa de este diario. Una incidencia necesaria de atender hizo que pospusiera el relato para dedicarme a ella. Hoy espero, si la tarde respeta, llegar a buena hora. Hoy no he visto las noticias. No he querido verlas. Ya me sé la cantinela y no me hace falta saber más. Sí sé que dicen que, en pocos días, van a empezar el “*desescalado*”, que debe ser como subir el monte Aneto y bajar de la misma forma en que has subido, pues *desescalar*

debe significar lo contrario de escalar, como darle a la moviola. O sea, que van a empezar a entornar las puertas del gallinero para que empiecen los polluelos a salir a tomar el sol. Nines se enfada. Dice que por qué los niños y los perros sí y los mayores no. Y se pide la vez para pasear a su sobrino Jaimito las veces que haga falta. No sé por qué, pero me parece que hay niños que, con perdón y con humor, si es que nos queda, se van a convertir en el perro de la casa: va a querer toda la familia sacarlos a pasear. Pues como Jaimito, que lo conozco, se dé cuenta, y se dará, de que lo usan a traición se atrinchera en casa y se hace el fuerte como se hizo en la torre de Tarifa Alonso Pérez de Guzmán, conocido por Guzmán el Bueno. Y dicen que, también pronto, podremos salir a caminar el resto de los mortales, a solas, no más de una hora, y con medidas responsables. Vamos a ver, ¿quién controla el tiempo? O, ¿nos van a colocar un chip de esos que se les ponen a los perros para controlarnos por GPS? O sea, que, en mi caso, no puedo llegar a la rotonda de entrada a Las Vaguadas y vuelta a casa, pues es más de una hora. Me veo dando vueltas a la fuente de la plaza de la Constitución, como si estuviera dando la vuelta al ruedo montera en mano.

No soy yo quien se confía con estas cosas, que hasta que no vea la luz del final del túnel no me lo creo. Y debo reconocer que soy de los que cuando entro en un paso de ese tipo sólo me interesa el sitio por el que voy, que el final y la luz llegarán en su momento. Entrar en un túnel, por corto que sea, y tratar de ver el final antes de tiempo son ganas de amargarse la existencia. Nines es de esas. El verano del 2018 fuimos a Turín en el coche. Cogimos la ruta de Grenoble, por lo que atraviesas un túnel en los Alpes que tiene unos quince kilómetros. Conociendo la impaciencia de las mujeres, salvo honrosas excepciones, si las hay, le pedimos mi sobrino Jesús Marcos y yo que cerrara los ojos y no los abriera hasta que se lo dijéramos, y que, si podía, se durmiera. Quince kilómetros de túnel no se acaban nunca. Y menos para alguien impaciente. Pues eso, por quien no sepa armarse de paciencia, por mucho que se anuncie la apertura de los cerrojos en pocos días, nunca se verá el final. ¿Te has enterado, tío Carlos?

Diré que esta mañana, en mi etapa ciclista, he visto un reportaje sobre “Dos Papas para dos milenios” –ese es el título-, referido a San Juan Pablo II y a Benedicto XVI. Ha estado bien. Interesante. Hoy ha sido una hora y veinte minutos. Sigo sin poder abrir las tripas del control de la bici para cambiar la pila y saber si me expongo a una multa por exceso de velocidad o he de ir

por el carril de vehículos lentos. Mientras hacía la bicicleta, de vez en cuando miraba por la ventana, y veía las de los pisos de enfrente, pero de eso, querido Luis Albarrán Martín, no seas impaciente, hablaré otro día.

La mañana, en el despacho, ha sido ajetreada. No han faltado cosas, no, lo cual es bueno, pues nada más tedioso que ir a trabajar y no tener en qué, aunque en los despachos de los Administradores de Fincas siempre hay cosas por hacer y para hacer. Una de las cosas que hice fue probar mis habilidades manuales, para las que Dios nunca me ha dado dotes. Lo asumo. Si acaso apretar una tuerca o similar, y pare Vd. de contar. En uno de los pisos en los que hemos vivido se me ocurrió hacer un agujero para poner un cuadro. Si me descuido tiro con el panderete. Un desastre. Lo mío son los papeles, los bolígrafos, el teclado, las conversaciones amenas e interesantes, donde quien pregunte sea capaz de aguantar la respuesta sin necesidad de volver a preguntar antes de terminar de contestar. Eso es algo que me saca de quicio. Bueno, pues esta mañana he probado uno de los inventos esos que te llegan por el vídeo del teléfono, y me he fabricado una máscara, que no sé bien si vale para defenderse del coronavirus o para presentarme en la línea de salida del concurso de mamarrachos del próximo carnaval. Por si tienes curiosidad, y para que te rías un poco, que siempre viene bien, aquí se ve lo que he conseguido:



Como verás, estoy protegido ante los *petardazos* del contertulio de turno. Ah, y llevo, tal como prometí, la corbata negra. No me ha salido ningún salpullido ni cosa por el estilo al llevarla. Al contrario, experimento una sensación de homenaje respetuoso a los que han caído víctimas de la peste que nos asola. Cabe preguntarse si salgo así a la calle, con la máscara. Con la corbata por supuesto que sí. La respuesta la dejo al albur de cada uno. Ah!, se me olvidaba. En el ángulo superior izquierdo de la fotografía se ve una foto enmarcada. Es del actual Rey, de Don Felipe VI, de cuando era Príncipe de Asturias. Está dedicada a mi persona. Allí está. Y que conste que ha sido una casualidad el que ese marco aparezca, pues doy mi palabra de honor de que ha sido ahora cuando me he dado cuenta. Pues me alegro, la verdad.

Llegada la hora me encaminé a casa. Hoy tenía todo comprado. Hemos acabado con el arroz. Ya no hay más. Ya era hora. Camino de casa venía pensando en algo terrible que he leído en internet. A una familia de Madrid le perdieron el cadáver del padre, muerto a causa de la pandemia. Hay que imaginarse lo que tiene que ser que, además de no poder despedirte del moribundo, ni él de ti, que no den con su cuerpo hasta pasados no sé cuántos días. Debe ser tremendo. Y, lo peor, cuando te dan las cenizas vete a saber si no te asalta la duda de que no sean las de tu familiar fallecido y quemado. Espero que se lleve debidamente la identificación de los cadáveres, pues, de lo contrario se va a formar la de San Quintín. Eso sí, una vez hechos ceniza a ver quién averigua el ADN. Quise pasar página, y preferí ir por otros derroteros. Porque, como ya he dicho en alguna ocasión, o en más de una, ¿para qué recodar lo malo siendo tan bueno lo bueno? Además, aunque no seamos responsables de las circunstancias que nos rodean sí lo somos de las soluciones que damos a las mismas. Lo aprendí hace mucho tiempo, posiblemente en alguna lectura de verano. Por ello, aunque no seamos responsables de lo que está pasando sí somos dueños y señores de tratar de ver las cosas de una forma que no nos hunda. No es fácil, ciertamente, y cada cual tiene su forma de reaccionar, pero no se puede olvidar que de las consecuencias de esa reacción sí somos del todo responsables. Por eso mismo dejé de lado lo malo que estaba pasando para tratar, al menos hasta llegar a casa, en la bulliciosa soledad de la calle, pensar en otras cosas.

Es verdad que no es fácil desviar la mente sin caer en el peligro de dejarte ganar la partida por las circunstancias. Si no es el tema de los perfiles falsos en

la página del Ministerio de Sanidad es la inocente metedura de pata de un General de la Guardia Civil. Le tengo profundo respeto al Benemérito Instituto y a sus gentes, bien lo saben buenos amigos que tengo en el mismo. Siempre me he preguntado qué pintan en las comparecencias de los responsables de la crisis sanitaria los miembros de las Fuerzas Armadas y de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad. Las directrices de actuación, en este país, las marca el Ejecutivo, por lo que son ellos los que deben dar la cara. Los demás, a cumplir, y me consta que cumplen con creces y más. Lo sé por experiencia propia. Pero exponerlos, por la presión a la que una comparecencia de este tipo provoca, a un error, del todo involuntario e inocente, a buen seguro, y posiblemente sin querer decir lo que dijo, que se ha visto en televisión en directo lo que dijo, son ganas de indisponer a la opinión pública, deseosa de carnaza, contra unas entidades dignas de todo el respeto y la consideración de los españoles. La mía, al menos, la siguen teniendo. ¡A las órdenes de Vucencia, mi General! ¡Viva la Guardia Civil!

Cuando estoy a punto de terminar la crónica de hoy, más suave que las de otros días, que hay días de “calma chicha” en las singladuras largas, recibo un mensaje de alegría. De inmensa alegría. El Padre Juanjo, con quien fuimos a Tierra Santa, como ya sabéis, se marcha mañana a su casa, a la residencia de los Paules junto a la Basílica de La Milagrosa, en Madrid, con el alta médica. ¡Gracias a Dios! Me ha enviado el mensaje María José Giersiepen, compañera fraterna del viaje citado. Y también mejora mi amigo Juancho Zafra, con quien he podido hablar por videoconferencia, esas llamadas en las que la voz va por su lado y la imagen por otro, no acompasadas, lo que da lugar a escenas a veces hilarantes. Si es así, habrá que acostumbrarse. ¡Vamos, Juancho!, que de esta se sale. Un abrazo, amigo.

Y al respecto del santoral a que hago referencia bajo la firma de cada crónica –*que no traslado a este compendio que tienes en tus manos*–, y como sé que le va a gustar que lo diga, diré que mi tío Enrique Ambel Pérez, primo hermano de mi padre, me aclara que mi abuela Augusta le rezaba a San Expedito, a San Pancracio, a San Vicente, a San Ramón y a San Augusto. ¿Queda alguno en el santoral al que no le implorara? Lo hacía después de rezar el Rosario, con las Letanías en latín, como eran siempre. Lo hacía todos los días, por lo que no sé si la escuchaban o no, pero rezados quedaron. Esta aclaración

me la hace también mi tío Carlos Albarrán Ambel. Pues lo pongo, para que sepan que me he enterado. Pero mi abuela era devota también de San José. Hoy voy a repetir foto de despedida. La que viene ahora es del San José que ella tenía en su alcoba. Como Don Celso es muy devoto suyo, se la dedico.



Día 38°

Martes, 21 de abril del 2020

Hoy es martes, 21 de abril, y...



...hay quien pensaba que no iba a aguantar.

Y, sin embargo, aquí seguimos. Y digo seguimos porque, en quien pienso, lee lo que yo escribo. O eso me dice. Y eso que al principio era reacio, porque decía que era muy largo. Más largo es un día sin pan, se ha dicho siempre. Y si no, tal como están las cosas, que se lo pregunten a la enorme cantidad de españoles, por centrarnos en nuestra tierra, que han visto mermados, cuando no anulados del todo, sus ingresos, los que le valían para llevar el pan a su casa y dar de comer a sus hijos. Para ellos sí que se está haciendo esto largo. ¡Eterno! ¿Quizá definitivo? Para los demás, a buen seguro, se harán largas las consecuencias, que nos afectarán a todos, tarde o temprano. Y cuando llegue ese momento habremos de darnos cuenta y ser conscientes de que de nada vale hacer grandes proyectos para nuestra vida, y creer en ellos, y ansiarlos, lo que no deja de ser legítimo, siempre que no sea a costa de anular las aspiracio-

nes de los demás. Y, por consiguiente, y de no hacerlo así habremos perdido el tiempo miserablemente, sin envejecer en las barricas, o barracas, en que ahora estamos reservados, asumiremos, puede que con gran sorpresa, que la vida es grande, enorme, sólo con pequeñas cosas, o, al menos, reducidas en relación a lo que buscábamos antes de toda esta crisis. Y, por tanto, si hemos aguantado, es para que nos demos cuenta de que somos capaces de prescindir de mucho, y que se puede seguir viviendo día a día, minuto a minuto, sin tener nada... de lo que antes teníamos. Y digo antes porque, si hemos aguantado habremos tenido la ocasión de ver y experimentar que nuestra de vida de ahora nos ha dado la ocasión de disfrutar del todo de muchas cosas, de muchas experiencias, de muchas personas, aunque no estén cerca físicamente, de muchas sensaciones, que son el todo en comparación con la nada en la que antes basábamos nuestra existencia.

¿Quién no ha conocido mejor a los que tiene cerca, a su mujer, a su marido, a su pareja –por hacer concesiones a la modernidad que, confieso, tanto me cuesta admitir, y por ello me resisto-, a sus hijos, a sus compañeros de trabajo, a sus vecinos...? ¿Quién no se ha dado cuenta de que ahora conoce mejor a quienes viven a su lado, para los que era un desconocido hasta hace treinta y ocho días? ¿Quién no ha experimentado la sensación alegre de ver que el vecino, desde la ventana de enfrente, también sonríe? ¿Quién no se ha dado cuenta del valor que tiene asomarse a una ventana todos los días, a respirar, cuando antes lo hacía en plena supuesta libertad, sin caer en la cuenta del valor que tiene una simple aspiración de aire por las narices? ¿Quién, que antes renegaba del espacio de su casa, no se ha dado cuenta, si ha estado confinado quince, veinte o treinta días, en una habitación, a solas, que tenemos más terreno del que de verdad necesitamos? ¿Quién no se ha dado cuenta de que el tiempo vale lo que vale, porque antes se creía que se era dueño de cada minuto de la vida, cuando resulta que somos nosotros esclavos de ese tiempo que, ahora caemos, no hemos sabido aprovechar con los dones que Dios ha puesto a nuestro servicio y con la inteligencia que nos ha sido dada por el Creador? ¿Quién, Señor, me pregunto –y lamento que algunos piensen que voy por derroteros demasiado religiosos, porque no pienso renegar de la Fe de mis mayores, y de la mía- no se ha dado cuenta de que la vida es el don máspreciado, hasta en las mínimas cosas, cuando ha visto y ve que amigos,

conocidos, familiares, o desconocidos, acaban su periplo vital sin llegar a la meta que ansiaban por un minúsculo bicho se ha apropiado de sus ilusiones y de sus pulmones? ¿Quién no se ha dado cuenta de que ha podido ser él el intubado, despedido e incinerado, y enterrado como a escondidas, en lugar de quien, hace tres días con pasado mañana, andaba por la acera de enfrente de su casa o vivía en el primero del bloque?

Y así podría seguir preguntándome hasta llenar, querido Padre Torres, no catorce o quince páginas, sino todas las de mi vida, que espero sea larga, pues aunque no tengo miedo a la muerte, a la que ya he visto cara a cara, aunque estuviera yo dormido y ella despierta y al acecho, no tengo ganas ninguna de abrazarme a ella, que ya llegará el momento de entornar la última estrofa de la *Canción del Legionario*. Si has llegado hasta aquí, y no has abandonado la lectura de esta crónica pero no has tenido el valor de responderte a las anteriores preguntas, en la intimidad solitaria, como yo las escribo, hoy, a las seis y diez de la mañana, es que no has sabido aprovechar plenamente los treinta y ocho días que llevamos de confinamiento, y que, en lugar de sacar partido a cada minuto de ellos has tirado por la borda la riqueza que supone vivir un solo segundo. Y, por supuesto, ahórrate en pensar que se lo sacarás a los venideros, que, dicho sea de paso, pocos o muchos, según se mire, aún te quedan. ¿Me has entendido? Mejor dicho, ¿me he explicado? Pues... ¿estás aún a tiempo de conseguirlo!

Llegado a este punto, y antes de vestirme, que hoy no hago bici, pues en todas la carreras ciclistas hay algún día de descanso, para ir al Centro de Salud a hacerme un análisis, programado en su día, retrasado por el chisme este que nos afecta y vuelto ser llamado para hoy, quiero dedicar un recuerdo afectuoso a una persona que no he visto más que una vez en mi vida, o quizá dos. La última, si hubo una primera, fue en la toma de posesión del actual Primado de España, Arzobispo de Toledo. Es la Hermana Isabel María Pozo, religiosa de la Congregación de las Hermanas Carmelitas de la Caridad de Vedruna, de Cáceres, y ha estado en la Secretaria Particular de Mons. Francisco Cerro Chaves en su etapa como Obispo de Coria-Cáceres, a la que mi hermano Rodrigo, que allí vive, le envía puntualmente mis crónicas y, según me dice, las espera como agua de mayo. ¿Te das cuenta? Si alguna de mis abuelas viviera, porque está feo que lo diga yo, diría: “*Esa monja sabe aprovechar el tiempo*”. ¡Gracias, Sor Isabel!

Como he dicho, he ido esta mañana al dispensario. Estaba citado a las ocho y media de la mañana. Como acostumbro, a pesar de tener controlado el tiempo que se tarda en llegar desde casa como si de una línea regular de autobuses se tratara, he llegado con algo de adelanto. No me importa esperar, sí que me esperen, o que me hagan esperar. La enfermera se llama María José Bermejo, y es un encanto de persona. Me ha sacado la sangre. Soy de los que miro a la aguja cuando me van a dar el pinchazo. No me asusta. También soy algo correoso en eso de las venas, y hay que andar palpando un rato en cada brazo hasta que den con la adecuada. A mi lado, en el cubículo de la derecha, una joven con edad de noctámbula marchosa berreaba antes, incluso, de sacar la aguja del envoltorio. Para otras cosas no tienen problemas, ni miedos, ni recatos. ¡Vaya juventud! He tenido que ponerme a hablar con ella para calmarla. Parece que dio resultado, y aprovechando el despiste, ¡zas!, y no se quejó, lo que indica que el circo que algunos montan en el momento del análisis es eso, circo, puro circo. Bueno está.

Confieso que, al regreso a casa, iba mirando todos los bares, a ver si había alguno abierto. ¡Qué ganas de una tostada con aceite, y jamón, y tomate, y lo que le quieran poner encima! O esas migas con huevo frito, ¿verdad, Manuel Montis?, ¿verdad, Padre Torres?, que nos hemos tomado de vez en cuando en La Bomba... ¿Ves? Cuando no tienes las cosas al alcance de la mano, de la boca, es cuando las echas de menos y las valoras, y das el mérito justo a quien las hace, a quien está detrás del fogón, sean Jesús Ferrer o su sobrino Carlos. O a quien te las sirve con agrado, como Gloria, o Víctor, o Justin... Hoy te las puedes servir tú mismo, pues las tienes al principio. Lo gordo es que, al llegar a casa, Nines me ha dicho que ella pensó que me quedaría a desayunar en alguna cafetería. ¿En cuál de ellas, prenda mía? Pero lo mejor es que añoras algo sencillo, nada complicado de hacer. Algo que sólo lleva pan, o aceite y ajo, o un huevo... ¿Ves cómo con lo más sencillo puedes hacer un momento grande? Yo no sé hacer migas, sé cómo se hacen. Las hace mi amigo el Fiera, José Manuel Corrales, y las hace buenas, muy buenas. El otro día, en un encuentro casual en la calle me pasó un envase con la misma cautela de quien le pasa a otro una papelina. Y el Padre Torres -hoy me ha dado por él, con lo que Luis Albarrán Martín estará contento- me tiene prometidas unas migas hace no sé cuántos años ya que ni me acuerdo. Eso sí, yo puse, y la tiene él, la botella

de Chinchón con más grados que el asfalto en verano. No es justo. Querido Padre Torres: Nines y Felipe han cumplido, Vd. no. Claro, que lo que no es en Santa Lucía es al otro día, pero... ¿de qué año? Pues, si con lo más sencillo puedes hacer un momento grande, ¿por qué no aprovechas el tiempo, cada segundo, cada minuto, para, en lugar de lamentarte y quejarte por la situación, hacer del momento en el que vives algo lleno de ilusión y de emoción? Siempre tenemos recursos para ello.

“Houston, tenemos un problema”. Llegado a casa, tras desayunar, y una vez se fue Nines el Juzgado, que *“el buey solo bien se lame”*, decidí cocinar las habas que ayer mañana me regaló Julio Valiente Nieves, con una docena de huevos. Todo marchaba de lujo, pero el problema vino cuando puse la olla exprés al fuego, pues al rato empezó a gotear por la tapa. No sé si es que la goma de la tapa se ha dado de sí o de no, o no la coloqué bien, o se ha visto alterada después de los sucesivos usos y lavados en el friegaplatos. No lo sé, porque no entiendo de ello. Conseguí solventar la cosa como pude, pero las habas se hicieron. Son para mañana. Llevan jamón. Ya os diré, aunque el regresar a casa desde el despacho las he probado, por si hay que rectificar. Están buenas. Visto el problema, y como le tengo pánico a que la olla pudiera reventar en el momento menos pensado, porque la cocina se pondría como un chiquero y mi mujer me abroncaría, con razón, no sé si podré volver a usar la olla más veces, pues no tengo goma de repuesto. Ni de esa ni de ninguna. Ya os contaré.

Como os dije antes, fui esta mañana el dispensario. El mío es el de Los Pinos. Estaba citado a las ocho y media de la mañana. En tiempos normales, los de antes, a los que no sé si definir como de la “normal anormalidad”, a esa hora los pasillos del centro serían una feria, entre las esperas, los que se sacan la sangre, los que entregan la orina, los sanitarios a lo suyo, los celadores llevando en sus manos las historias y las histerias de los enfermos en sus manos... Hoy, daba pena, pero pena. ¡Nadie! En mi pasillo, el de la primera planta, una señora en espera de que la atendieran y le succionaran la vena. Otra joven, o medio joven, distinta a la del berrinche, iba a lo mismo, supongo. Algunos otros “clientes”, muy pocos, enfilaban la subida a la segunda planta. Al entrar, me pregunta el enfermero de puerta que por qué no llevaba mascarilla. Mi respuesta fue clara y rápida: *“Dígame dónde la puedo comprar”*. No hubo respuesta, sólo una sonrisa que no acabo de comprenderle el significado. Casi

mejor. Nos dio, porque estábamos dos en esa situación, una mascarilla a cada uno. Lo mismo que el otro día en la calle: cogidas por sus dedos en plan tenaza. Sí, tenía guantes, pero... ¿dónde los había posado antes? O cada mascarilla viene en su envase o no vale de nada, pero de nada, tanto consejo precautorio. Le pregunté si era de un solo uso a una de las enfermeras de la sala de extracciones. Me dijo que sí pero que, como no hay más, las usan más veces. Me la traje a casa, aunque confieso que nada más salir del edificio me la quité. Se me empañaban las gafas. Si no me lleva por delante el coronavirus lo hace el tropezón que hubiera dado al no ver bien las baldosas sueltas del acerado.

Estando en espera a la extracción pensé en todos los miembros del mundo de la salud con los que tratamos en nuestra vida normal... o anormal: capellanes –perdón, pero debo respeto y precedencia a la clerecía-, médicos, enfermeros, auxiliares, celadores, servicios de citas y administración, personal de limpieza, cocineros, conductores de ambulancias, vigilantes de seguridad... No sé si quedo a alguien fuera de estas líneas. Si es así, que me perdone. Y se me hizo oír en mi interior un aplauso hacia ellos, una ovación interna como de esas de las vueltas al ruedo de Curro Romero en tardes de apoteosis faraónica, o en las de José Tomás presenciadas por Nena del Valle y José Luis Vasconcellos, con su nieto Gonzalo Pérez-Miranda del Valle... Una ovación clamorosa, por cuanto hacen. Pero no sólo por cuanto hacen ahora, no, sino por cuanto vienen haciendo con su personal esfuerzo y entrega en toda su vida profesional. Sé que hay elementos entre el personal citado que pueden distorsionar lo dicho y traten de asumir unos aplausos que no van con ellos. Pasa en todos los estamentos, profesiones, oficios y beneficios. Mi ovación es, y así lo he podido comprobar personalmente desde hace mucho tiempo, que una vez que entras en el circuito sanitario no hay forma de salir de él, lo que no sé si es bueno o malo, allá cada cual, digo que mi consideración hacia todos ellos es por lo que luchan a diario en pro de la vida y de la calidad de la misma de quienes caen en sus manos. Yo soy ejemplo de ello. Cada cual cuenta la feria como le va en ella, es cierto, pero hay que ir con dos disposiciones: una, que son humanos, como los demás, y que pueden cometer errores; y, dos, que a veces somos los enfermos, o acompañantes, los que vamos predispuestos a buscar sólo lo malo, el fallo, sin apreciar lo bueno, la sanación. No dudo tampoco que, en ocasiones, y depende del lugar, se enfrentan a escasez de medios

en esta Sanidad nuestra, la de España, que digan lo que digan, y por mucho que ahora pase lo que pase, es la mejor del mundo. ¿Lo repito? Y, además, es universal, y te tratan sin preguntar procedencia, religión, ingresos en tu cuenta bancaria, títulos o prebendas. Allí no eres excelentísimo o ilustrísimo: eres queridísimo. Sí, esta es mi visión del personal sanitario. No me hace falta salir a aplaudir ahora, en estos días, porque, y he incrementado el tamaño de las letras de vuestros nombres, Elena, Adolfo, Rafael, Juan José, Manuel, César, Isaac, Alfonso, Javier, María José, María Eugenia, Paco, Concha... yo os aplaudo, y lo llevo haciendo, todos los días de mi vida, que no sería tal con la calidad que tengo, sin entrar en detalles, si no es gracias a vosotros, y a que respeto, que también cuenta, vuestras indicaciones. Poned a continuación del último de los nombres citados, que todos tienen sus apellidos, a toda la lista de nombres propios, sencillos o compuestos, de los que se nutre la Sanidad extremeña. No retiro una sola letra de lo que acabo de escribir, porque hacerlo supondría negarme a mí mismo una de las características que más valoro de la persona: el agradecimiento. Y no me voy a negar algo que siento como el aire que respiro. ¿Me he explicado? ¿O lo repito?

Y aunque algunos digan, ahora, habiendo sido sobrepasado el sistema con las circunstancias actuales, y no sólo en España, que “*vaya Sanidad que tenemos*” para criticar la misma, diré que el equipo humano es el mismo que el de antes, bien es cierto que incrementado temporalmente, y que, como ya he dicho, es el mejor sistema sanitario del mundo. Y que es posible que sea susceptible de mejora en cuanto a medios, es verdad, como, por ejemplo, una alcoba por enfermo, aunque sean más chicas. Y aparatos de todo tipo, que se admiten todos, los donados por Amancio Ortega los primeros. Y muchas mejoras en más aspectos, es verdad. Pero nada de ello empaña la calidad de la sanidad en España. Y desde aquí digo que prefiero más inversión en sanidad que en celeridad, que no preciso tanto AVE –sé que me va a crucificar más de uno, y me importa un pimiento- para ver pasar los cortijos de veinte en veinte, o para que a trescientos kilómetros por hora se le vaya un buje y vayamos los viajeros a hacer puñetas, volando con las maletas. Y que no preciso intentar apropiarme del don de ubicuidad, que parece que es lo que la gente quiere hoy día. Sigo prefiriendo el romanticismo del viaje de cuatro horas o cinco a Madrid, en coche o en AutoRes, con paradas que te permitan

darte cuenta que estás de viaje, lo que es muy bonito. Y que no me importa pagar más impuestos para garantizar mi salud y mi atención el día en que sea viejo, si no lo soy ya, que mayor es otra cosa. Pero, claro, hoy todo el mundo quiere la estación de tren de última generación en la puerta de su casa, y las autopistas dos calles más allá, y el avión a un tiro de piedra de casa. Y conste que digo sí a un tren digno, que te permita ir disfrutando del bello paisaje que atravesamos, a precios a los que todo el mundo, digo todo el mundo, pueda acceder; y que digo sí al avión, pero, ojo, que lo pague quien lo necesite, y no sea sufragado con el dinero de todos, que muchos, la gran mayoría, no pueden usarlo por varias razones, el precio una de ellas; y que digo sí a ir por autopistas, que no me importa sean de pago mientras haya carreteras bien mantenidas que permitan a todos ir de acá para allá. Ah!, y a mí, hoy por hoy, no me sobra el dinero, conste. Pero... nadie se acuerda de lo importante que es invertir en una sanidad de calidad hasta que protesta por ella. Así nos va.

Por eso, hoy, mi foto del adiós, o del hasta mañana, os la dedico a todo el personal sanitario, y os pongo una que hice esta misma mañana, en el dispensario, centro de salud, ambulatorio o como cada cual quiera llamarlo. Porque yo, hoy, ayer, siempre, y mañana, voy a considerarlos como una parte de mi casa, y a vosotros, queridos sanitarios, de los diferentes centros y sanatorios os voy a llamar... ¡queridos hermanos! ¡Muchas gracias!



Día 39º

Miércoles, 22 de abril del 2020

Hoy es miércoles, 22 de abril, y...



...llevo tarareando toda la noche, como si fuera Chaim Topol en el tejado, pero sin violín, una coplilla: ¡... *si tuviera niños... tiroriro tiroriro tiroriro tirorá...*! Nunca se me ha dado a mí eso de aprender la letra de las coplas que oigo, al menos a la primera y sin el libreto por delante. Creo que se debe a mi problema de audición. Por lo tanto, no sé cómo es la de la melodía esa de inicio, la original de la película, por lo que me conformo por imitar a la de *El Violinista en el Tejado*. Por desgracia, es la segunda vez este año que se me viene esta copla a la cabeza. Espero, y deseo, sea la última. Pero lo que sí tengo claro es que mi inteligencia, por corta que sea, me plantea una serie de dudas a las que, por fidelidad a los principios fundamentales de mi existencia, que no del Reino, me someto, y me importa un comino, con perdón, si el verdadero problema de mucha gente de todo el mundo, no sólo de España, es que son tan imbéciles, y siento decirlo, a causa de la seguridad que muestran en sí mismos, cuando los acontecimientos están demostrando que, hoy por hoy, nada hay seguro y nadie debe estar seguro ni de uno mismo ni sentirse seguro de los demás.

Esto viene a cuento de los niños, seres adorables, ¡cómo no!, necesarios, ¡cómo no!, siempre que no molesten y alegren el paisaje. En tal caso, que los aguanten sus padres. Pero no voy por ahí, porque comprendo que ahora están pagando el pato de las actuaciones de los mayores, o de algunos de ellos. Pero, ojo, y no se olvide, no lo pagan más que los mayores, los verdaderos olvidados de todo este lío del montepío de iluminados que marcan las directrices que los demás, que nos sentimos apagados, hemos de cumplir. Porque los mayores, muchos de ellos, sobre todo a partir de ciertas edades, van a pagar los platos rotos de las decisiones tomadas tarde y mal. No puedo decir que no hubiera que haberlas tomado nunca, porque los hechos han demostrado que, tarde o temprano, algo habría que hacer. Me temo que más de un anciano, que antes de la entrada en el chiquero de esta sin par corrida, por hablar en términos taurinos, tan desaparecidos esta temporada que no llegó a empezar cuando se acabó, digo que más de un anciano o persona mayor que se encontraba bien, cuando salga de nuevo a la calle correrá el riesgo del aturdimiento, del despiste, de la desorientación, del miedo a volverse a enfrentar a la realidad de antes, que la que venga no sabemos cómo será. A algunos se les habrá olvidado casi andar, y no querrán ir solos por la calle, y tendrán miedo de que se les acerque alguien a interesarse por ellos, pues temerán que le pegue hasta la fe de bautismo. Al tiempo. No necesito ser geriatra para intuirlo.

Pues, volviendo a los niños, si yo los tuviera bajo mi gobierno, si fueran los míos, no salían a la calle de forma ninguna, y no por miedo a la pandemia, sino porque da la sensación que entre los socios mandatarios de este país, que cada cual va a su negocio, usan a los niños como pelotas de ping-pong, para ver quién puede más, quién sabe más, quién se gana antes la confianza del votante, en una lucha de poder que, para los demás, es desesperante. Y los míos no entrarían en ese juego. Ahora bien, me pregunto, porque aquí nadie sabe nada de nada, qué han dicho los especialistas pediatras al respecto. Pero también me pregunto si los niños, potenciales, como dicen, transmisores de la enfermedad aunque no la padezcan, que eso he oído, no serán un peligro para otras personas. Y me pregunto si a ellos no se les puede contagiar. Y me pregunto si no es mejor dejar salir a las personas mayores, como mi madre, con cerca ya de 92 años, o mi tío Carlos, que está, dice, en una cárcel sin barrotes, y que se siente, algunos días, desesperado. Y me pregunto si alguien va

a controlar los tiempos de paseos de los menores, y si hay que llevar el Libro de Familia, o el certificado de nacimiento, o se presume que el niño es del mayor que lo lleve. Pero lo que de verdad me gustaría saber es por qué cambian de manera de pensar cada vez que algún miembro del Gobierno mira con ojos golositos a otro, y con la mirada le advierte que hace lo que le dice o se lo come sin necesidad de estar acompañado de patatas fritas.

Así que menos guasa con los niños, menos hacerlos diana de tiroteos políticos y de luchas de poder y más pensar en que, si hay personas que necesitan ver la luz, salir a andar, a estirar las piernas, a recuperar el tono vital que antes tenían, son las personas mayores, y que, como más sabe el diablo por viejo que por diablo, sabrán de sobra defenderse, con las medidas precisas, y que, por supuesto, tomarán cuantas medidas precautorias consideren de aplicación porque no quieren morir, que el deseo de marcharse de este mundo es inversamente proporcional a la edad de las candidatas al adiós definitivo por razones de tiempo vivido. Además, los niños de ahora están muy desprotegidos, en comparación a los de mi generación. A ver, me explico. Cuando yo era niño, ¡... *tiroriro tiroriro tiroriro tirorá...*!, nos comíamos la jícara de chocolate caída del pan al suelo tras limpiarla con los dedos sucios de habernos barreado, de barro, cuanto podíamos; o, si estabas en el campo, daba igual que hubieras jugado en el pajar o en el gallinero, que el polvorón de *Inés Rosales* iba para el buche sin tanto lavoteo ni historias de histerias; o, si tenías de buen humor a la mucama de turno, te comías las quisquillas o camarones que, en la esquina del Ayuntamiento, te despachaba en un papel de estraza, previamente hecho cucurucho con los dedos pasados por la saliva por el viejete de la cesta, sin que te entrara diarrea o disentería alguna, y tras haber estado al sol del verano pacense desde vete a saber cuándo; y no digamos si te entraban ganas de coco, y lo cogías del puesto del feriante, que tenía las uñas como la ruedas de un coche... de negras; o si te raspabas la rodilla, cosa normal por el estado de las calle o patios de colegios, te sacudías la herida y así quedaba, sin que nadie se planteara coger peste alguna... Y así podría seguir. Lo mismo que ahora. Y al igual que los niños los mayores, y nadie se moría a no ser que te entrara el cólico miserere, o se muriera uno de repente, que es como se ha muerto siempre la gente de bien. Y de mal, que la muerte no entiende de calidad humana.

Cuando estoy escribiendo, algo tarde hoy y con ideas deslavazadas, me llega la noticia de que a Mons. José María Gil Tamayo, Obispo de Ávila, le han dado el alta hospitalaria, después de no sé cuántos días en el sanatorio, de donde ha salido sano. ¿Ves, querido Jacinto Ortiz, por qué me gusta llamar sanatorio al sanatorio? Y por eso, en homenaje al Prelado abulense he querido poner al principio la fotografía del día de su toma de posesión, hace un año, cuatro meses y siete días, para ser más exacto. Y, en el abrazo de la imagen va el más fuerte y afectuoso si cabe que ahora le mando, agradeciendo a Dios su recuperación, y deseándole que se reponga del todo. Testigo de aquel momento fue Manuel García Cancho (+), buen amigo, que se hubiera alegrado, igual que yo, del alta hospitalaria de Don José María. Y por si alguien se pregunta quién es la mujer que está por delante del recordado Manolo, diré que creo que es mi parienta Carmen Flórez Montero de Espinosa, a la que le mando el mismo abrazo que al obispo. Y si no es, da igual, el abrazo es el mismo. Y detrás de Manolo se adivina la presencia de Fernando, hermano de Carmen, que me replica todos los días a la crónica queriendo ganarse mi favor, pero que le va a costar algo más de lo que piensa. Asumo que sólo él sabe de qué va el tema.

Y, hablando de recuerdos, debo uno especial a un buen amigo, que es José Enrique Moro Mediano. Tiene una hija farmacéutica, y me decía esta mañana que los boticarios son los grandes olvidados de los aplausos. Quizá ayer no puse con sus letras a este grupo de servidores de la salud, y que están al tanto de que a nadie nos falte la medicación que precisamos. No es mal gremio, aunque algunos, así ha sido siempre, son un pocos hoscos y malhumorados, sobre todo los que ya pintan ciertas edades. Me estoy acordando ahora de una farmacéutica de Villanueva de la Vera (Cáceres), en la que trabajaba una chica a la que yo rondé en algún momento. No pongo el nombre no sea que cause un disgusto familiar, no en mi caso, sino en el suyo, que nadie sabe las malas pasadas que causan los celos. Pues sí, era algo antipática la buena señora, la boticaria, y parece que no le gustaba mucho que yo fuera a buscar a la manceba, también boticaria, y que nada tenía que ver, por lazos de sangre, con la titular del negocio. Ya lo creo, José Enrique, que también merecen agradecimiento los farmacéuticos, entre los que está tu hija Berni, allá en Cifuentes (Guadalajara), o mis amigos Cecilio Venegas Fito, que los representa

a todos, a los de Badajoz; o José María Solís Cuesta, a quien gustan mucho mis crónicas –eso me dice y me creeré, claro–, o Joaquín López Blanco; o Loli Vara Muñoz-Casillas, a quien mando mucho ánimo desde aquí; o Javier Gridilla Saavedra; o mis primas Almudena Albarrán Sanz-Calcedo, y Susana y María Albarrán Liso, o mis también parientes Joaquín Albarrán Hinojosa y Arcadio Albarrán Fernández de Soria... A todos ellos, en nombre de todos los demás miembros de la honrosa profesión, mi aplauso. Y para acabar con las palmas, también, digo yo, a los carteros, repartidores, panaderos, vendedores, empleados de tiendas y supermercados, basureros, barrenderos, albañiles, fontaneros, antenistas, electricistas... ¿verdad, Marcos, Iván, Tina, Ana, Jesús, Jordi, Francis, Manoli, Tomás...?

Empecé la jornada temprano, a las seis de la mañana. Hice bicicleta, una hora y veinte minutos, mientras veía la que creo es la mejor intervención parlamentaria no ya de los tiempos actuales, sino desde aquella época maravillosa del parlamentarismo español de los tiempos de la restauración canovista, en el último tercio del siglo XIX, o del primer cuarto del siglo XX. Esta intervención de la que hablo fue protagonizada en el año 2017 por un político honrado a carta cabal, único en su estilo, de altura política indiscutible, si acaso timorato y algo acomplexado en hacer uso de mayoría aplastantes, por respeto a quienes no pensaban como él o la gente que lo había llevado a la cumbre. Una intervención donde, con la mayor de las elegancias y sutilezas supo decirle a alguna que otra persona, o a dos concretamente, lo que tuvo que decirles, con todas sus letras, y ponerlos en su sitio... ante la opinión pública, aunque el que de verdad les correspondía era en la puñetera calle, llamada Carrera de San Jerónimo, por no sacarlos por la puerta trasera, que es lo que se merecían dos pamplineros que han engañado a un buen puñado de gente haciéndoles creer que eran la salvación del mundo. Pues este político, por el que he profesado sincera admiración, y que ha sido objeto de ataques sin conseguir tirarlo al suelo, y por mucho que algunos digan que es causante de los que ahora vivimos, que la libertad de expresión es de balde, de momento, me entretuvo la etapa ciclista durante una gran parte de la misma, y no me hubiera importado alargar el paseo de haber seguido hablando. He guardado la grabación, porque la voy a usar en los momentos de ánimo bajo, ya que la verdad, la claridad, la rotundidad y la serenidad me elevan el espíritu, en con-

tra de la mediocridad y la imbecilidad de más de uno de los que hoy por hoy, y no digo nombres, conste, pueblan los escaños de la Cámara de Diputados. He dicho. Quien quiera el video se lo mando. No tiene desperdicio.

Pasé, camino del despacho, por un edificio, a ver un tema de avería en un bajante. Llegué a la oficina, donde sigo entrando como un maleducado: a patadas. Acabado lo que tenía que hacer, me aventuré a llevar a casa de mi suegra una tarra de aceite Morubio, de Monterrubio de la Serena, de la cooperativa La Unidad, de cinco litros. Nadie por la calle. Vas con sensación de ser *Robinson Crusoe*. No entré en casa de mi suegra, Angelines, que tiene más de 93 años, y no es cosa de poner a nadie en riesgo. Bajé la calle la Sal, hoy Arias Montano, y fui al restaurante de Guti, la *Abuela Justa*, donde sirven comidas para llevar. Me agencí pollo al ajillo, que de primero teníamos las habas de ayer. Mientras me preparaban la ración giré la cabeza a la derecha, que es hacia donde suelo girarla siempre, por natural inclinación, y vi una imagen que me enterneció de alguna forma. Vi a una persona rezando, a solas, ante la puerta de la ermita de la Soledad, donde estaba la Soledad... sola. En soledad. Me hubiera gustado meterme en la cabeza de la persona que implora-



ba, a buen seguro, por cuanto rodea a las circunstancias que vivimos, y conocer los entresijos de la plegaria. Conozco a esa persona, pero no diré quién es, que tomé la foto a traición. Ella se dará cuenta cuando lea esta crónica. Lo que sí sentí fue agradecimiento, porque de la oración de una persona se derivan beneficios para todas. Y eso es de agradecer. Por eso, en señal de agradecimiento a esa oración, que es de todos, voy a poner, como despedida esa fotografía. La imagen vale más que mil palabras.

Día 40º

Jueves, 23 de abril del 2020

Hoy es jueves, 23 de abril, y...



...es el día de San Jorge, y... por tanto, con el permiso de todos los que leáis estas crónicas, debo comenzar por referirme a la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, de la que soy humilde Caballero de Iure Sanguinis. Y quiero hacerlo, en primer lugar, solicitando el amparo de nuestro Santo Patrón en esta aciaga temporada que vivimos, y lo que venga detrás. Si venció al dragón, es posible que también nos eche una mano, si pedimos con fe, ante la fiera que ahora nos tiene cogidos. Y, por supuesto, quiero felicitar, y en su persona a todos los miembros de la Orden en España, a nuestro Gran Maestre, Su Alteza Real Don Pedro de Borbón-Dos Sicilias, Duque de Calabria, Jefe de la Casa Real de las Dos Sicilias. Acepte, Señor, de este humilde Caballero, el testimonio de especial consideración y lealtad.

También diré que he hablado esta mañana, y nos hemos felicitado mutuamente, con el Presidente de la Real Comisión para España, Excmo. Sr. D. Álvaro Zuleta de Reales y Ansaldo, Duque de Linares. Y por mensaje lo he

hecho con el Gran Canciller, Excmo. Sr. D. Carlos Bárcena y Portolés, y con el Vice-Auditor General, Excmo. Sr. D. Amadeo Martín Rey y Cabieses. Y, por supuesto, aunque se den genéricamente por felicitados con lo antes dicho, no quiero dejar de enviarles un abrazo a los Ilmos. Sres. Delegado para Extremadura, Fernando de Vargas-Zúñiga y Mendoza; al Capellán de la Delegación en Extremadura, Alejandro Espíritu y Fontes; y los Caballeros de esta Delegación, Francisco Javier Fragoso Martínez –sí, sí el Alcalde de Badajoz-, Pedro Tomás Nevado-Batalla, Manuel Godoy Nieto y Víctor Caro Gil. Añado a ellos dos con los que tengo especial relación: Luis Alberto Valero Aranda, de Córdoba, y Antonio Calvo Rubio, de Santander, así como, por cercanía, a nuestros hermanos portugueses.

Debo decir que la Orden Constantiniana está trabajando en estos días en ayudar a mucha gente necesitada, a través de colaboraciones con entidades diversas, allá donde tiene presencia y puede, encaminadas a paliar la situación precaria en la que muchos viven hoy. Es una forma más de hacer patente nuestro fin: la defensa de la Fe Católica y el ejercicio de la Caridad. Y me pregunto si hay mejor forma de mostrar nuestra creencia en Dios, y defender la misma, que ayudar a los ahora afectados por múltiples circunstancias derivadas de la situación que vivimos. Y no digo esto para que se diga que si somos buenos o no, sino porque quiero que muchos sepan que una institución como la Constantiniana no se dedica sólo a lucirse en algunos momentos y airear capas e insignias, que son nuestras señas de identidad formal, pues no es nuestro fin, sino que estamos cuando hay que estar, donde hay que estar y con quien hay que estar, que es nuestra seña de identidad espiritual.

Y como hoy estamos de fiesta, aunque sea con sordina por los lutos que sentimos, no quiero dejar de homenajear a mis compañeros con la siguiente fotografía, que corresponde a la I Jornada Hispano-Portuguesa de la Sacra y Militar Orden Constantiniana, organizada por la Delegación de Extremadura, y que tuvo lugar el pasado 26 de octubre. Y por eso pongo la fotografía siguiente, en la que, dicho sea de paso, posa con nosotros el Arzobispo de Mérida-Badajoz, Mons. Celso Morgia Iruzubieta, mi querido Pastor; el Deán del Cabildo Catedral, M. I. Sr. D. Pedro Fernández Amo, y el Capellán de la Delegación para Extremadura, a quien ya cité anteriormente. A su vez, la fotografía de inicio, de 8 de mayo del 2018, es del día de mi cruzamiento como

Caballero de Iure Sanguinis, en Madrid, en la Catedral Castrense, y recoge el momento en el que Don Pedro me impone el hábito.



Visto lo anterior, vamos a más cosas, que hay varias, así que llegaré hasta donde crea, para que el Padre Torres no se lleve las manos a la cabeza por el número de páginas, que, sean las que sean, se las llevará. Me dice Javier Medrano Cuesta, *Chocolate*, que el vendedor de quisquillas que se ponía en la esquina del Ayuntamiento de Badajoz, debajo de la placa que dice “Plaza de España”, y tiene el escudo almenado, no coronado, y fue respetado en épocas pasadas –ahí queda eso-, digo que el vendedor de camarones puestos al sol de verano se llamaba Andrés. También es bueno saberlo. Gracias, Javier. Y Julio Valiente me dice que él, que tiene algunos años más que yo, también comía gambas en verano, pero que en su caso era peor el tema, porque a Hoyos (Cáceres), donde vivía y sigue manteniendo su casa, su corazón, su afición y su ilusión, y a los amigos su invitación, llegaban en camioneta desde Cañaveral. Esto me recuerda a un veterinario de Badajoz, un Señor de la Ciencia Veterinaria, y por eso lo pongo con mayúsculas, que se llamaba Ángel Robles Doblado (+). De Ángel daría para escribir “cienes y cienes” de páginas. Otro día será. Aquí lo traigo porque un día me contó que le dijo a mi abuelo Felipe, en El Novillero, que las sardinas se comían más frescas en La Albuera que en Badajoz, en los años aquéllos en los que Ángel estaba destinado en el pueblo

de la Batalla contra los franceses, y que fueron los primeros de la década de los cincuenta del siglo pasado, de 1951 en adelante. La razón la basaba en que a La Albuera llegaban antes que a Badajoz, en esas fechas en las que la forma de conservar el pescado desde la playa a los mercados de interior era a base de trozos de hielo y sal gorda. Y debía tener razón, porque me lo contaba con la seriedad que siempre ponía en las conversaciones, que era un tesoro mantener con él. Seguro que mi amigo Pepe León, veterinario de Montijo, hoy me hace alguna alusión.

Ayer dije que hoy, para dar muestra del esfuerzo humano de los sanitarios, iba a contar un episodio que me ocurrió allá por los años noventa y tantos, más bien avanzado los tantos. No recuerdo bien el año exacto. Toreaba Curro Romero en Huelva y decidí ir, como todos los años que lo hacía en la Plaza de Toros de la Merced, de la capital onubense. Se vino conmigo Ignacio Gridilla Martínez-Manzano, y nos llevamos el *Laguna* de su padre, Aurelio (+), porque mi coche debía estar en revisión o algo similar. El viaje transcurría sin incidentes, y, casi con seguridad, ya me corregirá si no es así, nos desvíamos de la ruta para ir a desayunar a José Vicente, en Aracena. A la altura de Beas, un pueblo de la provincia de Huelva, noté que una gota me caía de la nariz, llevándome la mano, en acto reflejo, a la misma, lo que hacemos todos cuando no podemos sacar el pañuelo. A ver quién lo hace con destreza y pericia para no matarse si va sentado conduciendo. Pero volvió a gotear, y esta vez me miré el dedo y estaba rojo, lo que me asustó algo. Lo comenté con Ignacio y decidimos desviarnos en Trigueros en busca de un dispensario, donde atendiesen la epistaxis que me afectaba. Llegamos al lugar buscado y nos personamos en el mostrador de Urgencias. Expliqué el caso y nos atendieron maravillosamente. Eso sí, aquello era terciarista. Es más, el galeno que me atendió nos dijo que a aquel centro de salud le llamaban "*Beirut*", por el estado en que estaba. No obstante ello, la atención del personal fue exquisita, sin tacha alguna, y esforzándose al máximo para que pudiera seguir, con mi compañero de aventura, el viaje al destino previsto. Seguimos ruta, eso sí, con la nariz llena de algodones, de tal forma que los orificios nasales parecían del tamaño de los ollares de una jaca percherona.

Llegamos a Huelva, buscamos a Ramón Olivares Durán, que entonces andaba con escarceos en el mundo del toro, llegando a ser novillero, y nos

fuimos a comer a La Plaza, un restaurante de Aljaraque, cerca de Huelva. Allí no pude más y me quité los remedios que me puso el médico de Trigueros. ¡Qué alivio! Comimos bien, mejor que bien y, tras dejar a Ramón con su familia, Ignacio y yo nos fuimos al Hotel Luz Huelva, donde habíamos quedado con Jacinto Ortiz Díaz, de Olivenza, buen compañero, con su hermano Jesús, de rutas “tarológicas” y “gastrológicas”. Íbamos a la caza del Faraón de Camas, para saludarlo. Lo hicimos en el momento en que Curro llegó al hotel. Al poco empecé a notar, de nuevo, el goteo impertinente. Pregunté por un establecimiento sanitario y nos indicaron uno cercano. A veces la gente tiene un concepto raro de la cercanía o lejanía. O los tiene cambiados, vete a saber. Allá que nos encajamos, andando, subiendo unas escaleras como si fuésemos a subir al campanario de La Giralda. Me presenté. Dije quién era: “*Buenas tardes, soy Felipe Albarrán, de Badajoz*”, como si allí supieran quien soy. Me da igual, pero es lo que hice. Me dio igual, quiero decir. La recepcionista puso cara de circunstancias. Normal. Pedí que me atendieran y lo hicieron. Les dio por meterme gasas en las narices. Debieron quedar sin existencias al botiquín. Pregunté cuánto debía, nos dijeron que nada, tras extrañarse de la pregunta, y nos fuimos.

Volvimos al hotel, y de allí a la plaza de toros. Recuerdo la localidad en la parte alta del tendido. Tarde de calor, asfixiante. Yo, a medio respirar, que aquello no dejaba pasar el aire. Hubo un momento en que ya no pude más y decidí liberar los ollares. Afuera telarañas, me dije. Y empecé a tirar la punta de la gasa. Aquello no acababa nunca de salir. Si me lo ponen en la cabeza me hubieran hecho un turbante. No volvimos a tener problemas de regreso a Badajoz. La asistencia sanitaria fue impecable, otra cosa fueron los medios o los sitios, que eran, sin duda, mejorables. Cumplo, con esto, la petición de mi sobrino Ignacio, y como poco cuesta hacer feliz a la gente, pues aquí lo cuento de buena fuente. Buena no, la mejor: me pasó a mí.

Uno de los mensajes que he recibido hoy me invita a una cacerolada el próximo sábado, pasado mañana, día 25, a las siete de la tarde, para pedir la dimisión del Ejecutivo actual. Iba a decir Gobierno, pero el gobierno es otra cosa distinta a lo que tenemos. Y que mandemos el mensaje a veinte contactos. Pues bien, ni voy a salir a cacerolazo limpio ni voy a mandarlo a nadie. Una cosa es que podamos criticar cuanto se hace, en uso del legítimo derecho

de libertad de expresión, aunque a algunos moleste, y otra cosa es que aprovechemos las circunstancias para politizar todo. Yo no caeré en ese error. Si el Ejecutivo ha de caer, que se trate en las Cortes, donde están los representantes de todos nosotros, pero mi terraza no es escaño alguno. Aplaudir, lo haré, no digo que no. Pero cargarme la batería de cocina por usarla como si fuera la de The Beatles, ni hablar. Ya he dicho que no me gustaría verme en la piel de los mandatarios actuales de España en estos momentos. Además, hay otro motivo de mayor peso, sin duda. Hace muchos aprendí, porque lo leería, cosa que hoy no se hace por mucha gente, que “no hay mayor desprecio que el no hacer aprecio”. Y la gente no se da cuenta que con esos gestos, de alguna forma, se hace aprecio al Ejecutivo, porque se está hablando de él. Y hay que aprender que la mejor forma de no hacer aprecio es el silencio. Y eso voy a hacer yo. Ser consecuente con mi forma de ver las cosas y mantener silencio desde mi localidad, los mismos silencios que, cuando quería castigar a Curro Romero, guardaba desde el tendido. Otros, los “entendidos” en el arte del Maestro, lo increpaban, y no se daban cuenta de que era una forma más de quererlo. Así que, el sábado, a la hora que dicen, y no sé si saldré al balcón, mantendré mi boca cerrada, en forma de falta de aprecio, en forma, pues, del mayor desprecio.

Hoy, querido Don Celso, hemos llegado a los cuarenta días. Hemos equiparado la duración de la permanencia en el desierto de Jesús, si es que la medida del tiempo entonces era la misma que ahora, que vaya Vd. a saber. Y sigo pensando, Excelencia, que aquello debió ser peor que esto. Mucho peor. No lo dude. Allí, Cristo, fue tentado por el diablo, según la Sagrada Escritura. Nosotros, en este encierro, habremos sentido la tentación de salir a la calle, de rebelarnos, de decir por la boca lo que no está en los escritos, de comer más y de lo que no debemos, que una forma de calmar la ansiedad de comerse la libra de chocolate entera, en vez de una jícara, ¿verdad, Belén? Los cuarenta días en este “desierto” lo han sido para muchos, es verdad, y serán cuarenta veces cuarenta de aquí en adelante para algunos, esperemos que para los menos. Pero los más, y seamos honrados, hemos pasado por este desierto con pena, es verdad, pero con gloria, porque seguimos respirando, nos seguimos queriendo, nos seguimos viendo, aunque sea por vídeo o foto, nos seguimos leyendo, nos seguimos deseando lo que ya no le podemos desear a otros mu-

chos, por desgracia. Y, algunos, seguimos trabajando, o las pensiones cobrando. Y, al fin y al cabo, Don Celso, si le entra la tentación de algo que sea la de comerse esas pastas de lujo que hace Sor Giuseppina. Es la única que podría permitirse, porque para otras tentaciones no tenemos derecho nadie que siga igual que antes, aunque sea encerrados, enfadados, amargados y hastiados, pero al mismo tiempo sabiéndonos rodeados de la cercanía y el cariño de los seres amados y apreciados. Y Vd. lo es para mí; y seguro que yo, para Vd., estoy entre ellos. Entonces, ¿de qué amargarse?

Me decía esta mañana, porque para mí un mensaje, por corto que sea, es como una conversación larga y amena, digo que me decía esta mañana Don Emilio Malumbres Lozano, sacerdote de la Prelatura del Opus Dei en Badajoz, uno de ellos, que “ya tiene que quedar un día menos”. Y es verdad. Le contesté diciéndole que siempre queda un día menos. Pero no olvidemos, y esto lo digo ahora, que un día menos que quede, del que nos demos cuenta, supone un día más de haber vivido, disfrutado de ese bien tan preciado que Dios nos ha regalado. Un día menos que quede es un día más por el que tenemos que dar gracias, a pesar de las tentaciones que tengamos. Ya habrá tiempo de rendir cuentas de las debilidades. Y siempre se podrá convertir una debilidad sentida en este tiempo aciago e incierto en una habilidad renacida para llegar al oasis del desierto.

Voy a ir acabando, porque entre el párrafo anterior y este he tenido que salir a un edificio, que nos está dando la castaña con un bajante. Y hay que dar servicio de asistencia, y, en estos momentos, es fundamental de los Administradores la presencia, que también merecemos aplausos, digo yo, lo mismo que los reparadores, que, entre tanta oscuridad por el miedo a la actualidad son fuentes de resplandores. Bueno, alguno habrá que no, la verdad. Pero antes de irme diré, porque ya es norma, que a las seis me puse en pie, que desayuné y en la bici me monté. Y, antes, a las alpargatas de caminar yo miré y de ellas, mañana, les hablaré. Hoy he visto y oído, en italiano, la homilía del entonces Cardenal Joseph Alois Ratzinger, en las exequias fúnebres del Papa Juan Pablo II, hoy santo. No entiendo mucho ni soy vaticanista, pero en esa prédica estoy seguro que el después Benedicto XVI se hizo con muchos de los votos del Cónclave. La historia lo dirá. Y, también, hoy, me he ido con la UME, la Unidad Militar de Emergencias, de gira a varias intervenciones

reales, según dice el locutor de la película. Como pasa con todas las Fuerzas Armadas, a las que pertenecen, también merecen el reconocimiento de quien tenga un mínimo de sentimiento. Y, yo, lo tengo. También, desde la bicicleta, he mirado a las ventanas del edificio de enfrente, pero de eso... Hablaré otro día.

Día 41º
Viernes, 24 de abril del 2020

Hoy es viernes, 24 de abril, y...



...por decirlo de alguna forma, iniciamos una nueva “cuarentena”, una nueva travesía en el desierto... ...¡que espero no dure otros cuarenta días! Y para empezar una nueva etapa, que cuarentena viene de cuarenta, lo que no sé si de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, quiero hacerlo con cierto sentido del humor. Es lo mejor.

Es muy probable que a todos os haya extrañado la fotografía de inicio. Son unas zapatillas, alpargatas, como a mí me gusta llamarlas. Pero son unas zapatillas dignas, distinguidas, y con mucha historia. Más de lo que muchos puedan pensar. Y más kilómetros que los famosos baúles de Doña Concha

Piquer. Llevan conmigo desde el verano del 2017, que me las compré con tiempo de domarlas con vistas al viaje a Tierra Santa. Esas, las de la foto, y otras azules, pero de la misma hechura. Las he llevado a Tierra Santa, a Turín y zonas aledañas, a Viena y Salzburgo, a muchos sitios de España, desde playas a Paradores, desde Ventas de carretera a sitios de tres tenedores. Limpias, eso sí, siempre limpias, que les cepillo el polvo del camino de todos los días. Les tengo cariño, y hasta el catorce de marzo pasado me las he puesto todos los días. Podría contar con los dedos de una mano aquéllos en que no me las he calzado. Casi tienen vida propia, y cuando a eso de las seis y media de la mañana me ven entrar en el cuarto de baño empiezan, como los perrillos fieles, a mover los cordones como si fueran el rabo. Yo las conozco a ellas, y ellas me conocen. Saben cuándo tengo ganas de ir más deprisa, y cuándo preciso aminorar la marcha. Se han amoldado a mis pies, no me hacen ampollas. Son fieles, leales. Comen poco, y se desgastan cuanto sea preciso por darme el servicio requerido. Perderán su vida por mí, lo tengo claro. No digo conmigo, porque espero ser el cónyuge supérstite de este matrimonio sin igual.

Alguno dirá que qué chistoso ha salido Felipe hoy, o si se me ha ido la olla, o no tengo cosa mejor que decir. Puede que sí a lo primero, no a lo segundo y más rotundamente no a lo tercero. Simplemente, he querido empezar con humor, o con sentido, o con sentimiento. Porque, digo yo, tengo de todo en esta vida, gracias a Dios, al menos de todo lo que hoy por hoy me hace falta. No me sobran algunas cosas, también es verdad. Pero, mira por dónde, lo que más echo de menos en estos días de condena sanitaria son unas sencillas alpargatas. Podría tener ganas de calzarme los zapatos de bodas; o el chaqué de testigo; o el hábito de la Constantiniana; o la capa española, aunque haga calor; o el traje de vestir, que no sé cómo serán los trajes de no vestir; o el bañador de la playa, aunque este año cantaremos eso de “*vaya, vaya, aquí no hay playa*”... Podría tener deseos impuros de cualquiera de esas cosas, pero resulta que no los tengo, que lo único que quiero es poderme calzar mis abarcas distinguidas, aunque no son sandalias ni se atan a lo largo de la pantorrilla. Y... ¿sabéis por qué las quiero, cada día más? Porque, sencillamente, son signo de libertad, de poder respirar aire fresco a primera hora de la mañana, de poder volver a caminar sin el sentimiento de estar haciendo algo malo, algo prohibido, aunque en mi caso no lo esté. Son tan bandera de la libertad

con cualquier trapo ácrata de esos que piden una libertad que después no dan a los demás, pues no respetan que no se piense como ellos –ya cayó la carga de profundidad-.

Y como yo estoy enamorado de mis zapatillas, he decidido componerles unas estrofas, que aquí os dejo, para que, al menos hoy, de cara al fin de semana, comencemos con algo de sentido del humor, que es el sentido menos sentido, pero el que tiene más sentido de que lo sintamos. Vamos allá:

*Tengo yo unas zapatillas
con las que antes andaba,
y caminando soñaba
con flores y buganvillas.*

*Pero ahora están paradas,
que no me llevan andando,
ni soñando ni cantando
por esas rutas soñadas.*

*Que pronto algún día yo espero
volvérmelas a calzar...
Con ellas saldré a danzar
y a correr el orbe entero.*

*Desde casa a Las Vaguadas,
y de allí hasta el camposanto,
por el camino yo canto
coplas, pop y hasta baladas.*

*Ay, mis alpargatas, mías,
abarcas de mis amores,
trío somos de cantores
de metros y sinfonías.*

Que mucho de menos os echo,

*que calzaros quiero ya,
y que de acá para acullá
hagamos de nuevo un trecho.*

*Si a mí Sánchez me dejara
volver mis pies a calzar...
iniciaría el caminar
y a Dios gracias que le dara.*

(F.B.A.V-Z., 22/24 abril 2020)

Y hay otras zapatillas a las que debo referirme, que este año no van a ver gastadas sus suelas. Las llaman manoletinas. Ya sabéis por donde voy. Quiero hacer un homenaje, pequeño, pues este humilde aficionado ya no llega a mucho más, al mundo del toro bravo. Vivimos una temporada que, al poco de comenzar, se acabó. Y digo que se acabó porque soy de los que firmemente creen que esta se ha acabado. Se han suspendido ya los Sanfermines, que son en el mes de julio. Quien piense que no van a caer las principales ferias de verano, no sabe en qué país vive. ¿Septiembre? No tengo fe ninguna, la verdad. Es posible que cercene los sueños de más de uno, pero me da que esta temporada los capotes de paseo no verán la luz de las plazas. Hay quienes dicen que se podían celebrar los festejos a puerta cerrada y retransmitirlos por televisión. Prefiero no hacer comentario, que no quiero herir imbecilidades ya demostradas. Los toros, la fiesta de los toros, las corridas, se han caracterizado siempre por la cercanía de los aficionados entre sí, por el comentario con quien, sin conocerlo de nada, te mete el codo debajo del sobaco; o quien con las rodillas te aprisiona el pescuezo; por no decir, ¿verdad, Jesús Ortíz?, quien con unos puros la mar de chisposos te abrasa la calva incipiente o consolidada. Los toros son sol y moscas, y la gorda de turno que paga lo mismo que tú pero ocupando más, y te obliga a estrecharte como puedas para no molestarla o desparramarte contra las nalgas de la buena dama. Los toros son el goteo de la bota de vino en la nuca cuando el vecino de la fila de atrás trasiega como si estuviera de siega. Los toros son el vendedor de las almendras con sabor a sardina; o el de los refrescos calientes, que de frescos tienen poco, los refrescos, digo, pisándote las puntas de los pies, cuando no apoyándose en la

rodilla al aire de la chica de falda corta, para poder llegar al cliente. Los toros son quejarte por los que siempre llegan tarde, que siempre son los mismos, porque apuran el tiempo en el ambigú y porque, además, se creen dueños del tiempo de los demás. Los toros son compañía, bulla, unión y algarabía. ¡Fuera esa idea de los toros a solas en el ruedo y los escaños del respetable vacíos! No sería yo quien viese un solo festejo de esa guisa. Mirad, qué diferencia, la de una plaza vacía y la de una llena:



¿Esta es la imagen que algunos quieren para la plaza? No, hombre, no. Yo quiero esta otra, la que ahora os regalaré, la de la verdad de la fiesta, que es la de la afición, única verdad incontestable hoy por hoy en el mundo del toro, porque es quien la sostiene. Yo me apunto a la siguiente imagen, y me siento uno de los toreros que, apoyado en la contera de la tablas, contempla la grandeza de la fiesta: su gente, a la que hay que cuidar y no se la cuida, a la que hay que valorar y no se la valora, a la que hay que mimar y no se la mima, a la que hay que respetar y no se la respeta... Esta es la plaza que yo quiero:



Sé que la gente del toro no lo está pasando bien. O más bien lo está pasando mal. Sueñan con la gloria gracias al comportamiento del toro. Unos porque los lidian; otros, porque se han tirado toda la vida del toro cuidándolos para preservar una raza única en el mundo, que estamos obligados a conservar. Y sirven para lo que sirven, no para otra cosa. Ir contra la cría del toro bravo es ir contra la conservación de la Historia de España. A quien no le guste, que no vaya, como yo no voy a ver un espectáculo de transformismo. Por mí, que allá cada cual se disfrace de lo que le venga en gana, pero que se respete también a los que creemos, pensamos, amamos, queremos, ansiamos, disfrutamos y nos emocionamos con la tauromaquia. He citado algunos nombres estos días cuando he mencionado algún colectivo. Hoy también lo voy a hacer. En sus nombres los de cuantos sustentan este bello mundo del toro bravo, en el que, siempre, la elegancia, la caballerosidad, el pundonor, la cortesía, la amistad, el valor, la unidad, y hasta el dolor, han sido pilares de una religión que se sostiene en base a la ilusión y a la emoción. Nombres como Antonio Ferrera, Julián López, Alejandro Talavante, Miguel Ángel Perera, Ginés Marín..., o Fernando González, Javier Ambel, el Fini, Manuel Larios, Manuel Izquierdo,

Ismael Jiménez... y cuantos compañeros de un escalafón u otro luchan con su vida y su tesón. O nombres como, por decir algunos, y siento si al igual que antes alguno se me olvida, que esto no es la lista de teléfonos, digo que nombres como Arcadio Albarrán, Luis Albarrán, Juan Albarrán, Luis Terrón, Bernardino Píriz, José Luis Iniesta... Y me centro sólo en Badajoz, porque de irme a Cáceres alargaríamos la lista algo más, y entonces, entraría en disputa, por la largura, con el Padre Torres, el señor cura. Nombres, como los citados y otros, que ven cómo al final sus reatas, este año, cuidadas con esmero y con dinero, y mucho, van a parar al matadero.

Y con ellos, cuantos se mueven alrededor de un mundo que mueve mucho dinero que da de comer, o mejora el plato, la verdad, de muchas familias, como acomodadores, carpinteros, taquilleros, areneros, mulilleros, timbaleiros, torileros, alguaciles que se lucen con esmero... Y, como no me puedo resistir, porque lo llevo dentro, dejadme también recordar a veterinarios, médicos y auxiliares, presidentes -¿verdad, Fernando Valbuena?, ¿verdad, José María Gordillo, Chema?-, empresarios, apoderados y de la autoridad delegados... entre estos, especialmente, Arturo Gómez Angoña, porque fue el mío durante dieciséis años seguidos... Luego brindaré por todos ellos. También lo haré por la afición. Por toda. Voy a traer a algunos, en nombre de todos, a la galería de imágenes. Se lo merecen. Uno me llama todos los días. Otro me quiere todos los días. Uno se llama Carlos Albarrán Ambel. El otro, Fernando Martínez Nosti, al que acompaña otro gran aficionado, Juan Franco Mesa.





No podía terminar la crónica, pues no sería fiel a mí mismo, sin comentar alguna de las perlas del día. Mientras desayunaba leía el HOY. La gente dice que si es de aquí o es de allá. Y mí me da igual. Vienen las esquelas, y es lo que me vale. Nada más. Y digo nada más porque alguna vez he intentado que me publiquen algo y siempre me vienen con la misma cantinela de reducir el texto. No eran como estas crónicas, ni mucho menos, pero no quito una coma, y prefiero el silencio al desprecio de parte de mi discurso. Es como si yo le digo al Padre Torres que en sus prédicas elimine todo aquello que no sea el “queridos hermanos”, y lo demás lo elimine. Pues tú verás. Siempre me he resistido. Y siempre he ganado, porque la integridad de mi pensamiento he conservado. Bueno, al asunto, como diría Juani Solís. Pues leyendo el HOY se me vino una frase a la vista que voy a tardar tiempo en olvidar. Procede de un iluminado de la nueva política, de estos que ahora pululan por los escaños parlamentarios. Y dice así: *“Los extremeños quieren volver a la vida que tenían antes de la crisis”* y, sigo copiando del rotativo, *“pero reconoció que no será posible porque muchas cosas habrán cambiado”*. Viene en la página 2 de la edición de hoy.

Pues verás, señor parlamentario, yo no sé lo que querrán el resto de los extremeños ni, mucho menos, lo que querrá Vd., porque la clase política, se ha visto, va por un camino muy distinto al que siguen quienes los auparon para estar donde está. La clase, me refiero, que el pueblo, el sustento de la clase, ya no sabe ni dónde está, y me da que muchos han perdido hasta el interés en

saberlo. Bien. Pues le diré que yo no necesito volver a la vida que llevaba antes del confinamiento de cuento de Caperucita que nos han endilgado... “*¡que viene el lobo, que viene el lobo!*”... Y no necesito volver a esa vida porque muchas de las cosas o situaciones que vivía no me son necesarias. Les agradezco a todos Vds. que me hayan abierto los ojos para darme cuenta de ello. Lo único que necesito es seguir manteniendo mi trabajo, mi familia, mis amigos, mis queridos y mis sentidos. Lo demás, muchas de las cosas que antes “*necesitábamos*” no son necesarias. Hemos aprendido a prescindir de muchas cosas, y a saber que, aunque sea sin verlo, sentimos a quien nos quiere, y queremos a quien sentimos, sin necesidad, digo, de vernos en persona. Cuando vuelvo la cabeza por despegar algo la vista de la pantalla del ordenador, veo sentados en el suelo de la alcoba, o del despacho, o de la cama, a cuantos llevo en el alma. Vds., los políticos, nos han cambiado la vida, pero para bien. Y al que se lo hayan hecho para mal, ya lo ayudaremos, sin interés de devolución alguno.

Y que las cosas que han cambiado lo han hecho para bien, le repito. Y verá, porque cuando yo vuelva a ir a La Bomba, o a Las Niñas, las de Delta Café de la calle Mayor o el Corte Inglés, no lo voy a hacer como antes, no. Ahora, o cuando nos dejen ir, no veré en la tapa que pongan o en la galleta que me den con el rooibos una obligación por la consumición. No. No. No. Veré el esfuerzo de una gente que con su trabajo quiere sacar su vida adelante, que contribuyen a la riqueza de este país, y que detrás de una morcilla mondonga con huevo frito hay una persona, con sus sentimientos, con sus valores, con sus éxitos, con sus fracasos, con sus esperanzas y con sus temores. Y en la galleta que me coma veré la humanidad y la amistad, veré la sensibilidad en el trato, y veré que detrás de esas manos que te ponen el café hay una persona que necesita que se le tenga por tal, y no por un elemento de la sociedad preciso para llenar mi vanidad al creermelo que, por estar de este lado del mostrador, soy del mundo emperador. Yo no quiero volver a la vida que tenía antes. Yo quiero volver a una nueva vida, que será posible porque, precisamente, muchas cosas han cambiado. Entre ellas, estimado político, mi percepción sobre la gran mayoría de Vds. ¡Menudo cambio!

Voy terminando. Me levanté a las seis de la mañana. ¡Qué bonito es madrugar! Eres dueño de tu tiempo. Desayuno y bicicleta. El *Youtube* me llevó hoy a un rifirrafe político en una de las comisiones del Congreso que se crean para dar

escenario titiritero a algunos políticos de los que hoy hay muchos al uso. Asediaban a un político ya retirado, honrado, y, dicho sea de paso, muy bien peinado, que contestó con elegancia y respeto a la cámara. Tras ello, volví a Roma. Esta vez al funeral del Cardenal Jean Louis Tauran (+), que fue el Protodiácono que anunció al mundo, el 13 de marzo del 2013, la nueva de la elección del Papa Francisco... *Annuntio vobis gaudium magnum; Habemus Papam: Eminentissimum ac reverendissimum Dominum, Dominum Georgium Marium, Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Bergoglio, Qui sibi nomen imposuit Franciscum...* Tras ello Camarlengo, cargo en que le abordó la muerte el 6 de julio del 2018.

En la bici, más de lo mismo... las ventanas del edificio de enfrente. Pero, de eso... hablaré otro día... Hoy me retiro ya. Tengo que llegar a hora debida a los quioscos. Pero quiero brindar con todos vosotros. Y por los que lo pasan mal en el mundo del toro. Y, por qué no, por los políticos que no se enteran de que van por un carril distinto al nuestro, para que sigáis por él y no volváis. Y por quienes están detrás de esa morcilla mondonga con huevo frito, o de las galletas de canela que tan cariñosamente me ponen en el plato unas niñas encantadoras... Ah!, y por mis alpargatas, que conste.



Debo decir que el responsable del buche de la rubia soy yo. Del de la negra, con esa especie de alzacuello, preguntadle al Padre Torres. Él sabrá.

Día 42°

Sábado, 25 de abril del 2020

Hoy es sábado, y...



...¡y mañana salen los niños!

No quiero volver a las andadas, o, mejor dicho, a las comentadas, que andar andamos poco, pero comentar... ¡cuanto se pueda! Creo que fue anteayer cuando hablé de la salida de los niños y de la prolongación del encierro a los mayores. Mira por donde, enviada la crónica del jueves, mi muy querido amigo Juan Tienza Cuéllar, y también de Nines, y a quien le debo más de lo que él cree y pueda parecer, desde los tiempos de nuestra estancia en Santa Cruz

de Tenerife, donde para mí, para nosotros, fue amigo, hermano, paño de lágrimas y cuanto pueda decirse de bien, digo que al día siguiente me envió una información que aparecía en el periódico EL DIA, de la capital tinerfeña –no he visto nada similar en el HOY, por ejemplo, ni en el ABC, salvo que haya mirado la prensa citada algún día medio burriciego-, y que versa sobre la necesidad de los mayores de salir a la calle y hacer ciertos ejercicios. Por eso, por solidaridad con muchos que conozco y que cumplen a rajatabla la norma del confinamiento, con más pena, rabia y miedo que convencimiento, he traído la información del tabloide chicharrero a la portada de la crónica. Mi madre, Carmela Vargas-Zúñiga de la Calzada, que tiene cerca de 92 años –le faltan 23 días-, me consta que hace todos los días sus ejercicios, según me dice, y así se mantiene medio en forma, porque mantenerse en plena forma, completa, a esa edad es poco menos, con tu permiso, madre, que un intento de asaltar las leyes de la naturaleza o tratar de burlarse de ellas. Así que, si alguno ya os sentís talludito de edad, podéis seguir las indicaciones que Juan Tienza tan amablemente me ha enviado. Gracias, Juan, y para ti y para Mani, de Nines y mío, besos y abrazos.

Y con respecto a la salida de los niños, hoy han fumigado Badajoz. Fumigado o desinfectado, vete a saber. Vamos a analizar las cosas, porque o yo soy torpe de solemnidad o alguien quiere que crea que lo soy. Si resulta que para dejar salir a los niños han rociado de mejunje las calles de Badajoz es porque, sencillamente, el virus anda suelto por doquier. Y, si es así, quisiera saber por qué se deja salir a unos y otros, dependiendo de la actividad, sin ir enmascarados con traje de neopreno y escafandra de buzo. No lo entiendo. Si el virus está tan suelto como dan a creer, de nada vale salir con mascarilla de pacotilla y guantes de látex quien los aguante. Y digo que de nada vale, o debe valer, porque el maligno se te puede agarrar al pelo, a la nuca, a la oreja o a cualquier parte de la pelleja. Y entonces, o llegas a casa y pones en el portal del edificio una ducha como las que hay ahora en las piscinas, que te cae el agua quieras o no, lo que viene muy bien para los guarros que toman la piscina como si de su casa fuera la tina, o, como decía Peret, creo que era, “... *no sirve de ná...*”. Si he metido la pata, ya me lo dirá alguien. Me refiero a lo de la copla, que de mi reflexión “coronizada” no sé si alguien podrá decir algo que a cambiar mi opinión me decida. Me siguen cabiendo las mismas preguntas, que es lo que quiero que me conteste

alguien en serio: ¿se sabe, de verdad, con lo que nos la estamos jugando? Prefero esa respuesta al sinfín de números estadísticos, de curvas dobladas y picos con los que nos dan la comida, la merienda, la cena y hasta la dormida.

Y ahora voy a ir por partes, porque hoy, queridos lectores, voy a tocar un tema, para mí, y para muchos, algo serio. Pero antes, voy a hablar de ciertos mensajes que he recibido.

Con respecto a la crónica de ayer debo decir que he recibido bastantes mensajes en solidaridad con lo dicho sobre el mundo del toro. Incluso alguna acreditada pluma, como Don Fernando Valbuena Arbaiza, *“ilustre servidor de Dios y de la Patria, a la que nunca pidió nada para él –de momento–”,* como rezaba la esquila de aquel miembro de la Falange *“desde antes de su fundación”,* que así seguía la retahíla de cargos y consideraciones de la papeleta mortuoria de D. Fernando Calzadilla Maestre (+), el que dio nombre a la avenida del mismo título, diré que Don Fernando Valbuena aplaudía ayer mis palabras sobre los motivos por los cuales me gusta ver las corridas in situ y con las “comodidades” del noventa por ciento de las plazas de toros de España. No sé bien si las ensalzaba porque mis palabras fueran merecedoras de la consideración de tan insigne pluma, que lo mismo escribe de toros que de política, cuando no de torreznos y de asados, de postres y de guisados, o, la verdad, porque se vio retratado en eso de ocupar más de un escaño, dado su humano y orondo tamaño. Sé bien que se reirá con mi ocurrencia, y por eso me permito traer el recuerdo ante la audiencia.

Recibo muchos mensajes, creo que como todos en estas fechas. Algunos los borro una vez leídos o vistos; otros, pues pueden servir, los conservo, si bien son los menos; una buena porción de ellos, que averiguo repetidos de otros envíos, ni los abro, van directamente a la papelera; los de contenido político los rechazo, que estoy hasta el gorro de consignas y soflamas, que de leerlos te indignas y has de meterte en la cama. Y me dan pena algunos mensajes, válgame Dios, que no digo origen de cualquier de ellos. Pero pena de verdad, pues banalizan el sufrimiento que muchos autónomos viven hoy a costa de la nueva casta. Los autónomos somos los grandes olvidados de esta nación, y lo digo como lo siento. Pagamos a las arcas de Estado un sello en una cuantía tal que no sé si recuperaremos cuando nos jubilemos. Hay trabajadores por cuenta ajena, con eso de las jubilaciones anticipadas, que, a poco

que Dios les conserve, estarán más años cobrando pensión que trabajando con plena dedicación. Eso en un autónomo no es así. Y si hay alguno, que me lo diga, y a ver cómo lo ha hecho. Somos recaudadores del Estado. No quito una letra, porque así es. Valoro que muchos hayan hecho una oposición y ganaran una plaza a fuerza de su trabajo y empeño. También, a veces, de la suerte de tener una familia que le pudiera pagar esa preparación, que algunos han estado trabajando y estudiando al mismo tiempo. Yo no quise hacer oposición, y no me arrepiento de ello. He sido dueño de mi tiempo, he conocido a muchísima gente, opción que no tiene quien consume sus horas laborales detrás de una mesa tras la que atiende a un contribuyente que, a la hora de la verdad, no deja de ser más que un número. Mis clientes, mis administrados, mejor dicho, los de mi compañero Manuel Montis y los míos, son personas con sus historias, a las que tratamos de entender, de comprender, de ayudar y de conocer. Al menos, en nuestro despacho, damos ese componente humano a quienes nos dan de comer.

Dicho esto, hablo de dos mensajes más que he recibido esta mañana. El primero, de Agustín Velázquez, Delegado Episcopal de Patrimonio Cultural, y que me envía un vídeo. Se llama *Héroes de Capa Oscura*, hecho en Málaga, y viene a resaltar el papel del sacerdote y del religioso en la sociedad, en los días que ahora vivimos. No dice nada nuevo a los que hemos asumido el papel de la Iglesia en la sociedad, pero sí puede despertar el sentimiento de aquellos que aún piensan en que a la Iglesia y a sus miembros les viene todo regalado del cielo. Le agradezco a mi buen compañero de Curia Agustín que me lo haya enviado. Este es de los que guardo, sin duda.

Y recibí otro mensaje. Era de Koldo Arto Zapatería. Es una persona, no el nombre de una tienda de calzados, no. Y es una buena persona. Koldo es del Opus Dei, y no se oculta. Vive en Sevilla. No sé bien cuál de los grados –si se puede decir así– ostenta, porque siempre me he hecho un lío en ellos, si es agregado, numerario o supernumerario. Me da igual, porque para mí no influye la situación para que le tenga afecto. Y se lo tengo después de haberlo conocido, a él y a algún otro compañero, en el fragor de una medio disputa en el Monasterio de Guadalupe, cuando Mons. Javier Echevarría, entonces Prelado del Opus Dei, hoy fallecido, visitó La Puebla para postrarse ante la Reina de las Villuercas y Patrona de Extremadura. No voy a entrar a contar

el entuerto, porque sería largo, ya que suelo ser prolijo en detalles. Pero debo decir que, de alguna forma, gané la batalla y, de paso, a unos amigos. Por si alguno que me leéis os empieza a entrar la curiosidad diré, sin tapujo alguno, que no soy miembro del Opus Dei, como no lo soy de ningún otro movimiento reconocido por la Iglesia Católica, ni no reconocido tampoco. Soy antiguo alumno Salesiano, y con ello me basta. Pero debo decir que, gracias a Dios, tengo muy buenos amigos en la Obra. No reniego de ello, ni de ellos, como los tengo en el Camino Neocatecumenal o en los de Emaús.

Y, para que no queden dudas, me siento muy a gusto con las personas que conozco y trato que son del Opus Dei o cercanos a la Obra. Sé que cada uno es de su padre y de su madre, y que los hay de toda condición humana. Y sean seglares o sacerdotes, y éstos de la Prelatura o de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y que pertenecen al clero diocesano. Cómo no, también cuento con muy buenos amigos en los sacerdotes diocesanos que no pertenecen a la Santa Cruz, y algunos bien lo saben. Y que hay cosas del Opus Dei que me gustan y otras que no entiendo, o me gustan menos, pero no son al caso definir. Y que siempre estoy dispuesto a echar una mano, en razón de mi cargo, o a nivel personal, en lo que me pidan y pueda hacer. Sé que a más de uno le alegrará leer estas líneas, que son casi como una confesión, y que a otros poco les importarán. Y me parece bien que cada cual se sienta como mejor considere.

Me gusta su forma de celebrar, el sentimiento que ponen en las celebraciones litúrgicas, que se llevan a cabo con el respeto y ceremonia que el culto al Supremo exige. Y su devoción mariana. En ello coincidimos, pues los Padres Salesianos me inculcaron el amor a María Auxiliadora desde bien niño, ¿verdad, Carlos Villalón, o Pepe Orio-Zabala? También debo decir que hay sacerdotes que no pertenecen a la Obra que celebran con el máximo respeto a las normas litúrgicas, lo que valoro y estimo. Sé que un buen amigo, ahora en Madrid, cuando lea estas palabras, se va a alegrar. Se lo había prometido, que alguna vez hablaría, y mira por donde, hoy, al recibir un mensaje de Koldo Arto se me ha venido esto a la cabeza. Ese amigo, que ahora está en Madrid, se llama Don José Luis León Solís.

Pues bien, el mensaje que me envía Koldo era una grabación de un sacerdote. Nada más iniciar la audición conocí la voz. Era, y es, la de Don Juan Carlos Domínguez Arciniega. Me ha emocionado porque me he puesto en

el lugar de algunas de las personas de las que habla en su mensaje. Le he pedido permiso, y os la voy a enviar después de la crónica. La podéis escuchar o borrar. Son dos opciones. Pero quiero sepáis que en Badajoz, tanto que nos mandan vídeos de un sitio y otro, hay sacerdotes, en este caso Don Juan Carlos uno de ellos, que se sienten orgullosos de serlo y dan prueba de ello en la actual situación que vivimos. Es verdad que, al ir vestido de sacerdote, tiene más posibilidades de que se encuentre con situaciones como la que nos ocupa.

Porque el sacerdocio no es cosa, solamente, de celebrar misa o estar en el confesionario. Ser sacerdote es proyectar su carisma ante cualquier situación y en cualquier momento, sin miedo, sin vergüenza, sin temor a nada. Sin ocultarse, al contrario, dando prueba visible de que lo es. Siempre he contado cuando, tras comer con dos sacerdotes en un restaurante, al marcharnos, de una mesa larga con mucha gente que celebraba el cumpleaños de una de las niñas comensales, se levantó un zagal y le pidió a uno de los curas la bendición, porque era el cumpleaños de su hermana. Y el cura, Don José Luis León, se la dio. Si me vale hubiera invitado a la mesa entera, pero no tengo para tanto. Ni para mucho menos.

Y del audio se hace patente que tenemos que movernos los católicos en esta situación de ahora. Que tenemos que apremiar a nuestras autoridades eclesíásticas –no sé si me la estoy jugando o no, pero es lo que pienso- para que se arbitren medidas para que, al igual que los moros ululan en la calle, nosotros podamos entrar a rezar, a comulgar, a confesar, en las iglesias. Ya arbitraremos medidas. Yo me ofrezco a ser guardia de la porra para controlar el acceso a la Catedral cuando se sobrepase el aforo definido. Ya lo he hecho muchas veces, otra más se aguantará. Y, a lo mejor, habrá que celebrar más misas, si a cada una de ellas va menos gente. Entonces será cuando nos demos cuenta de que la misa es lo que es, y no el sitio de quedar para después ir al casino a chatear.

Los católicos somos pacatos en la defensa de nuestra fe, de nuestras formas, de nuestras costumbres, de nuestras necesidades. Así nos va. Otros nos comen el terreno. Tampoco es cosa de cometer heroicidades, ni ser mártires sin sentido, pero sí es el momento de apremiar a los responsables de nuestra Iglesia en España –vía Conferencia Episcopal- para que, en base a un artículo

no derogado, se pueda ir a los templos. Luego, que vaya quien quiera. Ah!, pero los mandatarios de la Nación son unos cucos, porque nos han regalado un artículo, el once, del primer decreto, que no ha sido derogado, pero no definen, después, la necesidad de ir al templo como una de las actividades permitidas para salir de casa. Eso es una granujada como otra cualquiera. ¿Para qué hablan del orden en los templos si no dejan llegar a ellos?

Gracias, Don Juan Carlos, por su valentía, que no todos se hubieran atrevido. Sepa que en esa media Hostia consagrada dada al Guardia Civil comulgábamos todos. Y que en la Bendición al coche fúnebre nos estaba bendiciendo a todos. Y ahora me doy cuenta, nueve días después, que en la de la misa de nuestro aniversario estaba bendiciendo a las familias de cuantos estas líneas leen y que el aniversario de nuestro matrimonio era el de muchos otros. Somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Lo que se dé a uno beneficia a todos los demás de alguna forma. Vuelvo, Don Juan Carlos, a darle las gracias, porque la Iglesia, representada en esos casos en Vd., somos todos y ha estado, aunque sea casualmente, donde tenía que estar: al lado de quien su apoyo necesitaba notar.

Pero tiene que ser toda la Iglesia española la que vaya de la mano. De nada valen, y también siento decirlo, actitudes particulares de unos que pueden poner en situación difícil a todos. Ya he dicho que mientras no se definan unas normas que podamos todos cumplir, y nos comprometamos a ello, soy más partidario del cierre que de la apertura, que somos dados a coger el pie donde nos dan la mano. Y para ello, y ahora me dirijo a Vd., querido Don Celso, humildemente, con el aprecio y respeto que sabe que le tengo, pero con la mayor lealtad que le prometí en su día, y apelo a que inste a la Presidencia de la Conferencia Episcopal a que se dé solución a la necesidad de los católicos españoles de acceder al Pan de Vida en unos momentos en los que nos sopla en el pescuezo el mendrugo de la enfermedad y la muerte. Y que se informe a los católicos de los pasos que se dan para poder cumplir con el deseo de muchos y muchos de españoles. Es una vergüenza contemplar a los imanes, protegidos, casi, por la Policía Local, tal como se ve un vídeo que ha circulado más que las monedas de dos reales, y nosotros tengamos que aguantarnos con las soluciones que algunos sacerdotes, no todos, ¡jaja!, han buscado para hacer más llevadera la situación que vivimos.

Voy terminando. Como siempre, diré que me fui de paseo con la bicicleta, dos horas y dos minutos, al Vaticano. Y que volví a mirar por la ventana, y vi las ventanas del edificio de enfrente, pero de eso, hablaré otro día.

Día 43°

Domingo, 26 de abril del 2020

Hoy es domingo, 26 de abril, y...



...¡y ya han salido los niños! Como salió el 7 de octubre del 2018 San Francisco de Asís por calle de Villanueva de la Serena... Ahora os cuento.

Son las seis menos cuarto de la tarde. Comienzo a redactar en este momento la crónica, por lo que no sé si llegaré a la hora normal de todos los días, o algo más tarde. Todo depende de las interrupciones, porque una vez empiezo a escribir, si nadie me interrumpe, puedo estar horas sin despegarme del teclado, que son las plumas de los amanuenses modernos. Me acabo de asomar a la terraza de mi casa. Da a la calle Enrique Segura Otaño, esquina a plaza de la Constitución. En los edificios de la zona sé que viven familias con

niños menores de catorce años. He mirado a izquierda y a derecha, al frente y para abajo. Para arriba, al cielo, no se ha terciado, que no creo que hasta allí se les ocurra irse a algunos niños por propia voluntad. He agudizado el oído. Nines dice que esta mañana barruntó menores, pero no sabe si fue en el patio al que dan las ventanas de la intriga o procedían de la calle.

He bajado la basura después de comer, a eso de las cuatro menos algo de la tarde. No he mirado el reloj, cosa extraña en mí, pero cuando el tiempo no cuenta para qué echar cuenta de él. He abierto bien el contenedor, por si había alguno dentro, que vete a saber las travesuras de algunos. Antes de volver a entrar en el portal de casa he reparado en los cuatro puntos cardinales de mi España, que forman con el Escudo la Bandera de mi Patria –ahí queda eso-. Incluso he mirado con ojos golositos al locutorio de la acera de enfrente, no se entienda mal, que me refiero al local, y me he resistido como un valiente y leal Legionario a dejarme vencer por el deseo, casi irrefrenable, de tomarme un polo, que es como toda la vida se ha llamado a los helados con palo. Ahora se les dice “sorbetes”. En mis tiempos la palabra era usada para otra cosa: “*Niño, sórbeta los mocos*”. Y se los sorbía uno, o le pasaba la lengua, que eso se hacía, y aquí estamos tan sanos y tan rollizos, que no había entonces ni virus ni piojos pegadizos. Bueno, piojos sí había.

Bien, pues tengo que decir que no he visto a ningún niño. A ninguno. Y mira que he cogido el catalejo y he oteado hasta la zona del Ancla, sin ver tampoco asomo de vida menor. O no han salido, o lo han hecho temprano, o lo harán más tarde, o le han cogido gusto a quedarse en casa. O los padres no las tienen todas consigo, que el miedo guarda la viña, y han dicho que saquen a los niños el “filósofo” y compañía. Como hoy es domingo, y es día especial, es posible que ponga algunas fotos más que otros días. La que ahora aquí os dejo, para terminar con esto, me la envió Juan Tienza, desde Santa Cruz de Tenerife, y no tiene desperdicio.



Terminado el tema de los rorros, voy al de los mayores. Tampoco mucho, que no quiero ser pesado, y debo dedicar tiempo, porque lo prometido es deuda, a otro tema, al que pertenece la fotografía de inicio. Podía haber puesto allí la del chiste de arriba, pero, como comprenderéis, tiene precedencia un santo a una viñeta.

Cuando ayer ultimaba la crónica, justo antes de mandarla, recibí un mensaje del párroco de Olivenza, Francisco Julián Romero Galván, que me decía: *“Parece que te hace caso el presidente...”*. No caí en la cuenta del porqué del recado enviado, hasta que pude ver por la noche las noticias, el parte, el de esta guerra en la que estamos metidos. Alguien más también me envió un mensaje parecido, pero entre los cientos y cientos de mensajes que recibo no soy capaz de dar ahora con el remitente. Que se dé por nombrado. Resulta que Sánchez debió leer mi verso a las zapatillas de andar, y al verse en la última estrofa le debieron dar pena mis compañeras mártires de paseos y garbeos, por lo que ha abierto la veda para el día 2 de mayo. ¡Vaya fecha! Ese día se forma. ¡La del 2 de mayo! Al tiempo. Esperemos la regulación del tráfico pedestre, pues, de lo contrario habrá embotellamientos en las calles. Aunque, cierto es, a la hora de la verdad muchos de los que claman que se abran los chiqueros se repucharán en el rincón del mismo y no habrá forma de hacerles salir. Más de uno me dará la razón. Nines me ha dicho que el primer día que se pueda está dispuesta a levantarse a la seis de la mañana para venirse conmigo hasta Las

Vaguadas. Bueno, si nos dejan. Si no, ira unos metros por delante, como si no nos conociéramos. Vaya chorrada... ¡como si en casa no coincidiéramos en cualquier sitio! Así que, hasta que no den las normas, habrá que esperar. Y el que espera desespera. Pero a eso ya estamos acostumbrados.

Antes de entrar en el tema de la fotografía de inicio, voy a hablar de un tema, y quiero que sea la última vez... de momento. Por mi comentario de ayer sobre la asistencia a las almas –que no a las del Purgatorio- que formamos el Pueblo de Dios, he recibido –los he contado- ciento treinta y dos mensajes al respecto. Los tengo guardados. La inmensa mayoría, y aunque lo diga yo lo puede comprobar quien desee, apoyan mis palabras sobre el particular. Algunos, pocos, no te enteras de lo que quieren decir, por más que los he leído. Y sí he recibido dos mensajes algo contrarios. Uno de ellos me remite un enlace para acceder a la revista Vida Nueva en el que figura un artículo del Sr. Obispo de Teruel-Albarracín, y que se titula “*Miedosa prudencia episcopal*”. Pongo el enlace: <https://www.vidanuevadigital.com/blog/miedosa-prudencia-episcopal/>, por si alguien quiere leerlo. Mi respuesta al mismo fue la siguiente, si bien he eliminado, por no hacerla larga, algunos retazos de la misma, sustracción que no altera el sentido de lo que pienso y decía en mi contestación:

“Buenos días... Muchas gracias por el artículo que me envías, que he leído con detenimiento. Quiero comentarte que nunca he dicho nada que pueda atentar a la seguridad de las personas, pues sé que es nuestro primer deber como ciudadanos y como cristianos, es la defensa de la vida. Y siempre he dicho y escrito que soy más partidario del cierre que de la apertura sin control. Pero también digo, y me reafirmo en ello, que con manifestaciones de musulmanes las autoridades civiles tienen una permisividad que no se tiene con las manifestaciones cristianas, algunas de ellas, no me cabe duda, fuera de lugar. Siguiendo la teoría del Obispo de Teruel, tampoco debería haberse celebrado oficio alguno en ningún sitio, pues nadie sabemos si somos positivos asintomáticos, salvo que se celebren a solas, como sí hacen muchos sacerdotes... O sea, que o se celebra a solas, todo el mundo, a solas, o no se celebran, o se abren las puertas. Se nos permite ir al supermercado, donde no se guardan las distancias, digan lo que digan y por mucha marca que haya en el suelo. Se nos permite ir a trabajar a los que somos esenciales, y, por mucho que se quiera, no se guardan las distancias a pesar de la pru-

dencia que se pone. Se permiten manifestaciones, como he dicho, a comunidades islámicas, como se ha visto, pero se levanta el altar en una celebración de una familia en su casa... Y creo, firmemente, que se pueden arbitrar medidas para que la gente vuelva a los templos, pues se pueden guardar distancias. Basta con limitar el aforo... con tener un grupo de voluntarios que se involucren en cada templo en vigilar el cumplimiento de las normas. Yo seré el primero en solicitar la amonestación a quien corresponda, o el cierre del templo, si no se cumplen... Y sí, creo, al menos a la vista de los fieles de a pie, y yo soy uno de ellos, que no se ve movimiento alguno de la cabeza de la Conferencia Episcopal Española para que mucha gente pueda ir a las iglesias... hay personas, sobre todo mayores, y no mayores, que tienen más necesidad de ir al templo que al supermercado o a la farmacia, porque les alimenta su vida espiritual. Y sí, soy de los que veo esa “miedosa prudencia episcopal”... Me da pena decirlo pero me causa mayor dolor pensarlo. Si no es así, si estoy errado, sabré admitir mi equivocación...”

Y para incidir más en el tema, que es el que mayor número de comentarios ha provocado a mi crónica, debo añadir que hoy me he llevado una alegría inmensa, o dos. La primera ha sido recibir un correo del Padre Juanjo, paúl, párroco de la Basílica de La Milagrosa, de Madrid, en el que nos comunica que ha superado la infección por el coronavirus y que se encuentra ya en sus habitaciones de la residencia de su comunidad. ¡Bravo, Padre Juanjo! Y, además, en el correo, daba una noticia a su feligresía, y es que desde hoy se abrirían las puertas del templo, en horario tasado, para que quien quiera o pueda tenga la oportunidad de entrar a rezar, a meditar, a estar a solas con el Señor –ya sé que para nada de eso es preciso o necesario estar en una iglesia- o a mirarle la cara dulce, misericorde, maternal, sencilla, preciosa, de la imagen de la Virgen Milagrosa. Ah!, no he dicho celebrar misa, que de eso luego hablo.

Ni corto ni perezoso, nada más recibir el correo del Padre Juanjo, remití por whatsapp a Don Celso una captura de pantalla del mismo, remarcada en color rojo, para que resaltara más. Y, le decía: *“Don Celso, buenas tardes. No me resisto a enviarle extracto del correo que he recibido del propio párroco de la Basílica de La Milagrosa, de Madrid. ¿No se puede hacer algo parecido aquí? Lo he recibido hoy. Un abrazo.”* Lo de “no me resisto” lo he aprendido del segundo de los comentarios que, de alguna forma, mostraban su disconformidad con lo

remitido ayer. Pues a veces hay que resistirse, hay que pensar, hay que meditar, y, sobre todo, hay que respetar. Tampoco me he resistido a decir esto. Y conste que respeto, como no puede ser de otra forma, a quien no piense como yo.

Como no me resisto a contar, que en el fragor de esta lucha he recibido una llamada de Don Celso. Le he preguntado si podía decirlo, y, de alguna forma lo ha dejado a mi mejor criterio. Seré prudente. Bien, pues diré que ha tomado el tema de mi mensaje en consideración, y que es consciente de que habrá que ir de la mano del resto de las diócesis, pero que no recuerda que haya norma alguna que impida al cierre de los templos, sino la prohibición, vía recomendación, ante la imposibilidad de arbitrar medidas para mantener las condiciones dictadas por el Decreto de Alarma, de tipo social, de celebraciones públicas. Y me comenta que tratará este asunto con quienes, en la Diócesis, le ayudan en su mejor gobierno pastoral. He hablado con mi Pastor, y me he ofrecido a estudiar medidas que vayan encaminadas a mantener un orden si se determina la apertura de los templos, o queda al albur de sus respectivos responsables. Máxime, además, con la previsión de poder salir a pasear a partir del día 2 de mayo, lo que permitirá a muchas personas que, al tiempo que se esfuerzan en mantener su salud física lo hagan también con la espiritual, si la visita al templo, el recogimiento ante el Sagrario, o la simple contemplación de una imagen sagrada les ayuda a ello. ¿Quiénes somos nosotros para enjuiciar la necesidad de los demás de verse a solas en un templo, con un recogimiento que, es muy probable, no puedan tener en sus casas?

Y ahora, a lo prometido.

No hace muchas crónicas, que según me dice Carlos Pajuelo pueden superar, en número que no en volumen, a los *Episodios Nacionales*, de D. Benito Pérez Galdós, dije que dedicaría un día unas palabras a una jornada especial que viví en Villanueva de la Serena, concretamente el 7 de octubre del 2018. Ese día se celebraba el quincuagésimo aniversario de la creación de la parroquia de San Francisco de Asís, de la localidad antes citada. Su actual párroco es mi amigo Felipe Domínguez Romero, al que he citado algunas veces en estos episodios por razones del aceite de la cooperativa de la que forma parte, La Unidad, de Monterrubio de la Serena. Felipe me invitó a estar presente en los actos del cincuentenario, y allá que fui, pues me pidió que ayudara en temas protocolarios y participara en la celebración.

En el primer encuentro del Papa Francisco con los periodistas, el 16 de marzo del 2013, después de ser elegido, dijo “*Francisco de Asís es para mí el hombre de la pobreza, el hombre de paz, el hombre que ama y protege la Creación*”. Y ello me ha servido para traer la bella jornada vivida en Villanueva de la Serena a estas crónicas. Vivimos días, nadie lo duda, en que la pobreza, a causa de la pandemia, se va extender y afectará a muchas personas, que hasta ahora vivían con cierta comodidad o, al menos, sin apreturas. Y se va a necesitar, por parte de todos, poner nuestro empeño en mantener una paz social, que emana de la espiritual, sin duda, para poder manejar adecuadamente la nueva situación. Deberemos ser hombres y mujeres de paz, como San Francisco de Asís. Y habremos de amar y proteger, como el santo de Asís, la Creación y cuanto la forma, pues sin duda son bienes esenciales que Dios ha puesto a nuestro alcance para realizarnos humana y espiritualmente. Máxime cuando el hombre, ser supremo de la Creación, hecho por Dios a su imagen y semejanza, se siente amenazado por, quién dice que no, la misma ambición del hombre.

Y, por ello, traigo a San Francisco de Asís a colación, pues espero que para su festividad de este año haya guardado mi pluma y mi papel mucho tiempo antes. Fue una jornada completa. Estuvo presidida por Don Celso, y asistió el anterior Prelado de nuestra Archidiócesis, Mons. Santiago García Aracil (+). Fue, si no me equivoco, la última vez que pisó terrenos diocesanos antes de su muerte, que tendría lugar dos meses y veintiún días después. Con motivo de la celebración, procesionó San Francisco por primera vez, que nunca antes se había sacado la talla para veneración pública por las calles de Villanueva. Felicito a Felipe Domínguez, el párroco, y a José María Franco, su vicario, por el esfuerzo en sacar a la calle la imagen del santo franciscano. Y en las puertas de la parroquia de la Asunción, con su cura propio a la cabeza, Nicomedes Silos, se homenajeó al santo, recordando aún los sones de la Banda de Cornetas y Tambores de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Villanueva de la Serena. Fue una jornada para recordar. Disfrutamos todos, y como no quiero perder la cabeza algún día sin decirlo, aquí lo hago, además de para cumplir una promesa a un amigo, y como detalle de afecto a su persona y a cuanto él representa como párroco. Y a Franco, que Franco no ha muerto, que vive, y se llama José María, y es un cura sencillo, bueno, amable y, conmigo, afectuoso a más no poder. Algo callado, pero a mí me interesa que la boca que hable

sea la del corazón. A los dos, gracias sinceras, porque siempre que voy a San Francisco lo hago como a mi propia casa.

Hay algo de aquél día que no puedo callar. Es un incensario, que cuando lo vi pensé que se habían quedado sin él y buscaron una coctelera. ¡Válgame Dios!, me dije. No era posible que en ese templo, tan magníficamente cuidado por su párroco, hubiese tal incensario. Me quejé. Lo hice saber. Y se me escuchó. Un día, cercana la Semana Santa del 2019, recibí un mensaje de Felipe Domínguez. Me presentaba, en primicia, el nuevo incensario que se estrenaría el Domingo de Ramos. Os lo envío, porque quiero que, cadenciosamente movido por ese buen párroco de Villanueva, cuando el humo del incienso llegue al Sagrario, a San Francisco, a la Virgen de Guadalupe que allí se venera, o a la Piedad que recoge en los regazos de la Madre el sufrimiento del Hijo, que es el mismo que padecen hoy muchos, que también se sienten recostados entre los brazos de María, digo que ese incienso perfume las vidas de todos nosotros, ahuyente el mal y nos haga mantener una esperanza en la paz, un compromiso de auxilio a la pobreza y un sentido de respeto y protección a los bienes que Dios ha dado por la Creación. Como veréis, para homilías no tengo precio. Aquí va el incensario, y con él, Don Celso, Felipe, José María, Padre Torres, también a su madre, Da. Maruja, el incienso de mi consideración.



Acabo. En la bici, dos horas y seis minutos, además de ver el patio al que dan las ventanas de las que hablaré en su día, me entretuve conociendo el Ala 31 y el Ala 15 del Ejército del Aire, en Zaragoza. También vi, que no lo había visto, la despedida de los Cardenales al Papa Benedicto XVI en la mañana del día de su marcha a Castel Gandolfo, para su retiro temporal hasta su vuelta al Monasterio Mater Ecclesiae, en el Vaticano. Tras ello, la Santa Misa, en la Catedral de Badajoz, presidida por Don Celso. De comida, hoy, lechuga de primero y pierna de borrego de segundo. Mañana más.

Día 44º
Lunes, 27 de abril del 2020

Hoy es lunes 27 de abril, y...



...hay cosas que yo no entiendo.

Ni pretendo hacerlo, que nada peor que estrujarte la mollera en cosas que no tienen explicación, salvo que lo enfiles por la categoría humana que cada cual atesora en sus venas. Leyendo la prensa tengo conocimiento de la misa funeral que ha oficiado el Cardenal Arzobispo de Madrid, Emmo. y Rvdm. Mons Carlos Osoro Sierra, en memoria de las víctimas que lleva provocado el coronavirus. Nada que objetar, lógicamente, al contrario: ganas de aplaudir. El Ordinario del lugar tiene la potestad para decretar cuándo y cómo llevar a cabo una misa funeral, o con cualquier otra intención. Supongo que tendrá que decir más, porque tenga la plena seguridad de que, hasta que se deter-

mine que la pandemia ha sido controlada, quien muera es porque tiene que morir, que aquí no se queda nadie, y tiene que hacerlo causado por un virus, viejo amigo o conocido de poco tiempo, por la edad, por enfermedad común, por accidente o, como hace tiempo, de repente, digo que de aquí en adelante va a seguir muriendo gente hasta que se decreta que la pandemia ha llegado a su fin, si es que llega. Y, entonces, por no hacer distinguos con los distintos miembros de su rebaño, deberá volver a presidir un funeral en sufragio de las almas de los que mueran desde ahora en adelante.

Tampoco me cabe la menor duda de que, en nuestra Archidiócesis, el Pastor, Don Celso, determinará la fecha para la celebración de un funeral con el mismo motivo. Y lo digo, ojo, pues ya hay quien busca tres pies al gato entre mis palabras, sin entuerto ninguno, con el significado que tienen, literalmente, las palabras que he escrito. Sé de la altura moral de Don Celso y me consta que está sufriendo tremendamente con esta situación. Y cuando lo considere dadas las circunstancias de la nueva vida a la que haya que adaptarse fijará día y hora para ese momento, al que todas las personas de buena voluntad de la Archidiócesis, o de la provincia, incluso quienes no se sientan representados por la Iglesia Católica, podrán sumarse en oración por el alma de quienes no han podido superar la enfermedad, por la causa que sea, que no es cosa de que la burra vuelva al trigo a volver a airear trapos sucios, sean del color que sean.

No soy quien para enjuiciar la decisión de Monseñor Osoro, haya salido de él o haya celebrado a petición de algunas de las autoridades de la Capital del Reino. Y digo Reino, porque España es un Reino –*aunque a algunos no le guste*– con un Rey –*aunque a otros tampoco les guste*–, que está demostrando coraje al llevar a cabo gestiones que no sé bien si le corresponden o no, pero que lo hace para tratar de aliviar las necesidades de muchos de sus compatriotas, aunque lo que de verdad me sale del alma es decir súbditos, que yo me siento uno de ellos. He dicho. O vete a saber si lo hace porque ve que quien tendría que hacerlo está bloqueado por la situación actual, si no lo estaba ya antes de entrar en ella. Y que lo mismo consigue que nos envíen material sanitario que venga un país y nos compren cien mil borregos. O llama a los fruticultores de Extremadura, para escuchar de su trabajo y esfuerzo la verdad pura y dura, o visita a los que dan el callo en

lugares donde se trata de devolver a la vida a los que la han visto colgada de un hilo. Y todo a golpe de teléfono y con la misma presentación, que no hace falta otra: “Soy el Rey de España”. ¡Cómo no será la cosa que al tiempo que escribo esas cinco palabras me he levantado del sillón y he realizado una caputflexión!

Pues bien, a lo que voy es a la presencia de uno de los tres asistentes a la citada misa, concelebrantes y acólitos aparte. Leo en el HOY de hoy que han asistido la Presidenta de la Comunidad de Madrid, el Alcalde de la Capital del Reino y el Delegado del Gobierno en la citada comunidad autónoma. Y aquí es por donde voy. El Delegado del Gobierno es del mismo color que el ente que lo nombra, como no puede ser de otra forma. Y se debe a las directrices de quien le paga, que quien paga manda. Bueno, no siempre es así. Pues me ha sorprendido, muy gratamente en cuanto se refiere a Franco, José Manuel Franco –*vaya apellido para un representante de un Gobierno que sacó a Franco de la tumba*– su presencia, cuando sus jefes todavía no han tenido la decencia, digo yo, de ponerse una corbata negra, que poco cuesta, en memoria de las almas por las que se ofició la Eucaristía. Claro, que me pregunto si algunos saben qué es eso de las almas, sean las ánimas del Purgatorio o las que se separan del cuerpo en el sanatorio. Bien por el Delegado del Gobierno en Madrid. Y por la Presidenta de la Comunidad y por el Alcalde de Madrid.

Parece ser que ayer, según me cuentan, los menores que pudieron dar el paseo observaron, merced al buen criterio de sus padres o responsables, las normas dictadas por la autoridad competente, y por el sentido común, de mayor autoridad en estos momentos, si cabe, que la competente. Y bien que me alegro. Hoy, camino del despacho, he visto solamente a una cría. Y al bajar la basura a otra. Por esta zona mía ha debido Herodes anunciar su visita, porque no se ve a ninguno suelto ni acompañado. Entiendo que ayer algunos padres se echaran a la calle despavoridos con los hijos a cuesta. Aunque los niños no quisieran. Da igual: ¡a la calle! Y eso que, si fueran míos, no salían. Debe haber padres que ya no saben cómo contentar a su recua para que les dejen tranquilos en casa, para trabajar o para reposar. Traigo la fotografía de inicio a colación de esto. Le he pedido permiso al mayor, y lo hago porque no se le ve al cara a la niña. Él es Ignacio Gridilla Martínez-Manzano. La niña es su hija.

Se llama Inés. Si un día se lee en estas páginas me gustaría que supiera que fue la generación más protegida del siglo XXI. De momento. Y que en los años en que ella no entendía de la realidad de la vida, sus padres se esforzaban en cuidarla y protegerla, porque era –y es– el tesoro máspreciado que tenían –y tienen–. Y eso que, pronto, si Dios quiere, que querrá, va a compartir mimos y arrullos con un nuevo hermano suyo. La foto es de hoy, y ha sido una casualidad que, mientras escribía la crónica, ya pasado el comentario a la salida de ayer, me la ha enviado el papá de Inés.

Y queda ya menos, aunque no quiero obsesionarme, pero Nines me lo recuerda cada dos por tres, para el Dos de Mayo. Así con mayúsculas. Estoy a la espera, que no impaciente, de conocer las condiciones en las que nos dejarán salir a pasear. Porque me pregunto muchas cosas... Y, para ir preparando el terreno, que he vuelto a limpiar el polvo a mis zapatillas, que Eduardo Molina Albarrán me dice que no son alpargatas, bueno está, las he observado con mirada maliciosa y picarona, deseando el momento en que vuelva a meter los zancajos dentro de su piel, deseando que me invada el gusto del caminar tras el susto que obliga a parar.

Así, ¿podré ir de paseo con mi mujer, Nines, uno junto al otro, no se me vaya a perder, que después de tanto tiempo nunca se sabe, o tendré que guardar también los dos metros de distancia? Porque, que yo sepa, en la alcoba, en la cocina, en el gabinete viendo en la tele la historia de este sainete, no los guardo, la verdad. Ni, como dijo Lola Flores, “*Dios lo premita*”... ¿O tendrá que ir ella por delante unos cuantos de metros? Y digo por delante porque así veo que no se despista, que vete a saber cómo están las neuronas de la orientación cuando nos abran los chiqueros... ¿Podré ir hasta La Vaguadas, ver el reloj de la rotonda, cambiar de acera y volver a Badajoz? Lo pregunto por si nos limitan la distancia a un kilómetro... ¿Podré andar más de una hora o tendremos tiempo tasado? Lo digo porque si me tasan tiempo y hora me veo a la gente haciendo surco calle arriba y calle abajo... ¿Tendré que llevar mascarilla en la barbilla o, si no me paro con nadie, no la preciso? Porque, digo yo, que tendrá la mascarilla muchos defensores, pero con la que yo llevo me entran unas asfixias de ardores, y me recuerdan a mi padre, que en Paz esté, cuando entraba en un túnel, que decía que le faltaba el aire nada más atravesar la línea de la boca del pasadizo... ¿También habré de

llevar guantes? Lo digo porque, para no contaminarlos, y por si me entran ganas de aliviarme a mitad de camino, o antes, que ahora está uno desentrenado, llevaré otro par de repuesto, y entonces me voy a parecer al Ministro López Rodó, Don Laureano (+), del que se decía que era “*un hombre que después de orinar se quitaba los guantes*” por lo exquisito que era. Aprovecho y digo que fue, para recordar la historia a los que lo conocieron en los Tele-diarios, Comisario General del Plan de Desarrollo y, después, Ministro de Asuntos Exteriores. Era la época en la que las carteras ministeriales las ocupaban personas de reconocido prestigio en sus carreras, en sus quehaceres, iban bien pelados, aseados, no llevaban el pelo largo, acudían a sus escaños con traje y corbata, hablaban con respeto y consideración desde la tribuna de oradores, dejaban el paso a las damas, se sabían Ministros del Gobierno, con las obligaciones formales que ello requería –otra cosa eran, en algunos casos, que no en este, las morales-, y si la cosas lo pedían corbata negra se ponían. También iban a misa.

Sigo con las preguntas... ¿También habrá un periodo tasado para el paseo añorado? Porque, querido Presidente, a mí me gusta salir a las siete de la mañana, que es cuando disfruto del amanecer y noto mi sentimiento crecer. Y veo los capullos desperezarse, las amapolas abrirse, espigas enderezarse y gorriones reírse... Por favor, te lo ruego, si me oyes, lo mismo que te ha llegado el sufrir de mis alpargatas, dame el placer de contemplar el sol a poco de amanecer.

Hablaba antes de la niña de Ignacio. Pues ahora voy a hablar de otra cosa, y quiero deciros que me he llevado esta mañana una alegría grande. Y eso que, como aquel que dice, hemos dejado de ver a la gente hace tres días con pasado mañana, que el tiempo es más corto de lo que creemos. Que sí, hombre, que sí, que es así. Estaba en la puerta de la óptica Rodríguez-Viñals hablando con Trini, pues me ajustaba un cristal en las monturas. Tenía miedo de que se cayera. Me ha quitado los temores. Y en esto que pasa a mi lado una pareja joven, mejor dicho, un matrimonio joven en edad y en tiempo de unidad, que llevan un año, siete meses y diecinueve días casados. Son Pepe Marcos Merino y Elena González Soto. Él es hijo de una hermana de Nines. O sea, son sobrinos nuestros. En el año 2006, en Salamanca, en un viaje en Navidad al que nos llevamos a los tres hermanos, Pepe, Javier y Jesús, estaba

yo hablando por teléfono con alguien, a quien daba cuentas de mi paradero. Se me ocurrió decir que estaba en Salamanca con “*unos sobrinos de Nines*”. Lo oyeron y se arremolinaron en cóncave a su tía y le dijeron: “*Ha dicho que está con unos sobrinos tuyos. ¿No somos sus sobrinos?*”. Y lo dijeron ofendidos. Y me lo recriminaron. Hicieron bien. No tengo queja de ellos, la verdad.

Elena está embarazada, debe cumplir, dicen, porque no creo que nadie lleve la fecha apuntada de..., de..., bueno ya sabes, para finales de junio. Si nace el día de cumpleaños de Nines, el día de San Pedro y San Pablo, tenemos fiesta gorda. Seguí con ellos, distanciado, hasta cerca de la puerta de su casa. Habían tenido que salir y dar la vuelta a la manzana, que Elena estaba ya molesta, que ha guardado el confinamiento al ciento por ciento. Me ha hecho ilusión verlos, y que Julia, la niña que con tanto amor esperan, va creciendo. Será la generación del cambio. Porque la vida que ellos vivirán será un cambio con respecto a la que hemos llevado hasta ahora. Será una generación distinta. Ni mejor ni peor. Otra. Cada una tendrá lo suyo, bueno y malo. Cada una deberá aprovechar cuanto Dios ha puesto y ponga a su alcance, pero les deseo que lo hagan con la mirada puesta en no sentirse dueños del mundo, porque no lo serán, como tampoco lo somos nosotros, aunque nos hayamos dado cuenta tarde.

La generación de Julia, o de Inés, y del hermano de Inés, cuyo nombre, aunque lo sé, no lo pongo, no sea que haya cambios de última hora, me gustaría que fuera una generación en la que se valore más cuanto se tiene, pero en su justo precio, no en el que no tienen las cosas, que es algo de lo que nos hemos dado cuenta ahora. Que no se crean dueños del orbe. Y que vivan la relación con sus iguales a sabiendas que es lo de más valía, que las cosas materiales, a la hora de la verdad, se puede prescindir de ellas. Y que aprendan que no merece la pena tratar de ser más que nadie si lo haces renunciando a descubrir y disfrutar los valores humanos y espirituales de los demás. Que, de hecho, todos nosotros, en estos días, lo que echamos de menos es de los demás la cercanía, que la copa o la cerveza, el bolso o la lotería, puede esperar más allá de tres o de cuatro días.

Por eso, Elena, Pepe, cuidad a Julia... Lorena, Ignacio, haced lo mismo con Inés y con... no quiero que se me escape. Sólo le pido a Dios poder verlo y disfrutarlo largos años, para así, y dando gracias, por eso y más... ¡alabarlo!



Día 45º

Martes, 28 de abril del 2020

Hoy es martes, 28 de abril, y...



...¡llevamos ya mes y medio!

Y me da pena que haya tenido que pasar este mes y medio para darse cuenta del papel, de lo que son, de lo que sienten y padecen, del corazón que tienen los miembros de las Fuerzas Armadas. Resulta que, en este país llamado España, que sólo con decir su nombre las gafas de lágrimas se me empañan, hay quien se da cuenta tarde de las cosas. Tenemos que estar sometidos por una plaga para que seamos conscientes de quiénes son unos y otros. Y así pasa con el personal sanitario y al servicio de la salud, en cualquiera de sus oficios, que un cocinero de hospital también lo es... Y, cómo no, con las Fuer-

zas Armadas, o con los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad. Aunque con éstos últimos, como nos dan para el pelo durante la vida normal con sanciones que castigan nuestras acciones, algunos los pasan por alto. Yo no.

Y que esto del olvido venga de un sinsustancia que no haya querido aprovechar la oportunidad que la vida le haya dado para saber leer o escribir, o las dos cosas, bueno está. Pero que de ello se den cuenta personas formadas, con criterio bastante como para saber discernir acerca de la entrega del profesional, como ser humano, a veces sin cuartel, a su vocación de servir a los ideales a los que ha consagrado su vida, sea tal la de defenderla o la de salvarla, me da pena. Llegan tarde. Aunque, también es cierto, nunca lo es si la dicha es buena. Es posible que a lo largo de estos cuarenta y cinco días en los que llevo invadiendo vuestra intimidad sea algo reiterativo en algunos temas. Da igual. Pero a veces el tema lo merece.

Ayer me acosté con el runrún en la cabeza, que desapareció, no es menos cierto, en cuanto acabé mis jaculatorias. Había visto la intervención de la Ministra de Defensa en el Congreso. Por cierto, uno de los miembros del Ejecutivo que está salvando su papel, si no el único, al menos a la vista del respetable, aunque a veces le pierde la numantina defensa de algunos otros compañeros de gobierno, que tienen poca o nula salvación en esta tierra, que ante Dios no soy quien para juzgar. Al levantarme esta mañana me ha vuelto la cosa a la cabeza. No se me olvidaron las palabras de la mandamás del Ministerio de Defensa: *«Cuando se escriba la historia del coronavirus un lugar muy importante lo van a ocupar los hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas»*. Y sobre esto me gustaría opinar, porque, como he dicho, me da rabia que en este país sólo nos acordemos de Santa Bárbara cuando truena, ¿verdad, mi Teniente Coronel Antonio Moya, querido amigo, Jefe del GACA XI? Estoy seguro que la Señora Ministra sabe de sobra cuál es el papel de las Fuerzas Armadas no sólo en la historia que ahora se está escribiendo.

Los hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas tienen escritas, las escriben y las escribirán, páginas de oro y brillantes en la Historia de España, antes, durante y, a buen seguro, después del coronavirus. Las han grabado a golpe de machete y punta de bayoneta desde que se crearon, y no se olvide que las Fuerzas Armadas españolas son, de los cuerpos de ejército en actividad, de los más antiguos del mundo. O sea, que no son de ayer por todo el día. Y han

venido, guerras aparte, desarrollando acciones humanitarias en España y allá donde se las haya llamado desde hace mucho tiempo. Antes, con los medios que había, que eran sus componentes, ese personal humano que forma el mayor y mejor equipamiento del Ejército, sea de Tierra, Mar o Aire. Ahora, con medios capaces de llegar hasta el último punto del orbe. Pero, ojo, da igual los medios que se tengan si quienes las forman no están labrados al fuego de la entrega, de la abnegación, del sacrificio, de a sus jefes la consideración y de su esmero en el oficio. Y deben ser reconocidas no sólo por lo que ahora hacen, que es mucho más de lo que algunos, no pocos, pensaban y esperaban, sino por lo que vienen haciendo desde su creación. Conste que no me paga nadie por escribir estas líneas, que lo único que me lleva a ello es que se reconozca que lo que han hecho y hacen en estas circunstancias los hombres y mujeres, que tanto monta monta tanto, no es sólo circunstancial, no, sino que es lo mismo que llevan haciendo siempre: estar junto al pueblo del que forman parte, junto a sus gentes, porque a ellas, al besar la Bandera, hicieron de alguna forma el ofrecimiento de proyectar el coraje de valientes y su más leal sentimiento. La actuación de las Fuerzas Armadas, y de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, en estos días pasará a la Historia, sí, Señora Ministra, como una página más de su gloriosa existencia. Pero, oh!, es ahora cuando nos damos cuenta. Y, la verdad, eso me da pena.

Es, ya lo he dicho días atrás, como acordarse de los sanitarios, en todas sus facetas, ahora, pero ignorarlos de aquí para atrás. No, eso no es justo. Entre otras cosas porque siguen siendo los mismos, con su servicio, su entrega, sus desvelos, sus virtudes, sus defectos y su vocación a ese oficio. Parece que hay gente que ahora es cuando se ha enterado que los médicos también lloran, o sufren, cuando no consiguen sanar a sus pacientes, cuando yo sé que antes, también, trataban de dar consuelo a los enfermos sufrientes. Y ellos también sufrían. Yo lo he comprobado, lo he vivido, lo he cantado y lo he sentido.

Voy a cambiar de tercio, pues me pongo a escribir de la Tropa y no acabo. Como afirmación a cuanto he dicho, como homenaje a todos ellos, traigo a la fotografía de inicio la formación de la Brigada Extremadura XI en la esplanada de formaciones de la Base General Menacho, el día de la Inmaculada Concepción, patrona del Arma de Infantería, en diciembre pasado. Para curiosos, en la fotografía, mandando la formación, el Coronel Jefe del Regi-

miento de Infantería Saboya número 6, mi buen amigo Rafael Dengra Tello. Detrás de él, a su izquierda, el Suboficial Mayor del Regimiento, Antonio Alcalá, a quien nombro por afecto y porque representa a todos los suboficiales de la Unidad, que son los que más en contacto están con los que forman las filas de tan querido Regimiento. En su nombre, un homenaje a todos ellos y a cuantos forman parte, también, de las diferentes unidades de la Brigada, que hay gente a la que sólo le gusta el trato con las estrellas. A mí, con las estrellas, los galones y las bocamangas sin galardones, o sea, con todos. Y los traigo porque están en posición de descanso, como si estuvieran esperando la orden de desplegarse allá donde sea preciso, dispuestos para ayudar a quien se siente agobiado al respirar.

Y me permito, también, poner una imagen del Ala 23, mi querido Coronel, Francisco Javier Vidal, como prueba, también, de vuestra disponibilidad en todo momento. Aquí, desfilando, el día de la Patrona, la Virgen de Loreto, pues la tropa siempre está dispuesta a desfilarse en donde sea preciso actuar.



Leo que ya empezarán a dejar de patrullar las calles de las localidades en las que han llevado a cabo misiones de vigilancia y control los miembros del Brigada. Estoy seguro que sus figuras quedarán grabadas en la retina de la gente con el cariño y consideración que los españoles tenemos a gala como humana condición. Y, ahora, a otra cosa, mariposa...

Ayer olvidé decir que hice bicicleta. Me lo recordó Pilar Verdasco. Una hora y veinte minutos, y que me entretuve con vídeos pendientes del día anterior y en contestar algunos mensajes. También en mirar por la ventana. Pero hoy no he pedaleado. Me he dormido, y cuando el cuerpo se aletarga más de la cuenta debe ser porque lo necesita. Hay que dar descanso a veces, que muchas son las que en el día estamos en posición de firmes, cuando no desfilando. No he hecho bicicleta, no, pero sí he mirado por la ventana, que no es la indiscreta pero que tiene su historieta. Pero, de eso, como ya he dicho, hablaré otro día.

Y entre tanta agonía... ¡la vida! Hoy ha nacido Carmen. No sé sus apellidos, pero me da igual. Ha nacido con veintiocho semanas, con siete meses. No ha aguantado más, tenía ganas de venir a la vida. Está bien. Tiene cinco hermanos más, creo, y su madre llevaba tiempo ingresada ante la incertidumbre del parto, que la niña se había vuelto algo impaciente. Unos se van, y otros vienen. Es la sucesión normal de la naturaleza, aunque decirlo así aparente cierta crudeza. Sé de la lucha de sus padres, y de los médicos, por preservar la vida de Carmen. Al final se ha conseguido, y espero que supere la etapa de la incubadora en la que, durante semanas, pasará hora tras hora. No conozco a sus padres, pero me da igual. Ni, muy probable, la conozca a ella, salvo que algún día se den las circunstancias y casualidades para ello. Me llegó el anuncio de su nacimiento por el Padre Torres, que bien conoce el caso. Lo mismo, pues, que hemos rezado, y seguimos haciéndolo, por cuantos amigos conocidos, allegados o paisanos desconocidos, una oración os pido por la vida de Carmen, y por esa familia ya numerosa de la que forma parte desde hace veintiocho semanas. ¡Bienvenida!, Carmen, que en tiempos de oscuridad te has asomado a la vida, que es signo de claridad.

He ido al despacho esta mañana. Se presentan situaciones algo complicadas a las que hay que dar solución. Gracias a Dios se encuentran. Hubo un momento en que sentí algo especial. Un silencio absoluto invadía mi despacho. Mes y medio sin oír a mi compañero de despacho, sin comentar vis a vis los éxitos o los fracasos, que sin su presencia allí estoy como oveja sin pelleja; mes y medio sin oír otras voces por el patio interior del edificio; mes y medio sin recibir a nadie, salvo para dar llaves; mes y medio en los que sólo el susto del conserje cuando salía del baño era el síntoma de vida; mes y medio sin

que aporte por la oficina nadie a ofrecerte un catálogo de material de oficina, o sin que Sara nos quede el despacho impoluto, como dice Manuel. No va porque no queremos, y lo decidimos por ella, para evitarle riesgos. Mes y medio en los que solamente la melodía de las llamadas telefónicas rompe la monotonía. Mes y medio en los que ahí seguimos, sin claudicar, sin pestañear. Mes y medio, también es verdad, en que no me he sentido solo en ningún momento, que tengo la Cruz colgada en la pared. Fue de mi amigo Jerónimo Hernández Vargas (+), y colgaba de su despacho en el Palacio Episcopal. La descolgué cuando murió. Hubo quien me dijo que la cruz era de la casa. Lo miré de arriba abajo, y me callé. Se la pedí al Arzobispo, Don Santiago (+). Ahora es mía. Y ahí quedará. Hay otra, de sobremesa, que compré en Doncel, en la calle *Larga*, hoy Felipe Checa, hace tiempo *Flechas Negras*. Me la bendijo un sacerdote ya fallecido hace bastantes años, D. Manuel Asensio (+), que fue cura párroco de La Albuera. ¡Qué mejor compañía!

He leído en la prensa que ya se empieza a pensar en cómo dejar salir al personal a pasear, a hacer deporte o a tomar el fresco sin entrar en colisión con los muchachos menores de catorce años. Bueno, por una parte no está mal: los niños son los niños y... los demás por otro lado. *“Reservar el deporte para las primeras y las últimas horas del día y que no coincidan en sus paseos los niños con los mayores de 65 años. Esa es la propuesta que ha trasladado Extremadura al Gobierno central para la segunda fase de la gradual salida del confinamiento que se iniciará a partir del próximo sábado... La idea que plantea la Junta es que los mayores salgan a pasear por las mañanas y que los niños lo hagan por la tarde. En relación a la actividad física... la propuesta... es que las salidas para hacer deporte sean entre las ocho y las nueve y media de la mañana y entre las nueve y las once de la noche”.*

Vamos a ver si me aclaro, o alguien me pone la cabeza en su sitio, porque me surgen dudas, y claro, tengo que ir camelándome a mis alpargatas. ¿Entiende la autoridad competente que pasear es hacer deporte o no? Si pasear es hacer deporte, o sea, actividad física, ¿estamos limitados a hacerlo entre las ocho y las nueve y media de la mañana? ¿No puedo salir a las siete de la mañana, o a las siete y media? ¿Es que en España hay toque de queda? Y si una persona, menor de sesenta y cinco años, no hace deporte, ¿no puede salir? Porque tal caso no se deduce de la propuesta efectuada. Confieso que

estoy ya medio majara de tanta casuística, de tanto enredo y de tanta mística política. Espero, y deseo, que empiecen ya a circular las tablas donde se diga quién, qué y a qué hora se puede dar culto al cuerpo en forma de paseo. Estoy cogiendo peso, me está subiendo el colesterol, mis varices me tienen las piernas cada vez más “*desinquietas*”... y todo ello por no moverme como debo, por no hacerme todos los días, de un tirón, mis seis kilómetros y medio, y los sábados y domingos casi doce. ¿Tan malo es andar, con las prevenciones a que haya lugar?

Y no contento con esto, a raíz de un aviso de esos que te llegan por el teléfono, se me ha ocurrido ponerme ante el televisor para ver la alocución del mandatario jefe dando cuenta de cómo va a ser esto del desencajonamiento. No me he enterado, y no me tengo por tonto. Entre el lío de fases y pásame usted el río no sé cuándo ni cómo se pueden empezar a hacer las cosas. Alguien tendrá que idear un cuadro de esos en los que en las coordenadas se pone qué, en las abscisas quién y en donde se juntan cuándo. Creo que será la única forma de enterarnos. ¿Para qué se me ocurriría ver la intervención del mandatario jefe del ejecutivo de la nación?

Con lo que sí estoy completamente de acuerdo es con algo que he leído hoy en el ABC. Dice el rotativo madrileño que una de las medidas que prepara el Ejecutivo para el momento de la apertura de los comercios es la eliminación de los productos de prueba. Eso me parece fenomenal, porque hay gente que se aprovecha de ello sin gastarse un duro, y se perfuman el cuerpo entero con los botes de fragancias puestos al efecto en los mostradores, y, de paso, si pasas cerca o de frente, te rocían con el, muchas veces, aroma pestilente. Sé de algunos que no gastan un duro en colonia y aprovechan el momento de ir a El Corte Inglés para darse de lo lindo. Muy bien si quitan eso. Me planteo, incluso, votarles.

Otra cosa que dicen es que se van a prohibir los pagos en efectivo, y que serán sólo con tarjeta. Dos cosas. Una, que hay quien no tiene ni tarjeta de visita, sólo la sanitaria, como para que a ciertas edades vengas a decirles que tiene que usar la Visa. Mi suegro, que en paz esté, José Merino García (+), que murió en el 2005 con ochenta años, llevaba a gala no haber usado una tarjeta en su vida. Claro, que en el polo opuesto está nuestra querida Montaña Quirós, viuda de José Luis Miralles (+), que empezó a usar la tarjeta y ha cogido

un manejo con ella como John Wyane con el rifle. Y lo segundo, es que el uso exclusivo de tarjeta va a llevar a muchos a la ruina, económica y matrimonial. Yo mismo no tengo la misma sensación cuando pago en efectivo que cuando lo hago con tarjeta. En el primero de los casos veo cómo se me va el dinero, y el valor que tiene lo que he gastado. En el segundo, pienso que no deja de ser un apunte contable en el banco, y que como lo cargan a fin de mes, no hay problema. Sí, sí, no hay problema... Ya lo creo que los hay. En fin, ellos sabrán.

De lo que sí me alegro es de que se estudie la prohibición de que quien maneje dinero en los establecimientos manipule también los productos. Eso está bien. Hay bares, por poner un caso, en que con la misma mano que te cobran te cogen la cucharilla o el tenedor por la zona que introduces en la boca; o cogen un trozo de pan para ponerlo en el plato del aperitivo de las mondongas con huevo frito; o trincan la loncha de jamón para ponerla en el plato, cuando entre loncha y loncha no se tocan las narices, que es como si se las estuviera tocando al comensal... o cogen el plato donde te colocan la bola de helado de ensaladilla rusa. Nunca me ha gustado eso del manejo del dinero por cualquier camarero, carnicero, pescadero, panadero... Lo gordo es que, delante del cliente, se limpian la mano con un trapo con más mugre que el palo de un gallinero, y con eso lavan la conciencia del manejo del dinero. En eso sí hay que tomar partido. Y conste que no soy escrupuloso, pero sí de la limpieza especialmente celoso.

Como no se me ocurre cosa sana, que diría quien yo me sé, ¿verdad, Susana Sánchez Herrera?, mi comadre –una de ellas-, he pensado en que muchos de mis lectores se preguntarán cómo estoy después de no vernos desde hace tiempo. Debe dar alegría eso de ver a la gente después de mes y medio sin verlos y sin olerlos. Eso he sentido cuando he visto, camino de casa, a dos buenos amigos: Nacho Sahelices Puebla y Juanjo Jiménez de Peralta. Del primero, aunque lejano, pariente por Albuerne, que decían mi abuela Augusta y “tía” Paulita Herrera. Así me hablaba mi abuela de ella cuando salía a colación. El segundo, Juanjo, ha sido la persona que más me ha sobado en esta vida. Meses y meses de rehabilitación en el gimnasio, Eurokines. Unas veces el brazo, otras la pierna. Cuando no la espalda. Me conocen por todos lados. Él, su padre, Juan José; María Ángeles; Jose, María del Mar... forman un equi-

po que siempre llevo conmigo. Me ha dado alegría ver a Nacho y a Juanjo. No se son nada. No se conocen. Pero tienen algo en común: que forman parte de mi historia y yo de la de ellos.

Pues bien, para que algunos os alegréis al verme, os mando una foto, esta vez mía. Me veo más fuertecito, no digo que no, más cano, más viejo... Pero soy yo, y estoy bien, de momento. Así no os olvidáis de mi cara...



Día 46°
Miércoles, 29 de abril del 2020

Hoy es miércoles, 29 de abril, y...



...aunque lo empiece a parecer, ¡esto no se ha acabado! Al tiempo.

Antes de comenzar con la perorata de turno, y como no puede ser de otra forma, por respeto y consideración, quiero empezar con la fotografía de inicio. La he obtenido de un vídeo que me envió ayer mi buen amigo Juan Ignacio de la Cueva Spínola, y es de su finca Hardales. Es una finca preciosa. Anoche me envió una pequeña película que me emocionó. La verdad es que estamos en época de emociones contantes. Eso es bueno. Del vídeo tomé la

captura de pantalla que traigo como fotografía de inicio. Y, como no puede ser de otra forma, le canto de esta manera:

*En los campos de Maguilla
ondea nuestra Bandera:
¡Viva España! ¡Viva entera!
desde Coruña a Sevilla...*

*Desde Oviedo hasta Granada
de Barcelona hasta Huelva
que mi boca siempre vuelva
a cantarte, ¡Patria amada!*

*Entre retama y jarales
roja y gualda se te vea,
y entre sus franjas se lea
¡Viva España! ¡Viva Hardales!*

*¡España!, tu nombre brilla,
mi alma siempre te quiera,
que ondea nuestra Bandera
en los campos de Maguilla.*

(F.B.A.V-Z., 29 abril 2020)

Dedicada a Juan Ignacio de la Cueva Spínola, y a su mujer, Mercedes García Montalvo. Y a cuantos han besado la Bandera. Y a quienes, no habiendo tenido la oportunidad de hacerlo, sientan, al pronunciar “España”, palpar el corazón y removerse su entraña.

Y cuando me refiero a que “esto” no se ha acabado no lo hago por estas crónicas, que aún queda para tiempo, que ya advierto que no me despediré, salvo que me quede sin fuerzas, el día dos de mayo. Quien llegue un momento que no las quiera leer que las borre, directamente, sin conmisericordia alguna. O si alguien no las quiere recibir, basta con que me conteste con la palabra “baja” y lo borro de la lista. A lo que me quiero referir con eso de “esto” es,

sencillamente, al lío del montepío en el que nos han metido y del que, incluso quienes nos han encerrado en él, no saben cómo salir. Jamás me he ido a la cama con un complejo de torpeza como el que me acompañó anoche al catre. Palabra de honor. Y eso que José Manuel Rodríguez Salas, uno de esos descubrimientos de amistad que debo a mi profesión, me envió anoche un cuadro que traté de desgranarlo esta mañana. También D. Andrés Román García, párroco de Fregenal de la Sierra, me remitió, yo ya entregado al sueño, otro, más teórico, con lo aprobado... de momento. Muchas gracias a los dos. Y también Pepe León, veterinario de Montijo, al que ya he hecho mención en más crónicas, y David Bueno Franco, párroco de qué se yo los sitios de la zona de Llerena, también me remiten información al respecto. También Maribel Guisjarro, “compi” de italiano, me manda más de lo mismo. Y Carmen Saavedra López de Ayala, Chica para los amigos, también se acuerda de mí. Mi torpeza ha debido causar pena. Todo se agradece, que si recuerdo lo oído mi mente se me estremece. Me asombra la rapidez con la que la gente es capaz de resumir el “*parlanchineo atontadizo*” que ayer tuve la desgracia de oír en el televisor, que, ahora más que nunca, me convenzo de su apodo de “caja tonta”, pero no por ella, sino por cómo nos volvemos algunos por ver determinadas sesiones de masoquismo puro y duro. A ver si me entero con lo de unos y otros.

Pues bien, solamente cruzando datos de un documento y de otro, quitando de allí y poniendo aquí, intuyendo el sentido de la norma, o el espíritu de la ley, aunque no sé de cual, que para espíritu el de sacrificio mostrado por todos los españoles de bien o de mal, que esto trata a todos por igual, y, en resumen, borrando aquí, tachando allá y subrayando acullá he llegado a enterarme de algo que tenía ya asumido desde que el virus ha venido: ¡no me entero! De verdad, que no me entero. He hecho pruebas periciales complicadas, algunas de ellas hasta el punto de tratar de mostrar que una cosa era cierta cuando los argumentos que había que usar demostraban que no lo era, y lo conseguí; he superado exámenes en esta vida, he convencido con argumentos a gente que no se deja convencer en ningún momento... pero, de esto, de verdad, no me entero.

Esta mañana, a eso de las siete y veinte o poco más, me “carteaba” con mi amigo Manuel Hidalgo Morón, veterinario de Coín (Málaga), y comentábamos el tema de la “desescalada”, del desconfinamiento, confiando, me decía él,

que fuera avanzando. Y me decía Manolo que, al no hacer el test y no fundamentarse en los resultados, porque no los hacen, o no los quiere hacer, vaya Vd. a saber, nos van a seguir teniendo cogidos por... las partes nobles, para ser más finos. Mi amigo dijo otra cosa. Y añadía que sólo nos daban migajas de libertad. Mi contestación no se hizo esperar, y escribo literalmente: *“lo que buscan es meternos el miedo, que perdamos el contacto unos con otros y así manejarnos a su antojo”*. Y Manuel me respondió: “Gran verdad”.

Porque eso si lo tengo claro: se está minando la moral de la gente, para hacerlos peleles, y siento decirlo, de verdad, pues, esta misma mañana a Don Celso le decía que no me gustaría verme en la piel de los responsables de conducir esta situación a buen destino, o al mejor que se pueda, que en tiempos de tempestad no se elige el puerto. Y siendo peleles hacen de nosotros lo que quieran. Y, ojo, se está tratando de que prestemos toda nuestra atención en la psicosis generalizada que nos han metido en el cuerpo para que no nos demos cuenta de otras cuestiones que se preparan vía decretos que van a afectar a mucha gente. Ya rula por ahí el proyecto de terminar con los centros de educación para personas que necesitan una atención especial. Me he quedado de piedra al verlo. Miedo me da que se esté aprovechando esta situación para que no nos demos cuenta de otras cosas de indudable calado. Y creo firmemente que en el Ejecutivo hay gente capaz de ello.

Sólo me ha quedado claro una cosa: ¡la nueva normalidad! ¿Qué es eso de la nueva normalidad? Normalidad, lo que se dice normalidad, no la recupera ahora mismo ni quien yo me sé aunque volviera en calzoncillos. Ni ése, dicho sea con todos los respetos, pero que no lo nombro no sea que me procesen por la ley de Memoria Histó(é)rica. Normalidad es que podamos ser como somos, asumiendo los riesgos de ello; normalidad es que yo pueda hablar cara a cara con un amigo, por feo que sea, sin necesidad de estar mirando al movimiento de sus pies para dar un salto hacia atrás si osa moverse hacia mí, con lo que, de paso, no me estoy enterando de lo que me dice. Normalidad es que yo me sienta libre, sin estar encorsetado a unas horas, a unos tiempos, a unas distancias. Normalidad es que pueda ir por la calle disfrutando del paisaje, de la gente, en lugar de ir mirando las caras de perros de presa con las que algunos van ahora por la calle, y no precisamente por los bozales. Normalidad es poder acudir a donde yo quiera con tranquilidad, que ya procuraré yo

cambiarme de sitio si el de la mesa alledaña tiene un huerto de cebolla en las axilas –por cierto, Nines dice que el virus ha venido porque mucha gente no se lava-. Normalidad es que vuelva la vida a ser como era, con sus riesgos, que son retos que hay que afrontar, pero con sus ventajas. ¿Qué es eso de nueva normalidad? Porque si lo que pretenden es que las cosas sean de otra forma, y nos sintamos manejados como peluches, sin personalidad alguna, sin sentir el palpitante del corazón de quien tienes al lado, o sin dejarte rociar por las lágrimas de quien llora contigo y te consuela, o sin abrazarte riéndote a quijada batiente con quien compartes un éxito, una alegría... porque si es eso lo que pretenden, de verdad, no se le puede llamar “normalidad”. Y será anormalidad, no nueva ni vieja. Los tiempos cambian, cierto es, y las costumbres no digo que no lo hagan, pero de ahí a convertirnos en seres sin personalidad, sin sentimiento, sin capacidad para decidir a qué me arriesgo y a qué no, media un abismo. Media, sencillamente, la normalidad.

Y ahora, queridos amigos laicos, seglares, ahora voy a ir a por vosotros. Y no va de curas, no; hoy voy a plantearos un tema. A algunos os va a sorprender, pero creo que debo hacerlo. Habréis leído que, en no sé bien qué fecha, se van a abrir los templos para poder celebrar actos de culto. Y digo no sé bien porque, a pesar de los calendarios que he recibido con fecha de una fase u otra, si analizo los condicionantes que pueden hacer volver atrás, no tengo clara, la verdad, la fecha en que se podrán abrir los portones que tanta gente desea ver tan abiertos de par en par como la Puerta del Príncipe los toreros en Sevilla. Anoche analizaba con un sacerdote este asunto, y hoy, con café y pastas de por medio, lo hacía con Don Celso. Tengo el convencimiento, del que no me muevo, de que los laicos tenemos mucho que hacer y que decir en este tema, si queremos que las cosas se hagan bien y no corramos riesgos de ver cegadas nuestras ilusiones. Es verdad que habrá que analizar, templo por templo, el aforo máximo en cada una de las fases de esta etapa que pronto empieza. Y así ir haciéndolo en las sucesivas etapas hasta que llegue el momento, si es que llega, que se pueda asistir a los templos con la tranquilidad de antes, de la normalidad, y no de esta nueva anormalidad. Aunque no está del todo mal que empecemos a no apretujarnos en los bancos, que siempre hay quien pretende meter el trasero entre los que ya están sentados y romper las leyes de la geometría, cuando no de la física, y hacer caer a quien ya estaba sentado al

haber llegado a la iglesia con el tiempo suficiente. Suele pasar en los entierros, o en las “misas de ver”, de esas a las que se va para que te vean, que lo demás importa un pimiento. Y así, y se me vienen a la cabeza algunas señoras de Badajoz, que siempre llegan tarde cuando no tienen nada que hacer que no sea empezar a acicalarse con tiempo de antelación suficiente.

Vuelvo al aforo. Habrá que ser riguroso con ello, incluso por defecto, más que por exceso. Y ese aforo habrá de ser convenientemente anunciado en las puertas de las iglesias con números grandes, que se vean desde lejos, y puestos en tal sitio que nadie que vaya al templo pueda decir que no lo ha visto. Habrá que pensar bien en cómo colocar al tercio de feligreses, que eso no significa que se puedan usar sólo la tercera parte de los bancos y la gente esté en ellos como piojos en costura. Habrá que señalar en cada banco el número de posaderas que pueden asentarse, y ser riguroso, incluso las distancias a guardar. Pues bien, eso no lo pueden hacer los párrocos a solas. Necesitan de nosotros. Necesitan voluntarios. Pero no voluntarios que sean llamados por los responsables de los templos, que también, sino por los voluntarios que nos plantemos ante ellos y les digamos que aquí estamos nosotros para echarles una mano, que no es lo mismo que sea un feligrés con carácter el que plante cara de perro a quien trate de saltarse las instrucciones que el que lo haga el sacerdote, que ya sabemos que suelen ser buena gente, pero que por la caridad entró la peste. Y, esta vez, hay que procurar que no se adueñe del sacro lugar.

Demos el paso quienes estemos dispuesto a ello. Yo seré el primero. Cada cual en su templo habitual puede presentarse al párroco, o al rector, y presentar las cartas credenciales de voluntario. Y si en alguna parroquia el cura propio (como se decía antiguamente) se muestra poco colaborador, porque cree que vamos a fiscalizar sus funciones, nada más lejos de la realidad, pues que le den, y se las apañe como buena o malamente pueda. Y puede que algunos nos tachen de guarda de la porra, pero siempre será mejor que cerrar el templo por falta de cumplimiento de las órdenes de la autoridad suprema del confinamiento. Ojo, que creo que el día 9 de mayo, o el 11, que no lo sé bien, ya se puede empezar a ir a los templos. Y las cosas habrá que hacerlas con tiempo suficiente. Quedan diez o doce días, que no son más que un suspiro para lo que llevamos pasando. Pensadlo bien, por favor.

Y también tendremos que pensar, hasta que esto se “anormalice”, que o se amplía el número de misas en los días de precepto o algunos tendremos que empezar a pensar en ir otro día de la semana, para dejar los domingos y disantos a puritanos que no puedan comprender que en el cielo –si es que van- no le van a llevar cuenta de, si en las circunstancias actuales, cumpliste con el mandamiento de la Santa Madre Iglesia los domingos o un día entre semana, por dejar, por responsabilidad social, sitio en la iglesia para quien no sea capaz de hacerlo. Yo, de verdad, si es preciso, lo haré. Y todos debere-mos, ojo, comulgar en la mano. A mí no me gusta, pero ya me he convencido de que, en estas circunstancias, hay que hacerlo. Eso sí, el sacerdote deberá, de forma visible y ostensible, fregarse las manos con los ungüentos mágicos que dice que matan cuanto se ponga al alcance. Al menos, digo yo, hasta que todo se “anormalice”. Todo esto, estas teorías mías que llevo pensando desde hace tiempo, que por mi servicio a la Iglesia local no se me escapan, se las he comentado esta misma mañana a Don Celso, en un aparte que hemos tenido para comentar alguna cosa. Nada de importancia. Así que... ¿estás dispuesto a colaborar y la misión compartir o vas a ser de los que vayan a reclamar y exigir?

Me alcé esta mañana a las seis en punto. Hoy no me he dormido. A las y media, desayuno. Todavía recuerdo cuando en el CIR número 9 de entonces, hoy Base Álvarez de Sotomayor, en San Clemente de Sasebas, Figueras (Gerona), se leía por la mañana un parte en el que se daba cuenta de lo que nos esperaba en el día, con las horas de cada evento. Al pregonar el desayuno, recuerdo que se terminaba “... *pastelillo, panecillo y bocadillo*”. Muchas veces se lo entono a Nines cuando pregunta que hay para desayunar, que, dicho sea de paso, en casa, es siempre lo mismo. Tras el desayuno la bicicleta. Hoy, una hora y veinte minutos. Se me está poniendo la rabadilla dura como el pederal, del roce con el sillín, que más parece un lugar de tortura. ¡Qué duro! Hoy me he entretenido en ver la película *Un puente sobre el tiempo* (Alféreces Provisionales), cuyo enlace me envió Fernando Ortiz, Coronel hoy en Sevilla, no sé bien el destino, antes, de Teniente Coronel, en la Brigada Extremadura XI, en el Estado Mayor, creo. Es miembro de la Asociación Histórico-Militar “Alfonso IX”, de la que me hicieron miembro a finales del año pasado, tomando posesión el día antes del inicio del encierro. Lógicamente, como no podía

ser menos, miré por la ventana y vi las del edificio de enfrente, y vi... bueno, lo dejo para otro día.

Fui al despacho. A las doce me acerqué a Palacio (para los profanos Obispado, Palacio Episcopal, que es como se ha dicho entre la gente... de hace años), donde me había citado con Don Celso. Había quedado en grabar con él un mensaje que la Diputación Provincial está enviando por las redes, de personalidades de la provincia de Badajoz. Me lo plantearon, se lo propuse y aceptó. Bien hecho. Hay que estar con la gente, dar ánimos, hacerse presente en los momentos que vivimos con más notoriedad si cabe. Lo emitirán la próxima semana. Tras ello me invitó a un café –yo tomé leche, no bebo café-, con unas pastas de las que hace Sor Giuseppina. Estaban buenas. Estaban y están, porque me ha regalado un avío de pastas. Durante el encuentro estuvimos hablando de la situación actual, y de las posibles consecuencias y soluciones. Como he dicho antes, le planteé mi teoría del aforo y el control del mismo. Terminado el café, saludamos a Sor Virginia, hermana de la monja repostera, y subimos a su casa a saludarla. Sor Guiseppina tiene un jardín en la terraza de la vivienda episcopal. Me ha enseñado todas las plantas, las flores y me ha cantado por ellas sus amores. Me ha dado a oler una hoja de incienso. No me ha olido a nada, la verdad, y eso que conservo el olfato. Espero que seco, triturado e incensado huela más.

De camino a casa me he fijado, en el paseo de San Francisco, en una escena que me ha dado que pensar. Tres niños pequeños sentados en el suelo, jugando con varias palomas. Vamos, higiene total, pura y dura. ¿No son nidos de infectos las palomas? ¿No hay demasiado miedo al virus y a las palomas no se les pone coto? Lo dejo para pensarlo. Ahí lo quedo.

Día 47°
Jueves, 30 de abril del 2020

Hoy es jueves, 30 de abril, y...



...y, a lo tonto, a lo tonto, ¡otro mes que se nos fue!

A vuelta con la monja... Cuando pasado mañana comience los paseos, me voy a acordar de Sor Guiseppina. Y digo que voy a recordarla porque es culpable por acción de mi aumento de peso, que, sin duda, redundará en un mayor esfuerzo en mi caminar a ritmo de música militar. Perderé el paso, y cuando uno pierde el ritmo en formación corre el riesgo de acabar en prevención. Lógicamente, la Sor es culpable por acción y yo por omisión. Ella por hacerlas; yo por no resistirme a comerlas. ¡Cómo están las pastas de la reverenda! En mi opinión podía cambiar el oficio, y dedicarse a la repostería

al mayor, y a través de una ventana de Palacio, por aquello de guardar distancias, venderlas, evocando el mostrador de La Perla, la tienda de alimentación que hubo en los bajos del edificio que hoy ocupa el Palacio Episcopal. Estarán mucho mejores que “*los polvorones de La Perla*”, que nunca los probé, pues me di cuenta de que eran los mismos años tras años. Así, aquello de “*tienes más años que los polvorones de La Perla*”... Estoy seguro de que la hacienda diocesana sacaría más que lo que ingresa por las “x” de la declaración de la renta. “Oiga, y si la Sor se dedica a vender las ricas pastas, ¿quién se encarga de atender al Arzobispo?”... “Pues mire, la verdad, que se las apañe como pueda, que donde haya un dulce, una rosca, una tarta o un mantecado, con perdón, que se quite hasta un prelado”. Me imagino a Don Celso riéndose sin parar tras leer esta ocurrencia de un servidor, que traigo a esta crónica con todo respeto a mi Pastor. Pero es que no sabéis cómo están, de verdad. Sobre todo hay unas de coco que son... ¡la leche!, ¿verdad, Padre Torres? Por cierto, ayer no lo nombré, y hubo alguien que me preguntó si era posible que hubiera leído bien la crónica y se le pasara por alto. O por bajo. Sí lo era, sí. Ayer no lo nombré.

He hablado antes de la “x” de la declaración de la renta. Pues bien, y esto va en serio, cosa que advierto, porque me gusta, como sabéis, mezclar el humor con el rigor, lo que a más de uno pone en aprieto, que no sabe bien cuando hablo en broma y cuando en cierto. Ha empezado la campaña de la renta. Como podréis comprender, al no celebrarse misas, ni otros sacramentos por los que haya que contribuir a las necesidades de la Iglesia con aranceles, más o menos estipulados por cada diócesis, y así llevamos dos meses pronto, los ingresos de algunos templos y parroquias se pueden ver mermados en una cantidad considerable, o, al menos, no desdeñable. Por tanto, os invito, y perdonad que lo haga, a señalar la “x” en la casilla de la aportación de 0,7 famoso para los fines de la Iglesia Católica. Hacedlo también, yo lo hago, a la de otros fines sociales, pues aunque vaya dinero a organizaciones o programas que puedan no gustar a más de uno, también se benefician entidades bajo el amparo de la Iglesia Católica, como, por ejemplo, Cáritas. Si aún no has hecho o presentado la declaración, tenlo en cuenta, por favor. Este año, más que nunca, va a necesitar la Iglesia Católica de nuestra ayuda, así como las organizaciones asistenciales y caritativas que dependen de ella.

Es momento de dejar de lado los motivos por los cuales algunos no tengan intención de marcar la “x” que pido, seguramente por causas dignas de respeto, como todas, pero hay una razón de mayor calado para hacerlo este año: la ayuda al más necesitado. Máxime cuando los propios sacerdotes han demostrado que, de lo poco que ganan, ¡jojo!, saben apartar una cantidad apreciable para cubrir las necesidades de quienes ahora se ven algo más que apretados, y sin mirar si va a misa o no, si echa en el cesto o no, si habla bien de la Iglesia o no. Saben aflojarse el bolsillo con la sola mirada puesta en tratar de paliar el sufrimiento que ven a su alrededor. Pues hagamos también nosotros lo mismo, cada cual según sus posibilidades, empezando, que no nos cuesta dinero ni trabajo, por poner la “x” en las dos casillas. De nada vale ahora sacar a relucir si *“me pusieron trabas para el bautizo de mi hijo”*, o *“no me dejaron casar a mi hija en la finca”*... Cuando hay que empujar un coche hay que mirar hacia donde vayamos y el terreno que queda por empujar, y no lo que llevamos andado mirando hacia atrás, que no sirve de nada. Anímate, pues, a ayudar a la Iglesia en sus necesidades que, al fin y al cabo, muchas veces, muchas, siempre que te haga falta su ayuda, son también las tuyas.

A las seis y media puse pie a tierra. A las siete y media estaba sentado en la bicicleta. Me duele el coxis, o lo que sea. Espero que, desde el sábado, se me empiece a quitar. No veo el momento el abrir el portón de los sustos y salir al ruedo. Y digo de los sustos porque ahora... ¡me da miedo! Es lo que han conseguido esta pandilla –léase en el mejor sentido posible- de iluminados. Mira que si no soy capaz de llegar a mi destino en el tiempo en que antes lo hacía... No me extrañaría, y, a parte del desentrenamiento, la culpa es... ¡de las pastas de la Sor! Hay una cosa que tengo clara: en agradecimiento a los que nos van a dejar salir a pasear –espero que esta tarde no me agüen la fiesta, que ahora son las cinco y diez y aún Illa no ha dicho es mía esta boquilla- declaro formalmente que rompo mi historia de amor con los dulces, de cualquier tipo, con los aperitivos entre horas, salvo los mandados por la Dra. Fraile, por los frutos secos a escondidas, con los caramelos que guardo en cajas vacías de pastillas, con los bombones que he tenido guardados en el neceser de aseo de los viajes, o con la copa de Alfonso que, en estos días, de cuando en cuando, muy repetidos “los cuandos”, me tomaba con Nines, como si fuésemos a celebrar el fin del mundo. Desde el día 2, dieta. Bueno, algún capricho en el

“finde”... caerá. Pero, por favor, no regalarme dulces ni bombones, porque lo único que conseguís es que... ¡me los coma!

*A ti, Sánchez, te prometo
que por dejarme salir
dieta voy a cumplir
y en vereda yo me meto.*

*Que has sido tú muy culpable
del haber cogido peso,
que entre las pastas y el queso
el aumento fue palpable.*

*Necesito adelgazar,
que te enteres, Presidente:
que yo cerraré los dientes
y tú me dejas andar.*

(F.B.A.V-Z., 30 abril 2020)

Y es que, como me decía mi amigo Juan José Esteban, médico, en esta temporada, el que más y el que menos, hemos comido por aburrimiento. Me imagino que su mujer, Josefina Hernández Vargas, hermana de mi siempre recordado Jerónimo (+), lo habrá vigilado. En mi caso, sé burlar la vigilancia. ¡Se acabó! Por favor, sólo cosas saludables, que no engorden. Tengo que ir preparando el tipo para ponerme el bañador para este verano, para... ¡la ducha de casa! Claro que no sé si podré o no hacerlo una vez entremos en la III Fase... Y hablando de la tercera fase –la únicas fases que hasta ahora me preocupaban eran las de luz, que si se iba una fase te quedabas como en boca de lobo-, que no sé cuándo será, y, lo confieso, empieza a importarme un pepino, se podrán abrir (sic) las “Plazas, recintos e instalaciones taurinas con una limitación de aforo que garantice una persona por cada 9 m²”. Ignoro si el legislador sabe lo que dice. Me pregunto si sabe que esa superficie es la de un cuadrado de tres metros por cada lado, o un rectángulo de cuatro metros y medio por el lado más largo y dos metros por el más corto. O, también, una circunferencia en la

que el espectador es el centro de la misma, y que tiene un radio de un metro y setenta centímetros, aproximadamente. Claro, que, en este caso de cálculo, habría que pensar qué hacer con los espacios muertos entre circunferencias, que no son de nadie, ni del vendedor de pipas. Quizá hable con Camilo Rodríguez Jorge, el buen herrero de Olivenza, o con su hijo Javier, y pida me prepare un miriñaque de esa medida para que nadie invada mi terreno en los toros. Y me sigo preguntando si la medición, Illa, Illa, que viene el toro y nos pilla, se hace sobre la pendiente del tendido o sobre el plano en horizontal. Vamos, Ministro, que nos hemos entendido. Así las cosas me gustaría saber qué empresario tendrá los arrestos suficientes para poder llevar adelante un espectáculo. A no ser, eso sí, que el propio Ministro se haya convertido en apoderado, amén de empresario, y suba los precios de los taurinos escaños, con el riesgo de que el pueblo salga huyendo del coru al caño, por no decir otra cosa.

Digo lo mismo de los conciertos, que entre tanto desconcierto ignoro si podremos, invitados por una amiga que no nombro, no sea que la ponga en compromiso con más gente, digo que si podremos ver a José Luis Perales el 22 de septiembre en Mérida, en su despedida de la canción, aunque para copla la que tenemos metida en la cabeza desde hace casi dos meses, si no antes. Leo que el Alcalde de Mérida ha pedido que se celebren los espectáculos en el Teatro Romano con el aforo completo. Tampoco es eso, querido Antonio, que aunque sea por el bien de todos hay que ver un poquito más allá de la punta de las narices. Otra cosa será, con las entradas vendidas, quiénes van y quiénes no, pero eso se arregla con el bombo de la lotería, y al que le toque que monte la algarabía. Vamos, querido Eduardo Soriano Navarro, como dijo tu patrona salmantina en los ya lejanos años de estudio, “¡qué *desquicimiento!*”.

Y, en cuanto a los bares, hay otra gorda. Según se desprende de lo leído y no entendido, podrán ocupar el tercio del aforo de la terraza, pero no se puede consumir comida en el local en las dos primeras fases, que son la cero y la uno. Entiendo que bebida sí, porque si no es así no sé para que se permite ocupar una sola mesa, que no es cosa de pagar por ocupar una mesa y mirar a las musarañas. ¿Se enteran? Yo tampoco. Es decir, yo puedo ir con Nines a una terraza, si encuentro sitio, que esa es otra, pido el consabido vermut al que Sánchez nos ha invitado y me lo tomo a secas. Verás, Presidente, para eso me lo tomo en casa, con aceitunas, jamón y pan portugués de carcasa. Hasta la tercera fase, que es la 2, que

tiene mandangas nombrar a la fase con un número distinto al que le corresponde, se podrá tomar una ración sólo sentado en mesa. Las barras, de momento, a verlas venir. Y ya al final del ciclo, o sea, cuanto las ranas críen pelo o se nos hayan quitado las ganas de volver a bar ninguno, entonces se podrá tomar una tapa de mondonga con huevo frito o chipi plancha de pie, pero separado del contertulio un metro y medio. ¿Me puede explicar alguien qué longitud debe tener una barra para que le merezca al tabernero tener al personal necesario? Si en los bares, en España, en esta zona de Madrid para abajo al menos, y dando al oeste, hablamos a voces en las barras de los bares, estando acaramelados unos con otros, cómo no será el vocingileo al tener que estar a metro y medio de distancia. ¡De pena! ¿Eso es tratar de ayudar a recuperar la economía de quienes no deben estar pasándolo bien? Eso es, con todos los respetos, y al menos de los bares que yo conozco, cargarse el negocio, que me da que lo que buscan es meternos en casa, y así no poder criticar, en la barrita del bar, a este gobierno de guasa.

¿Y de las misas? Ya andan por ahí unos cuadros muy bonitos con las normas y consejos para poder ir a misa. Hay que estudiar en la Pontificia no para entender lo que se dice, sino para aprender a retener lo que hay que hacer. Nos andamos con consejos. Pues no, es la hora de dictar normas concretas, que no den lugar a malas interpretaciones, y quien tengan escrúpulos que se las apañe como pueda. Porque no es cosa sólo de pensar en quien va a comulgar, sino en quien la imparte. Hoy me decía una amiga que un jesuita como el Padre Loring, al dar la comunión no la ponía en la mano del feligrés, sino que te indicaba que la cogieras de la suya. No he visto yo eso, pero habría que probar, porque si bien alguien siente la necesidad de comulgar en la boca también el celebrante tiene la de salvaguardar su salud. Cierto es que todo ello hasta que se inventen las vacunas o el remedio que proceda.

Pero ahora, que vuelvo de El Corte Ingles, y leo el mensaje de mi compañera de pupitre de italiano Charo Sánchez Palomo, me entero que nos permiten salir a andar desde las seis a las diez de la mañana y desde las ocho de la tarde a las once de la noche. Y que no podemos desplazarnos, creo, a más de un kilómetro de casa y más de una hora. O sea, que, como dice el refrán “*la cagaste, Burt Lancaster*”. ¿Puede explicarme alguien qué hay de malo en ir andando de mi casa a Las Vaguadas y volver, cuando haces la ruta por una zona deshabitada prácticamente, una vez pasas el primer kilómetro desde mi

casa? ¿Puede alguien explicarme por qué no se puede andar más de una hora? Pero, por favor, que lo haga alguien con seso en la mollera y no con serrín sobrante de madera. Para cumplir lo que permiten, por Dios, tengo que estar yendo y viniendo desde mi casa al punto kilométrico uno cinco o seis veces, con el riesgo seguro de tropezarme con más gente, y, así, enfrentarme a un riesgo mayor. Y si voy a Las Vaguadas, Presidente, tengo muchas menos posibilidades de cruzarme con nadie, y si lo hago hay terreno de sobra, y estamos al aire libre. Por favor, ¿en qué piensan cada vez que idean una? Nos están machacando, y el nivel de paciencia de la gente tiene un límite. La Historia lo ha demostrado. Eso sí, salvo que se considere pasear a cinco kilómetros y medio a la hora como deporte, con lo cual no hay límite. ¿Alguien puede decirme si esto es deporte? Me tienen loco, la verdad... Así que, para mí, es deporte.

Me he llevado dos alegrías en El Corte Inglés. Y también he aguantado una castaña. Supongo que no me leerá, pero por si acaso no digo el nombre. Mejor será. Las alegrías me las han dado sobrinos, primos hermanos entre sí, pero por separado, que no iban juntos. Por orden de aparición, uno es Pepe Marcos Merino y la otra María del Mar Merino García. Pepe ya ha salido a la palestra algunas veces, María del Mar no me acuerdo. Aunque sepas que están en el mismo sitio que estaban hace cuarenta y siete días, y en condiciones normales podías estar dos o tres meses sin verlos y sin olerlos, ahora, cuando los ves venir, notas que se te ríe el alma. Y para risa, la que me ha entrado huyendo de un administrado pesado, que a sabiendas que voy al despacho todas las mañanas no ha encontrado otra forma mejor que abordarme en los pasillos del comercio. Encima, para contarme cuentos de pan y pimienta. Y metiéndome el rollo, yo sin hacerle ni puñetero caso, estaba viendo que se me iba el turno de la pescadería, amén de que no dejaba otear el producto para determinar qué comprar. Se despidió. Mejor así. Pero, amigos, poco dura la alegría en casa del pobre, que me asaltó en el mostrador de la carne en el momento en que le indicaba al carnicero por dónde habría de sajar la pieza. Resultado: seguí sin saber qué me quería decir, el carnicero cortó por donde no debía y yo me cogía el rebote del día. Y cuando pienso que la paz había vuelto a mi ser, me encuentro con él en charcutería. Vuelta la burra al trigo. No tenía claro lo que había en el paquete. Al llegar a casa lo he visto. Lo volví a ver en una caja, así que me fui a la más lejana, que era la que más cola tenía. El próximo día me pongo una capucha de

franciscano, me pongo gafas de sol y bozal que me tape hasta la fe de bautismo. Bueno, pues como se oriente, me la casca. Al tiempo.

Voy a ir terminando. Antes dije que hice bicicleta esta mañana. Lo hice viendo acabar la película de ayer, la de los Alféreces Provisionales. Ya sé el destino de mi amigo y Coronel Fernando Ortiz: Director de la Biblioteca Histórico Militar de Sevilla, del Instituto de Historia y Cultura Militar. También miré por la ventana, la misma de todas las mañanas, y vi... bueno, lo que vi lo cuento otro día. Como soy bueno, y hago caso a las directrices de nuestros mandamases, voy a brindar con vosotros. Como sois muchos, cerca de trescientos, he tenido que agenciarme varias botellas. No son, Padre Torres, de las de anís que tiene Vd. a buen recaudo para las migas que habremos de comernos al sopié de la sierra de Magacela, a la sombra del castillo. Son del vermut que el Presidente nos ha dicho que podremos tomar en breve en la tercera parte de las mesas de las terrazas. Así que, ¡va por vosotros!



¡Serviros! Y coged una tapa de lomo o salchichón de la foto del inicio, que así pasamos mejor el sofocón. A placer, por favor, que... mañana será otro día.

Día 48°

Viernes, 1 de mayo del 2020

Hoy es viernes, 1 de mayo, y...



...¡hoy empieza el Mes de María!

Hoy empieza un mes especial. ¡Mes de mayo! Mes de María. Mes de flores a porfía. Por eso he querido comenzar la crónica y el día con una foto de la Patrona de Extremadura, que, dicho sea de paso, a mí no me afecta ni me preocupa que siga en la Archidiócesis de Toledo, que la devoción a la Virgen no entiende de límites, ni de antes ni de ahora. Y la he querido adornar con diversas flores, algunas de las cuales ya las conocéis. Pero, también, por comenzar este mes con algo especial, en primicia os regalo lo que quería fuese una oración a la Virgen de Guadalupe, y que pensaba pulir de aquí hasta su

día, pero no me aguanto y la descubro. Os la dedico a todos, pero permitidme que lo haga de forma especial a alguien que, este año, si Dios quiere, que que-rrá, ante Ella se va a postrar, con su novia, Guadalupe. Es Fernando Albarrán Madrigal, que me dijo un día que, si salía de la pandemia bien su familia, que saldrá, ante los pies de María postrarse no dudaría, y lo hará.

Y también un guiño especial a la Brigada Extremadura XI, que la ha tomado por protectora en las misiones que desarrolla en el extranjero. Bueno, y a Javier Castaño, que en los muchos años como Jefe de Protocolo de la Junta de Extremadura ha estado allí el día de 8 de septiembre, y siempre tuvo la amabilidad y detalle de hermandad de reservarme un buen sitio, que, como suele suceder, algunas veces lo usurpaba alguien deseoso de sentarse junto a las Autoridades, para salir en la foto, y, yo, por educación, escuchaba de pie la misa y predicación. Y a Álvaro, uno de los recepcionistas del Parador de Guadalupe, que siempre me atiende de tal forma para que me sienta en mi propia casa. Y a Berni y José Enrique Moro, que son fieles de la virgen morenita, que su alcoba entre los frailes ni el mismo Rey se la quita. Y al Padre Torres, y a Felipe Domínguez, que nunca faltan y que tienen por la Virgen de Guadalupe sentida devoción. Y también, porque aquí cabe todo el mundo, a Juan Carlos Fernández, de Cáceres, a su madre, Sagrario, y a sus hermanos, aunque no los conozco, pero que sé que tienen allí raíces acrisoladas. Y a mi madre, que de pequeños, con mi padre, allí nos llevó, y, al menos a mí la devoción me inculcó. Y meteros en esta dedicatoria cuantos queráis, que si empiezo a poner nombres no acabo, y queda mes de mayo por delante. Aquí la tenéis:

*Guadalupe es tu nombre,
Guadalupe tu lugar,
Madre de Dios hecho hombre
Reina y Señora sin par.*

*Moreno tu dulce rostro,
moreno tu Niño Amado,
ante tu imagen me postro
ante ti, arrodillado.*

*Del Puerto Llano a tu casa,
Del Puerto Llano a rezar,
que la pena siempre pasa
al contemplar tu mirar.*

*A Guadalupe he venido,
a Guadalupe llegué;
con el ánimo crecido
tras rezarte me quedé.*

*Es morena mi Señora,
es morena sin igual,
consuela al que le implora
y cambia el bien por el mal.*

*Morena mi madre amada,
morena reina adorada,
en las Cántigas cantada,
y por tus hijos loada.*

*Pide por nos, Madre mía,
pide por nos, Redentora,
consuelo del alma mía
y de mi paz hacedora.*

*Inmaculado tu ser,
Inmaculado tu amar,
a ti te quiero yo ver
en este peregrinar.*

*En tu regazo el Amor,
en tu regazo tu Hijo
Niño Dios y Salvador
en el cual mis ojos fijo.*

*Ruega por nos, morenita,
ruega por nos, Virgen Santa,
mi corazón te recita
lo que mi boca te canta.*

*De la Brigada Señora,
de la Brigada lucero
de su Tropa protectora
al correr el orbe entero.*

*De la Puebla soberana,
de la Puebla su alcaldesa,
que sobre la niebla espesa...
¡eres luz en la mañana!*

*En tu tierra eres querida,
en tu tierra eres soñada...
¡Extremadura rendida
en plegaria pregonada!*

(F.B.A.V-Z., 8 septiembre 2019 / 1 mayo 2020)

Hoy, como dice la canción de Raphael, es un día especial. Todas las vísperas lo son, casi más que el día esperado, pues es cuando se viven las ilusiones. El día “de autos” vive uno las emociones, que a veces son menores que las ilusiones. Confieso que espero el día de mañana con una especial ansia. Tanto es así que estoy por poner el belén, y colocar junto a los Reyes Magos mis alpargatas. Bueno, zapatillas, que luego hay quien me corrige. Capaz soy de eso y más. Desde esta mañana he recibido mensajes de amigos, como de Charo Sánchez, Pilar Verdasco, María Jesús Gragera, Javier Romero –a la orden de Vucencia-, etc., en el que me envían normas, órdenes, y hasta aplicaciones para ver el terreno que puedo pisar a un kilómetro de casa. Después me consuelo con leer que para caminar, que no pasear, no hay límite. Por si acaso, y me controlan, mañana no saco el móvil. Me llevo el fijo de casa, que ese no da

la ubicación. Por si las moscas. Y estoy pensando si me llevo el reloj ese que tengo que, tal como dije un día, son capaces de vigilar los americanos. Y, si tuviera la seguridad de que el paso marcial lo aguanto más que antes o igual, soy capaz de llegar al límite del término municipal.

Mañana, en el paseo, no se me escapa una, que os lo digo yo. Ya decía mi padre que la Guardia Civil se había perdido un buen comandante de puesto. Mañana voy con los ojos como platos, fijándome y disfrutando de cuanto alcance con mis zapatos. Nines dice que viene conmigo. Bueno, iremos a dos metros, que dicen las normas, al menos en zona poblada. Después, ya veremos. Y si pasan los Municipales, o los Civiles, o la Policía Armada, que nos hagan un Rajoy, o sea, que emitan informe, que ya me defenderé. Tiene delito que viva el día entero con mi mujer y ahora, como dos desconocidos, tenga que ir uno de otro a dos metros. Manda... ¡Trillo!

Empecé el día con la bicicleta, como siempre, y me da que, de poder adaptarme bien, voy a usarla ya poco, si acaso los días de lluvia. Hoy, dos horas justas. Me he entretenido, primero, con un reportaje sobre el nonagésimo noveno –toma ya, Cristóbal Millán-, aniversario de la Legión. ¡A mí la Legión! Dios quiera que no haya que gritarlo cualquier día. Estaba grabado en el año 2019. Terminado decidí, en el particular tour ciclista, irme a Fátima. No he tenido problema en llegar. Cruzas campo traviesa por las fincas cercanas a la frontera, y una vez dentro, a Fátima. Me gusta ir. Se siente algo especial en la explanada, en el santuario, en la capilla de las apariciones. Y se come de lujo en Tía Alice, junto al cementerio donde estuvieron enterrados Jacinta y Francisco Martos hasta que se los llevaron al santuario. Enfrente, la parroquia de Fátima, donde los bautizaron. Por cierto, en Tía Alice hacen un arroz con pato que quita el sentido, que no el sentimiento. La última vez que lo comimos fue en un viaje de acción de gracias, con Nena del Valle y José Luis Vasconcellos. Fátima, el sentimiento mariano, especial; la comida, insuperable; la compañía, ni que decir tiene. Hay que volver.

Bueno, pues en Fátima me entretuve en ver la misa del 13 de mayo del 2013. No me había dado tiempo a terminarla cuando me bajé de la bicicleta, también llamado rodillo por algunos. Por rodillo yo entiendo el de amasar el pan y el arma arrojadiza de la mujer enfadada cuando el marido vuelve tarde y mal, según los chistes. Bien, pues digo que no terminé de verla. Me

gusta Portugal, por muchas cosas. Pero una de ellas es que allí los actos, sean del tipo que sean, empiezan cuando tienen que comenzar y terminan cuando se acaban. Y, ¿cuándo se acaban? Pues... cuando se acaban. En septiembre del 2018 fui con Don Celso, el Padre Torres y D. Pedro Fernández, Secretario de Don Celso, a la toma de posesión como Arzobispo de Évora de Mons. Francisco José Vilas Boas Senra de Faria Coelho. Así se llama. Supongo que en su casa, para los suyos, para los íntimos, y dicho sea con respeto y con humor, será Paco Senra, porque Paco Faria sería nombre de puro. Pero no voy a esto de los apellidos portugueses, que todos terminan, antes o después, llamándose Brito o Cardoso por alguna parte. Voy a la queja de la clerecía a la que acompañé en relación a la duración de la celebración. A mí me pareció un suspiro, que me gusta que ciertos actos duren lo que tengan que durar. Máxime si se llevan a cabo con la precisa ceremoniosidad que algunos requieren. Me dieron la pepla con la lentitud de los movimientos. Mejor eso que no andemos corriendo a la vista del respetable. Y, también, con lo largo de las intervenciones. Pero es que son así. Aquí despachamos a la gente con “*buenos días*” con cara de lobo feroz, mientras que en Portugal lo hacen con un “*Bom dia, minha senhora. Fico feliz em vê-la. A noite correu bem? Agradeço a Deus por isso*”, y con cara sonriente, lo mismo que el sol naciente. ¿Ves? Nosotros despachamos en dos palabras, ellos, y hacen bien, en las que sean necesarias. Fue un día bonito, la verdad. Recuerdo que comimos los cuatro en Fialho, donde mi amigo Amor, su hijo Rui, su sobrina Helena, hija del siempre recordado Gabriel, nos dieron bien de comer, muy bien, como es norma en esa casa a la que voy, cuando puedo, desde hace muchos años.

Bueno, vuelvo a la bici, que me despisto en el primer cruce que encuentro. Me dio tiempo, de vez en cuando, a mirar por la ventana, y vi lo que vi, pero de eso, hablaré otro día, quién sabe si pronto si empiezo a abandonar la bicicleta a cambio de andar hasta la ansiada glorieta. La de Las Vaguadas. Acabada la etapa, que no la misa, me puse a la mesa. A la de la cocina, que era hora de ir preparando las viandas. Hoy, menú especial. Empieza el mes de María, y en el fogón alegría. Os cuento, porque así le pongo los dientes largos a Juan María Cervera, uno de los jefazos de la Policía Nacional –el subconsciente me inclina a poner Armada-. Se enamoró de mí, no sé si en toda la

extensión de la palabra, que lo creo hombre centrado, cuando de mis cuitas culinarias fue informado. Hoy, ensalada de cogollos de lechuga y endivias, en juliana, con langostinos troceados, pasas de corinto y pipas de calabaza, aliñados con una “lactonesa” –mayonesa hecha con leche-, aromatizada con jengibre, estragón, sal y limón. Los langostinos era de Madagascar, aunque lo mismo los pescan en Canarias, a la orillita del mar, vete a saber. Estaban ayer de oferta en El Corte Inglés. Y, de segundo, solomillo de ternera al horno, en su jugo. Tan sólo algo de pimienta y sal por encima, unas rodajas de limón y unas ramitas de romero bordeando la pieza de carne. De rechupete. Y sin leer una receta. De cabeza, innovando. Ya veré, igual os invito a comer, depende de que como se me dé la tarde.

Por cierto, que hoy he caído. No me he resistido ni lo he intentado. Iba con las ideas claras. La única salida de hoy ha sido a tirar la basura. Toma nota de ello, tío Carlos, y Vd., Don Celso, que dice que vaya confinamiento llevo. Antes de volver a casa crucé la avenida de Fernando Calzadilla, tenía la mirada puesta en el locutorio de la acera de enfrente. Se me había antojado un bombón helado e iba a caer en la tentación sin reparo ni consideración. Oteé el panorama, pues el antojo no es víveres de primera necesidad. Si hubiera visto algún vehículo policial, incluso camuflado, que me los huelo, salgo del establecimiento con media docena de ejemplares de periódicos, que eso sí se permite.

Y ahora, un tema más peliagudo, que no sé hasta qué punto llegará, pero que no deja de ser una forma de controlarnos. He leído esta tarde en el ABC que el Estado, por medio de sus entes al efecto, ha pedido a los bancos los datos de los movimientos de las tarjetas bancarias de sus clientes, sean de débito o de crédito, a fin, dice la información, de estudiar los hábitos de consumo de los españoles durante la pandemia. Y que los datos estadísticos han sido entregados “agregados y anonimizados”. Otras dos palabras a las que habrá que empezar a acostumbrarse. Viene en el ABC, no lo digo yo. Y tengo al periódico que dirige Bieito Rubido por serio. Menos mal que ayer canté la gallina sobre mis inclinaciones pecaminosas, que si no lo hubiera descubierto el comité de expertos informantes del confinamiento y desescalada, y me hubieran dejado con el trasero al viento y la cara colorada. ¡Cuánto mejor una confesión a tiempo! Bromas aparte, veo el tema algo serio, porque me da que por aquí se empieza y terminamos en una situación de control total, en la que todos nuestros

pasos van a ser conocidos y fiscalizados. Y eso, que yo sepa, va en contra de la libertad de las personas. Dicen que el “anonimizamiento” ese no lleva nuestros nombres, sino que se encriptan los datos personales en un número que nada tiene que ver con nosotros. Si ellos lo dicen... No me fío, no me fío... Menos mal que no tengo nada que ocultar, pero hay que andarse con cuidado.

Por cierto, iré poniendo fotos de diversas imágenes de vírgenes que tengo almacenadas en la memoria del ordenador, o del teléfono. He comenzado por la Patrona de Extremadura. Insisto que me da igual que esté “incardinada” en Toledo. No me afecta para quererla. Y quien diga que sí le supone un desasosiego que se examine y publique cuántas veces va a Guadalupe al cabo del año. Yo, desde hace bastantes, no falto. Pero he comenzado por ella porque esta crónica le llega a gente de Cáceres también. Pero mañana, será la imagen de una advocación, porque la Virgen sólo es una, que para mí significa mucho. Sé de quienes se van a alegrar cuando le vean.

Dispuesto a enviar la crónica nos llama mi cuñado Jaime. Pide que nos asomemos a la terraza. Pasea con su hijo Jaimito, del que ya os he hablado una vez, o dos, que ya no sé. Nos hemos saludado desde la terraza, de un cuarto piso a la acera de enfrente. ¡Date cuenta! Dice Jaime mi cuñado que es la nueva forma de visitas. Si eso es así, no sé qué es lo que prefiero, la verdad. Es-

pero que todo se “*anormalice*” de una p... vez. ¡Qué pena me ha dado! Con lo que yo quiero a Jaimito, que es un niño tocado por la mano de Dios... Os mando la foto, y van ya cuatro, no os quejaréis. Adivinad dónde están el padre y el hijo. Yo, los veo en grande: los llevo en el corazón.



Día 49º
Sábado, 2 de mayo del 2020

Hoy es sábado, 2 de mayo, y...



...¡no ha sido la defensa del Parque de Monteleón, pero casi! Luego diré por qué.

*Camino de Las Vaguadas,
entre sones de alegría
me arranco por bulerías
animando las pisadas.*

*Mañanita de colores,
agradecida sonrisa
del caminante que pisa
con sus zapatos de amores.*

*Pisa fuerte, zapatilla,
marcha a ritmo cadencioso
que este paseo precioso
no me lo quita ni Illa.*

(F. B. A. V-Z., 2 mayo 2020)

Antes de comenzar vaya por delante la felicitación de Nines y mía a un sacerdote amigo, o un amigo sacerdote. Es Francisco José Andrades Ledo, y hoy es su cumpleaños. Para los que sois de Badajoz, es vicario parroquial de la parroquia de San José. Así que, un abrazo afectuoso, Francisco José. Debe ser triste celebrar un cumpleaños en el encierro actual. Ya lo celebraremos, aunque me da que, cuando haya total libertad, habrá muchas cosas que celebrar. No sé si daremos abasto. Claro, que más triste debe ser no poder celebrar ninguno más porque te haya llevado el virus consigo.

También diré que, por ser el primer día de salida y alegría compartida, no voy a ser malo, ni bueno tampoco, por lo que no cargaré tintas sobre lo que ya está escrito en letra negra en la Historia de España. El paseo me relaja, por lo que entiendo que no es momento de afilar la navaja. Bueno, pero sólo hoy. Aunque, entre líneas, alguna puntada daré.

Suelo dormir a pierna suelta, es verdad, pero no me suelo dormir. Tengo el ritmo biológico acostumbrado y me despierto, cierto que con la ayuda del reloj de la CIA, que ya sabe mi comadre Susana Sánchez Herrera de qué voy, digo que me despierto sin problema. También me suelo encomendar, como me enseñó mi padre, a las Ánimas Benditas del Purgatorio, que no sé bien si bajan o qué, pero dan resultado. Vale, pues hoy me he dormido. Me había acostado anoche con la cosa del amanecer de hoy cuando ni las Ánimas ni el reloj estratosférico me han servido de nada. Me he dormido. Gracias que puse el despertador, el de la radio, y tocó diana algo antes de la siete de la mañana. No tardé treinta segundos en incorporarme. Me tomé la dosis para el tiroides y me puse a ver las esquelas. A las siete y veintiséis minutos estaba desayunando. Lo mismo de siempre. Hoy no ha habido, de regalo, pastas de la monja, porque ya se han acabado. Y tras la primera comida del día el lavoteo. Hoy ha sido el lavado del polaco (cara, culo y sobaco), que para salir a caminar tampoco es cosa de andar cantando bajo la ducha. Eso sí, por si acaso me paraba

alguna agente del orden me he perfumado con Álvarez Gómez. Al menos, si nos han de castigar, que demos buena impresión.

Llegó el momento de ponerme las zapatillas. No sabía si ponerme primero la izquierda o la derecha, no sabía por dónde empezar, porque estoy de las dos palabras hasta las muelas. Unos por lo que hacen. Otros por lo que dejan hacer. Uy, creo que me he salido del guion. Vuelvo a él. Digo que no sabía a cuál de las dos darle la satisfacción de volver a sentirse uno conmigo. ¿Y si me pongo las dos al tiempo?, me pregunté. Rechacé esa idea, pues me veía en el suelo, lo que no conviene. Así que me puse la que me pongo siempre primero: la izquierda. Con los zapatos de vestir también lo hago. Y con los calzones lo mismo digo. Una vez que me vi con las dos me entró como un escalofrío. Y me invadió una duda: ¿a cuál le doy el gustazo de dar el primer paso? Ya empezamos. Hasta esto me ha llevado esta situación. Así que empecé con la que empiezo siempre: con la izquierda. Es, también, con la que se empieza a desfilar, ¿no es así, mi General?

A las ocho en punto de la mañana estábamos Nines y yo en el portal del edificio. Ella ha bajado andando, yo en el ascensor. Llevaba todo lo que había que llevar, que nunca se sabe: el carnet de identidad de los dos, los guantes –en el bolsillo del chaleco–, las mascarillas –lo mismo digo–, las llaves de casa, la cruz del bolsillo, la navaja de cachas de plata que compré en Taramundi (Asturias) en agosto del 2006, el carnet de conducir, la tarjeta de la Seguridad Social, la del Corte Inglés, la Visa, el carnet de la Archidiócesis, algo de dinero –en billetes y monedas–, el pañuelo –de tela, lo siento, pido perdón, pero conmigo no van los de papel, que te suenas y te quedas, a poco que lo hagas con fuerza, con el regalo en la mano–, la llave del coche –pues había bajado a por un bastón– y los audífonos, uno sin pila. Era el izquierdo, para más señas. Total, para lo que hay que oír por ese lado... Hace ya algún tiempo la gente era otra, a algunos los echamos de menos... Creo que con todo ello iba preparado ante cualquier contingencia. Nunca se sabe lo que puede hacer falta, o lo que te pueden pedir tal como están las cosas. Ah!, y el teléfono. Decidí llevarme el móvil, a pesar de la ubicación, que me gusta ir a pecho descubierto. Nada de oscurantismos. Soy Soldado de España, y la valentía, además de suponerse, tiene que demostrarse.

Hemos llegado a la rotonda de Las Vaguadas. Parodiando a Fray Luis de León... *“como andábamos ayer...”* Porque parece que fue ayer cuando había

ido por última vez a mi paseo. Y hace cuarenta y nueve días. ¡Chúpate esa, condesa! He encontrado el paseo más abandonado de fusca en los límites del acerado. Y nos hemos cruzado con más gente. Nunca había visto, en ningún sábado del año, la romería a Las Vaguadas. Era una feria. Como la sevillana plaza de La Campana en Semana Santa. La gente, eso sí, guardando las distancias. Por eso dije antes lo de la defensa del Parque de Monteleón. Porque cada cual guardaba su terreno sin permitir que nadie lo invadiera. De lo contrario, hubiera sido el Dos de Mayo. Un recuerdo a quienes defendieron como pudieron, con sus vidas, el honor de España frente a los galos.

Y que no guardaran las distancias con nosotros, que para eso estaba el bastón, que debe medir metro y pico. Los más de los caminantes sin bozal, a cara descubierta. Los que lo llevaban eran una colección de modelos y colocaciones. Unos bien puestos; otros, a modo de barbuquejo de chapiri legionario; algunos los llevaban como antifaz de El Zorro... Pero los que más gracias me han hecho son los que he visto a modo de solideo papal, por el color blanco. Ah!, se me olvidaban los que los llevaban en la frente o colgados de la oreja, como un pendiente. Doy mi palabra de honor que toda esa fauna se ha visto esta mañana. Entonces, ¿para que los quieren? La verdad que yo no debo hablar. El mío lo llevo en el bolsillo, pero si hace falta me lo pongo, y bien puesto.

Como habrá curiosos, y hoy no sé si meterme con algún mandatario, verbal o gubernamental, os voy a contar el recorrido. Salimos de casa y enfilamos la cuesta de Fernando Calzadilla, que termina a la altura de la Zona. Al pasar por la Residencia Militar Gravelinas me paré, marqué los tiempos de "*derecha, ¡ar!*", e incliné mi cabeza ante la Bandera. No hay que decir cuál. La Bandera, y punto. Volví al desfile. No me pesaron, querido Julio Valiente, tal como me habías advertido, las pastas de Sor Guiseppina. Había puesto en marcha, al salir de casa, el reloj espía y comprobé que todo iba conforme a lo previsto. Seguimos por Damián Téllez Lafuente hasta la rotonda del Carrefour. Le dediqué un recuerdo, al pasar por su casa, a mi compi Charo Sánchez Palomo, que andaría ya patrullando desde temprano, según me había dicho ayer. Marcamos paso por la avenida Regimiento Castilla 16, y así hasta la rotonda de Las Vaguadas. Le pedí a Nines que fuese siempre un par de metros por delante, distancia que se hacía mayor cuando me paraba a hacer algún retrato. En el tiempo en el que acostumbraba antes del encierro llegamos a la

gasolinera de la rotonda de Las Vaguadas. Cruzamos a la otra acera. Yo voy, siempre, en sentido contrario a la circulación, pues así te ven y te saludan los conocidos. Hoy he echado de menos a Jesús Caballero Calzada, el Coronel Delegado de Defensa en Extremadura, o a Gregorio Moreno Fernández de Córdova, o a Carlos Castellano Castellano. O a mi amigo David Chapela, otrora jefe de cocina de Los Monjes y, seguramente, para mí, el mejor cocinero de cuantos han pasado por Badajoz en mucho tiempo. Concedo que algunos hayan compartido puesto con él, pero nada más. Prácticamente, no nos hemos cruzado coche alguno.

Antes de cruzar a la acera izquierda en sentido a Badajoz –mira que tengo tendencia a la siniestra...- le pedí a Nines que nos hiciéramos un retrato en la mediana. Y eso hicimos. Había que immortalizar el momento. Es la de inicio de esta crónica de hoy. Era obligado ponerla. Y eso he hecho. Un “*selfie*”, o como se escriba. Son de esas fotos que se hace uno mismo, y que confundí su nombre una vez, delante de mis sobrinos Marcos Merino, en el Parador de Ávila, a primeros de enero del 2019, y les dije que nos hiciéramos un “*re-make*”. No sabía ni qué era una cosa ni otra, pero el cachondeo, y esa es la palabra que define el estado de las cosas, duró todo el viaje, y bastante tiempo más. Bueno está. Todo sea por los gozos de los mozos.

He visto a algunos habituales de los paseos hasta el 14 de marzo, último que dimos. Los he visto más o menos viejos, depende, pero sin duda más gordos. A ellas las he visto bien, conservadas, con las pieles tersas y no arrugadas, con lo que me da que más de una ha aprovechado el confinamiento para hacerse un estiramiento. Las jovencitas que corren siguen igual de jovencitas. Y que así sigan. Todo alegra el paisaje.

Al llegar a la altura de la rotonda de Carrefour hemos vuelto a cambiar de lado. Es todo un ritual. Al pasar junto al monolito donde figura el nombre de “Regimiento Castilla 16” saludo militarmente. Sé que no se debe hacer sin prenda de cabeza. Lo siento, pero no me resisto a hacerlo. Y lo hago siempre que paso, todos los días. Me da igual que me vean que no me vean, yo sigo con mis ideas. Camino de casa, en la puerta de la panadería Los Remedios, esquina Fernando Calzadilla con Virgen de Guadalupe, nos encontramos con Pepe Durán, José Javier Durán Torres, y su encantadora mujer, Pilar. Él es Teniente Coronel, y está destinado, creo, en el ISFAS, o algo así. Lo conocí estando

destinado en el Castilla 16. Llegamos a la puerta de casa. Nines se quedó, pero yo seguí. Todavía me quedaba tiempo hasta las diez de la mañana. Enfilé, al ritmo de “*Tres veces guapa*”, marcha del maestro Vicente Marí Bas, de Laredo (Cantabria), la avenida de Europa abajo, hasta Ronda del Pilar, y por ella hasta la calle Rivillas, en la que giré a la derecha, llegando hasta la esquina de Antonio Cuéllar Gragera. Dejé la Plaza de Toros a la derecha. Se me vino una idea a la cabeza, por la que me voy a encontrar con más de un comentario. Podían aprovechar esto de las distancias y del virus para prohibir fumar en las plazas de toros y recintos de masiva afluencia. No es que me moleste el humo, porque no me recato al abanicarlo hasta la colilla de la que proceda, pero quién sabe lo que expira uno con el humo. Ahora que estamos en esto de prohibiciones y recomendaciones, digo yo, se podía aprovechar.

Giré a la izquierda para pasar por delante del Colegio Juventud, en cuya pista, hace muchos años, jugaba el Guardia de Franco, que era un equipo de baloncesto de Badajoz en el que jugaba gente conocida, ¿verdad, Antonio Barrera, o Gonzalo Robles? Me adentré en el parque de La Legión, en esa zona aledaña al colegio. Salí a la Ronda del Pilar, frente a Puerta Trinidad, donde recuerdo que se pagaban las tasas por entrar en la ciudad bienes de consumo de diverso tipo. Mi abuelo Felipe pagaba, y yo lo veía, cada vez que traía verduras, o huevos. También se pagaba por las piezas de caza. Mejor me callo, no demos nuevas ideas para la etapa de anormalidad que se nos avecina. Subí por la cuesta Joaquín Rojas Gallardo –qué buena gente, y cómo sabía de flamenco- hasta la Plaza Alta. Daba pena verla, vacía. Iba controlando el tiempo, lo prometo. Bajé por la calle Moreno Zancudo hasta la esquina de la iglesia de la Concepción, antes terrenos de los Jesuitas, hoy de D. Marceliano Guerrero, su rector. Iba buscando una churrería. Anoche recibí un mensaje de las hermanas Toni y María Isabel García Cuevas, que pedían, por amor de Dios, churros, y que si alguien los encontraba se los llevara. No conseguí encontrar ninguna churrería abierta. Si hubiera sido posible, les llevo la producción entera. Vamos, hasta la sartén, que por favores no me quedo atrás.

Por la calle San Juan, tramo Pepe Salas, antes División Azul, como ya dije un día al hablar de la Semana Santa, continué por San Juan, el Tubo de antaño, hasta la Plaza de España. Miré a mi Catedral, ella me miró. Fue un intercambio de clamores en esa historia de amores y desamores que nos lleva-

mos los dos. A la altura de Palacio me crucé con D. Pedro Losada, canónigo emérito, y vi que estaba bien, de lo cual me alegro mucho. Seguí por la calle del Obispo, la de mi despacho, hasta la Plaza de Minayo. Por Pedro de Valdivia a avenida de Europa, Plaza de la Constitución... a su iglesia. Se acabó al recorrido del primer día. Ojo a los más curiosos, si cabe: una hora y cincuenta y ocho minutos de tiempo efectivo, no incluye las paradas; diez kilómetros y cuatrocientos metros; novecientas noventa y cinco calorías –a pesar de ser de Ciencias, tengo un follón entre las calorías y las kilocalorías, pero creo que a estos efectos es lo mismo–; doce mil novecientos cuarenta y ocho pasos, quizá más, seguro, porque el cuentakilómetros se puso en marcha ya pasada Grave-linas; ciento ocho pasos por minuto, que para el primer día y acompañado...; y unas pulsaciones máximas de ciento cincuenta y cinco por minuto. ¿Algo más? Te lo tendré que contar mañana.

Llegado a casa le pasé la mano a la bicicleta estática por el sillín. La noté tristona. Pero hoy no me duele la rabadilla. Apoyado en ella miré por la ventana, pero lo que vi, lo contaré otro día, quizá pronto, aunque la clausura depara sorpresas, y todavía puede verse alguna. Nada del otro mundo, advierto. Y de ahí, a la ducha.

Me acerqué a El Corte Inglés, que deberá pagarme la publicación del libro aunque sólo sea por las veces que lo nombro y que voy. Me dio mucha alegría encontrarme con Juan del Valle Giralte en la puerta. Le pregunté por su madre, Nena del Valle, y por José Luis. Están bien. Mejor así. Antes de acceder al supermercado y pasar por el control de desinfección me crucé con Javier Medrano Cuesta, *Chocolate* para los amigos. Dice que esta noche sale a andar. En la tienda no se cabía hoy. Hice las comprillas que precisaba y me fui a la caja. Estando en cola se me acerca un responsable y me dice: “*Caballero, caballero –y me señala–, por aquí, por favor*”. Pensé que Antonio, uno de los que “corren” con el supermercado, me llamaba porque me conoce, pero me entra la duda de si es porque me ha visto viejo. Y ya ando con la mosca detrás de la oreja. Le hago caso y me pongo donde me dice. Un joven se agarra a mi rebufo y también se encamina hacia donde Antonio me dijo. Lo paró en seco: “*No, Vd. no, esta caja es para personas mayores*”. ¡Tócate las narices! Me ha visto mayor, o sea, guste o no, viejo pellejo. Sea como fuere, me hizo un favor, y yo se lo agradezco, que estaban las cajas como en Navidad. Se conoce que la

gente ha cobrado. Bueno, los que lo hayan hecho. Lo que no se sabe es lo que pasará en los próximos. Iremos viendo... y padeciendo.

He ido a las nueve de la tarde o noche, según se vea, a dejarle un regalo a un amigo. Ha tenido que ser como pestosos. Vaya forma de hacerlo. Espero que, en nombre de Nines y mío, lo disfrute. Dice que lo hará. Cuando iba al recado, me encontré con Elena y Pepe, que ya sabéis quiénes son. Iban también los padres de ella. Feliz encuentro. Y, de paso, una vez dejado el regalo, pasé a ver, desde la ventana, a Eduardo Soriano y a Lola Aguilar. Las nuevas formas de visita, que decíamos ayer. Y también vi, de calle a balcón, a María Cerqueira. Camino de casa, Amalia Gragera Rojas, que iba con su marido, me dice que me lee todas las noches. Eso está bien. La calle, como una feria.

Dije ayer que empezaría a traer imágenes de vírgenes a las crónicas. No sé si tengo tantas, para tantos días, pero algo haremos. Hoy os traigo una que para mí significa mucho. Es María Auxiliadora: *“Ella, en mi niñez, mis pasos guio; por eso, desde niño, siempre la quise yo”*. Así rezaba una de las coplas en su loor. La imagen de hoy, con perdón, no es bonita. Otro día pondré la de Badajoz. Pero esta me la encontré de pronto, de sopetón, en un altar de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción, la de la Torre Hermosa, en la localidad de Granja de Torrehermosa (Badajoz). Hice la fotografía el 15 de febrero del 2019, víspera de la boda de Belén Martínez Nosti y Félix Razo Martín. Aunque se casaron en Sevilla, Nines y yo nos quedamos la noche previa y la del día de la boda en el Parador de Córdoba. Tiene su historia. Quizá lo cuente otro día. Ese día comimos en Azuaga con el párroco de Granja de Torrehermosa, buen amigo, Enrique Merchán Ceballos. Después nos enseñó la iglesia. Y allí me encontré con María Auxiliadora. La verdad es que la voy buscando en cualquier templo que entro a visitar. Y allí me llevé la sorpresa. Es una imagen sencilla, de un pueblo perdido en el límite de la provincia de Badajoz, a un tiro de piedra de la de Córdoba. De este pueblo es un buen amigo, Antonio González Montero. Por eso, hoy, especialmente, les dedico la foto y la oración a la Virgen a él, a su mujer, Belina, a su hija, sus nietas y su yerno, que tanto saben de auxiliar a los más necesitados. Y a Enrique Merchán Ceballos, buen sacerdote, que con tanto esmero cuida de su responsabilidad vocacional y personal. Y a Francisco José Andrades Ledo, por su cumpleaños, como dije al principio. Y, cómo no, al Padre Torres, por

dos motivos. Uno, porque si no lo nombro hay lectores que piensan que se lo han saltado; y el otro es porque a él debo agradecerle de veras que yo conociera la iglesia de Granja en profundidad. Había estado antes una sola vez, que fue en el entierro de José Miguel Santiago Castelo (+), que fuera Presidente de la Real Academia de la Letras y las Artes de Extremadura, y Subdirector de ABC. Acompañé a Don Celso a los pocos días de tomar posesión. Sor Guiseppina también vino.

Por cierto, poneros en la dedicatoria cuantos queráis, que esto es de balde. Aquí tenéis a María Auxiliadora:



*Con flores, con alegría,
a tus plantas nos rendimos,
que ante tu imagen pedimos
auxilio y paz, oh María.*

(F. B. A. V-Z., 2 mayo 2020)

Día 50º
Domingo, 3 de mayo del 2020



Hoy es domingo, 3 de mayo, y...

*... ¡Viva la Virgen de Bótoa!
De Bótoa, Virgen María,
de nuestros campos Patrona,
que todo el pueblo pregona
tu nombre en la romería.*

*Con tu pamela de flores
siendo Reina eres Pastora...
Badajoz a ti te implora
que le calmes sus dolores.*

(F. B. A. V-Z., 3 mayo 2020)

Antes de nada recomponer un olvido, porque si nombro a unos y otros feo está no hacerlo con todos, la verdad. Omití decir que ayer, en El Corte Inglés, me encontré con Teresa Gridilla Saavedra, afectuosa, como siempre. Dos veces: en la quesería y en la Boutique del Gourmet. Mi amiga Montaña Quirós Rubio, viuda de José Luis Miralles, dice que salir en mis crónicas es como hacerlo en el ¡HOLA! Solventado, pues, el lapsus.

Empiezo por felicitaros a todas las madres. Primero a la mía, como no puede ser de otra forma. Después a mi suegra. Y ahora a todas las demás. Daros por obsequiadas. Aunque, en honor a la verdad, creo que el día de la madre son todos los días del año. Concretarlo en una fecha definida me parece algo raro, como si el resto de los días no hubiese que acordarse de ellas. Si estamos vivos, y es gracias a la madre y al padre, ojo, debe ser a diario nuestro homenaje.

Y hablando de felicitaciones diré que he recibido hoy unas cuantas, que sería prolijo contar. Agradezco todas de corazón, pero debo informar que mi santo, el que yo celebro, es el de mi nombre, San Felipe Benicio, que aunque es Felipe también, y del que de alguna forma debió tomar mi santo protector el suyo, se celebra el 23 de agosto, aunque en algunos calendarios figura el 22. Fue un fraile Servita, propagador de la Orden, y que se refugió en el monte cuando corrió el rumor de que iba a ser elegido Papa. Se conoce que, entonces, las cosas se hacían de otra forma. Y ya, de paso, como es domingo, añado el resto de mis nombres, que siguen a Felipe Benicio, y según consta en mi partida de bautismo: Isidro Ascensión Fernando José Vicente de los Sagrados Corazones y de la Santísima Trinidad. ¿Algo que objetar? Los dos primeros tienen su explicación: nací el 15 de mayo, que, aquel año, era el Jueves de la Ascensión, uno de esos que brillaban más que el sol. Este año será viernes, si no me equivoco.

No dejó de rondarme ayer en la cabeza, después de una conversación con Susana Sánchez Herrera, si no fue un desacierto la salida en tromba de tanta gente a la calle. Ayer salió gente que en su vida había andado más que de su casa a por el pan. Así se veían los tipos que se veían. No sé si las consecuencias se pagarán o no, o si, como puede ser, tampoco se corrió tanto peligro. Los datos nos los dirán. Mejor dicho, el tiempo, que los datos que nos dan con un ministro se vienen y con otro más se van. No me fío ya un pelo. Susana, por si

caso, por aquello de que el miedo guarda la viña, no salió. Tampoco lo hicieron Lita y José Manuel Rodríguez, y vete a saber si no acertaron.

Hoy la ruta estaba menos molesta. Había menos gente. Más que lo habitual antes del “*confitamiento*”. Quien inventara la palabra hizo bien, sabía lo que decía, porque el que más y el que menos se ha liado, todo este tiempo, a comer chocolates, bizcochos, dulces y otros confites, para pasar el tiempo. Pues, como digo, había menos gente que ayer. Lo que sí he visto, en la ruta a Las Vaguadas, ha sido más policía. Bueno, más no. He visto policía, que ayer no vi ninguna en esa ruta. Al menos de uniforme. Hasta Las Vaguadas y regreso a casa hemos hecho la ruta y manías de siempre. Después, Nines en casa, yo seguí. Hoy por Segura Otaño, avenida de Huelva –por cierto, no creo que el encierro conlleve que los arriates, que no arreates, de la Delegación del Gobierno tengan que estar abandonados: síntoma de dejadez, no de otra cosa-, Ramón y Cajal... Al llegar a Puerta Palmas me encontré con José María Carrasco López. ¡Qué buena gente! Iba con su perro. O su perro con él, que no se sabe. Estuvimos juntos en Córdoba. Él terminó la carrera, yo me vine a Badajoz. Su madre, Amalia López Lancho, y yo nos queremos mucho. Y su hermana, Amalia Carrasco, era asidua a cerrar con nosotros *El Paseillo*, aquel templo del gozo y del alborozo que tuvo abierto un tiempo Paco Corrales Garrancho en la avenida de Pardaleras, y donde un azulejo de Curro Romero presidía las velas y francachelas.

Seguí por Reina Sofía hasta la rotonda de los Cabezones y subí a la Plaza Alta. Desde la ermita de Pajaritos hasta el busto de Marín de Rodezno, cinco minutos justos. A buen paso, a ritmo de marcha. Me dicen algunos que, por mis tintes eclesiásticos, por qué no escucho andando gregoriano. La razón es muy sencilla. Al ritmo de marchas militares se lleva bien el paso, y erguido; al son del gregoriano puede que te lleven al paso, y tendido. La diferencia es ostensible. La facilidad de gatear, a estas alturas, se la debo a dos reputados traumatólogos: César Morales y Francisco Parra. Me arreglaron la derecha, y no veo el momento de que me hagan lo mismo en la izquierda. Y también a Juanjo Jiménez de Peralta, mi fisio. Y a Josefina, la mujer del doctor Elías Cortés, que hace unas magdalenas con chocolate y unos bizcochos deliciosos, y que tuvieron la culpa de que no me despegara de la rehabilitación ni con agua caliente.



La Plaza Alta vacía, quizá dos o tres personas. Desde allí, por la misma ruta de ayer, a casa. Llegué, esta vez, dos o tres minutos pasadas las diez de la mañana, hora del toque de queda para cosas de deporte. Lo comprobó, desde la terraza de su casa, Pilar Verdasco. Nos saludamos, como debe ser. En total, dos horas y un minuto, diez kilómetros doscientos metros y mil sesenta y una calorías. No está mal.

Al llegar a casa miré por la ventana que hay junto a la bici estática. Hoy poca cosa. Pero ya contaré. Y me puse a buscar una foto de la Virgen de Bótoa que yo tenía de hace muchos años, de cuando fui miembro de la Junta de Gobierno de la Hermandad, presidida entonces por Ángel Robles Doblado (+). Me fui de ella, pero no viene al caso decir por qué. Es día de romería, por tanto de recuerdos y de alegrías. Pero no encuentro el sobre con las fotos en papel, que en aquellos entonces no se daba esto de guardar las fotos en el ordenador, o en el teléfono. Vete a saber quién y dónde las ven. Miedo me da. Así que, mi virgen de hoy, en este mes de María, son dos fotos de las medallas que tengo, una de ellas, la más historiada pero con la imagen más fea, y que menos representa a Nuestra Señora de Bótoa, de cuando pertencí a la Junta de Gobierno. Por lo visto, había de devolverla al cesar. Yo no lo hice, como tampoco algunos han devuelto el Toisón de Oro y no por eso le han mandado

a la Guardia Civil. No la devuelvo, la guardo de recuerdo de una Junta en la que serví con entrega y con ilusión, pero de la que, y ya lo puedo decir, me fui por la falta de respuesta a lo que pedían del Arzobispado como colaboración. Sería largo de contar. Pero, por lo menos, tenemos en el inicio la foto de la Virgen de Bótoa. Por cierto, que la única alusión que he visto en mi recorrido por Badajoz ha sido la carátula de un calendario del año 2017, adornado como corresponde, en el balcón de casa de la familia Alfaro, que da a Plaza de España.

Una vez arreglado me dediqué a la cocina. Hoy les ha tocado el turno a unos pollos picantones que tenía en el congelador. Al horno, sin nada, ellos solos. Salen buenos, y tiernos. Tras un pequeño descanso, empecé a ver la prensa. No sé qué es mejor, si verla o no, porque cada vez que la lees se te desbarata el calendario que tenías ya grabado en la mollera. Ahora, leo, que desde el 11 de mayo, no desde el 4, que hay mucha gente que, merced a las confusiones de fechas tienen un cacao mental del que se debería pedir cuentas, digo que desde el día 11 de mayo se podrá ocupar el cincuenta por ciento del aforo de las terrazas de la locales de hostelería. Bueno, y yo me pregunto si esto solventa el problema de esos negocios. Ciertamente no.

Y hay otra cosa que sí me preocupa, desde el punto de vista profesional que me afecta como Administrador de Fincas. Parece ser que a partir del 11 de mayo se permiten las reuniones de hasta 10 personas, que se podrán reunir en espacios públicos o privados, con algunas condiciones, a saber: que se mantenga la distancia de seguridad personal de dos metros, y que los asistentes no sean personas vulnerables o con patologías previas. Vamos a analizar un poquito este tema, porque yo no sé si han pensado que los españoles de bien discurriríamos, y lo hacemos buscando el mayor respeto a la norma. Veamos.

La separación no causa problema, porque es cuestión de buscar el sitio, salvo que, si es cerrado, sea tal la requisitoria de medidas de desinfección y demás que hagan desistir de su uso. Entonces, habría que reunirse al aire libre. Me veo reuniendo a algunas comunidades en mitad de San Francisco, o a la sombra de la Catedral, eso sí, acotando un terreno para que nadie ose arrimarse, pues de lo contrario la pifiamos. Vale. Puede hacerse, todo es cosa de imaginación y empeño. Ahora bien, la otra condición es más pelia-

guda. ¿Cómo sé yo, como administrador del condominio, si una persona es vulnerable o no? Porque, que yo sepa, la vulnerabilidad no viene solo marcada por la edad, como en craso error se basan algunos de los ideólogos de las normas. La casuística de vulnerabilidad es mucho mayor, por si algunos no se han enterado. Pero, para más meter el piojo en el ojo, vienen y dicen que tampoco tengan patologías previas. Aquí ya la cosa se pone fea. En mi caso, en el de mis compañeros de profesión, no somos el Servicio Extremeño de Salud en el que se conoce la historia clínica de los asistentes a una reunión. No. Somos, sencillamente, pero con las complicaciones y sinsabores que a veces tenemos, administradores. Y la ley, por si el regulador no se ha enterado, la Ley de Protección de Datos nos impide indagar en cuestiones de salud de nuestros administrados. Lógico. Yo recabo sus datos de contacto, o de identidad, o bancarios, para girar los recibos, pero no puedo meterme en sus antecedentes y presentes de salud, en sus ideologías personales, políticas o religiosas, ni tampoco en sus orientaciones sexuales, aunque algunas queden a la vista del respetable, pero me da igual. Allí cada cual con lo que es, siente, rece, piense o padece. Es decir, que como yo no voy a indagar si una persona es vulnerable o no, porque no soy adivino, ni si tiene, y cuáles son, patologías previas, creo que eso de las reuniones, en algunos casos, es vender humo, pero del barato, que no vale ni para ahumar jamón de pato. Y si a mí me invitan unos amigos a algo, o si me convocan a alguna reunión o comisión, ¿debo decirles, si no lo saben, que tengo esto o lo otro, y que un día me desmontó un potro? ¡Vamos, hombre! ¡Dónde se ha visto tamaño nivel de estulticia!

En lo de la cita previa para el pequeño comercio ya ni entro. No sé mis lectores, pero tengo la sensación de que a ese tipo de negocios se entra en función de lo observado en el escaparate. O sea, que ahora hay que ir a verlo y después llamar al tendero para que te dé hora para comprarte algo que te entró por los ojos por esa compulsión momentánea que todos llevamos dentro, que maldita necesidad tenemos de adquirirlo. No sé, no me cuadra, la verdad. Y, quién dice que no, con eso de atender a una sola persona en el establecimiento, se generarán colas en la calle, por lo que a comprar podrán ir sólo aquellas personas que tengan tiempo para el entretenimiento. Sigo sin verlo. Y si a esto sumamos lo que ya se sabe, de otorgar contratos

a empresas que no tienen domicilio conocido, según se puede comprobar en el “órgano del aparato”, que es el BOE, díganme, por favor, si de verdad no estamos en un estado de anormalidad total, nada de nueva normalidad. Habrá que acostumbrarse hasta que ya no pueda aguantarse, y, entonces, la responsabilidad será de todos los que por España quieran mojarse, y en las urnas declararse.

Por otra parte, y ahora con respecto a los templos, he estado analizando las normas dictadas por la Conferencia Episcopal Española, y tengo que plantear algunas consideraciones que voy a trasladar, sin duda alguna, a Don Celso, como cabeza visible de la Iglesia Católica en la provincia de Badajoz, excepción hecha de las zonas que pertenecen a las diócesis de Plasencia y Toledo. Hay dos concretas que me llaman mucho la atención. Vamos a ello. La primera es la que dice que el celebrante se desinfectará sus manos al inicio de canon. Muy bien, pero, desde el inicio del canon hasta el momento de impartir la comunión se tocan objetos; se habla y pueden despedirse gotitas de saliva, quién dice que no infectadas, y que se pueden depositar en las manos; se puede tocar el celebrante, sin darse cuenta, la cara, por mucho empeño en lo contrario que ponga; se comulga, y puede tocar con los dedos la boca, y el cáliz por donde ha sumido el sanguis... Toda una casuística que, si somos rígidos con la norma, no se puede obviar. Porque a los ministros de la comunión se les exige desinfectarse las manos antes de la distribución de la misma. ¿Por qué no también el celebrante? Todos, todos, sin excepción, los que vayan a distribuir la comunión deberían, digo yo, desinfectarse las manos de forma ostensible y a la vista de la feligresía. Todos.

Y otra de las cuestiones es la de desinfectar la iglesia, o sea, bancos, etc., y los objetos de culto. Esto último me parece lo mínimo, sea cual sea la situación, y no hace falta que se nos presente una generalizada infección para hacerlo. Nunca me ha gustado, ni lo he comprendido, eso de que los concelebrantes beban del mismo cáliz, que luego se purifica con un paño al efecto, y se guarda el cáliz para la siguiente celebración. ¿No se pueden lavar con agua y jabón? ¿O es algo prohibido? Nunca he entendido ese chupeteo, más normal de lo que parece. Si acaso, que beba el último para limpiarse después convenientemente. Llevan así toda la vida, pero eso no me seduce para cambiar de opinión. De hecho, a más de uno se le ve dándole vueltas a

ver si averigua por dónde no ha puesto ninguno de los anteriores los labios. Normal. No se trata de ser escrupuloso: se trata de ser cuidadoso con uno mismo. Y, a mayor abundamiento, deberían todos los sacerdotes o auxiliares que preparen la celebración desinfectarse antes de manipular las formas, por ejemplo, para meterlas en los copones o depositarlas en las patenas. A saber con qué manos manejan algunos las cosas, que hay de todo en la viña del Señor.

Sobre los bancos, la desinfección después de cada misa, ¿qué decir? Pues esto lo veo absurdo, completamente. Y voy a analizarlo. Se trata de intentar que nadie se contagie en el templo. Perfecto. Y para ello dejar los bancos impolutos después de cada celebración. Correcto, como dice quien yo me sé. Pero, ¿y si el virus no está en el banco y lo trae en su ropa uno de los asistentes y se lo pega a otro, que por mucha distancia que haya podemos rozarnos sin querer o darnos cuenta en algún momento? ¿Quién de los que sale a la calle a pasear, al supermercado, a la farmacia, al banco, y a otros sitios a partir de mañana, desinfecta al cien por cien su ropa al llegar a casa? Yo no. Y como yo, muchos. La gran mayoría. Por eso, lo de desinfectar los bancos son ganas de rizar el rizo. Lo que hay que hacer es tenerlos limpios y punto. Y de un día para otro, el virus se habrá muerto, o habrá perdido su fuerza, que no es la carcoma que se agarra a la madera y de quitarla no hay manera. En fin, espero que la cordura nos invada, por bien de todos. Lo demás, sería una locura, pero a eso, a la locura, me parece que han conseguido que nos acostumbremos.

Para terminar quiero hacer alusión a la Fiesta de las Cruces de Mayo, que se celebran hoy. Felicito a cuantos viven esta fiesta como suya, como sé que lo hace un buen amigo, sacerdote, Canónigo del Cabildo de la Concatedral de Santa María la Mayor, de Mérida, y párroco de la parroquia del mismo nombre, D. Antonio Becerra Cordero, que, sin falta, me ha felicitado el mes de mayo. Es de Feria (Badajoz), donde esta fiesta se celebra mucho. No he ido allí nunca, salvo a un entierro. Pero he rebuscado en mi archivo, y tengo, del año 2013, de La Laguna (Tenerife), algunas fotos, y os regalo dos, en homenaje al día de hoy.



Hice los retratos, para los curiosos, cuando Nines y yo fuimos a una boda a Santa Cruz de Tenerife, donde se casó María, la hija mayor de unos amigos nuestros que viven allí, Juan Llamas y María Morón, él Abogado del Estado en excedencia, con despacho propio, y ella Letrada de la Administración de Justicia, compañera de Nines.

Pues con eso, ya vais despachados por hoy.

Día 51º

Lunes, 4 de mayo del 2020

Hoy es lunes, 4 de mayo, y...



...¡siempre hay luz entre el nublado!

Hoy he vuelto a la normalidad... Al menos a la normalidad que se puede, a la que nos dejan, pero, de momento, me conformo. A las siete y cuarto de la mañana he puesto el pie en la calle. Hoy solo, pues Nines iba a trabajar, por lo que no podía acompañarme. Enfilé la ruta de siempre, a la rotonda de las Vaguadas. La marcha transcurría en tiempo y forma correcta, al son, hoy, con los auriculares puestos en las orejas, de marchas militares. Otros días son himnos cantados, otros es música clásica, otros flamenco, otros Raphael, otros María Dolores Pradera, también llevo Furrriones... También tengo coplas marianas, pero estas las dejo para los sábados, por tradición. Ah, se me olvidaba, también llevo zarzuela, Café Quijano y música de órgano. O sea, no me aburro. Volví a identificarme

con el Felipe que antes del Estado de Alarma caminaba a diario. Ayer y anteayer, con Nines, fue la toma de contacto, verme que estoy en forma, que no había perdido el sentido de la marcha, que es más, mucho más, que el simple caminar para la forma física guardar. Es mucho más, os lo digo yo. Sólo hay que proponérselo y dejar que la imaginación se libere del encierro en el que a veces, nosotros mismos, la tenemos encorsetada. Es bonito imaginar. A veces te transporta, por unos instantes, a un mundo de sentimientos desconocidos.

Y he vuelto a disfrutar del inmenso regalo de Dios que es madrugar en la calle, y disfrutar de ello. He visto cómo el sol trataba de abrirse paso entre las nubes. Me cautivó la imagen por un momento y detuve el ritmo para traeros la foto de inicio. Si la veis bien, la contempláis, podréis daros cuenta de que la Luz se abre paso siempre entre las tinieblas, que por muy nublado que tenga uno el horizonte siempre hay un resquicio por donde encontrar la esperanza del sol radiante. Y si no, contemplad como la flor de malva trata de buscarla, sobresaliendo del resto de las matas compañeras de vida. No vale pensar que las nubes van a oscurecer nuestras vidas, nuestros deseos, nuestras ilusiones y a empañar nuestras emociones. No, nada de eso. Y digo que no porque siempre hay un fallo en la cadena de nubes por el que la Luz se hace patente. Hay que buscarla, seguirla, mirarla y, sin duda, interiorizarla. Si no la asimilas, si no consigues que esa Luz sea la que ilumine tus pasos, casi mejor te diría que no te molestes en levantarte de la cama. Por mucha tragedia que tengas alrededor, por mucha tiniebla que creas que abate tu vida, por mucha incertidumbre sobre a dónde poder mirar, debes saber que nunca la oscuridad es completa, y que la Luz, la de la Verdad, puede hacer de ti remanso de iluminada paz. Pues eso me pasa a mí por las mañanas, cuando veo esa Luz. Decidme si es lo mismo esto que mirar por la ventana del cuarto de la bicicleta estática, aunque es verdad que también se ven cosas, de las que ya hablaré. Ahora no, y eso que muchos ya lo piden.

He sentido hoy una especial satisfacción. A la hora que yo he ido, los mismos de siempre. Si acaso algún intruso más. Mirad, antes del encierro en los chiqueros me cruzaba siempre con un señor, ya entrado en ciertos años, si bien no me atrevo a decir la franja. A mí me pasa que, a cierta altura de la

vida, no sabes bien catalogar la mayoría o minoría de edad de los demás. Se me hace difícil. Pero me da igual. Bien, pues todos los días me cruzaba con este compañero de rutas matinales, y siempre, más o menos, por los mismos sitios. La diferencia estaba en si él salía un poco antes que yo desde su casa, que no sé dónde vive, o yo de la mía. Y, la verdad, después de estar un montón de meses cruzándonos, nunca nos habíamos saludado. No soy yo mucho de eso, que eso se deja para los pueblos chicos, aunque no se conozcan: “*Heiii*”... “*Ahmo allá*”... Ese es el diálogo de los buenos días en muchos de los pueblos de la España rural. Tiene su encanto. Bueno, pues nunca nos hemos saludado este buen señor y yo. Confieso que en mis pedaleos, muchos días, me he acordado de él. ¿Estaría bien? No sé su nombre, ni su oficio ni beneficio. Ni si trabaja o está parado, aunque por la edad me da que tiene que llevar tiempo jubilado. Pues hoy lo he visto venir de frente, y el cruce veía que iba a ser por el mismo sitio. No falla. Todos tenemos nuestras costumbres. Ya lo dije un día: quien tiene un vicio.... Y me he sentido feliz al verlo venir. Un sentimiento especial de felicidad al ver que el buen hombre estaba bien y seguía caminando. Una emoción sincera, contenida, eso sí, que tampoco me he lanzado a un zapateado como el de las *Bodas de Luis Alonso*. Pero sí me planteé que hoy no se me escapaba. Así que, llegado el momento del encuentro, ni corto ni perezoso, ni tampoco vergonzoso, le dije: “*Me alegra verle bien*”. Y el hombre contesto con un “*Sí, buenos días*” con sonrisa abierta, síntoma de verse contento con el feliz encuentro. No nos paramos, no hace falta, ni nos abrazamos... La vista lo dice todo. La mirada es la ventana del alma. Y la expresión del rostro la escribía del corazón. ¿Se puede pedir más, tras ver los rayos de Luz además?

Otro de los reencuentros han sido los coches con los que siempre me cruzaba. Me tengo aprendidas las matrículas de muchos de ellos, por lo que no me resulta difícil saber si es habitual o no. Cierto es que hay menos coches que antes. Me he cruzado con el Delegado de Defensa, Jesús Caballero, y me he hecho ostensible, para que viera que me encontraba en forma, aunque hay quien dice que lo sabe por los escritos. Al cruzarme con los habituales siempre me hago las mismas preguntas: ¿a dónde irán? ¿qué serán? ¿en dónde trabajarán? ¿cuánta familia tendrán?... Manías de uno, y cada cual tiene las suyas.

He llegado a la rotonda de entrada a Las Vagudas. He cambiado de acorrido para seguir andando, que no para otra cosa, y he iniciado el regreso a Badajoz. A unos dos kilómetros de casa me he cruzado con Nacho Sahelices, del que di hace unos días casi la fe de bautismo. No nos cruzábamos en nuestra matinal ruta desde antes de mediados de marzo. No me gusta que me trastoquen las cosas, y tampoco que no tuviera la oportunidad de cruzarme siempre a los mismos por el mismo sitio, pues es señal de total normalidad. Y eso es lo que queremos. Los experimentos, como se ha dicho siempre, con gaseosa, pero no con la vida de la gente, que es preciosa.

De vuelta a la ciudad, al ver que aún tenía algo de tiempo, la “fuerza” se dislocó por Juan Sebastián Elcano, hasta el cruce con Antonio Cuéllar Grajera, llegando por ésta hasta la Plaza de Toros, y de aquí, por avenida de Pardaleras hasta casa. Total, una hora y treinta y seis minutos y ocho kilómetros doscientos metros. Pero lo bueno, de verdad, lo mejor, es que, desde anteayer, me he quitado lastre por un peso de setecientos gramos. Me anima, porque veo que las cosas, algunas, quizá las más importantes, empiezan a ser normales. Porque las más importantes son las sensaciones personales que nos ayudan a mantener una constante de vida ordenada, pero no coordinada por otros. Creo que me explico.

Antes de la nueve en casa, ducha y al despacho. Los alrededores de los cajeros son como si el dinero lo dieran de balde, que es como se da a algunos en este país. Y digo a algunos porque, no sé cómo, hay quien se ha agarrado a la teta de la “bucheta” de esta España de caldereta, y apaña todos los meses unas perritas sin dar ni golpe, que lo digo yo. Mientras, a otros, con pobreza vergonzante, les falta hasta el aliento del estertor agonizante. Hay casas, y sé de lo que hablo, que entre las no contributivas, los subsidios para mayores de cierta edad, que algunos aún son algo más que menores y pueden trabajar, y triquiñuelas de diverso tipo, ingresan más que muchos de los que contribuyen, mejor dicho, contribuimos a la grandeza de una España que, con estas cosas que pasan, nunca será libre, pues la tienen agarradas los “mamandurrieros” de turno. Y se las saben todas. Nunca España, así, será una, porque hay quien intenta llevarse la mejor tostada y la desayuna. Pues sí, aglomeración de gente en los cajeros de avenida de Europa y plaza de Minayo. Vamos, ni medidas, ni distancias, ni leches. En siendo cosa de dinero o asumo el riesgo o en el intento muero.

Hay días en los que se vive del recuerdo, y es bonito. Al hilo de la mención a la Virgen de Bótoa ayer, Juan María Cervera me evoca los años en los que iban toda la familia, creo que diez, ocho hijos y los padres, a la romería en el coche de la familia, que era un Seat Seiscientos. Eso me ha traído a la cabeza que el primer coche de mi casa también fue un modelo igual, pero descapotable. La matrícula era BA-33051. Y nos metíamos todos, es decir, mis padres y cinco hermanos. En aquellos tiempos se ponían en tela de juicio las leyes de la física, pues a pesar del espacio habitable del coche cabíamos todos. Se usaba la fórmula de un trasero para adelante, otro para atrás. Y nos ubicábamos todos. Recuerdo, porque fue en un mes de mayo, concretamente de 1967. El Papa Pablo VI, ese gran desconocido en España e injustamente tratado por la Historia de este país, peregrinó a Fátima el 13 de mayo de ese año. Días antes fuimos los tres hermanos mayores, Vicente, un servidor y Rodrigo –por orden de edad, que la veteranía es un grado- con nuestros padres, Carmela y Vicente, a Fátima. Fue la primera vez que fuimos. Había una cantidad inmensa de peregrinos. Nos alojamos en casas particulares. A mis hermanos y a mí nos tocó una casa de la que aún recuerdo el olor. Limpia, pero pobre. Y desayunábamos y comíamos en una residencia de frailes, que no sé cuál es. No me alcanza tanto la memoria: yo tenía nueve años menos algunos días. No olvido, como si ahora lo estuviera viviendo y viendo, que, en los postres de una de esas comidas se subió a una mesa una de las peregrinas, y se puso a bailar como una posesa. Se autollamaba *Massiel de Santander*. Vete a saber quién era. Pues antes de llegar a Fátima vimos a una mujer mayor, vestida de negro, con algún hatico, camino de la Cova de Iría. A pesar de las estrecheces del coche, con nosotros tres atrás, mis padres decidieron montarla, para aliviar a la buena señora el resto del recorrido hasta el destino. Y es que siempre que se quiere, el espacio se agranda.

¡Qué bonito es vivir con los recuerdos! No es bueno vivir de ellos, porque los tiempos cambian, pero no se debe renunciar a que nos transporten, en el tiempo, a momentos de felicidad. Tampoco es bueno eludir los de tristeza, pues ayudan a valorar más las superaciones a la misma. Así lo creo. Siempre que voy a un sitio, si ya he estado, trato de hacer un recorrido mental por los recuerdos que tenga del lugar. Perderlos voluntariamente, no querer sentirlos

y revivirlos, es negar parte de nuestra existencia. Por eso me agradó ayer el mensaje de Juan María. Porque los recuerdos de uno, por cualquier detalle insignificante, como una fichas de dominó puestas en fila, reviven los recuerdos de los demás. Basta el nombre de un establecimiento, o de una calle, o de un lugar, o un nombre de alguien... para que empieces a escribir páginas y páginas de una historia, de la de verdad, la que nos hace felices aunque sin perdices, para comprender que el momento presente no sirve de nada si no te apoyas en lo vivido y sentido en el pasado, que, muchas veces, es la base que ha forjado el presente de cada uno. Porque, para los de Badajoz, por ejemplo, hablo de Carmelo, el Conserje del Casino -¿te acuerdas, Chocolate?, ¿te acuerdas, Javier Bardají?- y se nos vienen a la cabeza los bailes en el Salón Noble, las cervezas con ensaladilla en la barra, el bingo que se inventaron en los que nunca los que jugaban ganaron, la peluquería de Juanito, el salón donde se sentaban, con mirada a la calle del Obispo, los señores de Badajoz... Aún veo a algunos allí puestos cuando salgo de mi despacho, que lo tengo enfrente. Y así podemos seguir, enlazando lo antiguo con lo reciente, el pasado con el presente, lo añorado con lo que ahora se siente. Yo, lo reconozco, soy mucho de recuerdos.

Ya han salido las normas para las celebraciones eucarísticas dictadas por los tres Prelados de la Provincia Eclesiástica de Mérida-Badajoz, y que en poco difieren de las de la Conferencia Episcopal. Como entiendo que deben ser normas de general conocimiento, las voy a enviar detrás de la crónica. Hay dos cosas sobre las que parece que me han leído u oído. Una de ellas, que el celebrante también se desinfectará las manos antes de impartir la comunión, y después también, no como se especificaba en las instrucciones de la Conferencia Episcopal, que decía que el celebrante se desinfectaría las manos antes del canon. Me alegra ver que hay personas que piensan como yo, por el bien de todos, porque sería una pena que hayamos llegado hasta aquí para nada. Y otra de las cuestiones que se citan es que, al llegar al templo, el feligrés asistente podrá ver, supongo que de forma bien visible en el exterior, el aforo máximo. ¿Habrá que dispensar números como en las pescaderías, o seremos civilizados cuando nos digan que ya están todos los sitios ocupados? En cuanto a las mascarillas, se recomienda. Lo considero razonable. Si se guardan las distancias, no parecen obligatorias. Y en cuanto a las distancias,

yo ampliaría a dos metros, en lugar de metro y medio. Aunque me da que, como el miedo guarda la viña, habrá gente que prefiera esperar a ver cómo van las cosas. Lo entiendo.

Y, ahora, a la política. Leo en los medios que Izquierda Republicana de Cataluña –no sé cómo se escribe en su idioma– se va a negar a prorrogar el Estado de Alarma. Y que el Partido Popular se lo está pensando, y que tiene en vilo al Presidente del des-Gobierno hasta que éste hable en el estrado, el más limpio de todo el país, por lo que se ve en la televisión, sólo ensuciado por los embustes y dardos que se dirigen unos a otros. A veces, éstos, los flechazos, no vienen mal, sobre todo si se dirigen con la riqueza del lenguaje castellano, español para entendernos, y que tratan de ampliarlo a toda costa con términos que no vienen en el diccionario de la Real Academia de la Lengua. No soy yo quien para analizar los motivos de los prebostes para decir sí o no. No soy proclive, como ya he quedado demostrado, que algún tirón de orejas me he ganado, a aprobar lo que han hecho, ni lo que no tampoco, los mandatarios que nos rigen. No los he votado nunca, cosa que no me importa decir, aun reconociendo que tengo buenos amigos que sí lo hacen. Allá cada cual cuando apaga la luz de la alcoba o mete la papeleta en la urna. No creo, firmemente, que se hayan llevado las cosas bien. Pero, la verdad, me da miedo que, llegados hasta aquí, con todo lo que le ha costado a mucha gente, y le costará en el futuro, vayamos a estropear todo por cuestiones de protagonismo político. Si hay que negociar, hágase. Si hay que reorientar, inténtese. Si hay exigir, con la mayor fuerza posible. Pero si hay que ceder, que sea con las miras puestas en el mayor beneficio posible para todos los españoles. Y cuando haya que pedir rendición de cuentas, que no tiemble el pulso ni la voz. Y si alguien tiene que vérselas en Sala con los togados por los actos cometidos que se las apañe si es que antes no han sido aleccionados y sometidos los magistrados. Pero, honradamente, me da miedo que por no haber exigido, quizá, lo que antes se debía haber exigido, digo que me da miedo que paguemos los platos los de siempre: los españoles de pie que gastamos los zapatos. Otros van en coche oficial.

Voy terminando. Una de mis lectoras me pidió que me enterara de la historia de las vírgenes negras. No sé a qué se refiere, pero indagaré y os contaré. De momento, para que no se me olvide, rescato una foto de una virgen negra, la Virgen de Torreciudad.



Se la dedico, además de a todos vosotros, a Don José Luis, Don Emilio, Don Manuel, Don Rafael, Don Juan Carlos y Don Antonio. Ellos saben quiénes son. Y también a Don Celso, porque sí; y a D. Antonio Muñoz Aldana, porque la foto la hice en la visita que hizo la Virgen a su parroquia. Y a cuantos sé que os encomendáis a Ella todos los días. Y a los que no, también, a ver si se os pega algo, que malo no será.

Día 52º
Martes, 5 de mayo del 2020

Hoy es martes, 5 de mayo, y...



... ¡estáis todos invitados! Todos los que queráis, claro, que es no es obligatorio... Hoy también será un día de recuerdos, que, a buen seguro, despertarán los de más de uno de vosotros. Al tiempo.

Pero antes voy a otra cosa. Son las seis y diez de la mañana. No sé que deparará políticamente el día de hoy. Ni, en este momento, me importa mucho, la verdad. Ya lo iremos viendo a lo largo del día, por lo que no hay que pronunciarse, por ahora. Nines está dormida, el teléfono lo tengo en absoluto silencio. No he visto algunos de los mensajes que entraron una vez lo callé ayer. Pero antes de hacerlo fueron bastantes los que me dieron para el pelo.

Me consuela, no obstante, que algunos se solidarizaran con lo escrito. Y lo escrito, escrito está. Tampoco voy a tomar represalia alguna contra quien no piense como yo. Me enfado, cierto es, y por ciento y un años si es preciso, por las obras, por los hechos, pero no por las distintas formas de pensar. Todas caben en el saco de los afectos, siempre que sean respetuosas con las de los demás. En este país hay alguna corriente, que ha hecho mella en muchos jóvenes, y conozco a alguno, que ha vuelto a la gente intransigente, porque van a implantar el pensamiento único. Están errados. La historia lo ha demostrado. La histeria no lo quiere ver así.

Voy a entrar en zona resbalosa. No me importa la cosa, la verdad. Pues seré, lo aseguro, respetuoso en la prosa. Ayer dije que tenía miedo de que ciertas posturas políticas dieran al traste con la prudencia, no digo que quizá excesiva, con la que creo que se ha llevado esta situación. Reconozco que toda prudencia, y así lo creo, recorta libertades. No superar la velocidad aconsejable según el tráfico en una carretera recorta mi libertad de ir a una mayor aunque esté por debajo del límite de la máxima autorizada. Ya he dicho que creo que se han hecho cosas mal. Si digo “las cosas” me estaría refiriendo a todo, y eso no lo puedo decir, porque no creo que así haya sido. Pero sí, y lo escribo bien clarito, considero que se han cometido muchos errores, gordos, gordísimos, que han traído consecuencias para muchos. Las peores, las vidas que, quién dice que no, de haber actuado de otra forma se hubieran salvado. Vale, es así, se han equivocado, pues prefiero pensar eso a estimar que lo han hecho a propósito. En algunas cosas se pasaron, como no suspender la manifestación del 8 de marzo. Ya lo he dicho en mis primeros días, creo. Lo repito. Nunca fue mal año por mucho trigo. Y han ido dando palos de ciego a diestro y siniestro. Pero no de ciego de la ONCE, que saben bien por donde van. Los palos que han dado son los del peor ciego: el que no quiere ver. A ese no hay braille que le ayude. Siempre va escribir y leer sin querer ver lo que escribe o lo que lee. Y así no se puede funcionar ni regir un país. No, de forma ninguna.

Y sé que se han saltado el orden institucional, pues se han burlado del Congreso y del Senado. O sea, de todos los españoles, porque ahí estamos todos representados. Ya no vale decir yo voté a este o al otro, no. Es la representación de todos, guste o no. Se ha aprovechado el estado de aturdimiento nacional para aprobar medidas y normas sin igual. Algunas graves, muy graves. No me gustan

las imposiciones, del porque yo lo mando. Ni en el ámbito personal, ni en el familiar, ni en el profesional, ni en el institucional. Cierto es que se puede imponer al criterio de quien manda, que para eso lo hace, pero sería bueno que lo hiciera una vez oídos a los demás. Pero éstos, los demás, tienen la obligación, por puras y simples razones de lealtad institucional, que la personal está hoy en entredicho, de exponer bien claro las soluciones a los problemas, si no se está de acuerdo con las que se plantean desde la cabeza visible. Y no poner problemas a las soluciones, como un día me enseñó mi amigo José Enrique Moro, hablando de un vecino suyo que ya estará viendo esto desde donde quiera que esté, porque aunque no era malo tenía lo suyo. Soluciones que hay que buscar entre todos, y aportarlas. Si hay que decir que no a lo que se plantea se dice, pero no enrocarse en el no sin dar, sin ofrecer, sin plantear una forma distinta de hacer las cosas. Y eso, siendo decirlo, yo no lo he visto en el Congreso. Ni en la prensa, ni en los medios, ni en los foros de los remedios. Se ha dicho que no a lo planteado, se ha estado en desacuerdo, aunque después se haya apoyado. No creo ya en los políticos de ahora. En ninguno. Los que despertaban mi fe en este bello arte de la política, que generaciones atrás mi familia llevaba en la sangre, ya no están, o se han muerto o se han ido. Y de los que se han ido, a algunos los han matado socialmente.

Yo no soy gobernante. Sólo digo que creo que las cosas se han hecho mal, pero, lo confieso, no sé cómo habría que haber actuado para poder decir que se han hecho bien. Critico lo que hacen, pero no me atrevo a dar una solución que crea correcta. A veces me entra la duda acerca de si esta postura es la que necesitamos ahora. Mal me parece que no se tenga un plan B, tanto por quien ha llevado a cabo el A como por el que lo critica pero no plantea un C. Ahora se sacan de la manga que se puede actuar con tal o cual Ley ya en vigor. ¿Por qué no se ha hecho antes, si se lleva diciendo desde el primer día lo mal que se ha hecho? Reitero que no me hubiera gustado estar en la piel de Sánchez y Cía., no. Pienso, y repito, que nos han tomado por tontos en algunas cuestiones, quizá en muchas. No me atrevo a decir en todas. Se han aprovechado de nuestra reclusión para aprobar soto voce, como he dicho, cantidad de normas que pueden afectar negativamente a muchos de los que vivimos en España. Pero no es menos cierto que no he visto protestar por ello, de forma pública, en los debates, a los representantes de la oposición. Sólo han pedido que se vayan de excursión y no vuelvan, y les dejen a ellos al mando de la nación. Y

digo que todo este lío nos va a afectar a todos, porque nadie se engañe: la factura la vamos a pagar todos los españoles, unos de una forma y otros de otra. Nadie se va a quedar sin contribuir a la factura de esta crisis. Vayamos preparando los bolsillos. Y los ánimos. Falta nos va a hacer. Tienen que pagar los autores de los errores, eso no cabe duda, como pagamos los demás cualquier error. Pero no se olvide que para demostrar que una cosa se ha hecho mal hay que tener preparado el manual de cómo hacerlas bien, o, al menos, menos mal. He desmontado pruebas periciales de compañeros gracias a que llevaba estudiadas las soluciones, y forma de tomarlas, que anulaban lo por ellos expuesto.

Por eso hablaba ayer de miedo. Y lo reitero hoy. No es que yo lo tenga a enfrentarme a la realidad de cada día, no. Es que, sencillamente, y a los criterios médicos y científicos me remito, hay que ser prudentes hasta en lo más mínimo. Me preocuparía que, por querer figurar como quien se opuso a algo, y trató de salvarnos, alguien se convirtiese en responsable de un empeoramiento de la situación. Sólo pido que lo piensen. A mí, el estado actual de las cosas no me beneficia ni personal ni profesionalmente. Pero prefiero ser cauto. Esto, y termino ya con este tema por hoy, o por ahora, que tengo que ir a desayunar, no significa que el país deba seguir aletargado, no. Se pueden ir soltando amarras poco a poco, y así permitir que el buque en que estamos metidos se vaya separando al mismo paso del dique en el que estaba. Nadie que viene asfixiado se toma una *Casera* de litro de un trago, pues le saldría el gas por las orejas, las narices, los ojos y los poros de la pelleja. Por eso creo que la vuelta a la normalidad, para salir de la anormalidad en la que estamos, debe ser poco a poco, estudiando bien los pasos a dar para el menor daño causar. Ya se ha causado bastante. Normalidad que, dicho sea de paso, vamos a tardar en recuperar.

Ahora, a los recuerdos. Dije al principio que os iba a invitar hoy. Mirad, si os habéis fijado en la foto de inicio os habréis dado cuenta.... Algunos. Otros habréis visto "*el santo*" y habréis empezado la lectura. No sé si se os ha escapado la fecha, aunque se vea pequeña. Os ayudo: hoy hace, exactamente, cincuenta y cinco años que hice la Primera Comunión. Ni más ni menos. Empezad ya a recordar la vuestra. Yo iba vestido de marinero, que es el traje que en casa usamos todos los hermanos, o casi todos, que eso lo sabrá mi madre. No sé si a las seis y diez de la mañana de ese día estaba también con los ojos como platos, como yo hoy, esperando a vestirme de marino y calzarme los zapatos. Antes,

en mi época, que yo recuerde, las Primeras Comuniones se celebraban por la mañana... temprano. Íbamos la familia... en el sentido amplio, sin pasarse, claro, y alguno más. Nada de celebrarlas como ahora. Y solían ser temprano, porque “*el gasto*”, como diría Julio Valiente, era a base de chocolate con churros. A Don Celso le gustan mucho los churros. Si cae en nuestras comuniones no se hubiera podido levantar de la silla. Y al Padre Torres también le gustan. Churros hasta que salieran por las orejas. Chocolate hasta que el color del traje ya no se sabía si era de marino o de fraile carmelita. Y dulces. En las Primeras Comuniones de mi familia mi abuela María Pepa (+) encargaba a *La Argentina* unos tocinitos de cielo que quitaban el hipo y el sentido. No sé en cuál de las celebraciones de la familia me tuvieron que dar bicarbonato de cómo me había puesto. La mía fue en la capilla de las Damas Catequistas, en la calle Santo Domingo, antes Calvo Sotelo, en aquella época al menos. Eran mucho de la casa. También allí se casaron mis padres. Recuerdo a muchas de ellas, pero tengo que hacer especial mención de Tránsito (+) y de Concha Sanz-Calcedo (+). Y nos preparaba una Dama de cuyo nombre no me acuerdo. Quizá mi madre, cuando lea esto, se acuerde y me lo diga. Os lo diré entonces. Los curas eran de la familia o cercanos. No sé si el que me la impartió fue Fernando Sánchez-Arjona y Halcón (+), aquel Rector del Seminario que murió de repente estudiando en París. Pongo la cruz en todos ellos porque, aunque por lógicas razones de edad tendrían papeletas para haber cogido el viaje a mejor destino, quiero homenajearlos con el mejor regalo: la Cruz. Era normal que en la Primera Comunión nos regalaran alguna. O algunas.

Por cierto, hablando de Cruz: quieren quitar la que hay en Cáceres en una plaza, conforme se entra desde Badajoz. ¿A quién molesta? Puedes verla como quieras: como símbolo de fe, como adorno del paisaje, como monumento arquitectónico... como te dé la gana, y así acabamos antes. La cruz no tiene a nadie clavado que pueda descolgarse y darte unos toquitos en el hombro para enseñarte algunas cosas que no estaría de más que se supieran. ¿A quién molesta? O quizá hay que preguntar ¿por qué molesta? A mí no me molesta una media luna roja ni azul ni verde. Ni tampoco las medias lunas que vendían en *La Cubana*, y que estaban de rechupete. Si la quieres mirar, la miras; si te quieres encomendar, te encomiendas; si quieres pasar de ella, pasas. ¿Por qué quitarla? ¿Por qué sólo vale el respeto a los símbolos de los

que piensan de una forma concreta? ¿Y esa forma concreta es la verdadera? ¿Qué se gana con quitarla? Pues sólo se gana alterar la pacífica convivencia entre los que la contemplan con respeto y consideración a lo que representa, a lo que es, y entre los que quieren que se contemple su retirada como una victoria del pensamiento único y adoctrinante que anula la personalidad de los demás. Así van las cosas. Nunca me ha supuesto un trauma ver un símbolo de otra religión, de otra facción política, o un rótulo de una calle que haga mención a uno del otro bando, y me da igual cualquiera de ellos, que no me sitúo en ninguno al comentar esto. Pero la cruz, si alguien me demostrara que tirarla sirve para que seamos todos mejores, más hermanos, sería el primero el coger pico y pala. Y Dios me perdone. Pero no es así. Quieren quitar la cruz porque molesta... ¿Pues que no la miren! Ya miraremos los demás por ellos, y pediremos misericordia para que, de una vez, se pueda alcanzar la concordia.

Vuelvo a los regalos de la Primera Comunión. El reloj era reservado, en mi familia, para los padrinos. En mi caso, mis abuelos maternos. Lo compraron en *Gonvetia*. Lo tuve hasta no hace muchos años, aunque ya no funcionaba. En alguna mudanza debió perderse. Las cosas se usan, y se conservan, o terminan perdiéndose. Conservarlas es una forma de usarlas, aunque no te las pongas a diario.

Es bonito celebrar el aniversario de la Primera Comunión. Un día me dijo un sacerdote que nombro mucho que hay una fecha que nunca celebramos: el día de nuestro bautismo. Que levante la mano quien sí lo haga. Celebramos el nacimiento, nuestro o de un hijo o nieto, y la boda. Nos acordamos de la muerte, pero nunca celebramos el aniversario de ciertos sacramentos o especiales acontecimientos: el bautismo, la primera comunión, la confirmación... Pues es bello celebrarlos, ya que te abren la puerta del recuerdo. ¿Cuántos no os habéis parado entre párrafo y párrafo para recordar esos momentos? Yo me bauticé el 21 de mayo, seis días de después de nacer. Hoy, algunos, va andando a bautizarse de la mano de los padres, y, de ellos, no pocos a insistencia de los abuelos. Fue en la iglesia de San Andrés, porque era nuestra parroquia entonces. Me bautizó con Don Ignacio Cecilio Uranga Andonegui (+), un sacerdote vasco que apareció por aquí por cuestiones del destino de la Historia de España. Fue bien acogido y querido, a pesar de su carácter un poco hosco. Llegó a ser Beneficiado contralto en 1952. Falleció en 1982. Tenía un deje en el

hablar algo peculiar, tanto que en algunos sitios lo conocían por “*don Ignacio, el francés*”. Con uso de razón, y en mis años de joven, lo conocí, aunque no lo traté, la verdad. Pero aunque sólo fuera porque derramó sobre mí el agua de la pila siempre con afecto lo recordaré. Mis padrinos fueron mis abuelos maternos, Felipe Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa y María Pepa de la Calzada y Vargas-Zúñiga, Condes de la Oliva de Plasencia. En verdad ella se llamaba María de Gracia Josefa, pero todo el mundo la conocía por María Pepa. No hacía falta llamarla por Gracia, porque la gracia, la que nunca perdió, pero de la buena, la acompañó toda su vida. Era sevillana, pero de las sevillanas buenas.

Os cuento todo esto porque os he invitado a mi Primera Comunión, aunque seáis muchos, da igual. Perdíamos el sentido al desempaquetar los regalos que nos hacían. Era una especial ilusión la que brotaba en los niños de entonces distinta a los de ahora. No sé si mejor o peor. Me inclino a lo primero. Se les daba más valor a las cosas, y nunca olvidabas quién te la había regalado. Y recuerdo al resto de mocosos invitados alrededor escudriñando qué sería. Y terminábamos, muchas veces, con piñatas. Los niños de hoy no saben qué es eso. Siempre se escapaba algún palo a ciegas, como hoy a los políticos. Pero había para todos. A la hora de comer, en casa. Se había acabado el festejo. Todo volvía a la normalidad, salvo la emoción vivida, la ilusión hecha realidad. Duraba unas cuantas fechas. Era bonito.

Estoy pasando un buen día hoy. Son, ahora mismo, las seis menos veinticinco de la tarde. Aquel 5 de mayo de 1965, a esta hora, la tranquilidad habría vuelto a los salones de las Damas Catequistas. La capilla habría vuelto a acoger a las Damas orantes, bajo la mirada maternal de la Virgen de Guadalupe. Hoy, este 5 de mayo del 2020, he vuelto a vivir y sentir el de hace cincuenta y cinco años. Soy feliz, lo confieso sin rubores. Y me da pena que muchos pasen por alto días como este. Son los que marcan la vida de cada uno. Son los que aportan la felicidad que te ayudará a pasar otros momentos en la posteridad, quizá menos felices. Y me agrada contaros esta historia. No todo el mundo lo hace, aunque lo sienta, aunque lo viva. Escribir la vida de cada uno es hacerla eterna de alguna forma, siempre estará en los recuerdos de alguien. No en vano somos la caja de los tesoros de las vivencias de muchos. Hoy es cinco de mayo, y hace cincuenta y cinco años que el Señor entró, en Cuerpo y Sangre, en mi cuerpo, en mi interior. Hoy, cincuenta y cinco años después, te agra-

dezcó que, al leerme, me hayas permitido entrar en el tuyo... ¡Ale, vamos a la fiesta, no sea que lleguemos tarde!

A las siete y cinco de hoy comencé el paseo. Dos horas menos cuarto, nueve kilómetros, setecientas sesenta calorías.... Al llegar a la rotonda de Las Vaguadas subí hasta los depósitos de agua de allí, bajé hasta el colegio público y, por Pantano de la Serena, volví a la rotonda de la parroquia de Santa Eulalia, al cargo de D. David Martínez Gutiérrez, que tiene la ayuda de D. Elías Gómez Borrallo. Y de ahí, de nuevo a la rotonda de entrada y a casa. En el camino de ida me crucé con mi compañera de pupitre de italiano, y ya amiga, Charo Sánchez Palomo; y en el de vuelta con mi cuñado Florencio Marcos Cañada, marido de Masu, María Jesús, una de las hermanas de Nines. Poco más tiene el día. He ido al despacho, he comido y he ido a El Corte Inglés. Había quedado con Jesús Reynolds, Presidente del Banco de Alimentos en Badajoz, para hacerle entrega de un donativo en alimentos por parte de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge. Ser Caballero no es una prebenda o un tratamiento que te da derecho a usar un hábito, que es en lo que algunos se fijan para no comprendernos. Ser Caballero Constantiniiano es un carisma, y éste te lleva ser solidario con los que los precisan. Y eso hemos hecho. Ni más ni menos. Hablando antes de cruz... ¡la llevamos en el pecho!

“In hoc signo vicens”... “*Con este signo vencerás*”.

Como virgen de despedida, cumpliendo mi palabra en este mes de mayo, mes de María, os dejo una imagen de Nossa Senhora da Boa Viagem, patrona de Eriçeira (Portugal). Para mí significa mucho, si hay ocasión ya lo contaré.



Día 53º
Miércoles, 6 de mayo del 2020

Hoy es miércoles, 6 de mayo, y...

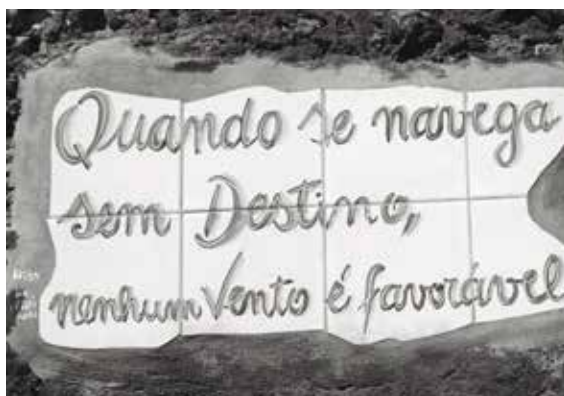


...es fiesta notable para un antiguo alumno salesiano. Y hoy voy a empezar por aquí. Por eso la fotografía de inicio, en la que se ven a San Juan Bosco y a Santo Domingo Savio, sin duda pupilo predilecto de Don Bosco. La obtuve en la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, de Antequera. Hoy, pero hace ya muchos años, se cantaba el himno a Santo Domingo Savio, y se ensalzaba su figura en los rezos del Mes de María.

Juan María Cervera lleva unos días evocando estampas del pasado. Y me alegro de haber contribuido a ello de alguna forma. Y hoy, a buen seguro, mis amigos Carlos Villalón Pla, José Luis García Orio-Zabala, Cecilio Vene-

gas Fito y Luis Albarrán Martín; y también Agustín Velázquez Jiménez, y D. Manuel Ruiz Durán, párroco de la de Santa María la Real; o Miguel Sedeño Masot; o mi hermano Rodrigo; o Javier Medrano, aunque duró poco en el Colegio... todos ellos lectores de mis crónicas, serán hoy quienes recuerden esta fecha en el patio del *Ramón Izquierdo*. No se celebraba como se hacía con las de San Juan Bosco o María Auxiliadora, por ponerlas en orden de fecha, pero tenía su importancia. Y recuerdo que nos arengaban a ser como Santo Domingo Savio. De momento ninguno de los nombrados lo hemos logrado. El que está más cerca, aunque cualquiera de nosotros morirá ya con bastante más edad que el santo de Riva de Chieri, es D. Manuel Ruiz, porque, de alguna forma, el sacerdocio es un camino que tiene a muchos que lo han empezado en la lista del santoral. Pues que se aplique si quiere serlo. No quería dejar pasar la mención a uno de los santos de la Familia Salesiana, con mi felicitación a toda ella por esta celebración. No sé si la juventud de hoy sabe entender el significado del himno al santo. Quizá ya, en mi época de estudiante, tampoco nos diéramos, pero estoy seguro que ahora, salvo casos muy contados, no se quiere entender. Y lleva su mensaje. ¡Vamos que si lo lleva! Pero no es el único motivo de festejo para mí en el día de hoy. Luego os digo.

Al hilo del comentario de ayer acerca de la situación que vivimos, recibo un mensaje de mi amigo José Enrique Moro Mediano, buena gente, que me dice: “... *para el que no sabe dónde va, ningún rumbo es bueno...*”. Y así es. He rebuscado en mi archivo fotográfico, y he encontrado algo que viene al pelo de la situación que vivimos. Está en los acantilados de Eriçeira (Portugal), y dice así:



Deberían poner el azulejo en el Congreso de los Diputados, porque creo que hay muchos, más de la cuenta, que se pueden ver retratados en el azulejo que está en la localidad desde la que partió al exilio el último Monarca reinante de Portugal, Don Manuel II, el 5 de octubre del año 1910. Porque así van muchos. Y así nos llevan a todos. Unos, porque no saben al lugar al que quieren llegar, aunque van haciendo de las suyas en el camino. O sí lo saben, vete a saber, y así hacen lo que hacen. Otros, porque no buscan el viento que les ayude a cortar el paso al rumbo sin destino de los primeros. Otros, porque se apuntan a lo que haya, pues nunca han tenido una rectitud política, sino una senda errática que les ha hecho seguir la estela del barco que más le convenga en cada momento. Que cada cual ponga nombre a unos y otros. Y así, con estas premisas, se está discutiendo hoy si se prorroga o no el Estado de Alarma. La prórroga está asegurada. Lo que no sabemos es a qué precio y a cambio de qué contraprestaciones, que aquí nadie te ofrece el búcaro sin nada a cambio. Ya no me atrevo a opinar. Casi lo prefiero.

El caso es que hoy han dado, debe ser de ayer, una cifra de fallecidos mayor que la de ayer y anteayer. Me escama un poco el tema, y no me gusta jugar con estas cosas, bien lo sabe Dios. Ni pensar que nadie lo hace. Pero parece que es una casualidad que hoy, precisamente cuando se debate la prórroga del Estado de Alarma, sea cuando hay más muertes que los días anteriores, como queriendo decir a los contrarios a la ampliación “mirad, que esto no se ha acabado”. Vete a saber. Espero y deseo que sea una absurda alucinación mental por falta de sueño. Lo que sí he leído es que el virus ha mutado, lo que viene a complicar más las cosas. Esperemos que no mucho. Y que los expertos aconsejen adelgazar ante un posible rebrote de la pandemia. Vamos, que los gordos son carne de cañón. No sé si Fernando Valbuena se ha enterado, o el Fiera, aunque yo también debo ponerme a tono, poco a poco, eso sí.

Cuando vuelvo al teclado ya se ha aprobado la prórroga del Estado de Alarma. Está claro es que esto se está haciendo ya largo para todos. Ya empieza a cundir el desánimo entre los que quieren que la normalidad se instale de nuevo entre nosotros. La normalidad de siempre, la del salir sin miedo, aunque no se pierda el respeto a lo que pueda venir. La normalidad de que todo el mundo pueda hacer lo que tiene que hacer sin estar pensando que este me

lo pega o no me lo pega. La normalidad que implique no dar un salto hacia atrás cuando alguien se te acerca más de la cuenta. La normalidad de ir a los sitios sin tener que estar en plena calle en la cola como si fuera la época del hambre, según nos dicen las fotos de la posguerra. La normalidad de asistir a celebraciones religiosas sin estar atento a lo que se celebra porque no sabes si la del velo que está a tu lado va a acercarse más de la cuenta o no, o va a estornudar –el frío de los templos es muy puñetero- dispersando la *mocharrada* como si fuera un hisopo asperjando, que eso de hacerlo en el codo es una auténtica porquería. La normalidad de dedicarnos a los trabajos como Dios manda, que eso del teletrabajo es una utopía hoy por hoy en el noventa por ciento de los negocios o sectores de nuestro país, y no sé si me quedo corto. La normalidad de poder ir a pasear y no morir de asfixia, porque metros antes de cruzarte con alguien cierras la boca y contienen la respiración para evitar que el virus se adentre en tu interior. La normalidad de saberte normal, y no afectado por la psicosis colectiva que nos abarca a todos, y quien diga que no es un embustero.

La normalidad de ir, por ejemplo, a El Corte Inglés, y ver los pasillos con gente comprando y gente vendiendo. O la de poder tocar un libro en cualquier librería, Padre Rafael, por ejemplo, y acercarte a la nariz el libro y oler el paso de las páginas, que a veces compro el ejemplar por el aroma, que no es el mismo el de todas las historias que se relatan o se novelan. O la normalidad de ir al banco y no tener miedo a meterte el dinero en la cartera, aunque sabes que después te lo va a llevar alguien con artes de sacamantecas. O la normalidad de ir a La Bomba, y juntarme con Pepe, con Elena, con Nines, con Manuel, con María Eugenia, con Jesús, con Jaime, con Mara, con Jaimito, con Marta, con María del Mar, con José María, con Joselito, con Masu, con Florencio, con Belén si quiere venir, con Javier y con Alejandra –lo mismo digo-, con Vicente, con Antonio, con Carlos, con Enrique, con María, con Francisco José, con.... ¡quien coño sea! –perdón... bueno, sin perdón-. Y poder coger una servilleta del bar como hasta hace dos meses, y limpiarte las comisuras antes de beber –cada uno de su vaso, eso sí-. Y digo La Bomba lo mismo que digo cualquier otro sitio, como Galaxia, Pan Frito, el Casino, el Viejo Bar, la Taberna de Pepe... o, por respirar más allá de la frontera, como Acontece, o Ti Catrina, o Pompilio, o Fialho, o Varchotel...

Pero tengo que decir que me muestro conforme con esta aprobación, siempre que se ciña solamente a las medidas encaminadas al desencajonamiento definitivo, y no para ser aprovechado para otras cuestiones de forma clandestina y torticera. Y si así fuera, deberá la oposición, con toda firmeza, y recuerdo que sólo la unión hace la fuerza, proceder a instar a los órganos que sean competentes para la anulación de lo acordado por los mandatarios del país sin pasar, si es el caso, por el filtro de las cámaras de representantes del pueblo. Espero que no tiemble el pulso a la oposición, que en España somos muy dados a hablar y decir pero a la hora de proceder no sabemos si llorar o reír.

Habrá que afrontar los miedos. Hay que afrontar los riesgos, sin necesidad de adoptar comportamientos que nos lleven al martirio sin consecuencia provechosa para nadie. Todo tiene un riesgo. Todo. Y yo, lo confieso, me planteo asumirlo cuando sea el momento. Bien es verdad que la prudencia colectiva no es mala. Y que habrá que ir volviendo a caminar poco a poco, aunque caminar, lo que es caminar, ya lo hace mucha gente. En mi camino a Las Vaguadas, hoy he hecho la misma ruta de ayer, he visto mucha gente, sobre todo a la hora del regreso. Gente de todo tipo: modelos de Botero y aspirantes a la Pasarela Cibeles. Las mallas de algunas de éstas son muy monas. No creo que sea malo fijarse en la belleza de las mallas, digo yo, máxime cuando se hace sin intenciones aviesas o libidinosas. Eso ya sería otra cosa. Por cierto, en la ruta me he encontrado, y saludado de lejos, manda narices, con mi primo Fernando Vargas-Zúñiga Mendoza y con Jacinto Marabel, colega de la Asociación “Alfonso IX”; y cercano ya a Badajoz con Mamen y Álvaro del Campo, un matrimonio de Valladolid afincado desde hace poco en Badajoz.

Dije que hoy también era para mí motivo de celebración, pues hoy, festividad de San Juan ante Portam Latinam, al menos así era hace años, hubiera cumplido mi abuelo Felipe, mi padrino, 125 años. Claro, no es posible. Era de Almendralejo. Aunque cada vez la vida es más larga, quizá más de la cuenta, en el año 1977, como él decía, *“lo que se viva de setenta para arriba es regalo de la Providencia”*. A él, Dios, le obsequió con doce años más. Y a mí con un abuelo único, excepcional, un abuelo del que siempre guardaré su imagen viva en todo momento. Fue al único que conocí. Sí a las dos abuelas. No al

paterno. Fue mi padrino, y sólo hube de rebelarme una vez contra él. Y dio resultado. ¡Vamos que si lo dio! Pero eso no viene ahora al caso.

Como virgen de despedida, en homenaje y recuerdo a mi abuelo Felipe, en el día de su cumpleaños, y, como os he dicho que era de Almendralejo, os traigo a la Virgen de la Piedad, “*Patrona excelsa de Almendralejo*”, como reza el Himno de la Coronación. Tengo alguna foto mejor de la imagen, pero no soy capaz de dar con ella, es posible que se perdiera en un cambio de teléfono. Mi madre y yo estuvimos, en primera fila, en los actos de la Coronación de la Virgen, en mayo del 2007. Fue un acto a recordar, por motivos de diversos tinte. También se la voy a dedicar a Gloria Juárez Sánchez-Grande, que es de Almendralejo, y es compañera de Nines. Por cierto, del Niño cuelga la Medalla de la Ciudad de Almendralejo que el Ayuntamiento de tan agradecida localidad entregó a Don Tobías Medina Cledón pocos meses antes de su fallecimiento. En alguna de las crónicas anteriores he hablado de él, de lo que significó para mi familia y, especialmente, para mí. En el tiempo que estuvo acogido en la Residencia de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados iba todos los sábados y domingos a verlo, y, los domingos, siempre a ayudarlo a cenar. Y nunca mejor dicho lo de ayudarlo a cenar, porque le ponían “*verde*”, concretamente brócoli o judías verdes, y no lo podía soportar, así que para no hacerle un feo a las Hermanitas me pedía me lo comiese yo. No era hora de eso para mí, porque allí cenan poco después de comer los demás en nuestras casas, pero no podía dejar a Don Tobías con ese desconsuelo. No estaba malo el *verde*.

La foto de la Virgen de la Piedad es de agosto del 2016, y pudo contemplar en vida Don Tobías su deseo de que la Medalla colgara del Niño. Al volver de Almendralejo, le enseñé la fotografía. Recuerdo que, con ojos de agradecimiento, de esos que sabía poner el “*cura todoterreno*”, como le gustaba llamarse, besó el teléfono como si besara la misma frente del Niño o la mano de la Madre, que por cierto, tiene una historia curiosa, que no me resisto a contar. Y es que la mano que se besa no es la original de la imagen, sino una postiza que le ponen para salvaguardar la integridad artística de la mano original, que ya sabemos que la gente tiene por costumbre, fea donde las haya, dejar plasmado el ósculo con el carmín de cualquiera de los colores de una paleta de pintor.



*A la Virgen de la Piedad,
y con flores en su honor,
le reza este cantor,
que lo es, con humildad.*

(F. B. A. V-Z., 6 mayo 2020)

Día 54°
Jueves, 7 de mayo del 2020

Hoy es jueves, 7 de mayo, y...



...¡es preferible reír que llorar...!

Antes de entrar en el tema, y porque sé que les va a hacer ilusión a los muchachos, algo muy a tener en cuenta en los días que corren, con tanto deseo de normalidad en mi crónica de ayer olvidé decir que, al regreso de El Corte Inglés me saludaron de lejos, claro, en el semáforo que hay justo antes de acceder al portal de mi casa, José Pérez Miranda y su hijo Gonzalo, que iban en la moto, y detrás, en el coche, Rocío del Valle con sus hijas, Rocío y Carlota. Me gustó verlos, y a ellos verme a mí. Los manoteos de afecto de lejos, pero las sonrisas de satisfacción y alegría traspasaron los cristales del

coche y los cascos de los motoristas. Ni sé dónde iban ni aunque lo supiera lo diría, aunque poco tengo que pensar para el destino imaginar. Y me parece muy bien. ¡Requetebien!

Ayer quedé dos menciones atrás, pero me enteré tarde, de una de ellas más tarde que de la otra. El Padre Torres celebró ayer el aniversario de su Primera Comunión. No sé si sobran las mayúsculas, pero quiero ponerlas para resaltar la importancia que tiene esa celebración, ese momento de la vida de los muchachos, aunque como dice mi compañera de italiano y amiga Maribel Guijarro hay muchachos que comulgan ese día por primera y última vez en su vida. Ellos sabrán. Que sepan que, cuando quieran, a esa mesa se pueden acercar siempre, que son recibidos, y somos, con las manos abiertas y... ¡desinfectadas! La segunda mención, no sé si debo decirla o no, pero como estoy en faena, lo voy a hacer. Felicito a Nena del Valle, que el día 5, el de mi Primera Comunión, fue su cumpleaños. ¡Qué fallo! Nació el año... en que nació, por lo que cumple, y muy bien cumplidos, la diferencia entre ése y el actual. ¿Tiene alguien algo que decir sobre la diplomacia y elegancia en definir la edad de la muy querida dama? Pues ahí quedaron las dos menciones, que sé que les van a gustar. Poco cuesta.

Decía al principio que... *es preferible reír que llorar, y así la vida se debe de tomar...*, según reza la letra de la canción de que hizo famosa Peret, el catalán de las rumbas. Se me vino a la cabeza esta mañana, a poco de iniciar la ruta. No daba crédito a lo que veía, pero me asaltó la duda de si debía obedecer o no. Me quedé parado viendo el cartel, el que tenéis en la fotografía de inicio. Está puesto en la carretera que lleva a Las Vaguadas, en todos los pasos de peatones. Me entró la risa, y al instante la duda acerca de si, como he dicho, debía obedecer o no a la instrucción en la farola colgada. Y entonces me enfadé, mucho, muchísimo. Me obligaban a alterar mi ruta, con los problemas que ello me acarrea. Me gusta ir viendo los coches de frente. Si no lo hago, ¿cómo me van a saludar mis conocidos? ¡De eso nada, monada! ¿Y cómo voy a controlar las matrículas habituales y saber si van tarde al tajo o al... trabajo? ¿Significaría que hay que seguir la ruta por la acera de la derecha en el sentido de la marcha y volver por la izquierda? O sea, como los coches. Pues no, me niego a ello. Me niego a que me conduzcan como si yo fuera un irresponsable, como si no supiera a lo que me someto si no guardo ciertas precauciones. No sé si esa norma puede estar bien a ciertas horas del día, pero no es precisa a las siete y cuarto de la mañana.

Me niego a ser un sometido porque sí, porque yo lo digo. Me niego a ir en el mismo sentido que el rebaño en que nos quieren convertir, aborregados sin remisión. No y no. Conmigo no. Así que interpreté la norma a mi mejor criterio, que es lo que hacemos todos cuando no queremos cumplirla porque la entendemos injusta, inconsistente e inútil, se mire por donde se mire. Ante ello, en el primer paso de peatones me cambié de acerado. Yo voy siempre por la acera de la izquierda, sentido Las Vaguadas. Me gusta enfrentarme a ello. Recuperé mi libertad al hacerlo, al sentirme dueño de mi propia decisión. Me propuse, y así lo hice, llevar la derecha en la marcha cuando me cruzara con alguien, e, incluso, si era preciso, bajar al asfalto para así guardar las “*medidas de distanciamiento social*” impuestas, que ya no sé si me parecen bien o mal, pero lo que sí sé es que nos las han metido en el coco a todos, a juzgar por lo que se ve en la calle. ¡Estamos buenos! Y así seguí mi ruta, al ir y al volver. Haber hecho caso en todo el camino a la norma del cartel de la farola hubiera supuesto no poder saludar al monolito que dice “*Avenida Regimiento Castilla 16*”, y haber tenido, desde la otra acera, que ordenarme “¡*vista a la derecha!*!, ¡*ar!*”, a lo que no estaba dispuesto, pues consideraba un ataque a mi libertad de elección la ruta a seguir. Eso está bueno para *IKEA*, donde una vez que entras o sigues la ruta marcada o no hay forma de salir. Fuimos Nines y yo una vez al de Sevilla. No hemos vuelto.

Hoy, y aquí el Fiera, José Manuel Corrales, va a tener motivo para ponerle un mensaje a mi mujer, las mallas más bonitas eran las negras. Las de otros colores eran feas, impropias de salir a andar saludando al nuevo día marchando con alegría. Mañana será otro día. Ya esta mañana le mandó un mensaje a Nines advirtiéndola de mis miradas, que aseguro no son obsesas. Lo prometo. Van por delante, y voy pendiente de si dan algún tropezón poder ayudarlas a levantarse, que lo que nos ha enseñado la crisis esta de la tisis que tenemos es sentirnos más cercanos unos a otros. Por cierto, hablando de cercanía, ¿es que se corre más peligro si me cruzo por la misma acera con quien que viene de frente, y guardo la oportuna separación, que si me adelanta alguien casi rozándome y rociándome con su corporal exhalación? ¡Ver para creer!

Me crucé con una enfermera que tenía antes en el dispensario, en la que ayer me fijé y me lo pareció, pero no estuve seguro. Hoy la he saludado, pero no me ha contestado. Sólo ha movido la cabeza como los perros aquellos que se llevaban hace años en la bandeja de atrás de los coches, sobre la

manta de croché, y medio apoyado en un almohadón de raso brillante de color indefinido y de borde repujado. Ya no se ven... gracias a Dios, pero hubo una época que llevarlo o no definía al propietario del vehículo, o, más bien, a su mujer. Pues, vuelvo a lo de conocer a la gente, no consigo reconocer al personal con los bozales puestos. Y seguro que me cruzo con algún conocido que se hace el despistado, o que puede pensar que eres un mal educado. Con la máscara puesta, las gafas de sol y una medio gorra calada no conoces ni a la madre que te trajo al mundo, por ser fino. Vamos, que puedes ir por la calle debiéndole dinero a cualquiera que no hay narices de que te reconozcan.

Y de la rebelión de esta mañana a la perplejidad de esta tarde. Porque no sé cómo definir el estado en que me he quedado al disponerme a leer el ABC digital, que el de papel lo he leído esta mañana, al menos las letras gordas, que después le volveré a dar algún que otro repaso. Y la primera noticia que destacan, la que se me viene a los ojos, sin necesidad de buscarlas, es la del Doctor Simón, el del chaleco de bolas, como dice Jiménez Losantos, uno que no deja títere con cabeza y que, por eso, se la han cortado en más de un sitio, dando razones sobre la diferencia entre las cifras oficiales de muertos por coronavirus y las totales o no sé cuáles en el mismo periodo. Jiménez Losantos era el que tocaba en casa diana cuando estaba en la *COPE*, hasta que un día le dije a Nines que se acabó eso de levantarme ya alterado, pues tiene la facilidad de alterarle a uno hasta la médula de los huesos. Como la cogiera con alguien iba despachado el objetivo de sus embates. Pues este Simón está también en el centro de sus dianas, claro que con razón. No voy a volver a si nos engañan con los números o no, que seguro que lo hacen, como nos llevan engañando en muchas cosas. La verdad es que todos los políticos lo hacen. Unos más, otros lo mismo. Unos con elegancia, otros con petulancia. Unos a sabiendas, otros con las mismas riendas. La diferencia está en la forma en que adornan los embustes y arañas con la verborrea que a cada cual caracteriza. Ya dije un día que estaba cansado de curvas y picos y la fresca de su tía. No he vuelto a reparar en los números, salvo en la sospecha de los de los primeros días de esta semana, que mantengo.

Pero lo que me ha soliviantado es la respuesta que se puede dar, en las circunstancias que vivimos, a la explicación de la diferencia de muertes entre un periodo de este año y el del año pasado, o entre los datos que da no sé

qué institución y los que facilitan los mandatarios de la nación. No se puede ser más sarcástico, además de tomarnos por medio imbéciles, y decir que la diferencia estriba en que –sic- «*no sabemos si se debe a un accidente de tráfico enorme*». No se puede ser más mordaz en el comentario. No se puede ser más irrespetuoso con la realidad que vivimos. No se puede ser más irreverente ante lo que significa la muerte. No se puede ser más... prefiero callarme ya. No sé si lo habrá hecho ya o no, ni creo que lo haga, pero debería perdón y dimitir. Sé que soy un iluso, lo admito. Pero es lo mínimo al jugar con cifras de vidas segadas, que no son los miles y miles de euros que se despistan por las buenas en cualquier contratillo al uso para que luego no te den lo que en la orden de pedido se puso. No. Es jugar con la realidad de unas vidas que se han truncado y a sus deudos con la pena y la angustia han dejado. Ya está, con lo dicho basta.

Y ahora, toca la virgen de este mes de mayo. Me la envió ayer el Padre Torres. Pero el caso es que la tuve en mis manos el pasado 29 de febrero en Toledo, ya que figuraba en el folleto de la celebración de toma de posesión de la Primada de España por parte de Mons. Francisco Cerro Chaves, nuevo Arzobispo de Toledo. Y decidí incluirla entre la pasarela de vírgenes a las que rendiremos culto en estas crónicas en el mes de mayo. No sé hasta qué día será, pues todo tiene un principio y un final. El tiempo nos lo irá diciendo. Me quedé prendado de la imagen que me envió. Y mira que repasé bien el folleto de la celebración, que para eso fui la primera persona en ubicarme en su sitio de todos los asistentes. Nos dieron el libreto algo más tarde, pero me dio tiempo a ojearlo antes de la ceremonia, y a seguirlo en la misma.

Es la Virgen Blanca, y según he investigado es una escultura gótica, de procedencia francesa. Está datada su factura en el siglo XIV, y, según parece, desde entonces está en el *Coro de la Catedral de Toledo*, sobre un altar, conocido por el “*altar de prima*”, pues era en el que se celebraba la misma a esa hora canónica, que coincide con la salida del sol. La talla de la Virgen Blanca es de alabastro blanco, con policromía dorada. Y hay mucha gente que la conoce por “*la Virgen de la risa*”, porque, si te fijas en ella, destaca la sonrisa dulce con la que mira a su Hijo amado, y la sonrisa cómplice que éste le devuelve. Incluso, Él, Jesús, le toca a la Madre la barbilla, al tiempo que Ella lo sujeta con la mano abierta sobre el corazón. ¡Qué estampa tan bonita!

Pues no dudé anoche, cuando la recibí, que sería la Virgen de hoy. Por la sonrisa, por la risa. Porque es preferible, como dije antes, reír que llorar. Y por eso quiero que nos contagiemos todos de la sonrisa de la Madre, que en su Hijo nos mira a todos con esa dulzura como sólo las madres miran a sus hijos. Como, por ejemplo, ayer miraría Elena a Julia cuando la veía por la pantalla del ecógrafo. Dice el matró en la grabación que se le veían las manos. Yo no veo nada, pero si hay que imaginarlo para eso estoy sobrado. Pero sí veo la sonrisa de María, esa sonrisa que cautiva, que llena, que nos hace ver, si la miras con esperanza, que habrá un momento en el que, además de llorar por quienes no han resistido el embate del virus, podremos mirarnos todos con la sonrisa y el gesto de la cercanía y el afecto. De hecho, el Hijo parece tirar de la cara de la Madre para que le dedique la risa. No quiere que se despiste María, quiere que llene su vida con el inmenso tesoro de su mirada, fija en Él, fija en nosotros, porque nos podemos sentir –y allá el que no quiera- en los brazos de nuestra Madre, en los que cabemos todos, aunque no lo parezca, y disfrutar de ese rostro sereno, dulce, sonriente, que nos anima a ver de nuevo el sol naciente.

Hablando de naciente recordaréis que, en la crónica del 28 de abril, día 45º del confinamiento nacional, os pedía que rezarais por Carmen, que acababa de nacer sin haber cumplido el tiempo preciso según los cánones de la naturaleza humana. Pues bien, hoy me llegan noticias, a través del Padre Torres, de que atraviesa una situación difícil, por lo que os ruego que sigamos pidiendo por ella. Pidamos a la Virgen Blanca que dedique su mejor sonrisa a Carmen, y que pose su mano sobre su minúsculo cuerpecito para ayudar a salir del momento comprometido que atraviesa. Ya os dije que no la conozco, pero me da igual. Si conoces a las personas por las que pides puede parecer que te mueve un especial interés. Por eso es gratificante hacerlo por quienes no conoces, y a lo mejor no los ves en tu vida ni en las tuyas. Si pedimos a la “*virgen de la risa*” que vuelva su dulce mirada a Carmen, y a sus padres, seguro que a una le alegra la existencia y a los otros les anima en la esperanza. Cuesta poco trabajo hacerlo. En su estado, la única defensa que tiene, además del inmejorable equipo médico que la cuida y del deseo ferviente de sus padres de que salga adelante, hecho realidad con la oración y poniéndola en las manos de Dios, es nuestra súplica. ¡Vamos a por ello! Os lo agradezco, en nombre de Carmen, de sus padres, del Padre Torres y del mío.



*Con tu sonrisa, María,
y de amor dulce mirada
mi alma queda prendada
de esperanza, Madre mía.*

*Virgen Blanca, que te llaman,
sonriente tu semblante,
escucha, Madre, este cante
que tus hijos te declaman:*

*¡Que en este mes de alegría
que es el mayo de las flores,
entre penas y dolores
nos ayudes, oh María!*

(F. B. A. V-Z., 7 mayo 2020)

Día 55º
Viernes, 8 de mayo del 2020

Hoy es viernes, 8 de mayo, y...



...¡tengo el corazón dividido...!

...entre dos devociones. A cada cual de Ellas, sus oraciones. Es 8 de mayo. Hoy se celebra la festividad de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya, a la que invocamos como Protectora los Caballeros de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge. Vaya por delante mi sincera felicitación a nuestro Gran Maestre, S.A.R. Don Pedro de Borbón-Dos Sicilias, Duque de Calabria, así como a cuantos formamos la Constantiniana. Permítanme todos ellos que la personalice en el Presidente de la Real Comisión para España, Excmo. Sr. Don Álvaro Zuleta de Reales y Andaldo, Duque de Linares, y que

él la reparta al resto de los Hermanos de Hábito. Esta mañana, como todos los días, en sus mensajes habituales, he recibido la felicitación de Luis Alberto Valero Aranda, de Córdoba, y Antonio Calvo Rubio, de Santander. Ambos me han enviado sendas fotografías de Nuestra Patrona, que yo no tenía. Mal hecho, el no tenerla, claro.

Pero hoy, también, hubiera cumplido ochenta años el Excmo. y Rvdmo. Mons. Santiago García Aracil, que fuera Arzobispo de Mérida-Badajoz, y fallecido no hace año y medio en Valencia, siendo ya emérito. Podría escribir de Don Santiago y no parar, porque las letras, cuando se plasman con afecto, son como éste: no tienen límites. Por ello, voy a procurar contenerme. No olvidaré a Don Santiago. Y si algún día lo hago, pensad que estoy perdiendo el recuerdo de muchas otras cosas, lo que sería señal de que algo me pasa, y no bueno. No me nubla el recuerdo y el afecto, sincero, profundo, para saber que, como todos, hizo cosas bien y otras... a su manera, como hacemos todos los mortales. Por eso, hoy, voy a regalaros dos imágenes. Sé que a Don Santiago no le importaría que pusiese primero la del Rosario de Pompeya. La que os pongo es la primera que me ha llegado hoy, porque a la hora en que empecé a escribir es la que tenía, ya que me la envió Antonio Calvo Rubio al poco de empezar el día. No soy capaz de meterla en el álbum correspondiente del móvil para crearle una orla de flores, así que tendrá que conformarse y hacer suyas las que le ponga a la otra imagen.

Ante la Virgen de Pompeya pido por todos los miembros de la Orden y sus familias, así como por los proyectos de ayuda a los más necesitados que los miembros de la Constantiniana, con su entrega y esfuerzo personal, están llevando a cabo. Ya dije hace unos días que Caballero de Hábito no es un empeño en llevar título y lucir los atributos correspondientes. No. Acarrea una obligación de hacer visible los mismos con hechos patentes de ayuda a los demás, pues la actividad caritativa es base de nuestros principios, junto con la defensa de la Fe Católica y, también, la actividad cultural. Por ello, me consta, muchos de sus miembros se han involucrado a la ayuda a los más tocados por las consecuencias de la pandemia que vivimos. Bien colaborando con parroquias, bien adquiriendo alimentos para los más necesitados, dentro de las posibilidades de cada cual, bien ayudando a poner en marcha proyectos para atender a los más desfavorecidos de la sociedad. Sea en lo que fuere, con la ayuda del manto

protector de la *Madonna di Pompei*, nos hemos involucrado en lo que ha hecho falta, y lo seguiremos haciendo mientras esté en nuestras manos. Ejemplo tomamos de nuestro Gran Maestre, volcado en diversos proyectos de interés social. Sé que estas acciones no son exclusivas de una institución concreta, y hay muchas más que se están volcando en conseguir paliar las consecuencias de la crisis causada por el dichoso coronavirus de ahora. Y digo de ahora porque hablamos de coronavirus a secas como si fuera nuevo en esta plaza, cuando es diestro, más bien siniestro, con cierta antigüedad en los carteles.

Quiera la Virgen de Pompeya que no nos falte la fuerza para seguir haciendo cuanto esté en nuestras manos. En Extremadura somos una Delegación pobre, somos pocos Caballeros. Y algunos de ellos están fuera. Y otro, nuestro Alcalde, que también es constantiniano, tiene bastante con atender las riendas del Ayuntamiento en esta situación, que se me antoja no debe ser de fácil manejo. Así que colaboramos con lo poco que contamos y hacemos lo que podemos. Nos gustaría llegar a más, pero no nos es posible.

Antes de seguir, y para hacer rabiar a quien yo me sé, porque lo voy hacer esperar, diré que hoy se cumplen cincuenta y cinco días del Confinamiento Nacional. Bueno está. Podría haber hecho mención al principio de aquella gran película titulada “*55 días en Pekín*”. Y no lo hice antes pero lo hago ahora. No viene mucho al caso entre las devociones a dos advocaciones marianas –no olvidemos que la Virgen María es una- meter la referencia a esta cinta, pero no está muy desviado el guion del filme con respecto a lo que estamos viviendo ahora. Porque la defensa que están haciendo unos y otros del ataque despiadado del covid-19 –hay quien dice la covid, por lo que no sé si es macho, hembra o hermafrodita- recuerda a la numantina que se llevó a cabo en la Embajada americana. Si allí faltaron medicinas y alimentos para los sitiados, aquí ha faltado aliento y trabajo para muchos afectados. Esta mañana, en el paseo, comentaba, en un encuentro con Jacinto Marabel, la resistencia a la hora de redactar estas crónicas. Pues bien, hay esfuerzos de más calado, de mayor reconocimiento, que llevan muchas más horas que yo al pie del cañón, y, aunque lo parezca, no bajan la guardia.

Lo que sí empiezo a vislumbrar es un cierto desencuentro, al menos eso se lee entre líneas, entre responsables sanitarios y los líderes políticos de cada demarcación. Es posible que no en todas, pero lo sucedido en Madrid no me

extrañaría que se produzca en algún sitio más. Lo peor que le podía pasar a la sociedad, analfabeta mucha parte de ella en cuestiones sanitarias y políticas, es que percibiera un desencuentro entre sus responsables. Me da que las voces cualificadas de la sanidad no son muy partidarias de bajar la guardia y abandonar sin cierta responsabilidad social las medidas hasta ahora encaminadas a ganar la batalla contra el virus. Batalla que, según he leído, un informe de las Fuerzas Armadas, según el diario *ABC*, dice que no está ganada, pues prevé alguna oleada más de la pandemia y un retraso en poder llegar a la normalidad que cifra en torno a un año y medio. No sé, por supuesto, con qué datos cuenta el Ejército, pero yo me fío de él, máxime cuando tiene especialistas en lucha moderna, sanitarios de elevado prestigio entre ellos, teniendo en cuenta que las bacterias o los virus son los más mortíferos obuses y misiles de los tiempos actuales.

Pero, vuelvo a las vírgenes, que para eso estamos en el mes de Mayo, y he visto que a muchas de mis seguidoras les gusta el tema. Además, ayer le advertí a mi amigo Juan María Cervera, que hoy le gustaría una de las imágenes que voy a poner. Y no lo voy hacer esperar más... Aquí la tienes, querido Juan Mari. Quizá esperabas otra imagen, pero de ella, es posible que hablemos luego. De momento, mírala, tócala, bésala, llórale y ruégale. Sé que sabrás hacerlo.



Sí, Juan María, la que te esperabas, no otra. Es la Virgen de los Desamparados... La Mare de Déu dels Desemparats... Pero allí, en su tierra, la llaman la *Geperudeta*. Y la traigo hoy en memoria de Don Santiago García Aracil, por su cumpleaños. Don Santiago era de Valencia. La imagen, la de la foto, está en la planta baja del Palacio Arzobispal de Valencia, a donde he ido sólo una vez en mi vida, y a donde, bien lo sabe Dios, y la misma *Geperudeta*, me hubiera gustado no tener que ir todavía. Pero las cosas no son como uno quiere, sino como Dios dispone. Seguramente esperabas la que se pone en la Plaza de la Virgen. Bueno, todo se andará. A la *Geperudeta*, como bien sabes, Juan María, pero otros puede que no, se le hace una ofrenda floral como a la Virgen del Pilar en Zaragoza. Y he pensado que, aunque no sea la fiesta de la Virgen de los Desamparados, sí merece hoy hacérsela, porque todos, de alguna forma, en estas circunstancias que vivimos, lo somos. ¿Vamos a ello? Me vas a tener que ayudar, y no sé si tendrás que echar mano de la gente a tu cargo para ordenar la fila que vamos a organizar. No vamos a seguir protocolo alguno, porque ante nuestra Madre todos sus hijos valemos por igual, al menos en estos momentos. Aunque sí, tiene sus preferidos, y todos sabemos quiénes son. ¿Me ayudas, Juan? Pues... empecemos.

Y así, vamos a recibir en la Plaza de la Virgen a diversos colectivos. Todos ellos tienen motivos para tener el honor de colocar un ramo a la *Geperudeta*. Y pueden coger las flores de los manojos que he ido presentando estos días atrás o de los que la rodearán hoy. Pues siendo tú quien eres, y del Cuerpo al que perteneces, la Policía Nacional, vamos a ir junto a José Manuel Merino Zamora, Jefe Superior de Policía en Extremadura, al que vais a acompañar todos los mandos de la región, y, por supuesto, el Policía Nacional más joven y que menos tiempo haga que se ha incorporado, que esto no es cosa sólo de los mandamases. Y ya, por cercanía geográfica a vuestra sede, vayamos del brazo del General Jefe de Zona de la Guardia Civil de Extremadura, José Luis Gómez Salinero, junto a su Plana Mayor y algunos de los guardias más jóvenes que estén en el más apartado rincón de la geografía extremeña.

Y también podemos darles un ramo para que lo pongan al General Jefe de la Brigada Extremadura XI, Francisco Javier Romero Marí, para que junto a los Jefes y Oficiales de la Brigada y de la Base, acompañados de los más rasos reclutas, y lo coloquen en las rejillas de lo que después será el florido manto de

la Madre de los Desamparados. Y, por supuesto, le damos otro ramo al Delegado de Defensa, Jesús Caballero Calzada, Coronel, para que lo ponga junto a quienes en las posiciones oscuras, que no se ven, de la Administración de Defensa, están al tanto de que todo esté disponible para cuando las Fuerzas lo requieran. Hay otro ramo, porque hay muchos, para dárselo al Coronel de la Base Aérea de Talavera la Real y Ala 23, Francisco Javier Vidal Fernández, para que, junto a su Estado y Plana Mayor, y un grupo de soldados, y lo puedan colocar para hacer el manto de la Virgen. Y por no salir de ahí, Juan María, le vamos a dar paso a las Damas de Loreto, por lo que han hecho, que no es poco. Está al loro porque, seguro, que las mujeres son así, son capaces de venir todas las que son. No se nos ha olvidado darles sus flores al Cuerpo de la Policía Local, con su Superintendente Jefe, Rubén Garrido, al frente de una comitiva de ellos. Si uno puede ser el agente Torrescusa y otro el agente Caramelo, mejor.

No se nos ha acabado el trabajo, amigo Policía, que ahora empezarán a venir los grupos de gente que no vemos patrullar en las calles, y que son los funcionarios de la Delegación del Gobierno, o del Ayuntamiento de Badajoz, o de la Diputación Provincial, que todos también tienen derecho a que se les dé su ramo para ponerlo en su sitio. Y, por supuesto, el personal, sea de la escala que sea, de la Administración de Justicia. Quiero que el ramo lo lleve Calixto Galán, Fiscal Jefe, porque ha sufrido en su entorno familiar el zarpazo cruel del coronavirus. Pero también hay flores para que puedan ponerlas los sanitarios. Por circunscribirme a Badajoz, podían ponerlas los Jefes de las UCIs, que no sé quiénes son, pero que me da igual. Y podían ser acompañados de médicos jóvenes, uno de ellos María Eugenia Reinares, porque es sobrina de mi mujer, o sea, también mía, y porque es la novia de Manuel, mi compañero de despacho. Y también podía ir con ellos el Presidente del Colegio de Médicos, Pedro Hidalgo. Y en la comitiva de este ramo, que será la más numerosa y el ramo más grande, vendrá todo tipo de personal al servicio de la sanidad, en todas sus escalas y especialidades, y serán acompañados por las Capellanes, base fundamental del sustento del ánimo de muchos de ellos. Y, por qué no, los boticarios, que para no quedar a nadie fuera y alguno se queje, le podríamos dar el ramo al Presidente del Colegio de Farmacéuticos, Cecilio Venegas Fito, amigo mío desde la infancia.

Pero hay más ramos, Juan María. Porque también deben tener el privilegio de formar el manto de la Virgen los Administradores de Fincas, con la Presidenta del Colegio a la cabeza, María Teresa Lechado, a quien ayudará a llevar el manto mi compañero, Manuel. Y más flores, muchas más, que pueden llevar los transportistas, los panaderos, los que tienen comercios de alimentación, los que ha estado al cargo de servicios esenciales, como los barrenderos, los basureros, los electricistas y fontaneros, albañiles y representantes de otros oficios. Perdón si me quedo alguno sin nombrar. Y, Juan María, cuando ya vayamos llegando arriba, al rostro de nuestra Madre, van a tener el privilegio de hacerlo, con cuantas flores sean posible colocar, los representantes de entidades que han estado centradas en atender a los más necesitados: Cáritas, Cruz Roja, Protección Civil, Banco de Alimentos, responsables de comedores sociales... y las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, a las que acompañarán todos los asistentes de mayores en las residencias en las que residen.

Una vez formado el manto, que Don Santiago habrá contemplado desde el balcón celeste donde está, porque fue un hombre bueno, y los buenos van al cielo –eso se ha dicho siempre, a ver si ahora la vamos a liar-, digo que, una vez formado, Don Celso, que se ha desplazado desde Badajoz hisopo en mano, bendecirá el manto, y con el manto las flores, y con las flores los deseos de todos y cada uno de los que luchan o sufren, de la forma que sea, las consecuencias de la epidemia. Y en cada pétalo de flor habrá bendecido, que si nos quedamos sin agua se coge de la Malvarrosa, a cuantos han sufrido en sus carnes el golpe seco de la realidad de la enfermedad. Y esa agua, aunque sea sólo una gota, será su mejor consuelo. Y, tras ello, el propio Don Celso colocará una flor teñida de negro a la altura del corazón de María, en señal de duelo por los que no van a poder contemplar cómo la gente de esta tierra, Juan María, somos capaces de formar el manto de flores más bonito y más sentido jamás visto. Y rezará por ellos, y por nosotros, y por cuantos, de una forma u otra, sois protagonistas de la defensa que hacéis, similar a la de *55 días en Pekín*. No sé, querido amigo, si nos quedamos a alguien por dar ramos, porque sobran dos. Así que, coge tú uno de ellos y súbete como puedas, y ponlo en las manos de tu querida Geperudeta. Y con eso habremos completado el manto y el canto, que con arte y por encanto hemos hecho de este rato un tiempo santo.

Decía que quedaban dos. El último es mío. No lo voy a colocar... aquí. Me lo voy a llevar. Es para un amigo, un padre, un Buen Pastor, a quien debo hacer llegar de estas flores el olor. Quédate aquí en la Plaza de la Virgen, Juan María, atiende a los que han venido de Badajoz. Cuida de ellos. Invítalos. Vuelvo en un rato. Algunos, seguro, saben al lugar al que encamino mis zapatos. ¿Verdad, María Jesús Gragera, Felipe Domínguez, Antonio Muñoz, Padre Torres?

Un abrazo, Juan María, y siento haberte hecho pasar, con el permiso del resto de seguidores, un tiempo lleno de amores.



Día 56°
Sábado, 9 de mayo del 2020

Hoy es sábado, 9 de mayo, y...



...¡ya queda menos...!

Me pongo hoy algo tarde al teclado, que no de piano exactamente, aunque a veces confieso que, mientras escribo, barrunto melodías cadenciosas que atemperan el ánimo, lo cual es bueno. Asumí este reto de escribir a diario por dos motivos, bien distintos: hacerme presente allá donde se me quieran abrir las puertas de la lectura, en forma de acompañamiento, con lo que siempre parecerá que no se está tan solo como se pudiera uno creer, y, también, no tener la cabeza al paio todo el día pensando en los que se nos ha venido encima, como dice Nines, lo que no es bueno, aunque, bien lo sabe Dios,

ocupaciones no me faltan como para perder el tiempo en relatos de caballería e historias varias de esta España mía. Si llego tarde, perdonadme, pero todo tiene un motivo.

Me levanté a las seis de la mañana, y eso que llevaba despierto desde veinte minutos antes. Anoche caí de golpe nada más meterme “bajo palio”. Creo que no llegué ni a empezar los rezos y jaculatorias nocturnas. Me acosté cansado, lo que es bueno, ya que es la mejor forma de entregarse al sueño. Al poco de levantarme, como en un ritual diario, desde hace muchos años, una vez sumida la píldora del tiroides, miro por la ventana. Incluso salgo a la terraza. El bofetón de aire mañanero despierta el ánimo, levanta el espíritu y te prepara para ver las cosas de cierta manera más optimista. Lo tengo comprobado. Hoy he salido a la terraza, con sumo cuidado de no pisar ninguna de las mierdas de paloma –decir *caca* me parece ridículo en este caso- a la que ya tan acostumbrados estamos por desgracia. Por cierto, ya lo dije un día, pero a ver cuándo los mandamases municipales o regionales, o los siderales, que me da igual, se enteran de una vez de que las palomas son una plaga tan maligna como cualquier bichejo de laboratorio, y que ya podían hacer algo, de forma coordinada, para terminar con ellas. Y no que los ciudadanos, que pagamos en este país casi por respirar, tengamos que sacudirnos el bolsillo para erradicarlas de nuestras casas y edificios, a veces con un gasto considerable, y, lo peor, sin resultado apreciable al cabo de cierto tiempo, a veces muy poco, porque las tías p... alomas vuelven y vuelven como los peces en el río a beber. Y si algún grupúsculo impertinente se pone tonto, que se las lleven ellos.

Bien, pues detectadas las mismas me apoyé en la barandilla de la terraza, en pijama, que a esa hora es fácil estar a resguardo del enemigo visual y cotillero que anda registrando detrás de los visillos. Y me fijé en la fuente, la de mi plaza, la que está en la *Plaza de la Constitución*, la fuente más fea de España entera, que no he visto una igual, y no porque se brinde a la Carta Magna, no, sino porque el diseñador de la fuente debió tener un mal día, que manda “Trillo” el engendro que ideó. Cualquier otro boceto, diseñado en *Guarro* –papel de dibujo- o en un panfleto, cualquier otro diseño, pintado despierto o garabateado en sueño, hubiera sido mejor. Después de la que estamos pasando, debería el Sr. Alcalde alegrarnos la vista al respetable cambiando el actual

vaso por otro más aceptable al caso. Asomado a la baranda, a pesar de lo fea que es, me di cuenta que me había medio enamorado... del agua de la fuente. Y, como por ensalmo, en el mismo móvil empecé a escribir unas letras, que son en verso pero no son Salmo:

*En mi plaza hay una fuente...
A esa fuente, ¿qué le pasa,
que no oigo desde casa
el son del agua corriente?*

*¿Por qué tan triste la fuente?
¿Por qué sus chorros no cantan,
que los silencios suplantán
los cantares de la fuente?*

*Que ya no surten los caños,
que ya no me habla la fuente,
que la plaza está silente
como nunca en tantos años.*

*¡Que vuelva el chorro a rugir!
¡Que vuelva el agua a la fuente!
Que mi alma se resiente
sin ver al caño surtir.*

(F. B. A. V-Z., 9 mayo 2020)

A las siete y cuarto levanté a Nines. Hay que salir a las ocho, que los paseos mañaneros sientan mejor mientras antes salgas. Y menos gente. Claro, que la hay que tiene mandanga. Hay quien se ha arrogado el papel de la *Stasi* en los tiempos que corren. Jamás de los jamases se me ocurriría a mí denunciar a alguien, o decirle lo que tiene que hacer como si me sintiera el dueño del mundo. Máxime si no me preguntan. Otra cosa es impedir que alguien se burle de ti saltándose la cola, que para eso está sola. O que comenten alguna tropelía contra alguien indefenso. Camino de Las Vaguadas, en la ruta de

siempre nos hemos cruzado con un habitual de la misma, que lo llevo aguantando desde que hace año y medio uso esa ruta. Antes usaba otra, pero la dejé porque a las siete y poco de la mañana, o algo más tarde, que me da igual, había quien me paraba para pedir cuentas de alguna cuestión comunitaria. No fallaban, sobre todo una pareja, en la que siempre hablaba ella, y con qué modos la señora. El marido, medio lelo, la miraba, cuando no la cabeza agachaba, pero otorgaba, porque siempre se callaba. Así que decidí irme a Las Vaguadas, y estoy encantando.

Pues, como digo, hay un habitual, que no voy a describir, porque no se sabe quién lee estas páginas, que me apesta con un puro, a eso de las siete y cuarto de la mañana a la altura de los números treinta y tantos impares de la avenida de Damián Téllez Lafuente. Y a la vuelta, al cruzarte con él, porque es más lento, más de lo mismo. Y nunca le he dicho nada. Me callo, no respiro, so riesgo de un síncope pulmonar, y sigo mi camino. Pues hoy, el buen señor, nos ha arengado a Nines y a mí por no ir por la acera de la izquierda en el sentido de la marcha a Las Vaguadas, cuando, con tiempo y espacio más que suficiente, nos hemos bajado al asfalto para dejar el espacio de distanciamiento social procedente. No encuentro en la norma dictada por el Estado de Alarma que haya que ir obligatoriamente por la acera de la derecha, sino que se guardarán las medidas de distanciamiento social dictadas. Y eso hago.

Pero sí, hay quienes se han convertido en la *Stasi*. Y me temo que vaya a más. Una cosa es que denuncies un hecho que puede causar alarma social, y se averiguan las cosas y no pasa nada, y otra que tengas que ir a resguardo de quienes se creen garantes del cumplimiento de la ley. ¿Qué tiene miedo? Pues que no salga. Y no queda ahí la cosa. En El Corte Inglés, esta tarde, una señora, que conozco, me pregunta si no llevo mascarilla. Mi respuesta fue inequívoca: *“sí llevo el bozal en el bolsillo de la chaqueta”*. Lo llevo sí, es verdad, pero me lo pongo en las situaciones que, sobre todo por los demás, considere que es prudente, o piense que le va a dar tranquilidad a quien tenga enfrente, o cuando en lugar de una recomendación sea una obligación. Y no me tengo por insensato. Por cierto, para quien no lo sepa la *Stasi* era la policía política de la República Democrática Alemana.

De la rotonda de siempre a casa, donde se queda Nines. Yo seguí una media hora más, hasta las diez. En eso soy cumplidor. Fui hasta la *Plaza de*

Toros. La miré y me dio pena. No, en verdad, por el estado en que está, lamentable hasta decir basta. Ya le podían lavar la cara, lo mismo que obligan en el Casco Antiguo a pintar las fachadas de ciertas calles. No es bonita, pero un lavado de cara, de frente, de costado, de espalda, por todos lados, alegraría el paisaje. Pero me dio pena, querido Fernando Valbuena, que ayer me dijiste “*y de los toros, ¿qué?*”, y eso he sentido, no otra cosa, cuando he mirado a una de las puertas. Leí el rótulo de la parte superior, las letras que indican el tipo de tendido a los que se accede por tal entrada. La puerta era esta:



Parecía una premonición, querido Fernando, pues tiempos sombríos corren para los espectáculos taurinos. Honestamente, no sé bien qué podrá pasar con la Fiesta si no se vuelve a la normalidad, a secas, a esa normalidad de pisarle las puntas de los pies a quienes ya están sentados si llegas tarde, o a la normalidad de abrazarte a quien ves de año en año, aunque vivas en el mismo pueblo y no sea de tu rebaño, si no se vuelve a la normalidad de vencer al virus y perderle el miedo, que se le tiene ahora mismo más que a unos Victorinos

con los pitones finos, entonces no sé qué pasará con todo esto. Yo mismo pensaba en mis abonos, en tener que comentar con mis vecinos por teléfonos la faena, porque la distancia será tal que no puedas sentir el “*ooole*” musitado de la persona a la que has invitado a los toros o darle con la rodilla en su pierna cuando empieza el matador a ser de la faena dueño y emperador. Ni voy a poder chismorrear con Nines si en tal o cual tendido, en la fila tercera, junto a la verja de separación, gorra amarilla calada y casaco verdiblanco, está el párroco de... ¡qué sé yo!, junto a dos feligresas que se están poniendo de pipas hasta las nalgas. O no pueda comentar con el militar de turno al que invite, o el cura amigo que siempre viene, por lo bajo, en el silencio del momento cumbre, si se le va a vencer el animal o se está colocando el torero ya fuera de la suerte.

Sombra, Fernando, la que se avecina. Y si se supiera que llegará un momento en que podremos ser normales, y vivir como tales, si para entonces no se nos ha olvidado, que ese es el miedo que yo tengo, bienvenida sea la incultración a la que hemos sido sometidos. Y digo incultración porque espero que pronto podamos hablar de una total excultración. Sombra, querido Fernando, la que debe cubrir los anhelos e ilusiones de muchas familias que viven del toro y cuanto ese bello animal trae como consecuencia. Sombra, Fernando, la del color del traje que yo elegiría para una reaparición: gris y oro con cabos verdes. Gris de la sombra de lo pasado, que se vaya difuminando en la memoria de los tiempos; oro del relucir de la luz que tiene que volver a iluminar la Fiesta Nacional –sí, caramba, Nacional, sin tapujo, sin miedo, sin recato-; y verde, verde esperanza de fe en el futuro de quienes hoy tienen amenazados sus sustentos. Y así, si así fuera, Fernando, todos contentos.

Seguí hasta casa, no sin antes cuadrarme ante la Bandera del Parque de los Sitios. Miré a la muralla. Leí, dicen que hecho a golpe de balas de cañón, aunque no sé si creerlo, la verdad, una fecha: 1812. Se me vino a la cabeza una pregunta: ¿podríamos poner 2020? Al fin y al cabo, hemos estado, y estamos, sitiados. Fui puntual en la hora de llegada a casa. Dos motivos: cumplir con la norma y prepararme para una celebración. Ayer, como dije, fue la festividad de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya. Pues bien, hoy hemos podido celebrar la Santa Misa. Solamente el Capellán de la Delegación de Extremadura, y Castrense en Badajoz, Ilmo. Sr. Rvdo. Alejandro Espíritu y Fontes, el Delegado en Extremadura, Ilmo. Sr. D. Fernando de Vargas-Zúñiga y Mendoza,

en nombre de todos los Caballeros que pertenecen a esta Delegación, y un servidor, como Secretario de la misma, para dar fe del acto. Se han guardado todas las distancias y observaciones imperadas. Hemos cumplido con uno de los mandatos de la Orden: encomendarnos a nuestra Protectora con motivo de su festividad. Aunque no pertenezcáis, aunque tenemos las puertas abiertas cumpliendo unos requisitos, os he tenido presentes a todos.

Y ahora, al mes de María, con flores a porfía, que es la que vale, que de otro tipo de porfía ya no sé qué decir. Y es que, según leo en *ABC*, Sanidad ha cambiado ya en siete ocasiones los criterios para evaluar la evolución de la pandemia en España. Pues estamos arreglados. Pero no, hoy los voy a dejar descansar, que bastante tienen con lo que les ha caído encima, y a nosotros, a los demás, con ellos. Y no sólo con los criterios de evaluación del seguimiento, sino con los de actividades que se pueden hacer en la Fase I. Ahora se dice que se puede ir a segundas residencias en la misma provincia. Lógico, pues no tendría sentido poder desplazarse a ver a algún familiar en el pueblo y no poderte quedar en tu casa dos calles más allá. Me pregunto, de verdad, si se tiene algún criterio serio para algo, porque visto lo visto con los cambios vamos listos.

Pero nos vamos a poner flores. A raíz de la peregrinación de ayer a Valencia a ponerle flores a la Madre de Dios de los Desamparados, que se celebra el segundo domingo de mayo, o sea, mañana, aunque nosotros le pusimos las flores ayer para que ya estuviera guapa, he recibido algunos mensajes uniéndose a la entrega de ramos. Así, Chica Saavedra López de Ayala, Lita y José Manuel Rodríguez Salas y el General de la Brigada Extremadura XI, Francisco Javier Romero Marí, se han unido a la expedición. Chica y el General Romero, incluso, han traído sus propias flores. Por eso, y a tu Virgen, Chica, le llegará pronto, hoy vamos a ponérselas a la Patrona del Arma de Infantería, la Inmaculada Concepción, también Patrona de España. En esas flores, mi querido General y amigo, va el sentimiento de cuantos formáis el Ejército de Tierra. Ya habrá ocasión de ponerles flores a las Patronas del Aire o de la Armada. Y aunque algunas Unidades tienen patronas diferentes, he querido aglutinar a cuantos forman todas ellas en esta ofrenda floral. Si te fijas, mi General, van dos flores blancas, símbolo de la pureza; la cala es de Chica Saavedra y la adelfa de mis paseos.

Y con las flores tuyas, las de toda tu gente, que tus manos al cogerlas eran la de toda esa magnífica tropa que tienes bajo tu responsabilidad, hemos formado la Bandera de España, puesta a los pies de Nuestra Madre Inmaculada. Nuestro amigo el Coronel Jefe de la Unidad de Servicios de la Base, Juan Carlos Ayuso, ordenará que las rieguen todos los días, para que no se seque el amor ni se le mustie el color a la Bandera que la Virgen protege, con ese empeño con que los hombres de armas sabéis defender siempre vuestro orgullo y vuestro honor. La foto la conoces, mi General. Para los que no, os diré que es del altar que en la Base General Menacho honra a la Inmaculada Concepción.

Y ahora, lector, si quieres, además de besar a la Virgen, besa también la Bandera hecha de flores, que tu beso son honores que cantan del pueblo de España su sentido y sus valores.



*Madre mía Inmaculada,
Purísima Concepción,
Te pedimos protección
Para toda la Brigada.*

(F. B. A. V-Z., 9 mayo 2020)

Día 57º

Domingo, 10 de mayo del 2020

Hoy es domingo, 10 de mayo , y...



...¡hoy vamos a volar un poquito!

Pero antes de volar, vamos a poner los pies sobre la tierra, o, mejor dicho, no despegarlos. Es posible que a más de uno le extrañe la fotografía de inicio, y si no lo sabe se pregunte quién es. Vale. Si no has ido a la *Mezquita Catedral de Córdoba* es muy probable que no hayas visto este conjunto escultórico. Es la *Capilla de San Juan de Ávila*, quien fue declarado, en el año 2012, Doctor de la Iglesia por el Papa Benedicto XVI, hoy emérito. La obra se debe a las manos del escultor Antonio Bernal Redondo, quien la hizo en el año 2013. La fotografía la hice el día 23 de octubre del 2018, con motivo de un día sensacional pasado con dos amigos sacerdotes: Enrique Merchán y el Padre Torres. Un día en que visitamos San Calixto, antiguo Monasterio del Tardón fundado en el año 1543. Allí fuimos en peregrinación a respirar los aires carmelitanos que tanto sosiego dan al espíritu de quien se apresta a respirarlos. Aconsejo, de verdad, una visita

a ese lugar. Allí, en San Calixto, me sorprendió una talla de Santa Maravillas de Jesús, que no me resisto a traer a esta crónica, porque, y bien que siento decirlo dados los rumbos desnortados que está tomando nuestra querida España, puede ser que muchos empecemos a creer, con independencia de que lo vengamos haciendo desde hace mucho tiempo, que la súplica y la oración sean una forma de impetrar la salvación. Mirad, si no, lo que en su día dijo la Madre Maravillas, que es como yo he oído hablar muchos años de ella, pues fue coetánea de una hermana de mi abuelo materno, también Carmelita ella, Madre Javiera de Jesús. Hablé algo de ella en una crónica en la que me refería a Don Braulio, emérito de Toledo. Y lo que dijo la Madre Maravillas, Santa Maravillas de Jesús, viene escrito en letras de molde en el retablo que os dejo a continuación, no sin antes advertir a los que no creáis mucho en todo esto que leáis estas letras con el respeto que merecen, y que, a buen seguro, sabéis hacer:



Pues, sí, eso es lo que dijo la Madre Maravillas: *“España se salvará por la oración”*.

Circulan hoy muchos vídeos y mensajes sobre tal o cual libro que predijo no sé qué historia, y alguno sobre el diálogo contenido en el libro *“Cartas del diablo a su sobrino”* de C. S. Lewis, que se publicó en el año 1942. No le hicieron falta a la Madre Maravillas muchas hojas ni letras para enviar un mensaje claro y rotundo. Quiera Dios que, aparte de la oración, nos salvemos también por el mejor acierto de nuestros gobernantes, que se lo deseo de corazón, aunque solo sea, más que por simpatías, por el bien de la Nación.

Aquel 23 de octubre de hace año y medio fue un día para no olvidar. Hoy me voy a apartar de la crítica carnicera y despiadada a quien se me ponga por delante, aunque tampoco soy como Jiménez Losantos, la verdad. Cobro mucho menos por decir lo que pienso. Mejor dicho, nada. Y voy a desvelar un secreto que muy probablemente muchos no sepáis. Quizá mi buen amigo Javier *“Chocolate”* Medrano, devoto de quien fuera rey de Bélgica, Balduino, cuyo nombre le puso a uno de sus hijos para honrar a la figura de un monarca al que tanto quiso, y que había muerto en España casi al tiempo de nacer uno de los hijos de Javier, digo que quizá él si lo sepa. San Calixto fue el lugar en el que pasaron la luna de miel Balduino y Fabiola. Allí hay una placa que relata la historia del hecho, que la tengo en fotografía, pero que si alguien quiere saberlo que vaya, y rece, que no vendrá mal. O que se meta en internet.

Terminada la visita al Monasterio del Tardón nos bajamos, por Hornachuelos, hasta el Monasterio de Santa María de las Escalonias, también en el término del pueblo antes citado. Entre naranjales habita una comunidad de frailes del Císter. Mis compañeros de viaje ya conocían los dos lugares visitados, pero yo no. Entre ellos hicimos una parada, donde mitad San Francisco de Asís, mitad Félix Rodríguez de la Fuente (+), conseguí llamar la atención de una cierva que quiso dejarse acariciar por mi mano. Después supe el peligro, no banal, que podía haber corrido. Creo que la compañía de dos sacerdotes fue bálsamo para el animal. ¿Lo queréis ver?



Acabada la visita y oración en las Escalonias nos dirigimos a Córdoba. Primero comimos, como Dios manda, y bien comidos. Lo hicimos en Pepe de la Judería. Allí comió quien después sería Papa Juan XXIII, hoy santo. Entonces era el Cardenal Roncalli. Tras ello pusimos proa a la Mezquita. Teníamos como destino visitar la exposición “*Amor a lo visible, tras las huellas de la Compañía de Jesús*”. Enrique Merchán fue un guía privilegiado para el Padre Torres y para mí. Y allí, una vez en la Mezquita Catedral, fue donde hice la fotografía de inicio. Tu curiosidad, pues, satisfecha.

¿Y por qué traigo hoy esta imagen, de indudable calado para el sentir de algunos de los que leen esta crónica? Bueno, leen... les llega, que leer, leer, eso ya Dios sabrá. Y lo hago porque hoy es la festividad de San Juan de Ávila, Patrón del clero secular español. Para los que no lo sepan, clero secular no es el conjunto de sacerdotes que tienen ya un siglo de edad, o casi, no; es el clero que no pertenece a una orden religiosa, que es conocido por clero regular. ¿Entendido? Y lo hago, lo de poner esta imagen, porque quiero que sea un homenaje a todos los sacerdotes, también del clero regular, ¿por qué no?, que están viviendo estas amargas horas del encierro de una forma especial. Muchos se han puesto las pilas para llegar a sus feligreses de una forma u otra, a través de los distintos medios de comunicación que la técnica nos ofrece. Iba a decir que nos facilita, pero no es así, porque es menester darse cuenta

de las complicaciones para poder medio gobernar los diversos aparatos de los que hay que valerse para todo ello. Sólo diré que he estado hoy, desde las siete de la mañana hasta cerca de las doce para subir, y me da que lo he hecho de casualidad, sin enterarme cómo, a Youtube la Misa que con motivo de la Festividad de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya se pudo celebrar ayer, y que ya podéis, quien quiera, ver en Youtube. Hay que poner en el navegador, quien sepa, este enlace: <https://youtu.be/panXDncpZ8c>, o bien teclear “Orden Constantiniana de San Jorge – Delegación de Extremadura”, y se podrá ver la celebración eucarística.

Y quiero homenajear a todos los sacerdotes porque han sido el sustento del ánimo de muchos de los que hemos aguantado estos casi dos meses con la esperanza puesta en ver el final del túnel, que siempre tiene luz al otro lado, porque de no ser así sería una cueva de “*Alí Babá y los cuarenta ladrones*”, o más, o más, que los hay muchos, ¡madre mía!, y de guante blanco, manopla negra, a mano descubierta, medio calvos o con coleta, vete a saber. Vaya, me desvíe del camino trazado, que no era malo del todo.

Porque los sacerdotes, que son hombres como el resto de los mortales, tienen sus cosas, ¡cómo no!, y, lo mismo que entre los demás, los hay muy simpáticos, a medias, nada de ello, antipáticos o de ello a más no poder. Y los hay buenos, mejores, malos y peores, que todo es dependiendo de quien los mire y la empatía de cada cual. Y los hay que, si les das la vez, te dan el sermón de la Siete Palabras multiplicado por setenta veces siete, y otros, alguno que yo me sé, que para darte un ramo de perejil corren toda la huerta. O sea, lo mismo que el resto de los mortales. Pero, eso sí, tienen un algo especial que a muchos nos lleva a buscarlos cuando más nos sentimos con el ánimo y el espíritu a la altura del felpudo de la puerta de casa, y pisoteado por la falta de ilusión y esperanza. Y entonces, ahí están, siempre prestos, a cualquier hora, en cualquier día. Y tienen palabras, aunque alguno que yo me sé tarde en soltarlas, que llegan al alma, levantan el ánimo y, con esa especie de taurina templanza para manejar la embestida, te cargan las pilas de esperanza. Un hombre sin esperanza es un hombre muerto, por mucho que respire.

Y los hay al cargo del rebaño de la feligresía normal; y los hay que se entregan, como Castrenses, a ayudar a mantener la fe de los hombres de

armas... ¡qué bonito: un cura de almas para un hombre de armas! Y los hay quienes se entregan al servicio de los que, por embates de salud, se ven postrados en una cama de un sanatorio. Y llega el cura, con su bata blanca y voz cadenciosa, y te ayuda a sanar el cuerpo, que la ayuda del sacerdote sanitario es fundamental, como se ha demostrado, en superar problemas de salud. Pero si no se puede, porque hemos llegado a nuestro fin, lo que te sana es el alma, que no está del todo mal cuando uno lo necesita. Yo los he tenido cerca. Y los tengo. Y he podido probar de las gratificantes recetas animosas tanto de los curas de parroquias, como de los castrenses y sanitarios, que, por cierto, lo han pasado muy mal en estos últimos tiempos, que no son distintos en cuanto al momento del tránsito que otros tiempos anteriores, salvo en que ha sido el cura el único consuelo que, muchos, han podido recibir. Y por eso, porque quiero unirme a todos ellos, porque también pusieron flores a la Madre de Dios de los Desamparados, la Geperudeta, cuya imagen ha querido el Cardenal Cañizares que se asomara hoy a la puerta de Su casa, la de María, la de todos nosotros. Que San Juan de Ávila los proteja a todos ellos, y, de paso, con su servicio, a todos nosotros.

Mañana empieza la primera fase de no sé cuántas de ellas. Confieso sin rubor que ya no sé qué se puede hacer y qué no. Lo dejo para mañana, que hoy es domingo, que no es día de alterarse con cuentos de vaqueros y de gringos. Supongo que empezará mañana a trabajar la comisión que se ha creado para la reconstrucción del País. O sea, de España. Miedo me da quien la preside, y veremos quién la forma, al hilo del conocimiento demostrado sobre algo tan sencillo, que se lo sabe hasta mi sobrino Jaimito, de un principio de la física que forma parte, casi, de los conocimientos básicos para poder respirar. Bien, pues yo voy a definir ahora el principio de Arquímedes que el señor Patxi López no supo definir, porque no sabía a cuál de los múltiples principios se refería: *«Un político total o parcialmente sumergido en la mamandurria fácil de la mangoleta, en escaño o en silleta, experimenta un empuje vertical en los números de su cuenta igual al peso del bolsillo al contribuyente despojado»*. Ciertamente es que no son todos iguales, que algunos se salvan. Y no digo que el señor Patxi no sea uno de éstos. Vaya, otra vez me salí del buen camino. Vuelvo a él.

Aunque antes de volver el buen camino debo pararme en una noticia que he visto en La Razón, y que Fernando Valbuena también ha tenido a bien enviarme. No sé qué grupúsculo de la izquierda tolerante ha presentado en el Senado una moción, o como quiera que se llame el engendro, para tirar abajo el Valle de los Caídos. Poco voy a decir al respecto, porque ya se ha dicho mucho por unos y por otros. Se ha dicho y se ha hecho, que también tiene guasa que no dejen a los muertos en paz, sea el que sea. Pues bien, mejor dicho, pues mal, la petición presentada es para tirar el Valle, o Cuelgamuros, como también se le conoce. Y yo me pregunto que qué se gana con tirarlo. Quien no quiera ir, que no vaya. Quien quiera llevarse a sus muertos de allí, que se los lleve. Aunque, siempre se ha dicho, lo mejor es dejar a los muertos en paz, que si no terminan metiéndose en la cabeza de los vivos y las ponen en estado de guerra. Y eso no es bueno en los tiempos que vivimos. No voy a calificar lo bueno o malo de ciertos hechos, porque la convivencia pacífica entre los españoles durante muchos años hizo que se pasara página, que no es lo mismo que olvidar, pero sí más cercano al perdonar. Y si no a perdonar, al menos a no pelear por algo que ya se peleó bastante. Pero, ¿para qué tirarlo? Yo he ido varias veces al Valle de los Caídos. La primera vez siendo niño, con una antigua de mi abuela materna, una vez que me llevó a Madrid. La segunda, lo confieso sin rubor alguno, el día de la Misa del Espíritu Santo con motivo de la proclamación de Don Juan Carlos como Rey de España. Después he ido dos veces más. Pues en estas dos últimas veces lo hice en plan turista, sabiendo y respetando lo que allí había bajo suelo y sobre el vuelo. Y volveré, no me importa decirlo, porque me impresiona la construcción del mausoleo. No quiero pensar que se haya aprovechado que el virus para por media España, como el Pisuerga por Valladolid, para aprovechar ahora y acabar con la cruz y las esculturas de Juan de Ávalos hechas fosfatina. Pero, de verdad, ¿es tan difícil tener algo de seso y cordura en esta etapa tan dura?

Nos vamos a Viena. Ahora sí. Porque quiero poner flores a la Virgen. No contento con poder hacerlo en Badajoz, o en Talavera la Real, le voy a pedir al Coronel Jefe de la Base Aérea, Francisco Javier Vidal Fernández; a su mujer, Arancha, Presidenta de las Damas de Loreto; y al Pater de la Base, José Fernández Macías, amén de cuantos forman el Ala 23 que quieran ve-

nir, y nos vamos a acercar a la iglesia de los Agustinos (*Augustinerkirche*), en la que se encuentra una capilla en la que se custodian los corazones de los Habsburgo. En esa capilla hay una Virgen de Loreto, otra virgen negra, y ante ella me planté este verano pasado. Le mandé un mensaje al Coronel, y allí tuve un recuerdo para quien fue responsable de Protocolo del Ala 23, José Teodoro Román (+). Pues también el Ala 23 ha colaborado en la lucha contra la pandemia. Ya lo he dicho en otras crónicas. Por eso, hoy la ofrenda, es a la Virgen de Loreto. Me hubiera gustado poner una foto de la imagen que tienen en la Base Aérea, pero es que nunca he conseguido hacerle una buena foto. Bueno, ni buena ni mala, porque enseguida que acaba la misma nos desplazan al patio donde se celebran los actos con motivo de la Festividad de la Patrona del Ejército del Aire. Anteayer, mi Coronel, fuimos a Valencia a ponerle flores a la Virgen de los Desamparados; hoy, desplazamiento de mayor peaje, pero la causa merece el viaje. En cada pétalo de esas flores que ponemos sabed que hay una manta que ha arropado a los acogidos en el complejo de Las Palmeras. Es un pabellón deportivo, pero prefiero decir complejo, pues lo fue el poder montarlo, y se hizo gracias a las Fuerzas Armadas, Cruz Roja y Cáritas. No fue fácil.

En cada flor, mi Coronel, la entrega y el valor de quienes se encargan de la seguridad de España desde el aire. Mi sobrino Jaimito, con cinco años, o menos, ahora tiene diez, le dijo a su padre que Dios no existía. Inquirido hábilmente por el progenitor, el niño dijo que en el colegio le habían dicho que Dios está en los cielos, y que él, en el avión que llevaba a la familia a medio mundo, nunca lo había visto. Pues sí, Jaime, los pilotos del Ejército del Aire ven a Dios todos los días. Y hay veces que Dios coge el avión y se lo lleva con Él, porque dice que el Cielo también hay que vigilarlo, que como están las cosas puede que alguno que hasta ahora le ha hecho ascos quiera entrar por allí, huyendo de los políticos fiascos. Y que eso no se puede consentir. Y por eso se ha llevado a algunos, a veces los mejores. Ven a Dios, Jaime, no lo dudes, porque Dios está en todas partes. Y ven a la Virgen de Loreto, rodeada de flores, como las de la foto. ¿Y sabes por qué los ven? Porque para ver a Dios y a la Virgen sólo hay que querer verlos, que algunos, aún, no se han enterado. Vamos, por enterarse, no se han enterado ni del principio de Arquímedes. ¿Te has enterado? ¿Sí?, fantástico. ¿No?, ya te lo explico otro día.



*A ti Loreto te llaman,
de los del Aire Patrona,
en Talavera se entona
la oración con que te claman.*

*Tu mano siempre tendida,
tus ojos, faros de guía,
son protección, Madre mía,
en el volar de mi vida.*

(F. B. A. V-Z., 10 mayo 2020)

Día 58°

Lunes, 11 de mayo del 2020

Hoy es lunes, 11 de mayo, y...



...¡espero que no la liemos!

Hay quien me pregunta todos los días por la ventana. Pues, para empezar, ahí está la ventana indiscreta. Pero hoy no va de eso. Otro día será. Y al igual que la ventana, ahí estoy yo, y seguro que más de uno se habrá sonreído al pensar en las ocurrencias de Felipe. No pasa nada, que siempre es bueno empezar cualquier cosa con una sonrisa, que para llorar, aparte de lo que ya hayamos derramado, nos queda tiempo aún por delante. Ya lo iremos viendo, que poco a poco nos vamos a ir convenciendo. Volviendo a la foto, al fin y al cabo estoy aseado, bien peinado, la camiseta limpia... pero vamos al tema que nos ocupa.

El miedo guarda la viña. Siempre se ha dicho. A la hora en que he salido de casa esta mañana, esperaba ver hoy las calles más animadas, aunque sólo fuera por la sensación que se experimenta al salir a la calle sin necesidad de verte encorsetado a un horario concreto, según seas cordero pascual o recental... Digo lo de cordero por el aborregamiento a que nos hemos visto

sometidos en cuanto a horarios, distancias, compañía, etc... Y eso que, según parece, ya se va abriendo el abanico de posibilidades de verse uno en la calle, sin estar tan regidos a normas e instrucciones, arengas y demás lecciones. Creí que iba a ver más paseantes. No sé si será porque las nubes se han aliado con quienes creen hay que tener cuidado con la apertura de todos los cerrojos al tiempo o qué, pero he visto la ciudad con las mismas personas que en días atrás. Si acaso, algún tímido movimiento en algunas tiendas, algunos comercios, sobre todo peluquerías, que el confinamiento ha hecho que los pelos tengan un alargamiento mayor del deseado, cuando no perder el tinte coloreado. Yo ya tengo hora. Para cortarme, que no me ha dado por el color del pelo cambiarme. ¡*Ni Dios "lo premita"*!, como digo Lola Flores cuando le preguntaron si hablaba inglés.

Hoy, al igual que ayer, he vuelto a la bicicleta estática. Al levantarme ayer llovía, y a la hora prevista de salida también. Cuando he oteado la fuente apagada desde la terraza de casa, a las seis y diez, estaba el suelo mojado. Aborto el paseo. Le tengo miedo a resbalar. Más que a muchas otras cosas. Más que a cualquier cosa. Porrazo que pego, hueso que despego. Y no conviene, que ya llevo la *Metalúrgica Extremeña* en los brazos y piernas. Además, encima, si me caigo y algún hueso roto a casa traigo, Nines me forma la de San Quintín y alguna batalla más juntas. Así que he librado al representante de la *Stasi* de llamarme la atención, y él se ha librado de mi respuesta y mis recuerdos a su familia cercana y lejana. Espero retomar mañana la ruta, que es más sano. Aunque me parece que las previsiones de tiempo no me lo aseguran.

He vuelto a mirar por la ventana, y he tomado nota. Lo hago todos los días. Pronto desvelaré el secreto mejor guardado de todas las crónicas. He vuelto a los vídeos en el teléfono. Hoy he recordado las honras fúnebres de Don Juan de Borbón. Yo estuve en Madrid en la larga fila de quienes fuimos a rendir homenaje de fidelidad a quien fue muchos años portador de todos los derechos dinásticos. Podría expresar mis sentimientos sobre Don Juan, pero creo que no vienen al caso. Hay quienes no lo entendieron. O no quisieron hacerlo. Como pasa siempre, fue por muchos querido y considerado cuando su tiempo en esta vida había finalizado. Así somos los humanos. Hay quienes lo entendimos y lo quisimos, porque de nuestros mayores la fidelidad y lealtad aprendimos. Me ha gustado recordar aquel día de abril de 1993. He

recordado mis llamadas diarias a la Clínica Universitaria de Navarra durante varios meses. Nunca he gastado tanto en teléfono. Entonces las llamadas eran “conferencia”. Siempre la misma respuesta: “*Deleste al habla*”. Siempre la misma pregunta, contestada con el parte médico del Señor en ese día. Siempre el mismo sentimiento. Siempre el mismo adiós: “*Muchas gracias, don Felipe, trasladaré al Señor sus sentimientos*”. “*Muchas gracias a Vd., Deleste*”. Me ha servido para recordar mi visita a *Villa Giralda* en 1979, el último San Juan que allí se celebró. O las audiencias privadas que me concedió en *Lanzahita 2*, la última en 1985, cuando yo estaba en Navalморal de la Mata. Me ha servido para recordar que la fidelidad y lealtad son virtudes imperecederas, que si se profesan a alguien en vida se mantienen intactas cuando ya la han abandonado.

Camino del despacho he visto la iglesia de San Juan Bautista abierta. No había nadie. Quiero decir ningún feligrés, de esos que tanto hemos reclamado la apertura de los templos...



La foto es de las once y siete minutos de la mañana de hoy. Creí que iba a ver ocupados algunos sitios, pero no ha sido así. He estado en torno a diez minutos, el tiempo suficiente de rezar por cuantos llevo en el saco de las jaculatorias, que no son pocos, y no ha entrado nadie. Ni se han asomado. Yo lo hice, el verla abierta, y entré. ¡Qué menos que unas cuantas personas agradeciendo el poder estar allí, continuar viviendo y seguir aquí! Cierto es que no me asomé a la Capilla del Sagrario. No sé en otros templos, ya lo veré, pero aquí, la foto lo dice todo. Así somos los españoles: pedimos, y cuando se nos da no queremos. Espero que sea un momento anecdótico el que yo he vivido, y haya sido casualidad y se vuelva pronto a la normalidad. Por cierto, no debo salir de San Juan Bautista sin dedicarle un recuerdo a su anterior párroco, quien fuera Vicario General de la Archidiócesis, D. Sebastián González González, pues hoy es el día de su cumpleaños. Hubiera cumplido setenta y cinco años. Descanse en Paz un sacerdote comprometido con su cometido en cada momento, fiel, leal, y hábil al mismo tiempo. Tenía un gusto especial por el respeto a la liturgia, que sabía conservarla como una forma de ensalzar el valor de la Eucaristía.

Los bancos estaban debidamente señalizados, muy bien hecho, y guardando las debidas distancias precautorias. En un banco uno, en otro dos. A tresbolillo, dicho en términos agrícolas, ¿te acuerdas, Pilar Verdasco, de las clases con Manuel Hurtado? Pero, no hay nadie. Cuando salgo, una señora leyendo las instrucciones de la puerta, menos mal. Me fui sin saber si entraría o no. Ojalá mañana deba escribir que se llenaron, con el aforo permitido, los templos, pero me da que el miedo guarda la viña.

Escrito esto me llama mi tío Carlos Albarrán. Dice que en Santo Domingo los mismos de siempre. Pensé que hoy habría overbooking en los templos. Me da que hay quien se ha acostumbrado a las misas por el televisor. Ya iremos viendo.

Viendo y bebiendo, porque a la salida del despacho, camino de casa, me fijé en el kiosco de bebidas que hay en la plaza de San Atón. Afirmaría que estaba lleno, al menos en las mesas que tenía puestas. No me fijé en el paseo de San Francisco, pues la ruta hoy fue la directa a casa. Pero estoy seguro que se llenan antes las plazas disponibles en cada momento en terrazas de bares y cafeterías, aún sin poder tomar calamares, que los sitios asignados en los templos. ¿Alguien se apuesta algo conmigo?

Hablando de templos, quiero hacer una reflexión sobre una de las normas que figura en el Boletín Oficial del Estado, concretamente en el de anteayer sábado. En el artículo 9, en lo que se refiere a “*Lugares de culto*”, al final, sin número ni letra de epígrafe, con lo que puede pasar desapercibido fácilmente, reza lo siguiente: “*No se podrá utilizar el exterior de los edificios ni la vía pública para la celebración de actos de culto*”. Vamos a ver. En España, desde hace tiempo, cuando algo se promulga es para quedarse, que cuesta mucho trabajo, después, anular lo reglado. Fijense que, al día de hoy, hay leyes de la tan denostada época de Franco que aún siguen vigentes. Pues me da miedo esa coletilla final del artículo. Porque me pregunto si esa norma de no poder utilizar la vía pública para la celebración de actos de culto tendrá exclusiva vigencia mientras duren las fases de la luna de esta epidemia cruel y tuna o se va a colar de rondón para lo sucesivo. Miedo me da que ello pueda aprovecharse para evitar manifestaciones devotas y pías como las procesiones o las misas en zonas públicas por cuestiones de aforo con ocasión de alguna celebración de especial adoro y devoción. Quiero pensar que el Concordato con la Santa Sede sigue vigente, ante lo que la Iglesia española, a buen seguro, no quedará silente.

Y ahora, al mes de María. Entre mi colección de vírgenes, la Virgen del Pilar, Patrona de la Guardia Civil. Digo lo mismo que dije ayer con la de Loreto, pero no tengo buena foto de la que colocan en la iglesia de Santo Domingo, de Badajoz, porque al final de la misa del 12 de octubre nos tenemos que ir corriendo, para estar situados antes de que llegue la Autoridad que preside el acto. Si por mí fuera, estaba colocado no antes de que llegara, sino antes de que de su casa saliera. Pero tengo una imagen, que es la que os traigo, para seguir con este mes de María, aunque ya podemos ir a los templos a dejarle nuestra particular flor de amor o cardo de dolor, que cada cual sabe lo que lleva dentro de sí en estos días. Y esa imagen la obtuve en Villanueva de la Serena, el pueblo del Padre Torres. Rectifico, pueblo no: ciudad. Tiene razón. Esa imagen tiene su historia. Bueno, la fotografía de la imagen. Es del 20 de enero del 2019. La cuento, que le gustará a alguien que yo me sé. Y aquí estamos para dar gusto, que ya hay quien se dedica a darnos el susto.

Resulta que dos amigas, las hermanas Toni y María Isabel García Cuevas, le pidieron a Don José Luis León Solís, sacerdote de la Prelatura, entonces

destinado en Badajoz, que les bendijera un piso que tienen en Villanueva de la Serena, de donde son oriundas. Aceptó el sacerdote la petición y allá que nos fuimos de excursión. En la comisión también estaban Nines y su hermana Belén, íntima de las nombradas hermanas. Hicimos el viaje en dos coches, que no es cosa de ir como piojos en costura, de momento. Nines y yo dimos escolta al clérigo, haciendo una parada en el camino para ver el Teatro Romano de Medellín y los aledaños del Castillo. Las otras tres, por su cuenta. En el trato del viaje estaba el poder rezar un rosario ante una imagen de la Virgen, por lo que le pedí a Felipe Domínguez Romero, párroco de San Francisco, de Villanueva de la Serena, y que ya ha salido en estas hojas varias veces, y todas serán pocas por la amistad que nos une, digo que le pedí que nos hiciera posible el tema, por lo que me facilitó el acceso a la iglesia de El Pilar. Allí rezamos el rosario, y allí hice la fotografía.

Así que hoy, y con su permiso, voy a ir a buscar al General de la Guardia Civil en Extremadura, D. José Luis Gómez Salinero, y con el Coronel Jefe de la Plana Mayor, Miguel Olivares, y el Coronel Jefe de la Comandancia de Badajoz, José María Rangel, buenos amigos, al frente de cuantos miembros del Benemérito Instituto quiera venir, vamos a ponerles flores a la Virgen del Pilar. Dos de ellos, ya medio retirados, y digo medio porque a los Guardias Civiles les pasa como a los curas o a los toreros, que siempre lo son, dos de ellos, digo, Arturo Gómez Angoña y Diego Mota Mimbrero, van a portar el tremendo ramo que vamos a llevarle a la *Pilarica*. Si veis la foto, es verdad, una flor parece la de un cardo. No parece, no. Lo es. Quiero simbolizar con ella la corona de espinas que esta institución porta sobre la cabeza de muchos de sus miembros, crucificados por la vileza y la crudeza del terrorismo. Nunca le he visto sentido al terrorismo, pero a este menos. Cada vez que un Guardia Civil caía, un cardo se nos clavaba a muchos españoles en el corazón. Digo de un Guardia Civil como digo lo mismo de un Policía Nacional. Cada lágrima que derramaba una viuda de un Guardia, con mayúsculas, como debe ser, o sus hijos indefensos, miles de cardos se clavaban en el mismo corazón de su Patrona. Cada vez que un hijo del Cuerpo veía como a su padre le habían arrebatado la vida cruelmente, a traición, por la espalda, sin jugar de igual a igual para que pudiera defenderse, un cardo cercenaba la ilusión de quienes esperaban una vida plena dedicada a España con entrega y emoción.

Pero, si os fijáis, y por eso la retraté en uno de mis renovados paseos, el cardo tiene una flor. Y es bella. Y quiero pensar que es la parte bonita de esa historia de espinos ya contada. Porque esa flor no es más que un resurgir entre el dolor, una expresión del amor y un ejemplo del calor con el que toda España arropa a un Instituto querido, respetado, sentido, aplaudido y por su Virgen amado.



*A la Virgen del Pilar
por los Guardias pediré
y a Ella le rogaré
que proteja su luchar.*

*Son estas flores, Señora,
expresión del corazón
de un Cuerpo que a ti te implora
de tu manto protección.*

(F. B. A. V-Z., 11 mayo 2020)

Termino. Me acabo de asomar a la terraza. Son las ocho y media de la tarde. He visto a la misma gente que un lunes a esta hora, del mes de mayo, de antes de la pandemia. Y coches, más de los que pensaba. Cambio la percepción con respecto a esta mañana. Da la sensación de que esto se ha acabado. Sé lo que digo. Lo que me pregunto es que si esto va ser ya el pan nuestro de cada día por qué no se deja ya a todo el mundo retomar su normal actividad y así dejar que ellos ganen el suyo. La verdad, no lo entiendo. ¿Habrá servido de algo tanto cuidado, tanto encierro, tanta norma, tanto sufrimiento, que a la primera de cambio salgo a la calle y al sol me caliento? Yo no he pisado la calle en toda la tarde. Ni a bajar la basura.

Día 59º

Martes, 12 de mayo del 2020

Pues, sí, así es, 12 de mayo, casi dos meses ya de encierro, aunque ahora con algún permiso de salida. Mucho consejo sobre la prudencia que habríamos de tener en el desescalamiento este o como quieran decirle, que bien va a tener que trabajar la Real Academia de la Lengua para empezar a meter palabras en el diccionario, mucho consejo, digo, y mucha historia, que a la hora de la verdad, en cuanto han dado rienda suelta, se formó la marimorena. Eso ya lo sabía yo. Y los titulares del día no son para menos. Dice el *HOY* que el primer día de la Fase I, es decir, ayer, se pusieron 213 sanciones por quebrantar el contenido de la norma. Es un claro ejemplo de cómo nos tomamos las cosas en esta tierra de María Santísima que se llama España. Yo no sé, la verdad, si nos han contado todo, o sólo parte, que lo llevo diciendo ya casi dos meses, y lo que se perseguía con el encierro y el silencio consiguiente era otra cosa. Ahora, todos a la calle. Que me lo expliquen, que de la noche a la mañana ya no hay tanta medida social de distanciamiento ni tanta gaita. Entonces, medidas ¿para qué? ¿Y a mí me quieren obligar a cambiarme de acera así, por las buenas? No, hombre, no, yo no me voy a la acera de enfrente así me aspen. Si lo que se ve en algunos lugares de ocio y negocio de hostelería es la normalidad de estos primeros días me parece que empezamos a ser algo anormales.

Me pregunto si la libertad que nos están dosificando a cuenta gotas nos la regalan porque el sistema sanitario está ya algo más libre, menos colapsado. No lo sé, porque no soy experto. Pero me asombra que unas medidas de lejanía hasta unas horas antes puedan cambiarse, a la vista de quien quisiera verla, a las pocas horas, por otras de cercanía. Sí a que los negocios, de cualquier tipo, incluso los de mayor superficie que ahora no dejan, empiecen con su actividad, por supuesto, que aquí todo el mundo tiene que comer. Pero de ahí a escenas como la que se ha dado en algún bar, cuando se están poniendo sanciones por sacar el perro a pasear y alejarse algo más de un kilómetro de su casa, incluso a veces sin rebasar esa distancia realizar una interrogatorio como si se fuese reo de muerte la persona a la que el perro pasea, digo que de ahí a lo que debería ser hay un trecho. Lo cierto es que hoy he visto la misma gente que muchos días de

antes de la pandemia, y de coches no digamos. Creo que no es preciso prorrogar estado alguno, porque me da que ya nos hemos “desprorrogado” nosotros mismos, unos más y otros menos. “*El pueblo está prorrogado; ¿quién lo desprorrogará?... El desprorrogador que lo desprorrogue buen desprorrogador será*”.

Hoy he ido a misa, no digo a dónde, porque debo comentar un tema delicado. Ya he dicho que nada que objetar en cuanto a la señalización de los lugares para estar seguro. Bueno, seguro, lo que se dice seguro, ya no está uno en ningún sitio. Y también he observado que hay una mesita para ponerse el caldibache ese las manos, y una papelería para soltar los guantes. A mí no me ha hecho falta nada de eso, pues no llevaba guantes ni me he aplicado el ungüento de moda. ¡No he tocado nada! Ni el banco, ni pomo alguno ni nada de nada. He guardado la distancia para ir a comulgar. He comulgado en la mano. Pero en la fila me di cuenta que algunas señoras, de esas que se creen que le van a quitar las formas y salen escopeteadas a la hora de comulgar, lo han hecho en la boca. Y no sólo una, sino varias. Y han comulgado las primeras. Pero lo gordo es que el sacerdote no se higienizó de nuevo las manos cada vez que daba de comulgar a las ansiosas de recibir a Jesús Sacramentado. Dudé si seguir o no en la fila, pero aguanté, porque no me pareció bonito hacerle un feo ni al Cuerpo de Cristo ni al cura. Eso sí, se lo he dicho al sacerdote. Lo he llamado por teléfono, que no quería hacerlo en la Sacristía, que siempre hay alguien. Le he comentado que se me había hecho ver, pero no estaba seguro, que algunas damas habían comulgado en la boca. El cura dudó en la respuesta, pero lo reconoció. Y admitió que estaba mal. Le recordé que ha de hacerse la observación de que quien quiera comulgar en la boca que lo haga en último lugar, y se diga en público antes de impartir la Comunión. Todo ha quedado ahí, y debemos seguir observando cuantas medidas sean de aplicación para evitar dar marcha atrás. De nada vale que el sacerdote celebre con mascarilla, o fregarse las manos antes de impartir la comunión, si después vamos a bajamos la guardia en lo más importante.

Por eso, si hay medidas que se exigen para ciertos eventos, ¿por qué no se hace, de momento, para otros encuentros? No lo sé, que me lo expliquen. Pero, claro, si entre los propios mandamases luchan entre ellos para ver quién es el primero en llegar a tal o cual fase, aunque suponga después un desfase, como si la imagen de cada uno de ellos dependiera de esa extraña carrera

entre distintas regiones de España, ya me dirán Vds. qué les importa si se cumplen o no las normas que tanto nos cacarean que sigamos “*para no liarla*”. Claro, que a quienes se la han liado es a los viajeros de vuelos a las islas, que no han guardado distancia alguna. Parece que en la norma al efecto nada se dice de un asiento libre en medio de otros dos. Como dice mi amigo José Enrique Moro, “*a la velocidad que expelen Reales Decretos no es de extrañar que no puedan ni leerlos antes de publicarlos*”. Prueba de este jaleo que nos traen son las contradicciones en cuanto al uso de algunas medidas, o a algunas normas. Ahora dice el Ministro de Sanidad que «*el uso prolongado de mascarillas puede ser un problema para ciertos colectivos*». ¿Pueden decir qué colectivos? ¿Pues no se aconsejaba, o se recomendaba que se usara? ¿En qué quedamos?

En verdad, empiezo a estar cansado de todo esto. Ya no sé de qué fiarme y de qué no. Mantendré el sentido común, si es que no se ha vuelto un sinsentido. Pero me da pena haber visto a mi amigo Jacinto Ortiz y no haberle podido dar la mano, o tomarnos un café cara a cara. Me da pena no haber podido darle un beso a mi sobrino Pepe cuando ha bajado a la calle a por una caja de guantes. Me da pena tener que dejar las llaves que ha de llevarse un operario en una silla del despacho, al lado de la puerta, y medio gritarle que las cogiera, como si fuera un pestoso, él o yo. Me da pena no poder pararme en la calle con quien quiera y charlar un rato al calor del cariño que hace el roce. Me da pena que las Monjas Carmelitas, por esto del virus dichoso, no puedan vender nada en el torno, como me he enterado esta mañana cuando he ido a preguntar una cosa. Me da pena que nos miremos como leprosos y brinquemos como los saltamontes cada vez que se nos acerca alguien. Me da pena que mañana, por ejemplo, no se pueda celebrar el Rosario de la Aurora, o no se pueda sacar a San Isidro el domingo. Me da pena que nos estemos aplicando en seguir, más o menos bien, unas normas para que después haya alguien que en cuanto le dan la oportunidad de valorar su libertad de hacer se arriesga a deshacer. Me da pena haber tenido que escribir todas estas crónicas en las tardes de encierro en lugar de hacerlo mirando al mar, a la caída del sol, componiendo poemas a la ola que viene y que se va y ya no vuelva más. Me da pena... Dios mío, de tanta cosa...

Pero no me aturde esa pena, que se puede sentir al tiempo que sabes mirar al más allá, al final de todo esto, que llegará. Y encaro la situación que vivimos

con optimismo, con esperanza. Porque es la única forma de sobrellevar lo que tenemos encima. Al mal tiempo, buena cara. Como la que he puesto yo esta mañana, cuando a las seis y cinco quise recibir la caricia mañanera de la frescura del nuevo día. Miré las predicciones y decidí salir. Cambié el bastón de un metro y dos centímetros que llevo, para evitar que nadie se me arrime más de la cuenta, por el paraguas. Hoy no me he arredrado. La rabadilla me duele de la estática. Han sido dos horas y siete minutos, diez kilómetros y quinientos setenta metros, según el reloj de los espías. Más de mil calorías. Cambié la ruta al llegar a los depósitos de Las Vaguadas, e inicié una montaña rusa por sus calles. No hay una derecha, ni llana. ¿Cómo harían ese planeamiento? He gozado.

Como viene siendo norma, ¡vámonos al mes de Mayo! Con flores, con alegría, son tiempos de romerías en honor, señores míos, de nuestra Madre, María. Ya he dicho que aquí se está para agradar a la gente, que lo contrario pone la mente caliente. Mi compañera de italiano Maribel Guijarro, profesora ella de Secundaria en el Instituto de Valdelacalzada, aunque residente en Badajoz y con madre natural de Barcarrota, me preguntó estos días atrás si tenía alguna imagen de la Virgen del Soterraño. Y, claro, ante ese reto, por lo que para mí significa Barcarrota, y por lo buena compañera que es, me puse a registrar en mi archivo fotográfico, muy amplio, pero mal ordenado, la verdad. A mí, aunque no lo parezca, el único orden que me gusta es el del Himno de la Guardia Civil, que el mío personal es más bien un ordenado desorden. Puse manos a la obra, que Barcarrota, como he dicho, tiene algo especial para mí. Durante dieciséis años senté reales en el palco presidencial de la Plaza de Toros, en el castillo de la localidad, como usía de sus festejos. Además, mi bisabuela paterno-paterna, Da. Baldomera Díaz de la Cruz y Villarroel, nació en Barcarrota. Casó con Don Arcadio Albarrán y García-Marqués, que fue Diputado y Ganadero de reses bravas. Mi padre fue el único nieto al que conoció. Y buscando, buscando, encontré una fotografía. Es del año... ¡2006!, así que no sé si de entonces para acá le habrá hecho algún retoque. La tomé desde las escaleras de acceso al Círculo, o Casino, como se llame, que no me acuerdo bien, donde íbamos después de la corrida tras firmar las actas del festejo.

Aquí tienes, pues, Maribel, a tu Virgen Soterraña. Esta mañana, en el paseo, me he preocupado de buscar flores nuevas, que la Madre de Barcarrota se las merece. Son muchos, y muy buenos, los recuerdos que tengo, que pa-

rece los estoy volviendo a vivir mirando desde el palco la cadenciosa caída del sol dibujando escenas para entre encinas gozar y entre los montes sentir. Flores, Maribel, cómo no, que te ofrezco pongas a los pies de la Virgen, con tu madre; flores, también, que mis amigos del Club Taurino de Barcarrota, y los del equipo de plaza, como yo les decía, nos ayudarán a poner; flores, con sentimiento, como ellos saben hacer las cosas, que llevarán el Presidente de su coso, D. Fernando Valbuena Arbaiza, y el Delegado Gubernativo, Arturo Gómez Angoña, que, mira por dónde, va a tener el privilegio de llevar dos días seguidos flores a María. Flores que llevarán también los mejores veterinarios de España, con los que he compartido cartel muchas veces, pero que no voy a nombrar a ninguno por miedo a quedarme alguno fuera, lo que sería imperdonable, ¿verdad, Pepe León, Viti Méndez?

Flores que llevarán también quienes eran mis fans cuando yo ocupaba el palco, los hijos de Fátima Albarrán Hinojosa, y los de su hermano Joaquín, y su sobrino, Nacho Bustillo, quienes hoy van a poner a los pies de Nuestra Señora del Soterraño un ramo con una especial intención. Flores, cómo no, acompañadas de una Banda de Música excepcional. Y flores que también llevará mi pariente Eduardo Molina Albarrán, y su mujer, Reme, en acciones de gracias, que siempre hay motivos para darlas, ¿verdad, Eduardo? Flores, por supuesto, que mi madre, Carmela, llevará en recuerdo de los buenos años que ha pasado en ese pueblo con la familia Muñoz Villanueva, y que con tanta satisfacción nos ha contado. Ella sabrá poner una flor por cada momento que pasó feliz con una familia que trató como la suya. Una de esas flores, seguro, la besará y dedicará a su amiga del alma Visita, quien desde el palco celestial le guñará un ojo y le devolverá el beso dado a la flor.

Flores, D. Francisco Gallego, párroco de Barcarrota, que colocará Vd. conmigo, al son de las letras del Himno a Nuestra Señora del Soterraño. Por cierto que hay otro himno a la Virgen del mismo nombre, Patrona de Aguilar de la Frontera, compuesto por Sebastián Valero Jiménez, padre de mi Hermano de Hábito Constantिनiano Luis Alberto Valero Aranda. Flores que, en el Día Internacional de la Enfermería, pediremos a cuantos enfermeros quieran venir coloquen en las andas de la Virgen, y la acompañen en el paseo por las calles del pueblo, como Ella acompaña a cuantos viven estas horas y estos días con especial sentimiento de zozobra.

Dicen que al entrar la Virgen en su iglesia, en Barcarrota, el año pasado, por razones del destino que siempre está escrito de forma oculta pero que llega el momento en que se hace presente y visible, dieron con el trono de la Virgen en la parte superior de la puerta de iglesia. Dicen que la gente que contemplaba la entrada se quedó en silencio absoluto. Dicen que alguien comentó que era presagio de algo malo que ocurriría. Quiero pensar que son historias para no dormir del pueblo llano y soberano, porque la Virgen no devuelve a sus hijos nada malo, al contrario. Pero estoy seguro que a más de uno la llegada de la peste que nos asola le habrá traído el recuerdo de esa entrada accidentada de la Virgen en su casa. No quiere María esas ideas... No, quiere flores, así que, nos vamos a Barcarrota *con las flores a María, con las flores a porfía, que Madre nuestra es... Venid, pues, y vamos todos.*



*A ti, Virgen Soterraña,
el pueblo de Barcarrota
con la voz ya queda y rota
te ora: ¡salvad a España!*

*Y que a la plaza de toros,
en el alma del castillo,
regrese ya el paseíllo
de alamares y de oros.*

*Y en el palco Don Fernando
el pañuelo sacará,
y el público te cantará
al son de un clarín tocando.*

*De Barcarrota, tu tierra,
eres Reina y Hacedora,
que todo el pueblo te implora
desde el llano hasta la sierra.*

(F. B. A. V-Z., 12 mayo 2020)

Día 60°

Miércoles, 13 de mayo del 2020

Hoy es miércoles, 13 de mayo, y...



...¡la Virgen María bajó de los cielos a Cova de Iría! Cuando venía a casa desde el despacho me encontré con María Jesús Alfaro, una fiel seguidora, a la que acompañaba su hija Clara. A María Jesús le hubiera gustado dar hoy alguna vuelta a la Catedral en el Rosario de la Aurora, pero no ha podido ser. Pero si le echa algo de imaginación puede mirar a la fotografía de inicio, cerrar los ojos y pensar que, a las primeras luces de amanecida, estaría por la Plaza de España vela en una mano y rosario en la otra. Por eso he traído esta imagen al inicio de la crónica. Además, porque es mi Catedral, me parece una foto bonita y así os alegro la vista.

Dije que un día como hoy bajó la Virgen María a Cova de Iría. Y no estaría de más que se diera una vuelta por España, a ver si esto medio se arregla, que me da que los españoles estamos metidos en un lío del que ni los que nos

han metido saben cómo salir. Y si lo saben, se lo tienen bien calladito, aunque tengo la impresión que tienen trazado un caminito...

Si a mí me dicen hace poco más de dos meses que tendría que escribir durante sesenta días seguidos, hubiera puesto cara de extrañeza. Hoy veo que, lo que uno se proponga, se consigue. Aunque eso lo he sabido siempre. Pasa que, las más de las veces, no nos proponemos las cosas en serio: las decimos pero no las pensamos, la exteriorizamos pero no las interiorizamos. Para *El Gorrión de Coronarias* escribí crónicas durante poco más de un mes, contando en ello los días que dediqué a completar los relatos que enviaba desde el catre hospitalario. No fueron seguidos, pues decidí esperar a que pasara un tiempo desde el alta. Esta vez no, esta vez me propuse escribir a diario, desde el primero hasta el último, y espero, no porque me canse sino por el bien de todos, que no tarde en llegar el final de esta tragicomedia que vivimos desde hace ya sesenta días. ¡Sesenta! ¡Qué curioso!, pero el día sesenta y dos de esta era del Confinamiento Nacional coincidirá con mi sexagésimo segundo cumpleaños. Me acabo de dar cuenta.

Claro, que de confinamiento nada, monada, que no parece que lo haya. Hoy he visto, a la hora en que he ido al despacho, después de ver una avería en un piso, y a la que he vuelto, el mismo trasiego que antes de la pena de reclusión domiciliaria. De verdad, creo que se pueden ahorrar, no sé si para bien o para mal, las fases que quedan. Pero a mí me da la sensación, por donde me muevo –claro, que me muevo poco–, que la gente en la calle es la misma que había antes. No sé qué pensar, y, por tanto, qué decir. No había a las dos menos cuarto de la tarde más niños en el paseo de San Francisco porque se los habría comido el lobo o Herodes habría dado alguna batida. Estuve a punto de hacer un retrato, pero siendo menores no me atrevo, que hoy hay que tener cuidado como te vean fotografiando una zona donde haya un menor, que te la lían pensando que eres un ser atroz con la infancia. Un día, en la Catedral, me dijo una madre que le dijera dónde estaba el baño, para su hijo pequeño, y le indiqué. Me pidió que lo llevara, a lo que me negué en rotundo. La causa para no ir ella era que le quitaban el sitio. Mi respuesta fue cruel: “*A mí, señora, como si tiene que seguir la celebración colgada de la lámpara del crucero, pero yo no llevo a su niño al baño. Ahí tiene el camino*”. Creo que el niño echó de menos los dodotis, pues hay gente para la que prima más el lugar desde el que te ven seguir la celebración que del niño la micción.

Un tema que yo no entiendo es el de los cementerios, pues no se abren al público todavía. A nadie se nos escapa que es de los pocos sitios donde se está a resguardo, en eso del distanciamiento de los demás, porque va poca gente. Y los que allí están no se te arriman. Además, son espacios grandes. Creo que dije el otro día que me conformé con rezarle a mi padre desde el otro lado de la tapia. Fue como la conversación del Alcázar, o parecida: *“Papá, que no me dejan entrar”... “No te preocupes, hijo mío, sé buen ciudadano y mejor cristiano y acata lo que te digan... y que te echen las fases que quieran, que un Albarrán no se rendirá jamás”... “Adiós, papá, hasta otra”... “Adiós, Felipe, hasta otra... rézale a Dios, da un grito de ¡Viva España! y vive como un patriota... y dile al mandamás que abran cuando quieran, pero que hablar a través de la tapia no nos lo impedirán jamás”...*

Y sin embargo podemos ir ya en el coche la familia al completo, o sentarnos en una mesa en una terraza teniendo en cuenta que en las mesas no se guardan las distancias requeridas, pues harían falta mesas casi del tamaño de las de billar... Pero al cementerio no podemos. Pues yo tengo ganas de ir. Hay veces que, en época de cierto stress, me gusta pasear por el cementerio. Sales de allí con casi tanta paz como con la que descansan los que allí están.

Vuelvo, tal como ayer, a las constantes variaciones en las recomendaciones de medidas para protegernos. Ahora resulta que *“los facultativos de Medicina Preventiva y Salud Pública de los hospitales de Extremadura se han adherido a las recomendaciones emitidas el 11 de mayo por la Sociedad Española de Medicina Preventiva, Salud Pública e Higiene (SEMPSPH), en las que no se aconseja el uso de guantes en la población general, ni la toma de temperatura en comercios, centros de trabajo y otros lugares”*. La cursiva está copiada de la noticia del diario HOY. Entonces, ¿en qué quedamos? Anda la gente como loca aprovisionándose de guantes y ahora parece que no hacen tanta falta. Habrá que aclararse, porque no se puede jugar con el miedo de la gente, ni es conveniente decir hoy una cosa y mañana otra. Como me decía un amigo del Benemérito Instituto de la Guardia Civil: *“orden más contraorden, igual a desorden”*. Yo tengo alguna caja que otra. Mal no vienen. Siempre es bueno llevar una caja en el coche, ¿verdad, Jacinto Ortiz? Bueno, en mi coche habría que preguntarse qué es lo que no llevo. Nunca se sabe qué, dónde y cuándo puede hacer falta algo.

Veo desconcierto, veo que vamos sin rumbo a ninguna parte. Veo que no hay criterios claros por los que guiarse. Leo más de lo mismo. Leo que ahora resulta que el sólo el cinco por ciento de los españoles tienen anticuerpos del Covid o como se llame, que me da manía pronunciar ese nombre. No sé cómo analizar esta cifra, pero yo la esperaba mayor. Leo que los extranjeros que entren en España van a tener que estar no sé cuántos días en cuarentena. O sea, que si pudiera venir alguien a comer a Galaxia desde Lisboa tiene que quedarse quince días comiendo, los catorce de la cuarentena y el de la comida prevista. Prefiero reír. Leo que la Unión Europea quiere que se dé paso al turismo de forma gradual sin necesidad de pasar cuarentenas ni encerrados en las alcobas con las cenas. Ni tampoco pasaporte sanitario. Leo que el inquilino de la Moncloa, al que ya veremos si le prorrogan el contrato de alquiler, que en España mucho hablar y a la hora de votar toca callar, digo que leo que va a solicitar la prórroga de ¡un mes! Pero, ¿hasta cuándo va a durar esto, Dios mío? ¿Dictarán normas claras y rotundas, que no den lugar a interpretaciones que den lugar a reprimendas y sanciones? Eso leo, eso veo, y casi estoy por dejar de leer y de ver. Porque lo único que he conseguido saber es que no hay criterio para fijar criterios. Siempre he pensado que el éxito en las cosas, en los problemas, en determinadas circunstancias está en saber administrar las cartas que tienes en la mano, no en que éstas sean la mejor baza de la baraja. Pero leo y veo, y entonces creo que hay quien se ha sentado a jugar una partida y no sabe si coger las cartas del derecho o del revés, si ponerlas boca arriba o boca abajo, porque le da igual, ya que su único objetivo es quedar toda España hecha un verdadero andrajo. Luego tendrá que venir quien ponga orden en las cosas, deshaga lo hecho con nocturnidad y sin publicidad y traslade una sensación de tranquilidad, progreso y bienestar para todos los españoles. No sé quién será, porque no veo líder en la oposición, pero algo habrá que hacer. Será el momento de dejar de lado intereses y ambiciones personales para mirar al futuro en pro de beneficios comunes y generales.

Hoy, el mes de María, nos da la oportunidad de hacer un viaje especial. Para mí lo es. Ya conté no sé qué día, la verdad, cuando fuimos los tres hermanos mayores a Fátima con mis padres. Nunca, desde entonces, he dejado de tener especial predilección por ese lugar. Nines cree que está demasiado comercializado en lo que rodea al Santuario y a la devoción a la Virgen de

Fátima. Es posible, no digo que no. Pasa igual que en Lourdes. Pero lo que interesa, de verdad, no son los alrededores, ese Sodoma y Gomorra que se ha creado al abrigo de las devociones marianas. Bien están las tiendas de recuerdos, pero hay quien ha encontrado un filón de oro al paio de la cantidad de gente que va a esos sitios sin tener interiorizado el significado de lo que significa ir en peregrinación. Baste comentar el precio que alcanzaron las alcobas de los hoteles cuando se anunció la visita del Papa Francisco en mayo del 2017. Desde mucho antes elevaron los precios de los establecimientos hoteleros, de forma tal que habitaciones más propias de ventas baratas de carretera se pusieron al precio de las del mejor hotel de la máxima categoría de la ciudad más cara de España. O de Portugal. Una vergüenza.

Pero a mí me atrae, y mucho, lo que vivo, lo que siento, lo que percibo en esos santos lugares. Soy muy observador, me fijo en las formas de las gentes sencillas que acuden en busca de consuelo a sus penas y desconsuelos. Y creo en la fe de cuantos acuden, lo que no quita para que sepa que hay quienes van a ver el fenómeno desde el punto de vista cultural o, simplemente material, que no espiritual. Allá cada cual que la predisposición con la que acude. Desvelo, y lo hago hoy, que le he dicho a Nines que, si Dios quiere, el 13 de mayo del año próximo, si tengo salud y los euros precisos, estaré en Fátima, lo que no quita para que antes de esa fecha peregrine hasta allí para dar gracias. Fue mi primer viaje una vez salí del tropiezo cardíaco de diciembre del 2014, exceptuando las visitas médicas.

Portugal tiene un tesoro con Fátima en sus entrañas. Quiero a Portugal, amo a Portugal, y, no me importa decirlo, sin dejar de sentirme español hasta lo más recóndito de la médula, envidio a Portugal. Tuve la suerte de escribir un artículo en una revista, *Epicur*, durante algunos años, todos los meses. La dirigía otro buen amigo, ya desaparecido, Alfredo Saramago, cuyo padre, en tiempos de la Guerra Civil española fue médico en Ouguelas, un pueblecito cercano a la raya por la zona de La Codosera. Mi colaboración era fundamentalmente sobre temas taurinos, pero a veces me desviaba a propósito y dejaba correr mis sentimientos en forma de letras sobre temas de diversa índole, normalmente basados en alguna experiencia de tipo personal en algún momento, en algún lugar de la amada Portugal. Nunca cobré nada, como me pasa con otras muchas cosas, y pedí que la minuta de mi colaboración fuese

a parar a alguna orden de benemerencia lusitana. Tampoco jamás pregunté a cuál. Ni quise que se me dijera.

Hoy pensaba poner una fotografía de la Virgen de Fátima de la Catedral de Badajoz, obtenida en la jornada previa al Rosario de la Aurora de estos años atrás. No he ido nunca al rosario citado. Rezar de día, dice mi madre. Y tiene razón. Pero cuando tenía montado “el collage” –no te rías, Pepe Marcos- me llegó, el tercero de la mañana, el mensaje de Antonio Calvo Rubio, como ya os he dicho Hermano de Hábito de la Constantiniana, de Santander. El primero es siempre el del Padre Teatino Antonio Cabrera, Secretario personal del Obispo de Plasencia; el segundo, el de Manuel Hidalgo Morón, mi amigo de Coín (Málaga). Hoy Antonio me ha enviado una fotografía hecha en su casa –debe tener al santoral completo, que os lo digo yo- en la que se ve a Nuestra Señora de Fátima flanqueada por las banderas de Portugal y de España. No sabes, querido Antonio, lo que te agradezco la fotografía, porque con tu permiso o sin él es la que he decidido utilizar. Flores blancas, que son las que más se asemejan al color de la cera de las velas tan características en la noche previa a la fiesta grande de Nuestra Señora, que puedo decir que es la Fiesta Mayor de Portugal, que siendo el país que es no ha dejado de tener respeto y consideración a las tradiciones históricas de sus gentes, haciendo que las mismas sean vividas y respetadas por todos. Da gusto ver al personal de las Fuerzas Armadas Portuguesas portando en sus hombros a Nuestra Señora del Rosario de Fátima. En España se prohíbe, date cuenta, cualquier acto de culto en zonas públicas, ahora por el coronavirus de las narices, pero no sé si después será porque a alguien le salga de ellas. Lo digo como lo siento. Y no me callo. Y todos los gobernantes lusitanos han respetado a la Señora de los Pastorcitos, a las gentes que la contemplan y con sus rezos se templan, y no se oye en todo Portugal una sola voz en contra de quienes tienen en su devoción el santo y seña del latir de su corazón. Y se juntan los ricos con los pobres, los altos con los bajos, los doctos con los analfabetos, los trabajadores con los parados, los elegantes con los andrajosos, porque en la explanada protegida por el manto de la Virgen caben todos, sin distinción de raza, sexo, religión, política o cualquier otra opción. Y eso es lo que hace grande a un país sin igual, como lo es y será mi querida Portugal. ¿Lo digo más alto? Más claro no puedo.

Tengo muchos amigos en Portugal, y a muchos voy a pedir que vengan conmigo, y contigo también, que seguro, querido lector, que quieres venir. Por eso, a mis amigos de Portugal, que no son pocos –Zefinha, viuda de Gabriel Fialho, con sus hijas Gabriela, Teresa y Helena; Amor Fialho y su hijo Ruy; Leonor, viuda de Manuel Fialho, y sus hijos; Toy Fialho y Mimí, con toda esa tan querida familia; Luis Capoulas, con su mujer, sus hijas y su nieto Antonio; José Manuel Santana, Antonio Amado, Francisco Mira Branquinho; todo el equipo del restaurante Fialho; Antonio Papao y Guida; Joao Passos y Marjolin; Antonio Graça y Fernanda; la familia Vieira da Cruz-Marques da Cruz, con Guadalupe y Aníbal al frente de todos ellos; mis Hermanos Constantinianos, con Lourenço Correia de Matos y demás Caballeros; Vítor Escudero; Rosa, la pescadera que nos vendía el pescado en el mercado de Eriçeira hace muchos años, por lo que si no vive vendrá su alma; José Manuel Cima Sobral y familia...-, digo que a todos ellos, que no están puestos por orden alguno de preferencia, pues los quiero a todos, les voy a pedir que vengan conmigo a dejar las flores a Cova de Iría.

Nosotros saldremos de Badajoz, y lo haremos acompañados por la mejor compañía posible en este caso: Nena del Valle y José Luis Vasconcellos. Precisamente la última vez que fuimos lo hicimos juntos, para dar gracias a la Virgen por algo especial, ¿verdad, Nena?, ¿verdad, José Luis? Yo no podría conducir hoy, porque la emoción de tener allí a todos mis amigos portugueses me podría, por lo que me llevo a José Luis, “o *engenheiro*”, que es el mejor mecánico que se puede tener.

Pero voy a llevar un coche de respeto, por si el nuestro se avería. Y en él mi amigo Antonio Barrena, y el recuerdo a dos que ya no están: Manuel García Cancho y Don Tobías Medina. Varios años llevé a Don Tobías a Fátima, a donde se iba a estar una temporada confesando. Una de ellas vino con Nines y conmigo uno de esos sacerdotes jóvenes a los que seguí de cerca, hoy párroco de Valdelacalzada: Francisco Copete Gil. ¿Te acuerdas, Paco, que al regreso nos vinimos por Lisboa para que la vieras, por primera vez en tu vida, aunque fuera desde el Puente Vasco da Gama? La vista desde el Ponte Salazar es más bonita. Creo que ya no se llama así, y conste que sé cómo se llama, pero no lo digo porque no me gusta que a las cosas se les cambien los nombres por el capricho incomprensible de no querer respetar la historia. ¿Me explico?

Tengo tres Fátimas cercanas: Fátima Albarrán Liso, Fátima Albarrán Hinojosa y Fátima Albarrán Fernández de Soria. Pues también llevarán ellas su ramo. Podéis venir todos cuantos queráis. Y a todos os voy a regalar hoy una composición que he hecho esta mañana, en el paseo, y que le podéis poner la música de la conocida copla “*El 13 de mayo la Virgen María bajó de los Cielos a Cova de Iría...*”. Veréis como se puede hacer. Lo escrito en letra normal no es mío, sino el estribillo de la conocida canción. Si alguien que sepa de música se atreve a ponerle la partitura con el pentagrama, la clave de sol, y las notas que procedan, podremos cantarla a coro. ¿Te atreves, Fernando Domínguez?



*Hoy 13 de mayo, oh Virgen María,
postrado ante ti yo vi que reías...
Tu rostro tan dulce y sonrisa sincera
la paz de mi alma yo supe que era.*

*Ave, Ave, Ave María...
Ave, Ave, Ave María...*

*Me hiqué de rodillas con tal emoción
que helaste la sangre de mi corazón...
Volviendo a latir con tal sentimiento
que no he de olvidar tan lindo momento.*

*Ave, Ave, Ave María...
Ave, Ave, Ave María...*

*A Cova de Iría buscando tu Amor,
llevando unas flores de blanco color
las pongo a tus plantas, oh Virgen amada,
son coplas de vida a ti dedicadas.*

*Ave, Ave, Ave María...
Ave, Ave, Ave María...*

*Son pueblos hermanos, unidos los dos
postrados los tienes Señora ante Vos,
imploran, oh Madre, les des protección
buscando el sosiego de su corazón.*

*Ave, Ave, Ave María...
Ave, Ave, Ave María...*

*Extiende tus manos con dulce clemencia,
a este tu pueblo, que está en penitencia,
y al son de este canto de viva emoción
conceda Tu Hijo la paz y el perdón.*

*Ave, Ave, Ave María...
Ave, Ave, Ave María...*

(F. B. A. V-Z., 13 mayo 2020)

Día 61º

Jueves, 14 de mayo del 2020

Antes de entrar en faena quiero hacer alusión a un mensaje que recibí ayer noche. Es de un Capellán Castrense, con quien hice buenas migas cuando estuvo destinado en Badajoz. Ahora lo está en la Academia de Guardias y Suboficiales de la Guardia Civil, en Baeza (Jaén). La pasada Navidad, concretamente la noche del día 28 de diciembre, cené con él en Albacete, en *L'Arruzz*. No estuvimos solos, pues se sentaron a la mesa también Nines, Felipe Domínguez Romero y Antonio Muñoz Aldana. Fue al regresar ese día de rendir homenaje en quien fuera nuestro Pastor, y sigue siendo nuestro amigo, que la amistad no desaparece con la muerte de las personas, Mons. Santiago García Aracil. El citado Castrense es Carlos Manjón Requena. Pues bien, el Pater Manjón –*parece nombre de calle de cura del siglo dieciocho*– me advirtió anoche que ayer fue el 176 Aniversario de la creación del Benemérito Instituto de la Guardia Civil, por el Duque de Ahumada. Cuando me lo dijo, ya estaba distribuida la crónica, pero le contesté diciéndole que hoy salvaría el fallo cometido. También me dijo algo al respecto Arturo Gómez Angoña, por lo que a los dos agradezco que me permitan, sólo con escribirlo, rendir homenaje de consideración, respeto, afecto y admiración a todos los miembros de la Guardia Civil, que nunca será mucho el decirlo por muchas las crónicas en las que me refiera a ello.

Por cierto, y hablando de aniversarios, al poco de comenzar el paseo de esta mañana me crucé con un soldado vestido “de bonito”. Me entraron ganas de preguntare la Unidad a la que pertenecía, porque creo que por estas fechas es el aniversario de la creación del Regimiento Castilla 16, del que mi bisabuelo Vicente Ambel Cárdenas fue Coronel entre 1907 y 1909. Y digo que me huele a eso porque, un 14 de mayo, jueves, no creo que se haya vestido de guapo para ir al trabajo ordinario en la Unidad. Si es así, como si no lo es, mi mejor recuerdo y sentimiento de cercanía con un Regimiento por el que siento, por motivos familiares, personales e instituciones, especial afecto. Y no digamos por el Saboya número 6, con el que volví a jurar Bandera veinticinco años después de hacerlo en el Servicio Militar, siendo Coronel Jefe

del Saboya Juan de Nárdiz Prado. Y desde entonces, en cualquiera de los dos Regimientos me he sentido como con en mi familia, pues me considero uno más de ellos, con el permiso de sus actuales Jefes, Jesús Moreno del Valle, del Castilla, y Rafael Dengra Tello, del Saboya. Otro día iré recorriendo más Unidades de la Brigada.

Esta mañana salí de casa a las siete y cuarto. Al poco de iniciar el paseo se me vino a la cabeza, y eso que había desayunado bien, un pollo a la brasa del *Varchotel* de Elvas, quizá uno de los platos más sencillos que conozco, pero de los más gratificantes. Y me dediqué a pensar en lo complicado que nos hacemos la vida las más de las veces, pues nunca caemos en la cuenta, o casi nunca, sólo cuando no lo tenemos a mano, de que lo más sencillo, lo más normal, lo más fácil, es a lo que menos le echamos cuenta en situaciones normales pero es lo que, en su ausencia, nos provoca emoción a raudales. Cantamos las excelencias de un plato de autor, comparable a la sinfonía por la variedad de sabores y de olores que puede llevar, cuando en momentos de la verdad, en los que te orientas sin necesidad de verte llevado o influido por nadie, echas de menos lo más sencillo. Yo, hoy, el pollo a la brasa. Quizá haya influido el hecho de leer esta mañana que Portugal ha decretado el cierre de la frontera con España hasta el 15 de junio. Casi se me saltan las lágrimas de pensar que hasta entonces, y veremos a ver si entonces, no puedo acercarme a pedir un pollo a la brasa, con unas patatas fritas “*a rodela*” como ningunas. Y no digamos lo de probar unos “*pezzinhos de coentrada*”, exquisitos, pero exquisito español, que en Portugal puede tener otros significados. Unas manitas como esas, con sus patatas al horno, y una rebanaditas de pan frito que quitan el sentido. ¿Y la salsa? Oh, oh, oh!... ¿La dieta?... Al día siguiente.

Entre platos y zapatos iba avanzando en la ruta. Lo bueno de Las Vaguardas es que subes y bajas, y puedes coger diversas calles, y como son un auténtico laberinto de curvas y recurvas, y pueden poner en compromiso al más aventajado satélite de los que ayudan a la conducción, a veces te llevas una sorpresa y vuelves a parar al mismo sitio sin darte cuenta. A la vuelta, ya en el llano en el que se encuentra la gasolinera de la rotonda, vi una escena de lo más surrealista. Y me di cuenta de las vueltas que da la vida. Me entró la risa. Me dispuse a inmortalizar la escena, pero no fui rápido en sacar el teléfono de la cartuchera. ¿He dicho cartuchera? Uy, por Dios, qué dislate. Espero que

no haya que llevarla nunca. Bueno, pues cuando desfundé el teléfono ya se me había pasado la ocasión. La imagen no la voy a olvidar, y es un ejemplo de lo que ha cambiado la vida. Una señora paseaba a su perro. Hasta ahí nada extraño, aunque a veces son los canes los que pasean a las damas de collar y abrigos de astracanes. Lo que me hizo pensar si estaba despierto es que la buena mujer llevaba bozal, pero el perro no. Creo que antes era al revés, ¿o me lo he soñado y siempre ha sido así, como lo que he visto esta mañana?

De vuelta a casa fue el momento del baño, que hay que salir aseado. Aseado y asqueado, las dos cosas, que ya sale uno predispuesto y con mal humor tras oír las cosas que nos quieren contar. Siempre me hago el firme propósito de no meterme en materia, pero caigo. No sé de esto habrá que confesarse, porque en la soledad de casa, Nines se ha ido ya al trabajo, empiezo a disparatar contra cualquier noticia que se ponga por delante. Algunos vienen a descubrir la pólvora. Ahora vienen los iluminados de la Organización Mundial de la Salud, ¡otros!, y dicen que el coronavirus Covid ha venido para quedarse. Manda narices, pues eso lo dije en mis primeras crónicas, y no necesito ser estudioso de ello para darme cuenta a la primera de cambio. Aquí lo que llega no se va nunca, y si algo se despista un tiempo acaba regresando. ¿O no se han dado cuenta muchos de la cantidad de enfermedades que se habían erradicado de España y han vuelto a llenar las consultas de hospitales?

¿Y de las rebajas, qué decir? Pues que cuando al principio se dice que sí, que se puede hacer, ahora se dice que no, y que sólo puede ser por internet. Si es así, al comercio tradicional se lo cargan. Aunque sólo dejaran entrar a la gente en los comercios en la forma y número ya establecidos, sería bastante para que se animaran algo, y al menos sacar a la venta el género sobrante de temporada. No entiendo mucho del tema, pero me da que, salvo la juventud, cierto sector de la clientela no es mucho de las redes, sino de ir, tocar, probar, ver, sentir, en la ganga creer y con la tarjeta pagar.

A quien le ha venido *“el tío Paco con las rebajas”* es el Ministro Garzón, a quien le han dado para el pelo, con razón, las asociaciones de hosteleros, al poner en tela de juicio la categoría y profesionalidad de los negocios del ramo en España. Es verdad que habrá sitios a los que es mejor no acercarse, pero desde hace algunos años para acá el sector de la hostelería ha cambiado mucho. Los que no se ponen las pilas, acaban cerrando. Pero a nadie debe

extrañar la prepotencia con la que hablan algunos de los que ocupan en Banco Azul, que no es el nombre de una taberna de la serie protagonizada por Chanquete, encarnado por el gran actor Antonio Ferrandis.

Y hablando de pelos, el Presidente del TSJ de Castilla y León, que no los tiene para afirmar que el Gobierno usa el Estado de Alarma para cuestiones distintas a salvar vidas. Puede que tenga razón. Puede no, la tiene. Salvar vidas hubiera sido siempre el leal cometido de los profesionales de la salud de este país, pero hacer las cosas con la nocturnidad con que se ha hecho sólo puede ser obra de quienes tienen muy bien estudiada la estrategia a seguir, de la que, dicho sea de paso, nos venimos dando cuenta desde hace tiempo.

Y a otra que se la han liado, hoy va de líos, es a la Presidenta de la Comunidad de Madrid, a cuenta del apartamento que ocupa en el establecimiento hotelero. Pero vamos a ver, ¿está el país para una discusión de este tipo? O sea, se pagan hoteles “*medicalizados*” -¿habrá algún día sanatorios “*hostelizados*”- a personas que son asintomáticos pero que tienen el virus, o han estado en contacto con él, y sirve de guerra sin cuartel el que la Presidenta de la Comunidad de Madrid se cobije, una vez le fue detectado el virus, o antes, que me da igual, en un apartamento. Creo que relativizamos mucho las cosas en esta tierra nuestra. No me parece mal, y lo digo sin esconderme, que la Comunidad de Madrid se haga cargo de ese gasto. La Presidenta de la Comunidad de Madrid no es una ciudadana de a pie, cuya vida, es cierto, tiene el mismo valor que la de la política, pero no su capacidad de decisión y de estar al frente de la madrileña región. Y si se ha pensado que esa es la mejor medida, por algo será. Quien quiera decir otra cosa que se meta a política. Vamos, que entre tanta historia, tanto gasto, tanto abuso, lo que de verdad importa es quién paga la cama que la Presi tiene al uso.

Pero, hombre, aprendan del Vice segundo, el del pelo tan largo como la lengua, que se queda tan ancho y pancho al decir que sí, que es cierto, que es verdad, que hay más ministros y, por tanto, más gastos. Se ha lucido, sí señor. Vaya falta de respeto a los miles y miles de españoles que se las ven y se las desean para llegar a fin de mes. Puestas las cosas como están, que más rotos no van a causar, porque más es imposible, pueden nombrar media docena más de ministros, ministrillos y ministriles. ¡Vaya poca vergüenza! Con una insolencia de esas como con la que el Vice colino contestó en el Senado hu-

quiera respondido yo en alguna junta de propietarios y a estas horas estoy a pan pedir.

Hoy he ido a la peluquería. Pedí cita el primer día que abrieron. Terminó mis sesenta y un años con una buena esquila. La verdad es que no me han parecido del todo malas algunas de las medidas que en las barberías se han impuesto. Para empezar, utilizan para el cliente delantales de un solo uso, de plástico, que siempre te quedaba la duda de cuántos pescuezos habrían pasado antes por el que te ponían para no quedarte el suéter lleno de pelo. Y también, ahora, cuando te lavan la cabeza te ponen una toalla desechable finita, que antes pensaba lo mismo que con el delantal. Y te secan la cabeza con una toalla de tela que después va directamente a la cesta de la limpieza, y no como antes, que me ha pasado más de una vez, que te secaban la testa con una toalla que olía a calva de viejo. No sé los utensilios, porque no estaba la mesa de herramientas en mi ángulo de visión. El problema llegó cuando le pedí que me arreglara la barba. *“Que no sé si puedo o si no puedo, que si eso va a ser más difícil, que...”*. Le advertí que no pondría problemas, y que sería discreto. Tanto que no digo en qué barbería me han pelado. Llegado ese momento me puso la mascarilla, esa que dice de un solo uso pero que no está bien definida, porque tiene más de uno. A la hora de arreglarme la barba me la ha puesto de antifaz, no sé si para que los pelos que saltaran no me entrasen en los ojos o para no ver el posible desaguisado que los nervios por jugársela pudieran hacerme. Al final todos contentos. Ya tengo arreglo para una temporada.

Cuando ayer iba camino del despacho vi abierta la Capilla del antiguo Hospital Provincial “San Sebastián”. Allí está enterrado Don Rafaelito, D. Rafael Sánchez García, sacerdote que fue de esta diócesis, y del que se persigue su beatificación. Reconozco que no soy devoto de su figura. Nunca le he tenido mucha cosa, la verdad. No creo que sea malo decirlo, digo yo. Entré por hacer una visita. No había nadie rezando. Ni no rezando tampoco. Sólo la guardiana del templo y del museo. Le pedí permiso para hacer una fotografía. Es la que hoy voy a traer al particular mes de María. Es La Milagrosa. Sé que a Montaña Quirós le gustará verla, que es mucho de La Milagrosa. Y, ¡cómo no!, a nuestra amiga María José Giersiepen, de Madrid, una de una compañeras de la peregrinación a Tierra Santa en agosto del 2017, que es Presidenta de la Asociación de la Medalla Milagrosa de Madrid. Tienen la sede en la

Basílica de La Milagrosa. Pues ahí la tienes, María José, que aquí va llegando el turno a todas las advocaciones.

Cuando entré en la capilla no lo hice con la intención premeditada de retratar a la Virgen, sino con la de sentarme un ratillo y abandonarme en la meditación de lo que está suponiendo en nuestra vidas estos tiempos de reclusión. Pero me llamó la atención la luz que despedían sus manos y la corona, precisamente la luz que ahora todos necesitamos. Por eso la retraté. Por eso decidí sacarla hoy a la adoración de esta entrega de flores en procesión. Si os digo que una de las flores es artificial no lo creéis, pero es verdad. Seguro que más de uno, o una, pierde la vista en tratar de averiguar cuál es. No seré yo quien lo desvele... ahora.

Pues sí, luz es lo que nos hace falta. Rayos maternos de acogida entre sus brazos a los que lo pasan mal. ¿Os fijáis en que en la corona hay una estrella apagada? Pues pensad que la Virgen así lo ha decidido para unirse, de alguna forma, a la tristeza que a muchos embarga, pero quiere que nos fijemos en el resto de las estrellas iluminadas, señales de esperanza y fuerza para afrontar los tiempos que se nos avecinan y la falta de los seres queridos y amigos que la epidemia se haya llevado. Pues aunque me di cuenta enseguida de la estrella apagada pudieron en mí más las iluminadas.



*Virgen María Milagrosa,
irradia tu luz de amor,
a quien sufre, con dolor,
con tu mirada dichosa.*

*El mirarte en este duelo
y rogarte sanación,
es del alma la oración
para pedirte consuelo.*

(F. B. A. V-Z., 14 mayo 2020)

Día 62°
Viernes, 15 de mayo del 2020

Hoy es viernes, 15 de mayo, y...



...¡no sé por dónde empezar!

Y, posiblemente, se haga realidad lo que comentaba con Miguel Luna, de *El Corte Inglés*, esta mañana, que se asombraba sobre la facilidad de escribir, y me preguntaba si ya tenía pensado lo que iba a plasmar en el papel. Le dije, y os digo, que hay veces que sí, que algo llevo pensado, pero lo fundamental va saliendo una vez me siento ante el teclado, y en ocasiones olvido lo que tenía pensado. Eso sí, os puedo asegurar que las coplas a la Virgen las voy meditando en los paseos mañaneros, tiempo bueno para meterse en versos e improvisados cancioneros.

Decía que no sabía por dónde empezar. Es verdad, porque para mí, el día de mi cumpleaños, es un gran día, un día especial. Aunque, como bien observaba en un mensaje mi compañero Manuel Montis, y más de uno lo sabe, más gordo es el día de mi santo, San Felipe Benicio, el 23 de agosto. Así que si el de hoy es grande imaginad cómo considero a la festividad del fraile servita, especial abogado de la hora de la muerte –bueno, eso dicen de muchos-.

Es coincidencia que el día sexagésimo segundo del Confinamiento Nacional coincida con mi sesenta y dos cumpleaños. Lo primero, aunque lo hago todos los días, es dar gracias a Dios por haber llegado hasta aquí. Hay a quien no le gusta cumplir años. A mí sí. ¿Qué quedan menos por vivir? Bueno, ¿y qué? ¿Y los que llevo vividos, soñados, sentidos y disfrutados? ¡Cuántos amigos, parientes, queridos, conocidos... se han quedado en el camino con mucha menos edad que yo!

Confieso que hoy he dedicado la mañana, y parte de la tarde, y los tiempos entremedios, a contestar muchas felicitaciones. Eso es bueno. Algunas entraron anoche, poco después de iniciado el día. No me enteré, pues cuando procesiono camino del catre dejo el teléfono móvil en otra alcoba de la casa y en absoluto silencio. Por si pasa algo, mis allegados tienen el teléfono de casa. Y si no, para eso están los servicios de urgencias. Tan sólo cuando he vivido alguna situación de indudable inquietud familiar o personal, que no profesional, me he llevado el teléfono a la mesilla de noche. Nunca sonó a deshora. La primera felicitación, o las primeras, porque entraron con un minuto de diferencia, fueron las de Susana Sánchez Herrera, mi comadre, y la de Don José Luis León Solís, sacerdote, del que ya ha hablado en otras crónicas. Y la tercera fue la de María Jesús Alfaro. Y ya despierto, tras la de Nines, llegó la de Nena del Valle, mientras iba paseando. Después, a lo largo de la mañana, muchas, muchas. Se ve que hay quien lee bien las crónicas. Al momento de redactar este párrafo echo de menos alguna.

En la fotografía de inicio San Isidro Labrador. La talla se encuentra en la iglesia parroquial de Coín, y la saqué en los carnavales de este año. Recuerdo haber ido con mi padre muchas veces a la misa del Santo en la ermita de Tres Arroyos, a pocos kilómetros de Badajoz. Solo a la misa. La mesa en casa, que Don Vicente no era de romerías, al menos a cierta edad ya.

Quiero, antes de seguir, dedicar un recuerdo afectuoso a cuantos compañeros de la carrera, de Ingeniería Técnica Agrícola, y de otras promociones, se dediquen o no directamente a ello. Hoy es el día grande de la profesión, así como la de los Ingenieros Agrónomos, en la que tengo buenos amigos a los que también dedico una especial felicitación. Y, por extensión, a cuantos otros os dedicáis al noble arte de la agricultura, como actividad fundamental en vuestros quehaceres o parcial. He recibido tres mensajes, de Pilar Verdasco, Mariado Madrigal y Agustín Velázquez, no sé si me quedo alguno en el tintero, que me envían un azulejo en el que se describen las características del oficio de agricultor. Y digo oficio porque dedicarse al campo es caso una vocación y no una profesión. Una vocación como pocas conozco, y entre las que cito el sacerdocio, la milicia o la medicina. A ver quién es el guapo que es capaz de contradecir lo que dijo el sabio Cicerón:



Tras el paseo de esta mañana, por mis vericuetos habituales de Las Vaguadas, regresé a casa, y a la hora prevista, que nunca se sabe cuál es, salí a la calle. A las doce de la mañana fui a misa, a otra iglesia distinta de la que acudí el martes. Veo que en cada sitio interpretan las normas de diferente forma, cuando lo lógico hubiese sido una uniformidad de criterios. En la que he esta-

do hoy inducen a confusión los letreros puestos en los lugares a ocupar, pues no sabes si te tienes que sentar en un banco o en el delantero. La leyenda me llamó la atención: “*una persona*”. Lógico, no puede haber dos en el sitio reservado para una. Las pegatinas deben estar, a mi modesto entender, en el sitio donde has de sentarte, y, por ello, poner las posaderas encima de la indicación. O, también, en el respaldo del banco, con lo que las taparías con la espalda en los momentos en que debes estar sentado. Lo que sí había que extremar son los cuidados a la hora de impartir la comunión. Puedo parecer “*la mosca cojonera*” –lo siento, madre, pero se dice así– de este tema, pero mientras no haya ciertos remedios hay que ser muy riguroso en cuantos movimientos y manejos tengan relación con la manipulación de copones, formas, etc...

Tras ello, volví al despacho. En la avenida Juan Carlos I, y en la plaza de Minayo, y en el paseo de San Francisco, no parecía que estuviésemos en estado alguno, ni de alarma ni del que algunos arman. La única diferencia de San Francisco es que los kioskos estaban cerrados. Lo demás, como antes de mediados de marzo. Así las cosas, creo que pueden dejarse ya de pedir tanta prórroga y dejar que la vida vuelva a fluir con la mayor naturalidad. Es verdad que pasará mucho tiempo hasta que perdamos ciertos miedos y algunas de las precauciones importadas a esta época actual. Y a lo mejor no vienen mal, pero es hora de ir dando ya normalidad a la vida.

Hablaba esta tarde con un sacerdote que sabe lo que dice y lo que hace, D. Miguel Ponce, y me preguntaba si yo tenía miedo. Le he dicho que nunca lo he tenido, y que aunque es cierto que tomo mis precauciones, sin caer en la obsesión rayana en lo paranoide, asumo el riesgo normal de la vida. Y que es verdad que hasta que no se encuentren ciertos remedios de eficacia probada habrá que andarse con cuidado. Don Miguel tampoco tiene miedo, y piensa lo mismo que yo. Coincidimos en muchas cosas, lo cual, hacerlo con una persona de su categoría, es una seguridad de estar en lo cierto. Miedo no, precaución sí. Obsesión no, sensatez sí. La vida es un riesgo absoluto desde que comienza hasta que acaba, y no he visto a nadie que no quisiera salir de la cuna por no enfrentarse a lo que haya de venir.

Creo que ya no tiene sentido ampliar más el Estado de Alarma. Sí que se regulen ciertas situaciones, o diversas normas de actuaciones. Pero seguir jugando con la paciencia de la gente me parece ya algo fuera de lugar. La gente

se cansa, se harta, y pasa lo que pasa. Y puede pasar más, que me da que las manifestaciones de balcón son poco para lo que se dice se nos puede venir encima. Lo que hacía falta. Pero lo entiendo, hay ya mucho hartazgo, máxime cuando se detecta que lo que se buscaba como solución para solventar un problema de salud de todos se va a convertir en un alud de legislación de lodos. No en vano se está aprovechando esta situación, como he dicho ya en varias ocasiones, para hacer de España una nación de normas enfangadas y embarradas. A ver quién es el guapo que, después, les lava la cara.

Camino de casa quedé con mi compañera de clase de italiano Maribel Guijarro, quien me ha obsequiado con una caja de bombones. Muchas gracias, Maribel. Y siguiendo con los regalos, mi cuñada Masu, hermana de Nines, me regaló la comida de hoy, unas judías con rabo y manitas de cerdo. ¿Has oído bien, Fernando Valbuena? De aperitivo nos tomamos unas bocas de cangrejo y unas quisquillas, también conocidos por camarones en algunos sitios, que el camarón, en otro sitio, como en Espinho (Portugal), son distintos. De estas quisquillas, Chocolate, eran las que vendía el señor Andrés en la esquina del Ayuntamiento. Hoy os hubiera invitado a comer a todos, pero no ha podido ser. Así que conformaros con el menú. Para beber, cerveza marca “*Rabiosa*”. Nunca había oído hablar de ella, pero en el supermercado de El Corte Inglés la vi y se me vino a la cabeza qué mejor para conjugar la rabia contenida que a todos nos afecta que una cerveza marca *Rabiosa*. No es nada del otro mundo, la verdad, pero saber que se llamaba así calmaba el sentimiento de ofuscación que tanta opresión causa ya en cualquiera de nosotros. Dicen que la mancha de mora con otra verde se quita... Pues eso hice yo con la cerveza: calmar la rabia con la *Rabiosa*. Con motivo del día de hoy, mi cumpleaños, a Nines se la ha ido la cabeza, debe estar mal. Le ha debido afectar eso de tener que aguantar tanta norma y tanta historia. Ella, que es medio ácrata en eso de aceptar cuanto venga impuesto. Y eso que es fedataria del cumplimiento de la norma... por los demás. Ya me decía el otro día que esto del confinamiento afectaba a más de una cabeza y las ponía como la marca de cerveza: rabiosa. Ha debido de ocurrirle a ella. Nunca me ha comprado un dulce, o casi nunca. Y si alguien me los regala me vigila por si como más de lo que ella cree que debo comer, que es menos que nada. Pero hoy me ha emocionado, se me han saltado las lágrimas... de alegría. Ya me anunció esta mañana que tenía algo para mí. Pensé en colonia. Pero tengo repuesto ahora.

Pero no me imaginaba que iba a traerme algo que habría de ver para creer: ¡tocinillos de cielo! Nunca es tarde si la dicha es buena, y Nines ha conseguido, hoy, mi satisfacción plena. Por si acaso, y pasa algo, me he comido dos en el postre de mediodía. Deben llegar a mañana. Bueno, no estoy seguro de que así sea.

Y, siguiendo con los regalos, del que voy a hablar hoy es del regalazo del Sr. Vicepresidente del Gobierno. Nunca llegó un personaje a más ni un cargo tan honroso como ese a menos. Siento decir lo que pienso. Ayer se despachó el político diciendo que “*le incomoda enormemente*” que las corridas sean patrimonio cultural. En el día grande de las fiestas de San Isidro, en el que la Plaza de las Ventas estaría a reventar, siendo la primera plaza del mundo, quiero comentar al respecto. Para empezar, diré que no hay mejor ciego que el que no quiere ver. Yo no sé si los toros serán cultura o no. Yo no sé si el arte derivado de la puesta en escena de la lidia de un animal criado para ello, que de otra forma habría desaparecido, es cultura o no. Yo no sé si el diseño y la estética de un traje de luces son arte o no. Por cierto, luces, hablando de luces, diré que un traje de luces tiene muchas más que algunas personas. Y no señalo a nadie. Tampoco sé si es cultura o no cuanta literatura ha sido escrita basada en los sentimientos y las emociones que se viven durante, antes y después, de una bella faena. Tampoco sé si es arte o no la pintura plasmada por artistas de indudable prestigio a lo largo de la historia. Y no sé si es arte o no la música creada al paio de una buena verónica, una sin par revolera o una bella gaonera. O si lo es el desgarrar de la gola del “*cantaó*” al son del temple de un buen natural del mejor “*mataó*”... Yo no sé ya si todo ello es arte o no.

Y no lo sé porque no me hace falta saberlo, porque el sentimiento no se mide por definición alguna, como tampoco puede medirse la estulticia que lleva a algunos a sentirse dueños y señores de los sentimientos y las emociones de los demás. Parece que hay a quien le puede incomodar enormemente que la tauromaquia sea patrimonio cultural... ¡de España!, a quien le puede incomodar todo aquello que muchos españoles, ricos y pobres, llevan dentro de sí como parte integrante de su propia identidad. A quien le puede incomodar todo ello, y está en su perfecto derecho. Pero no se olvide que a los españoles de bien nos incomoda enormemente que se aproveche el escaño donde los representantes de los españoles deben defender a todos, digo que a todos, que nunca se sabe quién ha votado a quién, digo que se aproveche el escaño,

y el dinero que se cobra -de todos los españoles, no se olvide-, para herir la sensibilidad de muchos. Hay quien cree que a los toros van solamente los señoritos “*del pan pringado*”, o los ricos de dinero viejo por su casa. Hay quien cree que a los toros sólo van los votantes de Fuerza Nueva, si es que existe, que no lo sé. Hay quien cree que a los toros sólo va el burgués o el aristócrata, o el terrateniente. Pero a los toros, que se enteren los que no se quieren enterar, vamos muchos españoles, y sentimos la fiesta como algo nuestro, que nos ganamos la vida honradamente trabajando con la ilusión de engrandecer a un país llamado España. A los toros vamos muchos españoles que queremos que nuestros representantes políticos, con las diferencias de criterio que deben darse, que cada cual ve las cosas a su manera, digo que a los toros vamos muchos españoles que queremos que nuestros pagados representantes –no se olvide, pagados por nosotros- no se dediquen a buscar el enfrentamiento entre los españoles, pues queremos mantener una pacífica convivencia.

Yo no sé si los toros serán arte o no, pero lo que sí es arte, pero mala arte, es querer acabar con algo que es patrimonio de nuestra identidad personal y sentimental de muchos españoles, y la fuente de ingresos, es decir, el pan de cada día de muchas familias a las que, con la Fiesta en el punto de mira, se les quita la alegría. La estupidez en grado sumo es creerse portador de la verdad. La inteligencia, nadar en un mar de dudas... como las mías. Pero, entre tanta duda tengo una seguridad plena: la tauromaquia es arte; y, como arte, en papel, lienzo o en escultura... ¡es cultura!

En el mes de María de hoy nos vamos a ir a... Fuente de Cantos. Tiene fama su tradicional romería de San Isidro. No he ido nunca, pero dicen que se come la mejor chanfaina del mundo. Puede ser. Seguro que lo es. Y como quiera que no se puede celebrar esa romería, ¿verdad, Juan Manuel Murillo?, he querido traer la imagen de la Virgen de la Hermosa. Pero la antigua, la conocida como *La Aparecida*, talla gótica del siglo XIV. Hice la fotografía en la ermita de Nuestra Señora de la Hermosa el día 24 de agosto del pasado año, día en que acudí a la localidad fuentecanteña para despedir a la madre de David Cruz Yerga, quien habría de ser ordenado sacerdote al día siguiente del entierro de su madre, pero que ha visto retrasado el momento más feliz de la vida de un seminarista hasta el 5 de octubre siguiente. No sabía bien qué Virgen era, por lo que un mensaje a David me ha sacado de apuros.

A llevar las flores han venido conmigo mis compañeros de profesión, y no quiero dejar atrás a cuantos inculcaron en mí el amor por el campo. Y cuantos amigos agricultores tengo, que con muchos, y muy buenos –amigos y agricultores, las dos cosas-. Y tratándose de Fuente de Cantos, una flor se la voy a poner en nombre y memoria de mi recordado amigo, con quien compartí piso, partidas y guisos en Navalморal de la Mata, José Antonio Pagador García, a quien el cáncer se lo llevó hace unos años a temprana edad aún. Su viuda, Marián González Casas, morala, vendrá conmigo a ponérsela. Y como él, José Antonio, era como era, y tenía los gustos que tenía, que eran muy buenos, hemos colocado las flores de forma que representan a todos los españoles, mires de arriba a abajo, de izquierda a derecha, o al revés. José Antonio disfrutaba mucho de San Isidro, y seguro que se habrá aprestado a hacer una caldereta en la cocina celestial, donde, supongo, no faltará condimento alguno y podrán guisarse unos platos sin igual. Si no, habrá que pensarse si trae cuenta ir al cielo o quedarse en el entresuelo.



*A la Virgen de la Hermosa
le coloco yo una flor...
que es amarilla, que es rosa,
¡qué más dará su color!*

*O si es en verso o en prosa,
que si rezas con fervor
esa sonrisa preciosa
te calmará tu dolor.*

*Y en esta tierra dichosa
que le canta con amor
a la Virgen de la Hermosa
le coloco yo una flor.*

(F. B. A. V-Z., 15 mayo 2020)

Día 63º

Sábado, 16 de mayo del 2020

¡Esto es el Estado de la Locura, padre cura!

Antes de entrar en materia, porque al momento de escribir esto vengo de la calle con un caldeo tal que se me pueden tostar habas en el cogote, diré que he seguido recibiendo hoy bastantes felicitaciones por mi cumpleaños, que fue ayer. Todos se disculpan por hacerlo con retraso, y a todos los digo les mismo, que no hay que preocuparse. Un amigo nunca llega tarde. La amistad es la distancia más corta entre el corazón de las personas, quedó dicho uno de los sabios de la antigua Grecia, que en la nueva no sé si los hay o no. Y si esa distancia es la más corta se tarda muy poco en recorrerla, mejor dicho, no hay que hacerlo, porque prácticamente no existe. Y si no existe, nunca se llega tarde, por lo que un amigo, cuando desea algo de corazón, aunque no lo exprese de palabras, que con las obras, el gesto, la sonrisa o la mirada es suficiente, siempre lo hace en el momento oportuno. Así que, de tarde, nada monada.

Enviada anoche la crónica recibí una felicitación de esas que no te esperas, al menos con casi todos al completo y el que ha de venir en cualquier momento. La familia Martínez Nosti, de Sevilla, se metieron en casa por las facilidades, para otros dificultades, que ofrece hoy la técnica: nos allanaron la morada a través de móvil. Los vimos a todos juntos, salvo a Blanca, que está allende los mares, y María del Mar, que estaba con unos amigos, que eso ya se permite. Tampoco estaban las niñas de Pacita, pero a esas horas es normal. Y quien sí estaba a punto de estar es Nicolás, que tendrá personalidad propia dentro de dos o tres días, a juzgar por el bombo de Belén. Bienvenido será, que este año nos vamos a llenar de sobrinos, de sangre y de corazón, y que son todos queridos. Esto es la vida: unos se van y otros vienen, y llegará el día en que los que lo vemos nos iremos y los que en breve nacerán se quedarán. Si Dios quiere. Fue de las felicitaciones más sentidas, porque la familia Martínez Nosti son nuestra familia, de Nines y mía, y nosotros de la suya. Nos pasa también con otras. Así que, Paz, Fernando, Pacita, Nano y Yaye, Belén y Félix, Blanca y María del Mar, sin olvidar a Mamá Meca y a Mamá Gloria, os queremos. ¡Qué contentos os vais a poner cuando os leáis!

Hoy empiezo un año nuevo. Nines decía que no sabe cómo tenía yo ganas de celebrarlo, con las normas establecidas. Ella siente como si le hubieran robado dos meses de su vida. Yo no. Han sido, hasta ahora, dos meses distintos, pero han sido míos. Y los he disfrutado como he podido. He respirado, he trabajado, he comido, he dormido, me he sentido arropado, me he cabreado, me he reído, he descubierto detalles que en circunstancias normales no se hubieran dado o percibido, sobre todo detalles de amistad y cercanía. ¿Cómo puedo decir que me han quitado dos meses de mi vida? No puedo, no. No creo que haya sido así. Sé que hay gente a la que el virus le ha quitado no sólo dos meses, sino muchos más, cuantos les quedaban. Y que le ha amargado la existencia a quienes lo han vivido de cerca. Y he dedicado parte de cada día de estos meses a pensar en ellos y rezar por ellos. Pero me niego a pensar que me los han quitado. Es posible que me hayan estafado, timado en este periodo porque hayan intentado algunos guiarme según sus pautas de hechicero malhadado. Pero no lo han conseguido, no me han doblegado el ánimo. Lo único que les concedo es que, pero en parte depende de mí, me han impedido seguir en mis clases de italiano. Nunca me hubiera apuntado a un curso “*on line*”, nunca. Me gusta el *vis a vis*. Pero no puedo decir que me hayan robado mi existencia en estos dos meses. Y no lo han hecho porque para eso tendrían que haberme quitado la alegría de existir, y esa, queridos amigos, la notaba cada día al respirar y vivir.

Pero hoy ando cabreado. Como no teníamos bastante con las normas impuestas por la sinrazón de la política nacional nos vemos afectados por algunas otras de una marca comercial. Y no me voy a callar esta vez. Ya dije una vez que a un matrimonio se la formaron por ir a comprar juntos a un supermercado, en concreto, y ya no callo, a Mercadona, exactamente a la tienda que hay frente al Cementerio Viejo, llamado de San Juan. Entonces, según parece, así lo establecía la normativa gubernamental. Ese matrimonio, que algunos lo descubrieron, éramos Nines y yo. Mea culpa. Pues bien, dulcificadas ya con la Fase I, de estas fases lunáticas que tanto nos afectan, algunas normas, y pudiendo salir a pasear los que viven juntos en una casa, y pudiendo ir en coche, con todas las plazas ocupadas los moradores del mismo chozo, armados de bolsas y de gozo nos hemos dispuesto esta tarde a hacer la compra. Hay en Mercadona dos o tres cosas muy concretas que me gusta comprar allí,

aunque mi tienda de referencia la tengo muy cerca de casa: El Corte Inglés. Pero confieso que la lechuga iceberg y el salmón ahumado lo compro en Mercadona. Bueno lo compraba. A partir de ahora, por mí, que vayan a comprar los vecinos de la acera de enfrente, dicho con todos los respetos posibles y alguno más. No vuelvo a poner los pies en ningún establecimiento de la cadena del Sr. Roig ni de su querida parentela, aunque lo que me pide el cuerpo es definirla de otra manera.

De modo que puedo ya ir con mi mujer a cualquier sitio sin ir moviendo la gaita como los palomos buchones, mirando a diestra y siniestra, más a este lado, por si viene alguien a llamarnos la atención, pero no puedo ir con mi señora, que se ducha todos los días y va siempre más limpia que una patena, a comprar a Mercadona. Nos han impedido la entrada. No podemos entrar juntos. Traté de darle a Nines la cartera y que ella fuese por su sitio y yo por el mío, pagando ella con efectivo y yo con la tarjeta. Nada. El guardia de la porra, que es a donde me entran ganas de mandarlo, nos impide el paso con una chulería y prepotencia impropia de nadie educado, y, mucho menos, de lucir un uniforme de guardia de seguridad, a los que se supone amabilidad, como sí son los que están en El Corte Inglés. Me dice el fulano que son normas del Estado de Alarma. Se cree que me iba a arredrar y le pedí que me enseñara dicha norma, que no recuerdo haberla visto ni leído en las modificaciones sucesivas de los últimos días. Entonces, muy ufano, con la pistola del ungüento en la mano, y con ganas de farra, me dice que “*son normas de Mercadona*”. ¡Chúpate esa, condesa! O sea, que no contentos con los decretos y panfletos que hemos de aguantar en este país, te impiden, por la cara bonita, entrar con tu mujer a comprar una botella de anís. He intentado hacerlo razonar. Le he dicho que me acuesto con mi mujer todos los días. Nada. Ni por esas. Era como lavarle la cara a un burro. Que no es que no, y que de qué parte del no no me he enterado. Pues bien, Sr. Roig, llevo yendo a comprar esos tres o cuatro productos a sus tiendas, concretamente a esa, desde hace años. Va a volver su tía Frasca, por ser fino, porque mi amigo el Fiera, que se solidariza con los suyos, hubiera dicho que vaya a comprarle su p... tía. Y estoy más cerca de mi amigo que de la elegancia en el hablar y en el escribir, que no seré yo quien vuelva dinero a gastar ni a sus tiendas asistir.

Al salir, mejor dicho, porque no pudimos entrar y si no se entra no se sale, vimos a una señora, amabilísima, enojadísima, que nos pregunta si nos pasaba algo. Al contarle nos dice que con ella han estado igual de groseros. No la dejaban entrar con su hija, y se disponían a marcharse. No me importa en absoluto que esta crónica llegue al Sr. Roig o a quien sea de Mercadona, porque no he contado más que la verdad. Mucho venir con ayudar a sus empleados, que está muy bien, con dedicar no sé cuántos millones a la sociedad española, según he leído el otro día, que está mejor, y mucho cuento, pero a la hora de la verdad, a quienes les surten de los millones a ciento no los cuida. Al menos a algunos. Creo que a mi cuñada Masu le ha pasado lo mismo, yendo con su marido. ¿Llevaremos pinta de pestosos? Hay quien me conoce y sabe que cuando digo que no voy a un sitio lo cumplo. Mira por dónde esas tres o cuatro cosas, no más, que compraba allí las compraré en El Corte Inglés, donde la amabilidad, la atención y el afecto con que soy siempre acogido me hará superar sin problemas el berrinche que me he cogido.

Volviendo a casa, otra historia. En la avenida de Santa Marina una señora le protestaba a una pareja de Municipales porque estaban quitando plazas de aparcamiento para dedicarlo a mesas de las terrazas de los establecimientos de hostelería hay en esa zona, concretamente en el tramo que discurre entre Maestro Lerma y avenida de Huelva. ¿Qué quieren que diga? No me parece justo ni adecuado. No me parece bien, querido Alcalde, que se quiten plazas de aparcamiento en una zona donde no sobran. Bueno, no sobran en ningún punto de la ciudad, que Badajoz es de esas ciudades que no han sido previsoras en aparcamientos públicos, sean privados o municipales. Además es injusto, totalmente injusto, porque hay establecimientos sitios en calles a los que les es imposible ampliar el espacio para mantener el número de mesas concedido. Y lo que es igual para todos a nadie perjudica. Pero esto sí, perjudica a pequeños bares de la zona centro donde no pueden ampliar la zona de mesas, a no ser que pidan permiso para meter algunas en el patio de planta baja del Palacio Episcopal, en mitad de Plaza de España o en el Claustro de la Catedral. Y si unos no pueden ampliar espacio, y las disposiciones del estado de alarma, que ya no lo pongo en mayúsculas porque no me da la gana, con perdón, que estoy hasta el gorro, y más hoy, digo que si las disposiciones del estado de alarma son para todos iguales no

se puede favorecer a unos negocios sí y a otros no. O sea, que unos son más iguales que otros.

Miedo me da, que las cosas provisionales en España se hacen eternas, y después esto nadie lo apaña. Al tiempo. Y me pregunto por qué se facilita a unos sí y a otros no, no ya sólo en la hostelería. Se me encoge el corazón cuando veo los pasillos de El Corte Inglés vacíos. Es un termómetro de la vida de la ciudad, como algunos otros sitios, que siguen cerrados, porque tienen más metros de los dictados. No lo entiendo, máxime cuando las calles están ya como antes de la llegada de la pandemia. Puede que yo esté equivocado, pero creo que ya no tiene sentido más alargamiento. O, también puede ser, hay algo que siguen sin contarnos. Y esto sería más grave. Baste decir que, anoche, cuando bajé la basura a eso de las diez de la noche, la zona de la Plaza de la Constitución estaba, casi, como en sus mejores tiempos los fines de semana. Sin embargo, choca tener que hacer cola para comprar el pan, como en los años del hambre.

Por cierto, en la cola del pan, que no del hambre, me encontré con mi amigo el Coronel Jefe del Regimiento Saboya, número 6, Rafael Dengra Tello. Aunque sabes de la gente, sabes que están bien, cuando la ves sientes una alegría especial. Al menos es algo bueno que nos ha traído el Confinamiento Nacional.

Esta mañana salimos Nines y yo al paseo mañanero. Hicimos el recorrido normal, o sea, hasta la rotonda de Las Vaguadas y vuelta a casa. Hoy era Nines la que tenía que ir a la peluquería -¡qué mona la han dejado!-, y yo debía esperar a Elena y Pepe, que nos traerían un plato de regalo: unas albóndigas buenísimas. El regusto de las mismas que he mantenido toda la tarde me ha hecho pasar mejor el insultante modo del vigilante de Mercadona. Decirlo aquí, lo del plato regalado, es una manera de reconocer que hay alguna forma de hacer agradable a la gente la vida con algo tan sencillo como una albóndigas.

Hemos ido a misa a las ocho a la Catedral. Ha oficiado D. Andrés Fernández Llera. Muy bien, siguiendo las pautas establecidas. Así se hacen las cosas, como estoy seguro que las harán en la inmensa mayoría de los templos. He puesto su nombre porque se ha actuado bien; de haber sido al revés hubiera callado el sitio y el cura, que no se trata de hacer daño. Los lugares, magníficamente señalizados. Y una de las religiosas, a la entrada embadurnando las manos de los asistentes con el desinfectante al uso.

Sé que no es el día de la Virgen del Carmen, que lo es el 16 de julio, pero como espero, deseo y ruego que para entonces se hayan acabado estas crónicas, porque sería de razón, al avenirse a razones la situación, quiero hoy, en este particular mes de María que comparto con mis lectores, traer una imagen de la Virgen del Carmen. Tengo varias, pero he rebuscado en el archivo, ya que quería una de un convento carmelitano, uno de esos “palomares” que gustaba fundar a Santa Teresa, o posteriores a su época, que me da igual. Ansiaba encontrar una Virgen del Carmen del Convento de El Burgo de Osma, de la que fue fundadora una hermana de mi abuelo materno, como ya he comentado alguna vez. Era la Madre Javiera de Jesús (Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa). Hablé de ella el día que comenté la peregrinación a San Calixto. Tuve la ocasión de entrar en clausura en dos ocasiones. Una de ellas, la primera, viviendo en Navalmoral de la Mata, y fui requerido por mi tía para que les aconsejase sobre la huerta de la que sacaban muchos de los productos que consumían en el Carmelo de San José, que así se llamaba. Ignoro si dieron resultado mis indicaciones, aunque las monjas me dijeron que sí, lo que no sé si era lo cierto o lo hicieron para no quedarme mal. Lo cierto es que, cuando yo la vi, las labores que se hacían eran muy mediocres. La segunda vez que traspasé la puerta de la clausura fue en el entierro de mi tía abuela, y lo hice para portar, junto a algunos primos míos –todos varones, eso sí, las mujeres no podían entrar-, el ataúd de Madre Javiera hasta su enterramiento, en una esquina de la huerta.

Me llamó la atención y me impresionó, desde que fui por primera vez al Carmelo, que lo hice con mis padres el año 1984 o 1985, quiero recordar, la sencillez de vida de las religiosas. Pensaba en que mi tía abuela podía haber tenido una vida holgada, sin problemas económicos, salvo que hubiese malgastado el capital heredado de sus padres, llena de todo tipo de comodidades según nuestro parecer. Pero para el parecer de Madre Javiera las comodidades eran otras, y se basaban en la entrega sin límite a una vida dedicada a la oración... ¡por los demás! Porque las monjas, supongo que aparte de rezar por ellas, lo hacen todos los días por las personas que se lo solicitan, y por las que no también. Es la vida contemplativa, entregada a alabar a Dios por medio de la oración. Son firmes valedoras nuestras ante el Todopoderoso. Hoy, por desgracia, la sociedad no valora el papel de las religiosas de vida contemplativa.

También los hay hombres, pero en conventos diferentes, no sea que dé lugar a malentendidos. Mi tía abuela abandonó cuanto tenía en el mundo, para darse a la más estricta humildad y sencillez. Se despojó de todo para quedarse ante Dios sólo con su persona, el hábito que lucían, la cama de tabla sobre la que dormían y el corazón amplio para meter en él a cuantos le encomendaban implorase por ellos una oración. ¡Qué contraste! Ello, lo reconozco ahora, me marcó, y lo hizo para aprender a dar a cada cosa, a cada situación, el valor que tiene, y no más. No dudé en admitir que tenían más riqueza que cualquiera que los mirara desde el otro lado de la reja con pinchos a través de la cual la pude ver en varias ocasiones.

Y pude saberlo porque en ellas, o ellos, se hace real el dicho de que no es más rico quien más tiene sino quien menos necesita. Y los religiosos de vida contemplativa sólo necesitan a Dios. Y a Dios siempre lo tenemos a mano, si lo buscamos. Y cuando lo han encontrado sólo necesitan dar el paso para entregarse a él. Hoy faltan vocaciones. Quizá muchos jóvenes podrían dedicar unos días de sus vacaciones a comprobar qué se siente viviendo una experiencia en una institución monacal, en un convento, siendo partícipe de la vida de sus moradores, y quién sabe si en algunos se despertaría la llama de la entrega a una vocación que, para mí, es de las más respetadas dentro de las vidas de religión. O la más.

Vuelvo al camino del que me desvié a lo dicho. No he encontrado ninguna foto de la Virgen del Carmen del Carmelo de San José, de El Burgo de Osma, pero sí una de otro, del mismo nombre, pero de Ávila. El Carmelo de San José de Ávila fue la primera obra fundacional de Santa Teresa de Jesús. Quizá por ello, de entre las diversas imágenes de Nuestra Señora del Monte Carmelo que tengo haya elegido la de este convento, por encontrarse en la primera fundación de la Santa de Ávila. Cada vez que veo una imagen de la Virgen del Carmen suelo retratarla, si me dejan y llevo a mano la máquina de retratar o el teléfono móvil. Al verla, siempre le rezo por mi madre, que se llama Carmela. Y por algunas otras Cármenes que llevo en la mente. Y también, siempre, les dedico un recuerdo especial a las Madres Carmelitas Descalzas.

Y para llevarle las flores quiero llevar una buena comitiva. Por supuesto, mi madre portará un ramo. Otro, si la dejan salir de clausura para esta oca-

sión, se lo daré a la Madre Superiora del Carmelo de Burgo de Osma. Llevaré a alguna carmelita de las de Badajoz, que tienen el convento en la esquina de las calle Arco Agüero, que fue Capitán General, y López Prudencio, que otrora fuera calle Calatrava. Las hay también de Talavera la Real, por lo que podría venir la hermana de D. Francisco Maya, si lo tiene a bien, es decir, si la dejan exclaustrarse para poner a los pies de Nuestra Señora del Carmen otro ramo de flores. Con ellas, cuantas religiosas de vida contemplativa quieran venir, que serán bien recibidas por su amada Madre. Y acompañándolas dos Obispos: Don José María Gil Tamayo, Obispo de Ávila, y Don Celso Morga, mi Arzobispo, el de Mérida-Badajoz, que, por cierto, se ha debido despistar al leer mis crónicas, pues ayer no me felicitó. Ni hoy tampoco, al menos hasta este momento. Para dar fe, el Padre Torres, que es muy de monjas de clausura. Son tantas las “Carmelas” a las que podría invitar a dejarle flores a María que no atrevo a poner el nombre de ninguna, no sea que meta la pata quedándome alguna en el tintero, y dé lugar a celos, envidias y recelos, que todo puede pasar. Así que, vamos allá:



*En Carmelos enclaustradas,
recibe Madre estas flores
que son las pruebas de amores
de tus hijas tan amadas.*

*Que son blancas y amarillas,
son del alma su color,
que se entregan sin temor
en una vida sencilla.*

*¡Cuán fácil es el rezar!
Se entregan a la oración,
y se embargan de emoción
al contemplar tu mirar.*

(F. B. A. V-Z., 16 mayo 2020)

Día 64°

Domingo, 17 de mayo del 2020

¡Hoy he disfrutado!

Pues sí, he disfrutado hoy. Por varios motivos. Primero por despertar, lo que no deja de ser la mejor forma de disfrutar, pues sin ello nada de lo que acontezca después tiene sentido, al menos que yo sepa, que nunca he analizado, ni creo que nadie lo haya hecho, qué es lo que se siente si no despiertas. Después, Nines y yo, nos fuimos a pasear, el mismo recorrido que ayer. No lo alargué, por lo que luego contaré. Casi llegando a la rotonda del Carrefour nos cruzamos, y paramos, con Charo Sánchez Palomo, mi compañera de pupitre de italiano. El año que viene lo seguiremos ocupando, porque hemos decidido que vamos a repetir. Que no nos vengan con milongas de aprobados generales, ni con examinarnos de la materia dada hasta mediados de marzo. No. Repetimos y punto. No estamos en italiano más que por aprender, no por la necesidad de sacar curso por curso para obtener un título. Ya lo hemos decidido. Por mi parte, esto es una declaración de intenciones. De intenciones y de acciones, que repetir será una acción más de las que tengo claras, salvo que las cosas se tuerzan. ¿Más de lo que están? ¡Válgame Dios! Pudo Nines conocer a Charo, porque Charo sí sabía quién era Nines.

Por cierto, Charo me llevó anoche a la puerta de casa un regalo de cumpleaños: una tarta de chocolate estupenda. Como estaba a medio cenar cuando me la llevó, la probé anoche. Muy rica, suave, con tres chocolates deliciosos y una base de galleta molida que hacía las delicias con cada cucharada. Fernando Valbuena, esta misma mañana, me pidió que no abandonara la vertiente gastronómica de las crónicas, y dejara de vez en cuando algún apunte al respecto. Le hago caso. Y por ello os dejo aquí la tarta. La cuchara la ponéis vosotros. La de servir yo, que eso de meter cada uno su cubierto chupeteado en la tarta de la que hemos de comer todos, ni hablar. Ni con virus ni sin él. ¡Que no! Así que, si no tienes cuchara a mano, pasa de largo.



Llegados a casa tocó el baño. Reconozco que me entrego a mis abluciones con parsimonia, sin prisa ninguna, que la buena labor no quiere miseria. No alargué el paseo porque había quedado en llevar a Novelda del Guadiana al Padre Torres, párroco de dicha localidad. El Padre Torres anda aún recuperándose de una caída en la calle mientras rezaba el rosario que le “*desfandgó*” el brazo. Lo tengo dicho: los rezos tienen su sitio y su hora. Lo demás son riesgos innecesarios. Hoy era el primer de misa en la parroquia de Santa María Magdalena, de Novelda, después de la apertura de los templos el pasado lunes. No puede conducir aún, y como yo he pasado ya por varios mancamientos de ese tipo me ofrecí a hacer de mecánico, que es como se llamaba antiguamente a los conductores. Lo he recogido en el Seminario, donde vive desde que se decretó la pena de reclusión mayor a que nos vemos sometidos todos los españoles, ahora algo menos, a las once de la mañana. Se ha sentado en el asiento trasero derecho, en diagonal conmigo. Los dos con mascarilla. Cuando entiendo que hay que ponérsela, no lo dudo. Tampoco quería, si nos paraba la Guardia Civil, ninguna receta de más.

He disfrutado en el viaje a Novelda, a diecinueve kilómetros de Badajoz, y me daba la sensación que viajábamos a cientos de ellos. No había salido del casco urbano desde antes del 14 de marzo. Lo más lejos, al complejo Las Palmeras. Ambos viajeros llevábamos la misma sensación, de sentirnos libres

entre tanta maraña de horarios, tiempos, distancias, enredos y jactancias de quienes se creen dueños del tiempo de los demás. Nunca me ha parecido una cuneta llena de fusca tan bella. Nunca recordaba tan blancos los pueblos nuevos hechos al amparo del Plan Badajoz en tiempos de Francisco Franco. ¿Se puede decir así? Porque por mucho que quieran borrar la historia, no podrán. Porque por mucho que quieran callar, no podrán. Porque por mucho que quieran cambiar las cosas, no podrán. ¿O piensan algunos que lo mejor sería echar los pueblos abajo, hacerlos ruina, como están haciendo ahora con el país, porque fueron erigidos y levantados en una etapa en la que España emergió en beneficio de todos gracias a múltiples actuaciones emanadas de decisiones de gobiernos de gente con cabeza, con carrera, con su pensamiento puesto al servicio de la Patria y sus moradores, con empeño en mejorar las condiciones de vida de muchos que vivían en chozas? No, hombre, no. Podrán cambiar los nombres de las localidades, podrán borrar los rótulos de las calles, podrán tergiversar la realidad de los hechos, pero, por mucho que se empeñen, no podrán cambiar la Historia, ni a sus personajes, porque la Historia de España está por encima de intereses partidistas y consignas revanchistas. La Historia de nuestra Patria, desde los más recónditos tiempos, y no sólo desde el segundo tercio del siglo pasado, no se puede borrar, se empeña quien se empeña, porque, por si no lo saben algunos, lo escrito escrito está, y lo hecho no digamos, y es el relato de unos hechos que sucedieron como sucedieron y no como algunos pretenden que fueron. En todas las épocas y momentos se han cometido errores, y horrores, pero es justo reconocer lo que haya resultado positivo y bueno, que también lo hay, aunque algunos se empeñen en decir que no.

Sigo con el viaje. Casi nadie en las calles cuando fui al Seminario a recoger al Padre Torres. Jamás, he dicho, había visto los pueblos tan blancos. No quería olvidar ese apunte. Al pasar por Gévora me acordé de mi amiga Finita Hinojosa, que en su camposanto duerme el sueño de la Paz.

Sueño, pero de paz terrenal, es con el que soñamos muchos, que la cosa parece que está algo convulsa. Dicen que el fin de semana que viene se lía con manifestaciones de coches. Supongo que lo harán enarbolando banderas nacionales. Creo, y lo digo como lo siento, que se está dando un uso partidista a la Bandera. No digo que no la ponga cada ciudadano que sienta por ella

el respeto que merece en su casa, y en los balcones, siempre que la conserve con la dignidad que se requiere, y no deshinchada o descolorida, cuando no con un diseño impropio y casi irrespetuoso. La Bandera es uno de los símbolos de la Patria, con el Escudo y con el Himno, que por eso lo pongo en mayúsculas, y deben ser tratados como corresponde, y representan a todos los españoles, incluso a los que no piensan que así es. Pero hacer un uso partidista no me parece correcto. Y creo, honradamente, que se está haciendo. Muchos de los que ahora se abrigan con la Bandera, y la sienten como el bálsamo a sus males, pasan por delante de ella, en España o en el extranjero, y no la miran, no son capaces de volverse a ella, como yo hago, e inclinar la cabeza. O, como hice en Jerusalem, o en cualquier otra ciudad del mundo donde me la he encontrado en la recepción del hotel de turno: me giro, me cuadro con sonoro taconazo y hago la reverencia con la testa, *caput flexión*, reconociendo lo que es y sintiéndome orgulloso de poder besarla, tocarla, verla y, por supuesto, honrarla.

Además, me hace gracia que muchos de los que ahora la pasean sobre sus hombros, montadas sobre palos de fregona, queriendo decir que son los más amantes de la Patria, y pidiendo a voz y en grito la dimisión de los actuales gobernantes, cuando llegue la hora de las urnas se adocenarán y no se atreverán, a pesar del secreto de su actuación, a expresar la misma repulsa a la hora de la votación. Si los que tanto protestan en las calles, en las redes, en las conversaciones, son contrarios a lo que está pasando en la política, y dicen que son la mayoría de españoles, ¿cómo tenemos lo que tenemos? No deja de extrañarme el asunto, la verdad. Algo no me encaja. Nunca me he sentido vigilado al ir a votar. Y, además, me da igual, pero tampoco nunca el buen o el mal tiempo, la comodidad o la seguridad de que todo seguiría igual, ha hecho que me quede en casa. Otros, muchos, no pueden decir lo mismo.

Vuelvo a Novelda. Al llegar al templo nos dedicamos con Quini, un hombre bueno de esos que hay en los pueblos y que son el báculo más eficaz de los párrocos, a poner los cartelitos en los lugares donde se podían sentar los asistentes a la celebración. Me ofrecí, al ser de fuera y no tener compromiso, a controlar el aforo. Cabían cuarenta y dos personas. Sé que es difícil contentar a todos, y controlar los aforos en estas fechas. Tenía miedo. Sólo quedaban dos sitios libres cuando rezaba para que no llegaran, de pronto,

cinco o seis personas, pues a algunas habría que haberles impedido el paso. No me hubiera importado hacerlo, aunque ya tenía previsto dónde poder acoplarlas. Si hubieran sido más, no hubiera tenido más remedio que decir que no se podía. Y habría pedido al Padre Torres que dijera otra misa a continuación, si hubiera sido necesario. No hizo falta. Aseguro que recé para que no se superase el aforo previsto. La gente tiene que comprender que las normas de aforo no las ponemos nosotros. En el HOY leo que la parroquia de un pueblo permite reservar lugares por internet. No lo veo. No todo el mundo tiene acceso a ello. Hay que humanizar las normas, no informatizarlas. Conste que, como me gusta hacer las cosas bien, y no esconderme, le he comentado al párroco de ese lugar mi opinión al respecto. Sé que tienen los curas, hoy, un papel difícil, pero se hará llevadero si cuentan con un equipo de voluntarios a los que no les importe plantar cara a esta anómala situación. En Novelda ha ido todo de lujo. La gente se ha sentado donde se le ha dicho, han sido respetuosos con las normas. También a la hora de comulgar. Todos en la mano. Ya me preocupé yo de quitarle ese marrón al Padre Torres. Y también pedí que, a la salida, fuesen generosos en el cesto, que las iglesias llevan mucho tiempo cerradas, sin colectas, pero los gastos siguen corriendo. Además, de las colectas siempre se desvía algo para los más necesitados, y ahora, por desgracia, hay más que había antes. Estoy contento de haber colaborado: la gente ha respondido.

Hemos honrado a San Isidro, hemos cantado a la Virgen, los feligreses, de corazón, con emoción, han voceado vivas al patrón de los agricultores y del pueblo, a la Virgen de Guadalupe, patrona de la localidad. Al Padre Torres se le ha visto feliz, como sé que lo han estado muchos sacerdotes al poder celebrar misa esta semana que hoy termina. Y a Quini, el buen hombre de Novelda que está al cargo del templo, también. Y a la señora Amalia, que es la que inicia las coplas, no digamos. Se arrancaba a la primera de cambio. Ese es el pueblo de Dios. Cada uno con sus vivencias, con su forma de vivir la fe. A mí me dan una lección cada vez que participo en una celebración de estas. Hoy, en Novelda, para la historia: 36 mujeres, 4 hombres, 2 muchachos y 2 chiquillas, el Padre Torres y un servidor. Ah!, y el frasco de gel higienizante a la entrada de la iglesia.



Digo que hoy he disfrutado. Me ha venido bien, después del descaliento de ayer en Mercadona. Después de misa vimos unas mesas en la terraza del Bar España. Tenté al Padre Torres y... cayó en la tentación. No se resistió mucho, no. Bueno, ni mucho ni poco: no ofreció resistencia alguna. Nos sentamos los dos en una mesa. Y nos hemos tomado un par de tercios de cerveza cada uno. ¡Cómo nos han sentado! Eran las primeras que me tomaba al aire, fuera de casa. Con una de ellas, una tapita de queso; con la segunda, de jamón. No hemos pagado, nos ha convidado el Alcalde. Nos lo dijeron cuando ya se había ido el munícipe, por lo que no hemos podido agradecerle el agasajo. Y además, el bar, se llama España. ¡Viva España! ¡Viva el Bar España! La foto lo atestigua, y por eso la he puesto, porque nunca la satisfacción ha sido mayor: buena compañía, buena cerveza, en el bar España, con toda certeza, hay quien ha sentido que el cantar se despereza y que dice sin pereza que viva, que... ¡Viva España!

He vuelto a Badajoz, he dejado al Padre Torres en el Seminario y he vuelto a casa a comer. He visto a poca gente en la calle. No he oído las noticias. No me interesan. Dicen siempre lo mismo. Sí leo que Italia ya se ha hartado y da rienda suelta a la gente y a los negocios. Ya no sé qué decir, pues cada día

entiendo menos. Y veo que alguien, en España, se dedica a mitinear, como para intentar convencernos de lo buenos que son algunos.

Ayer Joaquín Murillo Álvarez me decía que no había hablado de Joselito, el Gallo, muerto el 16 de mayo de hace un siglo en Talavera de la Reina por un toro de la Viuda de Ortega. Poco tengo que decir que no haya dicho ya la historia de la tauromaquia. Su pugna con Belmonte, esa que nos quieren vender algunos historiadores de la tauromaquia pero que no sé si será tan cierta como dicen, pues no lo acabo de ver, digo que su pugna con el *Pasmo de Triana* revolucionó el toreo. Sin duda Joselito significó en el toreo algo especial. Su figura de leyenda, agrandada como la de todos los que mueren en la plaza, ha dejado escrita con letras de oro muchas de las pautas de la tauromaquia actual. Después vinieron otros a ratificar lo aportado por Joselito. Me decía Joaquín que se cumplía el centenario de la muerte del mejor de los toreros. Nunca he comprendido eso del “*mejor de*”, aplicado a cualquier cosa, máxime a un arte escénico que ha tenido actores tan buenos como él, cada uno con su sello personal que han aportado la diversidad de criterios de los que se surte la Fiesta. He leído de Joselito, he visto algunas películas antiguas, y fue, no me cabe duda, un gran torero.

Como fue un buen ganadero Cipriano Píriz, muerto en la madrugada de hoy a causa de una enfermedad. Tenía buena relación con él, y se va un hombre enamorado de la cabaña brava. Con su padre, Don Bernardino, y sus hermanos, supieron poner la divisa de *Las Noras* en los carteles más señeros de algunos momentos. Guardaré de Cipriano su simpatía y afecto para conmigo, siempre correspondidos. Descansa en paz, ganadero.

Me voy al mes de María. Me quedo en Novelda. He disfrutado allí, por lo que voy a sacar a la calle una de sus imágenes: la Virgen de los Dolores. No estoy muy ducho en ello, pero no creo que rompa norma alguna por llevar flores a María, llevar flores a porfía, a una advocación más propia de penas que de alegría. Pero resulta que esta epidemia ha dejado mucho dolor, patente en muchos sitios. Por ello hoy vamos a llevarle flores a la Virgen de los Dolores. Las rosas son también de Novelda, las otras no.

Podéis venir conmigo cuantos os sintáis afectados por el dolor de estos días, que la Virgen os cambiará las penas por alegrías. Y como se trata de Nuestra Señora de los Dolores, invito a cuantas Lolas y Dolores, queráis venir, pero no voy a nombrar a ninguna, no sea que me quede alguna en el tintero.

Bueno, voy a nombrar a cinco, por razones especiales, y lo siento: mis tías Loli Albarrán Marzal y Lola Tavira Vargas-Zúñiga, Lola Aguilar, mi prima Lola Ovando y Lola Valiente. Sumaros cuantas más queráis.



*La Virgen de los Dolores
tiene puñales clavados
por sus hijos, tan amados,
que son su ramo de amores.*

*Tristeza tiene el rostro,
de ver penar y sufrir...
Amparo vengo a pedir,
ante tu imagen me postro.*

*Señora de los Dolores,
que te quiten los puñales,
y donde tengas señales
Te coloco yo unas flores.*

(F. B. A. V-Z., 17 mayo 2020)

Día 65°
Lunes, 18 de mayo del 2020

Hoy ha llegado el primero de los tres...



Ya dije hace un par de días que en un corto espacio de tiempo esperaríamos Nines y yo tres nuevos sobrinos, tres nuevas alegrías en familias a las que queremos. Pues bien, son las cinco menos cuarto de la tarde, y hace poco más de un cuarto de hora que el abuelo del primero de los esperados me comunica que ha llegado. El abuelo es Fernando Martínez Pérez, a quien conocimos como Juez en Badajoz, concretamente en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 6, a donde llegó Nines destinada después de su paso por el Juzgado de lo Social número 4 de los de Santa Cruz de Tenerife, en el año 1991. De aquí Fernando marchó a Sevilla, donde sentó plaza hasta que se jubiló. Son, como dije el otro día al hablar de su familia, los Martínez

Nosti, nuestra familia en Sevilla. Bueno, en Sevilla y donde haga falta, porque el afecto y la relación no se circunscribe sólo a un lugar concreto. Bueno, pues a las cuatro y veintisiete minutos de esta tarde, dándole vueltas a cómo empezar la crónica, recibo un mensaje suyo, que me ha facilitado las cosas: “*A las 15.50 ha nacido Nicolás. Belén y el niño muy bien. Un gran abrazo*”. De inmediato lo he llamado para darles la enhorabuena. También es nuestra. Nicolás es Nicolás Razo Martínez, hijo de Félix Razo Martín y Belén Martínez Nosti. No sé si estas crónicas llegaran a ser historia algún día, pero, por si acaso, ahí está puesto. Y es la persona que, con menos tiempo de vida, ha salido mencionado. Hasta ahora.

Nicolás ha nacido en un tiempo extraño, en un tiempo en el que no se puede abrazar a nadie, salvo que vivas junto a quien quieras achuchar. En condiciones normales, el fin de semana que viene estaríamos Nines y yo camino de Sevilla, a conocer a Nicolás. No puede ser. Digo yo, salvo que el miércoles estalle en el Congreso la máquina de calcular votos a favor y en contra de la prórroga del Estado de Alarma (¡qué cansado estoy de algunas palabras, Dios mío!) y no se apruebe, y veremos entonces qué pasa. De todos modos, seremos prudentes, y esperaremos a conocer a Nicolás. Pero me da pena no poder abrazar a sus abuelos, a sus padres, a sus tíos... Al niño no lo tocaría, que no me gusta que se toque a los recién nacidos, que la gente tiene esa obsesión de tocarles los deditos de las manos, sin reparar dónde han puesto antes los de las suyas, que los mismo hurgas en el ollar que te quitas una lagaña de un ojo. ¿Asco? Pues es lo que hace mucha gente. Y por eso no me gusta que se toque a los niños recién nacidos. Ya habrá tiempo, que salen indefensos y hay que cuidarlos.

La generación de Nicolás estará marcada, a buen seguro, por unas normas que ellos no van a poner, pero que van a mantener. Tengo la plena seguridad de que las medidas de distanciamiento personal van a durar. Me hace gracia lo de distanciamiento social, porque es algo que mucha gente practica a lo largo de toda su vida. Conozco a personas, y no una ni dos sino muchas más, que guardan el distanciamiento social hasta con la imagen que tienen de frente cuando se miran a un espejo. No saben lo que se pierden. La cercanía social, la convivencia con personas que no son como tú, que viven en ambientes distintos, que tienen distinta forma de ver las cosas, que no han

tenido la suerte de tener la misma educación que tú, si es que la que tienes es una suerte, que no lo sé, o que no han tenido las oportunidades que a ti te ha dado la vida, gracias al esfuerzo de tus padres y que has sabido mantener después... digo que la convivencia con esas otras personas, a las que tenemos que reconocer que, a veces, miramos de arriba a abajo, es un tesoro que la vida nos ha puesto al alcance de la mano. Un periodista español, ya desaparecido, del que no diré su nombre porque no me gusta hacerlo si dejo a alguien en evidencia, decía de algunas personas que *“tenían la mala costumbre de tratar con gente de la clase media”*. Tengo a gala tener amigos, si es que eso se puede decir hoy, de diferentes posiciones sociales, de diferentes situaciones económicas, de diferentes niveles de cultura, de diferentes formas de hacer patente la educación recibida. Y lo considero un botín de incalculable valor. Quizá me sirviera, aparte de la educación recibida de mis padres, de mis abuelos y de las personas que con ellos colaboraban en nuestra educación, así como de los siempre queridos profesores de Las Josefinas, la Escuela Aneja y el Colegio Salesiano, el hacer el Servicio Militar, donde no eliges el compañero de litera, ni el comensal con quien compartes mesa, ni el colega con quien has de compartir ducha tal como Dios te trajo al mundo. Sé de algunos que no superaron todo ello y salieron del cuartel más gilipollas –con perdón- de lo que entraron. Son esos que se creen con derecho a mirar a los demás por encima del hombro, cuando no se dan cuenta que no les llegan, a los que mal miran, ni a la altura del zancajo.

Pero sé que la generación de Nicolás va a ser diferente. La de Nicolás, la de Ignacio y la de Julia, que a estos dos últimos los esperamos pronto ya con los brazos y las puertas del corazón abiertas. Se les educará con unas pautas distintas, propias del temor de lo que se ha vivido. Vendrán, en sus tiempos, en los que ellos manejen, más epidemias, más tinieblas que tendrán que sortear para ver la luz de la amanecida. Y sabrán aprovecharla, como hemos sabido hacer los demás en los tiempos en que nos ha tocado vagar de noche para llegar al día. La vida es, aunque digan que no, un camino de rosas. Igual que el matrimonio. Se dice que no lo es, pero yo digo que sí, porque se trata de ir eligiendo cada día una flor. Y un día te espinarás, pero otro de su aroma disfrutarás. Lo que hay que saber es coger la flor de cada día de tal forma que, sin perder respeto a la espinas, saber disfrutar de la flor. Y por cada vez que te

pinches debes saber que hay más flores que podrás apañar sin en tu carne sus púas clavar. Sé, Nicolás, que tus padres te van a dar todo lo mejor. Pido a Dios que, al igual a Ignacio y a Julia se lo darán, sepas aprovecharlo, como estos dos también lo harán. Que tengas suerte, que disfrutes de la vida y que Nines y yo, en su día, aunque caducos ya por el devenir de los años, lo veamos, lo sintamos, lo gocemos y, dando gracias, nos alegremos.

Pero el día no es gozoso sólo por el nacimiento de Nicolás. Mi madre, Carmela Vargas-Zúñiga de la Calzada, cumple 92 años, lo que no es poco. Y lo bueno es que lo hace en plenitud de facultades físicas y mentales. Así se puede llegar a los años que sean, lo que no quita para la vida se haya alargado más de la cuenta. Lo digo, y no es el caso de mi madre, que no ha conocido en sus hijos ni nietos desgracia física alguna, porque muchas madres, a esas edades, y a menos, han visto marchar a quienes según la ley de vida deberían haber visto marchar a ellas. Doy gracias a Dios por los años de mi madre. No puede ser de otra forma.

Pero un 18 de mayo nació una persona que ha quedado marcada la Historia de la Humanidad del último siglo, y creo que me quedo corto en el cómputo del tiempo. Hoy hace cien años que nació quien sería el Papa Juan Pablo II, hoy San Juan Pablo II. Poco puedo decir de un Papa cuyo papel en favor de la Iglesia Universal ha quedado escrito en miles y miles de páginas. Había que llevar la Iglesia a todos los confines del Planeta en aquel momento, y él supo hacerlo. Era preciso que en los confines del orbe se sintiera la unión con Roma, y él se lo propuso. Se sentía la necesidad, por parte de muchos católicos en los más apartados lugares de la Tierra, de recibir el aliento del Santo Padre, y él asumió para sí esa tarea. Ningún Papa ha viajado tanto como San Juan Pablo II. Cada uno de sus viajes era una manifestación de sumisión a la Cátedra de Pedro. Fue quien regó la savia nueva que necesitaba la Iglesia en aquel instante, que duró muchos años, siendo uno de los pontificados más largos de la historia del papado. Por eso hoy he traído a la fotografía de inicio la imagen de Juan Pablo II. Está tomada de una tabla pintada que me ha trajo mi amigo Juancho Zafra de Polonia, y que me dio el primer lunes de la cuarentena nacional. Bueno, cuarentena, cincuentena, sesentena, setentena... ¿ochentena? -¿se puede decir así?... Y a esa tabla le hice la fotografía que hoy tenéis al inicio. Si a alguien le gusta, se la mando por whatsapp. Sólo tiene que decirlo.

¿He hablado de libertad? Creo que sí. Todos reclamamos en los últimos días la libertad que creemos nos tienen cercenada. Creemos y constatamos, sin lugar a dudas. Pero todos tenemos que saber que la libertad no es un pasaporte para actuar de tal o cual forma, sin vernos sometidos a normas o disposiciones. Vivimos en una sociedad sujeta a normativa, guste o no. A pesar de ser libres nada nos garantiza que podamos tomar una decisión u otra sin invadir los terrenos de la libertad de los demás a ver respetada su propia libertad. La libertad, lo único que nos asegura es que nadie determine o limite nuestra capacidad de decidir o de actuar; y si es de actuar, dentro de los límites establecidos por la frontera que marca la libertad propia con la del vecino. Nos sentimos atacados en nuestra libertad, porque no podemos tomar ciertas decisiones, aún sin afectar a la libertad de los demás. Y nos sentimos atacados porque hay quien se ha creído con el derecho a manejar nuestro derecho a decidir, eso sí, siempre dentro de unos parámetros de actuación que, por el simple hecho de vivir en sociedad, debemos acatar.

Todos estamos a la espera de la resolución que se pueda tomar el miércoles en el Congreso de los Diputados. La decisión sobre una nueva prórroga puede condicionar en alguna forma nuestra libertad. Pido a Dios ilumine a los que han de tomar las decisiones oportunas que lo hagan pensando en el bien común, y no sólo en el partidista. Y si es que sí, bien; y si es que no, también, pero siempre que la decisión haya sido tomada en aras a la mayor garantía de libertad de los españoles dentro de las cautelas propias necesarias en la situación que vivimos. Pero no dejo de reconocer el peligro de una ampliación por el tiempo que el Sr. Sánchez ha solicitado. Podría decir el Sr. Presidente del Gobierno, pero creo que, aunque lo es, ese cargo le viene grande. ¿Grande? No, enorme. Se ha visto superado por la situación, pero se ha sentido obnubilado por su propia ambición. Ya llegó a donde quería, pero... ¿a cambio de qué? De todos modos, que Dios le ayude.

Terminando la crónica de hoy leo que, según parece, entre el Ministerio de Sanidad y las Consejerías de Sanidad de las Comunidades Autónomas deciden hacer obligatorio el uso de mascarillas, además de en el transporte público, en los lugares cerrados y en la vía pública si no se puede guardar la distancia de seguridad de dos metros. Visto ello, y en uso pleno de mi libertad, creo que voy a ir a muy pocos sitios, los imprescindibles y necesarios para

no morir de inanición o para que, por no tener jabón, me huela el alerón. No conozco enfermedad alguna cuyo remedio sea llevar un tapabocas. Me niego a ir a un bar, a una cafetería, a un restaurante. Claro, que entiendo que, en esos lugares, o se inventan mascarillas con un agujero para la pajita por la que sorber el caldo que bebas o a ver qué haces. Pero tampoco seré asiduo a conferencias, cines, reuniones, etc., donde tenga obligación de ponérmela. La usaré exclusivamente en los actos en los que deba estar en razón de mi trabajo o mi servicio a la Iglesia, o a instituciones a las que pertenezco. Y se acabó. Habrá que estar atento a la redacción de la norma, y sé que muchos la consideran un atentado a la libertad de las personas.

¿Nos vamos al mes de María? ¡Vamos allá! Hoy os traigo la imagen de la Reina de los Ángeles. Hice la foto en carnavales pasados, en Antequera, en la iglesia de los Remedios. Y la traigo hoy porque quiero ver en los angelitos que están a los pies de la Virgen a Nicolás, a Ignacio, a Julia, también a Carmen, esa niñita por la que tanto hemos pedido y que ahí va aguantando. Porque estos niños serán quienes sostengan, si no se tuercen a pesar de los desvelos paternos, la devoción a María, y los que, el día de mañana, podrán llevar las flores a porfía. Hoy, como no puede ser de otra forma, vendrán conmigo los padres de Nicolás, Belén y Félix, y sus abuelos. Ah!, y una hermana de su abuelo materno, Sor Meca, carmelita, que vive su vocación envidiable en un convento de Madrid, y que el otro día se me pasó incluir en la relación de la familia Martínez Nosti. Su sobrino Fernando, que está a las caídas, se encargó de hacérmelo saber. Y yo, en la crónica de hoy, de corregir. También vendrá mi madre, que hará unos pocos de paseos en esto de llevar flores, porque hoy es su cumpleaños. Y Nines, porque es su Virgen: Nuestra Señora de los Ángeles. Hay una imagen preciosa de la citada advocación, que también tengo retratada, que está en la Peña de Arias Montano, en Alhajar, en la sierra de Aracena. Pero esta de Antequera me salió mejor. Y, cómo no, aunque a paso lento, ayudada por su hija Belén, también vendrá mi suegra, que con su mano de mujer sencilla sabrá depositar ante los pies de la Virgen unas flores, con la esperanza de que sea su bisnieta Julia quien se encargue de regarlas y reponerlas.



*Reina eres, oh María.
Que a ti te lleva la flor
con ternura y con candor
quien esta tarde nació.*

*Es un ángel, Nicolás,
de tu corte celestial.
Y en su vida terrenal
con Tu amor lo cuidarás.*

*Con su flauta un musical,
que Belén, su madre, toca.
Toda nota será poca
A ti, Madre virginal.*

(F. B. A. V-Z., 18 mayo 2020)

Día 66°

Martes, 19 de mayo del 2020

Esto... ¿cuándo se acaba?

No he pasado buena noche, la verdad. No es que no haya dormido, no, porque soy consciente de no haber visto pasar las horas como hemos visto pasar los días, las horas, los minutos, los segundos... desde el 14 de marzo. Lo que pasa es que he soñado toda la noche. He soñado con las máscarillas, obsesionado con la obligación de llevarlas a todas horas. Me veía con mascarilla en la boca, en las orejas, en las narices, otras en los ojos, para resguardarlos. Incluso, hasta donde la espalda pierde su lindo nombre me veía con ella puesta. Quizá sea un buen invento para los albañiles y fontaneros, que no hay operario de esos gremios que no enseñen la hucha cuando se agachan afanosos a reparar la avería de tu casa. Además, sin recato alguno, a pesar de alguna alusión de la buena dama que lo contempla absorta diciendo que va a coger frío.

Me veía lleno de mascarillas por todos lados. No recuerdo haberme despertado sudando ni angustiado, por lo que he debido creer que formaban parte ya de la fisonomía humana. Ya no podremos decir *“¡qué mala cara tienes, fulanita!”*, y habrá que espetar *“¡que mal te sienta esa máscara de pico de pato, Masu!”*... Tiene guasa la cosa. Tanto que, al despertarme, me he pasado la mano por la cara varias veces para convencerme de que las mascarillas no formaban parte de mi lindo rostro. Al darme cuenta de que todo estaba como al acostarme anoche, y decidir que había que plantar cara al nuevo día, puse pie en la alfombrilla de que hay al lado de la cama. Me calcé las alpargatas de estar en casa; me puse, a ciegas, el reloj y las gafas; desconecté el despertador para que no sonara sin necesidad y despertara a Nines, y besé el crucifijo que fue de Madre Javiera y el Niño Jesús que perteneció a mi tía Pepa, hermana de mi madre, religiosa que fue del Sagrado Corazón, ya fallecida, y que me regaló la Madre Benjumea, otra de la congregación citada, cuando mi tía murió. La Madre Benjumea, María Benjumea Fernández-Angulo vivió más de cien años, ya ha muerto, y tuve el inmenso honor de estar presente, con mi madre, en los actos de su centenario. ¡Regalo de Dios la vida de las monjas citadas!

Salí a oscuras del dormitorio y cerré la puerta. Me incorporaba a un nuevo día. Me tomé las píldoras que hay que tomar en ayunas y me asomé a la terraza. No había ninguna luz encendida a las seis y cinco de la mañana en ninguno de los edificios que veo desde mi casa. Normal. Respiré profundo, pensando en que no sé cuánto tiempo me quedará para poder hacerlo a plena satisfacción. No se me iba el asunto de los tapabocas de la cabeza. Me fui al paseo, a las siete y cinco. Llevo una máscara en el bolsillo del chaleco, por si la cosa se pone fea, o por si entiendo que hay que ponérsela dada la situación en la que esté. Hoy mismo me la he puesto en tres ocasiones, luego diré. Ahora estoy de paseo. Menos gente que otros días. Sigo yendo por mi ruta normal, y por la acera por la que quiero ir. Mantengo la distancia al cruzarme. Al llegar a la rotonda de Las Vaguadas me he vuelto a casa, pues tenía hoy cosas que hacer temprano.

Antes de salir hacia el despacho, me acerqué a El Corte Inglés, que a Nines se le había acabado el agua de colonia. Usa Ô de Lancôme. Y no es cosa, en los tiempos que vivimos, de tener a las mujeres descontentas, al contrario. Mientras menos tragedias tengan en la cabeza mejor que mejor. Salgo de casa camino del despacho, pero paso por un edificio donde hay una consulta médica. Tiene a los pacientes esperando en el rellano de la planta, lo que no puede ser. Subí a la consulta, y tuve la suerte de que un compañero mío de profesión, que allí estaba de cliente, vio el manejo de la situación. Cuando llegué había una madre y dos hijos en el rellano. Llamé al timbre de la consulta y pedí hablar con un responsable. Llamaron al mismo y quería que me pusiera unas fundas en los zapatos, que me echara el alcohol y me pusiera guantes. Yo llevaba puesta mi mascarilla. Ahí entendí que debía hacerlo, y lo hice. Le dije que no me vestía de indio y que habláramos en la misma puerta, para decirle que el rellano de planta, aparte de estar prohibido su uso por la actual norma, no es la sala de espera de consulta alguna. Que acuda la gente previa cita, pero que eso no podía ser. Me dijo el facultativo responsable que habían pedido a los clientes que acudiesen solos a la consulta, pero algunos no hacen caso. Y yo le dije: *“A mí me da igual que vengan solos o acompañados, como si quieren traer a una banda música, pero en el rellano de planta no espera nadie”*. Y terminamos con la conversación, con el compromiso de que se solventaría el problema. Espero que así sea.

Llegué el despacho y allí estaba Manuel, mi compañero. No coincidíamos desde el inicio del estado de confinamiento. Tras algunas cosillas en el despacho, nos encajamos andando a San Roque, al final casi, a las oficinas de *Azulae*, que son los mejores informáticos de Badajoz, y, seguramente, de España. Son los míos. Dejé allí un ordenador que quería que me actualizaran y nos volvimos por el camino andado. Por supuesto, para entrar en la empresa me puse la mascarilla. En la calle no.

Hemos visto en las calles, en San Roque, gente como no había visto muchos de los días anteriores al inicio del encierro. Y de todas las edades. No entiendo, pues, ya tanta norma reguladora de horarios y franjas de comisarios. Porque hay quien vigila al vecino y se chiva. Se le tenía que quedar la lengua de piedra al acusica. Al regreso vimos unas mesas en el bar La Esquina, y decidimos tomarnos una cerveza. Fueron dos. Y una ración de bacalao rebozado. Ahora mejor los fritos que otra cosa, que el aceite hirviendo lo mata todo. La hemos disfrutado Manuel y yo. Era la primera ración en la calle desde el 14 de marzo, día en que tomamos lo último no recuerdo dónde. No sé si estaba buena o no, pero a nosotros nos ha parecido la mejor fritura de bacalao del mundo.

Yo estudié Ciencias Naturales. No sé cómo se llama ahora esa asignatura, pero no me afecta, puede llamarse como quiera. En mis tiempos, cuando se estudiaba el cuerpo humano, del que ciertas partes se pasaban algo por alto, supongo que para evitar transgresiones a la moralidad de la época, y porque no hacía falta que te las enseñaran, que las ibas descubriendo entonces poco a poco con el transcurso de los años, digo que cuando se estudiaba el cuerpo humano nos enseñaban que el hombre, al respirar, aspira por la nariz aire puro, o impuro, depende de los tugurios donde ande metido, lleno de oxígeno, y que revitaliza los pulmones, y se expira por la boca, y se exhala anhídrido carbónico. Eso entonces era así, a no ser que el cuerpo humano haya cambiado también las formas de hacer las cosas con la misma frecuencia que los mandatarios actuales cambian las normas de uso, desuso o abuso de máscaras o bozales. Vale, sigo con el tema. Y siempre se decía que no era bueno respirar aire viciado, que podía causar problemas en los pulmones, o dolores de cabeza. A lo mejor todo ello ha sido superado por el devenir de los tiempos. Pues bien, ¿puede alguien explicarme qué obsesión hay de que aspiremos aire viciado? Por favor, que no me diga nadie que el aire que expulsamos des-

aparece del tapaboca en un instante, porque no me lo creo, según he podido comprobar. O sea, puede que nos salvemos de coger el virus, pero nos estamos haciendo daño a nosotros mismos. Voy a ir terminando por hoy con este asunto, porque ya no sé qué más decir. Pero... ¿podría alguien decirme por qué no han sido obligatorias cuando había cientos de muertos y contagiados al día y no ahora, que parece que la cosa se va suavizando? O soy muy torpe o no me entero, la verdad. Ah, y conste que me la he vuelto a poner esta tarde, cuando he tenido que ir a controlar un desatascos en un edificio.

La cosa está caliente. Ya se mandan recaditos algunos políticos entre sí. Y hablan de escraches y de sicarios. Lo que nos faltaba. A este paso, cualquier día, se vuelve a oír en el Congreso aquella famosa frase de *“este hombre ha hablado por última vez”*. El ambiente está caliente, muy caliente. Lo constato en la calle. He ido tomando el pulso a mucha gente desde que comenzó el confinamiento. Esta tarde he cogido un taxi -también me he puesto el bozal-, y en conversación el taxista he notado que los ánimos están encrespados. No hay ilusión, los trabajos no facturan lo que debieran, a algunos le falta el pan para sus hijos, y todo ello crea un ambiente hostil contra cualquier decisión que puede estallar en cualquier momento. La charla con el taxista, mejor dicho, la taxista, que era una conductora, me ha quedado preocupado. Me dice que no ha oído a nadie que haya transportado que esté llevando esta etapa de nuestras vidas con tranquilidad de espíritu. Unos tienen miedo físico, otros psicológico, hay quien aparenta normalidad pero le tiembla el habla cuando lo dice, y hay muchos, me dice, muchos, que sueltan por la lengua lo que daría miedo que llevaran a la práctica. Hay un ambiente extraño en la sociedad. Ella me decía que no entendería que, de la noche a la mañana, se anulara el estado de alarma si no le salen al Gobierno las cuentas mañana. Dice que cree que es mejor ir ya poco a poco, pero reconoce que hay mucha gente, y así lo ha comentado con otros compañeros del sector, que está dispuesta a lo que sean con tal de acabar con esta situación. En Italia han vuelto a amenazar con el cierre de los bares y restaurantes ante la falta de seriedad en el cumplimiento del famoso distanciamiento. Y cuando veas las barbas de tus vecinos cortar pon las tuyas a remojar. Me estaba gustando la conversación, tanto que le pedí que diera un pequeño rodeo, con la excusa de pasar a ver si habían puesto una cosa en un edificio. No necesitaba eso, pero quise coger el pulso a un colecti-

vo que son confesores de mucha gente, que cuando el taxi arranca hay quien suelta hasta la fe de bautismo por la boca. Llegado a mi destino, cuatro euros y cincuenta céntimos después de salir de la parada que hay junto a mi casa, me quedé con ganas de seguir hablando con la taxista. Y eso que es la misma que me llevó, en noviembre del 2012, al Infanta Cristina el día que mi padre se estaba muriendo, y le hube de advertir que quería llegar a ver a mi padre vivo antes que morir en el intento. ¡Da unos volantazos! No digo la licencia así me aspen, que no es cosa de hacer daño. Además, hoy me entretenía la conversación, por desgracia.

Noto que se han perdido el respeto los políticos. Nunca se lo han tenido, sobre todo desde que entraron en política personas que han tomado la tribuna de oradores como una cancha de boxeo. Prima el “*y tú más*”. Pase que los ciudadanos de a pie se lo perdamos, porque con sus decisiones nos exasperamos, pero que llegue un momento en que se lo pierdan entre ellos, entrando en luchas dialécticas que son la pólvora que hace estallar los cohetes de sus seguidores, me preocupa. De la pérdida de respeto al resto, hay un paso. Además, perderle el respeto a un político es perderselo a quienes lo han votado y lo han llevado al escaño en el que está. Un político defiende, o debe hacerlo, que el que lo haga es otra cosa, los intereses de muchos españoles, por lo que difundir proclamas o amenazar con actuaciones, o contestar chulescamente como en lucha de patio de vecinos, supone un ataque a parte de la ciudadanía. Y eso es, sencillamente, intolerable. Eso pasó en España hace ya muchos años, y espero que no se repita, aunque en la mente de muchos mayores, que aún viven, está el miedo al recuerdo de aquellos tiempos funestos. Habrá que esperar a mañana, a ver las trágalas que mañana se dirigen unos a otros.

Nos vamos al mes de María. Hoy, esta mañana, recibí unos mensajes de Belén Martínez Nosti, la madre de Nicolás, dándome las gracias por el recuerdo ayer a su recién nacido hijo y su familia, que también es nuestra de alguna forma. En uno de los mensajes me enviaba una fotografía de la Virgen de las Mercedes, de Mairena del Aljarafe. Es una Hermandad de Gloria, por lo que bien cabe en este desfile de advocaciones. La familia de Félix, su marido, son miembros de la hermandad. Y lo será Nicolás, me dice. Así que hoy no voy a rebuscar en mis archivos, y sacaré a la Virgen de las Mercedes. Como no podemos ir a Sevilla a ver al niño y a los padres, y al resto de la familia, pues le

ponemos flores a la Virgen que Belén me ha enviado. Y se las ponemos blancas, sensación de limpieza, porque deseo que este niño tenga una vida limpia de interferencias como nosotros tenemos, aunque sea por poco tiempo en relación a nuestras vidas, y pueda disfrutarla en plenitud. Después, a lo largo de su existencia, ya se encargará él de ir coloreando las diferentes páginas de su vida. Lo único que le deseo es que acierte con el color.

Vendrán Belén y Félix a llevarle las flores. Aunque me huelo que se apuntará el resto de la familia, que son piña. Hacen bien. Y como es la Reina de las Mercedes, voy a invitar a una buena amiga, que le gusta leer las crónicas, y que hoy, cuando se lea, se llevará una sorpresa. Es Mercedes del Pueyo Cortijo. Y también le voy a pedir a Emilio Cruz Villalón que se acerque conmigo a Mairena del Aljarafe, a la salida de la Virgen, para que, en nombre de su madre, Mercedes Villalón Villalón-Daoiz, que es como hermana de mi madre, le ponga alguna flor. Seguro que a mi madre le gusta el ofrecimiento. Pues vámonos. Quizá en el camino suene una melodía que dice: “*Sevilla tiene un coló ehpesiaaaaá....*” ¿Te acuerdas, Belén?



*De las Mercedes, Señora,
Virgen gloriosa y bendita
que Mairena te recita
te canta, reza y te implora.*

*En este mes, Madre santa,
a tus pies te ponen flores,
son signos de los amores
a la imagen que le cantan.*

*Dirígele tu mirada,
ábrele tu corazón
al pueblo que en emoción
te tiene por Madre amada.*

(F. B. A. V-Z., 19 mayo 2020)

Día 67º

Miércoles, 20 de mayo del 2020

...Illa, Illa, Illa... Illa mascarilla!

Se me hizo oír ese grito en la fuente... Sería eso de media madrugada, pero aunque miré la hora tenía la mente confusa como para retenerla. Me asomé a la terraza, no vi a nadie, ni en la fuente ni en sitio alguno. Pensé que sería un sueño. Esto me está empezando a afectar a la mollera, me dije. Volví al catre, todo a oscuras, que soy capaz de moverme por mi casa sin un solo tropiezo en la negritud de la noche. Me eché, todo lo largo que soy, y no tardé en volver a cerrar los ojos. Mientras los cierres tú es buena señal; el problema viene cuando alguien te los tiene que cerrar. Como no tenía seguridad de haber cumplido con un amigo, dediqué una jaculatoria y añadidos a la memoria de Don Pedro Murillo Retamar, pues ayer, cosa que yo no sabía, hubiera celebrado su santo, aunque la gente lo felicitábamos el penúltimo día del mes de junio. Su hijo Joaquín me lo aclaró ayer, y le aseguré el recuerdo a su padre, buena gente. Era una enciclopedia abierta del toreo. Si tenías prisa, mejor no preguntarle, porque era de esas personas, y a mí me pasa igual, que cuando explicaban algo lo hacía con tranquilidad, sin correría, pero con mucha sabiduría. Nada me molesta más que cuando alguien me pregunta algo y empiezo a contestar, echando mano de cuantos recursos considere preciso para una mejor explicación, me cambien el tercio y cuestionen otra cosa porque empiecen a considerar que mi respuesta es larga. ¡Pues que no pregunten!

Vuelto al sueño, volvió el jaleo. Otra vez la algarabía. Parecía la noche en que festejaban -¡qué tiempos aquellos!- los triunfos de la Selección Española de Fútbol en la fuente de mi plaza. Ahora la llaman “la Roja”. En mis tiempos “la Roja” era la *Pasionaria*. La bulla no me dejaba dormir, así que decidí unir-me a la fiesta. Volví a la terraza, a oscuras. Nadie en la calle. Ya empezó la cosa a mosquearme. No podía ser que oyera el grito ese de “Villa, Villa, Villa, Villa maravilla”, en homenaje al autor del gol del triunfo y no hubiera nadie que lo coreara a la vista. Esta vez no volví a la cama rápido, me quedé en el salón, con la mano apoyada en la cabeza del toro de bronce que me regalaron María Je-

sús Lostau e Ignacio Castresana. Esperé cinco o diez minutos, aunque bien no lo sé, que en el silencio de la noche el tiempo parece no correr. Seguía sin oír nada, pero me asomé a la terraza. ¡Nada! Así que me volví a acostar. Quedé tranquilo el resto de la noche, hasta que a las seis en punto me tembló el reloj espía, ese que controlan los americanos, querida Susana Sánchez Herrera.

A la hora de todos los días a la calle. En el portal volví a mirar a la fuente, por si acaso. Al poco de empezar empecé a barruntar si no habría sido un sueño lo mío. No sé. He hecho la ruta de siempre. Creo que la Armada me puede contratar de buzo. Practico la apnea a lo largo de todo el camino unas pocas de veces, más de lo que sería conveniente. Cuando me cruzo con alguien que me pone cara de perro pachón, tiempo antes de llegar al momento del cruce, a pesar de que dejo distancia de sobra entre ambos, cierro la boca y contengo la respiración. El problema está cuando me cruzo con alguna pareja que va jugando a tapar la calle. Ahí guardar las distancias es más complicado. Creen que la calle es suya, cuando es de todos. Vuelvo a la apnea. No miro a nadie a la cara, que ahora es peligroso mirar a la gente a los ojos, tanto o más que a los gatos, que le oí a mi padre una vez que no se les puede mirar a los ojos porque te pueden saltar a los mismos. Tampoco perderlos de vista, que son animales traicioneros. A los progres de hoy les gustan mucho. A mí, lo que me gustan, son las lenguas de gato, las de chocolate, que mi abuela María Pepa guardaba en su armario, como preciado botín, y que nos daba alguna que otra cuando empezaban a oler a fragancia un poquitín.

Cuando me disponía a salir de casa me llegó la solución al vocingleo nocturno. Mi amigo Cecilio Venegas Fito, farmacéutico, me remitía la normativa del uso de las mascarillas. Ya barruntaba yo algo de madrugada. Eso era. Me siento acorralado. Casi estoy por comprarme un casco de motorista, o de buzo, de esos de escafandra que aparecían en las portadas de los cuentos de *Tin Tin*. O quizá, lo mejor, voy a encargar a Javier Rodríguez, herrero de Olivenza, que me haga una especie de miriñaque de dos metros de radio para que nadie invada mi terreno. Me temo que, en Badajoz, con calles y acerados normalitos, no se podrán guardar los dos metros de distancia. No sé cómo lo controlarán, pero me veo a los municipales, o a la secreta, con un metro en la mano y una vara de avellano para evitar que la gente se pegue tanto unos a otros. O quizá, puestos así, al Señor Alcalde, para ser los peatones iguales que los hosteleros con terraza con posibilidad de ampliación de espacio, quizá se

le ocurra peatonalizar algunas calles para que podamos circular holgados por la calzada. O, también, se pueden establecer itinerarios, y, así, si tengo que ir al Palacio Episcopal me obligarán a realizar un trayecto turístico por Badajoz para guardar las distancias. En fin, que veo en todo esto de las máscaras de zorro y morro un cuento de pan y pimienta.

Porque resulta que quien corre o hace bicicleta no tiene que llevarlas. O sea, que uno que se entrena para la maratón te adelanta rebufando por los belfos como una locomotora como la que trajo a Don Juan Carlos I a España, cuando era Príncipe de Asturias, te tragas la carbonilla que el fulano va despidiendo sin consideración alguna, porque no tiene que llevar máscara ninguna. Que yo sepa, corriendo es cuando más se despiende por la boca de la cara, dado el esfuerzo realizado. Confieso que me tiene obsesionado el tema. Más que nada porque no le veo tanto sentido, por mucho que lo pienso. Ya he dicho que me la pongo las veces que sea preciso cuando lo veo necesario. Espero que Dios me ayude, y me mantenga la cabeza firme en sus cabales. Mejor dicho, en los míos.

Ayer hablaba del nivel de crispación entre los parlamentarios en el Congreso. Hoy, sin ir más lejos, ha sido de vergüenza, lo miraras desde la bancada que lo miraras. Para escuchar arrebatos propios de peleas de barriobajeros es mejor que lo cierren. Total, para lo que está valiendo. No veo oposición. Pero lo curioso es que no la veo ante un Gobierno que no sabe por dónde anda, con lo fácil que sería ahora plantar cara si hubiera una oposición consolidada y firme, coherente con la defensa de sus principios y planteamientos programáticos y que ofreciera soluciones. Si por mí fuera, ahora mismo, mandaba a toda la actual nómina de parlamentarios a cavar con un zacho, que se iban a enterar de los que cuesta trabajar para después ver cómo a casa no puedes el pan llevar... porque no te lo dan. Y, sin embargo, habiendo gente que suda para encontrar la salida al agobio que ahora viven, sus representantes, que son también los míos, se enzarzan en dialécticas que poco difieren algunas de la expresión que ayer recordaba: *“Este hombre ha hablado hoy por última vez”*. Y así pasó. Es de vergüenza. Todos. No salvo a nadie, a nadie. Una que pregunta a otro que si la está amenazando; otro que le dice, según parece, que se va a enterar -¿se habrá quedado con su cara y sabrá dónde vive, como nos decíamos en las peleas de barrio cuando éramos pequeños?-, la de más arriba erre que erre con los presos catalanes y no sé qué libertad sin ira, libertad, para las catalanas; otra que saca a relucir los escraches

del año catapúm, chimpún, como me gusta el verano... El mandamás diciendo que si no lo apoyan se comete insulto a la inteligencia... ¡Por favor!

Hace años, concretamente en el 2008, a la primera reunión que asistí como Jefe de Protocolo para organizar la procesión del Corpus Christi, nos reunió Mons. Santiago García Aracil (+) a un grupo de personas, todos clérigos salvo un servidor. Se empezó a hablar de los previos al desfile, pero, no sé por qué, la diatriba se desvió a cuestiones capitulares catedralicias que nada tenían que ver con el tema que nos había reunido. Yo miraba atónito a unos y otros, hasta que las miradas de Don Santiago y la mía coincidieron en el mismo plano. Algo debió leer en mis ojos el Pastor cuando, de repente, dio un puño sobre la mesa del Salón del Consejo de cuyo estruendo tembló hasta la Inmaculada del cuadro que preside la estancia. Y, en el silencio asustado que se hizo, se oyó la voz del Señor Obispo: “*Pero, ¿qué es esto, Vicario General?*” Y el Vicario General de entonces se quedó como una estatua de sal ante la salida del Prelado, al cual, dicho sea de paso, no le faltaba razón. Y si le faltaba yo se la daba.

Pues algo así debería haber hecho la Presidenta del Congreso, de no ser estómago agradecido de la política. ¿No se trataba hoy de la petición de prórroga del Estado de Alarma? ¿A qué vienen otras cosas? Aburren, todos aburren. No tienen ni gracia, como la que en otras épocas eran santo y seña de las intervenciones de los políticos, de algunos de los cuales se sabía de su frescura personal cuando otro le hablaba del uso de calzoncillos largos, siendo contestado por el frescales al descubridor de la ropa interior de su señoría acerca de la indiscreción de su señora. Ahora no saben más que lanzarse a la carnaza como fieras. Eso pasa porque a los escaños del Congreso, y del Senado, ha llegado cualquiera. Así nos va. Ojo, que nos podía ir peor.

Hoy se ha aprobado la prórroga buscada. Y, tengo la plena seguridad de que no será la última, digan lo que digan los demás... Estoy plenamente convencido de que nos llevan a casi fin de junio con los añadidos quincenales. Ojalá me equivoque, pero lo tienen todo estudiado. Saben lo que quieren, y me da que lo consiguen, salvo que la respuesta social en las calles, y no animo a la revuelta, conste, sea tal que les afecte de lleno, si es que tienen entrañas en las que puedan sentirse afectados. Tienen una meta, y van a por ello. Quieren algunos elementos del Gobierno hacerse con el timón, vista la flojedad de parte de la dotación del puente de mando. Y lo van a conseguir. Al tiempo.

Y quieren gobernar decretando sin posibilidad de respuesta de la oposición. Tengo la plena seguridad de que lo que se apruebe durante el Estado de Alarma no va a ser nada como lo que se acuerde si consiguen ampliar las prórrogas más allá de fin de junio. Claro que, digo yo, lo mismo que a muchos españoles les va a tocar trabajar en verano, pues ahora han estado, por desgracia, mano sobre mano, podían habilitar los meses del estío para sesiones en las Cortes. Total, se debe estar fresquito en el Palacio de la Carrera de San Jerónimo. Y si se quedan sin playa, vaya, vaya, que sepan que así se van a quedar muchos españoles, que van a tener que empeñar hasta la sombrilla de la playa.

En mi opinión, y asumo que puede estar equivocada, creo que ya se debe levantar el estado actual. No tiene sentido en muchas cosas. Para lo único que vale es para lo que he dicho antes. Me repito sobre lo dicho estos días atrás. Además, se está jugando con el miedo para hacer política. Que se lo pregunten a la Presidenta de la Comunidad de Madrid. Es lógico que una ciudad muy poblada tenga más riesgo que otra de poca población. Pero eso es en todo, lo mismo en que te trinque el virus que en que te arrolle un Pegaso. Y no por eso se prohíbe a la gente salir a la calle. El Covid no se va a ir de aquí, hay que acostumbrarse a vivir con él. La vida es un riesgo, en todo, y ese riesgo hay que asumirlo.

Como asumo que el año que viene repito curso de italiano. Han suspendido los exámenes. Dan la posibilidad de optar a una evaluación continua por el profesor, a los que hayan ido a clase hasta el 13 de marzo, o permanecer en el mismo nivel. Yo lo tengo claro, y así se lo voy a decir a la *proffessoressa*, Chiara. Yo repito. No estoy en clases de italiano para obtener un título o una credencial de un nivel. No. Estoy por aprender. Y no me parece ético por mi parte admitir el aprobado, si la evaluación continua así lo permite. Ni tampoco voy a poner a la maestra en la situación de tener que hacerlo. No. Repito. No pasa nada. Reconozco a mis compañeros que han seguido las clases por el televisor del ordenador un mérito que debe tener su recompensa. Yo me conecté dos días, no creo que llegara al tercero. No. No me importa seguir en infantil. Allí me veré con mi compi, Charo. Y puede que alguna compañera más. En femenino, porque creo que mis compañeros pasarán. Y me alegro que lo hagan.

Cuando salí del despacho a mediodía, cerca de la una de la tarde, que tuve que ir a la Delegación del Gobierno, vi, en la plaza de San Atón, una estampa que me quedó cuasi petrificado, viendo hasta el punto que llega el amor que se

tienen algunos. Una pareja, uno y una, que hoy hay que especificar, se daban un beso de cine con las mascarillas puestas. Ya sabéis lo que quiero decir, ¿verdad? También se decía de chicle, pero con los tapabocas puestos poca goma de mascar se puede masticar. Lo cuento como lo vi. La gente no tiene recato. Digo yo.

Hoy, para el mes de María, nos vamos a ir algo más lejos. Nos vamos a Roma. Concretamente a la Basílica de Santa María la Mayor, donde vamos a colocarle flores a la Reina de la Paz, a esta bella escultura de la Virgen con el Niño. Merecen los italianos que compartamos con ellos nuestras flores, que también lo han pasado mal. No serán las únicas flores que vayamos a colocar a los pies de alguna Madonna italiana. La foto la hice en nuestro viaje a Roma en el año 2008. Fuimos Nines y yo. Nos alojamos en un hotel de la Vía Giulia, el *Saint Georges*. Cerca del Vaticano. Y del Campo de Fiori. Era la primera vez que íbamos a Roma. Antes habíamos estado en el Lago di Garda, adonde nos fuimos en el coche, en el 2005, y corrimos todos aquellos parajes. Después han caído Florencia, Pisa, Siena, San Gimignano, Verona, Turín y alrededores, Lago Maggiore... Nos gusta Italia. Hoy, para recordar el viaje, vamos a ir Nines y yo solos a llevar las flores. Bueno, está bien, venid los que queráis, no hay problema.



*A Roma nos hemos ido
con flores a ti, María,
que en tus brazos sonreía
el Niños Dios tan querido.*

*De España flores llevamos
en esta nuestra escapada,
Madre de todos amada,
y a tus pies las colocamos.*

*Mira a esta tierra, Señora,
mírala con compasión
que con devota oración
la paz, oh Madre, te implora.*

(F. B. A. V-Z., 20 mayo 2020)

Día 68°
Jueves, 21 de mayo del 2020



A quien madruga Dios le ayuda...

Eso pensé anoche, y me planteé salir antes al paseo de rigor, que con los mandatos médicos soy cumplidor. Así que la píldora del tiroides me la tomé a eso de las cinco y media de la mañana, aprovechando una de las giras al baño que suelo hacer durante la madrugada. Bebo mucho a lo largo del día, así que... ya se sabe. Pensé que con ello podría desayunar en torno a las seis de la mañana o poco después, nada más levantarme, y salir escopeteado antes de las siete, con lo que me encontraría a menos gente. Pero me han fallado los cálculos, porque he tardado algo más de la cuenta en encontrar a la Virgen a la que hoy llevaremos flores. Así que he salido a las siete en punto. Mañana lo arreglo y salgo antes. Al tiempo.

Mirad, antes de seguir, el sol ya amanecido. Viene a decir que siempre se impone a la oscuridad. Vendrán las nubes, oscurecerán nuestros pensamientos, pero volverá el sol y fortalecerá los sentimientos. Es testigo de todo el ciclo de nuestra vida. No ha fallado nunca. ¿Cuántas senaras habrá visto cosechar después de ser sembradas en su día? Nadie puede con él. Nos ilumina, nos da fuerzas, nos insufla valor y nos regala el calor, el que necesitamos para vencer a frío con el que a veces se nos hiela el alma. Me gusta mirar al sol, poner cara al sol, y cantarlo si hace falta aunque sea con la camisa vieja... de caminar. Hablo con él, le cuento mis pesares y siempre me responde con uno de sus rayos de luz y de esperanza. Mientras veas el sol cada mañana nada malo puede ocurrirte. Pero hay que ir a buscarlo, hay que levantar la persiana que a veces ciega nuestra vida porque no sabemos -¿o queremos?- tirar de la cuerda para que nuestros ojos vean la Luz del mundo. Puedes verlo al salir o al esconderse, o cuanto está en el cenit, da igual. Siempre podrás abrirle la persiana de tu corazón para que caliente las tinieblas que a veces nos atenazan y no sabemos cómo soltar. ¡Busca el sol, busca el rayo! Te alegrará el día, te dará cuenta que la oscuridad es, solamente, el resultado de no querer buscarlo. Por difícil que sea la situación que vives, siempre el sol te alegrará aunque sólo sea el momento en que sientas su rayo calentar tu corazón.

Como no quiero descaliento alguno con ningún agente de la autoridad, porque si digo agente del orden se me viene a la cabeza aquello de orden más contraorden igual a desorden, digo que como no quiero que alguno se vea en el brete de tener que tirar de receta, hoy me he llevado una mascarilla. Una de los tres o cuatro modelos que tengo, que lo mío es gordo. Protesto por ello, pero no tengo en casa menos de docena y media... por si a alguien le hacen falta. Como hago el firme propósito de guardar la distancia de seguridad, y que la guarden conmigo, que para eso llevo una garrota, como ha podido comprobar Don Juan Carlos Domínguez Arciniega, enganché la goma del tapaboca a la correa del reloj normal. Y digo normal porque, aparte de éste, llevo el de la CIA. Nadie me ha dicho nada. Me he cruzado con los mismos de siempre, y he ido por la acera por la que voy siempre. Tendrá que sacar Illa Mascarilla una orden para que cambie mi "*hache cabache*". No he tenido el mínimo problema, aunque hay gente que se cree dueña de la calle, porque, en las circunstancias actuales al menos, deberían ser conscientes de que es

preferible ir en fila india cuando te cruzas con alguien que no, como dije ayer, jugando a tapar la calle, viniendo poco menos que en columna de batallón. Poco cuesta, a cierta distancia prudente, sin exagerar, ponerte en fila con tu compañía y así no ocupar todo el ancho del acerado.

Cuando voy camino de la rotonda de entrada a Las Vaguadas me cruzo, todos los días, con un médico ya jubilado de aquí de Badajoz, tremendamente antipático, incluso grosero en su trato, cuyo nombre no diré por mi norma de no quedar mal a nadie. Pues bien, debe estar medio obsesionado, rayando en la paranoia, porque cuando me ve de frente empieza a dar saltitos a izquierda y derecha, como bailando la *yenka*, al tiempo que examina mi derrota, se conoce que para salvaguardar el espacio aéreo que le permita cruzarse sin riesgo alguno conmigo. Y, *a más a más*, como dicen los catalanes, y nunca he sabido que quiere decir eso, en el momento del cruce, que yo suelo bajarme al asfalto por respeto, aunque me arriesgo a que me ensarte un coche como a una sardina en un espeto, digo que en el momento del cruce contorsiona el cuerpo de tal forma que no da contra los cardos, la fusca y el rastrojo que tiene a su derecha de verdadero milagro. Y a mí me entra la risa. El día menos pensado con el bastón doy un par de golpes en el suelo al cruzarme con él, lanzo un grito a lo *Tarzán de los Monos* y sale fugitivo el jubilado galeno de tal forma que no para de correr campo traviesa hasta Los Montitos, como poco. Prometo que lo he pensado. Bueno está, le perdonaremos el disgusto. Por hoy, que mañana no lo sé.

Después, a lo largo del día me la he puesto en algunas ocasiones, he sido bueno, cumplidor con la norma. No como otros, que ayer, antes de conseguir el beneplácito de un partido concreto para obtener la prórroga, y al que han engañado como a chinos –creo que este refrán va a tener que desaparecer, porque me da que es al revés– habían firmado un acuerdo de derogación de legislación de periodos anteriores, que se callaron como lo que no quiero decir, y después, conseguido el objetivo, lo cacarean. Pero no queda ahí el tema, para que se vea la formalidad de las criaturas, pues andando la noche dicen que donde dijeron digo dicen Diego y al revés, y ha salido el de los pelos largos en la nuca, “*arrecogidos*” en cola de jaca colina, para decir que “*nanai*” de la China, que lo firmado firmado está. Este es el plantel de la gente que tenemos al frente de la Nación española, que ha pasado de ser Una, Grande y Libre a estar partida y dividida; pequeña, porque la desunión nos hace mínimos ante la adversidad; y

de libre nada, porque estamos agarrados por el pescuezo por la incompetencia y nulidad de quienes tienen la obligación de hacer de España, nuestra Patria, la suya, la de todos, una tierra donde la libertad de las personas sea el santo y seña de su existencia. Y eso, ahora, nos guste o no admitirlo, no es así. Nos tienen limitados los movimientos, nos tienen vigiladas las opiniones. España es hoy, no sé mañana, un país acogotado por el miedo, por la imprevisión del futuro del día siguiente, sometido a la limosna del poder para aquellos que antes gozaban de cierta comodidad, y que la dará como si fueran los salvadores de la Patria. Y a ese partido que han engañado, por mucho que quiera vengarse en próximas discusiones sobre prórrogas o no, se la han dado con queso. Creían que iban a ser las bisagras de las puertas de la política, y no lo serán ni de la gatera.

Ya me he lanzado, me da la sensación, pero es que no se puede aguantar una situación en la que se burlan de los españoles. Me mojo: en el Partido Socialista hay gente válida, no me cabe duda, como en cualquiera. Se ha demostrado a lo largo de la historia reciente de la democracia que en sus filas han militado, no sé si siguen o no, políticos con sentido de Estado. No me cabe en la cabeza que un partido de tantos años de historia esté ahora, y no me da miedo decirlo, en manos de incompetentes a más no poder, al mando de los cuales hay una persona que ha demostrado que su ambición, con tal de estar donde está, no tiene precio. No sé ahora mismo quién me decía que el Sr. Sánchez, con tal de seguir en la mamandurria de la Presidencia es capaz de hacerse de Vox. Pues podría probarlo. Iba buscando figurar en su día en la línea de saludo del Protocolo del Estado como expresidente. Lo ha conseguido. Pues, contento con ello, que deje paso a otros.

Porque mejor pararse ahí que seguir por la bancada azul. Por cierto, color que poco pega con sus ideales. Y cojan Vds. a la Vicepresidenta, la de Cabra, la egabrense, que usar otra versión del gentilicio suena mal. Y analicen Vds. la versión del porqué de la infección más arriba o debajo de la línea que une no sé qué pueblos del mundo. Ha trazado la “línea imaginó” de la pandemia. Nos toman por imbéciles, que es lo que somos los españoles, al permitir el espectáculo que estamos dando dentro y allende nuestras fronteras. Pero, ojo, que nadie se rasgue las vestiduras, porque es, sencilla y llanamente, lo que hemos querido los españoles, unos por acción, otros por omisión, muchos por dejación y algunos por importarle poco la solución. ¿Nos hemos enterado?

Por cierto, ¿nadie se ha dado cuenta, y ya me he referido algún día, que se sigue permitiendo fumar en las terrazas de los bares? ¿El humo exhalado no lleva virus de tipo ninguno? Mucha máscara y mucha leche, pero el de enfrente o el de al lado el humo encima que te lo eche. Otro contrasentido más de tantos como estamos viendo en esta situación. Como lo es, querido papá, que abran los cementerios pero cierren los servicios de los mismos. O sea, que o vas con las tareas hechas desde el exterior de la tapia o te ves apretado. Y, en tal caso, aunque esté feo decirlo, me veo que andaré buscando un hueco entre dos panteones, por si fuera preciso aliviarse, que las penas hay momentos en que aflojan los esfínteres. Y si no hay más remedio que descargar la vejiga corres el riesgo que, de cualquiera de las estanterías, den dos puños en la pared y te griten “*que te ven, que te ven...*”, cierres rápido el meato y te mojes los zapatos. ¿Tan malo es que tengan los urinarios abiertos? Entiendo que en los de las damas haya que tener más cuidado, pero los hombres podemos intentar hacer el arco. Vamos, que no podré ir, porque siempre soy asiduo visitante del excusado de los camposantos. Conozco varios de ellos.

De la pena a la alegría. Hoy me ha llegado un mensaje, de cuyo contenido, no obstante, tenía ya conocimiento por el HOY. Y quiero sacarlo a la luz de esta crónica, aunque seguramente muchos lo conoceréis. Creo que a todos nos asusta la vejez, y no porque no podamos “hacernos las cosas”, sino porque nos sintamos solos. Sentirse solo no es lo mismo que vivir solo. Hay mucha gente que vive acompañada y, en verdad, está más sola que la una. Y hay quien vive solo y nunca se ha sentido en soledad. Por eso alabo y aplaudo la ocasión que alumnos de los colegios Puerta Palma y El Tomillar, jóvenes que reconocen a los mayores, les han dado a estos últimos para que se sientan acompañados en todo momento, y no experimenten una soledad que a veces corroe hasta las entrañas. Me alegro por esa decisión, por esa opción que han tomado al enviarles mensajes de apoyo, de ánimo, con el que no hacen más que resaltar el valor de muchos de los jóvenes de hoy. Otros han mostrado ese valor y esa entrega al reconocimiento a los mayores de otras muchas formas, y por otros medios. Vaya, pues, mi sincero reconocimiento a esos jóvenes que ven en los mayores un tesoro de precio incalculable a favor de la sociedad. Les animo a que sigan así, no sólo ahora, sino cuando esta situación de congoja física y moral pase de largo habiendo ganado la batalla. Así que, si me lo

permitís, por esa dedicación a los mayores, os brindo esta crónica de hoy... ¡va por vosotros! ¡Y por los ancianos, que gracias a vosotros se sienten menos desamparados!

Hoy, en el mes de María, nos vamos a Ronda. La última vez que estuvimos Nines y yo allí fue en carnavales del año 2007. Ya ha llovido desde entonces. Nos recogimos a descansar en el hotel Cortijo Molino del Arco, a pocos kilómetros de Ronda, a donde íbamos todos los días. Algunos años antes estuvimos unos días de finales de agosto y primeros de septiembre, y asistimos a la Corrida Goyesca tradicional. Aquello debió ser a finales de los noventa del siglo pasado. Nos alojamos entonces en el Hotel Reina Victoria, donde se hospedó el poeta alemán Rainer María Rilke. Nos hizo de anfitrión en Ronda un primo hermano de mi abuelo materno, Alejandro Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, que tenía una casa en el mismo tajo rondeño. Hoy es el hotel Montelirio. Mi tío estuvo casado con Fernanda Borrego Vasco, que tenía raíces en Ronda. Para los amantes de la historia, diré que el padre de ella fue Diputado a Cortes, y la madre fue la VI Condesa de la Conquista de Islas Batanes. Nines y yo conocimos esa casa. Y siendo hotel, cuando volvimos a Ronda en el 2007, comimos allí un día con Rocío Molina González-Barba. Mi tío nos enseñó la casa donde se alojaba el Beato Fray Diego José de Cádiz. Repetí asistencia a la Goyesca con Ignacio Gridilla Santamaría algún que otro año. Hace muchos que no voy. Este año me han invitado. Si Dios quiere, y las cosas van bien, allí estaremos (*no se ha celebrado*).

La fotografía de la Virgen, que es la Virgen de la Luz, la hice en nuestra estancia en el 2007. La imagen se encuentra en la iglesia de Santa María la Mayor. En esta Colegiata, en alguno de sus muros, hay obras de una pintora francesa, llamada Raymonde Pagégie, muy amiga de mi tío abuelo, que como costeó las pinturas o parte de ellas, que datan del siglo XX, ordenó poner el escudo de la casa Vargas-Zúñiga en los citados frescos, que versan sobre escenas relacionadas con las vidas de San Pedro y San Pablo. Hoy, a ponerle las flores, dado que han sido luz para los viejecitos, voy a invitar a esos jóvenes de los colegios Puerta Palma y El Tomillar, a cuantos quieran venir. También a dos buenas amigas que son boticarias en Ronda, Inés y Rocío Molina González-Barba. Y, por supuesto, a un amigo y Hermano de Hábito Constantiniiano, Presidente de Honor de la Real Comisión para España, Pepe Hoces y Eldua-

yen, Duque de Hornachuelos, porque es Maestrante de Ronda, y, así, no me pierdo en el camino.



*A la Virgen de la Luz,
aquí, en peregrinación,
pedimos con devoción
que nos aparte esta cruz.*

*Desde Ronda, tu morada,
abre tu manto Señora,
y a esta España que te llora
dirígele tu mirada.*

*A tus pies, con Pepe Hoces,
depositamos la flor,
que es signo de nuestro amor
de cantares y de goces.*

(F. B. A. V-Z., 21 mayo 2020)

Día 69º
Viernes, 22 de mayo del 2020

¡Viva San Atón!



Adelanté hoy la salida a la calle, al paseo. A las siete menos cinco estaba en el portal de casa. Parece mentira, pero cuando te adelantas aunque sea poco tiempo sobre el horario normal, cambia la gente que encuentras en la calle, o el punto de encuentro es diferente sobre el de otros días. También me ha servido para encontrar menos gente en el paseo, lo que es bueno. El sol volvió a salir hoy, por lo que no me equivoqué ayer acerca de mi apreciación sobre su salida todos los días. Reitero que hay que ir a buscarlo.

Salí de casa camino del despacho, pero pasé por el Centro de Salud, para retirar un sobre con un informe. Pretendía ir en coche, en el de empresa, para después llevármelo al Seminario, donde habría de estar a las doce de la mañana. Me las prometía felices cuando ya me extrañó algo al abrir la puerta del conduc-

tor. Comprobé que las demás puertas no respondían a la apertura centralizada. Entré en el coche y supe lo que era. Caí entonces que el fin de semana pasado dejé la luz del coche encendida. Batería descargada. No hace ni chan. Habrá que llamar al seguro. Todo es producto de no tener la cabeza en condiciones. Cuando aparqué el coche el sábado pasado tenía la cabeza aún con el descaliento del Mercadona. Y, claro, no reparé en detalles. El día empezaba bien. Así que me fui andando al dispensario. Recogí mi sobre y me encaminé al despacho. Me habían convocado a las diez de la mañana a una reunión de la Comisión de Sostenimiento Económico de la Diócesis por uno de esos programas de videoconferencia. No me gusta nada. Lo confieso. No me hace gracia alguna. Sé que los tiempos corren y que habrá que adaptarse, pero donde esté el *vis a vis* que se quite la técnica moderna. Parece que la cosa salió medio qué, aunque yo me incorporé algo tarde a la sesión, que con lo del coche ya todo empezó a retrasarse. Entre medias de la conversa con los compañeros de la comisión hube de atender alguna llamada de algún impaciente y varios mensajes. Me ha dado la sensación de poder hacer varias cosas a la vez. No creo que esa sensación sea buena, pues cada cosa requiere su tiempo y su dedicación.

Antes de llegar al despacho, en la calle del Obispo, me encontré con el Alcalde, Francisco Javier Fragoso, también Hermano de Hábito Constantiano. Iba al Ayuntamiento con el Jefe de Prensa, Juan Manuel Cardoso. Hoy es Santa Rita, y no está mal ver al primer edil encaminarse al Palacio Municipal en el día de la patrona de los funcionarios municipales. Intercambiamos algún comentario sobre las crónicas, sin entrar en detalle. Por eso lo pongo hoy aquí, además de porque creo que es buen Alcalde, aunque no se esté de acuerdo con todas sus decisiones. Es muy difícil agradecer a todos y en todo.

Acabada la videoconferencia me fui al Seminario. Cogí un taxi, pues ya no me daba tiempo a ir al garaje por el coche "*de casa*", expresión que le gusta sobremanera a Carlos Villalón Pla. Llegué al Seminario con el tiempo justo, pero llegué. Y mientras se llegue a tiempo da igual lo sea con el tiempo justo o injusto. Hoy es San Atón, Patrón del Seminario Metropolitano de Mérida-Badajoz. La celebración ha sido familiar, y sencilla. Una misa, a la que han asistido el Sr. Arzobispo, Don Celso, el equipo rectoral del Seminario y unos veinte sacerdotes, los seminaristas mayores y menores y seis personas más. Menos del aforo permitido para la capilla grande. Todos con mascarillas, salvo los del presbiterio. Yo

me fui al final de la capilla, junto a la puerta de la terraza que hay sobre el claustro y me bajé la mía. Había distancia de sobra. Cuando fui a comulgar me la puse.

Tras la misa, único acto de celebración, el Rector del Seminario nos obsequió con una botella de vino. Nines la beberá a la salud de cuantos forman parte de esa querida institución. A las personas de fe os pido que recéis para que haya vocaciones que llenen los Seminarios. El nuestro está flojito, por lo que hay que dar un empujón en los rezos para que haya muchachos que se decidan a dar el paso para descubrir la llamada de Dios a la vocación sacerdotal. Corren malos tiempos, pero, como ya dije ayer, si buscamos la luz ésta prevalecerá sobre las tinieblas. La fotografía de inicio de hoy es de una imagen de San Atón que hay en el vestíbulo de la entrada principal del Seminario. Me dice Jacinto Ruiz-Rosso, Formador del Menor, que la restauración no es buena. A mí no me parece mala, claro que no conocí a San Atón para saber si se le parece o no. Pensaba poner también una foto de Santa Rita, pero no tengo.

Volví a casa, a donde me llevaron dos sacerdotes amigos, y viceversa, del equipo parroquial de San José: Juan Román Macías, párroco, y Francisco José Andrades Ledo, vicario parroquial. Solté en casa los trastos. Estaba cansado hoy, más psicológicamente que físicamente. Tanta norma, tanto cambio, tanta historia agota. Además, con esto del cambio de fases la gente quiere las cosas para ya, cuando a lo mejor no es posible. Habrá que ir poco a poco, sin pausa, es verdad, pero sin prisa. A veces es difícil que la gente sepa asimilar que cuando se pueden empezar a hacer las cosas no podemos dar abasto a todo al mismo tiempo. Hay quien lo entiende, hay quien no lo quiere entender.

Cuando me disponía a salir de casa para comprar la comida me llama Elena, la mujer de Pepe, la madre de Julia, a la que ya esperamos en este mes de descuento, que es lo que le queda, si Dios quiere, y me dice que están sentados en San Francisco, en uno de los quioscos. Llamé a Nines pero me dijo que ella no iba, que le agobia ver a la gente con mascarillas atendiéndote. Me da que se tendrá que acostumbrar. Sentado en la mesa volví a reafirmarme que ya se pueden levantar las restricciones, que aquello es más de lo mismo de lo que había antes del día de Santa Matilde, salvo que dentro del garito no estaban más que los camareros. Que la gente está alrededor de la mesa, a donde vamos a recordar, sentados o de pie, como si nada pasase. O como si nada haya pasado. Vi a mucha gente conocida, pero no a otros. No me sentaba en

una mesa de esas desde hace un montón de tiempo, pues no soy asiduo a ese local. La última vez, en julio del año pasado, cuando los compañeros de clase de italiano nos citamos con Francesca, la *proffessoressa* del año pasado para darle un regalo por el nacimiento de su hijo Héctor. Hoy, sin embargo, he echado de menos a alguna persona. Mi hermano Vicente no estaba, y eso que antes de la pandemia formaba parte del paisaje. Supongo que volverá.

He visto poca protección, la verdad sea dicha. Para ver a alguien sentado con mascarilla tienes que fijarte bien. He leído que la Delegación del Gobierno ha advertido que si las personas que se sientan en una mesa, o están de pie alrededor, y no conviven entre ellos, tienen que llevar la mascarilla puesta. ¡Qué bonito! Y que salvo sea una familia al completo, que vivan juntos, hay que llevarla. Salvo, eso sí, para comer o beber. Las cosas se complican. Veo tapabocas llenos de salsa de mejillones en escabeche, cuando no con un trozo de ajo frito del pollo al ajillo pegado por fuera. Lo bueno es que sirven de servilleta. Y a más de uno, al llevarse el boquerón en vinagre a la boca, con los juegos malabares que hay que hacer para bajarse el bozal, se le puede caer encima y ponerlo lleno de pringue. Los vamos a decorar, al tiempo.

Advertí a Elena y Pepe que no me gustaba la situación, y que estoy seguro de que volverán los rebrotes. Creo que ya ha sido así en algunas zonas, según la información que ha dado el doctor de los pelos afro, o desgredados. Y también es cierto que, en Albacete, la tierra de mi querido amigo el Pater Carlos Manjón, Castrense, ha tenido que cerrar un bar ante la avalancha de ansiosos de tomarse un chato. ¿Qué esperaban algunos, después de tanto tiempo amilanados en casa?

Levantado el aperitivo pasé por El Corte Inglés, mi tienda de referencia y de preferencia. Hoy hemos comido garrapatos y alas de pollo. Todo bueno. He descansado poco después de comer, a pesar de estar algo cansado. Me he venido al despacho, pero a poco de empezar la crónica me he tenido que ir al atasco en el que estuve también anteayer. Estuve poco tiempo, que el personal de la empresa que estaba limpiando el colector de la calle no soltaba prenda acerca de la causa del problema, y si lo que quitamos en el interior del edificio el miércoles podía ser causa de lo que están haciendo, o deshaciendo, hoy.

He vuelto al despacho. Me he conectado los auriculares y estoy oyendo música de trompeta. Me relaja, me hace falta. Tampoco les vendría más oír música a los responsables políticos de todo este guirigay. Con lo de la reforma

laboral han puesto en guardia a media España. No se fían unos de otros. Se prometen algo por la noche que deshacen en cuanto vuelven a casa en el coche. Ha habido amenazas de dimisión de una de las pocas ministras que medio se la puede mirar, porque al completo no hay nadie. En este estado las cosas, no habiendo timonel ni grumetes que sean capaces de mantener la nave a flote, puede que llegue el momento de que deban dejar paso a otros marineros, a saber si más expertos que los primeros. No lo sé. Quien entre ahora, si es que se van los que no tenían que haber venido, al menos algunos, que lo único que han hecho es encrespar a la gente como si fueran los pelos de “*Don Simón*”, como dicen en la radio, digo que quien entrara ahora lo va a tener crudo, y se van a quemar en el intento. Algún partido de la oposición lo sabe. La situación actual de España, políticamente hablando, la veo muy delicada, nada clara, al contrario, más oscura de lo que muchos querríamos verla. Pactan y despactan en el mismo tiempo que mi sobrino Jesús Marcos Merino tarda en comerse una caja de bombones de cuarenta y cuatro delicias de chocolate. Quizá yo tarde menos. Se ocultan las cosas, cuando la lealtad entre los mandatarios obliga a decirse los pasos que se dan. El gobierno de un país no depende sólo de quien es titular de la Presidencia del Ejecutivo, sino que lo es de un equipo. Equipo en el que todos juegan, que la partida no se gana sólo con los aleros, o los centrales. Se gana con los defensas, los extremos, los porteros... Es de pena. No hay otra calificación.

Tengo sesenta y dos años cumplidos hace una semana. Siempre me interesó la política, desde joven. Me sabía los nombres de todos los ministros de los Gobiernos de Franco. Y sus carteras. También los de los Gobiernos de la Monarquía, de la Transición. Y así ha sido hasta hace poco tiempo, en que he perdido el interés por ello. Más que Gobiernos de la Monarquía parecen Gobiernos de la Anarquía. Estuve tentado en su día de dar un paso al frente, tras una reunión en Navalmoral de la Mata con un buen político, Jesús María Viana Santa Cruz, fallecido en 1987 con cuarenta y cuatro años. Sé que a muchos no les gustaba, por las siglas en las que militaba. Me paró lo mismo que el apuntarme a la Legión o a los Paracas cuando estaba en la mili. Miedo a dejar la comodidad de sentirme regido, que es más facilona que la incomodidad de regir. Me faltó el canto de un duro. No llegué a decidirme. Me gustaba la política. Hoy ya no, al menos la que vivimos. Esta no es para gente con ciertas ideas de lealtades y fidelidades. Son sentimientos que no están en el diccionario de muchos. Y la humildad. Hay

que saber reconocer que no siempre se lleva razón. Posiblemente yo tampoco la tenga en estas líneas. Lo asumo. Un buen político tiene que saber y reconocer que en cualquiera de los bandos contrincantes hay ideas y gente buenas. No vale despreciar al contrario porque no está en tu línea. No vale pensar que eres dueño y señor de la verdad. No vale menospreciar a quien no piensa como tú. Así pensaban los políticos de entonces. Así se alcanzaban pactos. Así se hacía de España una nación grande, una nación en la que todos nos sentíamos dueños de nuestro propio destino. Ahora somos esclavos de una singladura que no lo tiene, y cuando se navega sin destino ningún viento es favorable.

En el mes de María nos vamos hoy a la cuna de la Reconquista, a la tierra de Don Pelayo, y nos postramos a los pies de la Virgen de Covadonga, la *Santina*. La foto me la envió ayer Antonio Calvo Rubio, que ya ha salido más veces a la palestra. Y puede que salga más, ya veremos. Los geranios, que son las flores que hoy ponemos, son todos del claustro del Seminario. Hoy he querido sacar a la Virgen de Covadonga, y no buscar en mi archivo, porque nos vamos a tener que encomendar a Ella ante la nueva Reconquista que habrá que hacer en España. Y será cosa de todos. Tendremos que reconquistar la ilusión, las mejores condiciones de vida para quien ahora las ve tambalearse, la fe en nuestros gobernantes, para lo cual habrán de hacerse algunas cribas. Tendremos que reconquistar la posición de España en el mundo, arrimando todos el hombro y no quedándonos atrás. Si sufrimos, sufrimos todos; si ganamos, ganamos todos; si miramos al futuro, con las miras puestas en volver a recuperar el estado de bienestar que hemos tenido, entonces estaremos reconquistando el presente. Recordemos el pasado, y así nos daremos cuenta de que se puede salir del bache con el esfuerzo de todos y cada uno de los españoles. No hay distingos entre posición o educación. España es cosa de todos, y no vale que algunos vean pasar el tren desde el andén y otros sean los que echen la leña a la caldera de la locomotora. La reconquista que España necesita obliga a todos los españoles de bien, sean empresarios, trabajadores, consumidores... No vale ser simplemente espectadores.

Sólo la fe en que podremos hacer de España, aunque tardemos algunos años, una tierra mejor para todos es lo que nos permite hoy llevar las flores a los pies de la *Santina* con la seguridad de que florecerán día tras días, mes tras mes, año tras año, hasta conseguir un jardín florido en el que todos nos sintamos satisfechos del esfuerzo y del éxito conseguido. Agarremos cada

uno nuestra flor, y pongamos en ella nuestros mejores deseos, nuestros más improbables esfuerzos, nuestra fe en nuestras ilusiones y nuestro afán en hacer de España una Nación grande entre el resto de las naciones.

Hoy, hasta Covadonga, me voy a ir acompañado del equipo rectoral del Seminario, con José Ignacio López-Navarrete como Rector; con el Padre Torres, su Director Espiritual, y con Jacinto Ruiz-Rosso, Formador del Seminario Menor. Y vendrán, en el día de San Atón, los Seminaristas, en quienes tengo fe. Y ellos en mí. Llevarán cuantos geranios encontremos en el claustro del Seminario, dejaremos las macetas limpias. Allí nos esperará Antonio Calvo Rubio, que irá desde Santander. Y también, por ser el día de Santa Rita, le pediré al Alcalde de Badajoz y a su Corporación, sean del partido que sean, que nos acompañen. Si alguien no quiere venir será su problema. Y, por supuesto, porque la primera vez que Nines y yo fuimos a Asturias fue con ellos, porque son unos enamorados de la tierra astur, le pediremos que nos acompañen a Lola Aguilar y a Eduardo Soriano. Él nos guio por los entresijos de esa bella tierra, donde no dejamos iglesia sin ver y langostino sin comer, que en Llanes nos dimos una tupa de la que todavía me acuerdo.



*Reina y Madre salvadora,
que estos geranios son
latidos del corazón
de tus hijos, oh Señora.*

*A Covadonga llegamos,
de Extremadura venimos,
que vuestro amparo sentimos
y en nuestras almas gozamos.*

*A nuestra tierra volvemos
con ánimo renovado,
y ante Vos hemos rezado
por España: ¡la queremos!*

(F. B. A. V-Z., 22 mayo 2020)

Día 70º

Sábado, 23 de mayo del 2020

¿Setenta días ya?

Pues, para algunas cosas, parece que han sido setenta veces siete... Y, para otras, cabría decir que han sido setenta segundos... Todo depende de los ojos o los ánimos con que los mires. Aunque, es verdad, estamos más cerca de lo primero que de lo segundo.

Salí solo a andar. A las siete y media, a pesar de ser sábado, estaba en la calle. Los de siempre no fallamos. Los demás, los de quita y pon, o salen más tarde o no lo hacen. Puede que muchos, o algunos, para no ser exagerado, se reservaran para salir en la caravana de partidarios de una opción política que han salido hoy por las calles de Badajoz. Tienen todo el derecho a hacerlo, no me cabe la menor duda. Faltaría más que alguien ninguneara a nadie en el derecho al pataleo. La he visto, por casualidad, pues me he cruzado con la caravana en dos o tres ocasiones. No tengo nada que objetar. No soy de manifestaciones partidistas, ya lo he dicho, porque creo que la mejor manifestación está en las urnas. ¿Qué vamos a tardar mucho tiempo en llegar a ellas? Pues hay que aguantarse, que no tenemos nada más, ni nada menos, que lo que quisimos los españoles que votamos y no votamos, por mucho que algún amigo, que luego me protesta, diga que no es así. A lo mejor resulta que no tenemos que esperar tanto tiempo para volver a manifestarnos ante la ranura de la urna de tapa dura. Ya veremos.

Pero sí, lo digo, con todo el respeto del mundo y afecto a cuantos agarraban el mástil con la Bandera de España, que suele ser un palo de fregona o cepillo viejo, que a muchos de ellos los conozco, que no me gusta el uso partidista de nuestra enseña nacional. No. Es más, creo que es algo que debería estar regulado. La caravana de hoy estaba organizada por un partido concreto, con todo el derecho del mundo, con toda legitimidad, pero la Bandera es de todos. Seré el primero en llevarla en actos de exaltación de la identidad nacional, cuando sea preciso, o cuando a esa manifestación acudamos gente de todas las ideologías y esté convocada, si es el caso, por el grueso de los

partidos políticos democráticos con sentido nacional. Creo, y he podido ver a algunos, no a todos, que no me he apostado a ver pasar los no sé cuántos cientos de coches que han desfilado, que en la caravana de hoy iban personas de partidos más centrados –de centro político, ojo-, distintos al que la ha convocado. Incluso me hablan de algún comunista reconvertido. Suele pasar. Los extremos se tocan. Y me parece muy bien que haya ido quien quiera, pero no me lo parece ya que desde algunos coches, porque lo he visto, se haya arengado a la gente que los contemplaba pasar a sumarse a la manifestación rodante. Ni tampoco, como he leído, que un señor en Cáceres los haya increpado por llevar la Bandera Nacional. Creo que fue contestado. ¡Eso es lo que se buscaba ya hoy!, ¿no se han dado cuenta? Se está buscando, por decirlo de alguna forma gráfica, quizá exagerada, el cuerpo a cuerpo, lo que es peligrosísimo, ya que es la chispa de enfrentamientos que una vez que comienzan no se sabe dónde pueden acabar. O como.

Tengo en mi casa la Bandera de España. Más de una. Cuento. Una de ellas, pequeña, lleva estampada la firma de un Español con letras mayúsculas, que llevó a España siempre en su corazón, y que la puso en la diana de sus ilusiones. La firma dice, sencillamente, “Juan”. Ese Juan, a secas, porque su personalidad le bastaba para sentirse Señor, era S.A.R. Don Juan de Borbón y Battemberg, Conde de Barcelona. Otra Bandera, cuyo mástil es un palo de cepillo de madera, la tengo desde la visita a Badajoz de los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía, en mayo de 1977, y la enarbolé en la Plaza de España. Otra, una de las que ondeaba en algún edificio de la entonces Diputación Provincial cuando dejó de ser Presidente de la misma mi tío Fernando Albarrán Ambel, y que nos regaló, firmada, al Grupo Gastronómico Luso-Español “Los Lunes”, que, por cierto, va desapareciendo por falta de género –es decir, porque se van muriendo sus miembros-. Y tengo otra que me regaló un buen amigo, que estuvo destinado en Badajoz. Ahora lo está en... no debo decirlo, por su destino. Baste con decir que se llama Arturo, y con el que hice muy buenas migas, y, además, se sentaba cerca de mí en los abonos del coso de Pardaleras. También tengo las Banderas de mochila de los Regimientos Saboya 6 y Castilla 16. Creo que son bastantes. Y en mi despacho tengo otra de sobremesa, pequeña, y no tengo una de pie, de esas grandes de raso brillante, porque no tengo dinero para comprármela. Y si lo tuviera lo haría, y al llegar

al despacho besarla sería lo primero que haría. Como ya he dicho lo que pensaba de la Bandera, vamos a otra cosa.

Decía que salí de casa a buena hora. Nines había optado por dedicarse a cambiar los armarios. Tiene más de uno. Yo no. Creo que le pasa a más de un hombre, que nos sentimos arrinconados en el espacio disponible. No me importa. No tengo que hacer cambios de temporada. Lo único, meter en bolsas las prendas de la temporada pasada y sacar las de la que empieza. Tardo poco. Además, me ha quitado la manta de la cama. Me gusta arroparme hasta el pescuezo al inicio de la noche, aunque después, con el baile al que se dedican mis piernas en las horas de la madrugada, que parece que danzan la polka, aparezco encima –vestido, eso sí-, y aunque no llego a los delirios de mi sobrino Jesús Marcos Merino, que dice que el frío entra por los pies y, por ello, los tiene bien arropados hasta en verano, no me gusta quedarme sin protección que nunca sabe uno si vendrá alguna noche fresquita, que no es lo mismo que te venga alguna fresquita en la noche.

Decidí hoy adentrarme en Las Vaguadas, mi territorio fetiche para hacer ejercicio. En la rotonda de la parroquia, como yo la llamo, un coche me cedió el paso amablemente en el paso de peatones. Lo resalto porque no todo el mundo lo hace. Algunos aceleran en los pasos cuando ven acercarse al peatón, como si ello supusiera victoria de alguna carrera, cuando lo que puede suponer es un accidente que termine con el chofer en la cárcel que hay yendo a Olivenza a la derecha de la carretera. Al volante del coche Don David Martínez. Bajó la ventanilla del copiloto y nos saludamos. Es buen sacerdote, creo que con decir esto vale. No lo digo por el hecho de que me lea, que sé que lo hace, sino porque creo que es así. Hoy me dirá algo, al tiempo. Iba yo entonces, en el momento del encuentro, escuchando coplas marianas, para las que tengo reservados los paseos de los sábados si voy a solas.

Decidí volver a Badajoz por el camino de La Banasta. Así te crees que estás en medio del campo. En un momento dado me adelantó, pues iba corriendo, Jesús Murillo Mirat, un buen médico urólogo de Badajoz, amigo mío, al que llegué gracias a otro común, ya fallecido, Martín Caballero Gómez. Nos saludamos con el codo. Respondí al saludo así porque Jesús lo inició, pero es algo que me saca de quicio. Vaya pamplina eso de saludarse con un toque de codo, o con un puntapié. Si no se puede saludar uno con la

mano, como siempre, o con un abrazo, o con un beso, o con dos, con los que seas precisos, se saluda con el corazón, con la mirada, con la sonrisa, con el sentimiento, pero eso del codeo, y no digamos lo de los abrazos virtuales o besos virtuales, que ha puesto de moda el profesor Gay de Liébana en una cadena televisiva, es algo que me atormenta como si me sometieran a un castigo de la Inquisición.

Al pasar cerca del sanatorio del Perpetuo Socorro vi cruzar a un hombre con un cartucho de papel en la mano. Se adivinaba grasiento, por lo que deduje que eran churros. Me acordé que Elena y Pepe, ayer en San Francisco, hablando del uso de guantes, me contaron que había visto las churrerías abiertas. Incluso cuentan, y los creo, que en una de ellas vieron a dos personas comiéndose los churros con los guantes puestos. ¡Manda... churros! Así que, en homenaje a esas dos amigas que tienen ganas de churros, Toni y María Isabel García Cuevas, desvié la ruta y fui a parar a una de las churrerías que hay en las cercanías del Perpetuo, en la calle Fuerte. Pedí dos churros, de los gordos. Me los dieron en una bolsa de papel. Sobresalían algo, por lo que decidí cortarles la cabeza a cada uno, que me comí. Los arrebuqué en el papel y me encaminé a casa. A nadie le importa saber qué llevo en la mano.

Los consideraba oro en paño. Llegado a casa, me fui a la cocina. Le dije a Nines que viniera a ver el espectáculo. Siempre me riñe cuando compro algo de comer. Y, de verdad, me los he comido con un placer como nadie sabe, rayano, casi,

en el éxtasis. Nunca he llegado a ello, por lo que no sé cómo se siente uno en esa situación. He saboreado cada bocado como si fueran los últimos de mi vida. No sé si estaban buenos o malos, o todo lo contrario, porque a mí me han parecido los mejores.

En el paseo de ida me encontré un caracol. Bueno, la verdad es que vi muchos, pero este me llamó la atención. Y se me vinieron a la cabeza algunas cosas. Tanto que volví sobre mis pasos a retratarlo.



Primero me acordé de una señora. Se llama Jacinta Escudero, madre de la Juez de Menores de Badajoz, María José Amores. Ella y Nines han hecho una buena collera judicial, cada una en su papel. Bueno, pues Jacinta me regalaba unas caceroladas de caracoles que eran una delicia. Ríete de las caceroladas de protesta de ahora. Buenísimos. Nunca los he probado mejores. Grandecitos, carnosos, con un guiso que debería ser de una estrella *Michelin*. Nada de esos que te ponen en Sevilla, y que muchas veces, en mis dos años de estancia allí, hace casi cuarenta, chupábamos con la creencia de que algo aprovechábamos. Eran minúsculos, y los que te cantaban las excelencias decía que lo bueno es absorber la salsa donde los gasterópodos ahogaban sus existencias. Bueno está. Los de Jacinta Escudero son la leche, con perdón. Lástima que lo años no pasan en balde, y ya no los hace, pero que sepa que siempre que vea un caracol, crudo o cocido, me acordaré de ella. Es homenaje de justicia. En el restaurante Cima's, también conocido por English Bar, de mi amigo José Manuel Cima Sobral, en Estoril, comí, no hace mucho, unos caracoles a la plancha, que había de sacar y embadurnar con un ungüento amarillento, y que me costaron... lo que ponía en la carta, pero que nada tenían que ver con los de Jacinta. La primera vez que comí caracoles fue, para los amantes de los recuerdos, en la Pousada de Elvas, una vez que, hace más años que la tana, nos llevaron mis padres, no sé con qué motivo.

Vuelvo al caracol. Al verlo me he acordado de mucha gente que, ya antes de la pandemia, y no digamos lo que vendrá después, llevan cuanto tienen a cuestas. Lo he visto en el Pabellón Polideportivo Las Palmeras, pues todos los que allí estaban recogidos llevaban su casa a cuestas. A veces la casa se concreta en unas mantas que tienen arrinconadas en la entrada de una antigua oficina bancaria. Poco más. Al caracol no le hace falta nada más para vivir que el hecho de que lo... ¡respeten! Si, por ejemplo, y sin darme cuenta, yo lo hubiera pisado, habría acabado con la vida y la esperanza del caracol. Caminaba a su mejor criterio, en busca de su comida. Es un bicho indefenso, que no puede oponer resistencia a nada ni a nadie. Los marginados por la sociedad – cuidado, que a veces se marginan ellos, pero habría que analizar bien por qué – se sienten indefensos, como el caracol, y creen que nos importan poco al resto de los mortales. No es así, aunque haya a veces algunos desalmados que los toman como blanco de sus bravuconadas. Para esos depravados está el fuego del infierno. Nadie es dueño de la vida de nadie. Vi en el caracol a tanta gente

que, como consecuencia también de la crisis de la pandemia, va a quedarse con su mochila a cuestas. Y esa carga, en más de un caso y más de dos, puede llevar niños pequeños, o jóvenes, que merecen un futuro tan digno como el pasado que hemos disfrutado los demás. Habrá que ver la forma de aliviarlos en el triste y pesado trabajo de soportar la concha que les va a tocar llevar.

Esto fue lo que se me vino al ver el caracol. Y fue lo que hizo que volviera cuarenta o cincuenta metros atrás. Algunos me vieron hacer la foto. ¿Qué pensarían? Ya lo he dicho. Seguí camino adelante, que es como se hace la ruta, que para atrás no conviene volver. Volví a pensar en los caracoles de Jacinta. Volví a pensar en cuantos llevan, por todo equipaje vital, una simple concha a sus espaldas, cargadas de lo que han sido sus ilusiones, sus esfuerzos, sus desvelos, pero que ahora son emociones y sentimientos hechos puñales de hielos.

Antes de ir a comprar le hice un recado al Padre Torres. Poca cosa, pero de mucho peso. Pide poco, porque si pide mucho, cuando acabara de hacerlo, le habría llegado el momento del retiro. Da muchas vueltas, más que un tiovivo. No quiere incomodar. Hay curas que piden más. El Corte Inglés estaba hoy como un sábado normal, casi. Me alegro, porque parece que va volviendo la normalidad. Me encontré con Emilio Cruz Villalón. Comentamos la situación. Otra cosa no cabe. El lunes ya abren las plantas del centro comercial. Es bueno, aunque se abra con las medidas de prudencia que sean de rigor. Pero esto ya tiene que ir despertando. Es hora de hacerlo. Será un acicate para recuperar el ánimo perdido. Se puede ir poco a poco, no hay que abarrotar los sitios, pero hay que empezar a sentir ya que formamos parte del paisaje, con esperanza, con cuidados, es verdad, pero con coraje.

Hice la compra y fui a lavar el *coche de casa* y a echarle carburante. El de empresa sigue parado, sin batería. Hasta el lunes. Voy a la gasolinera de la carretera de Olivenza, soy animal de costumbres. No lavaba el coche desde antes de irnos en Carnavales a Antequera. Le hacía falta. Lo lavo allí porque en El Corte Inglés me resulta caro, por mucha historia que le echen. Lo lavo por fuera, por dentro está aceptable. Y si alguien dice algo, o mira sabuesamente, lo bajo del coche. Más sucio está el suelo de la calle. Subí la compra a casa, la colocamos y comimos. Garbanzos con espinacas, judías verdes y langostinos.

Vuelvo de misa, todo bien, muy bien. Ha oficiado D. Manuel Ruiz Durán, Canónigo Fabriquero y párroco de la de Santa María la Real. En misa, Masu,

la madre de Pepe, éste y Elena, su mujer. Julia va dentro de Elena. Y Nines. O sean, media familia casi.

En el mes de María, hoy nos vamos a tierras de Don Celso, y lo hago por afecto a su persona y por sumisión a lo que representa. La foto no la obtuve en La Rioja, Logroño de toda la vida, sino en Antequera, en la iglesia de los Padres Trinitarios, en el templo del Convento de la Trinidad. Es la Virgen de Valvanera, patrona de La Rioja. Como veréis, además de las flores hemos llevado un racimo de uvas, que esa tierra es mucho de vinos. Así que, querido Don Celso, va por Vd. y por su querida tierra, en la que el virus ha causado de las suyas. A llevarle a la Virgen los presentes vendrán, además de Don Celso, las monjas que lo asisten, Sor Giuseppina y Sor Virginia. Y como viajar a La Rioja, aunque fuese por tristes causas, no lo hice mal con dos buenos amigos, invitaré a Felipe Domínguez Romero y a Antonio Muñoz Aldana. Llevaremos presente a Don Santiago García Aracil, que nos acompañó en nuestros dos viajes allá, y en cuyo recuerdo pediré a Don Celso que ponga una flor, la que él quiera. Y como a Nines le gusta el vino, también vendrá. Por supuesto, cuantos más queráis venir podéis hacerlo, hay flores y vino para todos. Las flores, un servidor os las dará; al vino, en abundancia, que es generoso, Don Celso nos invitará.



*Señora de Valvanera,
los regalos que traemos
y que ante Vos ofrecemos,
son dones de España entera.*

*Hasta esta tierra riojana
de Extremadura venimos,
y en nuestras almas sentimos
que eres flor de la mañana.*

(F. B. A. V-Z., 23 mayo 2020)

Día 71º
Domingo, 24 de mayo del 2020

¡Rendidos a tus plantas...



...Reina y Señora!

Todos tenemos nuestras preferencias. Es normal. Siempre hay algo en nuestras vidas que nos ha marcado. O alguna etapa de ellas. En mi caso, puedo decir que quedaron huella en mí los años en el Colegio Salesiano de Badajoz, el paso por Córdoba en mi primer año de Universidad y el Servicio Militar. Me refiero a mi vida de soltero. Desde abril de 1986 me marcó la mujer que Dios quiso poner en medio de mi vida, a pesar de haber sido pretendiente de algunas otras, en calenturas juveniles. Alguna se llevó una bolsa de caramelos de la *Viuda de Solano* que compré en la tienda de Pedro Alfaro que hubo un

tiempo en la avenida de Santa Marina. Ella se llevó la bolsa, y yo me quedé sin las veinticinco pesetas que quiero recordar me costó, que había sido producto de una propina de mi abuela María Pepa por algún recado, y también me quedé... sin ella. Se llamaba Julita Gragera Navarrete, y era tan guapa y tan buena que decidió Dios que hacía falta en el Cielo alguien como ella para alegrarle la vista, y se la llevó. Dios me ganó a mí. Pero, con el tiempo, aún con Julita en la tierra y yo sin los caramelos, yo gané a mi mujer. Aprovecho y digo, aunque creo que en alguno de los días ya lo he comentado, fue la primera persona con la que yo bailé agarrado. Una canción de Cat Stevens, en el Casino de Badajoz, y se llamaba, la copla, *Morning has broken*...

Entonces no había “*bastoneros*”, que como me explicó ayer mi tío Carlos Albarrán Ambel, eran las personas que se dedicaban, tiempo atrás, a separar con una varita que debía ser mágica porque surtía efecto, y como para no surtirlo, a las parejas que en los bailes se acercaban más allá de la raya permitida por las buenas costumbres de la época, que, vivido lo actual, me da que eran bastantes mejores y sanas que las de ahora. En los tiempos modernos se ha pasado del recato al me quito hasta el zapato, o sea, de la formalidad a la inmoralidad. Y cuenta mi tío que su tío Enrique Ambel Albarrán, hermano de mi abuela Augusta, con suma gracia –cosa extraña, porque no he visto un Ambel gracioso, si acaso ocasional- le contaba que cuando se anunciaba la orquesta se decía quién era el bastonero, lo que daba lugar a que en función de la ya rígida permisividad personal del bastonero se acudiese al baile con mayor o mejor esperanza de dejar de ser un caballero, que ansiosos del deseo los ha habido siempre.

Hablaba de los tiempos que me marcaron. Los Salesianos me inculcaron la devoción por María Auxiliadora. Ya desde ayer llevo musitando el Himno, el *Rendidos a tus plantas*..., en cualquier momento. Hoy lo haré qué se yo las veces. La he saludado nada más levantarme, que tengo en casa una imagen pequeñita que me traje de Turín, que compré, exactamente, en la Colle Don Bosco, cuando fuimos a conocer la cuna del Santo de I Becchi. Por eso he colocado a María Auxiliadora en la fotografía de inicio, aunque, hoy, lógicamente, vuelva a ser la protagonista del mes de María. La foto de cabecera es de la misa de los alumnos del año pasado, 2019, en Badajoz, en el Colegio, mi colegio. Casi nunca he faltado a la misa de los alumnos, que es la que me gusta, la que me trae recuerdos, la que hace que siga manteniendo en mí la llama

viva de la devoción a nuestra Madre Auxiliadora de los Cristianos. Este año no ha habido misa de alumnos. Ni habrá procesión, pero gozaremos, como siempre, de su maternal protección.

Nos vamos de paseo. Pero antes, dos aclaraciones, que no quiero olvidar. O tres, que hay que dar gusto a todo el mundo. Anteayer dije que no ponía una foto de Santa Rita porque no tenía. Pues bien, mi amigo José Enrique Moro Mediano me envía una de parte de su mujer, Berni, y que llegó a sus manos como regalo de una tía de él que murió con ciento un años hace tres. Es la foto de la imagen. Y Chica Saavedra López de Ayala, siempre atenta a las cuestiones de la crónica, me envía una foto de una estampa de Santa Rita. Así que, como también me lee el Alcalde de Badajoz, he decidido poner, en pequeño, ambas imágenes, como agradecimiento al ofrecimiento de los nombrados y al referido primer edil de la ciudad de Badajoz.



Y la tercera aclaración, más que ello puntualización, es la que me hace mi cuñado José María Merino Fernández, hermano de Nines, con respecto

a la crónica de ayer, septuagésimo día del Confinamiento Nacional, y me recuerda que setenta fueron exactamente los días que duró la resistencia de los Defensores del Alcázar de Toledo. Y me envía una foto de Santa María del Alcázar, con la leyenda siguiente: “*Mantén a España en la Fe Católica*”. Que así sea, porque salvo en la propia fe en los españoles que arrimemos el hombro entre unos y otros ya no nos queda en nadie de este mundo en quien creer, dentro de nuestras fronteras. Así que la pongo. No en vano estamos en el mes consagrado a María, por lo que una foto más también viene mal.



Hoy comencé el paseo más tarde que otros días. No viene mal darse un descanso mayor algún que otro día. Dada la fecha, decidí cambiar la ruta y me fui hasta la parroquia de María Auxiliadora. Salí de casa a las ocho y media de la mañana, y pensé que podría estar abierto el templo para que los devotos de la María Auxiliadora pudiéramos contemplarla, hoy, en su fiesta, y dado que las peculiaridades de la fecha iban a impedir la procesión y demás actos en su honor. Pero no, estaba cerrado. No fue óbice para que me parara ante la verja

que cierra el recinto y, mirando al relieve de la Virgen que hay en la fachada de la iglesia, rezara un *Ave María... gratia plena...* Cuando lo hago tengo presente a quienes suponen algo en mi vida, lo han significado y quienes, a buen seguro, serán protagonistas de la que parte que me quede por vivir. Por eso, al mirar a los lados, a pesar de estar solo, me vi rodeado de familia, amigos, allegados, administrados, compañeros de trabajo, colaboradores... Mentalmente entoné el *Rendido a tus plantas*, al que me acompañó el Coro “Francisco Barroso” de la Catedral de Badajoz, dirigido por el buen amigo Fernando Domínguez Cadenas. Y al entonar esa estrofa que dice... “*En las horas de la lucha sé mi consuelo...*” me acordé de cuantos se han dedicado en cuerpo y alma a intentar conseguir salvar las vidas de los afectados por el coronavirus. En unos casos lo consiguieron, en otros, como corte celestial, al Cielo se fueron. Nunca sabemos las letras que Dios tiene escritas para cada uno de nosotros. Por eso, acompañando al coro de voces catedralicio, que para mí cantan como nadie, estaban todos los sanitarios, de cualquiera de sus estamentos, propiamente de los equipos de salud o de todos los que son precisos para mantenerlos; también estaban los miembros de las Fuerzas Armadas, de Tierra, Mar y Aire; los de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, como Policía Nacional, Guardia Civil, Policía Local... y cuantos otros empleados en oficios que han sido necesarios para haber mantenido el funcionamiento básico de esta Tierra de María Santísima, como la definió el Papa Juan Pablo II, santo, cuando dijo aquello de “*España, Tierra de María*”.

Reiniciado el camino envié un mensaje de felicitación al párroco de María Auxiliadora, Don José Mario Pérez Sánchez, y al Director del Colegio, Don Javier Sevilla Miana, extensivo a toda la Familia Salesiana. Podría seguir hablando de María Auxiliadora, pero voy a seguir el camino. Después, si acaso, en el ofrecimiento de flores, entro algo más. Seguí por María Auxiliadora hasta Jaime Montero de Espinosa, para, por esta avenida, entroncar con las de Las Vaguadas, es decir, la avenida Regimiento Castilla 16. Dudé si ir al cementerio a ver mi padre, pero me paró el que no estén los servicios abiertos. Por si acaso. Otro día. Él ya no tiene prisa, pero yo sí la tenía, porque había quedado en recoger al Padre Torres para llevarlo a Novelda. Creo que para el fin de semana que viene ya puede tener los remos superiores medio buenos para ir en coche por sus ateneos. Pero si hace falta... Así que, llegado a la

gasolinera primera me di la vuelta. Fui y volví por mi ruta habitual, es decir, en dirección contraria a los demás, aunque hay más gente como yo, conste. Y lo hago sin llevarme a nadie por delante, ni permitir que me atropellen, lo que no deja de ser bueno y, ¿por qué no?, hasta digno de admiración. Hoy había mucha gente. Es domingo. Me molestan sobremanera los que van de dos en dos o de tres en tres, pensando que la calle es suya. Ellos allá, por mucho que vayan por su mano. Cuando paseamos Nines y yo, cuando viene alguien de frente, nos ponemos en fila india. Y no pasa nada. Pero nada de nada.

La vuelta no fue directa a casa por el camino de siempre, sino que me disloqué en la calle Saavedra Palmeiro, para bajar de nuevo a la avenida de Villanueva, pues mi buen amigo y compañero Antonio González Montero, cuando iba hacia los Salesianos en el camino de ida, me dijo que me había traído unas nueces, que sabe que me privan, y que a la vuelta lo llamara para dármeles. Eso hice. Antonio es una persona con una historia tremenda, y puedes hablar con él horas y horas sin pestañear. Es vehemente, por lo que cuenta las cosas de tal forma que parece que las estás viviendo en ese momento. Atesora una cultura y unas vivencias, por mor de su trabajo, ahora está jubilado, que le hacen ser un botín de conocimientos. Lo conocí hace muchos años en el Colegio de Peritos e Ingenieros Técnicos Agrícolas de Badajoz. Coincidimos en algunas Juntas de Gobierno. Mostramos acuerdo en algunas cosas y discutíamos en otras, pero supimos crear un lazo de afecto y amistad de las que no se dan por compromisos, lo que ha hecho que sea duradera y afectuosa, imperecedera y valiosa.

En la conversa que hemos mantenido en la puerta de su casa hablamos de la caravana de ayer organizada por una opción política. Estuvimos hablando de la situación actual, que es de lo que hablamos todo el mundo ahora, que hay quien se ha encargado de que sea el monotema de las conversaciones entre personas normales. Los anormales son los que no conversan, sino los que empiezan a discutir, con el sentido que los españoles damos a ese verbo, y tratan de imponer. Y de eso nada, que con educación y respeto se puede hablar con el contertulio de turno aunque cada uno tenga su propia idea.

Yo he llegado a una, pero me temo que nunca se hará realidad. La única salida de España en estos momentos es la de un Gobierno de Concentración Nacional, amparado y auspiciado por el Rey de España, con un Presiden-

te a la cabeza sacado de personalidades de corte político independiente, y formado por personas de todos los partidos políticos de sentido nacional, constitucionalistas. Y, por supuesto, porque los hay en todo este elenco de partidos, formado por personas de indudable categoría en su campo de actuación, preferiblemente con las espaldas cubiertas para no tener que depender de las arcas del Estado salvo en lo que sea de justa aplicación. Y cuando digo de todos los partidos, digo de todos, pero, insisto, con sentido de Estado. Y, por supuesto, con presencia en todas las regiones de España, que no puede depender una decisión parlamentaria de lo que digan a su antojo grupos que representan exclusivamente los intereses de una parte del electorado de una colectividad regional concreta. No puede depender, como lo estamos viendo ahora, el progreso de una Nación del voto de un representante, uno solo, de un partido de escala provincial. Todas las provincias existen, pero como quiera que la unión hace la fuerza y dichos grupos son consecuencia, las más de las veces, de peleas entre quienes se quieren robar el protagonismo en un partido ya consolidado, que se las apañen como puedan y se unan a opciones de similar corte político.

Lo hemos visto, y leído. Y a mí me ha dado pena, por haber leído quién lo ha dicho, persona a la que quiero desde hace muchos años, y él lo sabe. No se puede decir que *“ver las siglas del PSOE mezcladas con las de Bildu... provoca desolación, pero también... hubiese provocado desolación que no se mantuviese el estado de alarma”*. Aunque siempre he pensado que, a veces, el fin sí justifica los medios, siempre que éstos sean proporcionados y coherentes, pero en este caso es del todo inadmisibile, se mire por donde se mire. El Partido Socialista ha llorado a muchos muertos de entre sus filas como consecuencia de la barbarie terrorista, cuyo brazo político es Bildu. No lo digo yo, que no entiendo de esto, sino que lo dicen los mismos políticos, de todo tipo de color, algunos de los cuales se han echado ahora en sus brazos. No, no se puede decir eso. Es un insulto a la razón y al corazón de muchas familias afectadas de lleno por la lacra del terrorismo. Y quien ha dicho esta frase, que he copiado literalmente del HOY digital, creo que es persona que sabe diferenciar entre lo conveniente y lo repugnante. Para poder haber llegado a la prórroga del Estado de Alarma basta con sentarse, con la lealtad política y altura de miras necesarias, con la oposición, o, al menos, con los que quieran de ella, que allá otros con sus deci-

siones. Y haber planteado, me da que desde un principio, qué se persigue, por qué se persigue, cómo se persigue, hasta cuándo se persigue y con qué medios se persigue. Y haber escuchado a la oposición, que tendría, a su vez, la obligación de plantear con ánimo abierto qué considera lo mejor y por qué. Y ambas artes y partes ceder en lo que fuera preciso, como hemos cedido casi todos los españoles el tiempo de nuestra vida que han decidido manejarlo al antojo de unos cuantos.

No sé qué llamadas se han realizado entre los partidos entre sí, pero me da que algunos están enrocados en su propia concha, la del caracol de ayer, y que hubiera sido bueno salirse de la misma para entre ambas partes estudiar cuál es la que más conviene. Y como cada partido proyecta la imagen que le conviene, unos la de los repudiados y otros la de los engolados, no hay forma de saber en dónde hubiera podido estar el punto de consenso. Y se podría haber alcanzado, como se ha hecho en algunos países civilizados, antes que entregarse a un grupúsculo de dudosa legitimidad parlamentaria, a pesar de los votos, que, además de circunscribirse a una zona muy concreta de España se va a permitir el lujo de ser el comodín necesario para la consecución espuria de cuestiones de alcance nacional, o sea, que nos afectan a todos.

Y, ahora, que cada cual de los responsables de ciertos actos, lo sean por acción o por omisión, por dejación o por contemplación, que se examinen y digan lo que puedan, pero dudo que lo que hablen sea capaz de convencer a la buena parte de los españoles que quieren para su Patria un ambiente de paz social, pacífica convivencia y orgullosa pertenencia a un país llamado, con lo que ello significa, que su nombre no se empaña... ¡España!

Llegué a casa y dejé las nueces. Me duché y arreglé, pues había quedado con el Padre Torres en recogerlo a las once y media en el Seminario. Yo estaba puntual en la puerta del mismo, él tardó algo más. Enfilamos ruta a Novelda, donde celebró la misa de doce y media. Hoy nos hemos llevado un disgusto. Antes de la misa hemos entrado en la casa parroquial, y... ¡se ha secado un limonero! Lo curioso es que una parte se ha secado y otra no. No soy experto en frutales a estas alturas. Al poco de acabar la carrera puede que hubiera podido dar una solución. Ahora me da que hay que darle la extremaunción. El Padre Torres se ha enfadado con la situación, pues del limonero dependían los regalos que él hacía. En misa toco correcto. Da gusto dar las normas una

sola vez en algunos sitios, pues las cumplen en las sucesivas oportunidades en que sean de aplicación.

Volvimos a sentarnos en una de las mesas del Bar España. Dos cervecitas, y alguna tapa de queso y jamón. De ahí, a Badajoz. Tras la comida, descanso. Me puse con la crónica a las cuatro y media pasadas. Hoy llego en hora. Y eso que he tenido que ir a El Corte Inglés a hacer un mandado de Nines. Tenía que cambiar también una docena de huevos comprada ayer, de la que cinco no hay fuerza hercúlea que los despegue del cartón. Me los han cambiado, sin problema. Y he salido ganando, porque llevé sólo los agarrados al envase, que los otros ya los había cocido. Aparte de eso sólo había que comprar lo que me había pedido Nines, pero se me olvidó comprarlo. Sin embargo traje una bolsa llena. Los hombres picamos más que las mujeres, me he dado cuenta. Al llegar a casa echo en falta el encargo. Me ha recorrido un estallido por el cuerpo, así que he vuelto. Quien no tiene cabeza tiene que tener pies. Ya todo en orden. Nines se enterará cuando lea la crónica.

Me he puesto a terminar la crónica. En ello estoy. Nos vamos al mes de María. Dije que hoy lo dedicaría a María Auxiliadora, aunque me repita, que no me importa. Ya comenté antes el origen de la fotografía de inicio. La de ahora, la de la ofrenda de flores, de cuya belleza incuestionable me quedé prendado, está en la Capilla inferior del Santuario de la Colle Don Bosco, en I Becchi. Tengo que volver allí. Cuando sea, como sea. Y hoy, como no puede ser de otra forma, con el ofrecimiento de flores a María Auxiliadora, quiero felicitar por esta festividad a cuantos, como decía Don Eusebio, Director que fue del Colegio de Badajoz un tiempo, la llevan “*en el corazón, en la cartera y en medio de la mollera*”. Hoy he recibido varias felicitaciones, y quiero corresponder a las mismas, pidiéndoles que vengan conmigo a Antonio Muñoz Aldana, Enrique Merchán Ceballos, Fernando Domínguez Cadenas, Nacho Sahelices Puebla, José Luis García Orio-Zabala de la Maza, Juanjo Jiménez de Peralta, Tere Miralles Quirós, Luis Albarrán Martín y Carlos Villalón Pla, que aunque no me ha llegado su felicitación seguro que lo ha hecho, pero ha debido perderse. Y también le pediré que venga a Manuel Ruiz Durán, el oficiante de la misa de ayer en la Catedral, también antiguo alumno. A todos vosotros, mi agradecimiento por vuestro recuerdo a mi persona en el día de hoy, y mi felicitación también sincera.

Y, cómo no, mi amigo Cecilio Venegas Fito, antiguo alumno, y cuantos compañeros compartimos cursos hasta que hubimos de abandonar el colegio. Entre las flores que pongamos, muchas de ellas lo serán a la memoria de nuestros profesores, salesianos o laicos, que ya no podrían acompañarnos. A muchos los recuerdo con verdadero cariño y agradecimiento. Podría escribir de esos años y no acabar. Pero no es el caso de hoy. Con lo dicho, ya hay bastante. ¡Vámonos a la Colle Don Bosco! Ah!, también vendrán Nines y Jesús Marcos Merino, que los tres fuimos allá en peregrinación en agosto del 2018. Parece que fue ayer...



*Auxilio de los Cristianos,
Luz y faro que me guía,
acoge, oh Madre mía,
estas flores de mis manos.*

*Son pétalos de ilusión,
de emoción agradecida,*

*y que en cada amanecida
te llevo con devoción.*

*Auxiliadora te llaman
de color celeste y rosa,
y con la más bella prosa
tus hijos a ti te aclaman.*

*Bálsamo del desconsuelo,
que no existe otra mirada
serena, dulce y calmada
ni en la tierra ni en el cielo.*

(F. B. A. V-Z., 24 mayo 2020)

Día 72º
Lunes, 25 de mayo del 2020

¡Siempre habrá una luz en su memoria... y en la mía!



Poco después de llegar del paseo, a las ocho horas y cuarenta y cuatro minutos exactamente, me entró un mensaje: “*Buenos días, Felipe. Esta noche ha fallecido Juana*”. Me lo enviaba María Jesús Gragera, y no me hizo falta saber el apellido de Juana, porque, aunque respondí “*¿Juana Macarro?*”, desde un principio supe que era ella. Juana es Juana, y no digo que era porque siempre lo será. Hoy la crónica será más corta, porque no voy a poder sacar el mismo tiempo que otros días. Voy a ir a Montijo al entierro. No se me ha ocurrido dudarlo. He llamado al párroco de la de San Gregorio Ostiense, D. Antonio Pérez Carrasco, para que contara conmigo dentro del aforo permitido.

Hoy, una parte de la crónica, se la voy a dedicar a Juana Macarro. La conocí hace muchos años, pero muchos, al servicio de la Catedral de Badajoz, junto a Dionisia, que fue sustituida, si no recuerdo mal, por Marisol. Todas ellas pertenecen al Instituto Secular “Hogar de Nazaret”, que fundaran, hace ya muchos años, Don Luis Zambrano Blanco y mi tía tercera María Gragera Vargas-Zúñi-

ga. Juana era el alma de la Catedral, se conocía todos los recovecos de la misma, y controlaba cuando hubiera en ella. Su amor a la institución a la que pertenecía se proyectaba en el servicio a la Catedral. Sé que antes de ello estuvo mucho tiempo en el Seminario. Muchos son los sacerdotes que la han tratado. Conmigo siempre fue cariñosa, quizá más que eso. Tenía mucha confianza, compartida por mi parte. Era la guardiana de la Catedral. No le hacía falta vigilante alguno. Nunca la vi alterada, aunque sí callar a más de un impaciente. Como San Pedro, llevaba las llaves siempre en la mano. La de la puerta principal de la Catedral es de esas antiguas, que pesa como un pecado mortal, y era grande, pero grande. Cuando acababa la misa de ocho de la tarde de los sábados Nines y yo la acompañábamos hasta la puerta, para que cerrara. Tenía su particular sistema de alarma para detectar a algún intruso. Iba corriendo las capillas que estuviesen abiertas y los confesionarios. A éstos se acercaba y daba con la llave “*petrina*” en la madera del confesionario. El golpe hubiera asustado a cualquiera que se hubiera agazapado en el interior del mismo, con intenciones aviesas. El ruido era de infarto. No nos dimos cuenta hasta que pasaron algunas ocasiones y le pregunté por los porrazos. No permitía que nadie se la jugara.

Sin embargo, en su último día en la Catedral, alguien tuvo la feliz idea de aliviarle la carga de la mudanza. Un desaprensivo se llevó el sobre del dinero que Juana tenía en la casa que ocupaba en la Catedral. Ella se descuidó en dejarlo donde lo puso, porque era una persona confiada en la honradez de los demás. Tuve la ocasión de ser testigo de su reacción al darse cuenta. Nunca dijo cuánto era lo afanado por el malvado, y no le deseó mal alguno. No despotricó, no se acordó de su familia, viva o muerta. No responsabilizó a nadie, si acaso a ella por creer que todo el mundo era como ella. Lo único que me dijo, frente a frente, parada, encorvada, con ese vaivén al que le obligaban sus maltrechas rodillas: “*que lo tenga que gastar en botica*”.

Juana era una de esas tantas personas que se dedican al servicio de la Iglesia atendiendo a sacerdotes y templos. A todos ellos hay que dedicar un homenaje. Limpian, atienden la luz del Sagrario, preparan y cuidan los ornamentos, adornan los altares y monumentos, dan cuenta a quien corresponda de las incidencias del templo. Sin todas esas personas no habría quien entrara en una iglesia, excepciones honrosas aparte, aunque pocas. Y lo hacen convencidas, esas personas, que dan cuanto pueden, que son su trabajo, parte de su vida, sus

ilusiones y sus emociones. Y siempre con una disposición a agradar en cuanto se les pide. Como Juana hay muchos en España, y en muchos otros sitios. Como Juana, Quini en Novelda, o Amalia, la señora que en la jurisdicción del Padre Torres cuida de que la vela del Sagrario siempre luzca. O como Amparo, la que pide, o como las monjas de Marta y María, que tomaron el relevo al Hogar de Nazaret en la Catedral de Badajoz. O como muchos otros, con nombres, que hacen que cuando los demás acudimos a los templos no reparemos, porque está todo en orden, y porque los humanos somos así, en las horas de trabajo que algunos han dedicado al servicio a la Iglesia. Sienten que dan parte de lo que reciben de ella, porque, como en mi caso, recibimos más de lo que damos.

He repasado mentalmente el tiempo en que he sido testigo del trabajo de Juana en la Catedral. Sólo la vimos alterada una vez: un día que, en plena misa, un ratón se cruzó de lado a lado la Capilla Mayor por el ángulo que forman el primer escalón y el suelo. Cuando se lo dije, al final de la misa, entró en descon-suelo, y no dudó en dar gracias por no verlo, porque, de haberlo visto, hubiera dado un grito. Juana era meticulosa con todo, y le gustaban las cosas bien hechas. Un día se dio cuenta, en la Consagración, que faltaba la palia, que llevaba bordadas las letras *JHS*, “*Jesús, Hombre y Salvador*”. Como mis remos eran mejores que los suyos me dijo: “*Falta el Jesús Hombre y Salvador. Llévase-lo*”. No sabía lo que quería decir. Entonces lo aprendí. Y como no me enteraba –yo me preguntaba “¿*qué dice esta mujer?*”, dudando de la normalidad de su cabeza-salió fugitiva, renqueando, a llevar la palia para el cáliz. Cuando me disculpé al final de la misa por no entenderla sólo hacía echarse las culpas a ella por no haber estado pendiente de todo. Así era Juana. Así son muchas como Juana.

Cuando volvía a la Catedral, ya retirada del servicio, no podía callarse ante las cosas que viera hechas de manera distinta a como ella las hubiese realizado. Me lo decía en secreto, pero no dejaba a nadie en mal lugar. Callaba y tragaba. A veces sufría. Así era Juana, y así yo la quería. Supo ganarse un hueco en mi corazón. Por eso hoy, al enterarme, no he dudado de que mi sitio debía estar en Montijo para despedirla. Juana seguirá alumbrando en la Catedral, al menos mientras yo tenga capacidad de recordar. Por eso he sacado la foto la lámpara del crucero, vista desde abajo. La hice el 8 de julio del 2017. Se podrán fundir todas las bombillas, pero su recuerdo allí siempre será luz de servicio y entrega. Y esa luz no se paga nunca. Cuando mire la lámpara la próxima vez, sabré que

en alguna de las luminarias luce el alma de Juana, vigilando su querida Catedral, como en cada iglesia, en cada templo, luce la luz de quienes se dedican a una labor silenciosa e impagable en favor de que todos tengamos las cosas como queremos, aunque no lo reconozcamos. Querida Juana, descansa en paz.

He vuelto de Montijo, y me he sentado al ordenador. Había empezado a ver algunos titulares de prensa, para tener materia con qué meterme cuando, de pronto, a las ocho de la tarde y cuarenta y tres minutos, recibo dos mensajes: “*Cesárea*”... “*Ahora mismo*”. Recibí la prueba de la confirmación. Ignacio ya estaba en el mundo. No daba crédito a la hora. Exactamente doce horas después de recibir la noticia del fallecimiento de Juana Macarro recibía la del nacimiento de Ignacio Gridilla Viyuela. A la misma hora las dos, pero una por la mañana y la otra por la tarde. Contrapuntos de la existencia humana, de la obra grande de Dios. Mientras unos entregan su existencia una vez cumplida otros vienen a enfrentarse a la vida. Estando en la iglesia de San Gregorio Ostiense de Montijo, mirando el féretro de Juana, daba gracias a Dios por haberla puesto en mi vida en alguna etapa de la misma, y estaba a la espera de hacerlo por poner la de Ignacio.

Juana se ha ido después de una vida llena de servicios, de entrega a unos valores que sólo pueden ser ciertos cuando se tiene fe en la misma entrega, imbuida de un carisma envidiable. Inés Escobar, Directora General del Hogar de Nazaret, así lo ha dicho al final de la celebración. Ignacio viene a la vida a llenarla de valores, y lo hará, estoy seguro, gracias a la educación que sus padres sabrán darle. Tendrá que labrarse un futuro, y dadas las cosas no será fácil, que los tiempos están poniendo las cosas complicadas. Pero saldrá. La mirada de su padre, al cogerlo en brazos, mientras su madre se recupera, se lo habrá dicho, sin necesidad de palabras: “*haremos cuanto podamos por ti, pero en ti está el que lo que hagamos dé su fruto... podrás hacerlo, Dios te ayudará*”. Saber que Ignacio ya ha venido me ha traído a la mente, más bien al corazón, a sus abuelos paternos: Aurelio Gridilla y Carmen Martínez-Manzano, *Polí*. Estoy seguro que, desde la barandilla del palco celestial, lo están viendo. Y estarán gozando. Tanto como Nines y yo.

Buena es, por otra parte, la que están liando algunos. No entro hoy en muchas disquisiciones, porque el día es de homenaje a Juana y a Ignacio, pero no me acuesto sin comentar algunas cosas. En mi viaje a Montijo, ida y vuelta,

tanto en la carretera, como en Badajoz, compruebo que estamos volviendo a la normalidad, o sea, que estamos volviendo a vivir. Aunque me huelo, y coincido con mi amigo José Enrique Moro, que se tiene amañada la prórroga del Estado de Alarma, no sé si tiene o no sentido, o lo mejor es aplicar ya el sentido común –si es que existe en muchos, que da la sensación de que no es así- y que volvamos a vivir en la forma en que antes se vivía. No dudo de que imperarán ciertas restricciones, que nos impondremos nosotros mismos. Hoy me confirmaba el párroco de San Gregorio, D. Antonio Pérez Carrasco, que la gente se retrae a la hora de ir a misa. Ya he dicho que nos han metido el miedo en el cuerpo. Y eso no es forma de vivir. Hay que asumir el riesgo, sin caer en la insensatez. Es bien distinto una cosa de otra.

El ministro Marlaska ha destituido al Coronel Pérez de los Cobos, Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Madrid, al parecer por falta de lealtad. Todo viene, según parece, por obedecer una orden de un juez, y seguir los mandatos del reglamento del servicio. Es una forma más de controlar la justicia. En vez de hacerlo directamente por el tronco lo hago por las ramas. Estoy seguro que Pérez de los Cobos ha actuado con honor según el lema del Benemérito Instituto: el honor es mi divisa. También es la de muchos españoles que no pertenecemos al Cuerpo. Ahora saldrán múltiples versiones sobre los motivos de su cese. Pero el caso es que se lo han cargado. No quiero pensar que sea un cambalache con los independentistas catalanes para obtener su gracia para la prórroga, que tengo la plena seguridad que tienen ya pactada. Y como el Coronel estaba en el punto de mira de las iras de aquéllos, ha entrado en el lote. Prefiero no pensar en ello, porque entonces la dignidad de algunos, y no la del Guardia Civil precisamente, ha quedado bajo mínimos. Lo iremos viendo.

Ahora, lo que esperamos, porque así lo ha anunciado, es que se declare el luto oficial a nivel nacional, que debe ser a partir de mañana, o de pasado, dependen del momento en que se acuerde y publique. Será el momento en que, de alguna forma, todas las instituciones oficiales se unan al recuerdo, con signos evidentes, de los que han pagado con la vida las consecuencias de la pandemia. Y creo que deben ser todas las instituciones, oficiales y no, las que se unan a este periodo de luto, con independencia de cada una, en su momento, con sus formas, sus mejores criterios, sus costumbres y sus misterios honren a los muertos con funerales o actos diversos de homenaje. En la

página web de la Conferencia Episcopal Española se anuncian jornadas por los afectados de la pandemia para los días 25 y 26 de julio próximo.

Voy a ir terminando. Hoy no hay foto de ninguna advocación mariana. Hoy voy a poner otra, y la Virgen lo entenderá, pues es de su Hijo amado, hecho hombre. Juana tenía verdadera adoración por el Niño Jesús que os voy a enseñar. Le pasaba la mano con suavidad, acariciándolo. Le mesaba el cabello. Lo besaba como si fuera parte de sus propias entrañas. Por lo bajo cantaba su belleza, porque es bonito. Sabía acurrucarlo en la cuna como nadie. Hoy he buscado en el archivo, y pongo una foto de Navidad del año 2009. Escogí una en la que la luz iluminaba todo el cuerpo y el rostro del hijo del carpintero. Pero, de pronto, moviendo el dedo me dijo que no, que no pusiera esa foto suya, sino una que sabía que tenía, del mismo día, en la que la faz, la santa faz, estaba medio oculta por una sombra. Me extrañó, y lo miré. Me dijo que hoy, la luz no era para Él, sino para otras dos personas. La Luz, hoy, la verdadera Luz, la de su propio rostro, era para Juana, por como lo había mimado tantos años, y para Ignacio. Y que no quería flores, que las flores eran hoy para Juana –qué ramos más bonitos tenía a su lado- y para la madre de Ignacio, para Lorena. Y me pidió el Niño que le pusiera romero... Y eso hice.



*Al Hijo del carpintero
lo arropa Juana Macarro,
y en maceta que es de barro
le ha colocado romero.*

*Y Jesús, con su mirada,
le devuelve la sonrisa
y Juana, sin mucha prisa,
le coloca la almohada.*

*Duerme, mi Niño, Amor,
que yo vigilo tu sueño.
que eres, Jesús, mi dueño
mi sentido y mi Señor.*

(F. B. A. V-Z., 25 mayo 2020)

Día 73º
Martes, 26 de mayo del 2020

¡Amanece la vida!



Pues sí, así es... La vida amanece cada mañana. Hay días en que las nubes quieren adueñarse de la situación, y lo hacen, pero en el cómputo de días de la vida siempre gana el sol. La fotografía anterior es de esta mañana, al poco de salir del casco urbano de Badajoz. Se la dedico, hoy, a Ignacio –perdonad que vuelva a él, pero la ocasión lo merece-. Igual que Nicolás, nacido hace una semana, o Carmen, hace algunas semanas y que ahí sigue luchando, o Julia, que lo hará en un mes, y a la que ya esperamos impaciente, que será una nueva generación en la familia, que mi suegra será su bisabuela, digo que todos ellos

pertenecen a una generación que tendrá mucho que decir. Cuando empiecen a pollear nosotros estaremos ya cluecos. No como las gallinas cluecas, que eso es otra cosa. Ojalá, entonces, nos vean como el tesoro que son nuestros mayores hoy para nosotros, los que aún estamos en cierta edad y tenemos el inmenso don de poder tenerlos aún.

Al mirar el sol, quise acordarme de Ignacio. No en vano es su primera amanecida. Nadie ha salido en estas crónicas con menos edad. Gana a Nicolás por horas, pocas, pero por horas. Cuando Julia nazca espero que ya no haya crónicas, por lo bueno que ello significaría para todos. Pero prometo, si os parece, escribirla ese día y enviarla como epílogo a las Crónicas del Confinamiento. Si empezaron con muerte terminarán con vida. Será la realidad patente del lazo verde de esperanza. Eso haré. El sol de Ignacio ha podido con las nubes. El futuro puede al presente, viene con fuerza y, si conserva una rectitud de principios, triunfará. En la foto hay una cosecha seca. Somos nosotros, los que ya estamos en edad de entregar el grano de nuestras vidas. Por muchas que nos queden a algunos, hay que ser consciente de que hemos dado más que las que nos quedan por entregar. El sol sobre el presente, la luz sobre el pasado. Bienvenida sea la savia nueva que viene a renovar la vida. Ellos serán nuestro sustento.

Eso debe pensar el padre de Ignacio cuando lo contempla recién nacido. Sólo hay que ver la cara del padre para darse cuenta de que la alegría de tenerlo en sus manos es compatible con la preocupación por su futuro. Pero Ignacio podrá, como su padre ha podido. Ignacio seguirá la luz del amanecer muchos días, muchos años. Si un día siente que no la ve, que mire la fotografía del principio. Que piense que hubo alguien, una especie de tío-abuelo si se me permite, que al ver el sol ese día tuvo claro que Ignacio, al igual que Nicolás, o Carmen, o Julia, serán dueños de una vida en la que alumbrará el sol todos los días. Dios quiera que sepan buscarlo, incluso cogerlo en la mano, para que no les falte nunca... la Luz del mundo. *“Yo soy la Luz del mundo...”*. Esa Luz les ayudará... si siguen su camino. Lo seguirán. Con el permiso de su padre, aquí tenéis a Ignacio Gridilla Viyuela...



Los reflejos se los he puesto yo. Son la Luz que vendrá sobre él.

Poco que decir de la ruta de hoy, porque ya se conoce. De ahí al despacho, con algunas cuestiones a resolver. A las nueve menos veinte de la mañana recibí una llamada de esos números largos que muchas veces dudas en coger, porque no sabes si es algo importante o te quieren vender una máquina de coser. Procedía del Servicio de Traumatología del Perpetuo Socorro. Yo tenía cita programada para el 12 de mayo, pero me la anularon, lógicamente. Hoy me han llamado, porque había un hueco, y por si me interesaba. A mí me interesa todo lo que sea de salud. Me dieron hora para las dos menos veintiséis minutos de la tarde para radiografías, y a las seis y veintiocho de la tarde para la consulta. Siempre me ha asombrado la minuciosidad en la hora a la que te citan. Así que a la hora prevista, esto es, quince minutos antes –me llamo Albarrán- ya estaba yo frente al mostrador del Servicio de Radiología. Hube de esperar algo, por eso es bueno

ir siempre con tiempo. Al aparecer tras el mostrador la enfermera de turno me preguntó el nombre. Confirmó que estaba en la lista. Me preguntó: “¿Ha tenido Vd. Covid?” Mi respuesta fue otra pregunta: “¿Me han llamado Vds. para hacerme el test? Si no me lo han hecho, ¿cómo voy a saber si lo tengo o no?”... “Pues tiene Vd. razón. Siéntese ahí y espere a ser llamado”. Eso hice, y al poco me llamaron.

Nunca me cansaré de cantar, no creo que sea casualidad, las buenas formas en el trato del personal de la sanidad pública extremeña. Puede que no dependa sólo de ellos, sino también del paciente. Me dijo la sanitaria que me atendió que me vaciara los bolsillos. En mí eso es un problema. Llevo la cartera, las llaves, el crucifijo, el rosario, el pañuelo, más llaves, el móvil, un abrebottas –que ahora no me fío de que me las abra nadie-, el pendrive, las monedas... Seguro que se me olvida algo, por lo que he tardado más en sacar las cosas y meterlas en los bolsillos de la chaqueta, donde llevo otra cartera, más llaves, los guantes, el bote de gel, un informe médico plastificado, las llaves del coche, otros pen con diversa información, el adaptador para el cable del cargador del móvil, la mascarilla que no uso porque se me ha roto la goma pero que me da pena tirar, porque está buena... que en hacerme las radiografías. Bueno, me hice las placas y me dijo que podía marcharme. Otro rato, ya fuera del cubículo de rayos X para recolocar las cosas.

Volví a casa a comer. Hoy, chuletas de muslos de pavo. Están buenas. De primero, lechuga. No descansé apenas después de comer, pues me acerqué a Correos a recoger un envío de una comunidad de propietarios. Ha vuelto la normalidad, en parte. Ya se empiezan a reclamar cosas. Vuelvo a casa, y me dedico en el ordenador a varias cuestiones. A la hora prevista me voy a la “L” del Perpetuo, a la consulta de traumatología. Me ve el Doctor César Morales, buen médico y mejor amigo. Gran aficionado a los toros. Tras analizar las radiografías y decirme que podemos aún aguantar con la izquierda –bueno, con la izquierda nos vamos a tener que aguantar una temporada, digo yo- me da cita para dentro de año y medio, salvo complicaciones. Como si fuera un parte médico taurino. La derecha, la de la prótesis, de lujo. Nunca tomé mejor decisión en esta vida.

Tras la conversación médica vino la taurina. Comentamos la situación actual y qué futuro nos espera este año. Yo lo veo mal, negro. Tengo claro

que hay que despedirse este año de ver festejo alguno. Ojalá me equivoque, pero no sé. Al hilo de ello, quiero decir que para el domingo pasado se había convocado un paseo protesta para reclamar más atención a la Fiesta Nacional. Me hace gracia, la verdad, que sólo se acuerden de reclamar esa atención algunos colectivos taurinos cuando ven afectados sus bolsillos. He defendido que los toros son cultura, y que mucha gente vive de la tauromaquia y cuanto la rodea. Pero me da que los movimientos reivindicativos están manejados al antojo de algunos, y no sé qué intereses tienen o demuestran. Suspendido el paseo previsto en muchas ciudades españolas, sin saber por qué, surgen los comentarios de los propios actores del ruedo, unos a favor y otros en contra. No hay unión en el mundo del toro. Unos culpan a la Fundación Toro de Lidia, otros que creen que no es el momento -¿cuándo es entonces, al final de temporada?-, otro que cuestiona el silencio de algunos matadores organizadores de la protesta y que ahora callan como callan las meretrices los secretos de cama barata... En fin, un lío. A mí me preguntó Fernando Valbuena si iba a ir al paseo. Dije que no.

Y le pregunté cuántas veces hemos pedido los aficionados respeto y carteles abiertos, y algunos se han negado siempre... O cuándo han contado con los aficionados o abonados locales los empresarios para tratar de carteles y precios... O cuándo, los matadores de primera línea, han mirado a los tendidos para apoyarnos y no para solamente pedir trofeos de limosna... O cuándo, los que mandan, han querido entender que los ganaderos son unos pisoteados por el staff del circuito, salvo algunas excepciones... Sí defendiendo que los toros son cultura, porque son arte. Pero no otra cosa. No he olvidado las dos últimas ferias de Badajoz.

Y si mal está el mundo del toro, peor andan las altas esferas de la Guardia Civil. Ayer destituyen al Coronel Jefe de la Comandancia de Madrid... Hoy dimite el Director Adjunto Operativo, el General Laurentino Ceña, que debe ser como el segundo de a bordo. Aunque debía cesar a fin de mes, según he leído, no deja de ser un acto de solidaridad con el Coronel Pérez de los Cobos que haya dimitido hoy. Pero a rey muerto, rey puesto. El ministro del ramo ya ha nombrado sustituto. A mí, que veo las cosas desde el tendido, y no desde el burladero de matadores, donde te enteras de las cosas al estar en la pomada, todo esto me huele a manejo. Ya lo dije ayer.

Una forma de controlar la Justicia. Hoy ABC, en portada, dice lo mismo que yo, por lo que no debo ser tan mal analista. Circula un escrito de la Asociación Profesional de la Magistratura pidiendo se reponga a Pérez de los Cobos, o se aclaren las causas que llevaron al Ministro a perder en él su confianza. Parece mentira que siendo Marlaska juez no sepa lo que supone la injerencia entre poderes. Ya hubo un juez que se metió en política y salió trasquilado. Pues veremos si a Marlaska no le cortan el pelo pincho ese que tiene en el flequillo.

Yo, porque forma parte de mi credo, sino mostrando mi adhesión al Benemérito Instituto y a sus hombres. A todos. Sé que habrá algunos que sean de dudosa creencia, pero... ¿quién es el santo varón que pueda decir *con fundamento dieciséis abuelos tengo y ninguno fue ladrón*? Me parece deleznable cuanto está sucediendo. No sé el tiempo que quedará de toda esta pachanga del confinamiento, ya en régimen abierto, pero me da el pálpito de que vamos a ver más cosas. Y ello por no hablar del baile que se traen con los muertos. Hoy los subo, mañana los bajo... Vamos, que son de fiar unos y otros.

En el mes de María nos vamos de romería. Y tiene que ser hoy, que a las doce de la noche de hoy, que eso de las cero horas de mañana no me gusta, empieza el luto oficial a nivel nacional. Quiero ser respetuoso con la norma. Creo que todas las instituciones deben seguirlo, respetarlo. Pero no quiero dejar en el tintero una fotografía que, desde Almonte, me han enviado dos almonteños, rocieros de pro: Raquel Reales y Arturo Aviño. Son amigos de Fernando Martínez Nosti, de esa familia de Sevilla que he dicho ya que es extensión de la nuestra en tierras andaluzas. Les ha debido hablar Fernando de las crónicas y se han ofrecido a enviar una imagen de la Virgen del Rocío.

No he ido nunca a la Romería del Rocío. Tan sólo pasé con Nines una vez por la aldea. Fue en noviembre de 1989, al regreso de Vilamoura, donde pasamos las vacaciones de ese año. Fue en noviembre, porque hubo elecciones generales el 29 de octubre de ese año. Nines estaba entonces destinada en Olivenza y pertenecía a la Junta Electoral de Zona. Recibió un telegrama anulándole las vacaciones, que estaban pedidas para septiembre. Por eso “veraneamos” en noviembre. Más tranquilos. Eso sí, conocimos un hecho luctuoso estando allí, en Vilamoura, alojados en el Hotel Don Pedro Golf, pues el 12 de noviembre de ese año falleció La Pasionaria. ¡Lástima! No pude venir

a su entierro, miré la hora cuando me enteré y no me daba tiempo a llegar. Al regreso de Vilamoura decidimos entrar en suelo patrio por Ayamonte. Nos acercamos a la aldea de El Rocío y pasamos a ver a la Virgen. Incluso compré una medalla, con cordón verde y blanco, que tuve muchos años puesta en el espejo retrovisor del coche que teníamos entonces, un Alfa Romeo 33, matrícula BA-0867-L. De ese pasó al Mitsubishi que compramos en Santa Cruz de Tenerife en 1991, TF-2820-AP, y de buenas a primeras le perdí el rastro a la medalla. No sé qué fue de ella. Como puede entenderse no saltamos la reja, que no somos de muchedumbres enfervorizadas, sino más bien de reuniones más calmadas.

No hemos vuelto a El Rocío. Tengo amigos que van todos los años, y vienen transformados. Eso sí, la mutación les dura pocos días, que por mucha mística que traigan todos volvemos a ser como éramos. Eso del cambio se da en contadas ocasiones, y no precisamente con ese tipo de experiencias. Extiendo esta opinión a muchos otros cofrades de las miles de hermandades españolas. Quien se transforma no lo hace por sentir cómo las andas de la Virgen caen sobre los hombros. Quien se transforma lo hace porque lo que siente cae sobre el corazón y sobre la razón. Pero he querido atender el ofrecimiento de Raquel y Arturo, a través de Fernando. Aquí todos tienen cabida. Y confío, por venir de la mano de quien vienen, que son gente de bien, gente de paz, gente de fiar, de sentada sien, mente capaz y fáciles en el rezar. No descarto volver algún día, pero no a la romería. Hay mucho polvo. Me gusta ver el salto de la reja, y no me lo pierdo en el “*parte*” de mediodía del lunes siguiente al domingo de Pentecostés. Este año hubiera sido el 1 de junio, el lunes que viene. Pues vamos a adelantar la salida de la Virgen.

Y vamos a llevarle flores. Las flores, esta vez, encaminada la procesión por Raquel y Arturo, seguidos de Yaye y Fernando, las vamos a llevar cuantos queráis, pero no quiero que quede atrás Rocío del Valle y su hija, que también se llama Rocío; y mi prima Rocío Albarrán Sánchez-Moraleda y su madre, que también se llama Rocío; y Rocío Molina González-Barba, una de las boticarias de Ronda, además de madrina de mi ahijado Hito Molina. Y cuantos seáis devotos de la Virgen del Rocío. Mientras más vayamos, mejor. Vamos allá.



*Al Rocío llevo flores
para la Blanca Paloma
y entre romeros, señores,
a la Virgen digo: ¡toma!*

*Toma la flor, Madre mía,
y éntrate en mi corazón
que con inmensa alegría
te acojo con emoción.*

(F. B. A. V-Z., 26 mayo 2020)

Día 74º

Miércoles, 27 de mayo del 2020

Y el anillo... ¿"pa" cuándo?...

Pues sí, ¿para cuándo el anillo, o la anilla, Ministro Illa? Me refiero al anillo de medidas sanitarias que deberían cerrar ya con algunas decisiones que, si bien sé antipopulares, casarían muy bien con los riesgos potenciales que estamos viviendo. ¿Que a qué me refiero? Sencillamente, y siento buscarme contrarios, pero siempre he navegado en la derrota trazada en mis cartas de navegación, importándome un pimiento de los demás la opinión, sencillamente, digo, me refiero a la prohibición de fumar en ciertos espacios abiertos en los que, ahora mismo también, lo de guardar las medidas de distanciamiento personal, que social es otra cosa, es una utopía, pues lo estoy viendo y comprobando.

Los humos del vecino de la mesa cercana a la mía me los trago yo. Los humos del vecino de localidad en la plaza de toros me los trago yo. Bueno, yo y más gente. Los humos del vecino de asiento en los partidos del Badajoz, en el Nuevo Vivero, se los traga María Cerqueira, que sé que va a los partidos. Cuando me lo dijo alucinaba. No sabía que le gustaran tanto los partidos. Bueno, se los traga María y más gente. María es adjunta a Cancillería en el Arzobispado, y desarrolla bien su trabajo. Y la saco hoy en la crónica porque quiero, en primer lugar, y porque anda la mujer preocupada con el concierto de José Luis Perales en el Teatro Romano de Mérida, al que nosotros vamos a acompañarla, porque nos ha invitado a Nines y a mí. Además, si se ve retratada en estas letras se le relaja la presión a la que puede haber estado sometida por el Confinamiento Nacional, contra el que la gente ya tiene ganas de alzarse, con lo que habría que hablar de otra cosa, que estamos hasta el moño -las que lo tengan- o hasta la molla -los demás- de ver sometida nuestra libertad a la falta de seriedad en la emisión de normas y reformas, que ahora digo una cosa y al rato otra, Sinforosa.

Sin ir más lejos, esta mañana, al volver del paseo, una persona apostada en un portal, justo al pasar por delante de ella, me espetó una bocanada de

humo como si fuera una locomotora de vapor al arrancar. ¿Quién me dice a mí que tal fumata, por mucho que la chimenea llevara la mascarilla en plan barbuquejo, no me llena de bichería diversa? Por eso, querido Illa, regula algo más aparte de la mascarilla. Quien quiera fumar que lo haga en su casa, o en espacios abiertos donde pueda guardar la distancia que se marque. Ya he leído a algún neumólogo que se asombra de que, a estas horas, no se haya prohibido fumar si no se respetan ciertas medidas. Además, decía, la bocanada de humo, expulsada con cierta fuerza, llega más allá que lo que ahora llaman aerosol. Cuando alguien nos hable de cerca ya no podremos decirle: *“Ponte la manita, Rosita, que me estás escupiendo”*... Ahora hay que espetar: *“Mira, Palmira, ten cuidado que me estás sacudiendo todo tu aerosol en la solapa de mi chaqueta”*. Manda narices, lo que vamos a aprender en la pepla esta de la pandemia.

Antes de que me pasara lo de la humareda, y conste que estuve trabajando en el Servicio Nacional de Cultivo y Fermentación del Tabaco cuatro años, por lo que sé qué lleva el humo cuando se aspira, pero no cuando se expulsa, había hecho mi ruta habitual mañanera. La repera. Conté el otro día que hay un caminante que al cruzarse conmigo, y con otros, que me he fijado, le entran unos espasmos como los de los muñecos de Elvis Presley que se llevaron una época en el salpicadero del coche. Seguro que Fernando Valbuena, admirador de *“El Rey”*, tiene uno de esos. Pues bien, sigue en sus trece. Se conoce que no debe gustarle el aroma a Álvarez Gómez, de la que me rocío antes de salir a la calle a pasear, por si me pasa algo, aunque dura poco.

He vuelto a ver mallas. No se puede remediar. Van por delante, por detrás, a los lados. He vuelto a ver alguna que merece la pena, la malla. Lo que va dentro, a veces, no tanto. Algunas mallas se ven sometidas a pruebas de esfuerzo tremendo, demostrando la calidad de sus hilos. En mi época las mallas se usaban para las clases de ballet, o para espectáculos de ese corte, pero no para airearse en plena calle. ¡Qué nos quedará por ver! Yo voy vestido medio qué, por si en algún momento, que me ha pasado, debo cambiar la ruta y asistir a alguna urgencia de alguna comunidad. No pasa nada. Cuando llego a casa me cambio y me ducho, pero no me gusta salir hecho un mamarracho y ajustado como un torero. Para eso están los trajes

de luces, y no las fachas de la gente con que te cruces. Creo que me tengo que aguantar, no me queda otra.

Vuelto del paseo pasé a ver algún que otro atasco. Ahora los hay más. Normal. La gente ha estado más tiempo en casa y hay más aporte de todo a las cañerías. Antes, había funciones que muchos hacían donde podían. Nunca lo he entendido. Como la taza de casa, ninguna. Tengo familia y amigos que tienen una afición desmedida, casi enfermiza, a conocer todas las lozas de medio mundo. Da igual sea en España en el Museo de los Indios de Washington D.C. Pero sí, hay más atascos. En esta vida todo es proporcional, y como, además, nos ha dado por comer más de la cuenta en esos dos meses y algo que llevamos vividos sin ser vividos pues pagamos las consecuencias. Puede parecer algo gracioso de Felipe, pero no: es la auténtica realidad.

Vamos a otro tema más delicado. Hoy ha empezado el luto oficial. Ayer comuniqué al Sr. Arzobispo la Nota de Prensa que al efecto había sacado la Presidencia del Gobierno. Hoy le envié el Decreto, para su conocimiento. Ayer, al mensaje que le remití, me contestó diciéndome que el minuto de silencio, que se iba a llevar a cabo en toda España, se haría en Palacio. Así ha sido, aunque me da que alguien debe controlar más sus relojes, pues andan demasiado deprisa. Se ha llevado a cabo tras el rezo del *Regina Coeli*, que en tiempos de Pascua sustituye al Ángelus que todos los días se reza en Palacio. Tras el tiempo de silencio se ha rezado un responso. Me hubiera gustado que ese minuto de silencio se hubiera llevado a cabo en la puerta principal del Palacio Episcopal. No persigo con ello foto alguna, ni que nadie pueda decir qué bonita puesta en escena, ni dar lecciones a nadie. Pero me hubiera gustado exteriorizarlo en la puerta porque hubiera sido una forma de decir al resto de la sociedad que nos unimos a ella también en estos signos externos, que valen más de lo que pueda parecer. Posiblemente yo lo esté viendo desde un punto de vista protocolario, no lo dudo, pero también como cristiano de a pie, a quien le gusta ver que su Iglesia participa de las mismas actitudes que el resto de instituciones, cuando son de reconocimiento especial a la sociedad o parte de ella. Además, qué bonito hubiera sido que quien por allí pasase a esa hora se hubiera podido sumar con su Pastor al minuto de silencio.

Nada de ello, por supuesto, porque he sido testigo directo, empaña el papel de la Iglesia en todo este episodio de la pandemia, habiendo dado todo lo mejor de sí misma, a través de sus instituciones de caridad, de sacerdotes en hospitales o manteniendo la fe de su feligresía desde sus templos, por los medios actuales de la técnica, o a través de la labor callada y entregada de muchas congregaciones religiosas encargadas de la asistencia de los más débiles, ancianos, desvalidos..., los hijos más queridos de Dios. O de muchos cristianos laicos anónimos, que forman también la Iglesia, que han ayudado sin necesidad de alharacas a vecinos, familiares, conocidos, en cuanto necesitaban. La Iglesia no ha estado escondida, al contrario, ha mantenido la actitud de avanzadilla que siempre la ha caracterizado. Esa es mi Iglesia, de la que me siento orgulloso y por la que daré cuanto pueda. Otra cosa, no es menos cierto, son las personas, o algunas, que la forman. Por eso me duele la falta de visión en algunas cuestiones para exteriorizar su plena conjunción con la sociedad en los detalles más sencillos, pero no por ello menos sentidos por los que formamos parte de la misma.

Por cierto, quienes han exteriorizado hoy su preocupación al Presidente de la Junta de Extremadura han sido una representación de los ganaderos y toreros. Entre ellos el Presidente de la Fundación Toro de Lidia, el ganadero Victorino Martín. Quieren esperar los mandamases del circuito a la comparecencia en el Congreso del Ministro de Cultura. Supongo que dependiendo de la gracia o no que les hagan sus palabras citarán a movilizaciones, a esos paseos taurinos que, previstos para el domingo pasado, consideraron prudente suspender. Quiero pensar, y estoy seguro de ello, que quienes han comparecido hoy en el Palacio de la Presidencia de la Junta lo han hecho en nombre de todos los que forman la gran familia taurina, y, en especial, por muchos que ganan un sueldo normalito que les da para vivir, como dice mi madre, cristianamente bien. Tengo por seguro que ninguno de los matadores que en una corrida ganan lo que yo en muchos años, pero muchos, habrán pedido para ellos. Digo yo. Parones en la actividad de muchos toreros los conocemos todos, pues anuncian retiradas temporales de vez en cuando, y no reclaman nada por ellas. Bien que lo hagan por otros muchos oficios que son base de la fiesta pero que no se llevan más que un trozo de merengue de la tarta a repartir. Ya sé que exponen la vida, pero eso lo hacen por voluntad propia.

A nadie se la obliga a ser torero. Y también la exponen los agentes del orden, los transportistas, los albañiles... en fin, multitud de oficios sin prebendas ni beneficios. Espero, y deseo, todo el apoyo posible de la Administración a la Fiesta Nacional, no a la del 12 de octubre, que también, sino a la que tiene en el toro una razón de ser artística y cultural. Eso sí, cuidado con las subvenciones, que dan pie a las ambiciones.

En el mes de María, nos vamos a *Córdoba*. O muy cerca de ella, a pocos kilómetros. Y nos viene muy bien, porque está antes de entrar en la ciudad de los Califas por la carretera de Badajoz. Está indicada la ermita, y se llega tras atravesar una urbanización. Conocimos Nines y yo ese santuario el 14 de julio del 2018. Recuerdo que salí de Badajoz malísimo, pues me había intoxicado el día antes con unas huevas de merluza. No es que estuvieran malas, no: ¡estaban crudas! No las he vuelto a mirar en las pescaderías. Pero en el camino me fui arreglando, que nos esperaba en Córdoba un salmorejo cordobés, bueno, bueno, bueno, y un rabo de toro como nunca lo he probado. La cocinera era, y es, Juani Solís y el pinche Pepe León, padres de Don José Luis León Solís, sacerdote de la Prelatura del Opus Dei del que ya he hablado en estas crónicas. La cuarta pata del banco ese día fue Antonio Muñoz Aldana, sacerdote, párroco de la de San Juan de Ribera, de Badajoz.

Antes de llegar a Córdoba nos hizo Don José Luis el ofrecimiento de conocer a la Virgen de Linares. Y eso hicimos. Y me alegro de ello. Es un paraje muy bonito. Es Virgen Capitana, pues la Agrupación Córdoba, con misiones en el extranjero, la tomó por protectora. De hecho, el entonces Gobernador Militar de la Plaza y Provincia de Córdoba, Excmo. Sr. General D. Ramón Serrano Rioja, el 30 de abril de 1994 depositó a los pies de la Virgen de Linares una boina y un pañuelo azul, símbolo de la misión. Y hoy he querido ir a Córdoba porque cometí un error el pasado día 24, y olvidé, en la comitiva de las flores, a una cordobesa, Auxiliadora Lora Cantó, *Auxi*, cuñada de Don José Luis, pues es la mujer de su hermano Juan Francisco. Vamos, que hoy sale a relucir casi toda la familia. La llamamos al día siguiente, pero se nos pasó el 24.

En la iglesia me llamó la atención una bandera, medio tapada por una insignia mariana. Me acerqué. Era la Bandera. Pues hoy, además de que a la

Virgen de Linares la rodean flores con colores propios de Capitana, os voy a enseñar esa Bandera, que quiero sirva de homenaje a cuantos han caído en acto de servicio pertenecientes a las Fuerzas Armadas, y de la Guardia Civil, y de la Policía Nacional, y, por extensión, a cuantos han sido víctimas de la pandemia causada por el Covid-19. Imaginadla a media asta, que en la foto no puedo arriarla hasta la mitad del mástil. Estoy seguro que la Virgen Capitana, la Virgen de Linares, en su Hijo en brazos tiene a todos los que han caído en acto de servicio por España, dando su vida siempre por España, y mirando en su última ojeada del alma al tiempo que dirían: ¡sobre todo, España! Aquí tenéis la Bandera:



Y la Virgen de Linares, que nos espera:



*A la Virgen de Linares
rendimos nuestra Bandera,
que entre jaras y encinares
Capitana nos espera.*

*Madre de Dios cordobesa,
ponemos entre tus manos
el dolor que nos apresa
para quedar livianos.*

(F. B. A. V-Z., 27 mayo 2020)

Día 75°
Jueves, 28 de mayo del 2020

¡Nos vamos a Canarias!



Se cumplen las Bodas de Diamante de esta extraña época que llevamos viviendo desde el 14 de marzo. Nadie en su sano juicio, digo yo, pensaba que esto iba a durar tanto. A no ser que fuera un iluminado, y yo no lo soy.

Hoy no es el último día de un encierro que ya no es tal, a juzgar por lo que se ve en las calles. Pero sigue un desconcierto tremendo en algunas cosas. Llevamos dos o tres días Manuel y yo presionados en el despacho, con razón, por quienes quieren usar la piscina de su comunidad. No nos podemos reunir, pues superan en la comunidad el número máximo de personas que ahora podrían asistir a una sesión. Nos piden que tratemos de hacer la junta por videoconferencia. Digan lo que digan, no es del todo fácil. Más bien difícil. Creo que ya comenté en su momento algo sobre ello. Ni todo el mundo está preparado ni es una panacea ese sistema. Está bien para mantener una

reunión con pocas personas, pero no para que te acudan a la cita telemática, o como se diga, quince o veinte personas. Eso no hay quien lo gobierne, más que nada porque no estamos acostumbrados en las juntas de propietarios a decir las cosas claras, concretas, en pocas palabras, sin repetirse, sin escucharse, sin... No es posible. Me huelo que lo tendremos que hacer, a no ser que la tercera fase del plan de desescalada permita algo más de límite en el número de personas que se pueden reunir.

No, no es el último día del encierro, pero sí el de las clases virtuales de italiano. Me desconecté de ellas a la segunda, no me llamaba la atención el sistema, no otra cosa, que valoro el esfuerzo humano de la profesora, Chiara, en su justa medida, que no es poca. Pero hoy sí he querido conectarme, para despedirme de mis compañeros, porque yo no voy a pasar de curso, o de nivel, o como se diga. Y lo voy a hacer por razones estrictamente éticas. No estoy dispuesto que se me valore por la asistencia a clase hasta el 13 de marzo. No voy a someter a la profesora a esa situación. En España, hasta ahora, se aprueba o se suspende en los exámenes, y este año no los hay en junio. Dicen que en septiembre tal vez. Pero yo soy honesto conmigo mismo, y voy a repetir.

Perdonad si os meto este rollo, pero hoy tengo sentimientos encontrados, por más de un motivo. Y puede que ello me influya en la frescura mental que se precisa para llevar setenta y cinco días con un compromiso que me hice. Uno es gordo, para mí, pero no lo voy a decir hoy. Quizá mañana, o pasado, o al siguiente, pero hoy no. No es de salud, quedad tranquilos. Lo que no me importa compartir con vosotros es lo que les he dicho a mis compañeros de italiano, y, sencillamente, es esto: *“Cari compagni, cara Chiara: Oggi appaio davanti a voi per dire addio a questo gruppo di amici, perché la mia decisione di non passare al livello successivo è ferma, il prodotto di una serena ed etica riflessione. Voglio ringraziare tutta l'attenzione che ho ricevuto da tutti voi. E voglio dire che vi porto sempre nel mio cuore. Cara Chiara, grazie mille per quello che hai fatto per noi. Scusa per quello che ti ho deluso. Scusate. Avrò sempre anche il tuo nome segnato dentro di me, per il tuo sforzo, delicatezza e gentilezza. È stato un vero piacere essere il tuo studente. Grazie mille a tutti. Un grande abbraccio. Ci vediamo sempre”*. Puede que tenga algún error, pero lo llevo traduciendo hace unos días con ayuda de mis diccionarios y los po-

cos conocimientos aprendidos. Lo de poco no depende de la *proffesoressa*, sino del *studente*.

¿Queréis la traducción? Pues lo que les he dicho es esto: “*Queridos compañeros, querida Chiara: comparezco hoy ante vosotros para despedirme de este grupo de amigos, pues mi decisión de no pasar al siguiente nivel es firme, producto de una reflexión serena y ética. Quiero agradecer todas las atenciones que he recibido de todos vosotros. Y quiero decir que os llevo siempre en el corazón. Querida Chiara, muchas gracias por cuanto has hecho por nosotros. Perdona por aquello en que te haya fallado. Lo siento. También tendré marcado siempre tu nombre en mi interior, por tu esfuerzo, delicadeza y amabilidad. Ha sido un verdadero placer ser tu alumno. Muchas gracias a todos. Un grande abrazo*”.

Decía al principio que hoy nos vamos a Canarias. A Santa Cruz de Tenerife. Bella tierra. La fotografía de inicio la recibí ayer de mi buen amigo Juan Tienza Cuéllar, que es de aquí de Badajoz. Ya ha salido en estas crónicas alguna vez. Me suele enviar fotografías de vez en cuando, y cuando ayer recibí la de cabecera me quedé prendado de ella, por la combinación de colores. Pertenece al muro del Cuartel de Almeyda. Y como es bonito recordar en estas horas de sometimiento quiero hacerlo llevando mi mente a esas tierras canarias.

Pero, aunque luego volvamos a Canarias, vamos a otras cosas. No ha sido el día bueno para la empresa española. Nissan anuncia que se va de Barcelona, lo que perjudicará a multitud de trabajadores, familias que pierden el empleo, lo que, dadas las cosas, no es ningún regalo caído del cielo que se diga. Al contrario. Quizá sea hora de empezar a pensar por qué huyen de España empresas de solvencia y prestigio, que dejan en España un valor añadido de indudable calado. Me temo que dará lugar a enfrentamientos, protestas, acaloramientos y lastimeros lamentos. Mala noticia este año, que unida a la caída del cartel del congreso de telefonía móvil que tenía a Barcelona por sede, veremos qué depara el año en aquella tierra, a la que me siento unido porque hay buena gente, digan lo que digan. Mi primer trabajo fue con una empresa catalana, y si no llega a ser por la obsesión casi enfermiza de un político de entonces de cargarse la Central Nuclear de Valdecaballeros, en lugar de haber sido su delegado en Sevilla dos años hubiera tenido

bastante más tiempo de trabajo. Llevaba la gestión de la empresa de transportes especiales que llevaba las piezas grandes de la central desde Sevilla a Valdecaballeros (Badajoz). De esto daría para escribir largo también, de anécdotas, me refiero.

Hablando de cargarse, ojo, que cuando el río suena agua lleva, no hace muchos días se hablaba de eliminar la pagar extra a los funcionarios. Hoy ha dicho la ministra Montero, la del Fisco, que no, que no es verdad. Hubo una época en España que cuando se avisaba de que el precio del azúcar no subiría lo hacía al día siguiente. Miedo me da.

Miedo no, lo que me produce es verdadera repugnancia, y me huelo que dejo de ver las noticias de ese tipo, son los enfrentamientos diversos de los partidos políticos entre ellos, y más que de los partidos de quienes los representan, los últimos hoy en la Comisión para la Reconstrucción que se han inventado, supongo que para colocar con mamandurrias y tocarles con bandurrias a más de uno. No creo que en política valga todo, no. No creo que se pueda tener patente de corso para decirse la suerte de lindezas que se arrojan unos a otros. No creo que saquen algo de los españoles de bien los enfrentamientos de todos ellos. Me da igual que lleven cola o un pelo rubio que mola. Me da igual que no lleven traje o parezca que los viste un paje. Siento decirlo, pero dan repugnancia. Nunca he sentido tanta vergüenza ajena por el papel de los políticos como ahora. O esto mejora, o me temo que cualquier día los enfrentamientos dialécticos llegan a otra cosa, si no entre ellos, que saben guardar las formas menos las orales, entre esbirros de ambos bandos. Hoy por hoy, mejor no andar cerca de manifestación alguna a la que pueda oponerse otro grupúsculo de vete a saber qué ralea, que la cosa se puede poner fea. Así van a reconstruir lo que no quiero decir.

Así, que lo mejor es salir a caminar y mirar al sol. Y cantarle. Y si vas cara al sol, y si te da por cantar cara al sol, pues también le cantas. Y si a alguien le molesta, que se aguante. No me resisto a poner una fotografía que me envió el Padre Torres anteayer, obtenida en uno de sus paseos. Es un atardecer. *Al atardecer de la vida nos examinarán del amor...* No le he pedido permiso para ponerla, pero me da igual. Las cosas son de quien las recibe, no de quien las manda. Espero que os guste.



*Cara al sol
en el ocaso,
cara al sol
pasito a paso...*

*Cara al sol
de atardecer,
cara al sol
para creer...*

*Cara al sol,
Señor, ¡la Luz!
Cara al sol
llevo mi cruz.*

(F. B. A. V-Z., 28 mayo 2020)

En el mes de María nos volvemos a Tenerife. Hoy os expongo a la Patrona de Canarias y del Cabildo de Tenerife. Me refiero al Cabildo Insular, no al de la Catedral de La Laguna, sede episcopal de la diócesis nivariense. Cuando en agosto del 2017 visitamos Tierra Santa, en Nazareth, en la Basílica de

la Anunciación, me llamó la atención una serie de imágenes de la Virgen en azulejos, ofrecimientos hechos por distintas peregrinaciones. Y hoy, dado que hemos empezado con una fotografía de la capital tinerfeña qué mejor que poner a la Virgen de la Candelaria. Cuando vivimos en 1991 en Santa Cruz trabamos buena amistad, a través de Juan Tienza, con Francisco Aledo Buergo, abogado, y Miriam de la Calle. Francisco pertenece a una familia que tenía una finca llamada *San Francisco de Paula*. Allí había un azulejo precioso de la Virgen de la Candelaria, que retraté, pero tengo en papel, no en formato digital. A los pies de la imagen del azulejo había una inscripción que decía:

*Con nuestra Virgen y el Teide
tenemos los tinerfeños
el cielo en nuestra tierra
y a nuestra tierra en el cielo.*

No hace mucho, con motivo de felicitarnos la Pascua de Resurrección, tuve la ocasión de mensajearme con Francisco y le hice referencia a esa estrofa. Le causó admiración mi memoria. A mí también. La estrofa y la memoria, las dos cosas. Fueron seis meses en el año 1991 los que vivimos Nines y yo allí, pero fueron unos meses muy felices. Nunca podré olvidar esa estancia, rodeada de buenos amigos, a algunos de los cuales ya he nombrado en alguna de las crónicas. ¡Qué buenos recuerdos! ¿Para qué recordar lo malo siendo tan bello lo bueno?

Y hoy, a llevarle las flores a la Virgen quiero invitar a que nos acompañen a Nines y a mí, primero, a su hermana Belén, que hoy cumple años, para que pueda poner a los pies de la Candelaria sus deseos y anhelos; por supuesto, a Mani y Juan Tienza, y a Miriam y Francisco Aledo. No olvidamos a Pablo Matos, y a Arocha, de cuyo nombre no me acuerdo, aunque creo que nunca lo supe, pues todo el mundo le decía así. Y a María Morón y Juan Llamas. Y a Esther y Jorge Riestra, ella compañera de Nines y él juez. Y no quiero quedar atrás, porque entonces las tratamos y tenemos buen recuerdo de ellas, Rosina y Loli Velasco. Voy a invitar a mi amigo Javier González Morales, que es canarión, de Las Palmas, para que se vaya convirtiendo un poco y abandone ya

la equivocada idea que tiene sobre los chicharreros. No en vano, la Patrona de Canarias eligió por tierra Tenerife. Por algo será.

Y como aún vive, me gustaría que viniera, aunque está algo mayor, el Excmo. y Rvdmo. Mons. Damián Iguacén Borau, que fue Obispo de San Cristóbal de La Laguna, sede en la que le llegó el pase a la situación de emérito. Lo conocimos y lo saludé varias veces, y nos invitó a Nines y a mí a Palacio a merendar, pero Nines es poco amiga de meriendas. Así que... Me despedí de él en el acto de despedida que le tributó el Cabildo de Tenerife. Lo volví a saludar en Coria (Cáceres), el día de la consagración episcopal de Mons. Francisco Cerro Chaves como Obispo de Coria-Cáceres, hoy Primado de España en la sede toledana. Dije que Don Damián está algo mayor: tiene 104 años. Qué duda cabe que podéis venir cuantos queráis, que las flores no se agotan. Os esperamos.



*De Canarias su patrona,
sea en Anaga o La Laguna
tu pueblo, todos a una,
tu nombre santo pregona.*

*Hoy te ofrezco yo una flor
que alivie mi desazón,
te pido de corazón
consuelo para el dolor.*

*Candelaria, mi Señora,
bellos recuerdos de antaño,
aunque parecen de hogaño
vivencias de quien te añora.*

(F. B. A. V-Z., 28 mayo 2020)

Día 76°
Viernes, 29 de mayo del 2020

¡Por fin...!



Por fin... Llegó el día... Llevaba esperándolo desde hace más días de los que se pueda pensar pero menos de los que llevamos sometidos a las garras del dichoso bicho asqueroso. Tenía la idea metida en la cabeza, pero unos días por una cosa y otros por otra no se hizo realidad. No tenía claro que fuera hoy, la verdad, pero a la altura de la plaza de Minayo, mirando a la figura de José Moreno Nieto, decidí hacerlo. Era algo como pecaminoso, no sé por qué. Y algo se me infundió en el alma cuando, sin nadie en la calle con quien hablar, dada la hora, crucé la mirada con quien otrora dio nombre a la calle del Obispo. A pesar de su rigidez se me hizo que me guiñó un ojo, como diciéndome que él haría lo mismo si pudiera, pero no puede. Lógico. Las estatuas no tienen teléfono móvil. Así que no lo dudé. Cambié la ruta. Pensaba coger por La Marina, calle del Teniente Artigas y avenida del General Varela hasta El Corte Inglés. Me parece que en los nombres del callejero se me ha ido la chaveta a otras épocas... Así que cambié el paso y me desvié hacia Pedro

de Valdivia y avenida del General Rodrigo, y de ahí a casa. Cogí el teléfono a la altura de la puerta del Hospital Provincial “San Sebastián” y marqué el número 924252525. No desvelo ningún secreto protegido. Viene en la guía telefónica. Bueno, en la guía de internet.

Ya no hay lista del teléfono, listín le llamaban algunos. En mi casa, y de mis abuelos, siempre fue la guía. La recuerdo de pastas de cartón blando marrón. La siguiente edición en verde. Tiempos después en otro color liso, con diversas tonalidades, según lo que hubiera de resaltarse. Después vinieron las tapas en varios colores. Y cada vez más gordas. La nueva era de la tecnología, la protección de datos y la facilidad de cambio de compañía terminó con ellas. Una pena. Las antiguas molaban. Venía todo Badajoz escrito en letras de lupa. Mi abuelo Felipe tenía sólo un ojo. Bueno, tenía dos, como todo el mundo, pero uno era de cristal. Mucha gente se murió antes que él, y otros después, sin que lo supieran. Y para ver los números usaba una lupa. Mi padre, por ejemplo, muy aficionado a la luz, que no faltara, se ponía debajo de la lámpara de pie del gabinete. Y cuidado como alguien osara hacerle sombra. No era difícil despistarse en copiar o marcar el número del vecino de lista, por arriba o por abajo. No había tanta reserva con los datos ni tanto cuento chino ni historia de gorrino. Quien tenía teléfono ahí estaba escrito.

Bueno, me despisto, que quiero ir por otro sitio. Digo que marqué el número, el que antes he dicho. Es el de Telepizza. Hoy hemos comido pizza. Siempre me atiende una chica muy amable. Una de ellas es compañera mía de italiano, Patricia, pero hoy no me lo ha cogido. Bueno, que yo sepa no me lo ha cogido nunca, o no sé si me lo ha cogido alguna vez, pues hace más de tres años que no llamaba a Telepizza. No están mal. No tengo ninguna preferida, además no sé cómo se llaman los modelos de pizza que se venden. Yo digo siempre lo mismo: *“Señorita, por favor, quiero una pizza del tamaño que mi mujer y yo quedemos en condiciones, que tenga mucha masa y mucho queso, y que esté jugosa, no me la vaya a mandar Vd. como la suela de un zapato”*. Y me dicen: *“¿Qué ingredientes quiere Vd.?”* Y yo le contesto: *“Pues ponga Vd. aceitunas negras, piña, cebolla, carne de ternera y extra de queso”*. Vuelve a la carga: *“¿Quiere Vd. los bordes rellenos de queso?”* Y como se me hace que serán más jugosos le digo que sí. La que me ha atendido hoy es muy amable, y simpática, digo yo, porque me ha guiado estupendamente. Me pregunta si quiero algo

más, y me entran ganas de preguntar si ella entra en el paquete, pero como es viernes y pasado mañana domingo, y no se puede uno arrimar mucho todavía a los confesores, me recato y le digo que no. Me advierte del precio: quince euros y noventa y cinco centavos. Tal como me ha tratado me ha parecido poco. Todo depende, pues, del color con que se mire, o de la forma en que te hablen.

A la hora anunciada ha llegado a casa el repartidor. No manejan dinero, llevan un datáfono, un cacharro de esos que sirven para sacarte el dinero de la tarjeta casi sin que te des cuenta. Bueno, mejor dicho, sin casi. Dicen que no tocan dinero. Le di una propina. Esa sí la ha tocado, y se la ha guardado. Hacen bien, suelen ser estudiantes o muchachos que se ayudan del reparto a domicilio para salvar su economía, o ayudar a la de su familia. La pizza estaba buena, y no comía una desde hace qué se yo el tiempo. Puede que algún día cualquiera caiga otra. Ya no hará falta que mire a Moreno Nieto. Ni a la guía telefónica. He memorizado el número. Con eso basta. Si quieres un poco, cógelo, sin miedo, que hay para todos. Vete al principio y araña la foto.

Y si de arañar se trata hoy voy a dedicar unas palabras a mis amigos y compañeros responsables de Protocolo de las diversas instituciones. Lo digo porque en estas fechas andamos liados con eso de poner en escena los minutos de silencio, las banderas de luto o a media asta, y la imagen pública de las instituciones que sirven a la sociedad. Somos los grandes olvidados del ceremonial, y todo depende, muchas veces, de nosotros. Un buen responsable de Protocolo, y un buen Maestro de Ceremonias, es aquel que sabe hacer su trabajo sin que se note, sin que eclipse su protagonismo al de la Autoridad de turno. No somos recaderos, ni acomodadores. Solventamos multitud de ocasiones comprometidas por muchos motivos: los que se presentan sin avisar; los que acuden con compañía sin decir esta boca es mía; los que a última hora no van y te obligan a correr el turno, como los toros cuando alguno se devuelve a los corrales; los que no están conformes con el lugar asignado porque el ego se les ha elevado; porque el sitio físico que le ha tocado no está para la foto centrado... ¡Qué sé yo! Poned cuantos casos creáis, que habrán sido realidad. Somos personas a las que nos gustan las cosas bien hechas, y que sabemos asumir errores que tratamos de solventar para que las cosas no vayan a peores. Nadie se acuerda de nosotros a la hora de dar las gracias. En uno de los últimos actos que tuve el honor de organizar, porque para nosotros es un

honor hacerlo, y un orgullo que todo salga bien, el responsable del acto dio las gracias a todo el mundo, pero a todo, no quedando para atrás a nadie, tan sólo a una persona: al responsable del Protocolo. Era yo. No haces una mueca de desaprobación, pero te vas a casa con un cierto sentimiento de desilusión.

Ya dije ayer que me atenazaba una congoja interior, y me he liberado de la misma. Tengo otra, pero de esa no hablaré. Hoy, con todo respeto, con todo afecto, porque sé separar el cariño a las personas como tales de la consideración a lo que representan, con toda serenidad, con la satisfacción plena de deber cumplido, he puesto mi cargo de Jefe de Protocolo de la Archidiócesis en manos del Sr. Arzobispo, de Don Celso. Nadie espere en estas líneas, ni ahora ni nunca, reproche alguno a nadie que salga de mi boca. Antes callar que zaherir. Pero si recibes estas crónicas es porque tenemos una confianza mutua que bien justifica el que lo sepas. Hay motivos personales que me han llevado a ello. Ahora, la pelota la tiene él entre sus manos. Siento decirlo, pero así es. Si la acepta, cuando lo haga, habrá finalizado un bello periodo de mi vida. Si no la acepta, fiel al compromiso que un día hice con Don Santiago y renovado después con Don Celso, seguiré con la misma ilusión. Manifiesto públicamente mi afecto y mi amistad con Don Celso Morga. No me arredraré en lo que digo. Creo que fui el primer seglar al que conoció de esta diócesis cuando vino a tomar posesión desde Roma, y no me importaría ser el último en despedirlo cuando pase a la condición de emérito. Pero mi concepto de la dignidad, que puede estar equivocado, y de dignificar el cargo, me ha llevado a hacer lo que he hecho. Quiero resaltar el papel de un Jefe de Protocolo, asesor indispensable, pues tiene una visión de las cosas distinta a los que están encerrados, en cualquier institución, sea civil, militar o eclesiástica, en los particulares mundos que afectan a su cometido.

Es verdad que la decisión final de qué se hace la toman los responsables de las instituciones o departamentos correspondientes de las mismas. Entonces el papel del responsable de Protocolo es tratar de exteriorizar que tal decisión es la correcta, aunque no lo sea. Es un papel difícil. Sufrimos hasta que se termina el acto, y nos alegramos en nuestro interior si sabemos que todo ha salido bien. No hace falta que nos lo digan, pues de sobra conocemos en qué hemos fallado y en qué acertado. Manejamos cantidad de datos, de nombres, de cargos, de teléfonos, de situaciones que a veces es mejor callar. La pruden-

cia es la mejor consejera de un Jefe de Protocolo. No puedes decir todo lo que quieras en el momento en que deseas decirlo, no; tienes que esperar a que se serenen las aguas y comparecer ante tu jefe y hablarle claro, con lealtad, con firmeza, con entereza y con sinceridad.

He aprendido mucho, para bien y para mal, de todos los responsables de Protocolo de las instituciones con las que me muevo. A todos ellos debo sincero agradecimiento y consideración. Luego, a la hora de la ofrenda floral, les pediré que vayamos en procesión. Pero quiero que estas palabras sean homenaje sincero a todos mis compañeros, que han demostrado conmigo, como persona y en la representación que a veces ostento, una deferencia propia solamente de un afecto y una amistad de excelencia. ¡Gracias, amigos!

No voy a hablar hoy de política, ni de políticos. Hoy estoy hasta al gorro ya de ellos, con ese ambiente sacamantecas que entre unos y otros han sembrado en las instituciones. Unos que se desdicen, pero lo dicen, con lo que estamos en las mismas; otro que quiere congraciarse con los del Benemérito Instituto y no se da cuenta de que están de él hasta el mismo... tricornio, que lo que quieren es que los dejen en paz ejercer su misión, que no es cualquier cosa. Y lo peor es tratar de justificar que por qué se hizo lo que se hizo, que no se dio orden alguna pero que se incumplieron las dadas... ¿En qué quedamos?

Lo que sí se ha aprobado hoy es el ingreso mínimo vital. Resulta que son ayudas compatibles con otras que se estén cobrando. Miedo me da. O hay un control estricto sobre el tema o vamos a convertir a España a un país de profesionales de las ayudas públicas sin dar palo al agua. Ojo, que el dinero no es del Estado, que lo que el Estado paga sale del bolsillo del resto de contribuyentes. Y está bien que se pague para que quien lo precise en un momento dado de su vida pueda tener garantizada una subsistencia mínima, pero de ahí a crear una especialidad de vividores de cuento, que se las buscan y rebuscan para no doblar los lomos, hay un paso muy serio. Sí a ayudar a quien demuestre que, por causas objetivas se ha quedado sin sustento y lo necesite, pero nada de fomentar el llenarse el bolsillo a costa del cuento.

Hoy, en el mes de María, nos vamos a ir algo más lejos de lo normal. Nos vamos a una ciudad musical, que no conozco, pero de la que me han hablado muy bien. Hoy, porque se lo ofrecí, quiero que le llevemos las flores a la Virgen de la Victoria, que está en la Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, y

que es la casa del Niño Jesús de Praga. Del Niño tenemos en casa dos imágenes: una que nos trajo María José Amores, la Juez del de Menores, y otra que nos regaló Nena Del Valle, traída de un viaje en el que estuvo.

Debo decir algo. Le pedí a Carmen Soriano Navarro, que ahora vive en Praga con su hija Carmen, que me enviara una fotografía de una Virgen de allí. Praga es una ciudad musical, y todos los hermanos Soriano Navarro están tocados por la batuta de alguna forma. Pero a Carmen, por esos incomprensivos desvíos de las leyes naturales, se le escapó de entre las manos una de las hojas de su partitura vital. No del todo, porque hay quien sigue tocando desde el Cielo, y desde el Cielo, que lo digo yo, las sintonías de oyen, más a veces que las que se tocan en la misma Tierra. La fotografía que me ha enviado no es que sea muy nítida, pero da igual. Me ha enviado otras dos imágenes de madonas, una de un puente y otra de un parque. Pero he escogido, a pesar de la calidad, la de la Virgen de la Victoria. Homenaje de notas de prosa a una partitura de notas celestiales de pentagrama y clave de sol. Allá, en cualquier sitio del Cielo donde se mire, hay una violinista que toca sin parar, porque en el Cielo ya no se cansa uno. Claro, que todavía no he ido para asegurarlo. Esa violinista se llama Victoria Eugenia, como la Reina que fue de España... *“Eres rubia como los trigos a la salida del sol...”*

Tengo en mi despacho, el Padre Torres es testigo, un clavel que no es clavel, que es el libreto de una sinfonía vital. Algo tiene ese clavel, ya seco, que me impide deshacerme de él. Allí estará mientras suene, que no deja de sonar. Dios quiere para sí a los mejores en todo. Se conoce que alguien faltaba para ser el concertino. Y buscó hasta que la encontró. Por eso hoy, Carmen, vas a venir con nosotros, mejor dicho, nos vas a esperar en Praga, que en nada estamos ahí, para llevarle las flores del mes de mayo, las flores a María, Nines y yo. Y, porque ya lo he dicho antes, porque son mis compañeros y mis amigos, quiero que nos acompañen Jesús López Santana y Paco Peces, con María Jesús Sánchez, de la Junta de Extremadura; Angélica Amado, de la Diputación de Badajoz; Celia Cano, de la Delegación del Gobierno; Emilio Bermejo, de la Universidad de Extremadura; Isabel María Muñoz y Pedro Zafra, de la Base Aérea de Talavera la Real y Ala 23; Juan Antonio Rollán, del Ayuntamiento de Mérida; María Ángeles, de la Policía Nacional; Marisa Caso y Martín Parras, de la Asamblea de Extremadura; el Comandante Joaquín Mayoral y la Te-

niente Ivana Ojosnegros, de la Brigada Extremadura XI; Carmela Montoya, de la Delegación de Defensa en Extremadura; los encargados de Protocolo de la Guardia Civil, que como no firman los correos no sé cómo se llaman...; Urbano Corchero, Carlos Torres y Paco Flores, del Ayuntamiento de Badajoz... No sé si me quedo a alguien por poner. Como quiera que es una ofrenda de amigos, y ya se sabe que entre amigos y soldados cumplimientos excusados, que me perdonen y que se unan.

Y, como siempre, quienes queráis de cuantos leéis estas crónicas os podéis venir. Con mis colegas de Protocolo vais a aprender un montón, que os lo digo yo. Luego, es verdad, nos peleamos con elegancia para tratar de darle a nuestros jefes en el acto la ganancia, si es posible.

¡Vámonos a Praga!



*La Virgen de la Victoria
oye las notas de amores
que entonan el ¡Gloria, Gloria!
estos manojos de flores.*

*Que en Praga se oye un violín,
que se toca desde el Cielo...
con la trompa y el clarín
y también el violonchelo.*

*Oye, Madre, esta canción,
escucha este concierto,
son notas del corazón*

(F. B. A. V-Z., 29 mayo 2020)

Día 77º
Sábado, 30 de mayo del 2020

¡Setenta y siete... siete, siete...! ¡Continuamos para bingo!



Pues sí, parece el bingo todo esto. Estamos todos ya expectantes de que salga la bola con la que cantar ¡bingo! Con la que poder cantar la libertad, con precauciones sí, pero la libertad. Vivimos un estado de cosas que, si te paras con un amigo a hablar en la calle y no eres consciente de la distancia que guardas empiezas a sentirte incómodo porque alguien pueda llamarte la atención. Y si te acercas más de la cuenta en la cola del pan hay quien es capaz de darte con la baguette en los belfos. O si entras en un banco sin mascarilla y sin darte cuenta, que la llevas en el bolsillo, cuando vuelves de hacer deporte, antes de subir a ducharte y a cambiarte –quien lo haga... yo, por ejemplo-, son capaces de llamar a los Geos, pues te toman por atracador de vida, no de

dinero... Todos deseamos ya que salga la última bola del bombo, esa que nos permita, sin miedo alguno, porque nos lo han metido, cuidado, que lo han hecho a las mil maravillas, digo que sin miedo alguno poder decirle a un buen amigo: "*Javier, quedamos a comer mañana en...*". El sitio es lo de menos. Ahora hay que buscar qué sitio, si guardan las distancias, si las guardamos en la mesa, si se guarda alguien de meter las manos en la masa antes de la cuenta... Todos llevamos jugando una partida, lenta, en la que el bombo corre despacio, y en la que quien o quienes cantan los números lo hacen a su antojo, sabiéndose que cuando saquen el número definitivo habrá muchos que los tomen por salvadores de la partida, cuando los salvados no se dan cuenta de que nos han sacado los cuartos, de una manera u otra, a cuantos jugamos los cartones, cada uno el suyo, que somos todos, o casi todos. Y nos ha sacado los cuartos de una normalidad vital de la que veníamos disfrutando. Todavía me pregunto si nos han contado todo, si la forma de atacar a la pandemia ha sido la correcta o si hay algo que se han guardado en el bombo de los números para que nos sigamos sintiendo víctimas de un juego del que, con un arte inimaginable, nos han hecho viciosos.

Y sigo por esta línea. He recibido muchos mensajes y llamadas en relación a la noticia que lancé ayer. Algunos mensajes, y algunas llamadas, me han llegado muy al corazón. Todas estas muestras han significado mucho para mí, pero ha habido algunas especiales. Por respeto a todas, no diré cuáles. Y en todas me decían que esperaban que se resolviera bien el tema, y que ojalá Don Celso no aceptara la renuncia, y que yo siguiera. Los porqués me los callo, con permiso de todos, que aunque no tengo abuelas no es esto un panegírico del autor. Eso lo tendrán que hacer otros cuando yo me retire o me muera, como quiere una señora de Badajoz, que está deseando morirse para que hablen bien de ella.

Debo decir que anoche recibí un mensaje del Sr. Arzobispo, en el que me dice que nada de renuncias, y me emplaza a una comida en su casa para la semana que viene. Acepto, como no puede ser de otra forma. Aunque no se ha sentido afectada, por mi parte al menos, la relación personal entiendo que siempre se puede fumar la pipa de la paz en la institucional. Un amigo mío, muy buen amigo, por cierto, en un momento crucial de su vida, me dijo que todo el mundo merece una segunda oportunidad. La tercera es más difícil.

La cuarta ya no existe. Aunque a veces sea bueno conceder setenta veces siete oportunidades. Estoy de acuerdo con él, plenamente. No obstante, quien me conoce, sabe que, como voy a cara descubierta, porque no me gusta ocultarme ni detrás de una mascarilla de *Illa Illa mascarilla*, si un día decido romper relaciones por motivo fundado, o me tocan las narices –no es el caso, por favor-, o alguien me pide que me aparte de su existencia, lo hago por ciento y un años, salvo que medie a posteriori una explicación del porqué de la situación por parte del causante.

A mis compañeros de Protocolo les ha gustado la defensa y definición que he hecho de los responsables de esta bella ciencia, que no deja de serlo. Bien que se lo agradezco a todos ellos. Habré de enviarles hoy esta crónica, para que vean que es de bien nacido ser agradecido. Quise ayer nombrar solamente a los que están en activo en estas lides. Así no caigo en el error de no nombrar a alguno, pero sépase que guardo grato recuerdo de gente con Javier Castaño, Fernando Parceró, retirados los dos, y Juan Vicente Cardona, en activo en otros servicios.

Hoy es el Día de las Fuerzas Armadas, que son “*Fuerzas Amadas*”. Digo que es el día de las Fuerzas Armadas. Un día especial para quienes nos sentimos arte y parte de ellas. Un día que gozamos, en los últimos años, en la glorieta José Luis Herrera Pombo, con el despliegue de unidades del Ejército de Tierra, Aire y Guardia Civil. He asistido al acto en los últimos años varias veces. En unas de ellas acompañando a alguna autoridad diocesana; en otras, en representación episcopal. ¡Que honor! Lo es. Un orgullo para mí. A las Fuerzas Armadas les une un símbolo especial, o dos: la Bandera y el Himno Nacional. Por eso he comenzado la crónica con la Bandera Nacional. Con tres, por falta de una, para que no haya equívocos de lo que quiero poner. Son del patio del Alcázar de Toledo. La fotografía la hice el 29 de febrero de este año, en la tarde del día de la toma de posesión como Arzobispo Primado de España de Mons. Francisco Cerro Cháves.

Y no sólo une a las Fuerzas Armadas la Bandera, sino que lo hace a todos los españoles, se quieran sentir representados o no. Es como si yo quisiera quitarme el apellido Albarrán. Podría hacerlo, pero siempre, por cuna, por sangre, seguiría siendo un Albarrán. O un Vargas-Zúñiga, que me da igual. La Bandera, no hay que decir cuál, nos une a los españoles entre nosotros mismos, pero nos une, de forma especial, a nuestras Fuerzas Armadas, garantes

de la libertad de nuestra Patria en el exterior y, si hiciera falta, en el interior. Nos une a la Guardia Civil, que no necesita que se le diga para que sepan que tiene a todos los españoles consigo. Nos une a la Policía Nacional, que no en vano también son garantes de la convivencia nacional. La Bandera, como signo visible de nuestra identidad nacional, es refugio de sentimientos de quienes amamos a nuestra Patria, a España, de quienes sabemos que en el ondear de un paño rojo y gualda está el aleteo del alma de cada uno de los españoles. Y el que no lo sienta no sabe lo que se pierde. Las Fuerzas Armadas, como guardiana de los signos patrios, sienten como nadie ese mecer del corazón, que está cargado de un espíritu de intensa y ardorosa emoción.

Por ello mi felicitación a cuantos componen las Fuerzas Armadas. Estoy seguro que el General Jefe de la Brigada Extremadura XI, el Coronel Delegado de Defensa, y el Coronel Jefe de la Base Aérea de Talavera la Real y Ala 23 harán llegar a todos los componentes de sus respectivas unidades la felicitación de quien se siente, y es, Soldado de España, y que, al besar con unción la Bandera, allá por 1980 en San Clemente de Sasebas, o, veinticinco años después, en 2005 en el Paseo de San Francisco, de Badajoz, con el Regimiento Saboya, número 6, lo hizo con la ilusión propia de un hombre de Armas. Por eso, hoy, también me he felicitado. Recoged, pues, mi General, Javier Romero Marí, y mis Coroneles, Jesús Caballero Calzada y Francisco Javier Vidal Fernández, el reconocimiento sincero y leal de este humilde soldado que fue pero que se siente uno más del pelotón; que besó, pero que sigue sintiendo en sus labios el roce de la franela, o del raso, con los colores que representan la unidad de todos los españoles, si nos dejan; y que siempre que la ve ondear siente la necesidad de cuadrarse ante ella, inclinar la cabeza y gritar a pleno pulmón: ¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Vivan las Fuerzas Armadas! Felicidades, amigos; felicidades, hermanos.

El día ha sido completo, en buen sentido gracias a Dios. Hice el paseo con Nines, hasta la rotonda de Las Vaguadas. Al llegar a la gasolinera pregunté si se podía entrar en el baño. Me dijeron que no. Con titubeo que delataba inseguridad la chica que atendía el negocio me dijo que no, que sólo estaba permitido a los sanitarios y a las Fuerzas del Orden. Y añadió no sé qué cosa, porque entre el temblor de sus labios al hablar y el peto de la mascarilla de *Illa Illa*, no había forma humana de entender cuáles eran los motivos por los que es preferible reír que llorar. Salimos de la gasolinera con el rabo entre las

patas, con la sensación de haber preguntado algo inconveniente. Que alguien me explique qué problema hay por alumbrar bien a la taza y aliviar una de las necesidades menores más normal en las personas. ¿Que hay que limpiar el recinto después de utilizarlo? Miren, nunca me ha parecido mal, al contrario, lo que sucede en otros países, que has de pagar por entrar en un baño público. Pero España es el país del todo gratis, en el que nos hemos acostumbrado, casi, a que nos den dinero por hacer, y no digamos por no hacer, las cosas. Veo bien que si necesitas usar un servicio público hayas de contribuir a su mantenimiento, limpieza y decoro. Y si no estás de acuerdo, te sostienes y te esperas a llegar a casa. Es lo que hice, que no era cosa de andar mostrando vergüenzas o desvergüenzas al aire mañanero.

Poco antes de llegar a casa nos encontramos en la cola del pan al General Jefe de la Brigada Extremadura XI, Francisco Javier Romero Marí. Buena gente. Nos alegramos mutuamente, pues no nos veíamos desde diciembre o algo después. Estuvimos departiendo un rato. Fue un encuentro agradable, que no habría de ser el último en el día. Nos deseamos lo mejor, que ya no sabemos lo que es, y seguimos la ruta. La mañana transcurrió en casa, entre unas cosas y otras. Preparas la comida, te arreglas, te sientas ante el ordenador, lees la prensa... Tras descansar un rato llevamos a mi cuñada Belén a Mercadona. Nines también fue. Las dejé en la puerta, yo no entré, ni me bajé del coche. Dije que le iban a comprar al Sr. Roig los de enfrente, los del *"cortijo de los callados"*, y lo cumplo. Pero Nines compra allí no sé qué toallas de uso doméstico, y Belén hace la compra gorda. Allá cada cual con sus decisiones, pero a mí, allí, ni en otro Mercadona, me vuelven a ver el pelo. Si algún día claudico, que en noches de tormenta no se elige el puerto, lo diré.

Me acerqué al cementerio. Estaba abierto. Por fin pude ir a ver mi padre. Sigue allí. A la salida pasé por el nicho de mi suegro. Los aseos cerrados. No necesitaba entrar. No había nadie, no sé si por miedo al calor, al virus o encontrarte con alguien. Miedo al miedo es lo que realmente se tiene. Al volver a Mercadona salían, justo en ese momento, las dos hermanas. Metieron las bolsas en la maleta –por cierto, qué manía tienen las mujeres de cerrar los portones de los maleteros de forma tal que no vuelven a abrirse en su vida- y llevamos a mi cuñada a su casa. Después, Nines y yo a El Corte Inglés. En el camino me preguntó Nines que dónde había ido mientras ellas compraban.

“*Al cementerio*”, respondí. El diálogo, surrealista: “¿Cómo están?”... “*Muertos*”... “*Ya lo sé, pero pregunto si están bien* –se refería a los nichos, supongo–”... “*No lo sé, están callados*”... Abandonó Nines el diálogo por imposible.

Tras la compra, a casa. Colocar las cosas y salir para misa de ocho fue todo un acto. Fuimos a la Catedral. Ofició el Sr. Deán. No hay cosa más fea, y menos atrayente, que una homilía leída de corrido. Desconectas al final del segundo párrafo. Se puede leer sin que se note tanto. Las prédicas llegan al feligrés cuando se dictan con el toque personal del que las declama. Unas serán sencillas, otras propias para exégetas y teólogos, pero si llevan la impronta personal del predicador siempre quedan algo. Hice unas fotos antes de marcharnos. Y apagué las velas del altar. Y el Cirio Pascual, que es un poco alto para la altura de la sor que atiende el recinto. A la salida, ya en la calle, nos entretuvimos un tiempo hablando con María Jesús Alfaro y su hija Clara, que lee muy bien las lecturas. Me gusta que haya savia nueva, que pueda haber alternancia. Hablamos de crónicas y cronistas. Ahí lo dejo.

Masu, la hermana de Nines que le sigue a ella en el orden temporal, se quedó en la esquina de la calle del Obispo con Juan Carlos I. Seguimos la ruta Nines, Elena –con Julia-, Pepe y Jesús. Y un servidor. Tras un intento de acampar en la calle Bomba, en el Jopy, terminamos en la Plaza de Conquistadores, delante del edificio Cristina –en Valdepasillas hay otro del mismo nombre- en el que vivimos un año y algo, desde noviembre de 1989 a enero de 1991. Encontramos sitio en una cafetería con tintes irlandeses. En el bar de al lado, en una mesa, Javier González Morales, el *Canario*, y mi cuñado Jaime, con Jaimito. ¡Qué rabia no poder achucharlo! Sánchez, Illa, Colacaballo... y su puñetera parentela tienen la culpa. Nos sentamos, y, mira por dónde, el General de la Brigada, Javier Romero Marí, y el Coronel del Regimiento Castilla 16, Jesús Moreno del Valle, sentados en la mesa de al lado. Se cuadró este soldado raso ante sus Jefes, y se puso a la orden. Y también se puso en la mesa de al lado, con su familia. Era la primera vez que Nines salía a la calle a tomar algo. Lo pasamos bien, muy bien. Cayeron algunas raciones. Todo de pinchar certeramente, nada de servirse con cucharas o tenedores chupeteados previamente. Si nunca me gustó, ahora se terminó. No estaban malas las cosas: rejos, solomillo al cazador y alas de pollo. Disfrutamos. Ahora bien, era una estampa igual a la de antes de mediados de marzo. Y la gente con tranquilidad.

Jesús ha estudiado física teórica, y me hizo un análisis de las probabilidades de un nuevo repunte. No sé si sabía lo que decía o el que no entendía era yo. Seguro que es lo segundo, porque *Cerebritito*, como le decían sus compañeros de colegio, siempre lleva razón. Como cuando un día empecé a decir que al morirme quería esto de esta forma y aquello de la otra. Ni giró la cabeza para sentenciar: “*Creo que en ese momento tendrás poca capacidad de decisión*”. Y se acabó la conversación.

Antes de irnos departimos un momento con la milicia de la mesa vecina. Era la primera vez, desde la toma de mando, que hablaba con el Coronel del Castilla, a quien le dije que me acordaba de él todas las mañanas. Echamos de menos la cercanía de un saludo personal, que transmite más emociones que cualquier palabrería y ristra de teóricas sensaciones. Ya llegará el momento. No hay prisa. Invité a “*mi General*” y a “*mi Coronel*”, que es como siempre me dirijo a ellos en el primer tiempo del saludo verbal. Era el Día de las Fuerzas Armadas, y, de alguna forma, sencilla, quería que recibieran el homenaje de cariño de un Soldado de España. Y en mi gesto, estoy seguro, el de muchos otros que ven en las Fuerzas Armadas la salvaguarda de los valores patrios. Y al que no le guste que se j... orobe. ¡Vivan las Fuerzas Armadas!

Termina el día, pero antes de irme al catre hice el ofrecimiento del mes de María. Hoy voy a ofreceros una advocación especial, pues me voy a retrotraer a la infancia de María. Cuando en octubre pasado estuvimos en Valladolid, en el Museo Nacional de Escultura, me llamó la atención una imagen: Santa Ana enseñando a leer a la Virgen, atribuida a Juan Porcel, de la segunda mitad del siglo XVIII y hecha en madera policromada. ¿Por qué no sacar a la Virgen niña en este mes? Por eso lo he hecho, como homenaje, también, a la madre de la Virgen María. Vamos a llevarles flores. Hoy, especialmente invito, sin nombrar a nadie, porque sería interminable, a todos esos buenos amigos militares con los que he fraguado una relación de afecto que durará mucho más que el tiempo que pasan en Badajoz, y tengan los pies en la tierra o en una carlinga en el aire. Me resisto a un poner nombre alguno, porque, con tu permiso, mi General, si lo hago puede que me quede en el tintero a alguno de los queridos. Venid todos, seáis de tropa, suboficiales, oficiales, jefes, capellanes... Portad cada uno la flor del sentimiento orgulloso que brota del alma de un hombre de milicia, que “... *en buena o mala fortuna la milicia no es más*

que una religión de hombres honrados”, como dijo Don Pedro Calderón de la Barca. Aquí tenéis a la Virgen:



*Hasta tierra castellana
a ti vengo, Virgen niña,
que tu mirada me guiña
al despertar la mañana.*

*Traigo una buena compañía,
tropa de hombres honrados...
que son leales Soldados
de nuestra querida España.*

*Por el camino han cortado
con sus manos estas flores
que con todos los honores
a tus pies han colocado.*

(F. B. A. V-Z., 30 mayo 2020)

Día 78°

Domingo, 31 de mayo del 2020

¡Se fue otro mes sin darnos cuenta!

Y tan sin darnos cuenta... ¿Puede alguien decir lo contrario?

Ayer no quise entrar en el tema, porque quise respetar el carácter glorioso del día. Pero hoy, sí lo hago. Cuando se decretó el luto oficial, el periodo del mismo, me di cuenta de una cosa que comenté de inmediato con un amigo cercano. También recibí algunos mensajes en tal sentido de seguidores de las crónicas. No había más que fijarse en las fechas para darse cuenta de la supuesta –prefiero no afirmar nada, no sea que haya de tragarme la lengua– intencionalidad de la decisión acerca del periodo de luto. Para empezar me extrañó que no empezara un lunes, por ejemplo, por comenzar, digo yo, con el día de comienzo de una semana normal. No. También me extrañó que, dado el retraso en decretar el periodo, no se hubiera esperado a ello cuatro días más y empezara el primero de junio. No. Había que empezarlo cuando había que empezarlo. Ya me gustaría saber quién está detrás de algunas medidas de las que se toman. No está hecho de forma inocente, de eso nada. Está hecho a propósito. Las razones puede ser varias, y no estaría de más que se publicitaran, porque el común de los mortales bienpensados de este país tenemos claro que todo ha sido una estrategia para anular el Día de las Fuerzas Armadas, lo cual no deja de ser más grave de lo que parece.

Con la anulación de esta festividad en medio del periodo de luto se acababan las posibilidades de que el pueblo llano y soberano, que tiene el poder de la urna en la mano, tributase un homenaje a las Fuerzas Armadas, a la Bandera, a Su Majestad el Rey, que fuera clamoroso, en contraposición con las manifestaciones contrarias al Gobierno de la Nación. Porque, incluso si no se hubiera querido reunir a una serie de personas sin poder guardar las distancias, por la afluencia de público, o la misma de la propia tropa, díganme, quien de esto entienda, si no hubiera sido posible un homenaje público, con asistencia acotada y contralada, por invitación exclusiva a las primeras autoridades civiles, militares, de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, y ecle-

siásticas, en el que, guardando las distancias entre sí, se hubiera honrado, en acto sencillo, el papel impagable que las Fuerzas Armadas han desarrollado en este episodio de la peste vírica. Vale que no hubiera desfile, vale que no hubiera público, salvo el que estuviese en los balcones, vale que fuese algo sencillo, discreto, pero no oculto, visible, que ensalzase el papel que juegan los Ejércitos en la vida de esta Patria.

Pero, ah!, esto no es posible, porque los vivos a los soldados se pueden volver en contra de quienes manejan el Congreso de Diputados. Hay quien ha pensado muy bien las fechas del luto. Cada cual que piense en el autor del despropósito, porque lo único que han conseguido, al menos en algunos, que somos muchos, es unirnos más, si cabe, a los hombres y mujeres que forman la milicia. Y si dicen que es por dinero, que este año hay que desviar cuanto más sea posible a la lucha contra el virus, que lo digan, que todos los españoles sabremos comprender la decisión. Pero ello, por mucho que hubiera de ahorrarse para los fines dichos, no quita para un pequeño acto, en todas las capitales de provincia de España. Sin copa de vino de honor. Quien lo quiera, que se lo beba en casa. El vino, que el honor se lleva en el corazón de la persona, que no se sirve en copón.

Pero como me da que tratar de saber algo de algunas cosas es como lavarle la cara a un burro, nos quedaremos sin saber por qué se ha obviado, injustamente, resaltar públicamente el Día de las Fuerzas Armadas. Ahora bien, no bajemos la guardia, que lo mismo que eclipsan el homenaje a esta querida institución van a por otras, que me da que algunos no tienen miramientos ni nobles sentimientos. Y veremos si algún rencoroso no pone el punto de mira de sus desvelos en la más alta institución del Estado, y en los signos de la Patria, que puestos a molestar son capaces de cualquier cosa. O se pone coto a algunas pretensiones de algunos tragaldabas de la política barriobajera a la que nos están acostumbrando, mejor dicho, mal acostumbrando, porque de bueno tiene poco, o que a nadie le extrañe ver a España vuelta del revés en no mucho tiempo. Esto es como las ganaderías de bravo: tardas en crear un hierro de prestigio quince años, pero te lo cargas en cinco. Ojo, que las cosas no están tan bonitas como parece. Que hay luchas de poder en el Gobierno es notorio; que las gane la facción más normalita no es cosa tan clarita.

Por cierto, hablando de toros, me congratula que los políticos hayan recibido a los toreros, a los ganaderos... Me parece perfecto que reciban a quien haya que escuchar. Por ejemplo, el Rey ha recibido al Presidente de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, Antonio Bañuelos. Nada que objetar. Pero me pregunto si alguien va a recibir a los aficionados, a sus representantes, bien sea a través de presidentes de clubs taurinos punteros, o de asociaciones de abonados de plazas de cierta importancia, incluso a críticos taurinos de solvencia reconocida y acrisolada independencia, que puedan trasladar, todos ellos, lo que piensan quienes costean con sus bolsillos la ganancia de los demás sectores de la tauromaquia.

Ya dije no hace mucho que el dinero del Estado se nutre del de sus contribuyentes, y que luego se reparte con ese *arrulla, arrulla, el que la coja es suya*, que ahora está tan a la moda para acallar bocas y llenar urnas. Pues el dinero del mundo del toro sale de los aficionados que pagan su localidad, su abono, o sus abonos. Si eso no fuera así nadie ganaría un duro. Mejor dicho, un euro, que lo del duro es de otra época. Bien, pues a este sector, a quienes apoquinan con lo que llevan en el bolsillo habría que oírlos, muy atentamente, y habría que sacar consecuencias de sus palabras. Me hace gracia que quieran oír a todos, menos a los que sustentan el espectáculo. Voy a decir algo que puede que no guste a algunos amigos míos. No es la primera vez que lo digo. Soy contrario a las subvenciones directas a cualquier clase de espectáculo, sea el que sea. Sí me parece bueno que las administraciones públicas, las que interesen en cada materia, ayuden con la promoción del evento, incluso comprando entradas para que asistan los más desfavorecidos, empezando por los ancianos y jubilados de cierto nivel de pensión, pero nada de dar dinero a diestro y siniestro a la primera empresa que se presente en el despacho del mandamás de turno. A mí no me subvencionan mi trabajo. Y para publicar estas crónicas patearé lo preciso para conseguir la financiación que corresponda.

Digo lo mismo para otros eventos culturales, que no me quedo sólo en los toros, no. La ayuda económica a ello tiene que ser tal que revierta después en los destinatarios de lo que se ofrece. ¡Cuántos empresarios, y sé de lo que hablo, han cogido la subvención municipal por muchos espectáculos taurinos y se la han metido en el bolsillo! Y después se reparten Vds., señores toreros, señor ganadero, lo que haya en taquilla. No llega ni para papilla. Entonces es

cuando, quizá, digo yo, y puede que sea un iluso, haya que revisar los precios de las localidades, que es mejor que vayan mil personas a una plaza a veinte euros cada una que no que vayan doscientas a cincuenta euros la localidad. Hagan Vds. la cuenta y verán si no es así. Pero los aficionados somos los grandes olvidados de la tauromaquia. Así nos va. Así se va, cada día, más gente de esto. Salvo casos puntuales se observa una desbandada muy importante de los tendidos. Eso y que la repetición de lo mismo cansa, quita la ilusión, y, sin ilusión, adiós a la afición.

Leo hoy que el Presidente del Gobierno, va a pedir la sexta y última prórroga, y que la quiere llevar hasta el 21 de junio. O sea, que a partir de esa fecha se acabó la fiesta. Tengo la plena seguridad de que sale adelante la petición que hará en la Cámara. Y la tengo porque se habrán negociado las condiciones de los apoyos. Y habrá que ver cuál ha sido, o es, el toma y daca de este juego que consiste en que tú me das tu voto y yo a tu favor te lo anoto. Porque de balde no se da nada ya en este país, máxime cuando algunos le han cogido las vueltas a los manejos y desmanejos del Gobierno del desgobernio.

Lo que sí ha dicho es que en la tercera fase permitirá la gobernanza absoluta a las comunidades autónomas, o sean, a las regiones actuales, que las de antes eran de otra manera. Entonces veremos si se ponen de acuerdo o no unas y otras. En cuanto a la nuestra, que es la que más me importa, la verdad sea dicha, a ver si entonces se puede legislar con claridad sobre las comunidades de propietarios, que estamos los Administradores hasta el gorro de saber o no saber lo que se puede hacer o no se puede hacer. Y a los administrados queriendo meterse en el agua de las piscinas, cuando en la actual fase casi es imposible por la requisitoria de aforos, turnos, reservas, espacios, limpiezas... No hay forma de aclararse, y, desde luego, no queremos ser responsables en nuestras comunidades de posibles rebrotes y recaídas. Una locura lo que estamos viviendo. Como las están viviendo en algunos otros lugares de España por una suerte de insensatos que han decidido que esto ya no va con ellos, saltándose a la torera el número de personas que pueden reunirse, sin las medidas de precaución debidas. Y no son gente sin educación -mejor dicho, formación, que la educación es otra cosa- que les impida saber a ciencia cierta las normas que nos han impuesto. ¡Leña al mono hasta que hable inglés!

Bueno, vamos al día de hoy. Me puse en pie a las siete y poco de la mañana. Antes de desayunar me dediqué a descongelar la nevera, que falta hacía. Espero que un problema que teníamos se arregle con esta limpieza. Parece que, de momento, se consigue. Nos fuimos Nines y yo al paseo algo después de las nueve. Hoy nos hemos retrasado. Cada día trae su afán. Al poco de empezar un detalle me llama la atención. Las banderas del Hotel Center, entidad privada, están a media asta, como debe ser. No me he resistido y las he retratado.



A la vuelta, porque no pude aguantarme, me paré un momento, marqué los tiempos de “derecha, ar” y en posición de firmes incliné la cabeza. “Izquierda, ar” y, de nuevo, paso maniobra, que a estas alturas las fuerzas ya son menos. Por supuesto, no se nos ha ocurrido preguntar nada en la gasolinera al llegar, en la ida, a la rotonda de Las Vaguadas. Tampoco era preciso. A la vuelta nos cruzamos, esta vez en bicicleta, con Jesús Caballero Calzada, Coronel Delegado de Defensa en Extremadura. Él en bici, su hijo Alejandro

corriendo delante de su padre. No lo veía de cerca desde hace qué se yo el tiempo. Me ha alegrado verlo, sí señor.

La tarde la he dedicado a la crónica, hoy no podía llegar tarde, aunque a media tarde he ido a El Corte Inglés, que se me habían acabado los yogures. En familia, esta tarde allí. A la hora que yo he ido era para el título de una película: *“las cajas y uno más”*. El uno es un servidor. Así que varias de ellas me reclamaban. Yo tengo mis preferencias, no digo quiénes.

Me voy al mes de María. Hoy es el último día. Mañana es junio, y aunque no olvido a la Virgen ningún día del año, terminamos este particular recorrido por advocaciones marianas. Espero que os haya gustado. No lo dedico a nadie en especial hoy, por lo que os invito a todos a poner las flores. La imagen de hoy es de la Catedral de Badajoz. Es la Virgen de la Antigua, y está en el altar del mismo nombre, en la nave izquierda del templo, conforme se mira al altar. La fotografía es de ayer. Espero que os guste.



*Querida Virgen María,
este mes se acaba hoy*

*y, por eso, yo te doy
las flores del alma mía.*

*Ha sido un mes de colores,
de coplas y de oraciones,
que estas humildes canciones
son cantos de mis amores.*

*Toma, Señora, los ramos,
toma, Madre, el corazón
de quienes con emoción
a verte peregrinamos.*

*Protege, Virgen amada,
con tu amor, que no se empaña,
a esta tu tierra, ¡España!,
donde eres venerada.*

*Mil gracias, Reina y Señora,
por tu sin par protección
que con firme devoción
España, Madre, te adora.*

(F. B. A. V-Z., 31 mayo 2020)

Día 79º
Lunes, 1 de junio del 2020

¡Soldado soy del Castilla, del 16 Regimiento...!



Dos amigos, ayer uno, Enrique Merchán Ceballos, párroco de Granja de Torrehermosa, y hoy otro, Jacinto Ortíz Díaz, de Olivenza, sin mostrarse de acuerdo, pues, además, creo que ni se conocen, me preguntan por qué no cambio el título a las crónicas, argumentando que ya no estamos en confinamiento alguno. Bueno, no estoy del todo de acuerdo, pues mientras no se nos devuelva la libertad de ser y vivir como éramos antes de mediados de marzo me da que nos siguen, de alguna forma, confinando parte de nuestra existencia. Así que, después de repensarlo, y agradeciendo, como no puede ser de otra forma, la sugerencia realizada he decidido que, de momento, quedamos

las cosas como están. Al fin y al cabo lo del título es lo de menos, que lo que importa es el contenido. Digo yo.

No empezó el día del todo bien, pues aunque hay motivos para festejar por lo que luego diré, recibí una llamada a las diez horas y cuarenta y nueve minutos de la mañana de Antonio Muñoz Aldana, párroco de San Juan de Ribera, de Badajoz, para decirme que había fallecido Víctor Pérez Carrasco, párroco de Llerena y Reina. Había sufrido un infarto en el mes de abril, en uno de los días del Triduo Sacro, y se conoce, aunque no lo sé, que debe haber tenido otro episodio, pues ha amanecido muerto. Descanse en Paz. Me caía bien, a pesar de su seriedad. Cuando más sacerdotes hacen falta el Señor llama a algunos. Pero no los llama para que se ordenen, que ahora son pocos los que abren los oídos a ese susurro divino, sino que los llama para llevárselos. Él sabrá. Como decía mi abuela María Pepa, y lo llevo de lema en mi vida, la voluntad de Dios sea.

Decía que hay motivo de celebración, por cuanto hoy se cumplen doscientos veintisiete años de la creación del Regimiento Castilla, número 16. Fue creado el día 1 de Junio de 1793, a expensas del decimotercer Duque de Infantado, con la denominación de “*Regimiento de Voluntarios de Castilla*”, compuesto por tres batallones. Su formación vino a incrementar las tropas destinadas a la guerra contra la República Francesa. Esto lo he sacado de la página de la Brigada Extremadura XI. Quien quiera saber más historia que se meta en internet. De momento, en la foto de inicio, el escudo del Regimiento. Por mi parte, y dada mi especial vinculación a esta Unidad, quiero resaltar este aniversario. Mi bisabuelo paterno materno, Don Vicente Ambel Cárdenas, fue Coronel Jefe de ese Regimiento, ostentando actualmente el mando el Coronel D. Jesús Moreno del Valle, que nombré en la crónica del día septuagésimo séptimo con motivo del homenaje a las Fuerzas Armadas. En la fotografía siguiente podéis ver a mi bisabuelo, que llegó a ser General de Brigada de la Segunda División.



He mantenido magníficas relaciones, desde el año 2007, con todos los coroneles del Regimiento. Con el primero que traté fue con Santiago Cubas Roig. Y, desde él hasta la fecha, con cuantos han ostentado el mando. Deseo la misma relación con el actual que, por razones del destino, desde la toma de posesión, no he podido saludar hasta hace dos días.

Pero mi historia con el Regimiento Castilla 16 es diaria. Como ya he dicho paso todas las mañanas por la avenida que lleva el nombre de esta unidad militar. Incluso saludo, a la vuelta del paseo, al pasar por el monolito de la calle. Así que, para completar el recuerdo en este aniversario, el ducentésimo vigésimo séptimo, os quedo la foto -hoy vais a ver varias- del monolito donde está la placa con el nombre de la calle. Para todos sus componentes, mi Coronel, mi sincera felicitación en esta fecha, que sé que en otros momentos se hubiera celebrado con el ceremonial que requiere el recuerdo a la Historia.



Pues como el Rey es el primer soldado de España, y como ya me canso, al menos por hoy, de hablar de politicastros, quiero resaltar el papel de la Corona en la situación que estamos viviendo. No en vano, Su Majestad ha protagonizado innumerables encuentros por videoconferencia con multitud de estamentos y sectores sociales y económicos de la sociedad española. Y está detrás de una serie de actuaciones humanitarias de la que han sido protagonistas diversas instituciones nobiliarias y órdenes diversas de España. Ahí, ya lo resalté en su día, está la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, de la que es Gran Maestre Don Pedro de Borbón-Dos Sicilias, Duque de Calabria, que ha ejercido un papel importante, siguiendo el ejemplo personal de nuestro Gran Maestre. Hemos respondido a la llamada de Su Majestad el Rey en cuando hemos podido. ¡Gracias, Majestad!

Di el paseo esta mañana. Tras él, al despacho. Hoy ha sido un día algo estresado, por diversas cuestiones de trabajo. De hecho, he ido haciendo la crónica a ratitos, algunos robados al descanso. No pasa nada. Hay días en que me asombro de la forma que tenemos de multiplicarnos para poder estar donde conviene en el momento oportuno. La presencia del Administrador de Fincas en el tajo muchas veces calma los ánimos, ya que la impresión que damos es que ponemos de nuestra parte cuanto está en nuestras manos para resolver las incidencias. Otra cosa es que lo consigamos. Manejamos

muchos hilos, en esta especie de marioneta que es nuestro trabajo, pues has de controlar al proveedor, al reparador, al propietario, al inquilino, conjugar los tiempos y tratar de apaciguar los ánimos. Si un hilo se rompe o se estira más de la cuenta, la función corre peligro de que no acabe tan bien como sería deseable.

No obstante, antes de comer, después de una función de las citadas aparqué el coche justo en la puerta del bar *La Bomba*, en la calle del mismo nombre. Han abierto hoy, de lo que me alegro enormemente. He entrado y me he sentado en una mesa. Yo solo. Han renovado el aspecto del local, y me gusta como ha quedado. He tomado dos cervezas. Las he dedicado a dos personas que hoy cumplen años: Juanjo Jiménez de Peralta, “mi fisio”, que cumple hoy con su bella esposa, Isa Pagador, el primer aniversario de casados como Dios manda, y Jesús Marcos Merino, mi sobrino, que cumple hoy 24 años.

Creo que, con ciertos matices, está volviendo la normalidad. Ojalá regrese del todo, o casi, aunque sea con ciertas medidas precautorias antes de fin de este mes. A la salida recogí un envase con salmorejo que Elena, la mujer de Pepe y madre pronto de Julia, nos había hecho. Muy bueno, pero muy bueno. Con él en la mano, al pasar por la terraza del *Jopy*, también en la calle Bomba, saludo, pero no me siento, que Nines me esperaba para comer, a Javier Bardají Muñoz y los hermanos Juan y José María Solís Cuesta, todos buenos amigos. Javier y José María son de la quinta del 58, la mejor que conozco, digan lo que digan. Hablamos de las crónicas, y Javier le cuenta a Juan, que no las conoce, que quien no sale en las crónicas no... sabe lo que se pierde. Y como es bueno contentar a la gente, máxime si son buenos y viejos amigos, les dije que hoy les sacaría, y como es mejor ver a cualquiera de ellos, o a los tres juntos, que a cualquiera de los elementos tóxicos de esta España nuestra a los que no aguanto, los he retratado y os los muestro, eso sí, advirtiéndolo que no están aquí por comparación con nadie sino por merecimientos propios.



Seguro que esta noche, o mañana, me dicen algo.

Parece que fue premonitorio, pero al cumplirse los dos años de la llegada al poder del actual Presidente del Gobierno, el anterior, Don Mariano Rajoy Brey, se despidió con estas palabras: *“Suerte a todos ustedes por el bien de España”*. Seguro que Rajoy se habrá acordado en más de una ocasión de estas palabras. No sé si se referiría a los actuales dirigentes de la Nación, hasta entonces en los escaños de la oposición, o se refería a los españoles. Cada cual que piense lo que quiera, pero algo en su interior debía decirle que íbamos a necesitar suerte, y mucha. Pero el destino ha querido que nos abandonara, como el desodorante a algunos. Más que suerte nos hace falta que Dios nos ampare, que en la que hemos caído no es una aventura fácil de superar. Veremos qué nos depara el futuro, porque del presente nadie saca ya buenas conclusiones. O casi nadie. Vuelva, querido Don Mariano, a desearnos suerte. Nos hará falta.

No depara hoy la actualidad mucha materia, que se sepa, salvo que siguen las negociaciones para conseguir la prórroga del Estado de Alarma. Dicen que la última. Lo tengo yo que ver. Si es verdad, el día de San Luis Gonzaga todos a la calle a gastarnos la paga, la extra, si la hay, que si hablan de ella, malo. Sigue galanteando el partido en el poder con uno de los partidos bisagras para conseguir su apoyo, y parece que las cosas no van

por mal camino para sus intereses. Para los de los demás, el camino de la desesperación.

No ha deparado más el día de hoy. Si acaso que, de momento, ya no quedan más enfermos de coronavirus en las UCIs de los hospitales extremeños. Eso es buena noticia.

Como bueno el mensaje que recibí esta mañana del Padre Torres: el mes de junio está dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Procuraré no olvidarlo. Me manda una fotografía, que creo que en los momentos que vivimos viene muy bien. Así que os la dejo. Con esto, por hoy, acabo. Sé que mi amigo Juan María Cervera dirá que hoy no he estado muy inspirado. Lo dirá, al tiempo.



Día 80°
Martes, 2 de junio del 2020

¡Hasta siempre, Víctor!



Han sido varios los mensajes los que he recibido en el que me piden mantenga el nombre de las crónicas. Aunque no es que haya sido un plebiscito, porque a nadie se pidió opinión, sí ganan los que son partidarios de mantenerlo a los que propusieron el cambio. Así que, de momento, nos quedamos como estamos. Aunque, a la hora de la verdad, por mucho que se respire un atisbo de cierta normalidad, que no deja de ser anormal, creo que nadie en sano juicio sabe cómo estamos, cómo nos sentimos, cómo aspiramos a que sea el mañana cercano de nuestras vidas. Creo que, más que nunca, nos hemos aferrado al presente y, según compruebo, hacer planes, incluso a corto plazo, se nos antoja algo complicado y casi imposible de realizar. En mi caso,

que soy muy de vivir el presente, *carpe diem*, no se me ocurre pensar qué pasará más allá del tiempo que tardo en recorrer hasta la punta de mis narices, que no son largas precisamente, sino más bien judías, según dice mi señora esposa.

Quienes sí van más allá del día de hoy, y razón tendrán cuando lo hacen, digo yo, que soy inexperto en esto de las adivinanzas, ¿qué tiene el rey en la panza?, son los prebostes de algunos organismos gubernamentales. Están estudiando, según leo en la prensa, cómo regular y fomentar el teletrabajo, más allá de la epidemia de la peste vírica actual. Me da que se han empeñado en meternos a todos en casa, o a casi todos. No me gusta el teletrabajo, pues la relación personal con los compañeros de mesa cercana, a partir de ahora más lejana, es necesaria, que el aislamiento de los seres humanos no conduce a nada bueno. Bien está que quien, por una causa concreta, incluso con ciertas enfermedades, reales o supuestas, que hay mucho cuento con algunas dolencias y hay más vagos que dolores de lumbagos, que ya es decir, respetando a quien de verdad lo tenga, digo que bien está que por motivo justificado se quede uno en casa conectado al diabólico ordenador, de mesa o portátil, para tratar de solventar las cuestiones que tendría que hacer en su mesa del despacho. Pero de ahí a tratar de fomentar el quedarse en casa va un abismo. La picaresca española, más común que el citado dolor de lumbago, se las apañaría para hacer creer que se trabaja cuando no se hace. Sí es verdad que tengo la gratisima experiencia de mi compañero, Manuel Montis, que se las apaña a las mil maravillas para llevar desde casa lo que puede hacer en el despacho. Y si no todo, un noventa por ciento. Y, además, lo hace bien. Yo ya estoy mayor para esas lides.

Por cierto, que hablando de lumbago, y merece que se les nombre, quiero destacar a un barrendero que hay siempre por la zona de mi casa, que no ha faltado un solo día, con virus o sin él rondando al acecho en el suelo o en el techo. No sé cómo se llama. Es cano, y lo saludo todos los días. Bueno, a los barrenderos que me encuentro por las mañanas, en el paseo, también los saludo. Algunos se extrañan. Así están las cosas en este país. Pues el cano de mi plaza lo mismo barre con el escobón que se agacha al suelo a coger lo que sea. Nunca le he visto mala cara. Vete tú con el cuento del lumbago a esta gente, que tienen que levantar del suelo las mierdas, con perdón, que

dejamos los demás para tener una ciudad limpia, y que no lo está más por lo puercos e incívicos que son algunos de los habitantes de esta ciudad. Hay que fastidiarse lo que debe costar tirar un papel a una papelera, o el palo del polo a la misma, o apagar un cigarro y depositarlo en el recipiente preparado para recoger las inmundicias desechadas por los demás. Luego es fácil criticar al Ayuntamiento y al Alcalde, cuando los responsables de la suciedad de nuestra ciudad son los guarros de sus habitantes que no sé si en su casa harían lo que hacen en las puertas de las casas de los demás. ¿He dicho guarros? Creo que me he quedado corto. Así que, al barrendero cano de mi plaza, y a sus compañeros, mi felicitación por su esfuerzo. Ya sé que habrá alguno que haga de la escoba una guitarra y esté toda la jornada de farra, pero, por lo que veo, son los menos. Ah!, al Concejal no lo felicito, por dos razones. La primera porque no lo he visto nunca a pie de obra; y, la segunda, porque me cae gordo, aunque no lo sea.

Y para gordo el lío que traen entre los ministros del Ejecutivo. Resulta que uno dice que se podrá viajar entre comunidades a partir del lunes que viene, pero al poco sale otro y dice que verdes las han segado, que de eso nada, monada. Si alguien me dice, en respuesta a algunos de los comentarios de las crónicas, que no me meta con ellos me entra la risa. Por no llorar, claro. ¿Dónde se ha visto tamaña coordinación entre departamentos? ¿Qué grado de confianza dan al sufrido ciudadano con decir y desdecir? ¿A quién creemos? No deja de ser una lucha entre las facciones del poder que, con total evidencia, se han posicionado en el Gobierno. No quiero pensar en la que pueda ganar la partida, aunque no me fio ni pío de unos ni de otros. ¿Qué posibilidad de planificación tiene cualquier persona si un día le dicen una cosa y al siguiente, o a las pocas horas, otra? A todos ellos les daba yo la escoba del cano de mi plaza y los mandaba a coger colillas, verán después como duele la rabadilla. Así que, de momento, querido tío Carlos, no te puedes ir a la playa, pues hasta que no llegue la “nueva normalidad” no podrás viajar a Huelva.

Pero salte de ese rifirrafe y ponte a escuchar las explicaciones de Marlaska acerca del motivo de la destitución del Coronel Pérez de los Cobos. No hay por donde cogerla. No voy a entrar si uno está bien cesado o no, porque no estoy dentro de la pomada. Sí recalco mi adhesión y afecto por los miembros del Benemérito Instituto. Pero las declaraciones del juez metido a político son

un tratado de la incomprensión lingüística. No hay quien lo entienda. O yo soy torpe de solemnidad.

Como torpes deben ser los que cuentan las cifras de fallecidos en estos meses. Simón, al que alguien de su entorno que le tenga cariño le podía regalar un peine, o mejor un rastrillo de esos de recoger pinocha, dice que están teniendo problemas con el número de fallecidos. Cuando un pastor ovejero cuenta un rebaño de más de mil ovejas sin saber leer ni escribir, con sistemas propios que pondrían en apuros a sabios de la NASA, con palitos, con piedrecitas, etc..., no se equivocan en una pelleja -y si se equivocan ya saben dónde va a parar- díganme si tan complicado es cuadrar los números de fenecidos, sea a costa de lo que sea. Han tenido que venir las asociaciones empresariales de funerarios para sacarles las vergüenzas a los responsables de las cifras. Sale al paso de esto la Consejera de Sanidad de Castilla y León extrañada de que en España ayer no se declarara muerto alguno cuando ellos tienen dos. ¿Quién lleva el control? Me parece que otro más que debería acompañar al cano de mi plaza. Vamos, que esto de la matemática mortuoria anda revuelta.

Como anda el principal partido de la oposición, y bien que siento decirlo. Estamos en el mejor momento para tirarse lindezas de unos a otros. Y lo hacen a cuenta de las manifestaciones en sede parlamentaria de una que han molestado a otro, y aquella ahora dice que tampoco le gustan algunas de las declaraciones del otro. Vamos, que hacen todo lo posible para mantener alta la moral del votante. La mejor forma de ganar una batalla es provocar disensiones entre el seno del contrario. Ahí tienen el camino abierto, y ellos sabrán, en la oposición, que nos conviene más ahora, si mostrar discrepancias o aparentar unión. Creo que lo segundo.

Y otra que tal baila, que aquí hay música para todos, es la ministra de “Igual daba”. Vamos, que igual les daba saber que había temor fundado a la propagación del coronavirus en la manifestación de las féminas del ocho de marzo. Que lo que interesaba era que las vieran en la calle, porque si no se las ve, no existen. Pues a la chocha1 del ocho de marzo debo decirle que la igualdad entre el hombre y la mujer no se consigue con lazos de ningún color,

1 COLOQUIAL•ARGENTINA

[persona] Que está muy contenta o satisfecho por algo en especial.

ni con manifestaciones de locatis con pelos sueltos y boca desatada. No. Las mujeres, y, que haya podido comprobar, no sé antes, que no vivía, tienen los mismos derechos que los hombres. A lo mejor a alguna no le gusta ejercerlos, para ir de víctima. Mi mujer sacó una oposición en igualdad de condiciones -eso sí es Igualdad- que los hombres que se presentaron. Cuando yo contraté en mi trabajo a algunas mujeres, los salarios eran los que marcaba la ley, y suponían lo mismo para hombres que para mujeres. Eso sí, cuando la mujer quedaba embarazada te las veías negras para sacar adelante el despacho, teniendo que contratar a otra persona, que no toda la ayuda del sistema suple todo lo gastado. Y mis sobrinas han estudiado lo mismo que los hombres, cada una lo que ha querido, y ninguna se siente ninguneada. Y Julia, cuando nazca y se desarrolle, tendrá los mismos derechos que Ignacio o Nicolás. Y vamos a dejarnos de cuentos e historias de pan y pimienta, que ya está bien el victimismo de una parte de las mujeres de España.

Es verdad que hace años había normas distintas, pero eso no lo han conocido ninguna de Vds., señora ministra. Y las había porque, entonces, la sociedad era como era, y los tiempos eran los que eran, que no es como ahora, y hay que reconocer, que no precisamente por victoria de quienes tanto gritan, se eliminaron ciertas condiciones de los derechos de la mujer. Pero ahora la sociedad en que vivimos destaca por la igualdad de derechos. En mi carrera, ninguna de mis compañeras se quejaba de que les rebajaran la nota por ser mujeres, ni porque les pusieran problemas facilones. No. Allí todos éramos iguales. Y si hay algunos más iguales que otros es porque se empeñan, con su esfuerzo y entrega a su labor, en serlo. Sepa que no podemos ser iguales, seamos hombre o mujer, quienes nos dedicamos a engrandecer nuestro país con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo que los que se dedican a vivir del cuento y del tío pásame usted el río. La igualdad hay que ganársela día a día. Pero, claro, esto es pecado decirlo, poco menos, y me someto a las iras de los sensibileros. Y fíjese si hay igualdad en este país que mi voto, ministra, el de esta persona que paga casi quinientos euros de sello todos los meses para no saber si cobrará algo o no, o qué limosna me llegará el día que retire, vale lo mismo, digo, que el del profesional del subsidio que se lo lleva calentito para casa sin doblar el lomo como lo hace el cano de mi plaza con carro y escobón. Si eso es igualdad que venga Dios y lo vea. Lo igual sería que, lo siento, mientras se

cobren subsidios y pensiones no contributivas se quedaran sin voto, y así no estarían sometidos a la dictadura de la mamandurria barata que impera en este país. ¿Se ha enterado, ministra, de mi concepto de igualdad, o quiere que se lo repita?

Empecé el día con el paseo de rigor, la misma ruta. Después al despacho, que había citas con el Fisco hoy. Tras ello, pude entrar en San Juan Bautista a misa de doce, aunque llegué algo tarde, que con Hacienda es mejor no meter prisa. Apliqué la misa por Víctor Pérez Carrasco, párroco de Llerena, que en esos momentos debía estar siendo conducido a la sepultura. He querido homenajearlo poniendo en la fotografía de inicio la iglesia de *Nuestra Señora de la Granada*. Coincidí con mi madre en misa. Vuelta al despacho a gestionar algunas cosas. De camino a casa paré en *La Bomba*, para ajustar un encuentro familiar. Me tomé una cerveza, esta vez dedicada a mi hermano Vicente, que hoy es su cumpleaños. Nació el día de San Marcelino hace 64 años. Tras descansar algo después de comer vuelvo al despacho. Las jornadas ya van siendo normales. Con un paseo algo más largo, regreso a casa a última hora. El día se va acabando.

Ya dije ayer que trataría de traer alguna imagen del Sagrado Corazón de Jesús a estas crónicas, para lo que buscaría en mis archivos. Reconozco que la culpa de ello la tiene el Padre Torres, que me animó con el “*detente*” que me envió ayer. Eso del “*detente*” es como una pegatina que se llevaba hace años, mi padre tenía una, que era redonda, de fondo blanco y una cruz azul en medio, con la leyenda S.O.S. Aquella pegatina quería decir que eras cristiano y que, en caso de accidente, avisaran a un sacerdote. Tal como están las cosas hoy día, si te ves involucrado en un “desastre”, como dicen los portugueses, y con varias víctimas, como te vean esa pegatina te dejan para el último, y, entonces, en lugar de un cura tienen que llamar directamente al de la sepultura, salvo que caigas, eso sí, en manos de gente buena.

Pues bien, vuelvo al Padre Torres, que mi amigo Joaquín Murillo Álvarez dice que lleva anotadas las veces que ha salido en las crónicas, y el día que no sale me envía un mensaje con un signo de desaprobación. Ya se lo presentaré. Y digo que vuelvo porque el Corazón de Jesús que voy a mostraros hoy lo vi en octubre pasado, en el marco de la *Operación Pucela*, de la que fuimos protagonistas Nines, Elena, Pepe y yo. Julia estaba entonces a medio hacer.

Me pidió el cura que no dejara de acudir al Santuario Nacional de la Gran Promesa y rezara allí por él. Bueno, debo decir que recé por mucha más gente, y vete a saber si entre ellos no estabas tú, querido lector. Cumplidas las jaculatorias solicitadas, a la salida, y antes de seguir camino del antiguo Palacio Real, hoy sede de Capitanía General, donde radica la IV Subinspección General del Ejército, cuyo Jefe es el General de Brigada José Rivas Moriana, digo que a la salida pude saludar el Eminentísimo y Reverendísimo Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Cardenal de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana, con el título de *Santa María in Vallicella*, que es Arzobispo de Valladolid, y ha sido Presidente de la Conferencia Episcopal Española hasta el 3 de marzo del presente y doliente año. Volviendo el General Rivas, buen amigo, diré, al hilo de la crónica de ayer, que fue Coronel Jefe del Regimiento Castilla 16.

Como anécdota contaré que hice esperar un rato en la esquina de enfrente al Santuario a mis colegas de la Operación Pucela, pues cuando quise saludar al Cardenal se interpusieron un grupo de no sé qué pueblo donde Monseñor habría ido una vez en su vida, pero que lo trataban como si fuera compadre de todos ellos, a juzgar por el sobeteo que se traían en el hombro, las manos y los brazos del Prelado. Y yo esperando. Cuando lo dejaron en paz, que pasó porque me dio pena y ya me interpuse entre Monseñor y la ferviente feligresía, y así medio los espanté, lo cumplimenté como es debido, nada

de conchabeos, hablamos un momento y me despedí respetuosamente de él. Bueno, con tanto saludo se me va a olvidar ponerlos la foto. Aquí va, encomendaros a él:



*Acoge, Señor, entre tus brazos
a tus hijos sin amparo y desvalidos...
Y bendice con Tu amor, que es tan sagrado,
sus maltrechos corazones doloridos.*

(F. B. A. V-Z., 2 junio 2020)

Día 81º

Miércoles, 3 de junio del 2020

¡Si fuera verdad que se acerca el final...!

Si fuera verdad... si fuera cierto que se acerca, poco a poco, el final de este tiempo tan incierto... Si Dios quisiera que este tiempo tan oscuro ya se fuera...

Advierto que hoy no estoy muy concentrado en la escritura, que se complican, gracias a Dios, las cosas del trabajo. La mañana del día de hoy empezó normal, sin nada a destacar, al menos hasta la vuelta del paseo. He adelantado algo la hora, y lo he comenzado un cuarto de hora antes. No quiero cruzarme con mucha gente. Y así gano tiempo en la mañana. Ya en casa, mientras andaba en las abluciones, recibo un mensaje. Ha fallecido otro sacerdote, pero en este caso tenía muchas papeletas compradas para ello: la edad. Tenía noventa años, y aunque ya sé que nadie somos quienes para poner límites a los desig-nios de la Providencia, lo cierto es que a esa edad se ha vendido gran parte del taco de papeletas. O comprado, no lo sé bien, la verdad. Era Don Antonio Guisado Tapia, que fue párroco en su día, hoy emérito, de la de San Francisco, de Villanueva de la Serena. Descanse en Paz.

La mañana fue entretenida. Por una parte, una reunión de la comisión organizadora de la festividad del Corpus Christi. Este año es raro, distinto. No habrá procesión como otros años. Será una celebración distinta. Iremos perfi-lando los detalles, y supongo que se darán a conocer en su momento. Al inicio de la reunión solicité plantear mis ideas, que las llevaba muy bien pensadas, y parece que fueron conforme al mejor criterio que imperó en la reunión. Ad-vertí de la necesidad de guardar distancias y respetar los aforos. Y, aunque a algunos no nos guste, la obligación de usar mascarilla. Quien quiera ir en esas condiciones que vaya; quien no, que se quede en casa. En cuanto a las distan-cias hubo una cierta controversia acerca de si era de un metro o de dos. Debo decir que, aunque he leído en alguno de los miles y miles de decretos dictados con motivo de la pandemia que en lugares de culto la distancia puede ser de un metro, me parece una aberración total, así de claro. Si en todos los demás

lugares se nos aconsejan dos metros, o se nos impone, no entiendo que en los templos esa distancia se acorte. Debemos ser más que prudentes, pues, como he advertido en la comisión, no nos podemos permitir caer en el error de que alguien pudiera decir que se ha contagiado por algún positivo asintomático, que lo podemos ser todos aquellos a los que no nos han hecho pruebas y no tenemos síntomas aparentes, durante la celebración. Lo que faltaba, que hay sectores de la sociedad que nos tienen en el punto de mira. Quedé claro, como responsable de Protocolo, de momento, de la obligatoriedad de la mascarilla. Hubo quien dijo que si no se habla no es necesario ponérsela. Craso error, pues es necesario siempre que no se puedan guardar las distancias debidas, y, en todo caso, en los lugares cerrados, según la normativa vigente.

Y de ahí a Hacienda. Trataba de obtener una certificación de una comunidad, pero ha sido imposible, y no porque no me hayan atendido bien, que lo han hecho de forma tal que me entran ganas de escribirle a la ministra Montero y decirle que en la mesa 9 y en la mesa 4 hay dos funcionarias que son una maravilla, y que ojalá haya muchas como ellas. Claro, digo yo, que para esa percepción también influye mucho la forma del cliente en dirigirse al funcionario de turno. No obstante, hay algunos, y no es este el caso, que parecen estar estreñidos, por la forma en que atienden al respetable. Salí de Hacienda con cierta información pero sin la solución.

Y hablando de solución no se le ve a algunos temas. Mérida, por ejemplo, ha decidido que no habrá feria de septiembre, porque no se pueden garantizar las distancias. Eso me llama la atención, la verdad. El que a estas alturas se decida ya que en septiembre no se celebrará las fiestas de la ciudad emeritense me da que pensar si hay algún dato que pueda servir de base para afirmar que habrá ciertos rebrotes. Y si, encima, según leo, en Extremadura se van a mantener los estadios cerrados al público en la fase tercera, me da que pensar que el optimismo de Simón “*pelucón*” y compañía no es tan acertado como pueda pensarse.

De hecho, tal como ya venía diciendo, se ha conseguido la prórroga al Estado de Alarma, la sexta, como la cadena de televisión que no hay quien vea. Dicen que la última, pero ya advierten de decretarán normas para cuando se salga del estado que a los españoles se nos ha atascado. Veremos las normas que nos imponen. Y como quiera que, dadas las fechas, si no se habilita el

verano para sesiones parlamentarias, me huelo que pueden meter cada una de padre y muy señor mío. Cuando escribo esto trato de no pensar en lo peor escuchando las melodías del disco de mi libro *“El Gorrión de Coronarias”*, magistralmente tocadas al piano por Juan Peña. Relajante, que es lo mejor en estos momentos, que para alterarnos al más pintado ya se las arreglan entre unos y otros.

Marlaska sigue en sus trece, o en sus catorce, o quince o... vete a saber cuántas las veces que ha dicho que no dimite, que él no ha mentido. Y achaca a la oposición que le tengan hinchita por intentar poner orden donde otros dejaron desorden, según dice, o quiere decir. Le oí una vez a una prima hermana de mi padre, fallecida este año el día de Reyes, Maricruz Albarrán Olea, que *“papeles cantan lo que barbas mienten”*. Vino a cuento de unas manifestaciones de un vecino del edificio en el que entonces vivía. Pues que se lo vaya aplicando el ministro de la Gobernación, o como quiera que ahora se llame ese ministerio. Lo cogen en un renuncio y quiere echar balones fuera. Se defiende como gato panza arriba, con los ojos saltones como los sapos, rojos de rabia al verse atrapado en sus propias contradicciones. Pero hoy, en muchos estamentos de la vida, no hay vergüenza suficiente como para saber reconocer los errores y, consecuentemente, dimitir. Me da que ese verbo soy de los pocos españoles que conoce su significado y conjugación. Y estoy seguro que son capaces de darle la vuelta a la tortilla hasta hacernos creer que su proceder es el correcto y que los que la han liado son los opositores, y no a plaza de funcionario precisamente.

Y para plaza la de la Comandancia de la Guardia Civil de Madrid. No soy experto en el tema, y desconozco el sistema de provisión de plazas a ciertas alturas, pero tengo la impresión de que si la plaza, como he leído, suele ser de coronel es muy llamativo que algunos hayan rechazado ocupar la vacante del recién cesado en Madrid. Me da la impresión que hay algunos, y lo alabo, que no se las quieren ver en un fregado como el que han metido al cesado. Normal. No sé si la obediencia debida juega también en este asunto de la provisión de plazas en el Benemérito Instituto, máxime sin son de libre designación, como parece ser la de Madrid. Pero si no es así, me da que han hecho bien, que no están los tiempos como para dejarse ronronear por el peligro cierto que puede suponer verte entre las luchas intestinas de los poderes

judicial y ejecutivo. ¿Por qué será que no hay juez que se meta en política que no salga trasquilado, después de hacer lo propio con algunos? Garzón, Marlaska... ¿Quién será el próximo? Claro, que ahora sale el ministro y dice que él no cesó a nadie, sino que fue el Secretario de Estado. Hay que ver lo que maquina la gente para quedarse en el estrado.

Paco Ruiz es el apoderado de Tomás Angulo. Según leo, tenía apalabrada la confirmación de la alternativa del torero de Llerena en Las Ventas, la plaza de toros de la Capital del Reino. Dice Paco, buena gente, que “*Tengo ganas de ir a una corrida de toros con gente, sin miedo al contagio*”. Eso lo queremos todos, pero no sólo ir a una corrida, sino ir a una comida, a un encuentro de amigos, de familia, a las tiendas, a pasear y no mirar mal a quien te cruzas. Todos queremos vivir sin miedo al contagio, bien porque las posibilidades del mismo vayan reduciéndose o bien porque se descubra la vacuna que sea para dar normalidad a la enfermedad. Mientras eso no sea así, que se dejen de hablar de nuevas o viejas normalidades. Pero tengo claro, a pesar de lo que se diga por ahí, que no hay corridas este año. Porque, si se permiten, como ya hablé días atrás, en qué condiciones será en cuanto al aforo y a otras muchas otras cosas. Si yo fuera sastre taurino estaría ya inventado las mascarillas de luces a juego con el traje, no sea que hagan falta en el callejón, donde la distancia no se sabe qué es. ¿Han visto Vds. algún sitio donde se besuquee más, donde se abracen como si no hubiera un mañana, donde si soben las partes bajas de las espaldas y las altas de las posaderas que en el callejón de una plaza de toros? Y en los burladeros todos como piojos en costura. Díganme cómo saldremos de esta en esos casos. Además, los burladeros, y no los de las trone-ras al ruedo, no, sino los otros, ponen en entredicho las leyes de la física, pues donde a duras penas caben ocho personas se aprietan dieciocho. A ver quién o cómo se pone coto a eso. En los toros, ¿distancia? ¡Por favor!

Quienes ponen distancia son los portugueses. Han dicho que hasta primeros de julio no tiene sentido abrir la frontera. Y dicen bien, porque que me explique alguien qué pintamos yendo a Elvas a los ansiados pollos cuando no te dejan ir a Cáceres, dentro de tu propia región. Aquí hay algunos iluminados que se creen que los portugueses son tontos. Y no se dan cuenta que lo que pasa es que son portugueses, que es una forma de ser mucho más racional, en algunas cosas, en muchas, que la de los españoles. Y que saben proteger lo

suyo como nadie. Y que tienen unos sentimientos patrios, e históricos, que saben defender sin necesidad de abanderar un edificio completo, porque no basan su amor a su tierra en signos externos, sino en sentimientos internos. Hablaba de esto con mi primo Fernando de Vargas-Zúñiga y Mendoza el otro día. Vete a meterte con Camões, o con Magallanes, o Vasco da Gama. Sienten lo suyo como sienten su corazón, y lo defienden con la razón. Por cierto, que hablando de Portugal, y con los ecos de la celebración del aniversario de la fundación del Regimiento Castilla, número 16, os regalo una fotografía de mi bisabuelo, Don Vicente Ambel Cárdenas, cuando mandaba la Unidad, con el Rey de Portugal, Don Manuel II, Coronel Honorario del Regimiento, y en un acto celebrado en Madrid, en Palacio Real, en octubre de 1909. Aunque no se aprecie bien, mi Coronel, Jesús Moreno del Valle, diré que Su Majestad lusitana viste el uniforme del Regimiento.



Para los amantes de la historia contaré que Don Manuel II fue el último rey que subió al trono en Portugal, pues el 5 de octubre de 1910, desde la

playita del puerto de pesca de Eriçeira, salió para el destierro, junto a la Familia Real, “*perante a respeitosa atitude de toda a população de Eriçeira*”, como reza un azulejo colocado en el restaurante Ribas de la citada localidad, donde ponen, o ponían, que hace tiempo que no vamos, una *açorda* de marisco buenísima.

Y con razón o sin ella, en Portugal, han dicho que allí no los intoxica nadie, o los menos posibles, y que si aquí estamos en este mes en el inicio del fin del confinamiento allí no se les meten más que los imprescindibles antes del fin de este invento. Por cierto, invento, el del confinamiento, más propio de épocas medievales que de los tiempos actuales. Eso dicen los científicos israelitas, y esa gente sabe tela. Saben lo que no saben aquí, que andan todos los días con la marcha fúnebre. Y digo marcha porque, según parece, no hay día en que no se vaya algún muerto de la lista. Yo creía que los muertos no se movían, salvo una tía de Nines, que se murió dos veces. Pero aquí y ahora, sí, que no dan una tiesa cuando tienen que contar. La verdad, tan triste es que hayan muerto mil que cuarenta mil, pero si en algo tan sencillo como el contar no dicen la verdad habrá que pensar en qué la dicen. Dejo este tema, porque no quiero ser repetitivo, que hace pocos días también lo hablé.

Antes de ir a comer a casa fuimos Manuel y yo a *La Bomba*, a tomar una cervecita. Una solo, y de ahí a casa. Después de comer al despacho, a donde he llegado a las cinco. Hasta las siete pasadas no he podido meterme con la crónica, por lo que no he podido concentrarme hoy. Además, el Padre Torres-toma nota, Joaquín Murillo- me ha enviado algunos mensajes y me ha roto la concentración, que espero recuperar conforme pasan las líneas. Ya veremos.

El Corazón de Jesús que hoy os muestro me trae muchos recuerdos. Lo conozco desde que era niño y me alcanza la memoria. Siempre lo vi en casa de mis abuelos maternos. No sé su procedencia, aunque quiero recordar que mi madre me dijo algo sobre ello, pero no recuerdo bien. En casa de mis abuelos estaba encima del sofá en el que se sentaba mi abuela María Pepa, y allí siguió cuando se cambiaron de vivienda. Cuando pasó a manos de mi madre también se colocó encima del sofá donde ella se sentaba. O sea, que el Corazón de Jesús es una imagen muy relacionada con los sofás donde se sientan las abuelas o las madres, porque o los tienen encima de la cabeza o en línea con la vista, como mi suegra, que lo tiene enfrente del sofá donde acostumbraba

a sentarse. Así, con sólo alzar la vista tenía a la misma la imagen del Corazón de Jesús. El de mi madre da la sensación de que es una lámina pegada en una madera, policromada. No debe ser bueno, pero es de toda la vida, y, para mí, el que más me gusta. La serenidad del rostro encandila.

Aquí lo tenéis:



(continúa la oración de ayer)
Ábreles tu corazón, tan deseado,
y dirige tu mirada compasiva,
consuelo de los suyos desgarrados,
que tu Luz, Señor, los ilumina.

(F. B. A. V-Z., 3 junio 2020)

Hoy no he visto al barrendero cano de la plaza de mi casa.

Día 82°
Jueves, 4 de junio del 2020

¡Tengo ganas de pintar!



Tengo ganas de pintar... No sé el motivo, o quizá no quiera saberlo, pero me entró ese arrebató esta mañana en el paseo. De haber encontrado una piedra de cal hubiera pintado en las losas del acerado algo, si bien tampoco tengo claro qué pintar. Pero tengo ganas de hacerlo. Salí hoy a las siete en punto, y me he encontrado más a gusto. Algunos pensaréis que debe ser porque habiendo cogido de nuevo la rutina me encuentro más engrasado de los remos inferiores. Pues no, me he sentido más a gusto porque me he encontrado menos gente. Mientras menos bultos más claridad. Al que me sigo cruzando es al médico jubilado que da una suerte de zancadas cuando atisba la presencia de alguien que va de frente, de tal forma que algún día se cae. Lo tengo claro.

Vaya mente estúpida, que piensa que por un simple cruce le vas a meter el virus de vete a saber qué en el cuerpo. Que no salga, si tanto pavor le tiene a cruzarse con unos y otros.

Bueno, sigo con el deseo de convertirme en una especie de Miró, a cuyas obras es lo más parecido que saldría de mis manos. Jamás el dibujo ha sido lo mío. Nunca. Si acaso el dibujo técnico, pero sin mucha complicación de perspectivas cónicas ni historias, que entonces la liamos. Pero del de a mano alzada, nada monada. No sé hacer más que aquello de *“un seis y un cuatro, la cara de tu retrato”*. Pero tengo ganas de pintar. Y, a estas horas, cinco menos cuarto de la tarde, no se me han ido todavía. ¿Será síntoma de algo malo? Vete a saber.

A la salida de casa pasé por un edificio a ver los bajantes de un piso que está en obra. Tras charlar con el manijero de la cuadrilla seguí hacia el despacho. Hoy tenía in mente hacer unas cosas por la mañana, que por la tarde teníamos preparada una junta de propietarios, la única comunidad que tenemos con piscina, y, claro, quieren remojarse ya. Al pasar por la calle Padre Rafael me fijé en la librería del mismo nombre, y entré. Pedí, desde la puerta, porque ya estaba el aforo de dos personas completo, una goma de borrar y una caja de lapiceros de colores. Los tenéis en la fotografía de inicio. Pagué, dos euros y ochenta céntimos, y seguí camino de la oficina. Llegado al despacho preparé la documentación de la junta, que a veces el día juega malas pasadas y hay que tener todo preparado. Al poco, cuando me disponía a lo que tenía previsto, empiezan los problemas. Cuestiones de trámite y la llamada de una administrada, que me llama para desahogarse conmigo. Hay veces que los administradores de fincas somos medio psicólogos. Y medio santos, si no enteros, que tenemos que aguantar más de una hora de reloj, como hoy, escuchando las cuitas de la buena dama. Tiene problemas con la vecina de arriba, o ésta con la de abajo, no se sabe. No voy a decir de quién sospecho la culpa. Te quieren meter de alguna forma en el lío, pero hay que ser muy cauto y no entrar en cuestiones de relaciones vecinales, que puedes salir trasquilado y, entonces, te tienes que hacer un pelado como el de Marlaska, que más que un ministro parece un fraile de monasterio de Capadocia. Si a Carrero Blanco se le planta un ministro del Gobierno con ese pelado en el despacho lo manda directamente al confesor.

Tuve una agradable visita de un buen amigo, que lo voy a nombrar, porque por su antigua relación de amistad y afecto, y de confianza en mí, se lo merece: Antonio Barrena Pérez. No lo veía desde antes del día de Santa Matilde, creo. Y sin creo. Estuvo un rato en el despacho, comentando cosas que tenemos entre manos. Todo se arreglará. Una vez que se fue, volví a un tema de la junta de esta tarde, pues había algo que me chirriaba, hasta que di con el tema. Me podía contratar la Guarda Civil, o la Policía Nacional, digo yo, porque había un número que me bailaba en la cabeza, y conseguí dar con el motivo.

Hoy he comido solo, pues Nines ha ido a comer con unas compañeras de trabajo. Ya le advertí que nada de compartir, que cada una su plato. Como sólo tenía el primer plato hecho, algo sencillo, frugal, como una pieza de brócoli cocida al vapor, pasé por *La Bomba* y me llevé una sepia a la plancha, para comerla en casa. Buenísima. No hay fotos de la sepia, querido Fernando Valbuena. Me senté un ratillo después de comer y me “trasvelé” un ratillo. Entonces me vi con los lápices en la mano y la goma entre los dedos. Me vi con un caballete por delante, con un pliego por delante, lleno de letras y fotografías, de números y viñetas. Me dio miedo lo que veía. Eran colores oscuros, casi negros. Lo más leve, color ceniza. Sentimiento incinerado. Una fuerza casi insuperable me hacía volverle la cara al lienzo y abandonar la paleta de colores en que se habían convertido los lápices. En un momento dado cogí la goma, y con todas las fuerzas posibles empecé a borrar cuanto había en el lienzo. No podía soportar la imagen del negro garabateado que ocupaba toda la superficie del papel colocado en el caballete, que casi acaba en el suelo de tanta fuerza como apretaba con la goma Milán para borrar lo que allí había. Casi me quedaban las uñas ya, gastada la goma de borrar, cuando conseguí ver el papel en blanco. Y, entonces, me entró un estado de serenidad como nunca había sentido en ninguna otra oportunidad. “*Se acabó lo viejo, lo malo, lo que da miedo*”, me dije.

Acto seguido, casi sin tiempo alguno al medio, abrí la caja de los Alpino para comenzar la obra maestra, la que habría de consagrarme como un afamado pintor del deseo, de la emoción, de lo que veo, de la ilusión. Tenía que plasmar toda la gama de colores en el lienzo sujetado al caballete. Quería pintar. Quería pintar un mundo nuevo, distinto al que había acabado de borrar hacía poco. Quería pintar una historia de la vida en la que las relaciones

humanas no fueran las actuales lejanas. Quería pintar un mundo colorido, y no un panorama de color negro y herido. Quería pintar un mundo donde la gente rebosara salud, y no un espacio lúgubre donde en el suelo apoya un ataúd. Quería pintar un espacio abierto, en el que la gente nos moviésemos con normalidad, y no un encierro hogareño en el que se encierra la libertad. Quería pintar un parque lleno de flores, de aromas y de colores, y no un arriate seco de lágrimas y de dolores. Quería pintar a la gente con sonrisa, y no caras tristes huyendo del mal con prisa... Quería pintar el sol, reluciente, vivificante, y no la tiniebla de un tiempo funesto y amenazante. Quería pintar el mundo que te deseo, querido lector, y no el mundo que yo hoy veo. Quería pintar el alma con colores del amor y de la calma. Pero, al poco, desperté del sueño. Vi la caja de los lápices y la goma encima de la mesa del gabinete. Sin estrenar. Comprendí que había sido sueño, que algún día habría que hacerse real como lo son la caja y la goma de borrar.

Y desperté para entregarme a la realidad. Más de lo mismo. Por lo tanto, mejor no hablar. ¿Para qué? Se aburre uno. Baile de documentos, que se ocultan para no parar lo que se tenía que haber parado. Ministra de Exteriores que se atreve a decir cuándo se abre la frontera con Portugal, y Portugal dice que “*leche, Goyeneche*”... El de Gobernación que sigue en sus trece con los papeles de la destitución. ¿No se han enterado ya que aburren a las ovejas?

Ojalá no fuera un sueño la posibilidad de pintar las cosas de otra manera. Ojalá pudiéramos todos colorear, cada uno a su mejor gusto, los días del calendario en colores distintos a los que nos quieren enseñar. Ojalá podamos ver matices que poca tengan que ver con el gris ceniza que se nos apodera de la mente. Ojalá, Señor mío, podamos afilar el lápiz verde de la esperanza para dejar de ver el negro de la desconfianza que nos han inoculado.

Voy a seguir poniendo algunas imágenes del Sagrado Corazón que rebusco en el archivo. Hoy, y así se lo comenté ayer a mi amigo Felipe Domínguez Romero, párroco de la de San Francisco, de Villanueva de la Serena –por cierto, pueblo del Padre Torres-, voy a mostraros una imagen de la que hay en el claustro del antiguo convento, hoy templo parroquial. Estoy seguro que don Antonio Guisado Tapia, ayer fallecido, y que fue párroco en su día de esa parroquia, la habrá visto muchas veces. Por él, pues, va el recuerdo, y por ese equipo estupendo que forman José María Franco y Felipe Domínguez. Sé

que al Padre Torres, también, le va a gustar que la saque. No en vano él tiene la culpa de que haya comenzado con esta dedicación al Sagrado Corazón, que no sé, la verdad, cuánto tiempo durará. Ah, y seguro que a Mercedes del Pueyo le gustará también ver a una imagen de su pueblo en la crónica de hoy. Aquí está.



(continúa la oración de ayer)

*Semblante, oh mi Dios, dulce y sereno,
espejo de un amor tan ansiado,
que mirarte, mi Señor, es algo bueno
que calma el sentir más desdichado.*

(F. B. A. V-Z., 4 junio 2020)

Nota para Juan María Cervera, él sabe por qué: hoy tampoco he tenido la mente libre. Lo siento amigo. Pero, no quiero faltar a la cita.

Día 83º
Viernes, 5 de junio del 2020

¡Siempre reverdece!



Un amigo me ha enviado la fotografía de inicio. Dudé si sacarla a la luz o no, pues no sé si le gustaría o no que se viera. No es malo lo que sale. Nada de biquinis ni de fotos de despedote. O sí. Si nos fijamos, la naturaleza, cuando se la cuida, se despedota, saca todo su esplendor a la luz del sol, a la vista de los demás para disfrute de lo bello que encierra. Creo que no viene mal esta imagen. De hecho, todos ansiamos de alguna forma ver más allá que el negro designio de la realidad en que la vida de muchos se ha convertido. Y la imagen que os regalo, con permiso de mi amigo y su mujer, relaja, nos abre la ventana de la esperanza a una vida luminosa y llena de frescor, de flor, de luz y de color. Nos invita a abandonar el funesto y lúgubre pensamiento que nos ha atenazado a todos durante un tiempo. ¡Viva la luz! ¡Viva el color! Parecía premonición cuando ayer quería pintar un mundo lleno de la más amplia gama de colores que se pudiera soñar. Soñar es gratis. Querer soñar también lo es, todo es proponérselo. Seguro que al mirar la escena cada uno piensa en un momento de su vida, o en un anhelo que aún puede hacer realidad. Hay que ver con qué poco se puede disfrutar. Ansiamos todo o más que ello. Y a

mí, hoy, me ha bastado con una fotografía para sentirme con el deseo cumplido. No hace falta estar en el sitio para disfrutar de él: hace falta, sencillamente, querer gozar con lo que se tiene a mano. O a la vista. Y yo he tenido una fotografía. No sé dónde es. Bueno, lo sé, aunque no exactamente, pero no lo diré. Basta con conformarse con la fotografía. La imagen dice más que mil palabras, y, muchas veces, más que el hecho de estar allí. Le agradezco a José Manuel Rodríguez Salas que me enviara la fotografía. Siento florecer dentro del alma, siento las gotas de riego como lluvia en el corazón, siento que el verde me llena de esperanza y de emoción. Míralo, y es posible que sientas tú lo mismo.

Y eso es lo que quieren ya todos los españoles. Bueno, queremos, que yo soy uno de tantos. Queremos ya dejar atrás este tiempo de claroscuros en los que nos ha costado, a veces, respirar los aires puros. Queremos que nos dejen ya de tanta intoxicación de números falsos, de noticias y patrañas que vuelven a resucitar el fantasma de las dos Españas, que ya no si sabemos cuáles son, ni falta que nos hace, porque lo que todos necesitamos en seguir en una misma línea de concordia y de progreso, que no de discordia y de regreso. Queremos que los que no tengan dentro de su mente el caminar en pacífica convivencia que den un paso al lado, o se lo hagamos dar, y dejen que otros lo hagan. Queremos que se dejen de bulos y de posturas de chulos. Queremos que abandonen la mentira y el desagradable agarra y tira que se traen en el estrado de oradores y en el mercado de voceadores. Queremos que se enteren que los españoles ansiamos que persigan el bien general de todos y no que se repartan entre algunos un dineral, que es de todos. Queremos que nos dejen de mentir, y que sea la verdad lo que haya que decir.

Y para decir, lo dicho por Simón “*Pelucón*”. Si yo tuviera la suerte de recursos para engañar que tienen algunos, me habría hecho rico en esta vida. Os lo aseguro. Mira que decir que, sobre el baile de las cifras de fallecidos, que “*El dato se congeló*”. Y se quedan tan frescos, como no puede ser de otra forma. Me da que a algunos se le ha congelado la poca vergüenza que tenían. Como se ha quedado la ministra de Hacienda al decir que la contratación de un amigo de su jefe por éste no es cosa personal. ¡A otro cura con ese cuento! Ahora, bien, por favor, que nadie se rasgue las vestiduras, porque en España hemos sido muy dados a ellos. Los nombramientos digitales se han dado

en todas las épocas que yo he conocido, con todos los partidos y a nivel de cualquiera de las Administraciones. Mal está, por supuesto, porque no tenía que existir, en los cargos públicos, los que pagamos todos los españoles que pagamos, que no somos todos los españoles, digo que no tenía que existir el enchufismo, el amiguismo y el servilismo. Quien quiera un puesto pagado por las perras de todos, de unos más que de otros, que se lo gane, como se lo ha ganado mucha gente. Y el que no, lamento decirlo, a cagar a la vía. Toda la suerte de asesores, personal de confianza y demás fauna que se aprovecha de la pública pitanza deben desaparecer. Quien quiera un asesor, que lo busque entre el funcionariado, que seguro que lo hay. O lo pague de su bolsillo. Pero, ojo, los tenemos con todos los partidos políticos, en todos los estamentos y en todos los momentos. Mal está, máxime con la que está cayendo, que el Presidente del Gobierno, en un alarde de transparencia que lo sitúa en el ranking de la indecencia coloque a un amigo suyo. Son estómagos agradecidos, como hay muchos. Yo conozco a algunos, y no son, precisamente, del partido que ahora rige los futuros oscuros de esta España nuestra. Y de este también, que tengo amigos y conocidos hasta en el infierno, por si acaso. El problema de algunos políticos, y, ojo, de todos los partidos, no es lo sinvergüenzas que son, no, sino lo pronto que han aprendido a serlo. Ayer voceaban contra la oposición y hoy se han vuelto de su misma condición. Así nos va.

Y hablando de vergüenza no quiero dejar de comentar una noticia que esta misma tarde me ha llegado. Me da pena, por lo que supone para uno de los cuerpos afectados. Una publicación de internet, que ni sé de quién es ni qué orientación tiene, porque, la verdad, no la he leído nunca, que se llama *Alerta Nacional*, publica un artículo de un Teniente Coronel de Infantería, llamado Enrique Area Sacristán, según se dice, en el que pone de vuelta y media al nuevo Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Madrid, el también Teniente Coronel David Blanes. Ahora me entero que éste fue quien manejó el cotarro en Barajas cuando aterrizó, vete a saber con qué aviesas intenciones, la ministra venezolana de cuyo nombre no me acuerdo, aunque creo que era más propio de un modelo de muñeca del saco de Reyes Magos. Tampoco sé lo que hizo entonces el Teniente Coronel Blanes, pero lo que sí dicen es que su elección para el puesto de ahora, tras ser rechazado por algunos coroneles,

lo deja en entredicho, y se da a entender que son panes prestados. Reitero mi máxima consideración por la Guardia Civil. No creo que haga falta que lo repita. Pero me da que el de Infantería le da un repaso en lo que significa el honor al colega del Instituto creado por Ahumada, según lo que expone en su artículo. Claro, que tampoco sé quién es Area Sacristán.

¿Se darán cuenta algunos de lo que están consiguiendo? ¿Es lo que buscan? ¿Qué persiguen? Quieren controlar el poder de todo, sea legislativo, económico, judicial, policial... Y para ello están dispuestos a llegar a donde sea. Por controlar todo van a conseguir descontrolar a más de uno. El hartazgo tiene un límite. Y una vez superado el límite no hay vuelta atrás. Puede ser peligroso. Para todos, para quienes intentan controlar la situación, para los que se sienten, o nos sentimos, controlados y para los que tengan que controlar a los descontrolados.

Y en todo este maremágnum de sinvergonzonería que nos afecta hay que destacar la imagen que la Iglesia proyecta. Algunos medios se hacen eco del aumento en la actividad caritativa de la Iglesia en España en los últimos años. Y en la crisis del coronavirus más, si cabe. Y siempre cabe más, porque el corazón de las personas que se dedican a atender a quienes lo necesitan es más grande de lo que parece, se estira como el chicle. La Memoria de Actividades que elabora anualmente la Iglesia española muestra el aumento en los últimos años de su actividad socio-asistencial. Ello, y el dineral que las distintas actividades de la Iglesia o instituciones relacionadas con la misma, o bajo su amparo, ahorran al Estado es algo que debe hacerse público, pero que no se hace porque no interesa a ciertos políticos que se sepa. Al contrario, están al acecho de cualquier tropiezo de un cura, que es un hombre como los demás, con sus virtudes, sus defectos, sus ambiciones y desviaciones, o con su grandeza humana y espiritual que le lleva a tratar a todos los seres por igual en su atención y auxilio pastoral, y muchas veces material dándole hasta su propio sustento personal, digo que están a las caídas para resaltar el mal de una manzana podrida cuando olvidan el resto del árbol lleno de frutos sanos.

El ahorro que el Estado tiene gracias a la actividad de la Iglesia no está al alcance del entendimiento de muchos políticos y esbirros que viven del cuento. Y la conservación del patrimonio y su puesta a disposición de la sociedad también generan pingües ingresos a las arcas estatales. Hay quien no

se lo cree. Pues habrá que explicarle: cuando voy a Córdoba, por ejemplo, a ver la Mezquita Catedral, como en Córdoba, por ejemplo en *Pepe de la Jude-ría*, donde comió en su día San Juan XXIII siendo Cardenal, pago la cuenta, genero un IVA, del que parte se queda el Estado; con lo que pago por la mazamorra o las berenjenas a la cordobesa se paga la renta del local, el salario del personal y las mercancías de los proveedores. Y así podría seguir. O sea, que voy a ver un templo y en el gasto me destemplo. Podría valer el ejemplo con cualquier elemento patrimonial de la Iglesia puesto a disposición de la sociedad. Si en España, por poner un caso, se cierran templos y monumentos, muchas ciudades y pueblos notarían en gran medida el cierre.

Bueno, próximo el cierre de la crónica, que he tenido la tarde más calmada, diré que di mi paseo esta mañana. Hoy he ido a los sones de pasodobles, y con algunos me entran ganas de abarcarme a la primera que me cruce para “*echar la pieza*”. Me retengo. No puede, y debe, ser de otra forma. En el despacho hemos tenido cosillas, sí. Manuel, mi compañero, todavía es joven, y desconfía de algunas cosas. Es una virtud, no un defecto. Hemos tenido que enviar un expediente por una plataforma de registro virtual, pero a él le gusta el sello de caucho del registro de entrada en el papel. De comida, en casa, lechuga y carrillera de cerdo, de *La Bomba*. Hay días que no me da tiempo a cocinar, por sencilla que sea la receta. A las cuatro me he vuelto al despacho. Son las nueve menos cuarto en este momento. Entre párrafo y párrafo he atendido algunos avisos. Nines me acaba de llamar. Sale de casa de su madre y me dice que me espera en casa. Es bonito que te esperen. Más triste es que no tengas a nadie que lo haga, y peor si es permanente. La soledad no es buena, es cierto; pero es mucho peor sentirte solo aunque estés acompañado. Espero no llegar a eso.

Hoy es el último día de luto oficial. He llevado corbata negra estos días, cuando me la he puesto. Bueno, la llevo desde marzo. Mañana me la quito. Esperaba una llamada, de una cita, a la que había que ir como Dios manda. No se ha producido. No tengo prisas. Sigo a la espera. La Bandera que tengo en el despacho, pequeña, de sobremesa, la he tenido a media asta estos días. Antes de irme la izaré de nuevo, aunque sea antes de tiempo, para que cuando vuelva el lunes la vea arriba, con la esperanza de que ondee sobre el deseo de sentirnos unidos a cuantos “*han luchado con valor, han servido con lealtad*”

y han muerto con honor”, aunque no se les haya reconocido. Aquí tenéis mi Bandera, no tengo otra:

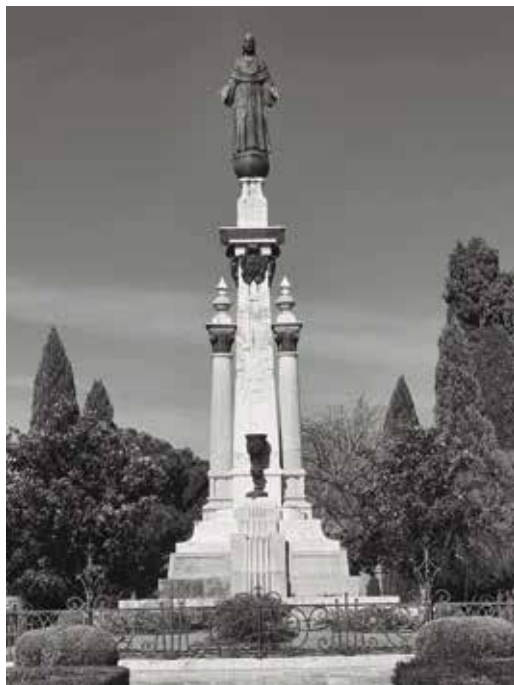


Vamos al momento del Corazón de Jesús, en este mes dedicado a él. No me veía yo metido en más jaculatorias después de las del mes de mayo, mes de María, pero una insinuación del Padre Torres, como bien sabéis, me ha hecho meterme de lleno, mientras pueda. Reconozco que soy más mariano, y aunque siempre he mostrado interés por toda la imaginería y devoción religiosa, que en el sentir del pueblo está la base de la fe de muchos, no era yo muy dado a fijarme en las figuras del Corazón de Jesús, salvo las que, como he dicho, están en casa de la familia. Y no por nada especial, no. Pero hete aquí que la relación con dos buenos sacerdotes, que no es lo mismo que dos sacerdotes buenos, aunque también lo son, me he aficionado a fijarme en las figuras del Sagrado Corazón. Hablo del ya familiar Padre Torres y del no menos citado Enrique Merchán, párroco de Granja de Torrehermosa. Viajar con ellos es ir de una devoción a otra, lo cual es gratificante. Por eso, desde un tiempo me vengo fijando también las figuras del Sagrado Corazón de Jesús, además de las de San José, pues le oí una vez a Don Celso su devoción por el

santo carpintero y, desde entonces, le envió fotos de los que voy viendo por aquellos lugares que visite.

Hace pocos días, en La Roda de Andalucía, en la provincia de Sevilla, a alguien debió molestarle la figura de los brazos abiertos del Sagrado Corazón de Jesús. El monumento es santo y seña de ese pueblo andaluz, según parece, aunque no a todo el mundo. Algunos desalmados, y también no desarmados, se dedicaron a golpear en la cabeza y las manos de la figura hasta dar con ellas en el suelo. Había que subirse a cierta altura para hacer lo que han hecho. Siento, de veras, si alguien se alarma de lo que digo, y lo hago sin escrúpulo ni propósito de la enmienda ante una eventual confesión por lo que expongo: se tenían que haber caído desde lo más alto antes de atentar contra el monumento. Sin que hubiera llegado a mayores, o sea, sin necesidad de hacer trabajar a los sepultureros o enterradores, tenían que haberse medio abierto la crisma y haberse quedado las manos reducidas a muñones una temporada. ¿A quién molesta la figura de Jesús con los brazos abiertos y mostrando su corazón a quien más lo necesita? ¿O es que la intencionalidad es otra distinta a la del hacer daño a la arquitectura urbana y a lo que representa la imagen para muchos? Mucho me temo, y espero que así no sea, que pueda ser el comienzo de una suerte de consigna contra lo más sagrado para el sentimiento de muchas almas.

Hoy, por eso, porque quiero, de alguna forma, reparar el dolor de muchos habitantes de La Roda, que también es el mío, quiero traer la imagen del Sagrado Corazón que hay en los Jardines del Corazón de Jesús de Antequera (Málaga), obtenida en el denso e instructivo viaje de los carnavales pasados. ¿Tanto molestas, Señor? ¿Tanta inquina tragan algunos que no son capaces de respetarte? ¿Tanto daño haces? Al de Antequera, el que se quiera subir a hacer cualquier fechoría, ya sabe a lo que se arriesga, dada la altura. Aquí lo tenéis.



*Que tu manto, oh Jesús, que es tan buscado,
abrigo para el alma entristecida,
sea por tus hijos alcanzado
como alivio de las penas de su vida.*

(F. B. A. V-Z., 5 junio 2020)

Día 84°
Sábado, 6 de junio del 2020

¡Amor con amor se paga!



La fotografía tiene tres años casi exactamente. Los hará pasado mañana. Pero merece la pena que la saque hoy. Amor con amor se paga. Entre Don Fernando Valbuena Arbaiza y yo hay una buena amistad, sincera. Lo conocí siendo él administrado y yo administrador. Ya me ha pasado con muchos. Por algo será. Me gusta darle a mi trabajo un toque personal, de persona a persona, sabiendo que quien tienes enfrente, o en el piso de arriba, o de abajo, o en el local que causa molestias al resto de los vecinos por olores... sabiendo, digo, que quien se sienta en la silla en la junta de propietarios no es el del piso tal o cual, sino una persona, tan humana con tú, o como yo, con sus defectos, con sus virtudes, con su particular forma de ser, tan de respetar como la tuya, o la mía. Y me gusta que deje de ser un nombre puesto en un recibo de gastos comunes, en la lista de asistentes a una reunión, para ser alguien en quien fijarse. Eso me sabe a poco, lo del título en el recibo, más bien a nada. Quiero ver en ese administrado a un ser humano, del que puedes sacar mu-

cho más que su participación en la cuota mensual que sirve para hacer frente a la minuta, que es necesaria, sí, pero que no deja de ser una cosa fría, una suerte de números en el banco que no tiene el latido del corazón de quien ha contribuido a aportarla a mi cuenta. Y me gusta saber de él, o de ella, o de los dos, y ver si, además de mi función pura y dura de administrador del condominio puedes ayudar en algo, puedes servir de apoyo en algún momento. Y si lo consigo, esa satisfacción es el mejor pago a mi trabajo. Esto se lo he dicho muchas veces a Manuel Montis, mi compañero de despacho.

He asistido a entierros, he llamado a dar pésames, he felicitado por santo o cumpleaños, porque aunque no sea lo habitual a veces, sin querer, te enteras de la fecha oportuna y ofreces lo mejor de tu imagen personal llamando para felicitar. Redunda en lo profesional, qué duda cabe, pero, y así lo he comprobado muchas veces, puede acabarse la relación profesional pero se mantiene la personal. A veces, que no todo el mundo se lo merece. ¿Lo he estropeado? Lo siento, pero es así.

Pues así conocí yo a Fernando Valbuena Arbaiza. Era duro como administrador, no se le pasaba una, pero sabía que el administrador también es una persona, un hombre, o una mujer, y que puede cometer fallos. Todos lo hacemos. ¿Quién no? Fernando terminó la relación profesional por causas que no vienen al caso, pero se mantuvo la personal, incluso antes de que la primera terminase. Y ha durado, ya muchos años, porque ha sido, y es, una amistad sincera, sin pedir nada a cambio el uno al otro, y por darse el otro al uno. Nos hemos hablado lo que ha sido menester en cada momento. Hemos estado de acuerdo, y hemos discrepado. Pero en estas diatribas, en los momentos en que mostrábamos disconformidad de criterio, lo hacíamos de tal forma que parecía que estábamos de acuerdo. Poned el pasado en el tiempo presente, o en el futuro, porque así ha sido, así es y así será.

Hoy, mi querido Fernando, desde Salamanca, donde está recluido, confinado, como fuera de la ciudad de las letras lo estuvo su admirado Unamuno, ha enviado al *Periódico Extremadura* su columna habitual. Y mira por dónde ha hecho un repaso a media humanidad. Si coge la lista del teléfono de los tiempos de Barrera de Irimo como Presidente de Telefónica aún no hubiera terminado la columna. Porque Fernando es amigo de mucha gente. Porque Fernando es amigo de sus amigos, y de los amigos de los amigos de los suyos. Y, mira por dónde, me ha nombrado. Y ha escrito bien de mí. Ya lo dice el refrán: “*de mí que*

hablen, aunque sea bien”. Eso ha hecho. No sé si decir que lo llevaba esperando algún tiempo. Ya estaba tardando. Nunca es tarde si la dicha es buena.

No había leído el artículo de Valbuena. Lo hago siempre nada más remitirme el enlace, pero hoy he salido a pasear con Nines, y nada más importante que la compañía de mi esposa. Pero a media mañana otro buen amigo, *Chocolate*, Javier Medrano Cuesta, me pone un mensaje: “*Dice Valbuena que tienes un plumazo. Recordarás que te lo dije hace tiempo. Por tanto reflexiona y piensa en ello, en un librito por ejemplo*”. Entonces lo tuve claro: “este Valbuena me ha mentado hoy en el periódico”. No pude verlo en este momento, pues después de dejar a Nines en casa seguí el paseo. Y cuando estaba ya a punto de terminarlo hube de ir al despacho, para atender una incidencia de un edificio. Podía haber dicho que hasta el lunes... pero no puedo hacerlo. Me puede el querer solucionar las cosas, si están al alcance de mi mano. En todas las circunstancias de mi existencia.

De vuelta a casa, so riesgo de dar un tropezón en la plaza de San Atón, en la calle Pedro de Valdivia y en la avenida de Europa –era más bonito el nombre de General Rodrigo-, en las que hay baldosas levantadas –toma nota, Alcalde-, y que me pasara como al Padre Torres cuando iba rezando el rosario, que se descuajaringó el brazo y el espinazo, fui leyendo el artículo de marras. El título me era conocido, pero yo tardaba en aparecer. Me recuerda al libro de un buen amigo, cuyo título da a entender que te vas a topar a la protagonista casi después de la referencia al depósito legal, y resulta que empecé a leer el libro en la pista de rodaje del aeropuerto de *Portela de Sacavém*, en Lisboa, y anunciándose la orden de ajustarse el cinturón para bajar al de Newark, cerca de Nueva York, apareció, por primera vez, el personaje que daba nombre al título. Pues eso me pasaba con el artículo de Valbuena. Pero, al final, me encontré.

Llamé a Fernando de inmediato para agradecérselo, como no podía ser de otra forma. Nos reímos, nos congratulamos, y, a pesar de la distancia, nos abrazamos. Por eso he puesto la fotografía de inicio que he puesto: porque nos estamos abrazando. No nos abarcamos, no podemos, pero no es por nuestra culpa. Don Fernando no estaba gordo entonces, sí fuertecito. Yo había perdido los míos. Pero resulta que la amistad hincha a las personas, y cuando es sincera se infla en el momento del encuentro. Algunos os preguntaréis si le gusta o no que se le vea con tirantes. ¿Sabéis que os digo? Que a Fernando, como a mí, nos importa un pimiento como nos vean, porque lo que nos im-

porta, de verdad, es sentirnos como somos, respetarnos como somos y, por si no lo sabéis, quereros a vosotros no como somos, sino como sois. Eso sí, nada de carantoñas ni besuqueos. Nosotros, como los soldados del Regimiento Saboya 6, aparecemos como caballeros, “... *en su porte y marcial apostura...*”, que no hace más que “... *revelar que el honor e hidalguía...*” de la amistad sigue teniendo peso –y nunca mejor dicho- hoy día.

Reconozco que me ha llenado de íntimo orgullo el verme en la tinta de la rotativa del *Periódico*. Y como quiera, y así se lo he dicho a mi compañera de italiano y amiga Maribel Guijarro, que sois vosotros, queridos lectores, los que me habéis animado a estar al pie del cañón a diario, he querido compartir la satisfacción. Por eso os he enviado la foto del pantallazo –hay que ver lo que nos enseña a ciertas edades la técnica- y el enlace del artículo. En mis tiempos, hace años, más de treinta, el enlace era... “... *el de la bella señorita María de los Ángeles Merino Fernández, secretario judicial, hija de Don José y Doña Angelines, con el ingeniero técnico pacense Don Felipe Benicio Albarrán y Vargas-Zúñiga, hijo de Don Vicente y Doña Carmela... que fijarán su residencia de Badajoz...*”. Ahora, el enlace, es otra cosa.

Habéis sido muchos los que me habéis escrito algo, todo muy bello e inmerecido, o mostrado el apoyo con los signos esos más parecidos a los grabados de las pirámides egipcias. A todos, muchas gracias. Me entran ganas de publicar algunos mensajes, pero por respeto a cuantos he recibido prefiero no hacerlo. Son todos para recordar.

Como dije antes, hoy hice la primera parte del paseo con Nines. Me pidió ir por la acera de la derecha, o sea, la contraria a la que llevo siempre, que eso de decir la acera de enfrente puede entenderse mal, o peor. Accedí, que es mejor dar gusto que no disgusto. No había mucha gente hoy, al menos a la hora que hemos salido, las ocho de la mañana. Cuando voy con Nines no me fijo más que en las mallas de ella, válgame Dios que lo haga en otras. Bueno, unas me han llamado la atención. ¡Cómo no serían! Para verlas y darse la vuelta en dirección contraria. Hay gente que creo no tiene espejo en su casa. Así van. Me quedé en una frutería que hay en Fernando Calzadilla, debajo de casa de los padres de mi también compañera de italiano, y de pupitre, y amiga Charo Sánchez, que hace tiempo que no la refería en estas crónicas. Nines siguió. Yo cargué con la fruta. Dejé la carga en casa y he seguido la ruta.

He subido a la Plaza Alta por la calle Joaquín Rojas, desde Puerta Trinidad. Bajé por la calle Mesones, hoy San Pedro de Alcántara, y siguiendo el trayecto marcado en la mente entré en la iglesia de Santa María la Real, San Agustín, en el momento en que su párroco, Don Manuel Ruiz Durán, abría el templo. Hemos charlado un rato, y he hecho algunas fotos que me interesaban. Seguí la ruta. Por José Lanot hasta Joaquín Costa. Volví a subir a la Plaza Alta, esta vez por la subida a la Alcazaba desde la glorieta de los Cabezones. No sé cómo se llama, pero así se la conoce en Badajoz. Bajé por Moreno Zancudo hasta División Azul –hoy San Juan, tramo dedicado a Pepe Salas-. Con todos los respetos, me gusta más el nombre de las fuerzas libertadoras de la opresión comunista. Que Pepe, desde el cielo, me perdone. Al pasar por la Plaza de España vi la Catedral abierta. He entrado, me ha venido bien, porque he controlado los lugares disponibles para el día del Corpus Christi. Poco más se puede hacer de lo que está hecho. Los hay bien colocados, que guardan la distancia, pero no se pueden acortar. Lo he comprobado con Don Gabriel Cruz Chamizo, Canónigo emérito, antes Fabriquero. Se lo he demostrado con mi bastón, que mide un metro y dos centímetros. Hay una zona donde no guardan esa distancia: el presbiterio. Lo he comprobado bien.

He seguido hasta casa. Como he dicho, a la altura del Hospital Provincial “San Sebastián”, o lo que queda de él, he desandado los pasos, hasta el despacho. Llegué a casa y me metí en la cocina. He preparado de primero una ensalada de tomate, cebolla, puerro, perejil fresco, sal Maldon –José Enrique, no tengo de otra-, vinagre de Jerez y aceite *Morubio*. Y, como toque especial, polvo de pistacho. Muy sencillo: los majo hasta reducirlos a polvo. Lo mezclo todo y se revuelve bien. De segundo, Nines salmón al vapor y yo cachopo. El salmón lo he hecho yo; el cachopo, los cocineros de El Corte Inglés.

He bajado la basura. Tras ello, he vuelto a caer en la tentación. Imploro, Padre Torres, la absolución, que no la solución. Me he vuelto a comprar un Magnum almendrado. Está bueno. Es tan lindo que me llama la atención. Me habla, y me dice “¡cómmeme!”. Y, ¿qué hago, Padre Torres? No es bueno despreciar una llamada así. Hay que ayudar a quien lo vende, a quien lo hace, al lechero que vende la leche para la crema, al que recoge el cacao para el chocolate, al que tiene los almendros para la cobertura, al maderero que hace el palo, al impresor que diseña el envoltorio... y seguro que me quedo a muchos que

se benefician del lametón al polo. Y hasta el cano de mi plaza, que hace días que no lo veo, y que tiene que tener trabajo gracias a lo guarros que son algunos, yo no, que tiran el papel al suelo. Fíjese, Padre, para lo que me dan dos euros. Y todos contentos. Yo más, no quepa duda. Seguro, Padre Torres, que le han entrado ganas de comerse uno, por eso de ayudar a tantos lamiendo la cobertura dulce y apetente de un polo de palo. Hágalo, sin miedo, se lo regalo.

He dedicado parte de la tarde a la crónica. A las ocho menos veinte me iré a la Catedral, para asistir a misa de ocho. Es la costumbre. Si hay algo que reseñar, os lo cuento luego. He ido a mirar la prensa, pero una fuerza me ha retenido. Hoy no hay crítica política. Hoy es día de amistad. Y eso está por encima de todos. Al fin y al cabo, lo podré hacer mañana. No se van a ir de sus poltronas, así que puedo esperar. Y por si después de misa me lío, os mando ya la crónica. Si hay algo, mañana os lo cuento.

Pero antes, ¿nos vamos al Corazón de Jesús? Pues... vamos allá. Andaba yo pensando si en casa tenía alguna figura del Corazón de Jesús. No era consciente de ello. No caía, y eso que recorría mentalmente todas las estancias de la casa. No es que mi casa sea un santuario, como debe ser la de mi amigo y hermano constantiniano Antonio Calvo Rubio, de Santander, pero algunas figurillas tengo. Pequeñas, eso sí. Y varios crucifijos, todos con especial historia. Y no me era extraño saber que alguna imagen del Corazón de Jesús tenía. Es como si buscara mi alianza, teniéndola en el dedo del que nunca espero salga. Además, es la misma que usó mi abuelo materno, mi padrino, el día que se casó, el 1 de marzo de 1923. Me gusta conservar la historia, como "*por honor y por hombría*" ha de hacer el soldado español, como reza la letra del Himno del Regimiento Castilla 16. ¡Hay que ver para lo que da el amor a la milicia!

Pues bien, mira por dónde hoy lo he encontrado. Ha sido al volver de la compra con la fruta. Al llamar a la puerta me di cuenta. ¿Cómo habré estado tan torpe, tan ciego? ¡Lo tengo en la misma puerta de casa! Y lo toco todos los días, al irme y al volver a casa. Y cuando nos vamos de viaje lo beso. Con beso sonoro, como besa mi cuñada Masu, que si besa en el silencio de la Hora Santa de Viernes Santo se estremece el mundo. Ahora os lo enseño. Además, le tenemos mucho cariño Nines y yo, pues fue regalo de una amiga muy querida, pero mucho: Finita Hinojosa. Estaba casada con Diego Bigeriego. Aunque debo decir que está, no estaba, porque sé que Diego sigue enamorado de

ella y la siente a su lado en cada momento. Y nosotros también. Dios la llamó a su lado. Porque la tiene junto a sí, de eso no me cabe duda. Era buena, muy buena. El caso es que siempre que beso mi Corazón de Jesús me acuerdo de ella. ¡Va por ti, Finita! Aquí tenéis mi Corazón de Jesús. Es también vuestro. Está en la puerta de nuestra casa, que da paso a la que también es vuestra. Venid cuando queráis. Eso sí, como dijo mi amigo José Luis Miralles, otro al que el Señor se llevó porque le hacía falta en economista de prestigio, “*nada de venir a molestar*”. Ya sabéis, menos a molestar a lo que queráis.



*Tu presencia, Señor, nos da esperanza...
Y seguir, según tus mandamientos,
un camino de oración y confianza
nos alegra, Jesús, el sentimiento.*

(F. B. A. V-Z., 6 junio 2020)

Si vais uniendo las diferentes estrofas que compongo cada día al Corazón de Jesús podréis ver una bonita y sentida oración.

Día 85°

Domingo, 7 de junio del 2020

¡Hace noventa y cinco años...!



Pues sí, noventa y cinco años. El 7 de junio de 1925 nacía en Badajoz Don José Merino García, miembro de la saga del Colegio Merino. Con el tiempo sería mi suegro. Se llamaba José Pedro de la Santísima Trinidad. Ese día, el de aquel año, era domingo, y, tal como hoy, Domingo de la Santísima Trinidad. Entre sus hijos y nietos corre la historia de que nació el día antes, pero que cuando su padre lo inscribió en el Registro Civil lo hizo como nato un día después. Vete a saber qué hay de cierto en este enredo, pues la familia Merino, la generación anterior a mi suegro, era algo peculiar. Digamos que eran a su manera, como somos todos. El caso es que siempre hemos celebrado el cumpleaños de mi suegro el día 7 de junio. Y así será siempre, aunque él ya no viva.

Es posible que no cumplamos las normas de distancia, ni de mascarillas, Illa, Illa, ni cuantas quieran imponer los mandatarios de turno. En la

foto falta mi cuñada Belén, que se ha ido antes de tiempo, como suele hacer, que su madre la espera, como la Marina, parodiando aquel anuncio televisivo por el que reclamaban grumetes para la Armada. También falta María del Mar, hija de Jaime, que ahora os diré quién es, y Javier, el mediano de Masu, que lo mismo digo. Digo que no sé si guardamos distancias, normas y reformas, pero lo que sí guardamos es sintonía y sinfonía, que cada cual toca su instrumento y entre todos suena la música. Eso es lo bueno. No nos juntábamos desde antes del día de Santa Matilde, aunque entre ellas y ellos se han visto muy a menudo. Si algo tenía alguno de ellos ya se lo habrían pasado. De todos modos, antes de empezar la comida puse las normas: nada de cucharón y paso atrás.

Os los presento, según veis la foto, de izquierda a derecha, que es como hay que empezar ahora dados los tiempos que corren, que si lo hacemos al revés igual no nos dejan acabar: José María –hermano de Nines-; Jesús –hijo de Masu, hermana de Nines-; Joselito –hijo de José María, y ahijado mío-; Elena –la madre de Julia, mujer de Pepe, que ya saldrá-; Nines; Masu –hermana de Nines, la que le sigue a ella-; Pepe –el mayor de los de Masu, marido de Elena y padre de Julia-; Jaimito –delante de Pepe, hijo de Jaime, el chico de los hermanos, un niño tocado por la mano de Dios-; Florencio –marido de Masu-; Mara –mujer de Jaime, madre de Jaimito y de la que viene ahora-; Marta –hija de Jaime y Mara y ahijada de Nines y mía-; Jaime –el pequeño de los hermanos de Nines, que es la mayor, y se cree la número uno, y a mí entra la risa, claro-; y yo. No os tengo que decir nada de mí, porque ya me vais conociendo por las crónicas. La próxima foto tendrá una nueva generación, si Dios quiere, que querrá: Julia.

El encuentro ha sido en *La Bomba*, donde no hemos superado el aforo del comedor, pues me hubiera negado a ello, que no quiero mal alguno para unos buenos amigos. ¿El menú? Pues... ensalada de tomate y cebolla, caldo del cocido con fideos y huevo cocido, y cocido de garbanzos con toda su presa, o sus juguetes, como dice Gloria, de *La Bomba*, a saber: carne de morcillo, rabo de cerdo, oreja, pollo, espinazo, jamón, morcilla... El menú fue idea mía. De postre, los que hemos querido, dulces de la casa; yo tarta de queso al horno. Los que no, infusiones o café. Chupitos de espirituosos, la cuenta y la puerta. Me ha gustado, se ha notado la mano maestra de Jesús

Ferrer y su discípulo, su sobrino Carlos Ferrer. Al servicio, Víctor, hijo de Gloria y Jesús. Justin, el camarero del moño, atendía a las mesas de la terraza. Sólo me queda, para deleite de mi amigo Fernando Valbuena ponerlos la foto, que aquí va:



Son bonitas estas celebraciones. Hemos intentado entrar de lleno en la normalidad de las cosas. Eso sí, nada de besos, abrazos y apretones de manos. Algunos sí, yo no. A veces la precaución es la valentía de más valía, porque cuesta trabajo contenerse y no achuchar a mis ahijados, o a Jaimito. Habrá que irse planteando ir poco a poco asumiendo, dentro de la norma, la mayor normalidad posible. No sé si alcanzaremos la que debe ser, porque me resisto a admitir en mi diccionario de sentimientos lo de la “*nueva normalidad*”. O es como antes, asumiendo el riesgo que sea de razón, y no de sinrazón, o seguimos como estamos. Y prefiero lo primero, la verdad, aunque comprometiéndome a guardar lo que sea lógico para evitar que volvamos a la anormalidad que hemos estado viviendo estos tres meses atrás.

Salimos esta mañana Nines y yo al paseo. Volvimos a irnos a la acera de enfrente, porque así lo pidió Nines. Bueno está. Mañana vuelvo a la mía. Había menos gente, pues se conoce que el domingo es perezoso para el toque de diana. De vuelta a casa Nines se quedó, y yo seguí. Subí al despacho, que anoche, poco antes de coger el camino del catre, me entró una incidencia de una comunidad, que ha podido esperar hasta hoy sin mayores consecuencias. Si me llega una vez bajo palio ni me entero. Hechas las gestiones pertinentes seguí la ruta. Subí a la Plaza Alta y bajé la cuesta de la Alcazaba, o sea, en sentido contrario que ayer. También poca gente. La Plaza Alta vacía, pero vacía. Sólo dos mesas o tres con desayunos frente a la figura de Marín de Rodezno. Continué por Joaquín Costa hasta el Campo de la Cruz, plaza de Reyes Católicos para los actuales. Por el Parque de las Viudas, hoy Ramón y Cajal, hasta avenida de Colón. Al paso por la Jefatura Superior de Policía, donde hace años Don Apolonio Noriega Guzmán, Canónigo organista que fue de la Catedral, decía misa los domingos y fiestas de guardar que duraban quince minutos –la misa, que no las fiestas–, me cuadré ante la Bandera que hay frente a la puerta e incliné la cabeza. Las misas de Don Apolonio eran tales que si te retrasabas cinco minutos las cogías por el Credo. Recuerdo haber ido con mi padre a misa al Centro de Juventudes, hoy la Memoria de Menacho, para oír misa los días que íbamos de caza. La oficiaba Don Apolonio a las seis de la mañana. Debajo del alba llevaba, y es verídico lo que digo, el traje de cazador ya puesto y la canana con los cartuchos. Si hubiera vivido en estas fechas no sé si le hubieran entrado ganas de usar alguno. Don Apolonio tenía pájaros, o sea, perdigones para reclamo. Dicen las malas lenguas, vete a saber si buenas por decir la verdad, que una vez que colgó la escopeta, en lugar de regalar los pájaros, que hubiera sido lo suyo, los desplumó y se los comió. La fuente que tengo es certera, lo que no quiere decir que algún pájaro regalara.

Seguí por avenida de Colón, Santa Marina y Enrique Segura Otaño hasta casa. Total, algo más de diez kilómetros. Ayer fueron doce y setecientos metros. Tras ducharme, antes de ir a *La Bomba*, me acerqué a El Corte Inglés, donde en la Boutique del Gourmet compré un detalle para cada uno de la familia y para Gloria y Jesús. Después de la comida, a casa.

He visto los noticiarios de internet. Poca cosa hoy. Tampoco merece la pena meterse en barrizales. Es bueno descansar un par de días de tanta bala-

cera entre un bando y otro, entre los que mandan y los mandados. Pero hay una cosa que me ha llamado la atención sobremanera. Dice el Sr. Sánchez, argumentando las diferencias en el número de muertos que eso se da porque se calcula “*la mortalidad directa y la adelantada*”. Tócate las narices. Bien está eso de la mortalidad “*directa*”, que podemos entender como los que van al “*cajillo*” vencidos por el virus, pero no logro comprender eso de la mortalidad adelantada. Cabe pensar que ya saben los que se van a morir, o que se trata de un juego, como los dados, y vaticinan con ello los que van a entregar el petate en los días siguientes. Creo que nos ha tomado por medio tontos, porque la otra mitad la vamos a emplear en reírnos de lo dicho, por no llorar. ¿Se habrá dado cuenta de que habla para miles de españoles y no para una panda de pingüinos? No sé si lo del número de muertos llega a ser lo de menos, no lo sé, ante tamaño grado de estulticia, pero lo que no se puede, bajo ningún concepto, es jugar con la normalidad mental de la gente para justificar que no saben contar, o no quieren saber, ni con los dedos, quizá porque no les interesa.

Quienes sí vamos a empezar a contar con los dedos vamos a ser nosotros, o sea, los que leéis estas crónicas y quien las escribe. Mañana entramos en la tercera fase de esta historia que todos deseamos que pase. Algunos creían que la movilidad entre provincias sería efectiva desde mañana. Nada de eso. Fernández Vara, que en algunas cosas coge el poder cedido por Madrid, dice que no, que nada de eso. Y la gente está que trina. Hay que esperar. Dice que hasta el 15 de junio. No sé bien a qué se debe, porque en otras autonomías sí puede haber desplazamientos entre provincias. Es posible que sea porque quizá Cáceres haya entrado en fase 3 antes de tiempo. Es posible que sea porque no se fíen del movimiento excesivo que pudiera haber entre las provincias. Muchos anhelan ver a sus familiares que no ven desde hace qué se yo el tiempo. Van a esperar. Pero no dicen las causas de no poder hacerlo de forma clara. La salvaguarda de un nuevo rebrote está en la boca de todos, pero quizá debería decirse con claridad.

Tampoco vamos a poder ir a Portugal de momento. Sé de amigos y conocidos a los que eso les trastorna, pero en el país hermano se hacen las cosas a su debido tiempo. Ya lo comenté en una de las crónicas. Los tiempos los marca el tiempo. Y para ellos, para los portugueses, el tiempo es sagrado. Ni

se adelanta ni se atrasa. Eso me gusta de ellos. Ni antes ni después, sino en su justo momento. Mi padre volvía a Badajoz desde Sines, hace muchos años, en su Seat 600 D descapotable, que nunca descapotó, que yo recuerde. Al pasar un cruce lo paró un guardia de tráfico. Inquirió Don Vicente el motivo de la parada, y el agente del orden le dijo que no había puesto el “*pisca pisca*”, que es el intermitente. Dudo que fuera cierto conociendo a mi padre. El caso es que medio se entendieron en la cantidad de la multa, y aseguraba mi padre que le dijo el guardia que si pagaba no escribía, pero que si no pagaba amenazaba con escribir la Biblia de nuevo. Lógicamente, mi padre tiró de billetera y alivió el bolsillo, el suyo, que el del guardia, o el de las arcas del fisco lusitano se beneficiaron. Entonces el policía, ni corto ni perezoso tiró de boleta. Mi padre no se lo creía e intentó hacerle ver al guardia que no era el acuerdo al que habían llegado. Da igual. Mi padre miraba el reloj, el guardia el papel. Mi padre protestaba, educadamente, eso sí, pero el guardia no se inmutaba. Escribía y escribía. Cuando creyó haber redactado hasta sus últimas voluntades le dio a mi padre el recibo de la sanción. Si no paga, hubieran estado allí hasta final del verano... siguiente.

Porque las cosas, en Portugal, se hacen con el tiempo que se necesita. Y no somos nosotros quiénes para decir cuánto debe ser, ni cuándo debe ser. Lo harán, lo de abrir la frontera, cuando crean que ha llegado el momento. Y la fe en el tiempo de los portugueses es distinta a la de los españoles. Casi estoy por decir que me gusta más la de ellos. Con los años voy perdiendo las prisas, porque me he dado cuenta que el paso del tiempo, sin prisas, con su tic-tac parsimonioso y lento, tiene su encanto. Y en los tiempos que vivimos quiero agarrarme a las cosas que lo tienen. Por eso, si hay que esperar para comer un “*frango*” en *Varchotel*, pues se espera uno. No pasa nada. Hace tiempo, en torno a cinco años y algo, cuando me di cuenta que el tiempo no vivido estuvo a punto de írseme de las manos, me aconsejé a mí mismo que lo mejor es no adelantar el tiempo, que hacerlo sólo consigue que no lo disfrutes como se debe. Si hay que esperar, se espera. Y si el que espera desespera es que de esto no se entera.

Llega el momento del Corazón de Jesús. Hoy traigo una imagen que tiene para mí muchos recuerdos. Porque son muchos los momentos que tuve ocasión de departir con quien fue su dueña. Al morir y levantar la casa, uno de

sus nietos, ahijado mío, me habló de tres imágenes. Fuimos a verlas. Como si de un merchant de arte se tratara, le dije que me quedaba con ellas... si me las daban. Ya les buscaría acomodo, pero daba miedo que terminaran vete a saber dónde. Y no porque quienes habrían de disponer su destino sean gente sin alma, no, al contrario, sino porque ni en muchos templos quieren ya hoy imágenes. ¿De qué, si no, iba a haber tantas en los anticuarios? Antiguamente, cuando se levantaba una casa, las imágenes que los deudos no querían se entregaban a iglesias y conventos. Vete hoy con cualquier imagen a una de esas iglesias modernas, que más parecen auditorios que casas de oración, y dile al párroco que si la quiere. Hay honrosas excepciones, y más en los pueblos o en templos de sabor a devoción añeja. En cualquier caso, me dio miedo el fin de esas tres imágenes. Y como mi ahijado me las ofreció, previo permiso del resto de condueños, me quedé con ellas.

Hablé con el Padre Torres y le propuse que se quedaran en la parroquia de Novelda las tres imágenes. Le enseñé las fotografías de las mismas y aceptó de momento. No hubo duda. Ya se encargaría él de procurar su restauración, en pequeño grado, que no estaban mal conservadas, salvo el paso del tiempo, que no hay quien lo arregle. Algunas señoras se empeñan en ello, y se ponen no sé qué potingue en los labios y en los pómulos que se les mueven del tal forma que parecen *Monchito*, el de *José Luis y sus muñecos*, o los mofletes del turuta de los títeres de *Sonrisas y Lágrimas*. ¿No se podrá conformar la gente con lo que Dios manda por medio de la naturaleza, o sea, con la edad? Vuelvo a las imágenes, que me despisto. Así que fui un día a recoger el santoral. Eran tres. Un crucifijo, que le ha venido muy bien al Padre Torres, para la Adoración de la Cruz, que el que tenía era, cómo decir... ¡distinto! También una Virgen del Carmen, patrona de quien fue su dueña, que llevaba el nombre de la Madona del Monte Carmelo. Y, la tercera, un Sagrado Corazón. Es el que hoy os muestro en este recorrido sacro. Cuando lo miréis, quien le rece, hacedlo por quien fue su dueña, Carmen Rodríguez del Castillo y Robledo, una señora en toda la extensión de la palabra. Fue su nieto, Daniel Gridilla Martínez-Manzano, quien me dio las imágenes. La fotografía corresponde al día de su bendición por el Padre Torres en la parroquia de Novelda, el 8 de junio del 2018, o sea, mañana hará dos años. Nines y yo estuvimos en esa misa.



*La angustia de vivir no superada,
y el dolor, oh mi Jesús, nunca olvidado...
Pero mi ser tu protección busca ansiada
y tu Amor sea para mí siempre alabado.*

(F. B. A. V-Z., 7 junio 2020)

*Si vais uniendo las diferentes estrofas que compongo cada día al Corazón de
Jesús podréis ver una bonita y sentida oración.*

Día 86°
Lunes, 8 de junio del 2020

¡Después de un ciclo, viene otro...!



Así ha sido siempre. A un minuto le sigue otro; a una hora, la siguiente; al día de hoy, el de mañana; al año, el nuevo que empieza en enero... A un latido, la secuencia de los mismos, hasta que se pare el corazón porque se le haya acabado el fuelle para dar más...

Creo que hoy llegaré tarde también. Pero llegaré, que, al fin y al cabo, es de lo que se trata. Pensad que pronto se acabará. Me da pena, pero siento próxima la alegría, aunque sea con cortapisas, de volver ya a la normalidad. Y llegaré tarde porque empiezo tarde a escribir. Son las ocho menos veinticinco de la tarde, o del tránsito de la misma al cercano anochecer. He dedicado la mañana al trabajo, incluso, por sorprendente que parezca, no he ido a andar hoy. Lo noto, lo noto enseguida, pero hoy mandaba el tiempo. Había que resolver cosas en el despacho, y, sin embargo, ninguna de ellas ha podido ser resuelta, pues se han cruzado al medio algunos imprevistos. Bueno está. Todo puede esperar, menos la muerte. El tren tampoco espera, o el AutoRes, pero siempre puedes coger el

siguiente. Decía de la muerte. Si no te vas con ella en el momento preciso ella te llevará a ti. Ahí no cabe poder coger el siguiente viaje. Llega y llega.

A última hora de la mañana me fui a la finca de un buen amigo, muy querido. Fue testigo de mi boda, con otro que ya no está entre nosotros y un tercero que sí anda por aquí. Los tres muy queridos. Ellos lo saben, incluso el que ya no está, porque creo que en el Cielo se sigue sintiendo. El sentimiento no muere, que lo digo yo. Mi primer trabajo me lo dieron ellos. Aunque es verdad que el primer dinero que gané en mi vida fue haciendo encuestas para una asignatura de la carrera. El profesor era uno de los tres, que ahora citaré. Unas fueron de regadíos, otras de ganado, otras de maíz. No sé si me dieron mucho, pero me pareció un capital. Pero me duró poco. Debo corregir, ese dinero fue el segundo, porque el primero me lo gané en Sines, dando clases particulares a la hija de unos amigos de mis padres.

El profesor era José Luis Arrobas Vacas, y se fue al Cielo porque andaban faltos de ingenieros que manejaran los campos celestiales. Le dediqué un libro, "*Marmolejo, julio del 79*". Entra en mis jaculatorias nocturnas, nunca lo he quedado atrás. Su mujer, que se sigue siendo por mucho que el estado civil sea el de viuda, bien sabe de mi cariño por él y por ella. Es Amalia Alcántara Muñoz-Cobos. ¡Cuántas confidencias y consejos al abrigo de las telas de *Lienzo*!, ¿verdad, Amalia?

El que nos ha invitado a comer en su finca es Diego Bigeriego de Juan. Salió anteayer en la crónica, al hablar del Corazón de Jesús de la puerta de mi casa, pues nos lo regaló su mujer, Finita Hinojosa. Hoy la he echado de menos, mucho de menos, en la finca a la que he ido. Debo estar haciéndome mayor, no lo sé bien, pero cada día me llenan más los sentimientos por los seres queridos que *nos han precedido en el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz*. Me llenan y me afectan.

Y el tercero es Fernando Gutiérrez Rubio. Le dicen el *Chato*, pero no lo es. También ha estado en la comida de hoy. Su mujer, Mariluz Creus Luque, es un encanto de persona, de vasta cultura, y puedes entretenerte con ella sin pensar en que pasa el tiempo. Porque ese tiempo, el que pasa cuando se está a gusto, no cuenta, no importa que pase, porque es... como si no pasara.

Pues hoy Diego nos ha invitado, y no sólo a Fernando y a mí, sino también a otras tres buenas personas: Antonio Fernández de Mesa, José Manuel

Rodríguez y mi tío Carlos Albarrán. Antonio y Tole, su mujer, son también buenos amigos, de esos a los que no les falta mi postal de verano. Antonio es buena gente. Un día descolgó una cuerna de venado de la pared y me la dio. No era ninguna advertencia. Yo estaba soltero, y sin novia. Me la dio porque un brasileño, técnico del Tabaco, quería una, para llevársela a Brasil cuando se fuese. El brasileño se llamaba Horst Deeke. Vivía en Candeleda, provincia de Ávila; yo en Navalmoral de la Mata.

Vuelvo a lo de hoy. Un aperitivo sencillo pero exquisito, inmejorable: jamón. No hace falta más. El menú, revuelto de criadillas de tierra y rabos de cordero. No soporto las criadillas, no puedo ni verlas, ni tocarlas. Si alguien me la quiere jugar un día y comerse lo mío, sólo me tiene que echar en el plato un pequeño trozo de criadilla de tierra. Eso sí, le doy un guantazo, con toda mi fuerza. A mí me pusieron huevos fritos. Los rabos de cordero muy buenos. Siempre me saben a poco, sean los que sean. Y de postre unas natillas hechas como Dios manda: dulces, cremosas, sin grumos... Para repetir. Sólo tiene que decir Diego cuándo volvemos. *Las Carboneras* es paraíso de recuerdos, de muchos y buenos. De antiguas memorias, que cuando echas la vista atrás te haces consciente del tiempo que llevas vivido. Tengo sesenta y dos años, y fui allí, por primera vez, con veintidós. Echa cuentas, querido lector. En cuarenta años se han sucedido muchos ciclos. Sale el sol, se pone... se siembra, se recoge... reverdece y florece, se seca... se siega, se empaca... se nubla, clarea... Fíjate en la fotografía de inicio. Todo lo dicho lo tienes en ella. Puedes ver el ciclo completo, aunque no lo veas. Porque hay cosas que sin verlas se ven, como ve Fernando Valbuena la mar sin verla desde su refugio salmantino.

Volví del almuerzo cerca de las seis y media. Me metí de lleno en un asunto de trabajo, hasta que quedó resuelto. Tras ello, otras llamadas, para dar solución a cosas. Por eso, cuando me pude poner manos a la crónica era algo tarde. Venía tan contento de la jornada que no podía ser cierto que fuese completa. Y no lo fue. Se me ocurrió saber de la actualidad. Y hete aquí que me encuentro con que hay quien se despacha a gusto, como yo con los huevos fritos de hoy, con insinuaciones gratuitas acerca del trabajo de la Guardia Civil. Ahora resulta que sólo hacen las cosas bien en Venezuela, o en Irán, o vete a saber dónde. Aquí, según parece, lo que se hace por parte de los inves-

tigadores es un *corta y pega* manipulado para que salga lo que no conviene. Hay quien ve fantasmas donde no los hay, sin darse cuenta del calibre de fantasmón que es. Y no tiene reparos en exponer en las ondas, en las sometidas, claro, a los cuatro vientos, su particular teoría sobre los informes que investigadores del Benemérito Instituto hacen por orden de Su Señoría. Pero de Su Señoría la Juez, no otra. Le vale que es un cuerpo disciplinado y consecuente con su divisa, y fiel garante del orden constitucional, que si no alguno le cortaba la coleta y se la pegaba donde los burros la llevan.

Y si de coletas va la cosa, aunque de otras bien distintas, algunas se van a quedar prendidas a la montera este año. O esto cambia, cosa nada de extrañar, que ya estamos acostumbrados a acostarnos con una norma y levantarnos con la contraria, o los fundones de los estoques no vuelven a las plazas. Con las normas que permiten, ya en la tercera fase, la apertura de cosos es imposible que se pueda celebrar una corrida de toros. ¿Cómo se sostiene, por mucha televisión que hubiera y se pagara por ella, un festejo con un máximo de ochocientas personas en ciertas plazas? Es una ruina total, imposible celebrar corrida alguna. ¿Y quién va a los toros? ¿Se ha pensado, si se diera el caso de que se celebrase algún festejo, quiénes son los abonados que van o que no van? ¿O no servirían los abonos y los derechos adquiridos este año? Acaban de dar el pistoletazo de salida para la carrera final del espectáculo taurino. Algunos van estar muy agradecidos al coronavirus. No me extrañaría que fuese la puntilla de una fiesta que enardece el sentido de muchos españoles. Quien no siente la emoción de una corrida no puede comprender qué es la afición tan noble y tan sentida.

Como sentida por algunas debe ser la obsesión de seguir con la matraca de la desigualdad de géneros. Leo que se han aprobado seiscientos mil euros, que se dice pronto pero que se tarda en saber qué es, por el ministerio de “*Igual daba*”... lo del ocho de marzo... para estudios y jornadas feministas. Pero vamos a ver, ¿es que no se van a dar cuenta ciertas lumbreras que la desigualdad no se va a acabar mientras sigan con estas historias? ¿No se dan cuentas que ellas mismas, las lumbreras, son las que provocan esa desigualdad? ¿Estudios de qué? ¿Jornadas de qué? Clama al cielo la historia. Ya aburren al más petrificado. La igualdad se consigue cuando se deje de hablar de unos y de otras, o de unas y de otros, y se empiece a hablar de todos. Y todos

somos todos. Quien lo quiera entender bien, quien no... es su problema. Hoy no entro en más, que no quiero enturbiar el buen recuerdo del día.

Llegado el momento del Sagrado Corazón de Jesús, en este particular recorrido, volvemos hoy a Granja de Torrehermosa. Desde allí, su párroco, ya familiar en estas crónicas, Enrique Merchán Ceballos, buen amigo, me envía la fotografía del Corazón de Jesús del templo que dirige. Llegó la imagen a esa iglesia en los años cincuenta del siglo pasado. No sabemos más datos, porque me comenta el párroco que no era frecuente ya en aquellos entonces dar cuenta en los archivos. Pues es una pena, porque en los papeles, sean de lo que sean, está la Historia. Las palabras se las lleva el viento, o se tergiversan; lo escrito, escrito está. Pero se sepa o no, toda imagen tiene tras de sí una historia especial. No llegan a las iglesias porque sí. No llegan a manos de sus donantes como si fueran caídas del cielo. No las talla el escultor por las buenas, porque no tuviera otra cosa que hacer. Tras la simple pieza de madera tallada, o el moldeado de yeso o barro, o la piedra esculpida, hay un sentimiento, un motivo, un final perseguido por alguien que ha puesto su alma en hacer realidad palpable la representación de la devoción perseguida. Y eso es bueno, y bello, que se anote, que se conserve. Perderlo es perder las señas de identidad de nuestra fe hecha realidad tangible en una imagen, un cuadro, un icono. De momento, que cada cual ponga a los pies del Sagrado Corazón de Jesús, de Granja de Torrehermosa, su particular historia. Yo, como estos días atrás, continúo la oración. Pilar Verdasco me ha pedido, y lo haré, que el último día de plegaria, la escriba entera. Eso haré.



*Abierto el Corazón para acogerme,
de Paz misericorde eres remanso,
espejo, al despertar, donde yo verme
que mirarte, oh Señor, es mi descanso.*

(F. B. A. V-Z., 8 junio 2020)

Hoy, que yo sepa, no ha salido el Padre Torres a escena. Bueno, ahora me parece que sí lo ha hecho.

Día 87º
Martes, 9 de junio del 2020

¡Ya han pasado años, Señor!



Señor, ya han pasado años desde que Vuestra Majestad, entonces Alteza, me envió la fotografía con la que he decidido empezar hoy esta crónica. Sabed, Majestad, que de la abundancia del corazón habla la boca, y que voy a expresar hoy mis sentimientos, meditados, masticados, asumidos y, como no puede ser otra forma, vividos con el más firme convencimiento del papel de la Monarquía en la Historia de España.

Es verdad que hay páginas, y Vos lo sabéis mejor que nadie, que deben pasarse algo rápidas en la lectura de la Historia, pues poco aportan al engrandecimiento de una Nación como la española. Pero hay otras que tienen un peso mucho mayor de lo que mente alguna es capaz de imaginar, por la im-

portancia del reinado de quienes entonces encarnaban la Corona de España, de esa España que nació fuerte con la unión de reinos, como los de Castilla y León, Aragón... No pretendo, ni por ahí voy a encaminar mis palabras, dar una lección de historia, porque soy lego en ello, y más que orador debo ser oidor, para aprender, que el tiempo hace olvidar algunas cosas y siempre es bueno refrescar la memoria. Pero la memoria verdadera, no la memoria torticera que algunos tragapanes de la política nos quieren hacer creer.

Digo, Señor, que han pasado ya algunos años desde que firmasteis la fotografía dedicada a este humilde súbdito de Su Majestad. Tantos que casi ha desaparecido la tinta de la dedicatoria. Y no sé si en aquel entonces pudo Su Majestad soñar, aunque fuese dormido, sin ser consciente del sueño, lo que habríamos de vivir y ver pasados ciertos años. Yo, Señor, ni por asomo, como suele decirse. Eran años en los que los españoles nos sentíamos amparados y protegidos por un Rey que pasó, con la ayuda de fieles y leales servidores de Dios y de la Patria, de la ley a la ley, recibiendo de algunos de sus más cercanos colaboradores lo que les había pedido. Salía España de una etapa de su historia, permítaseme escribir Historia, en la que se hicieron muchas cosas buenas o muy buenas, que no deben caer en el olvido. Seguro que también otras que no lo eran tanto. Había quedado atrás, Majestad, una larga suerte de años, casi cuarenta, en los que el odio entre hermanos se había ido disipando, como se disuelve con el tiempo una pastilla de jabón en el agua: casi sin notarse. Hubo, Señor, quien supo sobrellevar el olvido del odio con resignación, sin hacer de él estandarte de bandería. Hubo quien, aunque se sintiese crecido por saberse ganador, tuvo que contemplar cómo la historia acuñó en todos el sello de perdedores. Porque en una guerra, Majestad, pierden todos. Unos más que otros, pero pierden todos. La gran mayoría no fue culpable de caer en el bando en que cayó. El afán de supervivencia hizo alistarse a muchos en las filas según ese dichoso juego de dados que te coloca en un lugar concreto en el momento oportuno, o inoportuno, y que da la suerte o la quita. Juego, Majestad, del que se habían soslayado las consecuencias con el paso de los años.

Desde mi juventud, y ahora, tengo buena amistad con gente que cayó en el bando contrario. Y tuvieron la grandeza, correspondida, de dejar a un lado los sentimientos para buscar los puntos de asentamientos de la amistad y la fraternidad. Otros no, otros nunca quisieron, porque no se puede si no se

quiere, aceptar las consecuencias del negro devenir de la historia. Me da igual el bando en el que estuvieran, Majestad, porque rencorosos con el destino los hay en todas partes. Pero, en general, Vos lo sabéis, los españoles habíamos superado las malhadadas consecuencias de un enfrentamiento entre hermanos, en su inmensa mayoría, y veíamos los hechos como parte de la Historia.

Y así, Majestad, el reinado de Vuestro Augusto Padre, Su Majestad el Rey Juan Carlos -dejo lo de emérito para otros oficios de la vida, como Canónigos, párrocos, etc..- discurrió en las remansadas aguas de la concordia y pacífica convivencia entre los españoles. Nos sentíamos perdonados unos por otros, y otros por unos. Y perdonarse no es salir abrazados a la calle todos los días, no. Perdonarse es no desear mal a nadie, y rezar por los que consideras de alguna forma enemigos. O pedir por las personas con las que, por circunstancias insondables de la vida, no quieres cuentas, o no las quieren ellos contigo.

Y así, Señor fueron transcurriendo los años, poco a poco, paso a paso, con algún traspie que otro, o alguna zancadilla de las que pone la vida cuando nos creemos que no se darán cuenta los demás de lo que hacemos, y por lo que, cuando sale a la luz, nos piden cuentas. Algunas se pagan caras. No olvidaré jamás, mientras viva, ese *“lo siento mucho, me he equivocado”*. Todos nos equivocamos, yo todos los días. Y asumo el error como un peldaño más para la constante superación a la que el hombre debe estar sometido en su vida. Quien no se equivoca está bajo una losa fría de mármol o granito desde hace tiempo. Quien cree que no se equivoca, que es distinto, está en el mayor error de cuantos podemos cometer el ser humano. Es bonito equivocarse, pues nos da pie para aprender algo que no sabíamos. Creerse perfecto, sin error, es la mayor imperfección del hombre. Perfecto sólo es Dios.

Llegó un día, Majestad, en que, muchos años después del momento de la fotografía, sucedisteis a Vuestro Padre en la relación histórica de Reyes de España. Todavía, permítame que lo diga, Señor, resuenan en mis adentros las palabras de Don Juan Carlos anunciando la abdicación. Nadie sabemos, al menos el común de los mortales, que en las altas esferas se cuece otro guiso, si fue una abdicación forzada o libre, si bien meditada por el paso de los años. Todos nos hacemos más vulnerables conforme subimos los escalones de nuestra vida, Majestad. Pero el hecho cierto es que fuisteis, en un acto que aún perdura en la memoria de muchos, proclamado Rey de España, y no

quiero alargar esta crónica con la cantidad de otros títulos regios propios de la Corona española, cosa que dejó a mi buen amigo y Hermano Constantिनiano Amadeo-Martín Rey y Cabieses.

Encarnáis, Majestad, una Corona de peso, con muchos años de Historia. Una Corona cuya más preciada joya era la libertad que se respiraba en España, la grandeza de sus gentes y la unidad de sus pueblos. Pero los hados del odio no digerido habrían de hacer acto de presencia tras estar agazapados años tras años a la sombra de la pacífica convivencia entre los españoles de bien. Y hubo quienes empezaron a hacer de su guerra contra la Corona, y así es, santo y seña de su existencia. Empezaron a atacar a los signos que identifican a los españoles, que nos han unido a todos durante años y años: la Bandera, la unidad territorial y, tenía que ser, la Corona. Y mientras muchos asistíamos sorprendidos en el hablar pero mudos en el actuar a lo que se estaba viviendo, otros aprovechaban la ocasión para dividir a los españoles. Divide y vencerás. Y eso empezaron a hacer.

Y lo hicieron, Majestad, resucitando el fantasma de los bandos de la Guerra Civil. Incluso alguien -Zapatero, a tus zapatos-, desde las más altas instancias del Estado, consiguió que quienes no habían vivido el enfrentamiento entre hermanos sintieran en lo más profundo de su corazón el sentimiento de haberlo vivido. ¡Qué honor le debe caber a quien eso consiguió! Había conseguido abrir las puertas de un nuevo revanchismo social y volver a imprimir las páginas desgraciadas de la Historia donde se escribían, en lúgubre escenario, historias de vencedores y vencidos. Ya he dicho que no hubo tales bandos. Todos resultaron vencidos por el enfrentamiento hermano y todos consiguieron, con el tiempo, ser vencedores al superar la inquina que llevó a tal desencuentro.

Y las aguas se han revuelto, Majestad. Mi lealtad me obliga a decirlo. Hay grupos pseudopolíticos -digo pseudo porque el noble arte de la política es otra cosa muy distinta a la que en algunos contemplamos- que han puesto el punto de mira en las instituciones que representan a todos los españoles. Son las señas de identidad de esta querida y amada Patria que se llama España. España, Señor, todo por España. No olvidéis nunca esa frase que acuñó en el trance de la muerte Su Majestad el Rey Alfonso XIII, Vuestro Bisabuelo, y que cuadrado ante Su Augusto Hijo, Vuestro Abuelo, Rey de derecho, repitió

en el momento de la renuncia a sus derechos a la Corona de España. España, Señor, todo por España.

No sé, Señor, si los responsables de imagen de la Casa de Su Majestad han estado acertados o no en algún momento, y quizá les haya podido esa excesiva prudencia que invade, muchas veces, a quienes tienen, desde el primer instante, la obligación de hacer mostrar a Su Majestad como garante de la tranquilidad de todos sus súbditos. No es menos cierto que el papel jugado por Vuestra Majestad en esta época de vírica tragedia ha sido encomiable, tratando de solidarizarse y animar a todos los estamentos posibles de la sociedad. A veces pienso, Señor, con todo respeto y consideración, si no tenía que haber salido antes. No lo sé, lo reconozco. Pero me queda la duda. E imploro, Señor, el Real perdón si duele mi afirmación.

Vivimos tiempos convulsos, en los que hay quien ha puesto en el objetivo a la persona de Su Augusto Padre. No se puede echar por tierra un reinado valioso, tremendamente valioso y fructífero para todos los españoles, incluso para los que lo atacan. Fue una etapa gloriosa dentro de la Historia de España. No reconocerlo es mirar para otro lado. No proclamarlo es ser cómplice del silencio cobarde que sólo busca la voz de la discordia. No hay dicha completa. Y quizá hubo páginas que podrían ser borradas del devenir de los hechos, pero eso no se puede. Podremos ponerlas en el más recóndito archivo desconocido, pero no podemos, por desgracia, borrar lo vivido.

Miedo me da, Majestad, que el objetivo de quienes quieren hacer leña de un tronco recio que ha sustentado las ramas que han dado frutos al ciento por uno a la Historia de España quieran poner en su último objetivo la razón de ser de la Monarquía, la existencia de la Corona. Dios quiera que no lleguemos a ello. Pero, Señor, miedo me da. Están socavando todo lo que encuentran al paso: el crédito y honor de la Guardia Civil; la impronta de instituciones como las Cámaras Legislativas, representantes de todos los españoles; el papel de la Iglesia Católica en España, sustento de miles de españoles; la Bandera, que une a todos, y tildan con sello ideológico de quien la porte, la bese, la respete y la desee como sudario de su muerte... Y ahora, Señor, la Corona. Miedo me da, Majestad. No olvidéis, mi Señor, que quien esto escribe no pulula por las altas instancias de la Nación, sino que recorre a pie, paso a paso, el camino de su existencia siendo testigo del sentir de mucha gente. Hay miedo, Majestad.

Me alegro de que mi padre no haya vivido estos convulsos tiempos. Con trece años de edad vio cómo su padre era llevado a la cárcel por ser fiel a sus principios. A esa edad debe marcar. Como le marcó, y nunca habló con odio ni rencor, no volver a saber de un amigo suyo que era algo mayor. Pero me alegra, como monárquico que era, que no vea los ataques a la Corona por parte de algunos desalmados. Si alguien ha hecho algo mal, que se enjuicie, aunque ya bastante pena es el verse apuntado en la diana de quienes quieren derribar la más alta Institución del Estado, que acoge bajo su manto protector a todos los españoles.

Acogeos, Majestad, al Sagrado Corazón de Jesús. No tengáis miedo, y volved a ofrecerle a España en el mismo lugar en que lo hizo Don Alfonso XIII, el Cerro de los Ángeles. Sabed que fue uno de los primeros lugares, si no el primero, en que puso los pies Su Majestad el Rey Don Juan Carlos cuando, siendo Príncipe de Asturias, vino de Estoril a vivir a España, como ofrenda del sacrificio que hizo Su Padre, Don Juan de Borbón, y como prueba de tener a España entre sus más altas miras. La más alta.

He vuelto a mirar la fotografía de inicio, Majestad. Ojalá las sombras del marco sean solo eso, sombras que la claridad de Vuestro Reinado barra en beneficio de todos los españoles.

Señor, se despide de Vuestra Majestad este leal y fiel súbdito de la Corona de España, y estad seguros del testimonio de incondicional e inquebrantable adhesión, lealtad y apoyo tanto a Vuestra Majestad como a la Corona de España.

Y ahora, si me permitís, voy a otras cosas.

Hoy he recuperado el paseo, que ayer no pude. A veces no viene mal descansar un día, porque vuelves a la rutina con mayor deseo. He ido por mi ace-ra, por la que voy siempre. Y vuelvo por la que vuelvo. Después me he acercado un momento al campo de un buen amigo, Julio Valiente Nieves, quien me ha surtido de huevos, fruta, almendras... Así da gusto tener amigos, je, je... En el despacho siguen las cosas. Ahora, abierta la veda, empiezan las prisas de unos y de otros. Hay días en que sufrimos un auténtico choque de trenes, gracias a Dios sin víctimas. A todos hay que dar vía libre en su momento.

Hoy hemos comido en casa. Nines y yo, como siempre. Por cierto, que hablando de comida, esa que estaba esperando, tendrá lugar el viernes, si

Dios quiere, y no se tuercen las cosas. Garantizo ir con la mejor de las disposiciones para afrontar todo tipo de conversaciones. Dios proveerá y Sor Giuseppina cocinará.

Pero para cocinero Simón “*Pelucón*”, que sabe guisar los números de maravilla. Desde luego, vivimos una época en que estamos aprendiendo estrategias para justificar lo injustificable. Tiene delito la cosa. Se queda tan ancho y pancho al contestar a las críticas de la prensa internacional sobre el número de muertos con un “*Es por un exceso de transparencia*”. ¿Transpa... qué? Esa palabra desapareció hace unos meses del diccionario español. Aquí los únicos transparentes son los que se han ido al otro barrio, que han pasado a vivir pero en espíritu, y la Juez encargada de la causa con el 8-M, y no quienes se han encargado de manejar la situación. Su Señoría, la Juez, ha decidido que de apartar de la investigación al Delegado del Gobierno en Madrid nada de nada, que pase por caja.

Y por caja no sé, pero entre ceja y ceja tiene metido el Sr. Iglesias a la Guardia Civil. Ahora quiere desmilitarizar el Instituto. Si eso no es un paso para cargárselo, que alguien me convenza de ello. Se conoce que no debe gustarle que se cuadren ante él, como autoridad que es. Pues a mí sí me gusta que me hagan el saludo militar cuando me paran en la carretera y me piden los papeles del camión, y cuando me dan paso al ver que todo va en regla. Claro que me gusta. Y me gusta tanto que no les devuelvo un beso porque, como dije el otro día, me parecería a los toreros en los callejones de las plazas de toros. Que alguien me convenza, repito, pero me da que eso sería el primer paso para su desaparición. Y encima le guardan la casa. Tiene delito la cosa.

Y mientras tanto el principal partido de la oposición más preocupado de sus luchas internas que de plantar cara a la realidad política. Y no es que no den la talla algunos de ellos, o ellas, en el escaño del Congreso, no, no se trata de eso. Pero no creo que sea el mejor momento como para dirimir, cara al exterior, cuotas de poder. Deberían aprender a que hay veces en que es necesario conseguir que no salga el humo por la ventana aunque nos estemos achicharrando vivos en el interior.

En el momento del Corazón de Jesús, hoy, nos vamos al Seminario de Badajoz. Ayer me envió la fotografía el Padre Torres, y aquí os la dejo. Tampoco sé de su historia, pero puedo enterarme y contarla en otro momento. Me ha

gustado por la luminosidad y colorido de la vidriera. Es bonita. Ante ella pongo a los Seminaristas, mayores y menores, que son el futuro de nuestra clerecía. El Sagrado Corazón de Jesús los proteja. Y al equipo rectoral también.



*Gozar, mirándote, Señor,
vivir, sintiendo tu presencia,
claridad de luz y de color
que fenece, mi Dios, en vuestra ausencia.*

(F. B. A. V-Z., 9 junio 2020)

Día 88°
Miércoles, 10 de junio del 2020

Os presento al cano de mi plaza...



Pero antes de presentaros al cano de mi plaza, os voy a decir otra cosa. Algunos creo que lo intuyen, otros puede que lo esperaran desde hace tiempo, y no se me escapa que habrá a quien le dé un pequeño disgusto. Hay que hacerlo, pues ya no tendría sentido prolongarlo en exceso. Vamos a empezar el “descronicamiento”. Acostumbrado a “desescalada”, o a “desconfinamiento”, o a “desesperanza”, que es lo que a muchos nos ha invadido durante un tiempo, y quien diga que no debe ser de gomaespuma, no debe extrañar a nadie el término “descronicamiento”. No será mañana, ni pasado, no. La reducción de las dosis debe ser pausada. Pero vamos a comenzarla. Y, para ello, os voy a proponer un juego, en el que la participación será libre. Nadie está obligado

a ser arte y parte de este juego. No hay que apostar nada. No se juega dinero. No es preciso reservar plaza, pues el teléfono garantiza las medidas de distanciamiento personal imperadas por la norma. Tampoco habrá premio alguno, o sí, quién sabe. Quizá el premio sea la propia participación en el juego. Os lo cuento, pero antes, si me permitís, os voy a presentar al cano de mi plaza.

Llevaba varios días sin verlo, y con Nines había comentado su ausencia. Nos preguntamos si se le habría acabado el contrato, o se habría jubilado, o estaría de baja laboral por cualquier causa. El caso es que llevaba unos pocos de días buscándolo, y no lo encontraba. Valorábamos de él su exquisita educación, correspondida a la nuestra, claro, al recibir su saludo por las mañanas o por las tardes, o a la hora en que te lo topases escobón en mano. Era ya familiar para nosotros, y, según he podido saber, para más vecinos de la zona. Confieso que su ausencia me ha runruneado en la cabeza estos días. Es fácil acostumbrarse al paisaje y a quien lo puebla, pero no tanto desligarse de él de buenas a primeras.

Ayer me quedé tranquilo, pues me dijo Nines que lo había visto por la calle del Obispo. *“Bueno -me dije-, lo tengo cerca; si no es en la plaza de casa es en la calle del despacho”*. Supe, pues, que seguía trabajando y que nada malo le había afectado. Y hoy, casualmente, cuando cerca de las dos y media de la tarde salía del edificio de la oficina camino de casa, me lo encontré de frente, a la altura de la joyería *Castellano*, casi en la puerta del despacho. Me alegró el verlo. Y no lo dudé, me paré con él. Inquirido hábilmente me contó que la empresa los movía de vez en cuando por aquellas zonas donde hacía más falta, o, en conclusión, por donde la gente es más guarra. Le dije que lo había echado de menos, y me respondió que algunos vecinos de la zona de mi plaza también se lo habían dicho. Limpia bien, es meticuloso en su oficio, al menos en lo que se ve. Y lo que se ve es lo que me interesa. *“Según veas el chozo, así será el pastor”*, dice un refrán. Y por donde el cano de mi plaza pasa se puede pisar. Deja la zona limpia. Puede que dure poco, porque detrás de los barren-deros vienen los que tiran las colillas, los envoltorios de los polos, los chicles, los paquetes de tabaco, las mascarillas de Illa, Illa... Así no lucen las cosas.

En la conversación con el cano supe que se llama Juan Manuel. Ya no se me olvida. Eso espero. Entonces le comenté que hacía unas crónicas que enviaba a bastante gente, con esto del confinamiento, y que lo había nombrado

varias veces. Se alegró de ser protagonista de una mínima parte del tiempo de los demás. Digo mínima, porque se tarda poco en leer estos textos. Algunos tardan en leerlos lo que tardan en eliminarlos. Otros les dedican más tiempo. Y entonces le pregunté si me permitía hacerle una fotografía para que sepáis quién es el cano de mi plaza. Accedió sonriente, incluso me preguntó si le retrataba con gorra o sin ella. Contesté que como mejor quisiera, que ese detalle, a mí, ya me daba igual. Y se quitó la gorra.

Ya sabéis quién es el cano de mi plaza. Y quiero homenajearlo a él porque forma parte de esa cuadrilla de servicios esenciales de los que poco nos hemos acordado, salvo algunos, en los días largos del confinamiento que ahora se desconfinan. Han mantenido, él y otros muchos como él, las calles limpias, para que, a pesar del silencio tenebroso, la ciudad no pareciera misma como algo abandonado por la mano de Dios. Muchas escobas a lo largo y ancho del país han mantenido un aspecto decente en el tiempo en que la congoja de muchos, metidos en casa, era patente. Juan Manuel, el cano de mi plaza, es uno de ellos. Y por eso lo traigo aquí, porque no quería terminar las crónicas sin que estos trabajadores de labor sorda y callada, muchas veces mal valorada, tuvieran el reconocimiento sincero de agradecimiento de quienes, si lo hacen mal, nos quejamos de su trabajo, y, si lo hacen bien, nos llamamos. Pues no, no me callo. ¡Gracias, Juan Manuel! No dejes de ir por mi plaza, no dejes de ser *“el cano de mi plaza”*.

Y, ahora, vuelvo al juego que os propuse. Como he dicho todo tiene un fin, y las crónicas también. El fin está marcado. El día 21 de junio, domingo, será la última. ¿Por qué ese día? Sencillamente, porque ese día, en esta tierra, si las cosas no se tuercen, habrá acabado la tercera fase. Habrá normas, pero ya será otra cosa, digo yo. No he leído aún el decreto que las regula. Hay tiempo. Pero ese día será la última crónica. Es posible que algunos días después, y como análisis de todo lo anteriormente vivido, haya un epílogo para poner fin a una aventura en la que me metí casi sin darme cuenta, y en la que os he metido de lleno a más de uno. Pues bien, a partir de ahora, aquellos que queráis podréis enviarme vuestra opinión al conjunto de las crónicas, y serán transcritas a las mismas. Pretendo con ello que, quien quiera, sea tan protagonista como yo de este relato que, quién sabe, un día puede ser referente de la historia temporal de los días vividos. O no vividos, porque Nines dice que siente

como si le hubieran robado unos meses de su vida. Tampoco es eso, mujer. Tan sólo los deudos de los fallecidos podrán decir que les ha sido arrebatada, no unos meses, sino la vida de seres queridos, quién sabe, y no creo que haya sido voluntariamente, si por decisiones no acertadas que se pudieran haber tomado. No seré yo quien levante dedo acusador alguno, que para eso estarán los tribunales, si es el caso. Y, sobre todo, Dios.

Lo que os propongo, pues, es sencillo. Quien quiera me envía su parecer, y yo lo traslado a la crónica. Puede ser por whatsapp, al teléfono en el que recibís mi mensaje diario; puede ser por correo electrónico, a la dirección casa@felipealbarran.es. Por supuesto, mi intención es poner la identidad de quien hace el comentario, pues es una forma de haceros coautores de las crónicas. Pueden ser tres palabras, dos líneas o varios párrafos, aunque tampoco hay que pasarse. Aseguro que no habrá censura, y admitiré lo que se envíe. Podéis hacerlo desde mañana hasta el sábado día 20. El domingo 21, la última la quedo para mí. ¿Hay alguien que se atreva en entrar en el juego? Cabe esperar aún, si lo crees conveniente, aunque pocos matices más puedo exponer en el contenido de las crónicas desde ahora hasta su final. ¿Quién empieza?

Hice mi ruta de la mañana, a las siete en la calle. Tras ello al despacho. El trabajo se ha normalizado, lo que evidencia que entramos ya en la normalidad. La ansiada normalidad. Mejor así. Todos lo deseamos. Es verdad que con algunas medidas aún, y las que se hayan dictado para a partir del fin de la desescalada. Creo que vamos a odiar algunas palabras. Tras la comida, en casa, como es habitual entre semana, vuelta al despacho. Ya va siendo más complicado concentrarse para escribir las crónicas. No es malo, al contrario, no deja de ser bueno. Hoy, por ejemplo, es de esos días en los que no he tenido ocasión de concentrarme desde el inicio hasta el final de la crónica. Otros días sí, hoy no. No sé mañana.

En las noticias, más de lo mismo. Unos proponen pactos de Estado, otros callan ante la oferta. Total, que siguen sin entenderse. Sólo se han puesto de acuerdo en aprobar el Ingreso Mínimo Vital. O sea, café para todos. Para todos los que no dejan de aprovecharse de papá Estado. Habrá, y los hay, muchos que lo necesiten de verdad, y no se les puede negar. No me refiero a ellos, no. En tales casos, toda la ayuda es poca. No sabemos en qué situación nos veremos algún día. Pero otros, muchos también, o quizá más, se apuntan a la piñata del

Estado, y se hacen de profesión subvencionistas. Eso hay que vigilarlo. Con el sobre del dinero va el del voto. Al tiempo. Por lo demás, lo de siempre. Vejaciones y acusaciones, de la que estamos ya curados de espanto. Allá ellos.

Llega el momento del Corazón de Jesús. Hoy he recibido un mensaje que quiero dejar para un día de estos. Quizá sea el cierre de la galería de imágenes del Sagrado Corazón de Jesús que he ido poniendo estos días atrás. Pero en esta crónica quiero traeros una imagen que nos resulta muy familiar, porque en muchas casas se tiene una similar. La obtuve el domingo pasado, día 6, en la iglesia de Santa María la Real, vulgo San Agustín, de aquí de Badajoz. Me dijo su párroco, Manuel Ruiz Durán, que la trajo de Almendralejo el donante de la misma. No sé más datos. Seguro que cuando la veas te acordarás de alguna que viste en casa de tus abuelos, o de tus padres, o en el rincón de un salón de un cortijo. Seguro que te trae recuerdos de hace muchos años, y yo me alegro de haber contribuido a ello. Aquí la tienes:



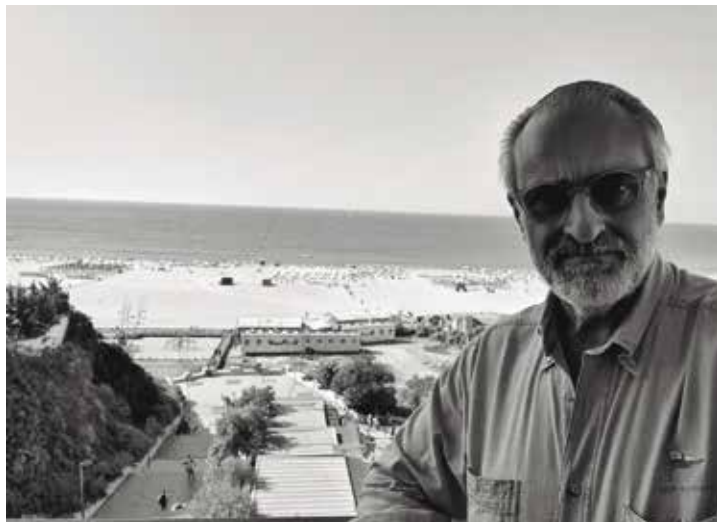
*En tu trono regio contemplado,
oh Jesús, Sagrado Corazón,
de su pueblo, a tus pies arrodillado,
seas de España garante y protección.*

(F. B. A. V-Z., 10 junio 2020)

Es la última estrofa de la oración. Tal como prometí a Pilar Verdasco, mañana la transcribo entera.

Día 89º
Jueves, 11 de junio del 2020

Vaya, vaya... este año será sin playa.



No me cabe duda de que estos días de confinamiento han dado paso a los recuerdos. Quien más y quien menos ha dedicado tiempo a pensar en los años vividos, disfrutados, en esos que se han ido y no pueden ser rescatados, salvo por la memoria. Y eso hasta que algún día nos juegue una mala pasada y nos quede la mente en blanco, o en negro, o vete a saber en qué color, que no sé si la neurología ha conseguido saber de qué color se queda la mente de los que pierden la historia de la memoria. Casi ni quiero saberlo, porque me da igual, que lo que me importa es seguir recordando mientras pueda. Y en esto de los recuerdos he recibido un mensaje de un amigo, buen amigo, que ayer me envió un recado lleno de afecto arrodillado a los pies de su *Geperudeta*. Y, recordando, me hace una reflexión sobre lo que éramos y lo que somos. Este amigo, Juan María Cervera Villasán, me

dice, textualmente, y lo copio, con su permiso, porque la reflexión que me hace no tiene desperdicio:

“Una pequeña reflexión querido amigo. Mi padre era Practicante, no ATS, Practicante, y éramos nueve hermanos, cinco chicas y cuatro varones. Dormíamos en literas en dos cuartos, uno de chicas y otro de chicos. Los chicos teníamos pantalones cortos para todo y solo había uno largo... que se usaba el domingo y se lo ponía el primero que se levantaba y lo pillaba. Y éramos súper felices. Merendábamos un trozo de chocolate con pan, que si se caía al suelo, lo soplabamos y a comer. Y éramos súper felices. Bebíamos de las fuentes públicas del Parque Infantil o el de Castelar... y éramos muy felices... vivíamos en la calle haciendo guerrillas contra los amigos de los grupos de José Antonio... y mi padre cosía las piteras que nos hacíamos y éramos tremendamente felices. Ahora, cada nano lleva su botellín de agua al cole porque si bebes de lo de otro te salen pupas en la boca, no salen del psicólogo porque tienen problemas de todo tipo, el frigorífico lleno de todo tipo de meriendas y una tableta, un móvil y yo qué sé cuántas chorradas más, y los jueves tienen que ir al logopeda porque no saben ni hablar.... y todo para qué? Si no tienen amigos, ni saben relacionarse y lo peor de todo es que no son felices y que esto, lo hemos creado nosotros que sí que éramos muy, pero que muy felices.... Yo casi siempre con pantalón corto, siempre me levantaba tarde.... pero que felicidad de niñez en los patios de Santa Marina. Un abrazo amigo mío. Te seguiré contando...”.

¿Quién no ha pensado en las confinadas horas en situaciones como las que expresa Juan María? ¿Quién no se ve retratado, viviera donde viviera, en el relato feliz de Juan María? Yo he recordado muchas tardes, y muchas mañanas, en momentos parecidos. Los que hemos vivido esas etapas de felicidad en nuestras vidas, esos momentos en los que lo poco era lo mucho, y lo mucho se repartía entre unos pocos y tocábamos a mucho, hemos soportado mejor los meses en los que nuestra libertad se ha visto mermada de alguna forma. Leyendo la reflexión de Juan María Cervera se me venían a la cabeza las temporadas en *El Novillero de Calado*, la finca de mi abuelo Felipe, junto a La Albuera. Vivíamos de sol a sol. Las meriendas también eran de pan con chocolate. Si se te caía, daba igual. Te subías al carro lleno de alfalfa para las vacas, con José, el “Serio”, en los lomos de la acémila, o tirando del cabestro. Y te bajabas con los pantalones y el pelo lleno de unas bolas que se te engancha-

ban que cuando te las quitaban veías las estrellas. Y te echabas la cara abajo cuando tratabas de derrapar con la bicicleta para demostrar que eras poco menos que Luis Ocaña, o Gómez del Moral, o Domingo Perurena, o Felice Gimondi... El único ordenador que teníamos eran mis padres, que ordenaban lo que había que hacer. Y no lo hicieras...

He disfrutado con esos recuerdos, y muchos no he querido sacar a relucir en la intimidad del sillón de casa, para dejar algunos para más adelante. Sabemos qué es ir a buscar huevos, o darle de comer en el pico a un pollito recién nacido. O machar aceitunas. O salir corriendo hacia la niara de paja a ver quién era capaz de subirse más arriba. No éramos conscientes de los riesgos, que los había, porque el miedo no nos paralizaba, como ahora. Le sacabas al día cuanto tenía, sin necesidad de teclear una página de internet. Era otra vida. Mi generación, y la anterior, han tenido la suerte de conocer dos tipos de vida. La actual, la de nuestros hijos, nietos... no sabrán más que de teclas, secuencias de números y letras que no dan la felicidad. La felicidad hay que palparla, no teclearla. Y puede que seamos culpables de no haber sabido transmitir esa felicidad.

Por eso la foto de inicio de hoy. Es del año pasado, en Portimão (Portugal). Todas las tardes, después de volver de la playa, mientras Nines se arreglaba, porque las mujeres tardan más que los hombres, me dedicaba, desde la terraza de la alcoba 505 del *Hotel da Rocha*, a pensar y recordar los bellos tiempos vividos, y a agradecer a Dios la posibilidad que me ha brindado por todo ello. Este año, tal como están las cosas, quizá tenga que vivir de los recuerdos de la playa del año pasado, y del de muchos años atrás. Porque, de verdad, no estoy dispuesto a tener que planear mi vida como su fuera un autómatas para saber qué día, y en qué momento, voy a querer bajar a la playa. Ni tampoco a comerme unas sardinas, con la grasa cayéndome, porque cae, por las yemas de los dedos y no poder usar un servilletero de papel de los de toda la vida. Ni quiero que me tomen la temperatura al llegar a un hotel, porque a mí, cuando se trata de disfrutar, se me calienta el alma y me pongo a cocer. No, no quiero nada de eso. Quiero hacer lo que he hecho siempre, ser dueño de mi propio tiempo, y sin miedo alguno al riesgo. Me gusta presumir de ese desprecio. Este año, si Dios quiere, que querrá, miraré las fotos del año pasado, por no ir más lejos y masacrar las emociones con los recuerdos de antaño,

que llevan a limpiar las lágrimas en un paño, digo que este año disfrutaré viendo lo feliz que he sido a lo largo de mi vida. Y lo sigo siendo. Porque eso, el recuerdo, disfrutar del mismo, la emoción de sentirte dueño de esa ocasión, no me la puede quitar nadie. Y no nombro a nadie, porque hoy, después de leer la reflexión de Juan María, no me quiero acordar de nadie que no sean aquellas personas con las que he disfrutado, o disfruto hoy. Si eres una de ellas, que seguro que sí, porque si no lo fueras no recibirías esta crónica, date por recordado. Y, por supuesto, por abrazado.

Y como dije ayer, abrimos ya hoy el rincón de comentarios. He recibido uno. Bueno, he recibido más, pero quieren quedar en el anonimato. No me dejan compartir lo que me dicen. Quieren que lo disfrute yo sólo. Pero sí, hay uno que, a su remitente, no le importa que lo ponga. Sólo me pide que sea cauto en la identidad. Lo hago. Aquí va, es el primero que se atreve a jugar -me lo envió anoche-, por lo que es el primero en recibir mi sincero agradecimiento:

Fernando V. M.: Hola Felipe, te mando mi conclusión sobre este encierro de 90 días. Es mi apreciación personal. No creo que sea políticamente correcta ni que muchas cosas que digo sean acertadas, pero es lo que pienso al día de hoy y con el caldeo que tengo. Este arresto domiciliario a que hemos sido sometidos sin haber cometido ningún delito, es el mayor atropello que he vivido en mis 54 años. Nunca me he sentido tan desposeído de libertad. He sido privado de ver a mi familia, de profesar libremente mi religión y de poder desplazarme a mi trabajo sin sentir miedo de parecer un delincuente. Todo esto se lo tomo muy en cuenta a nuestro gobierno. ¡Estoy indignado! Sobre la situación, tengo sentimientos encontrados, por un lado veo que sufrimos una epidemia catastrófica por falta de previsión y protección de un gobierno que se debe a los ciudadanos. Pero por otro, veo que la solución tomada ha sido abusiva. Me parece desmesurado que el gobierno se erija posteriormente en el padre que nos hace el favor de salvarnos la vida con sus medidas excesivamente restrictivas. En resumen, me he sentido tratado como un niño pequeño e irresponsable. Quizá los españoles no seamos tan maduros como para portarnos responsablemente y necesitamos de nuestro padrecito... Para aumentar mi indignación, se ataca desde dentro del mismo gobierno a las instituciones básicas del Estado español, a la Monarquía,

al Poder Judicial, a las Fuerzas Armadas y aparte de eso, como no, a la Religión Católica. ¡Menudo padrecito! Leyendo tus crónicas, muchas de ellas me han hecho pensar, otras reír y todas me han entretenido. Eso sí, soy de los que siguen con la duda de saber qué es lo que mirabas por la ventana.

Un fuerte abrazo.

Fernando.

Transcribiré aquellos que me quieran enviar. Sólo pido una cosa: nada de insultos o palabras soeces. Una cosa es tildar de mote o adjetivo que no afecte a la condición personal, que para mí es de respetar. Las críticas, con elegancia, valen todas.

Llega el momento del Corazón de Jesús. El Padre Torres se niega a que termine la galería de imágenes. Se ha levantado en armas, casi me pega. Dice que de dejar de difundir la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, aunque sea por fotos, que nada de nada, que eso no se puede aguantar, después de haber metido el anzuelo en el que él ha picado. Y como él, otros más. Le hago caso, que no es cosa de dañar a nadie en sus deseos. Lo mismo que le hago caso a Pilar Verdasco Giralt y, hoy, porque lo prometido es deuda, figurará la oración completa. Ha salido del interior de mi corazón y del sentir de las neuronas. Pero reconozco que no soy un místico de la escuela ascética española de la Edad Media como para seguir pregonando jaculatorias. Creo que he cumplido con lo que he hecho. Creo que, según me dicen, algunos pueden tomar el poema completo como oración ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. No sé si necesita un *nihil obstat*, pero si es así trataré de conseguirlo. Me sentiré íntimamente satisfecho con que alguien se plante ante el Corazón de Jesús y, al tiempo que musita la oración, pida por cuantos hemos sido protagonistas de toda esta historia colectiva en la que todos los españoles, cada uno a su manera, hemos escrito el renglón que a cada cual corresponde. Nunca pensé que la contemplación de una imagen me iba a dar para poder enjaretar, durante nueve días seguidos, una sentida plegaria al Sagrado Corazón. Culpo de ello a dos personas, y no me lo voy a callar: el Padre Torres y Enrique Merchán Ceballos. En los viajes que hemos hecho juntos, menos de los que deberíamos haber realizado, ha salido siempre a colación la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, al que siempre pedían, y yo me sumaba, la pro-

tección de España. Y estoy seguro que lo ha hecho. Tanto que me pregunto qué habría sido de la situación vivida si la oración sincera de mucha gente no hubiera dado su fruto. Él nos ha oído, Él nos ha escuchado, Él nos ha protegido, Él nos ha amparado, Él nos ha bendecido, Él nos ha consolado...

Dicen que los poemas se dedican. Yo voy a hacerlo también, no sea que en estos días de “*descronicamiento*” se me pase hacerlo. Aprovecho hoy para ello. Aparte de a los antes nombrados, los Padres Merchán y Torres, quiero dedicaros la oración poema a cuantos habéis seguido estas crónicas, día tras día, aunque no las hayáis leído del todo, aunque hayáis ido sólo a leer algunos párrafos. Quiero dedicarla también, aunque la vista ya no le alcanza para ello, a mi suegra, Ángeles Fernández Delgado, que siempre tuvo frente a su sofá la imagen del Sagrado Corazón, cubierta de la pátina del tiempo; a mi madre, Carmela Vargas-Zúñiga de la Calzada, porque puso en casa el Sagrado Corazón donde en la de mis abuelos había estado siempre: encima del sofá. Y, como he dicho, a cuantos tenéis la oportunidad de leerla.

La imagen de hoy es de la iglesia parroquial de Portimão (Portugal), en el Algarve, y la he conseguido encontrar después de tanto buscar. No puedo fallar al deseo del Padre Torres, y, por lo tanto, aquí la tenéis.



*Acoge, Señor, entre tus brazos
a tus hijos sin amparo y desvalidos...
Y bendice con Tu amor, que es tan sagrado,
sus maltrechos corazones doloridos.*

*Ábreles tu corazón, tan deseado,
y dirige tu mirada compasiva,
consuelo de los suyos desgarrados,
que tu Luz, Señor, los ilumina.*

*Semblante, oh mi Dios, dulce y sereno
espejo de un amor tan ansiado
que mirarte, mi Señor, es algo bueno
que calma el sentir más desdichado.*

*Que tu manto, oh Jesús, que es tan buscado,
abrigo para el alma entristecida
sea por tus hijos alcanzado
como alivio a las penas de su vida.*

*Tu presencia, Señor, nos da esperanza...
Y seguir, según tus mandamientos,
un camino de oración y confianza
nos alegra, Jesús, el sentimiento.*

*La angustia de vivir no superada,
y el dolor, oh mi Jesús, nunca olvidado...
Pero mi ser tu protección busca ansiada
y tu Amor sea para mí siempre alabado.*

*Abierto el Corazón para acogerme,
de Paz misericorde eres remanso,
espejo, al despertar, donde yo verme
que mirarte, oh Señor, es mi descanso.
Gozar, mirándote, Señor,
vivir, sintiendo tu presencia,
claridad de luz y de color
que fenece, mi Dios, en vuestra ausencia.*

*En tu trono regio contemplado,
oh Jesús, Sagrado Corazón,
de su pueblo, a tus pies arrodillado,
seas de España garante y protección.*

(F. B. A. V-Z., 2-10 junio 2020)

Día 90º
Viernes, 12 de junio del 2020

¡Nunca corrió Blas y llegó donde los demás!



Os presento a Blas. La verdad es que no sé cómo se llama, o si los caracoles tienen nombres. Algunos sí, de tipo gastronómico, pero el que os presento no lo sé. Yo le he puesto Blas. Me hizo retroceder esta mañana en el paseo. Y me hizo meditar. Por eso lo retraté. Os cuento su pequeña historia, al menos lo que intuyo de ella.

Blas ha debido salir de entre los rastrojos que lindan con el acerado por el que camino en mi ida a Las Vaguadas. Ha debido ver el verde de las hojas de los árboles, y quiere huir del ya agostado pasto que hay junto a la acera. Para llegar al manjar soñado, Blas ha comenzado a escalar por el tronco del árbol. Si alguno de los que leáis esta crónica es especialista en gasterópodos ruego que me

diga, por favor, en qué puede fallar mi teoría, si no es cierta. Blas tardará tiempo en llegar hasta el banquete soñado, digo yo, que no sé cuánto puede andar un caracol al cabo del día. Pero lo cierto es que Blas no ha cesado en su empeño.

¿Por qué me he fijado en Blas? Pues, sencillamente, porque es un ejemplo de que no hay que arredrarse ante las dificultades. No sé si Blas sabrá o no de coronavirus y demás pandemias, pero lo cierto es que se ha puesto un objetivo y ha ido a por ello. Entonces empecé a pensar que ha llegado el momento de que todos abandonemos la congoja o la desazón, y que pongamos al servicio de la vida la razón. Somos seres racionales, unos menos que otros. Pues con la mirada puesta en Blas hay que admitir, y asumir, que ya ha llegado el momento de dejar a un lado las penas y las quejas y ponernos manos a la obra para llegar a los objetivos que nuestras vidas tienen marcados. Los que tienen trabajo, de lleno a él; los que no, a buscarlo sin desanimarse en la búsqueda. Siempre hay un agujero en el que mirar, y que se nos ha podido pasar desapercibido. Ya ha llegado el momento de dejar a un lado la incertidumbre que a más de uno le ha abarcado durante los álgidos momentos de la pandemia. No vale ya escudarse en lo que ha podido pasar pero no ha pasado, y en lo que ha pasado sin que hubiera debido pasar. Ya no hay remedio. Ahora, el único objetivo posible es el mismo que el de Blas: llegar a la cima de la normal escenificación de nuestra vida diaria.

Hoy recibía un correo de una amiga y compañera en lides protocolarias, Carmela Montoya, que ejerce su función en la Delegación de Defensa. Me decía que no le gusta nada lo de la nueva normalidad, y que espera podamos ir teniendo una situación más llevadera. Razón tiene Carmela. Pues Blas, el caracol, se ha metido de lleno en ello. La única forma de hacer la situación más llevadera es que nos metamos todos de lleno en recuperar ya la normalidad, ni nueva ni seminueva, de nuestras vidas. Otra forma no hay. Si un caracol puede hacerlo, y sólo le mueve el verde de la copa del árbol, ¿no vamos a poder nosotros?

Nada, pues, de lamentaciones y de temores, ni de alargar situaciones que nada nos reportan. Hay que salir de esto con el esfuerzo diario de todos y cada uno. Lo contrario no será más que una ocasión perdida para recuperar esa situación llevadera de la que hablaba Carmela Montoya. No hay momento para el lamento. No hay ocasión para la rendición. No hay lugar para dejar de

luchar. La recuperación de lo perdido, o de lo estancado, sólo será realidad con el esfuerzo de todos y cada uno. Blas me hizo retroceder en el camino. Sin embargo, después de verlo, me ha reafirmado en mi idea de mirar hacia adelante. Mirar hacia atrás no vale de nada. Dentro de varios años, o vete a saber cuándo, veremos esta época pasada desde el punto de vista del recuerdo histórico. Quizá, entonces, estas crónicas ayuden a rememorar algo que tampoco conviene olvidar. Si eso es así, habré alcanzado mi objetivo.

Como ya lo ha alcanzado Galicia, que pasa ya a la “*nueva normalidad*” – mira que le tengo hinch a esas dos palabras juntas-, mientras que, salvo tres o cuatro provincias, que quedan en la segunda fase, el resto de España está en la tercera. Además, desde el lunes se podrá viajar entre las dos provincias extremeñas.

Y hablando de normalidad, la que se ha alcanzado en la comida que hemos compartido Nines, el Padre Torres y un servidor con Don Celso, mi Arzobispo. Un buen manjar salido de las manos mágicas de Sor Giuseppina, y una magnífica atención por parte de Sor Virginia. Sor Giuseppina lo mismo hace unos canelones de verdura que un solomillo de ternera estupendo, como un babá al ron, un dulce napolitano, exquisito. O unas pastas, como las que nos ha regalado. La comida ha sido una maravilla, y nunca mejor un preámbulo de esta categoría para una conversación plena de sinceridad y afecto. Tras la comida, nos quedamos a solas Don Celso y yo. No voy a desvelar, porque forma parte del sigilo al que estoy obligado más por principios personales que por razones serviciales, el contenido de la conversación. No ha sido corta, eso sí se puede decir, y me he expresado con total libertad y confianza. También lo ha hecho Don Celso. Hemos reconocido cada uno lo que había de reconocerse. Hemos asumido que cada cual, no sólo él y yo, sino más gente involucrada en esta historia, es como es, y sabemos que no la podemos cambiar. Tampoco lo pretendo. Sólo he pedido, y eso sí lo digo, que se le dé consideración al cargo que ejerzo, que se me escuche, que se tengan en cuenta las impresiones, y que, después, analizado todo, se tome la decisión que proceda por quien proceda, que puede caer del lado de una de las opiniones, de la otra o de alguna tercera. O de un término medio de las tres. O cuatro, o las que sean.

Le he quedado claro que disfruto con el servicio que hago a la Iglesia local, y que me preocupa, eso sí puedo decirlo porque lo sabe mucha gente,

la imagen de la Institución ante la sociedad, y también la de sus responsables ante la misma. El clero ve el huevo desde dentro; yo veo el huevo desde fuera del cascarón, pero cuando se rompe, al ser parte de la Iglesia, participo de su interior, para lo bueno y para lo malo. Sin embargo, cuando se rompe el cascarón, los que están dentro salen a la luz sin que se les pueda avisar. Por eso me interesa, y mucho, esa imagen que proyectamos cuantos somos Iglesia en la sociedad, porque la Iglesia, que nadie lo olvide, forma parte de la misma. Hemos repasado historias, anécdotas, situaciones. Hemos hablado, a solas, por supuesto, de cuanto ha sido preciso. Hemos hablado del papel de los laicos en la Iglesia, de la necesidad de ir contando con ellos en mayor medida, si cabe. Le he hecho ver la endogamia existente en una buena parte del clero. Y que de nada sirve la función del clero si no es proyectada en los laicos. Los laicos también tenemos el deber de servir a la Iglesia contando con el buen pastoreo del clero, al que hay que apoyar, ayudar en cuanto necesite, y animar a su expansión entre los jóvenes de hoy.

Por lo que a algunos interesa me ha comunicado que no acepta mi renuncia. Acojo con agrado su decisión, porque confieso que me gusta lo que hago, y lo hago como una forma vocación de servicio a la Iglesia local. En un principio, no se entendió el cargo por muchos miembros del clero cuando Don Santiago García Aracil lo creó. Sigue sin entenderse por algunos, y mirado con recelo por otros. Pero son muchos, los más, los que han valorado positivamente la función del trabajo que se ejerce. Y eso es lo que me vale, lo que me queda. Y no deja de ser un beneficio muy gratificante. Así que, mientras Dios quiera y las fuerzas aguanten, ahí seguiremos, como dice el decreto de nombramiento... “... *para mayor Gloria de Dios y edificación de su Iglesia...*”.

Nos vamos al rincón del comentario. Hoy hay dos que me han llegado y voy a transcribir. Arturo Gómez Angoña es Brigada de la Guardia Civil. Está en situación que no sabe uno si sigue en activo, en pasivo o en medio de los dos estados. Se encarga de temas sociales dentro del Cuerpo, y viene a la Comandancia de Badajoz desde Barcarrota, donde vive. Lo conocí hace muchos años, cuando llegué a Barcarrota para ser presidente de su plaza de toros durante dieciséis años seguidos. Desde el primer momento congeniamos y el paso de los años ha ido estrechando los lazos de afecto y amistad. Él lo sabe. Yo también. Arturo sigue siendo un delegado gubernativo ejemplar en calle-

jones de algunas plazas de toros. Se las sabe todas, y no es fácil pegársela. Pues bien, Arturo me envió ayer el siguiente comentario:

“Amigo Felipe, no te imaginas lo feliz que me han hecho tus crónicas diarias, las esperaba cada noche como el niño que en aquellos tiempos ya pasados esperaba su jícara de chocolate con pan, qué gozada, por ello no tengo más que elevarte mi más sincera felicitación por cómo, después de 90, has sabido darle a cada una de ellas un tratamiento diferente para no caer en el aburrimiento. Bravo, tú también mereces mis aplausos, como otras tantas personas que de alguna forma han contribuido a que esta “anormalidad” haya sido más llevadera. De verdad, muchísimas gracias por ellas. Un fuerte abrazo, querido y no menos respetado amigo”.

Y otra buena persona, Manuel Gordillo Tarral, también me ha enviado su comentario para ser incluido en las crónicas. Manuel es presidente de una comunidad que administro. Es un hombre al que la vida le ha probado sobremedida, y siempre ha aceptado la voluntad de Dios. Es Presidente de la Adoración Nocturna Española en Badajoz, sección de hombres, y me dice que, siendo muy joven, conoció a mi padre en sus tiempos de Adorador. Con Manuel, al igual que con otros, me ha pasado que la relación profesional ha dado lugar a una buena relación personal. Aquí dejo su comentario:

Buenas tardes nos dé Dios, D. Felipe. En primer lugar, le deseo paz y bien para Vd. y toda su familia, para mí ha sido una satisfacción y alegría el haber participado como lector junto a otros compañeros míos, que Vd. ha tenido bien en escoger, para participar de esta entrañable y amorosa crónica, en la que hemos estado disfrutando a lo largo de todos estos días, que estábamos confinados en nuestros hogares, y que estábamos deseando que nos llegara diariamente la tan ansiada crónica. Pues bien, le voy a decir lo que ha sido para mí la crónica, que diariamente he tenido el gusto de leerla, y también de hacer un comentario sobre ella. Había días que me encontraba triste por medio de esta pandemia que todos hemos pasado; y todavía estamos pasando, pero, gracias a Dios Todopoderoso, ya se va viendo más alegría en todos nosotros. Al estar confinado en mi hogar, después de hacer mis oraciones para darle gracias a Dios por el nuevo día, empezaba a ver noticias de cómo va nuestra nación tanto en prensa,

radio y televisión y también las redes sociales, que casi siempre se contradecían unas a otras, y no sabía qué medio de comunicación decía la verdad, y por eso diariamente estaba esperando la crónica; de lo cual le estoy muy agradecido al haber contado conmigo desde el principio. La crónica la ha sabido redactar Vd. muy bien, porque además de abrirnos el apetito con esos platos tan succulentos que nos ofrecía, también nos daba algunos días algunas pinceladas de cómo se movían algunos políticos de nuestra nación, en lo cual yo estaba siempre de acuerdo con lo que decía, y sobre todo, el mes de mayo que se lo dedicara a María, la Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre Nuestra; también cabe destacar el mes de junio, dedicárselo al Sagrado Corazón de Jesús, que reina en toda nuestra querida España, y en el mundo entero, con esa jaculatoria tan bonita; “Sagrado Corazón de Jesús en ti confío”. Me he sentido muy satisfecho al haber formado parte de tan buen grupo de personas que hemos participado como lectores disfrutando todos de las crónicas en el día a día; dicho lo cual, le doy las gracias de todo corazón, y que el Señor le dé muchas bendiciones tanto a Vd. como a toda su familia. Un abrazo de su amigo Manuel Gordillo”.

Como no puede ser de otra forma, a los dos, a Arturo Gómez Angoña y a Manuel Gordillo Tarral, mi sincero agradecimiento.



Si bien ayer terminé con la oración al Sagrado Corazón de Jesús, no dejaré de poner imágenes suyas hasta el día de cierre de las crónicas. Ese día colocaré un detente que me enviaron anteayer. Hoy, la imagen, es de la iglesia de un pueblo cántabro, Cieza, de igual nombre que uno murciano. Me la ha enviado Antonio Calvo Rubio, que ya ha aparecido en estas crónicas algunas veces, y ha colaborado con alguna que otra fotografía. La oración, en poesía o en prosa, os la dejo a vosotros, así cada cual se inspira a su manera.

Día 91º
Sábado, 13 de junio del 2020

¡San Antonio bendito danos buen día, para que...



... que mantengamos nuestra alegría!!! Dicen que a San Antonio se le reza cuando se pierde algo. Y cuando se encuentra se le da una limosna, la que se haya prometido. Lo que hay que ver es si quien ha implorado la ayuda del santo lisboeta echa luego en el cesto lo que ha prometido, o sólo la mitad, o menos de la mitad, que a la hora de prometer tenemos boca fácil, pero a la de hacer...

Anoche recibí esta fotografía. Yo no la había pedido. Me la envió Enrique Merchán, el párroco de Granja de Torrehermosa que atiende también

las necesidades pastorales de *Malcocinado*. Hoy es San Antonio, y este santo es el patrón de esta localidad de la provincia de Badajoz en la que creo no he puesto nunca las suelas de mis zapatos. No me suena, la verdad. Y cuando alguien te manda algo sin pedirlo hay que intuir el mensaje. No sé si el deseo del Padre Merchán será que haga alguna mención hoy al santo, pero por si acaso, y como poco cuesta hacer feliz a la gente, pues inicio con su foto la crónica de hoy. Además, si sirve para conocer el patrimonio religioso de la provincia de Badajoz, pues mejor que mejor. Y, a mayor abundamiento, como dicen los abogados cuando quieren recalcar algo especial que llame la atención de sus señorías, si me sirve para felicitar en este día a los nueve Antonios a los que les mando estas crónicas, pues la dicha es completa.

Y ya que San Antonio es el Patrón de Lisboa, capital de Portugal, empezaré por decir que se anuncia que el día 1 de julio se celebrará un acto de Estado, en el que Su Majestad el Rey y el Presidente de la República Portuguesa procederán a la apertura de la frontera entre ambos países. Por lógica prudencia prefiero callar mi opinión acerca del acto previsto, del que se conocen pocos detalles, tan sólo los leídos en prensa, pero me da que es algo muy bien organizado para que el actual Gobierno de la Nación cuente con un momento de gloria, alguno más de los que nos tiene acostumbrados. Siento decirlo así, la verdad, porque está en medio la figura del Rey, pero me da que se le está utilizando políticamente. Ojalá tenga que tragarme mis palabras y morderme la lengua, pero no sé por qué me huele el tema a chamusquina.

Para abrir la frontera lo único que hay que hacer es retirar los controles que haya en la misma. Los “*guardiñas*” a sus cuarteles, los “*civiles*” los suyos. Y cada cual que se mueva, después, libremente, en el sentido que quiera. Y esto lo dice alguien que nunca ha comprendido que se eliminasen los controles fronterizos. Una cosa es la libertad de paso, sin duda, y otra que sin reparo alguno los maleantes de media Europa se paseen de un país a otro sin ver coartada su libertad de cometer fechorías, que termina donde empieza la mía de ser respetado en mi integridad física y material. A mí no me molesta salir una hora antes para ir a comer a Elvas. Ni que me paren al venir de la playa con el salitre pegado al lóbulo de la oreja después de pasar el día en Pego, Comporta o Caparica. Así, tal como están las cosas, con el paso libre de personas y de cosas, digan lo que digan los amantes de la libertad, libertad

sin ira... la delincuencia tiene paso libre en las fronteras. Porque, por uno que cogen, ¿cuántos pasan sin ser detectados?

Pues vuelvo al día 1 de julio. Será un acto bonito, sin duda, y para los amantes del protocolo, una ocasión especial. Pero pienso que debe abrirse de la misma manera en que se cerró. Pero sucede, y siento si a alguno le molesta lo que digo, que se necesitan actos que, aunque sea por un día, eliminen de la mente de más de uno las calificaciones sobre las actuaciones del Gobierno de la Nación, y pensemos, aunque sólo sea por ese día, que Badajoz ha estado en el centro de las ondas al estar Su Majestad en la frontera de Caya. Cuando leí esta mañana la noticia, me quedé, digamos, como la helada de mayo, hasta que reaccioné. Mi compadre Hilario Molina me envió un mensaje y le contes-té con el mismo razonamiento que he expresado en esta crónica.

Digo yo que, ya que se le va a dar esta parafernalia al acto de apertura de la frontera, invitarán al Señor Arzobispo, a Don Celso, para que, acetre e hisopo en mano, bendiga el paso fronterizo y ahuyente los malos espíritus de la pandemia internacional. Y de paso, se vuelva hacia los presentes y, a más de uno, le rocíe de agua bendita, que puede que sea la primera que reciban desde que se bautizaron, y así purifique sus pensamientos, que vaya la que nos han formado.

Y si viene el de “la cola”, lo coja y lo lleve a la Residencia de las Hermanitas, al Asilo, para que se dé cuenta que no hay que nacionalizar residencia alguna, que es lo que va buscando, según he leído, y que vea que instituciones pertenecientes a la Iglesia Católica hacen cuanto pueden, y más, por atender a los viejecitos, y que en lugar de ponerse a pensar en nacionalizar lo que tiene que hacer es ayudar a estas congregaciones que tienen como meta cuidar de la vida, que son tesoro, de los que nos han traído al mundo. Y que menos nacionalización, que esto ni es Cuba ni Venezuela, y más colaboración. Y que le dé un paseo Don Celso al de la coleta por la Residencia que hay frente a la Ermita de Bótoa, y por los comedores de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, para que tome nota de que en estos sitios no se pide a nadie carta de origen, ni de política, ni de religión, ni de orientación, cosa que no sé si sucedería si se nacionalizan las residencias. Lo que tiene que hacer el Gobierno, en vez de tanta nacionalización, es ayudar económicamente y sin cortapisas a estas instituciones, algunas de las cuales se han visto desborda-

das, y han salido adelante como han podido, y han conseguido hacer frente, con la ayuda de mucha gente, a la cantidad de casos que han desbordado su normal capacidad.

Una noticia, leída en *ABC* hoy mismo, y que me queda algo fuera de juego, es la propuesta del Partido Socialista de eliminar el dinero en efectivo. Es una forma más de controlar hasta la respiración de las personas. No me cabe duda. Hay mucha gente en España, pero mucha, que le gusta tener siempre una cantidad de dinero “*en fiquín*” para cualquier necesidad. Los tienen los abuelos, para regalar a los nietos; o los tíos, para los sobrinos. Me huelo que tendremos todos que llevar una datáfono portátil para que si alguien te paga lo que te debe de la cena del día anterior, y está el banco cerrado, puedas pasarle la tarjeta. Sacan a colación que en las primeras semanas del confinamiento el uso de dinero en efectivo cayó de forma importante. Pero, digo, ¿todavía no se han dado cuenta algunos que nos han tenido encerrados en casa sin salir? ¿Cómo vas a gastar? Si la compra la haces por el ordenador, gracias a internet, ¿cómo pagas en efectivo? ¿Metes el dinero por la ranura de “*los discos de A*”? Mi amigo el Fiera y Abel Hernández Flores, de *Azulae*, mi informático, saben qué quiero decir con eso de los “*discos de A*”. No doy crédito a lo que leo, la verdad. Vamos a olvidar las caras de los niños el día de Reyes, o de su Primera Comunión, o de su cumpleaños, contando los billetes, como hemos hecho todos toda la vida, sacando a relucir una sonrisa, de las que enseñan hasta la última muela, cuando el montante superaba lo que pensábamos recolectar, que todos, más o menos, llevábamos hechos nuestros cálculos, yo al menos. Que haya controles, sí, por supuesto, pero que dejen la libertad de usar el efectivo a quien quiera. En mi caso, bien lo sabe Nines, si tengo que salir a la calle sin llevar algo de “*chundarata*” en el bolsillo, por poco que sea, porque no tengo más, prefiero no salir. Me da miedo.

Como miedo están empezando a meter en algunas zonas al denunciar mensajes alusivos a la gestión de la pandemia por parte de algunos miembros del Ejecutivo. Mal me parece, y he procurado en mis crónicas no ser incisivo ni acusador de nada que no pueda probar, que pueda tomarse esa actitud como un inicio de acallar la libertad de expresión. Conste que no apruebo el insulto por el insulto y la acusación sin razón, pero la crítica, con humor o sin él, con elegancia o sin ella, forman parte del sueldo del personaje público. Mi

abuelo Felipe solía decir que... “*de quien expone su culo al concejo unos dicen que es blanco y otros dicen que es negro*”. Juan, el *Colchonero*, puede comentar lo que oía decir de mí en la plaza de toros de *Barcarrota* cuando presidía las corridas, sobre todo en dos de ellas. Nunca me di por aludido. Podían ponerme cuantos “títulos” quisieran.

Y de títulos de pena, en mi opinión, la actuación del Partido Popular absteniéndose en una proposición no de ley en la que, sibilamente, habían colado la supresión de títulos nobiliarios concedidos por Franco o por... ¡el propio Rey Don Juan Carlos! No lo entiendo, la verdad. Primero, que a los representantes de los españoles les vaya la vida en ello; y, segundo, que no se quiera respetar la Historia, en algo que no daña a nadie, a nadie, por favor. A ver cuándo nos enteramos que los españoles queremos que se legisle de cara a un futuro prometedor para todos, y no para absurdecos que no dan beneficio alguno para ninguno. Quien calla otorga, y la abstención es una forma de callar como otra cualquiera. La gracia que me hace es que esa proposición se trataba de quitar no sé qué medallas a un policía al que acusaban tampoco sé de qué. Pero resulta que al policía no le pueden quitar nada, porque ha muerto hace algún tiempo. ¿No pueden dejar a los muertos en paz para que los vivos podamos vivir sin pelearnos? No, no puede ser. Parece que no recupera uno la tranquilidad moral hasta que no ve al muerto pisoteado y mancillado. Me da que, quien eso busca, nunca tendrá esa calma espiritual. Allá ellos. Pero... vámonos a cosas mejores, más bonitas. Nos vamos al rincón del comentario. Hoy hay dos que me han llegado y voy a transcribir.

Anoche recibí un mensaje que me hizo especial ilusión, porque, la verdad, aunque las familias se conocieran entre ellas, y mi padre fuera muy amigo de los hermanos Gragera Castillo, aquellos que “... *sobre Malaque cayeron... y ¡ah!, del olivar dijeron... y prestos se acostaron hasta bien pasada la una...*”, a la autora del comentario no la conozco. No recuerdo haberla conocido en mis tiempos mozos. No sé, incluso, si es mayor o menor que yo. Me da igual, porque a ciertas alturas de la vida la edad, en las relaciones personales, no cuenta. El mensaje me lo ha enviado María del Carmen –en el correo sale Mari Carmen- Gragera Rojas. Recibe las crónicas porque su hermana María Jesús, buena amiga, del *Hogar de Nazaret*, Delegada Episcopal para la Causa de los Santos, se las envía a diario. Saber que mis crónicas habían roto la frontera

geográfica de lo cercano me hizo especial ilusión. Pues bien, Mari Carmen, como pone el correo, me envía el siguiente comentario:

“Hola Felipe. No nos conocemos. Soy Mari Carmen Gragera, hermana de María Jesús, que es quién me ha reenviado tus “Crónicas” todo este tiempo. Te escribo desde Sevilla, donde vivo desde hace ya mucho tiempo. Me fui de Badajoz con 18 años y sólo volvía en vacaciones, mientras vivían mis padres y apenas una o dos veces al año desde que fallecieron, así que estas crónicas tuyas me han hecho volver un poco al pasado, a mi época del colegio Compañía de María y del Bárbara de Braganza. Me hiciste recordar a Carmelo, el portero del Casino, que nos vendía cigarros sueltos y nos avisaba, cuando nos escaqueábamos de alguna clase del Instituto, si estaban dentro mi padre o mi tío Leopoldo. “Niña, cuidado que está tu padre en el bar” o “Tu tío no ha llegado todavía”. También esas misas rápidas de don Apolonio, que cronometrábamos. Su record bajaba de los quince minutos. La escopeta preparada detrás de la puerta, eso también lo recuerdo. Estas anécdotas las tenía casi olvidadas y me ha gustado volver a recuperar pues son una parte de mi vida, del Badajoz de los años 70. Tus crónicas han sido una constante durante este confinamiento, una parte de mi rutina diaria en estos meses tan extraños y quería darte las gracias por ello. Un saludo”.

Me alegra haber contribuido a que Mari Carmen haya recordado esos tiempos que siempre añoramos, porque hay etapas de la vida que es bonito recordar. Cualquier detalle, expresión, imagen, nos sirve para recordar como si lo estuviéramos viviendo ahora, escenas, y decenas de ellas, que formaron parte en las que la felicidad se basaba en la ausencia de responsabilidades. En unas cosas porque no eran competencia de nuestra edad; en otras porque abandonábamos la responsabilidad para disfrutar de lo que creíamos era libertad. Y no nos dábamos cuenta de que no existe libertad sin la responsabilidad de hacer un buen uso de ella. Pues bien, Mari Carmen, que sepas que ya nos conocemos. Y más de lo que crees. Cuando vengas por Badajoz, tendré mucho gusto en verte. Te agradezco tu mensaje, que me ha llegado al fondo de mi sentimiento.

Otro comentario viene de una persona de peso, pero de peso moral, con personalidad. Es María Jesús Alfaro Domínguez, fiel colega de las misas cate-

dralicias. Envía, para su inclusión, aunque me da algo de vergüenza –*aunque no tengo ninguna*– transcribir lo que me escribe. Aquí va:

“Me han encantado las Crónicas de D. Felipe. Me han recordado un poco a mi tío abuelo Manuel Alfaro Pereira. Han sido Crónicas divinas y humanas. Muy entrañables. Sabiendo destacar el fenómeno costumbrista y humano de los ciudadanos pacenses. Gran defensor de la Iglesia. En él se puede apreciar a un laico formado de los que la Santa Madre Iglesia necesita pero no deja actuar. Su defensa de la convivencia pacífica y de la Monarquía, genial. Y no digamos del mundo del toro. Por todo ello, y mucho más, propongo a D. Felipe como próximo Cronista de esta bella ciudad de Badajoz. Muy agradecida por tus Crónicas, Felipe”.

Muchas gracias, María Jesús. Me alegra que te hayan resultado como dices. En cuanto a tu parecer sobre el que la Iglesia nos permita actuar a los laicos, ayer comenté sobre el particular. Creo que poco a poco, quien no se haya dado cuenta de la necesidad de descansar algunas cosas sobre el hombro del laico comprometido lo irá haciendo. Si no, corren el riesgo de echar el cierre. Y eso no nos conviene ni interesa a nadie. Sobre la convivencia pacífica te diré que la guerra lleva a la paz, pero la paz nos libra de la guerra, salvo que alguien la enturbie. Y en cuanto a lo de Cronista, quizá sea demasiado. Te agradezco tu bella consideración sobre mi persona. Nos seguiremos viendo.

Hace unos días puse la fotografía del cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que hay en casa de mis padres. Aunque mi padre no viva, murió en noviembre del 2012, siempre será la casa de mis padres. Al día siguiente recibí un mensaje de mi madre en el que me decía que no había sólo ese Corazón de Jesús, sino que había otro. Me dijo dónde y caí en la cuenta. No me había acordado. Hablando con ella me contó que se entronizó en la casa de mis padres cuando se casaron, al bendecirse la casa, y que se puso en el gabinete, y, desde entonces, siempre ha estado en esa habitación de la casa. Pero no estaba sólo, porque también se entronizó en casa al Corazón de María. Son dos figuras que están colocadas en la pared. Es el busto de cada una de ellas. No tienen brazos, quizá porque los brazos precisos sean los de los que nos debemos enlazar las manos para implorar su protección. Creo que las figuras

que voy a mostrar hoy eran frecuentes en aquella época, mediados de los años cincuenta del siglo pasado. Y como los dos Corazones, el de Jesús y el de María, entraron juntos en casa, los dos van a figurar hoy en este momento dedicado al Sagrado Corazón. Aquí están:



Por hoy ya está, que me voy a misa. Esta mañana, con Nines, el paseo habitual. Después fui a la Catedral, donde coincidí con el Deán y Maestro de Ceremonias –es la misma persona-, y deje preparadas cosas para la celebración de mañana. Poco más a destacar en el día. En la crónica de mañana confesaré un fallo gordo.

Mañana es el Corpus Christi. Bueno, fue el jueves pasado, pero salvo en algunos lugares de España, que se sigue celebrando el jueves, en la mayoría se ha trasladado al domingo siguiente. Pero de eso hablaré mañana, y... mañana será otro día.

Día 92º
Domingo, 14 de junio del 2020

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!
¡Sea por siempre bendito y alabado!



Tal como dije ayer, hoy se ha celebrado la Solemnidad del Corpus Christi. Este año ha sido, de alguna forma, especial. Diría, mejor, atípica, pues por la normativa sanitaria existente no se ha podido celebrar la procesión por las calles de Badajoz. El acto se ha concretado en una misa solemne en la Catedral de Badajoz, presidida por el Sr. Arzobispo, Monseñor Celso Morga Iruzubieta. La procesión habitual se ha sustituido por una simbólica, dentro del templo, en la que han participado solamente los sacerdotes concelebrantes y los acólitos que han portado la Cruz Arzobispal y el Palio, bajo el cual el Prelado portaba la Custodia en la que Jesús Sacramentado se hacía presente

para todos. Para haceros llegar a todos el momento de la procesión, he creído conveniente traerlos como fotografía de inicio la del Don Celso portando la Custodia. En el pensamiento del Pastor estábamos todos los fieles de la Archidiócesis, con nuestras familias, con nuestras necesidades, con nuestras penas y alegrías, invocando a Jesús Sacramentado para que llegue a todos y penetre en nuestras almas. El resto de los asistentes han permanecido en sus sitios, y no se ha permitido participasen en la procesión para evitar que las distancias de seguridad no se guardasen, que en aglomeraciones es harto difícil, aunque éstas sean de pocas personas.

Como quiera que esta crónica relata hechos acaecidos, y quien sabe si algún día puede ser interesante para alguien que quiera saber quién estuvo y quién no, y aunque a alguno pueda no convencerle en demasía la presencia de tantos nombres de sacerdotes, diré que al Sr. Arzobispo lo han acompañado los siguientes: D. Francisco Maya Maya, Vicario de la Ciudad de Badajoz; D. Luis Manuel Romero Sánchez, Canónigo y Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal Española; los Canónigos eméritos D. Pedro Losada Domínguez, D. Fermín Muñoz Atalaya, D. Gabriel Cruz Chamizo, D. Teodoro Agustín López López y D. Julián García Franganillo, que, a su vez, es Vicario Judicial; D. José Ignacio López-Navarrete Garrido, Rector del Seminario Metropolitano “San Atón”; D. Manuel de la Concha Leal, capellán emérito del Hospital Infanta Cristina, hoy con otra denominación; D. Manuel Santos Durán, párroco emérito de San Juan Macías, de Badajoz; D. Elías Gómez Borrallo, capellán emérito del Hospital Perpetuo Socorro y Materno Infantil; y D. Manuel Martínez Gallardo, sacerdote de la Prelatura del Opus Dei. De Maestro de Ceremonias actuó quien ostenta dicho oficio, así como el de Deán de la Santa Iglesia Catedral, D. Pedro Fernández Amo. Al órgano, para ser ya más exhaustivo en los datos, D. Demetrio Muñoz Atalaya, Canónigo organista de la Catedral. El Coro “*Francisco Barroso*” de la Catedral de Badajoz, con su Director, Fernando Domínguez Cadenas, que es Medalla de la Archidiócesis, dio realce a la celebración.

Y, para más datos, hago un repaso de las autoridades y representaciones asistentes: Alcalde de Badajoz, D. Francisco Javier Fragoso Martínez, junto a los portavoces de los grupos municipales de Partido Popular –Da. María José Solana Barras-, Ciudadanos –D. Ignacio Gragera Barrera-, Partido So-

cialista –D. Ricardo Cabezas Martín- y Vox –D. Alejandro Vélez Ferreira-; Delegado de Defensa en Extremadura, D. Jesús Antonio Caballero Calzada; Coronel Jefe de la Base Aérea de Talavera la Real y Ala 23, D. Francisco Javier Vidal Fernández; Jefe Superior de Policía de Extremadura, D. José Manuel Merino Zamora; Coronel Jefe del Regimiento de Infantería Saboya nº. 6, D. Rafael Dengra Tello; por la Guardia Civil, Zona de Extremadura, el Coronel Jefe de la Plana Mayor, D. Miguel Olivares del Rosal, y el Teniente Coronel Jefe de Operaciones, D. Francisco López de Pablos; el Delegado en Extremadura de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, D. Fernando de Vargas-Zúñiga y Mendoza; la Agrupación de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Badajoz, con su Presidente, D. Cayetano Barriga Navarro, a la cabeza; así como representantes de las siguientes asociaciones o grupos religiosos: Adoración Nocturna Española femenina; Marías de los Sagrarios; Damas de Guadalupe; María Auxiliadora y Hermandad Nuestra Señora del Carmen. Para curiosos diré que se han ocupado la práctica totalidad de lugares disponibles en la Catedral, teniendo en cuenta las restricciones de aforo.

Hoy no ha habido paseo. Tengo malas experiencias de algunas veces por exprimir los tiempos, pensando que da tiempo a todo, cuando si es así no lo es con margen suficiente para solventar cualquier fallo. A las seis y media me desvelé, y me senté ante el ordenador para preparar los letreros de los lugares que habrían de ocupar las autoridades y representaciones de entidades y asociaciones de fieles presentes en la celebración.

Antes de las diez y cuarto estaba ya en la Catedral, tras pasar por el despacho a recoger los rótulos impresos. Me gustan las cosas hechas con tiempo, que es la única forma de que salgan bien, sin perjuicio de fallos por situaciones imprevistas. Lo bien hecho, bien parece. Sin embargo, tal como dije ayer, cometí en la organización del acto un fallo que, de no haberme dado cuenta ayer, me hubiera pasado factura. Nunca podemos bajar la guardia, ni creer que lo hemos hecho todo bien y relajarnos en esa creencia. Lo cuento. Me extrañaba la ausencia de respuesta del Ayuntamiento de Badajoz y del Coronel Jefe de la Unidad de Servicios de la Base General Menacho. Tanto que la noche del viernes al sábado me rondó en algunos momentos por la almohada. “*Raro, raro, raro*”, me decía yo a mí mismo. Ayer por la mañana, nada más levantarme, me di cuenta. Los correos en los que se enviaban las

invitaciones tanto al Ayuntamiento como al Coronel D. Juan Carlos Ayuso Redondo se habían quedado en la bandeja de borradores, y no habían salido. Sobre la marcha enmendé el entuerto, reconociendo el fallo, y pidiendo disculpas. Gracias al buen hacer de Urbano Corchero y Francisco de Asís Moreno, del Ayuntamiento de Badajoz, y a la bonhomía y elegancia del Coronel se solventó el fallo. Los munícipes vinieron; el militar me dijo que se encontraba fuera, y que no hubiera podido venir incluso de haber recibido la invitación a tiempo. Gracias a todos ellos.

Tras la celebración, mi primo Fernando de Vargas-Zúñiga y yo estuvimos en el despacho tratando algunas cuestiones de la Constantiniana. A las dos y cuarto nos habíamos citado en *La Bomba* con Nines y con Rafael Dengra, ya sin uniforme de actos de especial relevancia. Compartimos un almuerzo –cada uno lo suyo– ameno, agradable, entretenido, del que creo hemos salido los cuatro contentos. El menú bueno, como siempre en esa casa, aunque, para mí, pero puede ser cosa mía, que como sin sal, el bacalao algo salado. De primero unas sardinas ahumadas con guacamole y una ensaladilla de pulpo y gambones. No hay fotos, Fernando Valbuena. Cada vez que pongo alguna mi tío Carlos Albarrán araña la pantalla, y un pensionista no anda sobrado como para cambiar de móvil cada dos por tres.

De la actualidad, ¿qué comentar? Pues no lo sé bien, porque la perla de la ministra de Educación de que se podrían poner aulas al aire libre, aprovechando el buen tiempo, no tiene por donde cogerla. Al aire libre, dice la ministra, y nos quedamos tan holgados. Si ya es difícil, a ciertas edades, hacer mantener la atención de los alumnos en una clase cerrada, donde el único objetivo visual, aparte de la niña guapa del pupitre de la segunda fila, es la pizarra, de tiza o electrónica, díganme los maestros cómo se las van a apañar en una clase dada bajo un techado con los cuatro lados al aire mondo y lirondo. Y si no son los cuatro serán tres. O dos, me da igual. O vuelve la época de la palmeta, que no traumatizó a nadie, al menos de mis compañeros de clase, o la dispersión del alumnado será la misma que la existente en una obra cuando pasa por delante de los albañiles la frutera del barrio. Desde luego, hay cosas que yo no entiendo, y prefiero no entender.

Otra noticia que puede tener doble lectura es la candidatura de la ministra Calviño para presidir el Eurogrupo. Dice su jefe que puede compaginar

los dos cargos. Poder podría, pero me pregunto si sería del todo ético, aunque antes lo haya compaginado quien quiera que sea. Y me pregunto si no es una estrategia bien pensada para quitarse, más temprano que tarde, a una de las ministras que plantan cara al jefe. Si eso es así, daría un paso más en el control gubernamental la facción extremista, dando ocasión a que se pregunte más de uno quién tiene, a la hora de la verdad, el control del Gobierno de la Nación. A mí no me cabe la menor duda. Aunque, por otra parte, dice el Presidente que renuncia a reestructurar el Gobierno. En España, en política, se suele cumplir lo contrario de lo que se anuncia. Ya pasaba en tiempos de Franco. La historia, pues, es conocida. No se hará esto o lo otro, no se cambiará ministro alguno... ¡que se prepare el motorista de negro! Quizá muchos no sepan de qué va eso del motorista de negro. Pues que lo indaguen.

Entremos, como así viene siendo desde dos o tres días, en el rincón del comentario. Ya dije que transcribiría aquellos que se me enviasen a tal efecto, sin censura alguna, solamente con la exigencia de evitar insultos o expresiones que pudieran afectar a la honorabilidad de las personas, y corrigiendo, eso sí, posibles errores ortográficos.

Estando ya en la Catedral revisando ciertos detalles de la organización de la celebración de hoy recibí un correo electrónico, cuyo remitente es mi pariente Eduardo Molina Albarrán. El mensaje dice así:

“Querido Felipe, haciendo caso de tu ofrecimiento y viendo que llegan al final tus crónicas, te envío la mía al conjunto de las tuyas. Espero no te moleste por lo que en ella expreso pero es lo que he sentido, cada día, a largo de su lectura. Un abrazo”.

Y el comentario que remite es el que sigue:

“TOTUS REVOLUTUS.- Ya que me das la ocasión, la voy a aprovechar. La libertad de expresión, sea hablada o escrita, es la mayor oportunidad que tiene el ser humano de comunicarse con sus congéneres, exponiendo sus ideas, libremente.

Empezaré diciendo que me asombra tu capacidad de expresar ideas y plasmarlas en el texto, tan rápidamente, como pasa el tiempo de tus tardes. Esto no

quiere decir que, siempre, sean ideas claras, concisas y ordenadas, a mi humilde entender. De ahí el título de mi escrito. Esa es mi impresión de estas CRÓNICAS DE CONFINAMIENTO. Pero vayamos al contenido de las crónicas, según mí entender. En todas o en casi todas distingo tres partes: amanecer-paseo; clérigos-familia-trabajo y Vírgenes-Santos-despedida. Algunas veces, me cuesta trabajo encontrar estas partes que se encuentran bastante revueltas porque, como en tu paseo, te cambias de acera, cambias ritmo o vas para adelante o para atrás. Por otro lado, si lo que has pretendido es una crónica de cada día de confinamiento de tu quehacer diario, no entiendo a qué viene nombrar tanta familia, tanto sacerdote y algún que otro sucedido que no le veía el sitio. En algunas crónicas me ha resultado un tanto farragoso seguir tu argumento. A lo mejor es que ese día estaba yo un tanto espeso de mollera. Puede ser pero ha sido en alguna más que otra. En tu anterior libro donde expresas tu experiencia en coronarias vi más continuidad, mensaje y argumento seguido que incitaba al lector, por lo menos a mí, a no quererlo dejar de seguir leyendo. Tantos nombres y parentescos familiares así como de sacerdotes y cargos eclesiásticos, para el lector.....para ti sí, claro. También te diré que me has hecho recordar palabras, situaciones y costumbres de antaño y he disfrutado con su recuerdo por lo que me traía del pasado. En fin, querido pariente, primo tercero, Felipe Benicio, guardo en mi ordenador todas tus crónicas, las volveré a leer para aprovecharme de toda la sabiduría que encierran, tu experiencia y buena pluma. Espero aceptes, deportivamente, mi parecer porque mi intención no ha sido otra que mi parecer y puede estar confundido. Ah... y espero poder asistir, como en el anterior, a la presentación de este libro de crónicas que estoy seguro, vas a editar.

Un abrazo”.

Como no puede ser de otra forma, agradezco a Eduardo su comentario, que queda a merced del lector. Valoro el tiempo empleado, querido Eduardo, en la lectura de las crónicas, y, en su momento, diré qué pretendía con las mismas, aunque algo he apuntado en alguna de ellas. Y, por supuesto, el que has empleado en recoger el guante del ofrecimiento hecho para enviarme tu impresión.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús en este particular recorrido de imágenes en el mes de Él dedicado. En la fotografía de hoy se ve pequeño, es

verdad, pero la que he querido traer a la galería por una especial significación. La he recibido esta mañana, durante la celebración de la misa en la Catedral. Me la ha enviado el Padre Torres, desde Novelda, de donde ya he dicho que es párroco. Preside la imagen del Sagrado Corazón de Jesús el altar montado en el exterior del templo parroquial con motivo de la celebración del Corpus Christi. Así que tendrás que ampliar la imagen para ver bien la figura del Sagrado Corazón. Se le ve poco, sí, pero me ha parecido una fotografía bonita, que evoca la devoción conjunta de la gente sencilla al Corazón de Jesús y a Jesús Sacramentado. Todo ello en un altar profusa y bellamente adornado. Aquí lo tenéis:



Día 93°
Lunes, 15 de junio del 2020

¡No dejes que invada tu propia sombra!



Bueno, bueno, bueno... Empezamos hoy el tiempo de descuento, la *desescalada*, el *descronicamiento*... El domingo será la última. Habrán sido, si Dios quiere, noventa y nueve. Va siendo momento ya de hacer recuento de esta época aciaga en que nos ha tocado vivir. Aunque creo que se puede sacar provecho de ella. Tampoco, como me decía Nines que le había contado su hermana Belén, sobre un mensaje que recibió, tampoco, digo, nos creamos que esta historia va a cambiar tanto a las personas. El cretino lo seguirá siendo; el mentiroso lo mismo; el noble de condición no cambiará; el generoso seguirá teniendo el bolsillo abierto; el tacaño, más de lo mismo, pero cerrado... El que confiaba en Dios perseverará en ello... Esto ha sido una pandemia, pero

no un milagro. Nadie piense que de la noche a la mañana vamos a salir todos distintos a como éramos antes del día de Santa Matilde. Nada de eso. Es verdad que habremos descubierto al vecino, o al conocido del barrio, pues hay gente que se ha prestado a ayudar en muchas cosas. Habremos descubierto, incluso, algunas cualidades que estaban escondidas dentro de nosotros mismos. Pero eso no significa que la peste que nos ha asolado nos haya cambiado. Hemos sabido resistir, hemos sabido sacar jugo a la libertad vigilada a la que nos han sometido, hemos sabido aprovechar el tiempo de una forma distinta a como antes lo hacíamos.

Pero, lo más importante, es que hemos mirado al futuro, hemos ansiado el fin del confinamiento. Aún hoy día hay gente que no se atreve salir a la calle más que a lo preciso. Conozco a algunos casos. Tienen miedo. Pero eso irá desapareciendo poco a poco. A ciertas edades no es fácil entregarse de nuevo a una vida que conllevará un riesgo a lo desconocido. Y digo desconocido porque no sabemos cuándo, dónde y cómo te puede asestar el virus la puñalada tramera por la que meterse en tu cuerpo.

“Mantén tu rostro hacia la luz del sol y no verás la sombra” es una frase de la escritora y activista política sordociega estadounidense Hellen Keller. Eso es lo que debemos hacer a partir de ahora, mirar al sol, mirar a la luz que nos lleva a la normalidad de nuestra existencia. Habrá que acostumbrarse, de momento, a ciertas normas. No habrá más remedio. A quien le gusten, bien; a quien no, que se baje de la bola del mundo. Había leído la frase de Keller hace unos días. Se me vino a la cabeza esta mañana en el paseo. A la vuelta, me daba el sol por detrás y veía mi sombra por delante. No puedo decir que sea mala sombra, no. Es la mía, y la sombra tiene la misma condición que la de la persona que la proyecta. Pero no está de más que dejemos a la sombra de cada uno que vaya por delante, incluso intentemos que siga su propio camino, desgajándose de nuestro cuerpo. Aunque quizá lo mejor sea que tratemos de que esa sombra que nos ha invadido lo más interno de cada uno de nosotros en tiempo de incertidumbre se convierta ahora en leal compañera, para olvidar sin olvidar, para recordar sin recordar. Esa sombra que a más de uno le ha invadido el alma, sombra de impotencia ante lo desconocido, sombra de fracaso ante la imposibilidad de conseguir salvar la vida de quien tienes a tu cargo, sombra de inseguridad que nos ha llenado a muchos en más de un

momento. Nadie se crea por encima del bien y del mal y diga que no ha tenido miedo. Todos lo hemos tenido, aunque haya sido miedo al miedo. Miedo a ver sufrir a una hija tuya, impotente en su trabajo, por no poder llegar a más, como me decía ayer un amigo; miedo a descolgar una llamada que te dijera lo que no esperas nunca oír; miedo a sentirte inútil ante situaciones de las que te pensabas dueño antes de todo esto.

Me gusta jugar con la sombra. He querido separarla de mí esta mañana, e intentar crear una nueva. No es posible. Si me paraba, ella se paraba; si aceleraba el paso al son de la marcha *Los Generales*, marcaba el ritmo como uno más de la tropa... No había forma. Quería darle larga a la sombra de estos largos días de desasosiego, quería una nueva sombra, una que se acomodase de inmediato a lo que haya que vivir desde ahora. Y entonces me di cuenta de que mi sombra vivirá lo que yo viva, y será lo que yo sea. Y sentirá lo que yo sienta. Y gozará lo que yo goce. Y penará lo que yo pene... Mi sombra será mi vida, será mi ser, será mi sentido, será de mi alma el sentimiento...

Y hablando de sombras, las que se ciernen sobre el mundo laboral, con la decisión ministerial de no alargar la efectividad de los ERTE más allá del 30 de septiembre. No entiendo mucho de estas cosas, porque no me he visto afectado, pero un amigo me decía que los efectos de la absurda paralización de la actividad decretada por el Gobierno no se van a recuperar en un corto espacio de tiempo. Nadie crea, me dijo, que la recuperación de la actividad empresarial y económica se va a producir con las mismas prisas con que nos piden a los Administradores de Fincas las soluciones a lo que quedó paralizado antes de decretarse el confinamiento. No conviene mosquear, en mi opinión, al mundo empresarial. Tampoco están muy conformes los sindicatos. Es lo que hacía falta ahora: enmarañar el futuro económico de España con medidas que no pongan de acuerdo a todo el mundo.

Y más, sombras... Las que tienen en la cabeza algunos iluminados de partidos que vienen a creerse la salvación de la Historia, con la recreación de una nueva que nada tuvo que ver con la que de verdad ha sucedido. ¡Quieren tirar al suelo las estatuas de Cristóbal Colón! Vamos, como hicieron los iraquíes con la de Sadam Hussein en su día. ¿Qué molestará al genovés? Bueno, de allí, de Génova, dicen que era. ¿Creerán algunos que, por dar con los huesos de piedra de Colón en el suelo, van a cambiar la realidad de una gesta gloriosa de

la que España es dueña y señora? ¿Pretenderán que los posibles desmanes que se cometieran van a recuperarse en el preciso momento en que la cabeza de Colón dé con el asfalto? Creo que a los ideólogos de tamaño dislate les debe dar algo más el sol. Quizá la sombra del encierro pandémico les ha afectado sobremanera. Quien no quiera mirar a Colón con el dedo señalando el lugar de una de las más importantes gestas de la Historia de España que no mire, pero que nos dejen a los demás mirar al futuro, que quién sabe si es lo que señala el dedo de marino. ¿También querrán desenterrarlo del mausoleo de la Catedral de Sevilla y pisotear sus huesos, si es que ahí están o queda algo, hasta hacerlos polvo? Desde luego, Dios da pelo a quien no tiene cabeza.

Voy al rincón del comentario. Hoy es breve, pero sentido. Viene de una buena amiga, fiel lectora. Es Carmen Solís Cuesta, y me envió ayer un mensaje, antes de la hora de comer. Muchas gracias, Carmen, por enviar el mensaje, y por leerme. Aquí lo transcribo:

“Felipe, muchísimas gracias por compartir tus crónicas conmigo. Han sido un volver a otra época en nuestro Badajoz, con recuerdos imborrables vividos en una época donde fui muy feliz y que tú has sabido plasmar con facilidad y acierto, sin restar mérito a todos los valores literarios. Un abrazo y muchas gracias”.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús. Quiero aprovechar la ocasión para decir que le estoy muy agradecido a Don Celso, nuestro Arzobispo. Gozo de su amistad, de su confianza, que correspondo en igual medida. Por ello, hoy, en estos últimos días de imágenes del Sagrado Corazón, quiero hacerle un homenaje de agradecimiento mostrando una que él tiene en su oratorio. Me llamó la atención el otro día, cuando estuvimos en su casa, y quiero mostrarla. No sé si es buena o no, porque lo que de verdad importa es lo que ante ella pongamos con el sentimiento de cada uno de nuestros corazones, y que, sin duda, será recogido por el misericordioso Corazón de Jesús. Aquí lo tenéis:



Día 94º
Martes, 16 de junio del 2020

¡De mirar a la sombra a mirar al sol!



Eran las ocho y dos minutos de la mañana. Se conoce que Fernando Valbuena había acabado de leer, en su refugio de Salamanca, la crónica del día de ayer, la de las sombras. A esa hora exacta, según he comprobado en el teléfono, me entró un mensaje: “¡*Cara al sol!*”. Sabía lo que quería decir. No se trataba de ninguna contraseña, como la canción “*Grándola, vila morena*” el 25 de abril de 1974, que movilizó al ejército portugués o a parte de él. Y de paso al pueblo. No, Valbuena quería decir otra cosa. No era ninguna consigna por la que andarse prestos a coger trabuco alguno. De momento no hace falta, digo yo. Mejor así. Ni tampoco quería decir que me pusiera a cantar el *Cara al Sol*,

ni con la camisa nueva ni con la vieja, no. Quería decir lo que quería decir, y no otra cosa. Quería decir que hay que mirar al sol. Y eso hice. Un minuto después le respondía con la fotografía de inicio. No hacían falta palabras. Con la imagen sobra. Fernando quería decir que hay que mirar al sol en vez de a las sombras. Entre otras cosas porque sin sol no hay sombra alguna que valga. Y eso es lo que nos vale a todos: mirar al sol, dejando la sombra para quien no se atreve a levantar la gaita todos los días y buscar la luz que nos guíe en el camino. Mirad la foto: el sol sigue su curso, no le importan las sombras lo más mínimo. Ayer foto de sombra, hoy es de sol.

Y eso es lo que nos toca, a todos, que nadie se rezague, que no le vale de nada. Cara al sol... Y no al que más calienta, que de eso hay gente que sabe hacerlo bien. El sol que hemos de buscar es el que ilumine el camino de la felicidad de todos y cada uno de nosotros, el sol que marque la senda del progreso de todos los españoles, el sol que, en forma de clave, marque el pentagrama en el que se rotulen las notas de la sinfonía de una vida provechosa, dejando atrás las congojas del pasado. Hoy he tenido una visita en el despacho. Un matrimonio con dos niños. Hasta me he alegrado de verlos. Hasta me han gustado que fuesen, aunque no les perdía la vista por si enredaban donde no debieran. O no me hubiera importado que lo hubieran hecho. Vete a saber. Porque, lo pensaba, son el sol que alumbrarán el mañana de los que ya, como el perro en febrero, buscamos la sombra. Hay que mirar al sol. Hay que caminar cara a sol. Quien quiera que lo cante, a no ser que la libertad vigilada a la que nos someten nos impida hacerlo.

Me da igual que lo hagas con la camisa bordada en rojo, o si vas al paso alegre de la paz... Ve cara al sol, deja la sombra al lado, o detrás. Busca el sol que algunos creían iban a perder cuando empezó el encierro. Y ayuda a encontrarlo a quienes han salido malparados de la reclusión por cuestiones de trabajo o de salud. Busca el sol. Con la luz se ven las cosas de otra manera, aunque sólo sea porque se ven. Las sombras te impiden ver la realidad de las cosas.

Gracias, Fernando, por ese mensaje de tres palabras. Lo busqué, mirando a la derecha -¡qué casualidad!- y te lo envié. Hasta entonces iba mirando las baldosas del acerado y contemplando, con la cabeza gacha, las puntas de

mis alpargatas. Y, por qué no decirlo, alguna malla. Eso sí que es una plaga, una peste. Una malla indecente en un cuerpo inapropiado es más dañina que virus alguno: mata la vista. Debería legislarse sobre el particular, que lo digo yo. En el siglo del que yo me he escapado estarían prohibidas. Pero no lo harán, porque me da que la indecencia y la ordinariez se han vuelto moneda de cambio barata de conseguir. Hoy he visto unas de leopardo, como alguna que conozco. Me creí perdido en la selva. Me salvó el sol. Volví a mirarlo, siguiendo los consejos de Valbuena. Y me sacó de la jungla para llevarme a la gloria. ¡Viva el sol!

Voy al rincón del comentario. Hoy expongo tres. El primero es de un primo de Nines, que prefiere guardar cierto anonimato, según me dice en su correo, cosa que respeto. Y eso haré si expresamente se me dice. Y me lo pide porque nunca ha salido citado en la crónica, detalle que no expone negativamente, al contrario, pues es una persona sencilla y humilde. Se llama Carlos, Carlos M. R., y dice así:

“Hola Felipe: Después de mucho meditar me he decidido a ponerte estas líneas, pocas, ya que no poseo la facilidad de pluma que tu dispones (“pluma” de escribir, se entiende). Ese es un don que ha puesto Dios a tu disposición para felicidad tuya y de los demás. Deseo agradecerte todos los buenos momentos que, todavía en la actualidad, nos haces pasar con tus CRÓNICAS a las que no les faltan sus “puntitos” de humor, religiosidad, historia, detalles gastronómicos, etc., y esa particular forma de enfocar y adaptar los puntos que tocas a las distintas situaciones que vivimos diariamente y que, con posterioridad, te hacen pensar y recapacitar sobre ellos. Repito, GRACIAS FELIPE a ti personalmente y a Nines que, en la sombra, siempre te acompaña. Te voy a echar de menos en mi diaria lectura a primeras horas de la mañana que, a veces medio dormido, me hacen abrir los ojos (tus WhatsApp, cuando llegan por la tarde/noche, me los paso a mi correo para leerlos mejor y luego los archivo). Estoy seguro que el Sagrado Corazón de Jesús no te pierde de vista al igual que nosotros. Un fuerte abrazo. Carlos”.

Muchas gracias, querido Carlos. Sabes bien de nuestro mutuo afecto, y agradezco de veras tus palabras.

Otro comentario me llega de una buena amiga, y ella bien lo sabe. Sí la he nombrado algún día. Es Mariluz Creus Luque, y en su comentario expone lo siguiente:

“Querido Felipe, quiero agradecerte que hayas compartido con nosotros tu día a día durante estos meses de confinamiento, así como parte de tus pensamientos y sentimientos, que por supuesto puedes expresar, ordenar y nombrar como, cuando y a quien mejor te parezca. Tus crónicas se entienden perfectamente, están redactadas de una manera amena y fluida, con una riqueza de lenguaje que para sí quisieran muchos que se consideran escritores. Gracias por pensar en nosotros y hacernos un poco más llevadero este periodo de nuestras vidas”.

Muchas gracias, Mariluz, por tu sencillez y aprecio, ya viejo, muy viejo, pero que, cada día, hace renacer una amistad joven y nueva, que la amistad es lo único que no envejece con el tiempo, sino que hace florecer cada mañana el capullo de una flor nueva que alegra la vida.

Y, por hoy, pongo un tercer comentario, mañana más. Este es largo. Me lo envía mi buen amigo José León Gómez, Pepe León, veterinario de Montijo. No hago más comentario que el agradecerle cuanto dice. Si es tan buen veterinario como amigo, no habrá bicho malo en su zona de trabajo. Un abrazo, Pepe. Aquí va:

“Crónicas del compromiso.- No quisiera dejar pasar la oportunidad que me brindas, para expresar, de corazón, lo que ha significado para mí, esta relación de compromiso mutuo, que iniciaste en un crítico momento, vivido por todos, desde una situación extraordinaria.

El domingo 15 de marzo del presente, adquiriste el compromiso personal de relatar tu experiencia personal, de esta extraordinaria, prolongada y dura etapa de nuestra existencia, que nos ha tocado vivir. Ese compromiso, desde el inicio, se hizo mutuo, porque yo, tampoco he faltado, ni un solo día (muchos a deshora), a nuestra cita. Eso sí, al principio con unas pocas palabras (todo está guardado, en el archivo personal, de las cosas importantes), que se fueron extendiendo, a medida que ibas compartiendo tus experiencias, no sin temer que su

lectura fuese otro engorro en la ardua tarea diaria que te habías encomendado. Muy al contrario, no ha faltado tu cariñoso comentario, a cada una de estas misivas.

Hemos compartido, todos esos amaneceres, donde nos hacías ver, que tras la oscuridad, siempre aparece la luz radiante del nuevo día. Al principio, pedaleando concienzudamente, desde esa ventana que da a la misteriosa fachada de “13 rue del Percebe”, de la que algún día sabremos algo más, porque hoy no viene al cuento. Después, con esos paseos, con las alpargatas que se visten por el pie izquierdo (el mismo con que se iniciaba el recorrido y el que hoy nos marca el paso, en las decisiones de quienes nos representan, y así nos va). Por supuesto, a contracorriente, como era lo habitual, en el estado de la normalidad. Hemos discurrido, controlados por ese reloj de la NASA o CNI, por un detallado y minucioso callejero de Badajoz, donde nos has enseñado, hasta las losetas desprendidas, baches y estado de limpieza de aquellas zonas, a donde no llegaba, evidentemente, el cano de la rotonda (Juan Manuel, para todos). He disfrutado de esa brisa matinal y de la observación de los viandantes (evitando el cruce con ese médico, al que la medicación no le cambia el rictus) y atuendos singulares, valorando el acierto o desacierto en la conjunción de físico y malla. Me he cuadrado y hecho saltar chispas de los talones, al saludar las enseñas y rótulos castrenses, a su paso por los mismos, con el mismo respeto que lo he hecho, cuando pasábamos por los lugares de culto, ante los cuales he rezado en tu compañía, por propios y extraños.

Hemos compartido, colores, olores y sabores, de variedad de platos y menús (algunos con receta incluida), donde no han faltado, desde los entremeses, a los potajes, caldos, mariscos, carnes, pescados y variada repostería. Tampoco lo han hecho, los correspondientes espirituosos, con los que hemos brindado en multitud de ocasiones. Desde una simple ensalada, restos del menú del día anterior, el obsequio del familiar, el precocinado de la tienda (excepto del Mercadona, donde manda más el “parauniforme” que la gloriosa Brigada “Extremadura XI”), los polvorones sobrantes de la Navidad, que se “añugan” a falta del correspondiente trago, o por la preocupación a ser descubierto por Nines en la transgresión, las exquisitas pastas y platos, elaborados por las delicadas y mágicas manos de sor Giuseppina y sor Virginia, los primeros churros, o ese delicioso bombón helado (Magnum) y las singularidades del menú de la primera

reunión familiar, o el de los amigos, en el campo. Todo ello, sin olvidar que hay que respetar gustos y maneras (de compartir postre, o meter cuchara en plato ajeno, “ni mijita”). Cualquiera que fuese la ocasión, bien aderezado por lujo de detalles y exquisito gusto.

Hemos compartido, recuerdos de nuestra infancia, de la etapa escolar y académica, de nuestros usos y costumbres, además de afinidades, experiencias, y hasta confidencias de las primeras experiencias sentimentales.

Ni qué decir, de los kilómetros recorridos, dentro y fuera de nuestra amplia geografía, provincial, regional, nacional e internacional. Los medios, desde carruajes de tracción animal, al Seat 600, que nunca fue descapotado, pasando por los trenes de aquella época (en Extremadura, aún traqueteantes), hasta aeroplanos o aviones, como se quiera referir (nos falta, el viaje en barco). Hemos transitado, por carreteras y senderos más o menos fluidos o tortuosos, unas veces a solas (las menos, porque yo siempre, te acompañaba), y las más con familia, amigos del clero y pueblo, y personajes de toda índole e idiosincrasia. A veces, rezando por llegar y volver íntegros, cuando el clero tomaba los mandos.

De celebraciones, tenemos para detallar de toda índole: días memorables, efemérides, onomásticas, bodas, aniversarios, nacimientos y, en otro lugar a consideración, lamentables pérdidas y decesos, ocasionados no sólo por la dichosa peste que nos afecta.

He compartido, una detallada y devota Semana Santa, con toda su pasión, gloria y esplendor, como nunca lo hice, cuando discurría normalmente por nuestras calles. Me he fijado en esos detalles de arte y singularidad, que siempre habían pasado desapercibidos a mis ojos, olido ese incienso y temblado al paso de las figuras, con el son de las marchas de las bandas y orquestas que los acompañaban, en el silencio y recogimiento de tus narraciones (las mismas que escuchábamos en alguno de nuestros paseos).

No puedo olvidar, el mes de nuestra madre María, vivido como antaño, desde mi larga etapa en el colegio de jesuitas de San José, en Villafranca de los Barros, en el que nos has mostrado, diariamente una imagen diferente de un culto y sentir universal de nuestro amor y devoción a la Virgen. En el mismo orden, por el Corazón de Jesús, del que hacemos mención en la actualidad, cuya imagen cuelga de la puerta de entrada de tu casa, pasando desapercibido hasta para el residente.

Tampoco han faltado magníficas imágenes y fotografías, escogidas meticulosamente y adecuadas a cada momento. Junto a esa excelente maestría en el uso de la prosa, adornada con sentidos versos, no tengo menos que descubrirme y reconocer tus amplias y notables facultades.

De las reflexiones y comentarios políticos, no quiero hacer mención, porque la sintonía es casi perfecta, y digo casi, porque yo me declaro algo menos diplomático y tolerante, cosa que agradezco que hayas modulado, con tus reflexiones al respecto.

Quiero que te sientas orgulloso, como yo lo estoy, de haber permanecido, con esa constancia, responsabilidad y entrega, transmitida con esa mezcla de seriedad y singular humor, con un respeto exquisito por personas situaciones y opiniones, que tan sólo una persona tan arrolladora, sincera y honesta, como tú, puede representar. Tu singularidad, por todos tus valores te hace una persona respetable, entrañable y apreciada en todos los ámbitos de tu existencia. Lo reitero, un motivo de sincero y extraordinario orgullo, ser alguien cercano a Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga, cosa de la que presumo.

Sintetizo. Para mí, amigo Felipe, el confinamiento ha sido, ese ansiado encuentro diario contigo y los tuyos, entre los que humildemente me incluyo, entre tanto apellido y cargo o representación distinguida (reconozco no tener la materia gris que a ti te sobra, para recordarlos y ponerles cara), sean de la índole que sean, a los que declaro mi reconocimiento y cariño, por estar bajo tu amparo.

Agradezco enormemente, que contases conmigo, para compartir estas crónicas, adquiriendo por mi parte, el compromiso de responder, de manera escueta al principio, pero que se fue extendiendo, para tu pesar, ya que siempre ha habido un comentario apropiado al respecto, a medida que íbamos acercando sentimientos, opiniones y vivencias comunes.

El 8 de diciembre del 2.018, se te hacía merecedor del reconocimiento y distinción militar por parte del Jefe de la Brigada Extremadura XI, el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Romero Mari, por las magníficas relaciones institucionales y personales, mantenidas durante largos años con la Brigada “Extremadura XI”, mostrando siempre tu total disposición a la colaboración y siendo embajador de la Unidad allá donde estuviera presente”, acto que tuviste la deferencia de compartir conmigo, como en otras ocasiones. Esa fecha, recibías

un mensaje personal que transcribo: - “Con todo mi orgullo, satisfacción y gratitud, recibo este mensaje, sintiéndome parte de esa senda de trabajo, tesón, integridad, generosidad y buen hacer, que marca tu trayectoria y personalidad. Un fuerte abrazo, para Nines, por lo que representa a tu lado y otro muy fuerte para ti...”. Y a tu contestación añadía: - “Eres uno de mis referentes, en muchos aspectos. Tu calidad humana, es muy similar a la de mi padre. Muchas gracias, amigo”...

En esta ocasión, has sido fiel, una vez más, a estos calificativos, que aunque manifiestas con humildad que te abruman son los que te definen. La calidad humana que te significa, cariño, fidelidad y lealtad a los tuyos, acompañada de la naturalidad y particular humor, con el que te manifiestas, además de la fluida y envidiable narrativa, con la que lo relatas, te hacen merecedor de toda mi consideración y aprecio, del que sabes que cuentas desde que coincidimos, por primera vez, en Barcarrota, cada uno asumiendo nuestras responsabilidades.

Me he sentido parte de tus relatos y he compartido todo el entusiasmo, optimismo y sensatez que transmitían tus narraciones, ayudando a superar, de manera privilegiada, esta extraordinaria etapa, en la que has modulado, con tu ejemplo, parte de mi carácter.

Con todo mi cariño y sincero agradecimiento.

Pepe León”.

La emoción me impide añadir nada a lo dicho antes.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús. Hace unos días me envió Agustín Velázquez, Delegado Episcopal para el Patrimonio Cultural, las fotografías de un retablo afectado por termitas. Es de la iglesia de San Francisco, de Albuquerque. La imagen se ha salvado del desprendimiento, lo cual viene a significar el triunfo del Corazón de Jesús sobre el mal. Acojámonos, pues, a Él en momentos de penuria, sea material o espiritual. Merecerá la pena, como para mí ha merecido ir sacando a la luz esta galería de imágenes. Para algunos, puede que excesivas; para mí, las necesarias. Aquí lo tenéis:



Día 95°
Miércoles, 17 de junio del 2020

¡No siempre se puede decir que no!



Ni tampoco es bueno querer decir que no siempre. Hay que concederse momentos en los que entregarse al ofrecimiento de los demás. Inés es una de “*las Niñas*”. Así las llamo, y así las llamaré siempre. Cuando a algunas personas de mi entorno les digo que “*quedamos en las Niñas*” ya saben a qué lugar me refiero. Se llaman, además de Inés, Adela, Conchi, otra Conchi, Yoyi, Carmen y Emi. No sé si me quedo alguna fuera del tintero, mejor dicho, del teclado, pero si la he quedado que tenga la seguridad de que también la llevo en el sentimiento. Hoy he vuelto a *Delta Café*. Yo no soy cliente del Comendador Rui Nabeiro, no; yo soy cliente de “*las Niñas*”. Eso que quede claro, aunque los beneficios de mi aportación como cliente vayan a parar a las arcas del imperio, o del emporio, que tiene sus raíces en Campo Maior, de donde, dicho sea de paso, era Maneli, un antiguo empleado de casa de mi abuela paterna.

Al llegar a “*las Niñas*” Inés se ha alegrado al verme. Y yo de verla a ella. La alegría es siempre mutua. He pedido mi roibos, la infusión de vaya Vd. a saber

qué clase hierbas que tomo normalmente. No bebo café. Me lo quitó Manuel Doblado en el año 2006. No he vuelto a tomarlo. Ni sin cafeína, no sea que se equivoquen y la liemos. Tengo que verme apurado y no poder negarme para tomarme un descafeinado. Entonces Inés, al ponerme la taza, me ha ofrecido un dulce. Sabe que no los tomo, pero no ha tenido otra cosa que ofrecerme para materializar la alegría de verme. ¿Cómo le digo que no? No sería propio de un caballero rechazar algo que se te ofrece con el corazón. Me resistí al principio, bien lo sabe Dios, pero era tal ilusión con la que me lo ofrecía que crucé la línea roja de mi dieta, a la que he vuelto. El momento lo requería. No siempre se puede decir que no, ni siempre es bueno querer decir que no. Hay veces en que hay que querer decir que sí.

En mis tiempos en el Servicio Nacional de Cultivo y Fermentación del Tabaco tenía asignada la zona de la Vega del Rincón, perteneciente ya al término de Villanueva de la Vera. Había cultivadores de tabaco muy humildes, sencillos, con esa educación exquisita que impregna la naturalidad de las personas. En las visitas a sus fincas te ofrecían cuanto tenían. El perito del Tabaco era para ellos un semidios, pues del consejo del técnico dependía el éxito de la cosecha. Craso error. Los peritos éramos unos ignorantes al lado de la sabiduría que la experiencia daba a los cultivadores. Recuerdo que te daban, con la cerveza, algo que colgaba del techo del cobertizo de la casa, o del secadero. No podías negarte. Mejor era no preguntar qué era el tasajo que te partían con la navaja que lo mismo servía para eso que para cortar la cuerda de la que colgaba la manilla de tabaco. O para sajar el quiste de la mano de un borrego. Daba igual. Y aquí estoy, sano y rollizo. Lo que fuera, a la barriga. No podías decir que no, era como negarles lo mejor de ellos mismos. No podía decir que no... No quería decir que no.

Pues eso me ha pasado hoy. Cuando alguien te ofrece algo como Inés me lo ha ofrecido a mí sabes que en ello va el mejor sentimiento de su corazón. Seguro que me hubiera dado un beso, y yo a ella, pero es mejor por ahora no hacerlo. Así que he transigido con el dulce. Es el mejor que me ha sabido desde hace mucho tiempo. Aparte de que estaba bueno, era el reflejo de una relación cariñosa desde hace muchos años. Con todas ellas. Me lo he comido con agradecimiento, y me ha sabido mejor, si cabe. Haberlo rechazado hubiera sido decir poco menos que *“desprecio vuestro aprecio”*. Y bien sabe Dios

que eso no es verdad, al contrario. Sé que Nines me reñirá, pero eso va dentro del lote del sentimiento de querer decir que sí.

¿De la actualidad? Bueno, pues... estoy cansado de ella, así que lo dejo para otro día. Voy al rincón del comentario. Ayer, con la edición completa, me envió un mensaje Joaquín Murillo Álvarez, abogado de Montijo. Bueno, es de Badajoz, pero vive y tiene el despacho en la localidad de las Vegas Bajas citada. Ya hablé de él y de su padre en alguna crónica, por lo que no me extiende. Nos une buena amistad, de generaciones, lo que no es óbice para hablar con total claridad, y, si es preciso, reprocharme lo que crea conveniente. Aquí va su comentario:

“Buenas tardes, Felipe: como te puse en conocimiento cuando comunicaste que querías hacernos partícipes a los lectores de tus crónicas de ellas y que te indicaremos que nos parecían, pues ahí va mi opinión.

1.- En primer lugar decirte por este medio que escribes bien, yo diría que muy bien. E ignoro si vas a seguir con estas crónicas o no, pero deberías seguir escribiendo.

2.- Conociéndote y sabiendo que eres un apasionado del mundo taurino he echado de menos que no te hayas referido a él con más frecuencia. Pero son apreciaciones mías muy personales.

3.- Sin embargo, has abusado un poquito del tema eclesiástico, con la excepción de las referencias al padre Torres, que cuando leía tus crónicas, el día que no hacías referencia a él se echaba de menos.

Y terminar como empecé, no deberías de dejar de escribir. Tus crónicas me han parecido unas más amenas que otras, pero todas interesantes. Me han gustado.

Y como me dijo en una ocasión el sacerdote y compañero mío D. Aquilino Camacho Macias, (q.e.p.d.) con el que tuve bastantes pleitos:

Lo bueno si breve, dos veces bueno.

Un gran abrazo, amigo Felipe”.

Bueno, Joaquín, pues creo que de toros he hablado lo preciso. He expresado mi opinión sobre el futuro de la Fiesta. Pero no me he extendido más, porque, así lo digo, si me lanzo me condeno, o me condenan. ¿Sabes por qué?

Porque pienso que hay más peligro de daño dentro del entramado de la propia Fiesta que fuera de ella. Pero si lo que buscabas eran impresiones mías sobre el arte del toreo y sus protagonistas, no digo que no a escribir algo en otro momento. Todo se andará. Y sí, quizá pueda considerarse que he abusado del tema eclesiástico, pero lo he hecho porque me siento a gusto en ese ambiente. No es otra cosa. Y han formado parte de mi existencia en estos tiempos que estamos acabando de exprimir. Y lo seguirán formando. En algunas ocasiones me he referido a ellos como... *“mis hermanos sacerdotes”*. Te agradezco, Joaquín, tu comentario, y ya tendremos ocasión de alargarlo con algo de por medio.

Y cuando estaba escribiendo estas líneas he recibido una llamada telefónica que me ha llenado de alegría y orgullo. Era de mi tía Milagros Casas. Es del grupo de las primas de mi madre, pero de esas primas con las que no está bien definida la línea de que separa el sentimiento de parentesco o de hermandad. Su marido fue Francisco Villalón y Villalón-Daoiz -que, para los críticos de tanto nombre de cura, les diré que tenía un hermano sacerdote, que se llamaba Joaquín-, primo de mi madre en no cercano grado pero en no lejano agrado, personal y familiar. Creo que me explico. Son padres, porque nunca se deja de ser, de una persona a la que yo sigo queriendo mucho a pesar de no estar ya entre nosotros: Paco Villalón Casas. Todavía resuena en mis oídos la risa contagiosa cuando en algunos momentos comentábamos alguna gracia, o, por qué no, hacíamos crítica no dañina de alguien. Fue compañero mío de carrera, aunque creo que lo dejé en la Escuela cuando yo salí. Paco fue de esa buena gente que sólo pueden definirse con esas dos palabras: buena gente.

Pues mi tía Milagros me ha llamado para decirme, tras comentarme que se encuentra mayor para escribir un mensaje que compendie cuanto siente y le sirven las crónicas, que me agradece mucho la haya metido en la lista de difusión de whatsapp, que no grupo, a la que envió esta especie de diario. Nada tiene que agradecer, porque soy yo quien debe hacerlo por el cariño con que rodea a mi madre y del que también me siento beneficiario. Y, como le he dicho, me gusta contar con los mayores, porque son tesoro vital. Tengo muchos amigos mayores que yo, y siempre lo he considerado un lujo en toda regla. Así que con esto cumplo con el encargo de Milagros Casas Lozano de Sosa.

Y otro que anoche me dijo que con que pusiera su nombre bastaba para saber qué piensa de mis crónicas es otros de esos premios que el sorteo de la

vida te pone en bandeja en algunos momentos. Es Juan Ignacio de la Cueva Spínola, con Mercedes García Montalvo, su mujer, que son de esas personas que, aunque no las tengas siempre al lado, sabes que están más cerca de ti. Pues, nombrado.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús. Aquí me voy a meter, de nuevo, en el clero. Hoy he ido a Palacio. Palacio es Palacio. Si viviera en Madrid, Palacio sería Palacio, pero otro palacio. Aquí, en Badajoz, Palacio es Palacio. ¿Me explico? ¿Lo repito? No creo que haga falta. Pues subí, y saludé a Don Celso, con quien hablé de la misa de San Juan. Recorrí algunos despachos. También comenté con Don Mateo Blanco, Vicario General, lo de la misa de San Juan. Y, ojo, Joaquín Murillo, entré en el despacho del Padre Torres. Y me llevé una sorpresa muy agradable, que no le veía desde marzo, al menos, pues allí estaba Enrique Merchán, párroco de Granja de Torrehermosa. Nada de abrazos, ni codazos. ¡Qué manía le tengo a eso de los codazos! No lo puedo soportar. Además, me parece una porquería, porque te dicen constantemente que estornudes en el codo, y dejes ahí el lamparillazo, y luego lo chocas con quien sea. Ni hablar. Si no hay mano, con la vista o la sonrisa basta. Charlamos un rato, en presencia también de Don Mateo. Y hablando del Corazón de Jesús, al comentar que quedan ya pocos días, me ha enviado Enrique la foto del de Malcocinado. Y es la que hoy os regalo. Seguro que os gusta. Ahí va:



Por cierto, hoy he recibido un mensaje desde Levante. Un amigo me ha enviado unas fotografías. Ya hablaremos de ellas. Le he pedido que, antes de venirse, cuando se despida de la *Geperudeta*, le dé recuerdos míos. No te olvides, Juan María.

Día 96°
Jueves, 18 de junio del 2020

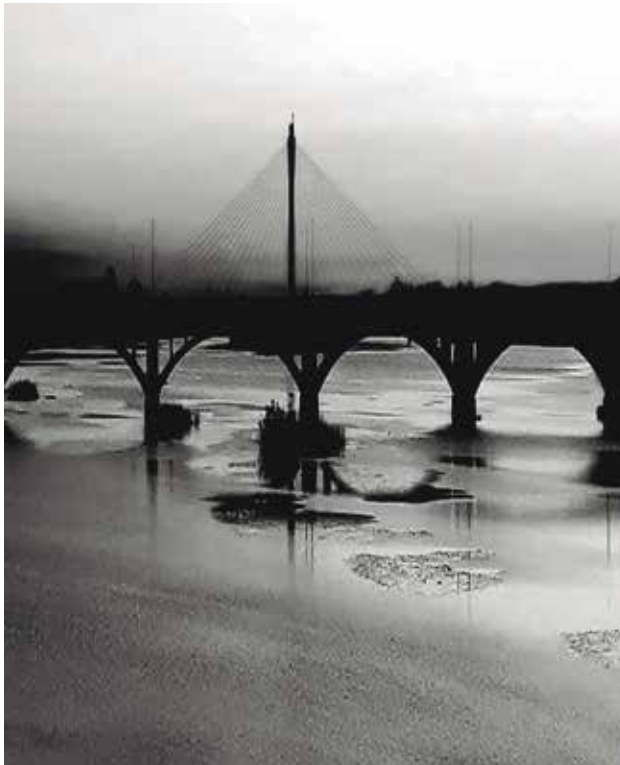
¡Siempre hay un agujero por el que ver la luz del día!



Y por ese agujero, el del puente, he visto yo el amanecer muchas mañanas. Durante bastante tiempo hacía esa ruta en mi caminar de las primeras horas del día. Pero hube de cambiar la ruta. Me solía encontrar con una pareja de administrados que, a las siete o siete y media de la mañana, me abordaban y me sacaban a relucir cuestiones del edificio donde viven, del que yo era administrador. Ya me cansé, después de varios encuentros de ese tipo. No me respetaban ni en ese tiempo que considero íntimo, mío, exclusivamente mío... y de quien yo quiera, pero no de mi trabajo. Para eso hecho muchas horas al día. Así que dejé de ver los amaneceres bajo los arcos del puente y los cambié por los de las rastrojeras de la carretera de Valverde, avenida Regi-

miento Castilla 16. Lo curioso es que, con el tiempo, se ha abonado esa pareja a la ruta a Las Vaguadas, con lo que me cruzo de vez en cuando con ellos. Eso sí, ya no hay asalto en el camino. Me marché de esa comunidad.

La fotografía de inicio me la envió ayer, desde Valencia, Juan María Cervera, Jefe Regional de Operaciones de la Policía Nacional. Tampoco es suya, pues su autor es su hermano Bernardo, al que no tengo el gusto de conocer. Bella fotografía, Juan María, Bernardo. Muy bonita. Siempre es bueno ir de cara al amanecer, que nos llena de energía para el quehacer de cada día. No venía sola la foto, no. La acompañaba otra del atardecer, no sé si del mismo día o de otro, pero me da igual...



¡Qué buenas fotos para pensar que el día, al igual que empieza, se acaba! Pero no olvidemos que la puesta del sol no es el final, como tampoco lo es la muerte. Después de la noche viene la aurora, el alba. Y el día vuelve a transcurrir hasta que llega el momento de recogerse el sol para alumbrar en otro lado del mundo. Y, al día siguiente, más de lo mismo. No hay que apenarse por ver esconderse al sol, que mañana vuelve a salir otra vez. Y da igual que lo veas desde el agujero del puente o desde lo llano del camino a Las Vaguadas, o desde donde cada uno se encuentre. La noche no es noche, es, cómo decirlo, un olvido del sol de iluminar el día. Pero el sol tiene buena memoria, y vuelve a relucir en las aguas de Guadiana, que tras lo negro vuelve la mañana.

Pues esta época que hemos vivido, que empieza a amanecer a la vida normal, ha sido una puesta de sol en nuestras vidas un poquito más larga de lo que estamos habituados a contemplar. Pero, salvo para los que no han podido resistir, ha vuelto a amanecer. Y en nosotros está, por responsabilidad, que vuelva a salir el sol todos los días, y a ponerse para volver a salir. Y salir para ocultarse, de nuevo, en su roja despedida tras “*las alambres*” del Puente Real. Si amanece todos los días, ¿por qué tener miedo al ocaso? Aconsejo a ver la puesta de sol con esperanza e ilusión, para afrontar, al alba, el día con templanza y emoción. Sólo la oscuridad buscada nos impedirá ver salir el sol de nuevo, aunque sea por un agujero.

Por lo demás, entre los nuevos rebrotes en algunas zonas, que dicen controlados; los augurios de lo que será el otoño; la decisión de los municipios de la Sierra de Gata de no abrir sus piscinas naturales; el acoso y derribo a que someten a Felipe González sus compañeros de siglas, que no de ideas, por lo que se ve; el abandono del ministro Abascal por parte de su jefe de filas en el caso de la ministra venezolana, que a ver cómo termina eso; la moderación que pide Soraya... hay entretenimiento para quien quiera. Debo reconocer que, en esta “desescalada” de crónicas, para ir tomando tierra poco a poco, me aparto ya de romanzas políticas, que, dicho sea de paso, ya conocemos de sobra.

Voy al rincón del comentario. Hoy van tres, por orden de llegada. El primero es de mi Hermano Constantiniano Antonio Calvo Rubio, de Santander. Ha sido fiel en remitirme imágenes de la bella tierra montañesa, y una serie

de platos que abrían el apetito. Su comentario, que le agradezco, por hacerlo y por lo que dice, es el siguiente:

“Querido Felipe: quiero agradecerte tus crónicas del confinamiento, donde nos has ido contando cosas familiares, los paseos diarios, tus escapadas virtuales con la bicicleta, etc.. Con ello nos acercabas a tu vida en ese momento. También quiero agradecerte que te acordaras de mi humilde persona en unas cuantas crónicas. Espero que no tengamos que volver al confinamiento, deseo que seamos suficientemente conscientes de que esto no se ha terminado y es necesaria la prudencia. Confío verte pronto en algún evento Constantiniano. Un fuerte abrazo de los de antes”.

El segundo en llegar ha sido el de Carlos Albarrán Ambel, hermano de mi padre. No está exento de tintes emotivos, lo que tengo que agradecer. Dice lo siguiente:

“Hola Felipe. En estos días de aislamiento que nos han sometido, quizás con doble sentido, encerrados sin reja, hemos tenido momentos familiares muy gratificantes y otros en que la cabeza nos daba algunas vueltas, pero llegaba el fin del día y la CRÓNICA nos volvía a la “normalidad”, la bicicleta, en los paseos veíamos el mismo coche de todos los días, las flores de los árboles, Blas el caracol, la sombra etc. También recuerdos del pasado, la jícara del chocolate, chocolate con churros en las Damas Catequistas, recuerdos de las temporadas en el campo con José el Serio, Maneli... todos estos recuerdos nos alegraban el día, como cuando nombrabas a tu Abuela paterna o a tu Padre, personas que han significado mucho en vida. Sobre los comentarios leídos no comparto su opinión de alguno en cosas como clérigos, familia y Vírgenes. La familia siempre será tema unido ti, Vírgenes a todos creo nos hace falta su protección, quien esté libre que tire la primera piedra, y los clérigos forman parte de tu vida actual, con los que debíamos colaborar todos. Por todas estas formas de ayudarnos a pasar estos días te estamos agradecidos. Espero algún día, junto con tu amigo y buena ‘cuchara’ Fernando, podamos probar algo de tu arte en los fogones. También espero conocer al nombrado Padre Torres. Ya sabemos quién es el Cano, pero nos falta la dichosa ventana. Un abrazo”.

Ya dije que habría tres. El tercero lo envía un amigo de hace muchos años. Es muy puntilloso en sus apreciaciones, por lo que el contenido de su comentario lo agradezco como bien no sabe, por la franqueza y sinceridad con la que se expresa. Es Carlos Villalón Pla, y dice lo siguiente:

“Querido Felipe, agradecerte varias cosas:

Una, tu ocurrencia de redactar estas crónicas, reconozco que me han alegrado esta época si no aciaga, si al menos oscura que nos ha tocado vivir.

Dos, agradecerte que me hayas incluido entre sus destinatarios, lo que demuestra la amistad tan antigua que nos une.

Tres, su contenido familiar, tus evocaciones a la niñez me han hecho recordar momentos muy sentidos vividos juntos, o mejor dicho, en tu familia, a la que me une una amistad de tres generaciones.

Tus referencias a tus abuelos han sido a los míos dado que me consideré muchos años como uno más “de la Casa”. Lo mismo tus evocaciones a los momentos de la niñez en el campo y en su casa, con referencias a esos detalles que se nos quedan grabados de niños para siempre: Manolo el chofer, el Corazón de Jesús en su “repisa”, los quinqués de petróleo del campo y tantos detalles de una niñez que nos quedan grabados a fuego.

Y eso que para mí eras el hermano mayor de mi amigo, es decir, el que nos hacía la santísima únicamente por su razón de mayoría. Curiosamente la vida me ha llevado por tener mucho más “roce” diario contigo. Te “descubrí” primero como administrador del edificio donde en su momento tuvimos los trabajos y luego por coincidir varios años en la Curia diocesana.

Cuarto, tu mención permanente a tanta “gente conocida”. Conocida al menos para mí, no por célebre sino por su cercanía personal. Ello me ha hecho recordar multitud de momentos pasados.

Quinto, tu humor sonco, tus expresiones “antiguas”, tus referencias a lugares de ocio y de no ocio que por nuestra escasa diferencia de edad frecuentamos entonces. Y que en esos momentos de vacío me han hecho quedarme pensando muchos ratos.

En fin, ahora que vamos viendo la luz al final del túnel no lo apreciamos, pero hace dos meses largos, en plena oscuridad, tu crónica era recibida casi como la dosis diaria de entretenimiento que nos hacía abandonar la negrura del pensamiento diario en el que nos encontrábamos.

*Por todo lo anterior y por lo que me quedo en el tintero, gracias.
Las recibes con un fuerte abrazo. Carlos Villalón Pla”.*

Pues ahora quiero comentar un tema que me ha sorprendido algo. Hoy, día 18 de junio, he recogido de mi casillero en el Obispado una carta dirigida a mi nombre. El sobre viene sin remite, cosa que ya empieza a mosquearme, pues no me hacen gracia las cartas que no se sabe de quién proceden. No por nada, sino porque siempre, en toda la historia del correo postal, ha sido un detalle de gentileza, por decirlo de alguna forma, hacer constar al remitente del envío. Además, si no se podía entregar Correos siempre podría hacerla llegar a quien la remitió. En este caso no puede hacerlo, ni Correos ni yo, pues no viene el nombre del remitente. Mal empezamos. La carta va dirigida a “Arzobispado de Mérida-Badajoz.- A/A Jefe de Protocolo.- Apartado n°. 8.- 06080 Badajoz”. Y todo ello escrito en una etiqueta de las que se utilizan para envíos masivos o periódicos. No está escrita la dirección ni a mano ni a trasmano. Alguien ha aprovechado una etiqueta, que no se suelen tener en casa, para ocultar, aún más, la identidad del remitente. Eso sí, la etiqueta es una fotocopia, por lo que debe venir de algún sitio en el que acostumbren a enviar correspondencia a esta dirección. Creo que vamos acotando el terreno. El matasellos está fechado en Mérida, el día 22 de mayo pasado. Lo de Mérida es normal, porque todas las cartas que se depositan en Correos en la provincia de Badajoz, sea donde sea, tengo entendido que van primero a Mérida, al centro de tratamiento y reparto que allí tiene el organismo citado. Lamento no haber recogido la carta hasta hoy, pero con esto de que el Obispado ha estado a medio gas durante un tiempo, como muchas entidades, no he pasado a diario por Palacio.

He abierto la carta, que guardaré, como no puede ser de otra forma. Viene escrita a máquina, o a ordenador. Hasta la identidad de la persona que dice que la escribe viene en caracteres tipográficos; la suscribe una persona que dice llamarse, ojo, no digo que se llame, Úrsula Delgado de Andrés. No tengo ni idea de si existe o no esta persona. Dice que me conoce, que nos tuteamos, pero que prefiere usar el usted en la carta. No viene ninguna dirección a la que pueda responderle, ni un teléfono, ni un contacto de correo electrónico. No. Nada de eso. Ni un garabato de firma. Tampoco. Quien quiera que sea

ha decidido escudarse en cierto anonimato, porque ¿quién me dice que ese nombre es verdadero? Es más, comenta que le envió la crónica a su marido y que éste, sic, “*con gusto*”, se las pasa. El gusto o el disgusto del marido, digo yo, no viene a cuento.

No entro en el contenido de la carta, en nada, tan sólo en eso del tratamiento, porque hacerlo sería prestarme a un juego con alguien que no sé quién es. Y en esas condiciones, que vaya a otro cura con ese cuento. Se me quedaron grabadas algunas frases de mis mayores, que expongo con toda crudeza, lo que advierto por si a alguien le suenan groseras: “*De quien expone su culo al concejo unos dicen que es blanco y otros dicen que es negro*”... Creo que no hacen falta explicaciones. Desde el momento en que hice pública las crónicas sabía que podían gustar o no gustar, que se estuviese de acuerdo o no. Y asumí el riesgo. Así que, Doña Úrsula -*que espero sea Vd. tan guapa con Úrsula Andress*-, me da igual lo que puedan decir de mis crónicas. No es el beneplácito de nadie lo que perseguía.

Otra frase, Doña Úrsula: “*Quien habla por detrás de mí habla con mi culo*”. A lo mejor no le parece apropiada en una persona como yo, pero es que no es más que la pura realidad. Y hablar por detrás de una persona es también hacerlo con una carta sin remite, con un nombre que vaya Vd. a saber si es falso, que sólo Vd., si lee esta crónica, lo puede saber, y que quien se escuda en ello no es más que un o una cobarde. He dicho cobarde, con todas las letras. Si le molesta, lo siento mucho, pero es que Vd. juega con ventaja: sabe dónde localizarme, pero yo a Vd. no. Y en un juego, lo lógico, es que ambos tengan las mismas cartas. Sé a quién le remito la crónica, como no puede ser de otra forma, y salvo en dos casos, que me voy a preocupar de conocer, sé cómo se llaman las esposas de todos los hombres a quienes se las mando. Y si es como me temo, y salvo que alguno de esos dos casos concuerde con su nombre, la identidad es falsa, lo cual no haría más que agravar, si cabe, la cobardía. Eso sí, le agradezco como bien no sabe, el deseo de que Dios me guarde muchos años. Yo también deseo que Dios la guarde... de no dar la cara en próximas ocasiones.

Ah!, sí, me queda una cosa por decirle, con todo respeto, por favor, Doña Úrsula. Le voy a contestar como un afamado médico de Badajoz, ya fallecido, que da nombre a una calle, contestó a un oficio de un superior: “*Este escrito petulante que remitido me ha, ahora lo tengo delante, luego lo tendré detrás*”.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús, que es más gratificante. En respuesta a la crónica de ayer, el párroco de Zalamea de la Serena, Don Manuel Luis Moreno Pajuelo, me escribió diciéndome que hoy me enviaría la imagen del Sagrado Corazón del templo de Nuestra Señora de los Milagros, que es “*grande y artístico*”, según don Manuel. Y lo es, pues a la vista está. Ha cumplido su palabra y me ha enviado la fotografía. Así que, sin necesidad de viajar a Zalamea de la Serena, se puede conocer otra muestra más del rico patrimonio cultural de nuestra archidiócesis, que trata la Iglesia de conservar, no sin esfuerzo, para mantener el legado del que, siglo tras siglo, ha sido y es depositaria para beneficio de cuantos lo contemplan. Y supone, económicamente, un esfuerzo enorme, para el que, sin duda, se necesita la ayuda de cuantos creen en el papel que la Iglesia desempeña en el mundo de la cultura, del arte, de la educación a través de signos tangibles.

Aquí tenéis al Sagrado Corazón de Zalamea de la Serena:



Mañana, día 19, nos iremos a otro pueblo de la provincia de Badajoz, y por especial motivo.

Día 97º
Viernes, 19 de junio del 2020

¡Hoy empieza el triduo...



... de despedida! Bien que lo siento, queridos lectores y seguidores, pero así debe ser, así me lo marqué y así lo cumpliré. Son las tres últimas piezas del concierto. Para meterme en faena me he aislado en el despacho -los viernes por las tardes no abrimos, pero siempre hay alguien que lo fastidia-, me he colocado los auriculares y estoy oyendo música del órgano del Emperador, de la Catedral de Toledo. Y con ello, relajado, he decidido sentarme en uno de los poyetes que hay junto a la ventana de la fotografía. No es la ventana indiscreta, pero me va a servir. Y a vosotros también. No puedo poner la fachada del edificio de enfrente que veía por las mañanas por dos motivos. El primero, que las fachadas interiores, las que dan a los patios de comunidad, son feas,

como avisperos. La segunda, porque no puedo delatar a nadie. Vete a saber si, con lo que afinan hoy las cámaras, retratas una ventana donde hay alguien, en ese preciso instante, cambiándose sin haber reparado en correr el visillo, lo que lo expone a la pública veneración. Así que, si os parece, conformaros con la ventana que os regalo.

La fotografía tiene sus años. La hice el 12 de marzo del 2006, domingo. Nines y yo nos fuimos ese día de excursión al país hermano, país adorado, país envidiado en muchas cosas. Recuerdo que fuimos primero a Terena, donde dimos un pequeño paseo por el pueblo, pero, como no encontramos sitio para comer, seguimos la ruta hasta Redondo, de donde nos desviamos hacia la Serra d'Ossa. Al pasar por Aldeia da Serra paramos a comer en *Ti Chana*. El café fue en el *Hotel Convento de São Paulo*, en plena sierra. Merece la pena ir, relaja. Estiramos el tiempo y nos acercamos de regreso a Estremoz. Allí, junto a la *Pousada Castelo de Estremoz*, *Hotel Rainha Santa Isabel*, descubrí la ventana. Miré por ella, nos asomamos los dos, nos retratamos ante ella, pero la fotografía que os regalo es sólo de la ventana, para que os podáis sentar a placer y perder la vista en el paisaje que, desde la misma, se ve.

Nada más interesante que una ventana inesperada. Puede ser una ventana indiscreta. Muchos estáis esperando que os cuenta qué he visto por la ventana de la alcoba en la que hacía ejercicio en la bicicleta estática, o rodillo, como le llaman otros. He mantenido la atención de muchos esperando que un día os cuente qué historias contemplé desde el sillín. Puede que os llevéis un chasco, pero lo voy a contar. Pero, para eso, te pido el favor de que te sientes en los poyetes de la ventana de la fotografía y mires por ella. Invita a hacerlo a alguien con quien quieras compartir un momento especial. Respira hondo y pierde la vista en cuanto ves y tienes al alcance de uno de los sentidos más valiosos, sobre todo con la edad. No hables con tu compañía y mira bien cuando te rodea. Hazlo como si fuera la primera vez que ves, como si fuera la última vez que ves, como si fuera la única vez que ves. Me he permitido emular al Padre Loring con el consejo a los jóvenes sacerdotes: "*Sacerdote, celebra tu misa como si fuera tu primera misa, como si fuera tu última misa, como si fuera tu única misa*". No está de más que nos apliquemos todos, cada uno en su quehacer, el buen consejo del jesuita, a quien conocí en el Puerto de Santa

María, en casa de Inés González-Barba, el día de la Primera Comunión de Inés Molina Sánchez, su nieta.

Pues mira bien por la ventana, y deja que la mente se evada en cuanto ves. Llegará un momento en que te sentirás parte de cuanto aprecias, y huésped de cuanto admiras. Y empezarás a imaginar las miles de historias y vivencias que se pueden dar en cualquiera de los rincones que observes. No tengas prisa, no cuentes el tiempo, que, entre otras cosas, el tiempo en Portugal no pasa. Y si pasa, pasa a su manera. No tengas prisa, aprovecha hasta el último instante que te permita la ocasión. ¿Te das cuenta del poder de la mente, de lo que puedes imaginar que ocurre detrás de cada ventana de cuantas ves? Siempre lo hago, cuando veo una ventana. Me pregunto qué habrá detrás, quién habrá detrás. Imagino una suerte interminable de situaciones, de sabores, de sensaciones, de amores y desamores, de emociones y de dolores. En cada ventana podrás encontrar una vida que, en muchas ocasiones, no tiene que ser muy diferente de la nuestra. Ni somos unos privilegiados ni los más infelices del planeta. Somos como somos, y quien mire hacia nuestra ventana pensará de nosotros lo mismo que nosotros de los que están tras las que vemos.

Y, ahora, querrás saber qué he visto desde mi ventana indiscreta. Nada que interese, la verdad. He imaginado muchas historias, sesenta y cinco, para ser más exactos, todas ellas impregnadas de lo que en mi ambiente cercano vivía en las horas duras de la pandemia. Sesenta y cinco ventanas. Miraba a todas ellas, cada día me fijaba en una y dejaba correr la mente. Hubo momentos en que se interrumpió el pensamiento al abrirse la ventana para colgar la ropa, o airear la habitación, que, dicho sea de paso, se aireaban poco, pues no se abrían con frecuencia. Hubo alguna discusión que otra, que no se oía, y menos yo sin los aparatos, pero se veía el manoteo. Cosas de la vida misma. Hubo algún atrevido, él o ella, que da igual, que no tenía reparos en mostrarse al aire al cambiarse de ropa. Hubo historias tiernas de cariño, con beso incluido, que el virus romperá el cuerpo pero no el amor. Hubo... ¡vida! Hubo, también, miradas perdidas, de esas que nadie sabe a dónde van para no regresar. Y hubo, ojo, atentos, lo siguiente en las cuerdas de las ventanas. Aseguro que todas las mañanas, hasta que empecé a salir a andar el 2 de mayo, contaba escrupulosamente lo que veía colgado. Soy amigo de contar, a mi padre le pasaba igual. Y he contado cuarenta y nueve sábanas, de variados colores, las

menos blancas, con lo limpias que son, que las he visto hasta negras -¿quién se acuesta en una sábana negra?--; noventa y siete camisas, de todos los gustos y disgustos, colores y horrores; treinta y nueve pantalones blancos y veinticinco de otros tintes, algunos con menos tela que un biquini; ochenta y dos piezas de ropa interior, ignoro sexo, que a la distancia que las veía no podía distinguir, algunas de talla elefante/a, otras con poco más que la goma; siete cintas o gomas, que vaya Vd. a saber qué eran; media docena de batas blancas; y ciento treinta y ocho toallas, de diverso tamaño y color. Eso fue todo. Dejé de contar el día 2 de mayo, y no porque se formara la de ese día de 1808, sino porque fue cuando empezamos a salir a andar por las mañanas.

Pero, vuelvo al tema, lo que más me servía era saber que eran casas como la mía, con gente como nosotros, y que estaban poniendo a prueba la resiliencia de la que los humanos debemos hacer gala en ciertas situaciones, que de no afrontarlo mal vamos... Ea, pues ya tenéis el resultado de la ventana indiscreta. Ahora, si te quedas algo desinflado en tus aspiraciones vuelve a los poyetes de la ventana de Estremoz y deja volar la vista y el sentimiento y disfruta de ese momento. Hay que ver lo fácil que es concentrar la atención de la gente con cualquier cosa.

Vamos a otra cosa. No deja de ser preocupante los casos de nuevos contagios, no sólo en España, de los que se habla poco, sino también en zona cercana, como Portugal. Parece que la cosa se complica. Normal. El fin del confinamiento es el inicio del acercamiento, y eso trae ciertas consecuencias. Siempre he defendido que habrá que vivir con cierto riesgo, incluso con algún desprecio al mismo, sin pasarse de la raya, claro, para poder retomar la normalidad que todos deseamos. Ya iremos viendo, pero me da que en algunos casos se está bajando la guardia con demasiada alegría. Sigo pensando que más vale ser prudentes que no enfermos o dolientes.

Hoy andan de conteo. Conteo de muertos e infectados. No entiendo, la verdad, que sea tan difícil haber llevado una cuenta concreta y exacta de los fallecidos. No me cabe en la cabeza, y no me creo medio tonto, no. Un país moderno donde nos bombardean a diario con las cifras de muertos en accidentes de tráfico, de violencia familiar, o de parados o votantes presuntos... no puede permitirse el lujo o tapujo de no saber cuántos morían a diario por causas achacables, presunta o ciertamente, al coronavirus. No creo que

eso sea posible. Han callado los motivos. Allá cada cual con sus responsabilidades. Pero que se diga que “*nos quedan 13.000 muertos por ubicar*” es de juzgado de guardia. Es de burla a cuantos han padecido en sus corazones la pérdida de seres queridos. No encajan en las estadísticas de muertos para este año. ¿Estadísticas, dicen? Vaya forma de tratar a los muertos. Se conoce que no son los suyos, digo yo. Lo gordo es que se quedan tan anchos y panchos. Eso es una falta de vergüenza. Iba a poner otra palabra, pero creo que se entiende lo que quiero decir.

En política andan como tirios y troyanos en el Partido Socialista, a cuenta de declaraciones hechas por Felipe González. No me extraña, porque duele oír la visión actual de la política gubernamental en boca de un político de Estado. No gustó a mucha gente, pero hay que reconocerle que en su etapa se demostró que era posible la alternancia política sin miedo a dar revolcones a la Historia. Ahora parece que, por algunos, se quiere revolcar la Historia para justificar la permanencia en el poder. No fui votante suyo, de Felipe, nunca, pero ha demostrado, con el tiempo, que era un político cabal. De éstos los hay en todos los partidos. Y González fue uno de ellos. Algunos lo quieren echar del partido. Ya hay quien ha dicho que es porque le tienen envidia y quieren ser como él. Y eso, tal como están las cosas, me da que no es posible. Nadie es como nadie.

Por cierto, hoy hace seis años de la proclamación de Felipe VI como Rey de España. Dios le dé largos años siendo portador de la Corona. Sería buena señal para Su Majestad y para España. ¡Viva el Rey! Ahora, que nadie olvide que, como dejó escrito quien fue su autor, “... *los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta...*”. El mantenimiento de la actual forma de Estado nos compete a todos.

Voy al rincón del comentario. Hoy hay uno, de Juan María Cervera Villasán, el amigo que me mandó las fotos de la crónica de ayer. Muchas gracias, Juan María. Que la Virgen de los Desamparados te guíe y nos proteja a todos. Me lo envió desde Valencia, y dice así:

“Querido y estimado amigo, ahora que termina esta pesadilla llamada confinamiento, expresarte mis respetos y agradecimiento por haber conseguido casi un centenar de días que, en grupo, caminaremos juntos por tus crónicas,

uniendo voluntades, recuerdos, sentimientos y cariño, en tus preciosas y precisas crónicas.

Hemos desfilado por ellas como un grupo de amigos, de caminantes, de soldados, unidos por el camino que ellas nos hacían sentir, a cada uno su historia, pero todos juntos con la bondad, el amor y la ilusión como meta, de que este pánico se acabará cuanto antes.

Gracias por haber sabido unir voluntades y por haberme permitido formar parte de este grupo de mochileros que juntos, unidos por la lectura de tus crónicas, nos hemos hecho un poco mejor.

Mochileros, sí; Mochileros por la Paz.

Por todo ello gracias, y te llevo las bendiciones de La Mare de Deu, mi adorable y querida Geperueta.

Un fuerte abrazo y que Dios te bendiga amigo mío”.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús. Hoy, ya lo dije ayer, por un motivo especial y muy personal y familiar, que Nines también tiene su parte en esta historia, nos vamos a Higuera la Real. De allí era, y allí reposa, una persona con la que entablamos una amistad sincera, de esas que perduran aunque una de las partes falte. Era Jerónimo Hernández Vargas, o es, porque lo tengo en foto en la mesa de mi despacho, en la estantería de casa y en el parasol del coche. También en una de las carteras. Fue sacerdote. Su vida fue un regalo de Dios, y nunca mejor dicho, porque le plantó cara al cáncer que hizo que se ordenara antes de tiempo, para que pudiera morir de cura. Y resulta que sobrevivió al Pastor que lo ordenó. No sé bien, ahora mismo, si lo ordenó Mons. José María Alcaraz y Alenda, el residencial, o Mons. Dr. D. Doroteo Fernández y Fernández, coadjutor. El caso es que el que se moría era Jerónimo y sobrevivió a los dos. Y sobrevivió para “*mayor Gloria de Dios y edificación de su Iglesia*”. Jerónimo fue un sacerdote leal a los Pastores con los que le tocó servir a la Iglesia, cabal con sus compañeros de vocación y, por encima de todo, amigo de sus amigos. Hoy hace siete años exactos de su marcha a la casa del Padre. Yo sigo riéndome con él a diario. Hemos disfrutado, Nines y yo, mucho con él. Por eso, ayer, le pedí al párroco de Higuera la Real, Don Francisco Pantrigo Patiño, que me enviara una fotografía del Sagrado Corazón de la parroquia de Higuera la Real. En su corazón tiene al de Jerónimo,

estoy seguro. Y las flores, las que a Jerónimo le gustaba disfrutar. ¡Cuántas tardes en el patio de su casa de Higuera al olor del jazminero y la agradable vista del limonero!

Hoy, exactamente hoy, es la festividad del Sagrado Corazón de Jesús. ¡Qué día más bonito para revivir el recuerdo, siempre vivo, de un amigo querido! Hoy, con permiso, era obligado sacar el de Higuera la Real, en homenaje a un amigo cabal y sacerdote leal.



Día 98º
Sábado, 20 de junio del 2020

¡De colores se visten las flores...!



En mi penúltimo paseo de estas crónicas, último del confinamiento, que esta noche, a media noche, termina el Estado de Alarma, aunque habrá que mantener un cierto estado de alarma, que no es lo mismo aunque se la parezca, digo que en mi último paseo he ido con los ojos bien abiertos. Buscaba algo que enviaros, y, a la vuelta, lo encontré. Ved la fotografía de inicio. Me llamó la atención el color de las malvas, ante la sequedad que ya apunta el paisaje. No me cansaría de ver la fotografía, no, porque me atrae el colorido. Y en eso quiero incidir hoy. Desde mañana, sin bajar la guardia, que se está bajando, y hoy lo he podido comprobar en primera persona, es necesario que

pongamos el color del futuro, o el futuro en color, delante del pastizal seco en que, muchos días, se ha convertido nuestras vidas, o las de los que tenemos cerca. O la del vecino del patio de manzana, que ha visto sus aspiraciones laborales o profesionales truncadas por el parón a que hemos sido sometidos. Y de colores, como las flores, debe vestirse cada día de ahora en adelante. Allá cada cual con la tonalidad que desee darle al color de su existencia y de los que le rodean. Ya depende del interés de que cada uno tenga en reflejar en su retina la intensidad del color de cada día. Puede ser cada uno de ellos de un color distinto. Siempre aconsejo, a más de cualquier otro, el verde, porque es el color de la esperanza. De la esperanza de seguir siendo pinceles de una paleta en la que embadurnar las cerdas para dar la pincelada adecuada al futuro que nos espera.

No me cabe duda de que muchos seguirán abonados al color negro, que es como ven la vida en los próximos tiempos. Quizá, entre unos y otros, tengamos que apretar nuestros tubos de pintura para que ellos puedan cambiar algo el color de su existencia. De alguna forma, es verdad, he intentado dar color día a día a este cuadro que representa el progreso de nuestra existencia durante noventa y nueve días. Cuadro en el que, por causas que ni yo mismo sé, han ido desfilando personas y sentimientos. Podría formarse un regimiento con cuantos han aparecido, y un cuerpo de ejército con todos los que os habéis dedicado, aunque sólo sea eso, a descargar la crónica en vuestro teléfono u ordenador. Sin saberlo, habéis dado color al más bello y marcial desfile jamás pensado. A mí, gracias a Dios, por aquellos desvaríos del destino, me ha tocado ir tocando el tambor para mantener el paso, o el peso. ¿El peso? No, el peso no, porque lo que se hace con ilusión no pesa, por mucho esfuerzo que haya que emplear. Y os aseguro que la ilusión no me ha faltado.

Busco el color, porque hacerlo me abre el alma a la más feliz existencia. Busco el color, porque el dolor, con color, es menor dolor. Busco el color, porque, al encontrarlo, me lleno de amor y de sabor. Sabor y amor para degustar y disfrutar los felices momentos de la vida... Pues que sepas que, en todos ellos, en esta temporada inolvidable, si lees estas líneas, has estado presente. Y si no las lees, pero te las cuentan, también.

Tras la filosofía, el sentir de cada día. Hoy, 20 de junio, tengo en la mente a dos personas. Ambas nacieron el mismo día, pero de años dis-

tintos. Uno en 1913, otro el 1970. De uno os voy a enseñar una fotografía. Del otro no, ya lo conoceréis. Si pongo su retrato se pondría colorado. Iba a decir rojo, pero no: rojo no es. De uno, del primero, aprendí el sentido de lealtad y fidelidad a unos valores, a una carga histórica que recayó sobre sus hombros durante más de treinta y seis años. Un día como hoy nació un español desde los pies a la cabeza, desde la punta del zapato hasta la cruz de la corona que no pudo lucir, pero que debería haber sido suya. Los designios de la Historia son los que son, y hubo quien asumió en cierto momento la legitimidad de la Corona de España. Tuve, gracias a mi abuelo materno, Felipe Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, Conde de la Oliva de Plasencia, la oportunidad de hacerlo santo y seña de mis ideales patrios. Mi abuelo, en junio de 1977, me trajo de Estoril, de *Villa Giralda*, la primera fotografía que ese español universal me dedicó. Don Juan de Borbón y Battemberg, Conde de Barcelona, nació un día como hoy, del año 1913. Quizá la maléfica definición de los dos últimos dígitos del año de su nacimiento fuera el motivo para que viera el destino que le tenía asignado la Historia de España truncado. Hijo de Rey y Padre de Rey. Nunca Rey, pero siempre Rey. Desligar cualquier 20 de junio de cualquier año mis recuerdos y mi lealtad a la figura de Don Juan de mi existencia sería como pasar, sin vivirla, la página de ese día. Os voy a exponer dos fotografías –hoy van a salir varias-. Una de ellas es una fotografía que me dedicó en 1985, con motivo de una audiencia privada a mi persona en su residencia de la calle Lanzahita, después adquirida por un primo hermano mío, antes de la definitiva residencia de la calle Guisando. Y, al lado, la Bandera de sobremesa que lleva su firma: “*Juan 1973*”. Me la regaló mi abuela materna, María Pepa, la viuda de ese viejo conde que no tuvo ideal más bello en esta vida que el amor a su familia y la fidelidad y lealtad a la Corona. En este día, dejadme que os las ofrezca.

Junto a la bandera española la portuguesa, la de esa tierra que lo acogió en el exilio durante más de treinta años. Y detrás, en pequeño, mi abuelo Felipe. Sin él en mi vida no habría sabido qué es eso de ser fiel, de ser leal y de ser monárquico. Mi abuelo paterno, Fernando Albarrán Díaz de la Cruz, a quien no conocí, también lo era, y fue presidente de Renovación Española, el partido monárquico fundado por Julián Cortés Cavanillas.



Bueno, pues llega el momento de descubrir al nacido un día como hoy, pero de hace cincuenta años. Atento, Joaquín Murillo, porque no es ni más ni menos que el Padre Torres. Y como sé que muchos de vosotros ya sois amigos de él a través de estas letras, vaya para él la felicitación de todos cuantos nos sentimos protagonistas de estas crónicas, que sois vosotros, queridos lectores, y un servidor.

Pues, entre tanta alegría debo decir que he sentido pena. Quería ya abstraerme de comentarios políticos, pero... ¡no nos dejan! Entrando en Badajoz con el coche, de vueltas de una gestión, venía escuchando la radio. Siempre oigo Radio Nacional. Ya lo he dicho, y lo hago gobierne quien gobierne, que me trae al fresco ese detalle. Y desde ahora más. Y la pena, más bien rabia, viene motivada por las declaraciones del Presidente del Gobierno al comparecer para clausurar el Estado de Alarma, que yo lo escribo con mayúsculas porque así lo quiero. No ha habido, en toda la intervención, un momento de reconocimiento de los errores que se han cometido. Ni uno solo. La autocrítica es necesaria, y balsámica, pero para ello es preciso hacer examen de conciencia. Ahora, si no se tiene conciencia, ¿para qué el examen? Todo “el éxito”

lo basa en las vidas que se han salvado, que cifra en cerca del medio millón. De pena, Presidente, de pena, con todos los respetos a su persona y al cargo que ostenta. De éxito nada, cuando por mor de la pandemia han ido al hoyo más de cuarenta mil españoles, y no los que Vd. reconoce en sus palabras. Los forenses ya lo han dicho. Ahora bien, también le digo que el mal causado, con los muertos que Vd. reconoce o con los que la correcta información conoce, es el mismo. Porque lo gordo, lo triste, lo execrable, lo que llevará Vd. y su Gobierno colgados como un baldón toda su vida es la falta de acción y decisión en algunos momentos para evitar, de españoles, tamaña defunción. Eso es de lo que, algún día, alguien, no sé quién, deberá responder.

Rincón del comentario. Anoche recibí uno de un amigo de esos que sabes que los tienes desde hace muchos años, aunque no sea asidua la relación personal, por razones de la vida, del trabajo, por esas muchas que a pesar de ellas sigue habiendo gente que, aunque estén lejanas, se sienten cercanas. Uno de ellos es Javier Castaño Jabato, quien fuera muchos años Jefe de Protocolo de la Junta de Extremadura, hoy felizmente jubilado, entregado al cariño de su nieto. Javier me envía el siguiente comentario:

“Gracias, amigo Felipe, por habernos abierto tu mente y tu corazón durante esta dura etapa del confinamiento. Has sido hilo conductor en el día a día consiguiendo que esperáramos con ilusión tu Crónica del Confinamiento. Antes de esto, nos conocíamos y nos apreciábamos como compañeros del difícil arte del Protocolo. A partir de ahora sabes que cuentas con mi admiración por tu acertada y amena pluma y, como no, con mi amistad. El fuerte abrazo virtual que te enviaba todos los días espero que se convierta en realidad a no mucho tardar. Tienen mucha razón los que te han dicho que te vamos a echar mucho de menos. Y como te comentaba en algunos de nuestros mensajes: “Gracias, Felipe, por hacernos mantener los pies en el suelo y el corazón en el Cielo”. “Gracias por las fotos, gracias por los poemas, gracias por tus Crónicas, gracias...por ser nuestro amigo”. Y ya, para terminar y hacer que te salgan los colores, la definición que hice de ti en un momento dado de las Crónicas: “Valiente, honrado. Un auténtico caballero cuya lealtad está sobradamente demostrada. Amigo de tus amigos en todo tiempo y lugar”. Eso es lo que pienso de ti.

Fuerte abrazo querido Felipe”.

Hombre, Javier, pues sí, me siento abrumado con tanta alabanza. La verdad es que soy como soy, en cada momento, con cada persona –cierto es que no se es con todos igual, pero no es más que el resultado de la mutua empatía, sea “sim” o “anti”-, y en cada lugar. Puedo cometer fallos, errores, meter la pata –voluntaria o involuntariamente, que todos los sabemos hacer-, pero bien sabe Dios que no me importa desnudarme en mis sentimientos ante los demás. Es cierto que ello me ha traído muchos sinsabores, pero las más de las veces satisfacciones. Me quedo con ello. Me he dado cuenta que, en esta vida, si sabes vivirla, se olvidan con más facilidad los malos momentos que los buenos. Y si alguien así no lo siente es que no se ha preocupado por intentar sacar partido de los instantes positivos de la vida.

Otro recibido hoy es de una compañera de italiano, Maribel Guijarro Portillo. Nos conocimos durante el año académico 2018-2019, en el primer curso de italiano, y hemos creado, al igual que con todos los compañeros, una buena relación de afecto y amistad. Maribel me ha enviado el siguiente comentario:

“El motivo por el que te escribo es para mostrarte mi más sincero agradecimiento por recibir tus crónicas diarias. Has compartido con todos tus lectores tu vida en este periodo de tiempo, tus anécdotas, tus pensamientos, tus sentimientos, tus ideas, tus reflexiones, tus aficiones, tus amistades, tu familia, tus imágenes, tus ideales, tus frases profundas, tu ánimo, tu optimismo, tu energía e ilusión, tu diario, tu esperanza... Nos has unido a todos independientemente de que cada cual estábamos recluidos en nuestros hogares, has sido capaz de crear una nueva ilusión en nosotros porque esperábamos ansiosos esa crónica tuya. Todos estábamos unidos de alguna manera por ti.

Ahora, tus crónicas ya acaban. Por una parte da mucha tristeza que así sea, pero a la vez es motivo de alegría porque todo esto ya va llegando a su fin. Te animo a que las recopiles y hagas un libro porque escribes y transmites de una manera tan maravillosa, que no solo has llegado a nuestros hogares, sino también a nuestros corazones. Esa manera de llegar a nosotros no solo ha sido por tus crónicas, sino por tu forma de ser, una persona sin igual, especial y que es todo corazón. Una persona de principios, sincera, que siempre ha tratado de complacer a todos por la bondad y generosidad que lleva implícita en su interior.

Es imposible expresar todo el agradecimiento por ellas y por haber aparecido en algunas. Nunca olvidaré la crónica 59, cuando te acordaste de mi Virgen del Soterraño y de mi familia. De todas las crónicas siempre he aprendido algo, todas esas frases y reflexiones me han transmitido mucho.

Un fuerte abrazo para ti y para Nines (que te ha compartido con nosotros todo este tiempo). Que Dios te bendiga a ti y a todo el mundo. Gracias Felipe por tus crónicas y por todo el tiempo que nos has dedicado. Nos has unido a todos”.

No sé, querida Maribel, cómo darte las gracias. Quizá tan sólo con decirlo sea bastante, porque las letras de la propia palabra llevan implícito el sentimiento con que lo escribo.

Y otro comentario recibido hoy es el de Fernando Valbuena Arbaiza. Ya he hablado de Fernando en estas crónicas muchas veces. Creo que no es preciso que me reitere en mis apreciaciones y sentimientos sobre su persona. Ahora, hoy, el que habla es él, y lo hace de esta manera:

“Amigo Felipe, que en ese título me honro, mis más efervescentes felicitaciones por esta nueva aventura de caballero andante en la que te has embarcado con bien (y buen puerto). Seré breve, como corresponde ser a las visitas. Escribir es, además de una tarea de corrección ortográfica y semántica, la construcción de un mundo nuevo (y propio). Como torear. Esto no consiste en dar muletazos a la japonesa. A veces sucede que el autor habla por boca de muchos, de toda una generación incluso, y alcanza el éxito de masas. En otras ocasiones, el autor se basta para desbordar su propia personalidad en lo que escribe, y esa es tu gracia de torero de arte.

Tú, que te has escapado de otro siglo, iluminas el nuestro con tan venturosas letras. Gentes y meriendas, oraciones y versos... de todo ha habido. Te felicito. Porque las Crónicas crónicas han sido, y cuando se lean años allá se leerán con interés. Crónicas que han sido Felipe en estado puro. Con su puntito costumbrista, su sotana y su cacerola, con su respeto y hasta con su guasa. Corto. Enhorabuena, torero.

¡Catedralicio, maestro, catedralicio!”.

Gracias, Fernando, buen amigo. Te digo lo mismo que en el caso anterior. Me gusta eso de haberme escapado de otro siglo. Quizá tengas razón.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús. Ya sé que hoy se celebra el Inmaculado Corazón de María, de la que ya os puse una imagen estos días atrás, de uno que hay en casa de mis padres, mi casa. La casa en la que vivo es “nuestra” casa, la de Nines y mía. Pero dije que os pondría imágenes del Sagrado Corazón de Jesús hasta el último día, y lo voy a cumplir. Pero antes, por ser su día, aquí os dejo la del Inmaculado Corazón de María del Seminario “*San Atón*”, de Badajoz. Me la acaba de enviar el Padre Torres. Me ha salvado de volver a repetir la de casa de mis padres. Miradla, poned la mano en su corazón y rezadle. Nuestra Madre, la de todos, siempre nos oye. Aunque Ella esté en una cristalera y tú pongas los dedos en la pantalla de un móvil.



Y para acabar, debo decir que me puso sobre las pista del Sagrado Corazón de Jesús que hay en la iglesia de La Concepción, de Badajoz, Pilar Ver-

dasco. Yo no me acordaba, la verdad. Pedí permiso al rector del templo, Don Marceliano Guerrero Montero, para sacar una foto. En la víspera del adiós pedidle por cuantos hemos sido partícipes de estas crónicas, bien por leerlas o escribirlas. Pedidle por España, por cuantos la formamos, quieran o no pertenecer a ella. Pedidle por la Iglesia, por nuestros pastores, por las actuales y futuras vocaciones. Pedidle por cuantos sufren aún las consecuencias de las pandemias, la de la salud y la sobrevenida. Pedidle para que no haya que volver a escribir crónicas de este tipo. Y pedidle por quien esto os envía, que lo ha hecho pensando en que a muchos gustaría.



Día 99º
Domingo, 21 de junio del 2020

¡Última copla del concierto!



No es fácil empezar a escribir la última partitura del concierto. O la que piensas que es la última, que nunca se puede decir de algo que es.... ¡la última! Pero todo empieza y todo acaba. Y hoy acaba esta aventura en la que me embarqué el día 15 de marzo pasado, domingo para más señas. Han sido noventa y nueve días. Noventa y nueve aventuras distintas, aunque, no es menos cierto, en algunas se han repetido ideas. Normal. Nadie, que yo sepa, es capaz de escribir tantas páginas sin repetirse en alguna ocasión. Pido disculpas por aquellas repeticiones en las que haya incurrido, porque, y es verídico, debo decir que no he leído en ningún momento nada de lo escrito con antelación al momento en que estuviese escribiendo. Todas las crónicas han sido “originales”, si tomamos por tales haber sido escritas con lo que en ese momento dictaba mi mente, mi corazón... Si acaso las oraciones al Sagrado Corazón, que fueron reunidas en una extensa en su día. O el avisar que al día siguiente hablaría de una cosa u otra.

Viendo la fotografía de inicio, que es del paseo de ayer, puedo decir que he recogido mi cosecha. He cumplido con el objetivo que me marqué, que no fue otro que el de romper, de alguna forma, las paredes que nos separaban en el encierro, para todos desconocido, al que nos obligaron a partir del día 14 de marzo. Si acaso los que hayan vivido la Guerra, o aquellos que, por razón de su trabajo, se hayan visto obligados a permanecer en el mismo sitio alguna temporada, podrían saber cómo superar la reclusión a la que nos sometían, es verdad que a unos más y a otros menos. Una reclusión que fue dosificada según el mejor criterio, quiero suponer, de los que manejaban la situación. Criterio que puede no haber sido compartido, que puede haber sido criticado, y que, también se dará el caso, puede haber sido aplaudido. Cada uno que se retrate en la situación que más le apetezca. Hoy no voy a entrar en ello. Los guantazos no se quedan para el momento de la despedida. Así que hoy, no pienso ni ver los titulares de los medios. No estoy para sensaciones fuertes.

Y no estoy para sensaciones porque me embargan las emociones. Lo confieso. Me ronda desde esta mañana un nudo en la garganta. El adiós es una decisión adoptada libremente, pensada desde el inicio de esta historia novelada y “*cronicada*”. No sé si algún día valdrán de algo, pero estoy seguro que siempre se puede rebuscar entre sus líneas algún dato, o, lo mejor, algún mensaje que ayude en cualquier momento de la existencia de cuantos me habéis seguido.

¿Por qué lo hice? Pues, sencillamente, porque creí que sería bueno compartir los momentos de soledad, de temor, de ansiedad, de dolor... Y así, con vuestro permiso, me agazapé a los pies de cada uno de vuestros sillones y empecé a contaros mi vida, compartiendo unos minutos de tertulia cada tarde, cada noche, cada mañana... Y lo que no he podido o debido contar lo he callado. Nadie tenga la menor duda de que haya dicho o hecho algún comentario que por razón de la prudencia no debiera hacer. Lo expuesto no es más que el ejercicio sano de la libertad de expresión. He procurado no hablar mal de nadie, y antes he callado los nombres de personas y lugares que ofender a nadie. Eso ha sido siempre máxima en mis escritos... públicos, como este. Cuanto he contado lo podría narrar en presencia de cualquiera. Pensé que una visita durante el encierro siempre sería bienvenida. Y se me ocurrió ha-

cerlo de esta forma. Hay quien dice que leerme es oírme hablar. Es posible. No me gusta buscar recursos impostados que den una imagen equivocada de mi persona, o de mi forma de ver las cosas.

Mirando la fotografía de inicio me he sentido satisfecho. En su día os envié una fotografía, de lugar cercano al de la imagen de hoy, con la cosecha en pie. Ahora está todo recogido: el grano, en forma de palabra y afecto, en vuestros corazones... Creo que puedo cuadrarme como lo hizo Don Juan ante Don Juan Carlos en un momento histórico, y decir: "*Misión cumplida*".

No he buscado nunca, os lo aseguro, el beneplácito de nadie. Sé que a algunos os hubiera gustado no leer ciertas cuestiones que afectan a las ideologías de algunos. Os comento que estas crónicas han sido remitidas a cerca de trescientas personas, concretamente doscientas ochenta y una. Y sé que algunos las habéis reenviado, con todo derecho, a algunos más, por lo que espero que la audiencia haya sido superior, en un número nada despreciable. Y que entre todos los lectores los hay que piensan de una forma y los que piensan de otra. A todos respeto, y a todos los que pudieran sentirse dolidos por cualquier expresión pido perdón. Ni es ni era mi intención causar daño o malestar a nadie. No era mi objetivo, como tampoco lo era, repito, el aplauso. Creí que era el momento de contribuir a la historia de esta pandemia con un documento en los que se expresaran sentimientos. Y eso he hecho.

No todos los destinatarios habéis salido en las crónicas, pero todos estabais dentro de ellas. Algunos se han hecho familiares para todos, como el Padre Torres, o Julia, a quien os prometo presentar en su día. Pero, para mí, si has leído esta crónica, aunque te las haya reenviado alguna otra persona, has estado en mi pensamiento en todo momento, deseando que llevaras de la mejor forma posible esta etapa de nuestra vida que espero no tenga que repetirse, aunque nadie tenemos consigo la certeza de que no vaya a ser así. Dios nos proteja.

Me da pena decir adiós. Me da pena dejar de machacar las teclas del ordenador. Me da pena no ir mirando por doquier para ver qué imagen llevaros a la vista para alegraros el momento, o para despertaros el sentimiento ante una sagrada imagen. Me da pena no hablarme a mí mismo, porque

esto, queridos lectores, era una forma de confesarme conmigo mismo. Me da pena no veros a cada uno de vosotros retratados en las letras del teclado, porque cada pulsación a las mismas era un abrazo a cada uno de vosotros. Me da pena, y lo digo de verdad, que algunos la sintáis por el abandono. Sé de un buen amigo al que no le gustará leer hoy esta crónica. Pero le digo que empiece de nuevo a leerlas, poco a poco, y subraye las frases o sentencias, que algunas hay, que más le ayuden a ver que el día dura más que la noche, por larga que ésta sea.

Me gustaría poner todos los nombres de aquellos a quienes os he enviado las crónicas, pero las dejo para mí, porque reconozco que, cuando hice las listas de difusión, que no grupos, me dejé fuera de ellas a algunas personas a las que debería habérselas enviado, por razones de afecto y relación. Me di cuenta tarde, y bien que lo siento. Las prisas en enviarla el primer día me jugó alguna mala pasada. Hay quien se ha incorporado a las crónicas muy avanzado el periplo, pero tendrá ocasión de leerlas completas.

Voy a empeñarme en editarlas. Debo corregir a lo largo del verano los errores que existen, que no hay barco sin ratas ni escrito sin erratas. Voy a reunir las en un solo documento, y voy a luchar para que no se pierda este relato hecho desde lo más íntimo del corazón de alguien que, tuvo por único objetivo, sentirse útil. Quizá sea una idea algo presuntuosa, pero me fue animando a mantenerme en mis trece los comentarios que fui recibiendo. Algunos os preguntaréis de dónde he podido sacar el tiempo. Yo también me hago la misma cuestión. Si os dijera de dónde lo he sacado en algunos días no lo creeríais. Sólo hace falta querer encontrarlo, lo que te lleva a poder buscarlo y hallarlo.

Doy gracias a Dios por haber llegado a este momento. Podía haber sido afectado por el virus. Podía haberse dado el caso de que otros hubieran escrito sobre mí en fúnebres páginas del HOY. Todos debemos dar gracias a Dios. No cuento, que sepa, con bajas en mis seguidores, lo cual me llena de alegría. Ahora hay que mirar al futuro, que será como cada uno de nosotros queramos diseñar. Lo de menos son las mascarillas. Por cierto, dicho sea de paso, hay personas que llevan más tela en el tapabocas que las que llevan en los taparrabos que usan en las playas, y me refiero lo mismo a ellos que ellas, que no queden dudas. Decía del futuro. Es nuestro, sólo nuestro, de todos y cada uno de nosotros. La responsabilidad de dejar un mundo y un futuro mejor a

los que vengan por detrás nos afecta a todos. La guerra contra el virus no está ganada. Bajar la guardia sería un error.

Cambiaremos, es verdad, algunas pautas de vida. Algunas para bien, otras para acomodarnos a ellas aunque no nos gusten. Como ya dije algún día, la pandemia no ha sido un milagro que cambie a nadie. Seguiremos siendo quienes éramos, como éramos, pero quizá nos lleve a plantearnos el cambio en algunas actitudes con las que, ¡quién sabe!, podíamos estar equivocados. Quizá hayamos vivido hasta ahora como si cada minuto del día fuese el último, como si no hubiera un mañana, y hayamos olvidado que sí, que ese mañana existe, pero que depende de nosotros el querer llegar a él. Yo apuesto por el mañana, y espero que tú también lo hagas.

Rincón del comentario. Ayer, remitida la crónica, recibí el de un sacerdote. Es el párroco de Fregenal de la Sierra (Badajoz), Don Andrés Román García. Lo conozco hace años, como a muchos miembros del clero diocesano, y siempre que he tenido que tratar con él para cuestiones relacionadas con su cargo y el mío nos hemos entendido perfectamente. Él ha ido recibiendo las crónicas a diario, y nunca me ha faltado su respuesta, aunque haya sido mediante un signo de aprobación. Ayer me remitió el siguiente comentario que, con su permiso ya concedido, publico –respeto las mayúsculas de su mensaje-:

“MUCHAS GRACIAS, AMIGO FELIPE. Has llenado muchos ratos de este encarcelamiento; te has desnudado en sentimientos y amistades; has tenido algunos momentos difíciles, pero has tirado para adelante y ME ALEGRO, a la par que te apoyo, como bien sabes; has sido muy claro, valiente y fiel a los principios (cosa que hoy tanto se echa de menos); has mostrado un gran amor y respeto a la Iglesia y a nosotros, sencillos pastores, eres gran amigo de los amigos y excelente persona con tu familia. ¡¡¡Qué Dios te bendiga siempre y a todos los que amas!!! GRACIAS Y MUY FUERTE ABRAZO”.

Gracias, querido Andrés. No he hecho nada extraordinario, tan sólo lo que creía debía hacer. Te agradezco tu apoyo en algún instante concreto, así como tus ánimos en todo momento. Y aprovecho, en tu persona, para felicitaros y animaros a todos los párrocos, verdaderos pastores del rebaño que

formamos los hijos de la Iglesia, Pueblo de Dios, pues sois la cara de la misma ante nosotros. Vuestro impagable servicio, por vocación y amor a la obra de Dios, Su Iglesia, sólo puede ser recompensado por el Creador porque, al menos yo, no encuentro forma humana de hacerlo.

Y esta mañana he empezado a recibir algunos. El primero es de Juan Antonio Velasco Campos, otro descubrimiento de las clases de italiano. Hemos coincidido este año, pero el próximo él avanzará de nivel y yo me quedo en el que estoy. Ya conté el motivo. Pero siempre quedará la huella de una relación afectuosa. Lo bueno de las clases a cierta edad es que no estableces competencia con tus compañeros, que nadie se va a pisar puesto alguno, que cada uno va a lo suyo. Hemos sido buenos compañeros, y recordaré a Sole, su mujer, y a él. Nos veremos en la Escuela, si Dios quiere, el curso que viene. Juan Antonio ha enviado el siguiente comentario:

“Estimado Felipe, no quería yo faltar al reto que lanzaste a los destinatarios de tus crónicas confinatorias. Creo que para ti no ha significado ningún esfuerzo volcar en 15, 16... hasta 19 folios diarios tus percepciones y sentimientos porque tus escritos transmiten un acervo que no se ha adquirido por correspondencia. Son relatos sinceros, lúcidos, transparentes que retratan por encima de todo tu bonhomía. Porque además rodeado de tristezas, soledades callejeras y noticias diarias desesperanzadoras no es fácil enfocar nuestro sentir interior para transmitirlos con la naturalidad que has empleado ante tanta desolación. Fue una casualidad como nos conocimos, a través de nuestro mutuo interés por conocer otra lengua y esto es lo maravilloso de la vida, que no es otra que hallar personas alejadas de nuestros propios círculos y sin embargo tan próximas en el reconocimiento y coincidencia de valores. Gracias y un fuerte abrazo”.

Muchas gracias, Juan Antonio. ¿Sabes una cosa? Que me va a costar trabajo desligarme de las crónicas... Pero espero no tener que volver a ellas. Bien lo sabe Dios.

Y otro amigo, de las familias de siempre de Badajoz, también compañero de titulación académica, administrado, de esos con que, ya he dicho, has conseguido que la relación profesional descubra más la personal. Es José Manuel González Lena. José Manuel está casado con Macarena Rico Gámir. Su fami-

lia, por Gámir de Baxeres, ha tenido una relación muy cercana de amistad con la mía. José Manuel ha enviado el siguiente comentario:

“Buenos días, Felipe. Hoy no he visto amanecer..., así empezabas a escribir, hace casi cien días, en tu “querido diario” particular, el relato de lo que iban a ser tus vivencias diarias y cotidianas, a lo largo de este “robo de vida” que todos hemos sufrido y que nadie sabía su duración. Pero ese “diario” no lo guardabas cada noche en el cajón de tu mesilla, no, todo lo contrario, lo dejabas encima de tu escritorio, abrías esa ventana indiscreta (esa por la que nos has tenido en vilo con su misterio) y dejabas que por ella entrásemos a husmear en tus sentimientos, opiniones, anécdotas, etc..., es decir, de una forma u otra, en tu vida. Esta lectura diaria ha sido amena, entretenida, sencilla y fácil, ya que eres muy claro con lo que quieres expresar, sin necesidad de palabras ni frases rimbombantes y pedantes. Todo ello a pesar del revoltillo de curas, militares, parientes, recetas, viajes, oraciones, fotografías, antepasados, paseos, críticas, loas....., en fin.

Tus amigos directos no se habrán sorprendido de lo expuesto en estas mil y muchas páginas, pero sí nos han servido a otros, que como yo, sin llegar a esa categoría de “amigo directo” (en el caso de que en la amistad existan categorías), siempre te hemos apreciado y estimado, para afianzar aún más estos sentimientos. Gracias de corazón, Felipe. Nos has ayudado con tu granito de arena diario a llevar mejor esta temporada. Y si ese era tu objetivo, lo has logrado con creces. Enhorabuena.

Un abrazo muy grande, aunque no te gusten.

Ah!, el sol está ya apareciendo, amanece otra vez. Siempre.

Tu “administrado” y amigo, José Manuel”.

Querido José Manuel, muchas gracias. Te digo lo mismo que a todos: en la palabra de agradecimiento os expreso el sentimiento. Yo también te devuelvo el abrazo. Y sí, como bien dices, ese era el objetivo.

Momento del Sagrado Corazón de Jesús. Aunque el mes de junio, dedicado al Corazón de Jesús, no ha terminado, yo sí. Empecé este recorrido con un detente, y voy a terminar con otro detente. Y también con un azulejo que recibí anteayer. Prometí a quien me lo envió que, junto al detente, sería el colofón a esta galería de bellas imágenes, de bellos corazones.

Empiezo por el azulejo. Es de una casa de Villanueva de la Serena, donde vive una Señora que entregó a uno de sus hijos a la Iglesia, como preciado don. Ella se llama Pilar Muñoz, aunque le dicen Maruja. Hay muchas Marujas en el mundo, muchas madres que han entregado a alguno, o algunos, de sus hijos a la Iglesia, al servicio de la grey que han de pastorear. Así, si en mi agradecimiento al párroco de Fregenal va el que debo a todos los sacerdotes, en el recuerdo a Maruja va el agradecimiento a todas las madres de los sacerdotes. Madres y padres, que también cuentan, digo yo. El hijo de Maruja, ¡qué casualidad!, es el Padre Torres, y el Sagrado Corazón de Jesús, el que sigue:



Y, como muchos me lo habéis pedido, os voy a presentar al Padre Torres. Ya salió un día en la pasarela de fotografías de estas crónicas pero, por si alguien no se acuerda, esta foto es más reciente. Es de hoy, en Novelda, localidad de las Vegas Bajas donde ejerce de párroco. Es Carlos Torres Muñoz, Canciller Secretario General de la Archidiócesis. La fotografía está hecha en el paseo Virgen de Guadalupe de Novelda, y, al fondo, está el templo parro-

quial de Santa María Magdalena. Más datos, imposible. Para poderlo presentar a la audiencia me he acercado esta mañana a Novelda.



Y ahora sí, la última imagen. Hacedla vuestra, como la hicieron suya, portándola en la cartera, los miembros de la Brigada Extremadura XI que fueron a Líbano. Me la envió hace días el General Jefe de la misma, Francisco Javier Romero Marí. Creo que es buen detalle de despedida. Cuando gente de probado valor como es la tropa lleva encima el detente es por algo. La fe ayuda a superar momentos de angustia, momentos de desazón. Son gente, nuestros soldados, que no tienen miedo, que están formados para ello, para plantar cara a la adversidad. Sé de su preparación, sé de su afán de superación. Formen parte del Cuartel General, con su Batallón; del Regimiento Saboya, número 6; o del Castilla, número 16; o del Tercio Viejo de Sicilia, número 67, que, dicho sea de paso, es el único que no conozco, por tener su acuartelamiento en las Vascongadas; o del Grupo de Artillería de Campaña XI; o del Batallón de Zapadores XI, o del Grupo Logístico XI...

No sé si me quedo alguna Unidad para atrás, como el Servicio de Seguridad de la Base.

Son gente que... *“cuando la pena los alcanza por un compañero perdido, cuando el amor dolorido busca en la fe su esperanza, en Tu palabra confían, con la certeza que Tú ya le has llevado a la vida, ya le has devuelto a la Luz”*. Gente así, que llevan pegado a sus entrañas el detente, son gente que, como decía el Padre Torres en su homilía de hoy, sencilla pero bella, cercana pero instructiva, pueden hacer suyo como lema las palabras del Evangelio de San Mateo: *“No tengáis miedo”*.



Pues eso, os digo, ante la nueva etapa que vamos a empezar a vivir:

¡No tengáis miedo!

AGRADECI
CRÓNICA DEL CONFINAMIENTO
Centésimo día

¡Todo concierto tiene una propina!



Dedicada a **Francisco Javier Medrano Cuesta,**
“Chocolate” para los amigos.

Empiezo por decir que todo Director de Orquesta tiene siempre una carta en la manga, preparada para dar respuesta a las ovaciones del respetable. No soy capaz, ni por número ni porque no encuentro ya palabras, para contestar a cuantos mensajes he recibido ayer, esta madrugada y esta mañana. Ojo, los de madrugada no molestan, porque cuanto me voy camino del catre dejo el teléfono en absoluto silencio y en otra estancia de la casa. Si de madrugada

pasa algo, mi familia tiene el fijo de casa. Aunque lo mejor es que, si tiene que pasar lo que tenga que pasar, mejor es que suceda de día, que dar la pepla de madrugada no deja de ser una ordinareiz.

Confieso que tenía esta pieza pensada. Lo hice desde el mismo día en que mi amigo Javier Medrano, a quien me vais a permitir todos que dedique la crónica, me pidió que aguantase hasta la número cien, ya bastante antes de entrar en la última decena de crónicas. La forma de pedirla, el motivo y el sentido que puso, hizo crear en mí la necesidad de hacerlo. Después de Javier han sido las peticiones de otras personas las que me animan a preparar la última partitura. Así lo hicieron Jesús Carrión, Eduardo Díaz Escribano, Pilar Verdasco, el Coronel Jesús Moreno del Valle, Eduardo Molina Albarrán, esta misma mañana Manuel Montis, mi compañero... y algunos más que ahora no recuerdo, la verdad sea dicha. Así que, aquí la tenéis.

Será más corta, eso sí. Además, me servirá para solventar un fallo gordo. El sábado me entró, una vez enviada la crónica de ese día, el comentario de Ignacio Sahelices Puebla. A él me referí en alguna crónica, y a la relación de generaciones que nos une. Pasó que me entró estando en misa, y con el Gloria se me fue la memoria... Debía haberlo incluido en la de ayer, pero, bueno, no pasa nada, lo que no es en Santa Lucía es al otro día. Así que la transcribo hoy. Es el último que pongo. Una vez envíe la crónica esta historia se habrá acabado, el concierto habrá finalizado y los músicos recogerán los instrumentos. Queda en el aire el sentimiento. Nacho Sahelices dice así:

“Ya casi sobre la campana, no podía por menos que recoger el guante lanzado, y agradecerte que hayas compartido conmigo estos fantásticos relatos que me han descubierto que además de la buena gente por la que te tengo, existía otra persona que desconocía totalmente con unas facultades extraordinarias de expresión, escritura, humanidad, ingenio y demás, con la que me he sentido totalmente identificado desde el minuto uno, ya sea por el simple hecho de que hayamos nacido en el mismo glorioso año del 58 como por las similares vivencias, de todo orden, que en consecuencia nos ha tocado vivir y tan magníficamente descritas por esa gran pluma ahora revelada para mí.

En resumen, mi admiración y orgullo de tenerte por amigo y mi agradecimiento eterno de que me hayas tenido presente en tus oraciones y me hayas

recordado y mencionado en esas geniales crónicas que nos han distraído y amenizado el brutal impacto que nos ha sacudido esta terrible pandemia, que ojalá definitivamente nos abandone pronto, deseándote de corazón que el Señor te dé mucha salud, para que sigas escribiendo tan maravillosamente, y que siempre te acompañe ese ánimo y alegría de espíritu que reflejas en tus crónicas.

Fuerte abrazo, amigo Felipe Benicio, besos para tu inseparable Nines, y que nos sigamos viendo muchos años en nuestro recorrido matinal y que un día de estos nos podamos sentar y tomar algo mientras conversamos en ese otro templo gastronómico conocido como La Bomba. ¡Que el Sagrado Corazón de Jesús te acompañe siempre!”

Muchas gracias, querido Nacho, y perdona el fallo de no sacarte en la edición de ayer. Aunque, la verdad, no hay mal que por bien no venga, pues siempre tendrás el honor de haber sido el último de los comentarios.

Pues bien, empieza la partitura del hasta siempre. Os regalo, en la fotografía de inicio, el sol de esta mañana. Hoy sí he visto amanecer. Y de una forma especial. Parece como si me hubieran levantado de la vista un vendaje que me hacía ver las cosas a veces nubladas, a veces claras, a veces distorsionadas, a veces nítidas, a veces borrosas, a veces firmes, a veces temblorosas... Me he fijado en el sol. Sale, no se queda oculto. Ocultos nos quedamos nosotros cuando no somos capaces de reconocernos la fuerza suficiente para salir a buscarlo.

Salí de casa esta mañana a las siete. Antes de las seis había puesto los pies en el suelo. He dormido bien. Suelo hacerlo. Dejo los problemas en el gabinete, en la cocina, cuando no los dejo escapar con el agua por el sumidero del lavabo. Para dormir hay que ir ligero de equipaje, como para morir. De nada te vale soportar cargas pesadas, sea en el nocturno descanso sereno o en el sueño eterno. Digo que he dormido bien. Al ir a ver la prensa en el ordenador he mirado la bicicleta, he pasado la mano por el sillín, como acariciando suavemente su superficie, fiel compañera durante un tiempo de esta pasada etapa; he mirado por la ventana, pero ya no he contado la ropa colgada. Ninguna luz encendida. Normal, a esas horas...

Me he tomado el *Eutirox* y he mirado por la terraza. ¡Malditas palomas! La fuente sigue sin agua, aunque su silencio ya no me aturde. He desayunado,

lo de siempre. Es buena la rutina. También lo es salirse de ella a veces. He visto las esquelas del HOY, y del ABC de Madrid y de Sevilla. Nunca se sabe a quién puede ver uno retratado en ellas. ¡Qué bonitas son las de Sevilla! ¡Qué bonito es eso de que se pida que rueguen a Dios en caridad por alguien! He llamado a Nines a las siete y me he ido a la calle.

Me santiguo siempre al salir del portal. Me da igual que me vean o que no me vean. Enfilo Fernando Calzadilla arriba. Miro a la derecha, a la Bandera de la Residencia Militar "*Gravelinas*". Hoy, al son de pasodobles, he hecho la ruta de todos los días. La misma gente, por los mismos sitios. Me he ido metiendo en la normalidad que nunca debió dejar de serlo. De nueva nada. Nuevas serán algunas pautas, pero la vida será normal. En el regreso venía pensando en los anteriores noventa y nueve días. Venía pensando en las diferentes situaciones que cada cual haya tenido que vivir en estas fechas. Ahora vendrán las prisas para recuperar un tiempo perdido. Y muchos no se dan cuenta que lo perdido es mejor dejarlo escondido. No resuelve nada. Hay cosas recuperables, pero el tiempo no.

Volví absorto en la música de pasodobles que hoy tocaba. Es de la Banda de Música de la Guardia Real. Siempre vengo mirando al frente. Veo el camino que me queda por recorrer. El que ya he andado, atrás quedó. Como quedaron muchas cosas. Y cada día que pase quedarán más. Pero, a pesar de venir ensimismado con *Coplas de España*, que así se llama uno de los más bellos pasodobles de cuantos conozco, empecé a notar algo de barullo por detrás de mí. Pensé que serían otros caminantes. Vendrían en tropel, que siempre hay quien juega a tapar la calle. De pronto miré hacia atrás... ¡No lo podía creer! Volví la cabeza y miré al frente, para tomar de nuevo contacto con la realidad. Seguían los sonos de *Coplas de España*. Miré el reloj y la punta de mis zapatillas. Todo correcto, nada extraño. No estaba en sueño alguno. Pero, volví de nuevo la cabeza. Y allí, en tropel, con las distancias oportunas, os vi a todos.

Vi a Nines a la cabeza. La escoltaba una Guardia de Honor. Guardia en la que estáis Abel, Adela, Adolfo, Agustín, Alejandro, Alfonso, Alfredo, Almudena, Álvaro, Amadeo, Amalia, Andrés, Ángel, Ángel Luis, Ángela, Antón, Antonio, Antonio Ramón, Arcadio, Arturo, Auxiliadora, Beatriz, Belén, Berni, Blanca, Carlos, Carmela, Carmen, Casimiro, Cayetano, Cecilio, Celso, César,

Charo, Chiara, Chica, Chicha, Clara, Conchita, Coro, Cristina, Cristóbal, Daniel, David, Demetrio, Diana, Diego, Domingo, Eduardo, Elena, Emilio, Ena, Enrique, Fátima, Felipe, Fermín, Fernando, Florencio, Francisco, Francisco Javier, Francisco José, Francisco Julián, Gabriel, Gloria, Gonzalo, Gregorio, Guadalupe, Hilario, Ignacio, Inmaculada, Iñaki, Inés, Isaac, Isabel, Ivana, Jacinto, Jaime, Jaimito, Javier, Jesús, Jesús Antonio, Joaquín, José, José Antonio, José Enrique, José Ignacio, José Luis, José Manuel, José María, José Vicente, Juan, Juan Antonio, Juan Carlos, Juan Ignacio, Juan José, Juan Manuel, Juan María, Julián, Julio, Kiko, Koldo, Laly, Lola, Lorena, Luis, Luis Alberto, Luis Antonio, Luisa, Luisa Fernanda, Malena, Manuel, Manuel Luis, Mara, Marcos, María, María del Mar, María Emma, María Eugenia, María Isabel, María Isolina, María Jesús, María José, María Luisa, María Rosa, Mariado, Marianna, Maribel, Maricarmen, Mariluz, Masu, Mateos, Mercedes, Miguel, Miguel Ángel, Milagros, Nacho, Nano, Nena, Pablo, Paco, Patricia, Pedro, Pepe, Pilar, Pitu, Pitusa, Polola, Rafael, Ramón, Rocío, Rodrigo, Rosario, Susana, Tere, Verónica, Vicente, Yaye... Ah!, y Julia, que aunque no está todavía es como si lo estuviera, que ya le queda poco para sentar plaza en el Regimiento de la Vida. Y tras vosotros, todos los que hayan sido receptores de las crónicas, porque se las hayáis enviado.

Me fijé bien. La vi, no podía fallarme. Sabía que en ese momento tenía que venir a marcar el paso. Era la Banda de Guerra de la Brigada Extremadura XI. Esa que cuando toca hace que se me levanten los pies del suelo. Y la marcha no podía ser otra más adecuada para el cierre de este concierto. Tocaba la Banda el pasodoble “*Tres veces guapa*”, del maestro Vicente Marí Bas, adaptado a marcha militar. Sintiéndome satisfecho con el deber cumplido, miré al frente, alcé el pescuezo para llevar la cabeza bien alta, que nada me impidiera ver lo que haya de venir. Esta vez me sonreí, pero dejé que corriera por mis mejillas una lágrima de cada ojo. No eran necesarias más. Las derramé ayer en silencio, en la intimidad, cuando di a la tecla para enviar la última crónica del concierto, según el programa. Había llegado al objetivo. He cumplido los deseos de algunos buenos amigos. He llegado a cien.

Hice un repaso de todos y cada uno de vosotros. Os di las gracias, sin más letras que las siete de esa bella palabra cuando se pronuncia por entero: ¡Gracias! Por eso he modificado el título de la crónica. Y pensé en que si algo ha

podido molestar a alguno debe haberse perdonado, al veros a todos haciendo a Nines la Guardia de Honor.

No hay más “*bises*” en este concierto. Lo que hay es una marcha, a cuyo son cantaba entre labios la letra de la misma: “... *guapa, guapa y guapa*...”. Porque la vida, a pesar de los contratiempos, de los momentos oscuros, de la niebla que a veces se nos coloca delante de los ojos, a pesar de las tristezas y de las penas, a pesar de todos los pesares... porque es un regalo de Dios a través de nuestros padres... ¡merece la pena vivirla, con fe, con esperanza en el futuro y con la alegría de sabernos dueños de la historia que queramos dejar escrita! Y que, sin duda, que a nadie le quepa, la vida, nuestra vida, la de todos y cada uno de nosotros es...

¡... GUAPA, GUAPA Y GUAPA...!

Hasta siempre. Un abrazo.

NACI
CRÓNICA DEL CONFINAMIENTO
En el día en que Dios dispuso que fuera

¡Viva la vida!



*Dedicada a Julia, porque es el sol que alumbrará el
amor de sus padres.*

*A Elena y Pepe, sus padres, que serán cegados por
la luz del sol que les ha nacido.*

*A Angelines, a quien Dios le ha concedido el regalo
de ver ese rayo de luz.*

Dije en su momento que os presentaría a Julia. Ha sido protagonista, en el seno materno, de más de una línea de las Crónicas del Confinamiento. Ésta de hoy es la *Crónica del Nacimiento*. No será tan larga, y no porque una nueva vida no lo merezca, sino porque sólo me voy a dedicar a ella.

El sol de la fotografía se alzaba con fuerza pocas horas después de que Julia saliese de su madre para enfrentarse a una nueva vida. Será nueva para ella, para sus padres, para los que la rodeamos de alguna forma, que siempre un nuevo miembro en la familia viene a cambiarte algunas cosas. Para bien. Ella, Julia, al igual que Carmen, o Nicolás, o Ignacio, son motivos de alegría para los suyos y para los que nos consideramos suyos de alguna forma.

Y si el sol salió con fuerza el día 2, cuando Julia no tenía aún medio día de vida, ¿por qué ella no ha de irrumpir con el mismo ímpetu en la vida? No van a tener una época histórica fácil. No. No les va a faltar el apoyo y aliento de sus padres, de sus abuelos, de sus tíos abuelos, como Nines y yo. Un eslabón más de la vida. Indefensa, en la inmensidad de su pequeño tamaño. Vida desde el momento de su concepción. Por lo visto, ya formó parte de la *Operación Pucela*, en la segunda quincena de octubre pasado, y nosotros sin saberlo. Ni sus padres. No quiso cambiar los planes. Mira por dónde, fue el primer viaje de su vida, porque ya estaba concebida. Si Dios me da salud, y la salud dinero, prometo llevarla a Valladolid algún día y enseñarle los lugares donde sus padres, Elena y Pepe, con sus tíos abuelos, Nines y Felipe, nos paseamos, nos divertimos, disfrutamos, cantamos al son de las coplas de Freddie Mercury y admiramos las bellezas esa tierra castellana. Visitó Julia, sin que nosotros lo supiéramos, al Sagrado Corazón de Jesús, en el Santuario Nacional de la Gran Promesa; o el Salón del Trono del Palacio Real, guiados de la mano del General Rivas Moriana, sin par guía y mejor amigo; o las salas llenas de arte del Museo Nacional de Escultura; o los sepulcros de Don Rodrigo Calderón y Doña Inés de Vargas, mis antepasados, con las más bellas estatuas orantes que, quizá, haya en España, y que se pueden admirar en el Convento de las Calderonas...

Grandiosidad plena para una personita minúscula que quiso ya acompañarnos. Por algo compré cinco entradas en lugar de cuatro. El quinto no quiso venir, pero algo me indujo a no devolverla. Ahora intuyo por qué. El

destino es sabio, y de los sabios hay que hacerse caso. Ahora sé que esa quinta entrada, que estaba sin rasgar, era la de Julia. La rompí. Maldita sea la tarde en que lo hice, uno de los días, no sé si cercanos en el tiempo o lejanos en los deseos, del puñetero confinamiento en que hice limpieza. Todo porque Nines me tiene amenazado con que el día en que yo falte mete todos mis papeles en un saco de basura y tira con ellos. No quise darle el gustazo, así que en una de las limpiezas, y salvo que la haya guardado en algún arcano escondrijo, la hice añicos. Mis papeles son mi vida, dicen dónde he ido, qué he comido, qué he visitado, en dónde he disfrutado... Mis papeles son el relato palpable de mi existencia. Por eso me gusta guardarlos. Y una entrada, una simple entrada de papel térmico de El Corte Inglés, hubiera sido la primera página del relato de la vida de Julia. O una de las primeras. No vuelvo a romper ni el papel higiénico. Lo siento, Julia.

Julia, y Carmen, y Nicolás, e Ignacio, vienen con fuerza para, en ese devenir natural de la vida, ir echándonos a algunos fuera. Es normal. Vienen empujando, y Dios quiera que tengan toda la fuerza posible para ganarse a pulso un devenir que les permita colmar todos sus deseos. Ayudas no les van a faltar a unos y otras.

Julia era muy esperada. Es el primer eslabón de la nueva generación de la familia de Nines. Vive mi suegra, Angelines, a la que Dios le ha concedido el inmenso regalo de conocer a su bisnieta. Pronto se la llevarán, y la pondrán en su regazo, y a más de uno correrán las lágrimas mejilla abajo al darse cuenta del milagro que supone la vida. Habrá casi noventa y cuatro años de diferencia. Cada una de las protagonistas de esa fotografía de incalculable valor estará en su mundo, y los demás en el nuestro, contemplándolos. Cuando las manos suaves de piel fina y sensible de una mujer buena, entregada a los suyos y a los ajenos, acaricien la delicada aún de Julia se habrá completado el ciclo vital de una familia. Más no se puede pedir. Hoy es difícil conocer a un tatarabuelo, o a un tataranieto. Hay casos, pero no es lo normal. Aunque con esta obsesión de los médicos de alargar la vida de la gente, a veces pienso que sin sentido, puede que haya que ir inventando la denominación del grado superior al del tatarabuelo. Vete a saber.

Elena y Pepe han cuidado a Julia a lo largo del confinamiento como si fuera lo único que tenían en la vida. Y es que es así. Un hijo lo es todo. Lo

digo yo, que no los tengo. Y harán cuanto puedan para que Julia sea una mujer que escriba su nombre en la historia de la Humanidad. Todos hemos escrito el nuestro, mejor o peor, con letra de caligrafía o “*a bulto*”. Porque todos tenemos el mismo derecho a la vida, incluso aquellos a los que la falta de sentido, la deshumanización de quienes dicen defender unos derechos, se la quita. La vida es un derecho de todos, que nadie lo olvide. Quien así no lo crea que piense en que no estaría diciendo eso si sus padres hubieran acabado con él, o con ella, cuando fue concebido... por obra y gracia de Dios. Todos tenemos derecho a la vida. Y el deber de justificar la misma a lo largo de nuestra existencia, de la que habrá que responder al atardecer de aquel día...

Pero, ojo, el hecho de nacer y de vivir no nos hace a todos iguales, no. Eso es una falsa concepción de la existencia humana. Una cosa es que todos tengamos los mismos derechos, y los mismos deberes, y otra es que todos seamos iguales. No, no es así, y lo digo basándome en que la vida nos hace a todos diferentes, incluso desde el momento de nuestro nacimiento. Tendremos dos ojos, una boca, una nariz, dos orejas, dos manos, dos pies... pero no por ello somos iguales. Eso de la igualdad es una falacia, y conmigo no va. Sí debemos exigir los mismos derechos, las mismas oportunidades, y habrá que responder con el cumplimiento de los mismos deberes, pero la forma en que cada cual los haga palpables para sí y para los demás diferenciará a unos de otros. Julia es Julia, Carmen será Carmen, Nicolás será Nicolás, y de Ignacio lo mismo digo.

Doy gracias a Dios. Veo a sus padres contentos, a los de todos ellos. A la madre de Carmen no la conozco. Doy gracias por Julia; por sus padres; por mi suegra; por mis cuñados Masu y Florencio, sus abuelos paternos; por Sol y Ricardo, los maternos; y por cuantos forman la familia de Julia. Y por mí, que la disfrutaré. Lo mismo digo sobre Nicolás e Ignacio, sus padres bien lo saben. Dije que os la iba a presentar, y, con el permiso de sus padres, lo hago:



Y ahora, con su padre, en una escena que nos muestra el papel de los padres de hoy. Pepe feliz contemplando a su hija, fruto de su amor por y con Elena. Dios los guarde. Bueno, os pongo dos fotos más, que por algo es de la familia:





Con esto se acaban las Crónicas.

Aunque, si llega el momento, habrá que inventarse algo. Dios dirá.

Hasta siempre. Un abrazo a todos.

Muchas gracias.

Badajoz, 15 de marzo / 1 de julio del 2020

“¿Por qué lo hice? Pues, sencillamente, porque creí que sería bueno compartir los momentos de soledad, de temor, de ansiedad, de dolor... Y así, con vuestro permiso, me agazapé a los pies de cada uno de vuestros sillones y empecé a contaros mi vida, compartiendo unos minutos de tertulia cada tarde, cada noche, cada mañana... Y lo que no he podido o debido contar lo he callado. Nadie tenga la duda de que haya dicho o hecho algún comentario que por razón de la prudencia no debiera hacer. Lo expuesto no es más que el ejercicio sano de la libertad de expresión. He procurado no hablar mal de nadie, y antes he callado los nombres de personas y lugares que ofender a nadie. Eso ha sido siempre la máxima en mis escritos... públicos, como este. Cuanto he contado lo podría narrar en presencia de cualquiera”.

“Porque la vida, a pesar de los contratiempos, de los momentos oscuros, de la niebla que a veces se nos coloca delante de los ojos, a pesar de las tristezas y de las penas, a pesar de todos los pesares... porque es un regalo de Dios a través de nuestros padres... ¡merece la pena vivirla, con fe, con esperanza en el futuro y con la alegría de sabernos dueños de la historia que queramos dejar escrita! Y que, sin duda, que a nadie le quepa, la vida, nuestra vida, la de todos y cada uno de nosotros es...”

¡... GUAPA, GUAPA Y GUAPA...!”

/FUNDACI[̄]ONCB